This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SAP 319.2

Harvard College Library

COLLECTION ON CUBA

FROM THE GIFT OF

ENRIQUE DE CRUZAT ZANETTI

(Class of 1897)

OF NEW YORK

REVISTA CUBANA

REVISTA

CUBANA

PERIODICO MENSUAL

DE CIENCIAS, FILOSOFIA, LITERATURA Y BELLAS ARTES

DIRECTOR:

ENRIQUE JOSE VARONA

TOMO XVII

HABANA

Establecimiento tipográfico "La Constancia"
HABANA 95
1893.

SAP319.2

HARVARD COLLEGE
AUG 28 1909
LIBRARY.

Gift of
E. de C. Zanetti

MICROFILMED
AT HARVARD

ORIGENES DEL LENGUAJE CUBANO

(AL SR. ENRIQUE JOSÉ VARONA.)

Apenas fué descubierto el Nuevo Mundo, cuando los sabios principiaron á tratar de la procedencia de los indios; pero siendo creencia general la de un origen común para toda la especie humana, y la de haberse poblado el mundo por los descendientes de Sem, Cam y Jafet, hijos de Noé, era forzoso admitir que los americanos pertenecían á las tribus de Asia, de Africa ó de Europa. Unos fundaban sus opiniones en las tradiciones; otros, en la semejanza de usos y costumbres; algunos, en las relaciones físicas; y no pocos, en la afinidad lingüística. El Dr. Alejo Vanegas, (1) fundado en la autoridad de Aristóteles, creía que los indios descendían de los cartagineses; Gilberto Genebrardo, Manases Ben Israel, (2) Arias Montano, Jorge Hormio, que de los hebreos; Huet, y Kirchero, que de los egipcios; Hugo Grocio, que de los etiopes; Gonzalo Fernández de Oviedo, (3) que de los españoles (porque las islas de Barlovento son, según él creía, las Hespérides de Hespero, XII rey de España, quien las pobló con gente española); Jacobo Charrón y Guillermo Postelo, que de los franceses; Hendreich, que de los fenicios; el P. Simón Vasconcelos dice, que otros dijeron, que los primeros pobladores de Indias eran troya-

(1) Gregorio García, Origen de los indios.
(2) Origen de los Americanos, Amsterdam. 1650.
(3) Historia de las Indias, 1ª p., lib. II. cap. 3.

nos; (1) De Guines y Jones, que eran hunos y tibetinos; Forniel, que japoneses; otros, que noruegos y dinamarqueses (porque Noddoco fué quien descubrió á Islandia, y después estuvo en ella el año 864 el sueco Guardaro); *Safrido Pedro*, que descendían de los frisios; otros, que de los escitas; Humboldt, que de los chinos, etc. Todos han tenido datos en que apoyar sus razones y muchos por la filología han hallado las relaciones deseadas.

Así descubrieron que el nombre *Perú* es hebreo, y significa *tierra fértil*, porque viene del verbo *pará*, que quiere decir *frutificar*. Del mismo verbo se deriva la palabra *Parhuay*, flor de cualquier planta.

Los nombres *Anacaona* y *Anacahuarqui*, también los derivaron del hebreo *Anna*, que quiere decir graciosa ó misericordiosa. El nombre *Anahuac* (que en azteca significa «junto al agua;» comp. de *a*, apócope de *atl*, agua, y de *nahuac*, junto, cerca) lo derivaron del fenicio *anak*, que los pobladores de Cartago incluyeron en el de *Chadre-Anak*, qne dieron á la ciudad y significa «asiento de los Anakeos». Como prueba citaron la palabra *Anaga*, (nombre de una punta de Tenerife) corrupción del vocablo *anack*.

Conjeturaron, que de la misma manera que los fenicios introdujeron en Grecia la palabra *ule*, que significa agua, de donde los helenos dijeron *uligo* y los latinos *ulúa*, (2) pudieron traerla á las Indias y formar el nombre *Culhúa*, de un pueblo de Méjico. *Rímac*, nombre antiguo de Lima y del rio que pasa por ella, significa «el que habla», porque lo relacionaron con el verbo hebreo *rimani*, *rimanqui*, hablar.

El versículo 7 del cap. III del libro II de los Paralipómenos, dice: *Porró aurum erat probatissimum*, y Arias Montam leyó: *Et aurum erat aurum ex loco Paruaim*, de donde dedujo (lo mismo que Genebrardo y Vatablo) (3) que *Peruaim* es el *Perú*, el mismo nombre *Ophir* de los hebreos, alterado por la simple trasposición de letras; porque lo que ahora se dice Perú ó Pirú, con *p* áspera, se había de pronunciar *Phirú*, con *p raphe*, conforme á la costumbre y modo de hablar de los hebreos antiguos, quienes tenían solo el sonido *ph* de los griegos, que aún conservan los árabes; pero después que tuvieron dicha *p* áspera, resultó que *Phirú* es trasposi-

(1) Noticias del Brasil, lib. I, núm. 90.
(2) Como asegura Heurnio, en su Filosofía, cita del P. García.
(3) García, Origen de los Indios.

ción de *Ophir*, ó *Vphir*, lo mismo que de *ructub* se dijo *cherub* (querub); de *chebez*, *checeb;* de *gabarán*, *barragán*, etc.

En quichua, *canini*, *caninqui*, significa morder, y el derivado *canic*, el que muerde; de aquí dedujeron que *canic* era el mismo vocablo latino *canis*, el perro. *Mitayoc*, en peruano, significa enviado á trabajar; y en latín *mitto*, *mittis*, es enviar. *Hua*, en quinchua, es el llanto, derivado de *huacani*, *huacanqui*, llorar; y en castellano *huay* ó *guay*, significa llanto, voz italiana, como puede verse en Petrarca, en el soneto

Era il iorno.
Onde y miei GUAI,
Nel commune dolor s' in comminciaro

La palabra *mama*, en peruano, significa *madre* ó *ama*, como *mamacuna*, matrona; *mamaquilla*, madre luna (la luna); *mamanchic*, nuestra madre; *mamacocha*, madre de las aguas (el mar). *Tata*, significa padre, como en castellano (en tarasco existen las mismas palabras *mama* y *tata*, que en lengua maya se dice *mam* y *tat*), que según Calepino proceden del griego *mama*, que significa abuela, madre ó ama, y tata, padre.

Theos, en griego. significa Dios, como en mejicano *Teotl*, de donde *teocalli*, casa de Dios (de *Teotl*, Dios y *cal-li*, casa), *Teotlalpan*, en tierra divina (de *teo*, apóc. de *teotl*, dios; *tlal*, por *tlalli*, tierra, y de *pan*, en); *Teotlatolli*, palabras divinas (de *teotl* y *tlatol-li*, palabra).

Canibales, que según Herrera, quiere decir hombres valientes; para Hornio, (1) significa en púnico *señores graciosos*, de que tomó nombre la familia de Aníbal. *Puna*, isla, como si se dijera Púnica, se formó del nombre *Penes* ó *Phenos*. El mismo origen fenicio dieron á las palabras *Pánucu*, Panamá, *pannú*, *pynole*. Como en lengua púnica, las palabras que principian por *kar*, *kir*, *karja*, *karta*, v. g.: *Cartago*, *Carteia*, etc. significan ciudad, dedujeron que pertenecían al mismo idioma los nombres *Caracas*, (que en Ptolomeo se lee *Caraga*), *Cayri* (la isla de Trinidad), *Carahate* (pueblo de la isla), *Cariaco* (provincia), *Carabi* (isla), etc. etc.

También el nombre Habana, dijeron, está publicando ser fenicio, derivado de los *hereos*, ó de la ciudad de *Hava*, de que no está lejos el rio *Abana* de Damasco. «*Caribes*, dice el citado Hornio, es corrupción de *cariphe*, como batallador, pues *careb* en fenicio significa batalla y *rapha* hombre feroz y fuerte; y corrompida

(1) García, origen de los Indios

esta voz, llamaban *Alpha* los Asboto, que eran fenicios, al Jabalí que mató á Adonis, por entender con esta voz el cruel y fiero.» También son fenicios, según el mismo escritor, las siguientes palabras (de la lengua de Cuba y Hailí): *cinaro* (el airado), *guáibba* (vete) *machahuca* (que me importa), *ciba* (el peñasco), *mayani* (nada), *copey* (arbol), *canoa* (el barco), *bohio* (la casa), *macana* (la espada de madera con filos de pedernal), *guazá vara* (el reencuentro de soldados); *arêito* (baile y cantar), Anacaona (flor del oro), *hamaca* (cama en el aire), *tainos* (los nobles), etc.

Muchos de estos vocablos son, según otros escritores, originarios del hebreo. Fray Juan de Torquemada (1) impugna un papel escrito anónimo, que decía, que *Cuba* era nombre hebreo, por que por ventura se llamó así el primer cacique que la descubrió y pobló; que *cacique* se deriva del hebreo *acatin*, que significa principal, ó altura, porque el cacique es el principal y el más alto en la tribu; que *Haynan* (rio de Santo Domingo) se deriva de *hain*, que en hebreo quiere decir fuente; que *cinato* (como los indios llamaban al triste y lloroso) de *cinotl*, que en hebreo significa lloroso ó triste, ó enojado; que *macana* (arma de guerra) procede de *macha*, que en hebreo quiere decir herida, ó ingenio, porque es ingenio ó instrumento para herir; que *carib* (caribe), es derivado de *carith*, que quiere decir *ocursus ignis*, llama de fuego, que todo lo abrasa por donde pasa; que *canoa*, de *canon*, en hebreo, que quiere decir *statio in qua*, estancia en el agua; *axí* (ají), de *axá* hebreo, que significa furor ó cosa furiosa, por el gran calor y furia que tiene, que quema la boca.

No faltó quien dijera que los nombres *Xandave*, *Xamundi* y *Xandu* (de Popayán) eran chinos, porque existían los mismos cerca de Tendut; que también eran chinos *Quimba* (cuyas sílabas traspuestas dicen *Baquin*, nombre de Pequín, capital de China), *Cumba* (en Pacto), *Coquimbo* (en Chile), *Cumbinama* (en el Perú), *Managua* (en Nicaragua), *Maguana* (en Haití) y *Champoton* (en Yucatán) etc.

Sería prolongar demasiado estas líneas si pusiéramos las etimologías de todas las palabras americanas que los escritores han derivado de los idiomas del Viejo Mundo. Es verdad que de allá hemos recibido muchas, desde la conquista hasta la fecha, y hoy tienen carta de naturalización en nuestro lenguaje *criollo*, v. g.:

(1) Monarquía Indiana, lib. I, cap. IX, págs. 23 y 24. Madrid 1723.

alcatraz, algarrobo, algodón, batea, baharí, barracón, calabaza, calabozo, carcaj, fandango, frangollo, gollorí. hato, indio, jalar, jorro, lima, llantén, mango, mejunje, naranja, nasa, ñáñara, ortigosa, palma, papagayo, queque, roble, sagú, sauco, tamarindo, vega, wisqui, yolof, zorzal, etc.

Esto condujo al Sr. Juan Ignacio de Armas al error de creer que en Cuba no existía nada del lenguaje indígena, que todas las palabras criollas han sido importadas después del descubrimiento de la Isla, y en comprobación de lo que decía, escribió una serie de etimologías y deducciones, en las cuales cometió errores lamentables, no solo en las derivaciones de vocablos americanos, sino también en los originarios del Antiguo Continente. Por ejemplo: dijo primero que *batea* era vocablo arábigo, como trae Martínez Marina; pero que le agradaba más la opinión de Engelmann: «*Batea*, portugués, vasija de madera en que se lava el oro,» y después escribió que procede de *balltheus* ó *balteus*, como dice Forcellini. (1)

La palabra *batea* no es portuguesa, etimológicamente considerada, porque Vieira dice que procede «da baixa latinidade *bathus*», y Santa Rosa de Viterbo (2) dice: «Hoje chamam os rusticos *batega de agoa*, a um grande e cerrado chuveiro, que lança agoa, como se forse a cantaros, ao que os mariantes chamam *aguaceiro*. Donde esta palavra se derive não está averiguado. De *bateada*, que he uma gamella de páo, com que nas minas se tiram os metaes, misturados com a terra, e pedros: ou de *batica*, que na India he o nome que se dá a *bacia*: ou do arabigo *batega*, que significa prato covo, tijella, ou sopeira, á semelhança de gamella: podemos suspeitar, que esta voz se transforirsse para o significado presente.»

El término, dice Eguilaz, es de origen indo-europeo: en sanscrito es *vadha*, vasija; en persa, *badiya*; de donde las formas arábigas *bátiya* y *báttiya*; en griego *batheia*, de *batys*, hondo; en el bajo latín, *baccea*.

Dice el Sr. Armas, que la palabra *manjúa* se deriva del portugués *manjar*, comer; cuando se sabe que procede del aragonés (3) *majal*, que significa cardume, multitud de peces que andan juntos.

(1) Esto es lo que se deduce de lo que dice el Diccionario Cubano del Sr. Macías.

(2) Domingos Vieira, Grande Diccionario Portuguez etimológico.

(3) Elucidario das palabras, termos, e frases antiguadas da lingua portugueza.

El autor de los «Orígenes del Lenguaje Criollo» escribe: *Vivijagua*, nombre de una hormiga perjudicial, llamada también *bachaco*, (1) que vive de ordinario en las mismas *yaguas*. Con esto prueba el Sr. Armas que no conoce la *bibijagua*, porque este insecto jamás vive en yaguas, sino en cuevas profundas.

«Otro árbol vieron (dice el Sr. Armas, hablando de los conquistadores), de cuyas hojas salía *agua*, y le pusieron *jagua*, que significa *desagua*.» ¡Pura suposición! Ni las hojas del árbol dan agua, ni los españoles pusieron tal nombre. La palabra *jagua* es adulteración de la nahuatl *xahuali* (jaguali). (2) «Así de *macar* (dice el Sr. Armas), *macana* arma de madera para *matar* ó *machar* (3) y luego escribe: «El femenino *ana* (de la desin. *ano*) dió á..... y á *macana*, de *maca* ó *maza*. (4) A lo que otro antiamericanista, D. José Miguel Macías, añade: «Dista tanto esta última palabra de proceder de Méjico, ni de ningún otro lugar de América, que desde el año 1256, según documento que extracta el moderno editor de Ducange (Du Cange) un monarca de Portugal dejó á su hijo entre otras cosas, una soberbia *macana* de metal.» (5)

Loquæla tua manifestum te facit.

El Glosario latino de Carlos Dufresne y Domingo Du Cange, (6) dice así:

Maçana, *Masana*. Acad. Hisp. in Diction. Ensis Indieus lingueus Testam. reg. Mafaldœ an. 1256. tom. I. Probat. hist. geneal. domus reg. Portug. pág. 33. Mando ei (infanti) unam *Maçanam* alambre.» (V. tomo II); y en el tomo IV, dice: «Unam copam de aura tam in *Maçanis*, etc.»

Mazana se decía antiguamente en castellano (después se intercaló una *n* y se dijo *manzana*) y en portugués *maçaa*, que fué lo que dejó la reina *Mafalda*, y no rey como dice el Sr. Macías, por copiar la errata de Du Cange.

Hay un documento de 1150, (7) que dice: «Ego Alfonsus Rex Portugalensis, et usor mea Regina Mahalda manu nostra hoc

---

(1) En Veracruz se llama *hormiga harriera*; en Guerrero, *cuatalale*.

(2) Dr. Francisco Hernández, «Plantas, Animales y Minerales» de Nueva España. Escrita en 1570-75 y publicada en 1615.

(3) Orig. del Leng. Criollo.

(4) Etim. de la Academia.

(5) Diccion. Cubano Etimológico.

(6) Publicado en París en 1733-66, en ocho volúmenes en folio.

(7) Tampoco la reina Mafalda vivió en 1256, sino un siglo antes.

scrib tum subter firmamus.» (1) «Mas que responderemos nos á existencia da Rainha D. Mafalda, que falleceo de parto da sua filha D. Sancha, a 24 de Novembro de 1157?» (2)

En otras faltas de igual estofa ha incurrido en su Diccionario el Sr. Macías, que puede perdonárselas el que sepa, que el autor arregló su obra con suma precipitación; pero nadie dejará de censurar á dicho señor, el que haya dado por etimologías en su Diccionario Cubano, los siguientes sonsonetes: *Machango* (dice) se deriva de *macho* y *ango*; *bejuco*, de *bajo* y *uco*; *malanga*, de *mala* y *anga*; *berija*, de *ver* y de *ija*; *bullarengue*, de *bulla* y *engue*; *turei*, de *tu* y de *rey*; *isleño*, de *isla* y *eño*, etc.

Y ¿qué calificación podrá darse á lo siguiente, que el autor denomina etimología? «*Anaina*. Adj..... Etim. Recordando el cuento del niño de los dientes de oro, que refiere Fontanelle, y que nos repetía contínuamente en cátedra el inolvidable Man. González del Valle, nos abstenemos de toda investigación, hasta tanto que se dilucide, si es un error de Salvá, ó un término perdido.»

En la etimología de *Báire*, pregunta el Sr. Macías: «¿Tiene el *báire* color amarillo ó figura aovada?» Y en la de chirigota dice: «Todos la reputan de origen español.» Pero ¿quiénes son esos todos? Porque Eguilaz, que escribió en 1886, antes que se publicara el Diccion. Cub., dice que *chirigota* se deriva del hebreo *xiricot* irrisión.

Lechero, en la acepción de estítico y logrero, dice el Sr. Macías, «se deriva de *leche*; cuando nada tiene que ver una palabra con la otra, porque decir *lechero* al afortunado en el juego, ó al que no da propina, ó al logrero, no es otra cosa, como dice D. Adolfo de Castro, (3) que proferir un hebraismo: *Lechinam* ó *Lechi*, por apócope, equivale á gratis ó sin mérito ó sin causa.

Cachorro, por grosero, atrevido, se deriva, según el Sr. Macías, de *cachorro*, cría de la perra; cuando no es más que adulteración del vocablo castellano *cazurro* (que Aldrete escribe *caçurro*, torpe, malo), procedente del arábigo *cadzur*, grosero, de donde también, dice Eguilaz, viene *cazurra:*

«Fis con el gran pesar esta trova *cazurra*, La duenna que la oiere por ella non me aburra.

(Arcipreste de Hita, copla 104)

(1) Joaquín de Santa Rosa de Vitergo, Elucidario, tomo I, pág. 229.
(2) Elucidario, tomo I, pág. 230.
(3) Habla Española.

De la palabra *cuchufli*, dice el Diccionario Cubano: «Etim. Es voz caprichosa, que da por análisis algo de cochura y un poco de viento.» Mucho viento tendría en la cabeza el autor de esta bobería cuando hizo el peregrino análisis y no vió que *cuchufli* es alteración del aragonés *cuchitril*, de donde el castellano *cuchutril*, tabuco (Terreros) y *cochitril*, habitación estrecha y desaseada (Academia), derivado del címrico *hvvch*, ó del córnico *kuch*, cerdo, latinizado en *cucho*, *cuchino*, cochino ó lugar del cerdo, chiquero (aludiendo á la estrechez); en bretón, *hovch*, *hoch*; en inglés, *hog*; en zendo, *hu*; en irlandés, *suig*; en griego, *sys*; en latín, *sus*; en holandés, *su*; de la raiz ariana *su*, que significa producir, equivalente al sanscrito *su*, engendrar, por lo fecundo que es el cerdo.

Así como combatimos la opinión de los antiamericanistas que niegan la existencia del lenguaje cubano, tampoco aceptamos lo que dicen los filólogos mejicanos. Lic. Manuel Orozco y Berra (1) y Dr. Francisco Pimentel (2) «que la lengua indígena de Cuba pertenecía á la familia maya,» porque entre esta y la taina, ó macorix, no hay relación alguna. Aquí existen sólo cuatro palabras procedentes de Yucalpetén (antiguo nombre de Yucatán, comp. de *yu*, perla ó collar; *cal*, garganta, y *petén*, tierra, continente).

La primera, según el P. Zúñiga, (3) es el nombre que pusieron al lugar los españoles, quienes al preguntar: «¿Cómo se llama esta provincia?» oyeron de los indígenas esta expresión: *U Yu c-atan*; «son las gargantillas de nuestras mujeres,» que era lo que en aquellos momentos los indios tenían en las manos. Los conquistadores creyendo que el país se llamaba *Yucatán*, escribieron en su libro: *Yucatan*, como por *Chidchenitza*, dijeron *Chichen izá*; por *coox c- otoch*, «Cabo Catoche» etc.

La segunda palabra es *Macatá*, que, según D. José Miguel Macías, «puede ser adulteración de *Macata*, ó apócope de *Macatana*: en ambas suposiciones (dice) parece tener por raiz á *macá*, que es la cotorra en Cuba y en Aragua.» Nada de esto es cierto: *Macatá* es el nombre de una finca y probablemente puesto por los yucatecos que vinieron como esclavos, hace unos cuarenta años, á tra-

(1) Historia Antigua y de la Conquista de México. Véase el tomo II, páginas 246 y 448.

(2) Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México. Véase el tomo, página 556.

(3) Estudios Filológicos de D. Crescencio Carrillo y Ancona, Obispo de Yucatán.

bajar en los ingenios. Esta palabra es adulteración de la maya *makcatá* (que usa la gente inculta de Yucatán), compuesta de *mak mak-ah*, chupar, sorber; *ca*, tu, y *tá*, escremento.

La tercera es *campechana*, (calificativo de una clase de ciruela) vocablo derivado de *Campeche*, alteración de *Kimpech*, compuesto de *kin*, sol, dia, sacerdote y *pech*, garrapata.

La cuarta es *cacao*, derivada de la maya *cacau*, que significa lo mismo y no de la azteca *cacahuatl*, (1) como dice el Sr. Macías, siguiendo la opinión de D. Eufemio Mendoza. (2)

En Yucatán hay dos palabras cubanas: *yaba* y *quimbombó*; y es probable que las hayan llevado los negros que, en el año 1844, emigraron de esta Isla. *Jah ten medio yaba* (dame medio de yaba) dicen los indios cuando llegan á las boticas á comprar remedio para curar de las lombrices á sus hijos. La *yaba* es un excelente vermífugo pero peligroso: crece tanto como el cedro y la caoba. En Yucatán la conocen por *jabín* y en Veracruz la llaman *jabí*, nombre conque en Granada se conoce una especie de manzano, y que, según Dozy, es palabra arábiga. *xa' abi*, manzano silvestre que Abem Alawám (citado por Eguilaz), escribe *ax-xaibí*.

La palabra *quimbombó*, que el Sr. Macías hace derivar de *¡qué bombo! ¡qué baboso!* procede del vocablo congo *quingombo*, de aquí pasó al Brasil, de donde tomó la Luisiana el nombre *quimbombó*, y así se alteró más ó menos en los distintos lugares donde hoy se conoce la planta; en Curazao la llaman *quiambó;* en Portugal, *quiabo*; en Venezuela, *chimbobó*; en Tabasco, *chimbombó;* en Tampico, *bombó*; en francés se dice *gombaut* et mieux *gombo* (gon-bo) Littre; en inglés, *gombo* or *gumbo* (Webster): en Veracruz, *angú* y en Puerto Príncipe *bolondrón* y *molondrón*.

La lengua de Cuba no tiene relación con la maya, (3) ni procede únicamente de las variedades de caribes del Continente, como cree el sabio americanista Bachiller y Morales. (4) Nuestro lenguaje *criollo* es en su mayor parte caribe, como se ve por las

(1) Dice el Sr. Macías en su Dic. Cub.: *Cacao*. Etim... «procede del nahuatl *cacahuatl*, el árbol y el grano, según Molina y Mendoza.» Mendoza sí lo dice, pero Molina no. El Diccionario de Molina no dice más que: «*Cacahuatl*, benida de cacao.»

(2) Apuntes para un Catálogo razonado de las palabras mexicanas introducidas al castellano.

(3) La lengua maya carece de R, y la taina tiene este signo; la maya tiene varios sonidos, de los cuales carece la taina.

(4) Véase su excelente obra «Cuba Primitiva.»

palabras *canoa* (canoa) *hüeri* (güiro) *cataole* (catauro) *biama* (dos) *maboya* (mabuya) *acharaca* (hilar) *hamouca* (querer, necesitar) *oúbao* (isla) *ábana* (uno) *máina* (jardín) bara (por) íchic (cabeza) *oüáliba* (monte) *yarába* (mismo) *arica* (mirar) *caúba* (comida) *hán-han* (sí) *ouá* (no) *ichéiri* (dios) *boman* (dar, regalar) *tona* (agua) *araua* ó *arahua* (hacha) *eyeri* (hombre) *tabuite* (mujer) *chicuba* (azadón) *namen* ó *namein* (ñame) *abahuati* (piojo) *turi* (teta) *balana* (mar) *mamba* (miel) *hua* (nombre) *hamac* (hamaca) *nargouti* (abuelo) *mabí* (boniato) *maulí* (maní) *mambá* (cállate) *bebéite* (viente) *ayara* (rayar) *ababai* (papaya) *itobu* (hierba medicinal) etc., etc.; pero también contiene muchas palabras aztecas, v. g.: *matzahua* (majagua) *xahuali* (xagua, jagua) *xáhüey* (jagüey) *huayava* (1) (guayaba) *huaya* (guaya) *tzitzicastle* (chichicaste) *cihuatic* (ciguato) *copalli* (copal) etc.; tarascas, como *Bayameo* (Bayamo) *Jeruco* (Jaruco) *tzihua* (cigua, árbol) *tarécua* (tareco) *zinzun* (zunzún) etc.; teguima, *manugua* (manigua); totonaca, *tanoy* (Tanoya ó Tenoya); chichimeca, *balbacoa* (barbacoa); quichuas, *huaca* (guaca) *chirimuyu* (chirimoya) *papa* (papa) *huanu* (guano) *yapa* (ñapa) etc.; andaquí, *guáimara* (Guáimaro); cumanagata, *erepa* (arepa); aimará, *kkoko* (coca) etc.; goajira, *alléibá* (aléiba); tupí, *huayira* (guajiro); cuevas, *cohaba* (cuaba) *yra* (mujer) *cobo* (caracol) *chaquira* (mostacilla) *haba* (jaba) etc.; dorasque, *baigá* (bagá); paez, *guagua* (guagua) *mambí* (mambí); chibba, *cuhuba* (Cuba) *guá* (monte) *tapiri* (Capiro); lule y tonocoté, *tabacó* (tabaco) *tuna* (tuna) etc.

También tiene palabras de otros idiomas y dialectos: del inglés, *wharf* (guafe) *sandwich* (sangüich) *block* (bloque) roatsbeef (rosbif) *beef-steak* (biftec) *cake* (queque) etc.; del francés, *tolet* (tolete) *bidet* (bidel) *rafistoler* (refistolero) etc.; del arábigo, *zingiber* ó *azzinchibil* (jengibre ó ajengibre) *alhabaca* (albahaca) *alchoncholí* (ajonjolí) *faluca* (falúa) *zahorí* (zahorí) *xaquina* (jáquima) etc.; del congo, *quingombo* (quimbombó) *malanga* (malanga) *guandú* (gandúa) *fua* (morir); del mandinga, *banana* (banano); del gangá, *grengréi* (guengueré ó ñengueré); del alemán, *pfeffer* (féferes); del italiano, *batata* (boniato) *pizzicato* (pechicato) *hamo* (jamo) etc.; del eúskaro *errenko* (renco) *bakallaoa* (bacalao) *barbulla* (Barbolle) *basia-ura* (basura) *berroa* (berro) etc.; del malayo, *mambú* (bambú) *maûgga* (mango); del portugués, *chifre* (chifle) *fanhoso* (fañoso) etc.; del gitano, *jalar* (beber) *jalado* (ebrio) *jara* (onza) etc.; del gallego,

(1) En azteca ó mejicano no hay *b*, y la *v* suena como *u*, así *va*, se pronuncia *ua*.

funil (fonil) *sucucho* (socucho) *surullo* (sorullo) *coruza* (corúa) etc.; del catalán, *pebre* (pebre, guiso) etc.; del aragonés, *cuchítril* (cuchufli) *chanchullo* (bahorrina); del montañés, *manjúa* (sardina); del valenciano, *fotut* (fotuto, ruin); del latín, *amapola* (amapola) *blitum* (bledo) *canna* (caña) *scopa* (escoba) etc.; del griego, *chaino* (faino) *hélix* (hélice); del hebreo, *xéricot* (chirigota) *waa-hen-i* (Guanahaní) etc.; del godo, *papagayo* (papagayo, loro) etc. etc.

Podemos asegurar que nuestro lenguaje criollo, lo mismo que el castellano, el inglés, el francés, el italiano y otros, se ha formado de varias lenguas, pero que en su mayor parte es caribe.

FELIX RAMOS Y DUARTE.

Habana Diciembre de 1892.

Gran Legión del Aguila Negra

(APUNTES HISTORICOS)

Es más facil remachar los anillos
que romper la cadena.
La Lucha, 7 de Abril de 1888.

No nos es posible negar, por más que quieran intentarlo los sostenedores de las bondades del régimen antiguo, los distintos males que han venido azotando á la colonia cubana, desde el día en que el atrevido navegante Cristobal Colón, dejando atrás el vasto desierto de los mares, sin más guía que su temeridad de llegar á las tierras de apreciados minerales, y sin otro derrotero que su pensamiento, llegó á las playas vírgenes de Cuba, enarbolando la bandera que cubría el solio de los reyes católicos, Fernando é Isabel, y el estandarte en cuyo centro se ostentaba, como símbolo de sumisión, la cruz del cristianismo, hasta la época presente, en la que, apesar de haber trascurrido cuatro centurias, nos es facil anotar los males que pesan sobre esta tierra, y que se prestan á serias consideraciones, que no pueden pasar desapercibidas, ni aun por aquellos que apenas conocen la historia de nuestra tierra.

Y, como no es nuestro objeto escribir la historia desde los primeros dias del descubrimiento, pasamos por alto todo ese tiempo de tempestades políticas para la colonia, y con ellas los martirios á que fueron sometidos sus primeros pobladores, de esa pobre raza que desapareció bajo el poder y la codicia de unos pocos aventureros, que sordos á la voz de la humanidad, solo encontra-

ban alivio á sus desesperados deseos, en el hallazgo de los preciosos metales conque la pródiga Naturaleza enriqueció el suelo aurífero de Cuba.

A la desaparición de la desgraciada raza india, necesario era traer hombres que trabajasen, y como no era posible esclavizar al *blanco* sometiéndolo á las penosas faenas de romper las tierras de nuestras minas, pensose en el infelíz africano, desconocedor por completo de la civilización, valiéndose para tales fines, disimular el bien con el mal, como si se tratase de arrancar á los hombres de un estado salvaje para civilizarlo en otro, estendiendo de ese modo con los grandes auxilios del cristianismo, la paz moral, la libertad y el progreso á los necesitados de tan valiosos gérmenes en la vida social de los pueblos.

Esta escuela, basada en los horrores inquisitoriales de los conquistadores, no podía producir buen resultado, desde el momento en que la sociedad de la colonia, se presentaba ante el mundo americano manchada can ese borrón, que como resto de la antigua Roma, se plantaba en tierras cubanas para servir de prólogo á la historia de la esclavitud en las Américas.

Ante los hábitos de la esclavitud, la sociedad cubana tenía que estar en pugna con la entidad Gobierno.

No era posible legislar con acierto donde una gran parte de la población gemía bajo el peso de la esclavitud.

No era posible, según el criterio del Gobierno, dotar á Cuba de leyes basadas en el derecho y encaminadas al bienestar general, si aún siquiera asimilarlas al nuevo orden establecido por los legisladores de otros gobiernos poseedores de colonias antillanas.

Natural era que el pueblo de Cuba intentase rebelarse contra las leyes coloniales de esa época, sin pensar en sus consecuencias en caso contrario.

Años hacía que el pueblo de Cuba pensaba en su libertad, siguiendo el movimiento del separatismo en la América del Sur.

Cuba reclamaba sus derechos de ciudadanía en pacíficas manifestaciones, pero todas esas esperanzas de mejores días en la vida política social, eran miradas con desdén y desprecio por el Gobierno de la Metrópoli, donde no faltó un Conde Agreda que asegurase en pleno Parlamento que los americanos no podían tomar asiento en el Congreso porque eran descendientes de monos, y otras muchas declaraciones que venían á herir la susceptibilidad de los hijos de América.

Agitábase en España la idea de la Constitución y el pueblo de Cuba, seguía tranquilo los acontecimientos que tenían lugar en la península, á la vez que se preparaba para recibir tan fausta nueva con demostraciones de júbilo, y justificar de una manera clara y terminante los sentimientos nobles del pueblo cubano, que si odiaba, era á las instituciones, no á sus hombres.

La Constitución de 1812 vino á aumentar las esperanzas y alentar al pueblo de Cuba que no había perdido la fe en el porvenir.

En esa época debió España haberle dado á Cuba su autonomía, y desde entonces ambas hubieran marchado hacia el bien general, á la par que su conducta habría desarmado las pretensiones norte-americanas, que buscaban el apoyo de sus tendencias anexionistas en los descontentos de Cuba.

Debía haber sido el primer paso que daba España en beneficio de sus colonias.

Pero, ante el olvido, no era posible permanecer en silencio.

En cambio de tanto bien esperado, enviáronse á la América española medidas absurdas y decretos inadmisibles.

Redújose todo al envío de una Constitución mutilada, sujeta por sus errores á infinitos males.

Parecía materialmente, en las primeras décadas del siglo XIX, que se temía perder el derecho de conquista.

Aunque guardamos amarga censura para los gobernadores que ha tenido la colonia cubana, plácenos separar de entre ellos, al insigne protector de los cubanos, al benemérito D. Luis de las Casas.

Si todos los que han pisado las playas de Cuba, hubieran sido como *Las Casas*, hoy los cubanos tendrían para sus gobernantes palmas en lugar de quejas, plácemes en lugar de censuras, y en las páglnas de nuestra historia no se estamparían los ayes y las quejas de un pueblo que sufre.

No eran solamente los cubanos los que se quejaban del régimen gubernativo que imperaba, uníanse á ellos una gran parte de peninsulares ilustrados que no podían aceptar el sistema de un gobierno altamente militar.

Perseguidos los que pedían por la prensa y en pacíficas manifestaciones la igualdad de leyes con las de la península, tuvieron que ocurrir á la prensa clandestina y al club revolucionario.

La guerra de las colonias hispano-americanas debía haber ser-

vido de ejemplo al Gobierno de la Metrópoli para que fusese más tolerante, más consecuente con el pueblo que, como el de Cuba, no aceptó el movimiento revolucionario que dió gloria á Simón Bolívar, el Washington de la América del Sur, esperanzado en obtener su derecho por los medios pacíficos y legales; convenciéndose después que no era posible llegar á ello por tales medios.

Limitóse Fernando VII en conceder á Cuba el título algo vejaminoso de *siempre fidelísima;* prerogativa que perdió desde el comienzo de la guerra de los diez años.

Oigamos lo que dice un historiador venezolano:

«En España fué lícito y laudable que todas sus provincias ó secciones, formasen Junta ó Gobierno provisorios para proveer á sus necesidades y precaver la usurpación extranjera, en la horfandad en que dejaron á la nación Carlos IV, Fernando VII y toda la familia real.

«No era lo mismo en América y la voz del pueblo era ominosa y reprobada: no se le concedía la capacidad para gobernarse, ni derechos que defender, y el solo nombre de «Junta» en nuestro desgraciado continente fué castigado como un crimen.

«Tristes ejemplos se presentaron luego en México, la Paz, Quito, Bogotá, Caracas y otros pueblos.

«Abominables y contínuas fueron las contradicciones de los españoles.

«Fidelidad al Monarca y reforma del sistema colonial, fué el primer grito de los americanos; lo contestaron por el hábito y ciego deseo de dominarnos con el de «rebelión, rebelión;» y para encadenarnos nuevamente se confió el cargo á muchos de los que acababan de jurar fidelidad al intruso Rey José Bonaparte.» (1)

La Constitución de 1820 fué otra nueva ocasión que se le presentaba á España para reparar los males pasado y las ingratitudes de algunos de sus hombres.

Fué necesario que el pueblo de Cuba tomase una parte activa en los acontecimientos que tuvieron lugar.

El 16 de Abril de 1820 el pueblo de Cuba, compuesto de insulares y peninsulares, en vista de que en España se había jurado la Constitución y que ésta no se promulgaba, apesar de haber llegado un barco con la noticia, el pueblo amotinado obligó al general D. Manuel Cagigal á que jurase la Constitución.

---

(1) «Correo de Caracas», Septiembre 1839.

La monarquía estaba representada en Cuba por el gobierno más absoluto.

Fijábase el Rey más en las cosas propias ó concernientes al territorio peninsular, que al de sus lejanas colonias americanas.

Es verdad, que si Gayo Graco tenía detrás de sí á Livio Druso, Fernanda VII tenía á D. Carlos, y por tanto, los efectos producidos por las causas debían de ser fatales.

Entregada la Isla de Cuba al criterio de sus gobernadores, á quienes se les daban facultades escepcionales ó extraordinarias, claro está, que tenían que seguir una política restrictiva y amordazada.

La Constitución de 1820 fué más bien una tormenta desencadenada para la colonia cubana.

El pueblo pudo entonces apreciar lo que le convenía, y desconfió como era natural de las promesas constitucionales y de las esperanzas de reformas ofrecidas desde allende los mares.

Parecía materialmente que Cuba cargaba con las culpas agenas, y pensó entonces en los que gobernaban, en las ingratitudes de sus hombres, y en los odios que había dejado la lucha en las Américas, sin pensar que Cuba aunque era un pueblo sufrido, era grande en su valor y admirable en su sentimiento.

Cuando fijamos la vista en el pasado, vienen á nuestra mente el recuerdo de los sucesos que tuvieron lugar en la Metrópoli enlazados con la suerte de nuestra patria.

En 1821 la Isla de Cuba, que creyó en la legalidad de los derechos constitucionales, nombró al sabio y virtuoso Pbro. D. Felix Varela, al consecuente D. Tomás Ferrer y al ilustrado hacendado D. Indalecio Santo Suarez, para que la representasen en las Cortes.

Pero esa representación fué más bien una ilusión y un desengaño más que recibió el pueblo de Cuba.

Cayó la Constitución y los representantes de Cuba tuvieron que expatriarse á Gibraltar.

En 1823 el virtuoso Varela se trasladó á los Estados Unidos, donde supieron premiar sus méritos. (1)

Veamos lo que dice Muñoz del Monte: (2)

«En realidad, no ha habido escenas más escandalosas que las que se han representado en 1820 y 21.

(1) Murió en 1853 siendo Obispo de San Agustín de la Florida.
(2) «Diccionario crítico,» *La Autonomía* de Santiago de Cuba, 1888.

«El gobierno político, empeñado en colocar criaturas suyas con fines de nadie ignorados, logró desnaturalizar con las más inauditas violencias el acto solemne en que el pueblo ejerce el único acto de soberanía que le favorece la Constitución de Estado.

«Las decisiones de las Juntas Parroquiales han sido desobedecidas, la libertad de los sufragios coartada, la seguridad de las personas hollada, los más inocentes actos falazmente calumniados, la Constitución infringida y los más beneméritos ciudadanos atrozmente ultrajados en el ejercicio de sus funciones electivas.»

Desesperado el pueblo de Cuba ante el fracaso que acababa de recibir acudió con decisión al club revolucionario y dió principio á los trabajos de conspiración, prestándose como un poderoso auxiliar las logias masónicas.

En 1821 llegó á la Habana el teniente general D. Nicolás Mahy, lo que no intimidó á los asociados masones continuar en secreto la obra revolucionaria.

En esa época de agitación política se hallaban en la Habana los Comisionados de los Estados Unidos para el arreglo y terminación de las cuestiones sobre la Florida. (1)

Muy pronto dieron á conocer á los revolucionarios de Cuba el plan político que traían.

Preparábanse los trabajos para llevar á cabo la anexión de la Isla de Cuba á los Estados Unidos, para cuyo efecto era necesario realizar el proyecto de sacar los planos de las fortalezas de la Habana, ofreciéndoles á un oficial ingeniero ciento cincuenta onzas, pero el general Mahy descubrió la trama y el plan quedó destruído.

Nada de esto desalentó á los conspiradores cubanos, pues todos los partidarios de la anexión como los de la independencia guardaban secreto.

Un año después, en 1822, se sublevaron en Puerto Rico algunos patriotas, y siendo vencidos, fueron algunos pasados por las armas, contándose entre éstos á A. Dubois y cuatro compañeros.

En ese año, 1822, el 23 de Diciembre, quedó abolido el sistema constitucional, restableciéndose el régimen antiguo.

En la segunda época constitucional 1820 á 1822 se publicaron *El Americano libre, El Zuriago, El Tio Bartolo, El Mosquito, El Filósofo verdadero, El Esquife, La Cañonera en corso, La Cotorra, La*

(1) La Florida fué cedida por los españoles á los americanos el 19 de Febrero de 1821.

Linterna Mágica, El Teatro burlesco y otros que fueron el reflejo de las aspiraciones del pueblo cubano, que deseaba conservar su libertad aunque á medias, permaneciendo uuidos á España, llegando su conformidad hasta ese extremo. Pero los males se repitieron y con ellos el absolutismo de los que gobernaban, y el pueblo cansado de obedecer y desesperado de esperar, continuó con más fuerza buscando el medio de mejorar en los clubs revolucionarios.

En 1823 se fundó en la Habana una Sociedad rovolucionaria bajo el título de *Los Soles de Bolívar*, la que fué descubierta y encarcelados la mayor parte de sus asociados. El Lcdo. D. Manuel Royo, D. Lucas A. Ugarte, D. N. Peoli, D. Francisco Lemus y otros tuvieron la suerte de fugarse del cuartel de Belén.

Las elecciones para diputados en este año fueron causa de graves conflictos. El Capitán general D. Francisco Dionisio Vives, fijándose en las sociedades secretas, consiguió valiéndose de un *Judas*, encontrar la trama de la conspiración de *Los Soles de Bolívar*. Este plan revolucionario tuvo su origen en Venezuela, y era dirigido por D. Francisco Lemus, que fué preso de nuevo y remitido á la Península.

Los clubs revolucionarios se habían estendido por toda la Isla.

El descubrimiento de los conspiradores de la Habana en nada perjudicó á los del resto de la Isla.

El 23 de Agosto de 1824 el oficial de dragones D. Gaspar Antonio Rodríguez lanzó el grito de libertad en Matanzas. Su prisión en nada alteró la marcha revolucionaria de las logias masónicas.

En el mes de Septiembre del referido ano se fundó en la ciudad de Méjico la *Junta patriótica cubana*, teniendo al fin que disolverse. Las repúblicas de Méjico y Colombia se concertaron para invadir á la Isla de Cuba, pero este plan fué destruído por haberse opuesto Inglaterra y los Estados Unidos.

Los liberales de Cuba, tanto insulares como peninsulares, eran vigilados por el Gobierno.

El Gobierno de España principió á temer por la suerte de Cuba, y consideró que era conveniente, para tenerla á su lado, dictar leyes represivas y contrarias al derecho de todo ciudadano, al extremo que en 8 de Mayo de 1825, Fernando VII hizo publicar una Real orden, concediendo á los Capitanes generales y Gobernadores superiores civiles de la Isla de Cuba, «todo el lleno de las

facultades que por las reales ordenanzas se conceden á los gobernadores de plaza sitiada.» Podían deportar sin formación de causa, por simple recelo en la conducta pública y privada, y hasta suspender el cumplimiento de las leyes.

En el citado año de 1825 se publicó un folleto anónimo con el título «Una página para la historia de la época actual,» y se sabe lo escribió D. Ramón de la Sagra, en contestación á unos cuadernos subversivos impresos en los Estados Unidos.

Mucho temía el Gobierno á los conspiradores, al extremo que en 4 de Mayo de 1825, preparándose á los acontecimientos que podrían desarrollarse, instaló en la Habana la Comisión Militar ejecutiva y permanente *para tada clase de delitos*, siendo su primer presidente el brigadier D. José Cadaval; Secretario D. Lorenzo Baltanás, sub-teniente del batallón ligero de Tarragona y Fiscal D. Tomás de Salazar, capitán graduado de infantería.

No se ocultaba al Gobierno el movimiento progresivo de los conspiradores. D. Francisco Dionisio Vives hizo circular en 1826 la siguiente orden ó bando, como precursora de acontecimientos políticos.

«D. Francisco Dionisio Vives, Caballero Gran Cruz de la Real orden Americana de Isabel la Católica y de la de San Hermenegildo, caballero de la tercera clase de la Real de San Fernando, declarado varias veces benemérito de la patria, condecorado con el Escudo de Fidelidad, la Estrella del Norte y por otras nueve acciones de guerra, teniente general de los reales ejèrcitos, gobernador de la plaza de la Habana, capitán general de la Isla de Cuba, presidente de la Real Audiencia que reside en la propia Isla y de la Asamblea provincial de la Real orden Americana de Isabel la Católica, juez de àlzada del tribunal del Real Consulado de ella, y presidente de la Junta económica y de gobierno del mismo, subdelegado de la superintendencia general de Correos, Postas y Estafetas y de la Real Compañía de la Habana, etc.

«Habiendo juzgado siempre de mi primera obligación y muy conveniente al reposo de los fieles moradores de esta Isla el tomar providencias dirigidas á su conservación; y si con semejante objeto he situado en la manera más ventajosa tropas para repeler cualquiera invasión que quisiera intentarse contra su territorio; mis deseos de prevenir todos los resortes que pueden cooperar á mantenerlo en tranquilidad, me hacen ocurrir al apoyo de la ley para el justo castigo de aquellos que tiendan á alterarla, ó de he-

cho la perturban maliciosamente y con ideas detestables. Para que el escarmiento, si por desgracia llegaren á cometerse delitos de tal especie, sea tan pronto como lo exije la vindicta pública y el sostenimiento de los derechos y soberanía del Rey nuestro señor; usando de las facultades que S. M. se ha dignado concederme, y están publicadas, mando se observen los artículos siguientes:

«1º Los que emprendieren cualquiera sedición, conspiración ó motín, ó indujeren á cometer estos delitos contra el Real servicio, seguridad de las plazas y territorio de esta Isla, contra las tropas, sus comandantes, ú oficiales, serán ahorcados en cualquier número que sean: debiéndose ejecutar esta pena en aquellos que fueren cabezas principales de semejantes delitos sin más dilación que la de prepararse á morir cristianamente.

«2º Los que hubieren tenido noticias de tales delitos y no los delaten luego que puedan, á la autoridad ó jefe inmediato, sufrirán la pena de muerte en horca.

«3º Todo individuo que levantare partidas armadas ó se pusiere al frente de ellas; y los que abandonen los destinos que tengan del gobierno legítimo para tomar otro de los revolucionarios, sufrirán la misma pena de muerte en horca.

«4º Los espías de ambos sexos serán ahorcados.

«5º Los que fueren declarados reos de los delitos que se mencionan en los cuatro artículos anteriores, sufrirán además el perdimento de sus bienes.

«6º La calificación de los precitados delitos se hará breve y sumariamente ante una comisión militar; ejecutándose las sentencias que diere luego que estén aprobadas por el Comandante general del departamento á quien corresponda.

«7º Se esceptúan las cabezas principales que expresa el artículo 1º, cuyo castigo será decretado ejecutivamente por el Comandante general del departamento, según en el mismo artículo se previene para el debido escarmiento.

«8º El que tuviere inteligencia con los enemigos, correspondencia por escrito ó verbal en cualquier puesto, sufrirá la pena de muerte en el modo que corresponda á la calidad y carácter del delincuente.

«9º Los que por escritos subversivos se dedicaren á encender el fuego de la revolución, sufrirán la pena de muerte y perdimento de sus bienes.

«10 El que hiciere acopio clandestino de armas de fuego, lan-

zas, sables, espadas de caballería, monturas, pólvora y municiones gruesas, sufrirá ocho años de presidio fuera de la Isla.

«11. El que con ellas auxiliare á los enemigos ó revoltosos, ó si el acopio se dirigiese á este fin, ó las introdujese ó fabricare con el mismo objeto, sufrirá la pena de muerte.

«12. El que esparciere especies y rumores en favor de la independencia ó revolución, ó que sean dirigidas á infundir desaliento en los habitantes fieles, será desterrado de esta Isla sin poder volver á ella en tiempo alguno, y multado además en mil pesos.

«13. Las personas sospechosas, calificado que sea el fundamento de la sospecha por información de oficio, serán confinadas á la Península por cinco años, con prohibición de volver á estos dominios.

«14. En igual pena incurrirán los que compongan reuniones que se califiquen de sospechosas en los términos dichos.

«15. Hallándose la Isla dividida en tres departamentos militares denominados Oriental, del Centro y Occidental, se establecerá á la publicación de este bando en cada uno de los dos primeros una comisión militar á ejemplo de la que existe en esta Capital para el tercero, siendo los Comandantes generales, de los ya dichos Oriental y Centro, á quienes compete el hacerlo publicar y poner en ejecución en el de su cargo; bien entendidos que las penas que se impusieren y debieren cumplirse fuera de la Isla, no se llevarán á efecto sin conocimiento y aprobación de esta Capitanía general, á menos que se hallare interrumpida la comunicación.

«16. Los jefes encargados de la ejecución de este bando procederán bajo las formalidades que en él se prescriben; sin perjuicio de usar Yo, cuando lo estime conveniente, de las amplias facultades con que el Rey nuestro señor ha tenido á bien autorizarme.

«La fidelidad de los habitantes de esta Isla manifestada en todas épocas con testimonio los más apreciables, y el convencimiento de que nada puede serles tan lisongero como su continuada adhesión á la corona de España, me persuaden que jamás llegará el caso de lastimar mi sensibilidad, por deber aplicarse penas, cuyo recuerdo solo afecta mi corazón; y Yo quisiera que las grandes facultades de que he sido revestido tuviese que emplearlas únicamente en recompensar á la virtud con toda aquella estensión en que se complace la munificencia de nuestro Soberano.—Habana 4 de Febrero de 1826.—*Felipe Martínez.—Francisco Dionisio Vives.*»

Como se desprende del anterior bando el General D. Francisco Dionisio Vives tenía conocimiento de la vasta conepiración extendida per la Isla, pues no faltaron delatores que hicieren el infame y cobarde papel de Judas. Faltábale encontrar el hilo de la conspiración para llenar las cárceles y poner en ejecución la horca para que sirviese de castigo ejemplar, sin excluir de tan horrible condenación al bello sexo ni á los ancianos.

Temíase también de una invasión sur-americana que viniese en auxilio de los revolucionarios cubanos que bajo el título de «Gran Legión del Aguila Negra,» trabajaba para separarse de la Metrópoli.

El bando del General Vives principió á sentir sus efectos en Puerto Príncipe, donde aparece descubierta *una parte* de la conspiración, siendo los presos entregados al Consejo de guerra.

En el mes de Marzo del citado año de 1826, casi al mes de publicado el bando, el Consejo de guerra dictaba sentencia contra los conspiradores de Puerto Príncipe, siendo ahorcados en dicho mes D. Francisco Agüero Velazco y D. Bernabé Sánchez.

Antes de dar á conocer los pormenores y las dos sentencias que recayeron contra los conspiradores del *Aguila Negra*, indispensable nos ha sido volver hacia el pasado, á fin de seguir el hilo de los acontecimientos que precipitaron al pueblo cubano á tomar una decisiva determinación en la política colonial.

Aún no se habían aquietado los ánimos en España á consecuencia de la pérdida de la América del Sur: aún permanecían latentes los estragos de la tormenta que se había desencadenado contra la Nación, dejando tras de sí crueles presagios para el porvenir, cuando la Isla de Cuba permanecía olvidada de la Metrópoli, expuesta al criterio de los Gobernadores generales y á las sentencias de la Comisión Militar Ejecutiva y permanente. No le quedaba otro recurso al pueblo que los del club revolucionario.

Extendióse por toda la Isla la *asociación revolucionaria* que bajo el nombre de «Gran Legión del Aguila Negra» debía al cabo de algunos años de trabajos preparatorios dar el grito de libertad basado en la independencia de Cuba.

El secreto reinaba por todas partes; teníase especial cuidado en la admisión de afiliados en las logias masónicas, al extremo de formarse expedientes en averiguación de la conducta ó de las virtudes del individuo.

Situado en la Habana el Directorio, ó sea la Junta Organiza-

dora, tuvo buen cuidado de rodearse de los hombres de más valor, tanto por sus inteligencias como por la posición social que ocupaban, contándose con algunos miembros de la iglesia y de la milicia.

La ciudad de la Habana contaba entonces con 92,225 habitantes, de estos 44,087 eran blancos y el resto de color. Esta última raza ignoraba lo que hacía la primera.

En esa época el liberal era considerado como enemigo del Gobierno constituído. (1)

Las logias masónicas eran sostenidas por insulares y peninsulares, ambas colectividades luchaban contra el Gobierno monárquico de España.

No era posible contener el avance del pueblo hacia la realización de sus ideales políticos.

Cuando los pueblos llegan á convencerse de la imposibilidad de adquirir sus derechos por los medios legales, no tienen otro camino que el de la desesperación y buscar entonces en las sociedades clandestinas los medios más fáciles de llegar al fin que se proponen.

Oigamos lo que dice un historiador:—«No es cierta ni firme la felicidad de un pueblo, cuando se funda en la destrucción de otro; las naciones como los hombres están sujetas á convicciones que arreglan y establezcan su mútua felicidad; mas cuando, por el contrario, el más fuerte, el más astuto, quiere imperar á su capricho sobre el más débil ó confiado, llega un tiempo de sacudimiento, de justa venganza, que destruye el sosiego de los estados, y conduce el estrago y el odio de una á otra generación.

«Quién podrá entonces refrenar la ira de los pueblos!»

Llegó el año de 1828, (2) y tanto trabajo, tanto dinero empleado, tanta abnegación, fueron destruídos en un momento.

El edificio fué desplomado en su base.

La luz de la libertad fué apagada en los momentos en que iba á esparcir su luz por el único espacio que quedaba en América bajo la sombra del pasado.

(1) La población total de la Isla se componía en esta forma:

Blancos	311,051
Esclavos	286,942
Libres	106,494
TOTAL	704,487

(2) En dicho año ocurrió el incendio del barrio de Jesús María.

Juan A. Ferrety, cubano, delata al Gobierno la conspiración. El Gobierno premió su traición con la banda de Intendente de Provincia.

En cambio el pueblo le negó el saludo. Ferrety tuvo su recompensa de uno y otro.

Efectuáronse muchas prisiones y el Consejo de guerra dió principio en el acto á su trabajo.

Apoderóse el Gobierno de la lista de una parte de los masones afiliados á una de las logias de la «Gran Legión del Aguila Negra,» la que entregó al Consejo de guerra de la Comisión militar, en tanto que el pueblo permanecía en silencio esperando el fallo y sus consecuencias.

JOSE DE JESUS MARQUEZ.

(Finalizará.)

UN FORASTERO EN SU PATRIA

NOTICIAS SOBRE D. JOSE ANTONIO MIRALLA

I.

Es empresa difícil de llevar á cabo la que acomete el biógrafo que se proponga conocer por entero la imagen, la fisonomía, la vida de algunos de los argentinos cuyos nombres andan, apenas como en sombra, en el recuerdo de los que actualmente vivimos, y desgarraron su existencia dejándola á pedazos en apartadas peregrinaciones, ó envuelta en la obscuridad de la colonia. De estos desconocidos, forasteros en su propia patria, podríamos formar una larga lista comenzando por Francisco Iturri y acabando por los Doctores Anchoris y Villegas. Pero dejando á éstos á un lado y contentándonos con recomendarles al celo patriótico de los indagadores futuros, nos disponemos ahora á seguir las huellas de un hijo de la República Argentina, impresas en varios países de Europa, en los Estados Unidos del Norte de América, en las Antillas, en Colombia, en Méjico, por donde pasó como un meteoro, derramando luz y suscitando simpatías en cuantos eran capaces de estimar las virtudes del corazón y las prendas del ingenio. Si hubiéramos de amoldarnos á los cánones de la biografía, no podríamos escribir ni el primer renglón siquiera de la de D. José Antonio Miralla, porque ignoramos aún, á punto fijo, en cual de las ciudades de la República Argentina tuvo la fortuna de ver la luz. El documento que nos reveló la existencia de este compatriota y nos tentó á seguirle los pasos, hace distincion entre las

provincias en que nació y la «gran ciudad donde recibió su instrucción:» de donde pudiera inferirse que Miralla fué lo que llaman en Buenos Aires un *provinciano*, que hizo sus estudios en la capital del antiguo vireinato del Rio de la Plata.

En cuanto á esta segunda circunstancia, su dicho se halla confirmado en los libros de matrículas y exàmenes del célebre Colegio de San Carlos, libros que se abren con su fundación por el gobernador D. José Vertiz y terminan en el año 1818, en que aquel establecimiento se transformó en otro más en harmonía con la revolución y con el siglo.

En esos anales de nuestra antigua escuela se registran muchos nombres que llenan la historia argentina y la ilustran con sus talentos, y entre ellos se halla también el nombre de D. José Antonio Miralla, inscripto de manera que atestigua su precocidad de ingenio y su aprovechamiento en el estudio.

Los catedráticos acostumbraban dar bajo su dirección *actos públicos*, los cuales tenían lugar á plena luz en las tardes de verano, en la nave central de la iglesia de San Ignacio, con el objeto de lucirse y hacer lucir al mismo tiempo á algún discípulo predilecto, desenvuelto de genio y diestro en la esgrima escolástica, es decir, en el *methodo disputandi*. La función se reducía á sostener, mitad en latín, mitad en castellano, «en forma silogística ó en materia,» algunas proposiciones de lógica, metafísica, ética y física, contra argumentadores provectos que se convidaban al certamen con muchos dias de anticipación y á veces por medio de un programa impreso con tipos de los niños expósitos. Consta de los mencionados libros que el 9 de Noviembre de 1805, á la hora y en el lugar indicados, sostuvo una de aquellas funciones públicas el discípulo del Colegio de San Carlos D. José Antonio Miralla. Contaba este á la sazón la edad de quince años, y terminaba el año de filosofía bajo la dirección del Sr. D. Juan Manuel Fernández de Agüero; de manera que el *acto* versó sobre *lógica*, y le fué tomado en cuenta del examen de la primera parte del curso gegeneral de filosofía, con aprobación plena de los examinadores, que lo fueron, los doctores D. Francisco Sebastián, D. José Joaquín Ruiz y D. Andrés Ramírez. Sesenta y tres condiscípulos rodeaban al sostenedor del certamen entre los cuales se encontraban algunos que se hicieron notables con el tiempo en las dos ciudades principales del Rio de la Plata, en diferentes carreras y posiciones sociales, como D. Juan Sudres Gelley, D. Juan Giró,

D. Mariano Guerra, D. Agustín Rivarola, D. Gregorio Achega, D. Manuel Sugel Pacheco, D. Juan María Pérez, D. Epilacio del Campo, D. Esteban Moreno, etc.

Miralla comenzó á estudiar teología al abrirse el curso de esta ciencia el año 1808, con cinco más de sus compañeros de colegio. Entre los matriculados en el año siguiente ya no se encuentra su nombre: su espíritu tenía probablemente la dirección que á un joven aventajado señalaban los nuevos destinos del país que acababa de conocer sus fuerzas con motivo de los airosos esfuerzos militares para mantenerse independientemente de un poder invasor extranjero. El ruido de las armas había sido, por otra parte, fatal para las letras.

De los sesenta y tres condiscípulos de Miralla en el curso del doctor Agüero, solo catorce tuvieron la constancia de mantenerse en él hasta el fin, y en los libros que tenemos á la vista hallamos la siguiente nota relativa al año 1811: «no *hubieron* teólogos este año.»

Miralla estaba vaciado en el molde de los hombres de acción, y su talento buscaba las aplicaciones prácticas é inmediatamente útiles á la sociedad, de acuerdo con la índole de los tiempos modernos. Dióse al estudio de las lenguas vivas para ponerse más fácilmente en contacto con sus semejantes y para abrir el espíritu á la influencia de civilizaciones más aventajadas que la española. Leyendo tal vez algún capítulo *de augmentes scientiarum*, comprendió con Bacon, que si los fenómenos psicológicos explicados por su maestro Agüero, eran obscuros y de difícil clasificación y examen, no sucedía lo mismo con los hechos de que se ocupaba la psicología, y que tan digna es del hombre la carrera que conduce á la cura de almas, como la que le habilita para prevenir y aliviar las dolencias físicas de sus semejantes. Y por último, convencido de que la riqueza es una palanca al mismo tiempo que un pedestal para quienes saben emplearla generosamente, emprendió atrevidas especulaciones industriales y de comercio, en la principal de las Islas Antillas, como lo veremos mas adelante.

La parte que entramos á narrar se compone de tradiciones que pudimos recojer aquí en Buenos Aires, ahora muchos años; en Lima antes de 1852; posteriormente, en una obra que sobre la «revolución de la independencia del Perú» produjo en 1860 la animada é infatigable pluma de Vicuña Makenna, y en nuestra reciente correspondencia con el Sr. Ticknor, de Boston.

II.

Los nombres de Liniers y de Alzaga y de los demás héroes de la Reconquista y de la Defensa, callaron al eco de un nombre extranjero pronunciado por los amigos de novedades en esta capital, siempre dócil y movediza al viento de la moda. Era ese nombre el del genovés Boqui, artífice de alhajas de piedras y de metales preciosos, y como tal, autor de una custodia de gran valor y hermosura que expuso al público en el templo de Santo Domingo, atrayendo diariamente una crecida concurrencia. Dícese que en varios de los anchos pilares que sustentan las bóvedas de la Iglesia de Predicadores, distraía la atención de las personas inteligentes, varias composiciones poéticas en todo género de metro, cuyo asunto era recomendar al concurso la compostura y la moderación exigidas por la santidad del lugar y celebrar el hecho de haber visitado la custodia, juntos y en una misma tarde, dos ilustrísimos obispos que se hallaban en aquellos dias en Buenos Aires. Esas composiciones métricas eran parto feliz del ingenioso joven Miralla.

Boqui era hombre de travesura, de talento despierto y cultivado, y comprendió que en el ex-estudiante de teología y poeta novel se encerraba la promesa de un hombre de provecho. Tomóle por consiguiente en amistad, le atrajo á sí, le dió el título de hijo adoptivo y le dispensó desde entonces la protección de verdadero padre.

Buenos Aires no era teatro apropósito para desarrollar las miras que ocultaba el artífice genovés detrás de la pantalla de la custodia: entraba á América por el Rio de la Plata en busca de la región de las minas, y muy pronto se puso en camino para la capital del Perú, acompañado de su hijo adoptivo. Ambos llegaron allí el 20 de Julio de 1810. Dos meses después, á contar desde este dia, se les notificaba al padre y al hijo recién llegados, la orden de dejar el reino dentro del término de treinta días. La causa de esta disposición de las autoridades peruanas sería misteriosa si no conociéramos cuáles eran en aquellos momentos las aprensiones que asaltaban al virey Abascal, con motivo de los sucesos extraordinarios que cundían de oido en oido por todas las calles de Lima, y si el destierro de Miralla y Boqui no cuadrase

con la prisión de algunas personas distinguidas y desafectas al régimen peninsular.

Nadie ignoraba en la ciudad de los Reyes que la Junta Central había abierto las puertas de la península á la invasión de los franceses, acontecimiento sobre el cual basaban los americanos tantas esperanzas de libertad y fué la ocasión inmediata para que lanzaran el grito de independencia Buenos Aires y Chile. A más de los peligros con que amenazaban á las autoridades de Lima las críticas circunstancias de la madre patria, hay que tomar en cuenta la situación del espíritu público en Quito, en donde por Agosto se habían perpetrado feos asesinatos con carácter público y sobre todo la anunciada invasión sobre el Alto Perú por el ejército argentino bajo la dirección del Dr. Castelli, cuyo nombre, talentos y ardor de tribuno, espantaban el sueño á los mandones peruanos.

La imaginación de éstos dió las formas de una conspiración á sus propias sospechas y personalizándolas en varios individuos americanos señalados por sus luces y por su inclinación á mejores formas de gobierno que las que pesaban sobre las colonias, redujeron á severa prisión al Dr. D. Ramón Suchoris, abogado y secretario del Arzobispo, al cura de San Sebastián Dr. D. Cecilio Tagle, ambos hijos de Buenos Aires, á otros indivíduos más, y entre éstos á Boqui y Miralla como indicamos más arriba.

La iniciación en la vida pública de este nuestro compatriota, comenzó pues por el calabozo y el destierro. Pero aunque algunos de sus compañeros de mala fortuna padecieron largas persecuciones y destierros á España y á los páramos del interior del Perú, parece que Miralla, á causa tal vez de su poca edad y condiciones, logró permanecer en Lima en donde se entregó de nuevo á sus estudios interrumpidos.

En la famosa universidad de San Marcos obtuvo el grado de Bachiller y con este pasaporte se facilitó ingreso al colegio de San Fernando, en donde estudiaba medicina en 1812, á juzgar por un folleto de 48 pág. in. 4º que contiene el programa de los exámenes de anatomía, fisiología y geología presentados por el bachiller D. José Antonio Miralla ante los maestros de la Universidad, en la mañana y la tarde del día 29 de Mayo de aquel mismo año. Este programa es una rápida exposición, clara, elegante y metódica de las creencias de la escuela limeña, en aquellos tres importantes ramos de la ciencia, y á la vez la historia de sus progresos,

desde la anatomía general hasta la clasificación de los seres animales según los autores más modernos en aquel tiempo y con un espíritu independiente de toda rutina. (1)

III.

En aquel mismo año de 1812 encontramos nuevas huellas del Bachiller de San Fernando, en el terreno de la literatura propiamente dicha, y con el motivo que vamos á referir.

El hijo adoptivo de Boqui había conquistado en Lima la amistad, la protección de un personaje, que por su título de conde, sus brillantes talentos, sus altos empleos en la magistratura, sus maneras cortesanas, su lujo y disposición, se había granjeado gran fama tanto en el Perú, su patria, como en Madrid, en donde había residido por dos ocasiones con anterioridad al año que queda señalado. D. José Baquijano y Carrillo, Conde de Vista Florida, que tal era el nombre y título de aquel personaje, era miembro de la Audiencia de Lima y casi rival por su influjo y popularidad del mismo Virey. Sus ideas liberales y su activa participación desde años atrás en los trabajos literarios de reforma en la «sociedad de amantes de Lima» cuyo eco fué el afamado «Mercurio Peruano,» le colocaban naturalmente á la cabeza de los hombres liberales que no faltaban en Lima y formaban lo que podía llamarse el *partido constitucional*, cuyas aspiraciones tendían á plantear en ambos mundos de la monarquía española las formas de gobierno estampadas en el malogrado código político dictado por las Cortes. Burladas aquellas sanas aspiraciones por las veleidades absolutistas de Fernando VII, Baquijano y sus amigos dirigían sus esperanzas y sus miradas hacia la princesa Carlota,

(1) Examen de anatomía, fisiología y geología que presentan en la Real Universidad de San Marcos de Lima, de mañana y tarde y consagran al Excelentísimo Sr. Virey, su fundador, los alumnos del Colegio de San Fernando, Dr. D. Mariano Ballón, B. D. Juan José Morales, *B. D. José Antonio Miralla*, D. José Pequeño. Bajo la dirección de *D. Juan Antonio Fernández*, Bachiller en medicina y maestro de fisiología en dicho colegio. El dia 29 de Mayo de 1812. En la imprenta de los Huérfanos: Por D. Bernardino Ruiz, 48 pág. en 4º

Tenemos entendido que el Sr. Fernández, maestro en fisiología y director del examen, es el mismo que tanto se distinguió entre nosotros como médico y profesor de la Escuela de medicina de Buenos Aires y cuyo apellido se perpetúa en la misma carrera, en un hijo y en un nieto.

y créese por algunos, que meditaron una revolución armada con el objeto de desconocer las autoridades que gobernaban el Perú en nombre y representación de la metrópoli.

Pero, si no está bien averiguado que Baquijano llegase á levantar tan alto su pensamiento, no cabe duda de que el conde aprovechó la ocasión que le ofrecía el nombramiento de miembro del Consejo de Estado de la Península, hecho en su persona por la Regencia del reino, para separarse de Lima por siempre, y desentenderse de los compromisos que hasta allí había contraído para con los liberales del Perú, quienes estaban destinados á no ser verdaderamente libres sino con el auxilio armado de los independientes de Chile y Buenos Aires.

La noticia de aquel nombramiento halagó la vanidad de todas las clases de Lima. El primero de entre sus hijos iba á ser colocado al frente de los destinos de la patria, y los intereses del Perú tendrían desde entonces un abogado interesado y elocuente en la capital de la monarquía. Ilusiones y nada más! Mientras tanto, la población alegre é impresionable de aquella simpática ciudad se entregó al regocijo por tres dias consecutivos, celebrando la promoción de Baquijano con fiestas públicas, iluminación, fuegos artificiales y saraos, cuya descripción escribió su joven y reciente amigo D. José Antonio Miralla, publicándola en un cuaderno de 40 pág. en 4º, cuyo título es el siguiente: «Breve descrip«ción de las fiestas celebradas en la capital de los Reyes del Perú, «con motivo de la promoción del Excmo. Sr. Dr. D. José Baqui«jano y Carrillo etc. al Supremo Consejo de Estado, con una re«gular colección de algunas poesías relativas al mismo objeto.....» Esta breve descripción en honra de un *Conde* está dedicada al *Marqués* de Torre Tagle, así como fueron dedicados los exámenes de fisiología y sociología al Excmo. Sr. D. José Fernando Abascal y Souza, virey y capitán general del Perú.

IV.

Las descripciones de festividades públicas constituyen un ramo especial de la literatura colonial del Perú, y podría formarse una biblioteca numerosa con los volúmenes que las contienen. Algunos gozan aún de una gran reputación y merecieron impri-

mirse en Madrid. Pero si estos documentos tienen importancia para los aficionados á la crónica de las ciudades americanas, los tienen aún mayores para quienes deducen de la degradación de las letras y de la disipación del talento, la perversidad y el influjo deletereo del orden social creado y movido por los resortes del gobierno de las colonias. La perspicacia de la inteligencia, la gala especial con que los americanos supieron revestir siempre las ideas, no fueron bajo aquellas influencias más que instrumentos de servilismo, de la devoción sin moralidad, del respeto sin independencia personal á los empleados con poder, á los títulos de una nobleza que no existía ni en la conducta ni aún siquiera en los pergaminos, á las dignidades de un clero rico y prepotente, ya fuesen obispos ó provinciales de comunidades mendicantes. Cada auto de fe, que comenzaba en un tablado levantado en la plaza principal entre los palacios del Arzobispo, del Virey y de la Catedral y acababa en el *Acho* en donde se entregaban las víctimas á la vergüenza pública ó á las llamas por delitos imaginarios, imposibles, absurdos, se halla descrito en un volumen especial acompañado del sermón predicado por algún fraile dominico, al aire libre, en el dia mismo de la fiesta, delante de un inmenso auditorio y de todas las autoridades civiles, religiosas y militares. La ascensión al trono de un monarca, el casamiento de los príncipes, el fallecimiento de los mismos, la entrada á Lima de un nuevo virey, nupcias, himeneos, natalicios, todo era motivo de fiestas, de dobles ó de repiques, y por consiguiente asunto para una descripción que se encomendaba como un favor á alguno de los escritores de nota, pertenecientes por lo general al clero ó á la toga.

Estos escritos son una selva fertilísima y enmarañada de cuanto concepto y agudeza puede producir un ingenio despierto pero amamantado con las soledades de Góngora y con los sermones del famoso Paravicino. Cada frase contiene á par del signo ortográfico que le dá sentido, un número ó una letra del alfabeto, que lleva la vista del lector á algún texto de la escritura, á algún pasage de los historiadores, á algún verso de Lucano, de Dordio ó de Calderón. No hay allí una idea, un nombre propio, una figura retórica, que no provenga de muy lejos, que no hayan sido sacados, por medio de una vasta lectura, estéril, pero que espanta, de las fuentes más cenagosas de la erudición y de la ciencia escolástica.

Pero de estos extravíos no era culpable la naturaleza, sino la educación y el calculado empeño en mantener, por medio de las ideas, en estado perpetuo de puerilidad á hombres dispuestos por voluntad del creador para las más arduas y serias tareas intelectuales y para comprender la verdadera belleza. A través de la urdimbre de tanta estravagancia, se trasluce la hebra de una imaginación brillante á veces como la seda y el oro. Cualquiera que haya hecho estudio de la literatura sud-americana hasta fines del siglo pasado, no podrá menos que confesar que ninguna colonia europea ha producido más talentos ni mayor número de hombres estudiosos que la española en el nuevo mundo. Solo la Compañía de Jesús cuenta en él mucho más de doscientos entre profesores y predicadores, filólogos é historiadores, brillando entre estos últimos los chilenos Ovalle y Molina, el mejicano Clavijero, el ecuatoriano Velazco y los argentinos Iturri, Juarez, Morales, Suárez, etc., cuyas obras corren traducidas á varias lenguas cultas de la Europa. Lacunza dió prueba en su tiempo de una vasta lectura y de un hondo conocimiento de los libros sagrados estudiándolos en las lenguas griega y hebrea. Buenaventura Suárez, autor del conocido «bienario perpetuo,» cuya primera edición es de Lisboa, adquirió por sí mismo, en los claustros de Córdoba y en los bosques silenciosos del Paraguay, conocimiento profundo en las ciencias matemáticas aplicadas á la astronomía, dejando pruebas prácticas de su capacidad en los quómones solares con que decoró los patios del colegio en donde pasó (obscuro y desdeñado de los suyos) la mayor parte de su vida manteniendo comunicación epistolar con afamados astrónomos de su tiempo.

Cuando se conozcan mejor que hoy los hechos que honran á los americanos, se colocará á Suárez al lado de Franklin, entre aquellos que por un amor innato á la naturaleza y una propensión imperiosa del espíritu hacia la investigación de sus leyes, cultivaron las ciencias exactas sin maestros y sin más auxilio que la inspiración propia.

El astrónomo del pueblo de San Cosme no mereció estímulo ni ayuda de ninguna especie de parte de la comunidad que ilustraba con sus tareas. Vióse en la necesidad de construir los instrumentos de observación con sus propias manos, empleando las maderas tersas y consistentes de los bosques vírgenes, en aquellas piezas que requerían bronce ó platina para recibir las delicadas graduaciones conque se miden las distancias entre los astros

y se señala su paso por el meridiano. Los que tenían caudal de sobra para abastecer con profusión sus sacristías con los más ricos vasos de oro y plata, y para vestir de tisú de seda á los indios á quienes hacían desempeñar el papel de Alcaldes y Regidores de burlescos cabildos, no se movieron á solicitar de Europa los instrumentos más indispensables para el observatorio astronómico del meritorio Suárez. Hablamos siguiendo el testimonio de D. Felix de Azara, quien en «sus viajes á los pueblos de las misiones del Paraguay,» describe de pasada los instrumentos de madera á que nos hemos referido, relegados en su tiempo entre los trastos inútiles acumulados en los graneros y desvanes de aquellos colegios. (1)

A las márgenes del Pacífico existió otro americano de cuyas observaciones astronómicas se aprovecharon las academias francesas—Bugeaud y La Condamine—para rectificar la carta geográfica de la parte de América que recorrieron con ocasión de medir un grado del meridiano terrestre en los valles de Quito. Es este, D. Pedro de Peralta, hermano del décimo obispo de Buenos Aires, hombre de vastos conocimientos, de una actividad mental de que hay pocos ejemplos, que leía y escribía en siete idiomas tanto antiguos como vivos, y que entre sus numerosas producciones dejó una historia general de España y un poema èpico de veinticuatro cantos consagrados á la historia del Perú.

Por no apartarnos más tiempo del objeto principal de estos renglones, no continuaremos bosquejando las notables fisonomías de esta galería numerosa de sabios y de literatos que brillaron, y aún no se han eclipsado del todo en la memoria de las generaciones actuales, apesar de las nieblas que les rodeaba en los tristes tiempos que alcanzaron, y del desdén con que vulgarmente se les mira.

Sin dejar de ser exactos y veraces los colores con que quedan pintados el mal gusto, el apasionamiento de las ideas en los escritores envueltos en los mantillas coloniales, es justo reconocer, que gracias á la buena índole y á la generosidad de la raza americana, se siente uu progreso lento pero efectivo en las producciones intelectuales, á medida que caduca el siglo XVIII y nos acercamos al actual.

El Mercurio Peruano, que, no ha mucho se ha reimpreso por

(1) Véase Viajes inéditos de D. Felix de Azara, párrafos 149 y 155 publicados en esta *Revista del Rio de la Plata.*

la importancia siempre viva de sus artículos, dando materia y dirección seria á los espíritus, abrió una nueva escuela de estilo inspirándose en los autores europeos que se habían ocupado en desarrollar temas sociales apropiando la expresión de las ideas á la importancia y gravedad de las mismas. Allí, en esas páginas, ensayó su pluma D. Hipólito Unanue, el primero que en lengua española halla tratado científicamente de la influencia que ejercen los climas sobre los seres organizados, y el primero también que bajo el régimen de la independencia que tuvo la fortuna de alcanzar, siendo Ministro de Hacienda del Perú, habló en nombre de los buenos tiempos de las fuentes de riqueza pública, con cabeza de estadista y con corazón y lenguaje de poeta, pintando con pincel maestro los tesoros derramados por la naturaleza y desdeñados por el hombre en el vasto y privilegiado imperio de los Incas. El Padre Delso abre el rumbo de la verdadera poesía á Valdés, á Olmedo, á Melgar, y las descripciones de fiestas públicas, aunque resintiéndose todavía de los resabios inherentes al género, cobran más gravedad y discreción en manos de Bermúdez, de Figuerola y otros muchos más.

V.

A esta época de comenzada reforma pertenece la descripción de los regocíjos públicos de Lima con motivo del nuevo empleo dispensado á Baquijano. Miralla no se consideraba capaz de desempeñar esta tarea, y quiso confiarla (como lo expresa en la dedicatoria) «á la pluma delicada de un ilustre literato» cuyo nombre calla. Midiendo las dificultades con la escala del bullicio y del entusiasmo de las turbas, las exageraba declarando que la empresa era superior al poder del talento y á la expresión del hombre. Podrá jamás la humana elocuencia, decía, describir los efectos del divino fuego de la gratitud y patriotismo? Quién será el mortal atrevido que señalando con el dedo sus obras nos diga: *este es el cuadro exacto del inmortal observador que Lima ha tributado al más digno de sus hijos?»*

No carece la «Breve descripción» de lunares de mal gusto, entre los cuales sobresalen las largas citas de Lucano y de Ovidio. Pero si participa eu buena dosis de la desenfadada sonoridad á

que el vulgo de los escritores limeños tenía habituado el oido de sus conciudadanos, á veces raya en elocuente y da á las ilusiones un tinte que solo la persuación bien sentida sabe dar con la palabra: «Filósofo y ciudadano, dice, dirigiéndose á Baquijano y cometiendo una de las más usadas figuras de la antigua retórica, por estos títulos le son debidos los elogios; pero no te empeñas en recibirlos y admites las dignidades solo por la proporción que te presentan *de salvar con tus consejos la península oprimida*, y asegurar el goce de sus derechos á todo el continente americano. Marcha, sí; vé á saciar el ardiente deseo de tu alma en beneficio al universo. En tanto nuestros votos unidos con la sinceridad y la justicia, formarán el aura feliz que te conduzca *á la afligida Hesperia*: y la humanidad reconocida esculpirá tu nombre con caracteres indelebles en el augusto templo de la inmortalidad.»

JUAN MARIA GUTIERREZ.

(Finalizará)

RECUERDOS DE LOS ESTADOS UNIDOS

UN VIAJE AL NIAGARA

El viajero que por vez primera ponga los pies en el territorio de la Unión Americana, y se proponga hacer una visita á las cataratas del Niágara, no se satisface mientras no comunique á sus amigos una descripción de las impresiones recibidas, de las esclamaciones de admiración que salen del pecho á la vista de un fenómeno geológico tan importante, de las observaciones recogidas, de las enseñanzas que se obtienen en estos rápidos viajes á través de países desconocidos, y sin más guía que los confusos de los ferrocarriles americanos, llenos de entroncamientos, de lineas diversas para un mismo punto, de trenes que salen á cada hora y rinden viajes escalonados en los diferentes ramales, y de informes imperfectos; porque los empleados de los ferrocarriles americanos cuando hablan se parecen á los andaluces que se comen la mitad del idioma. 480 millas se recorren desde New-York á las cataratas, y se puede ir bien por Main Line, Erie Rail Road, ó bien por el Central Rail Road, siendo este preferible porque los trenes expresos apenas si se detienen tres minutos á excepción de Búfalo, en dos ó tres estaciones de tan larga vía, y el viaje dura doce horas, mientras que por Main Line se llega en 16.

El viaje de ida y vuelta cuesta 17 pesos, á los que hay que agregar 4 más por el concepto del Pullman Car, cuyo aditamento no cuesta trabajo suprimir tomando el tren de las 10 de la mañana y viajando solo, ya que yendo acompañado de señoras siempre el presupuesto es el doble más la mitad. Además es recomen-

dable hacer el camino de dia porque á nuestro paso se ven las riberas del Hudson por espacio de tres horas hasta llegar á Albany, después, grandes é industriosas ciudades que se ven envueltas en el humo de las fábricas, como Syracusa y Rochester; inmensos bosques que tienen estrecha semejanza con los del Departamento Oriental de Cuba, interrumpidos á trechos por campiñas cultivadas, preciosas quintas y potreros para el ganado lanar. Sobre estos atractivos encontramos la conveniencia de ganar un dia para visitar con comodidad las Cataratas, puesto que la conmoción sufrida por el movimiento rítmico del tren aunque los coche-camas sean bastante confortables, impide al cuerpo la actividad neçesaria, y agota la facultad perceptiva del espíritu.

Aunque nuestro compañero de viaje prefería la noche, estas consideraciones le hicieron variar de opinión, y por cierto con bastante oportunidad porque el tren donde quería que fuéramos descarriló cerca de Albany, resultando heridas seis personas que iban en el Pullman.

El viajero que se dirija al Niágara por primera vez, debe procurar estar muy alerta en Búffalo, donde se deja la linea del Central Rail Road para tomar la del Canadá. Allí se reunen trenes sin cuento y existe gran confusión y movimiento, mientras que los empleados responden por signos á la dirección requerida, y el tiempo es muy corto. Una vez salidos de Búffalo, y después de detenerse el tren en diez estaciones en el término de sesenta minutos, se llega á las 10 y 20 de la noche á Niágara Falls donde se encuentran omnibus que por cincuenta centavos conducen los viajeros á los diferentes hoteles, prefiriendo elegir los que se hallan del lado del Canadá, porque al atravesar el puente colgante se experimenta una sensación de asombro, y como si la sangre avivara la circulación y suministrara una corriente nerviosa de dicha inefable en aquellos momentos en que desaparecen todas las amarguras de la vida. Sobre nuestras cabezas la locomotora del ferrocarril de Clifton que cruza rápida, abajo las profundidades del vacio, y á la izquierda, á una distancia que las sombras de la noche no dejan precisar; el magestuoso ruido de la caida de las aguas interrumpido á intérvalos por otros como si fueran producidos por derrumbamientos geologicos; y si la noche es clara, se ven á modo de gasas que se elevan de aquel caos á las regiones del espacioempañando la luz de la luna y de las lámparas eléctricas, formando á veces preciosos arcos iris.

Confundidas con las obscuras sombras de los árboles se ven argenteadas superficies, las que según nos vamos acercando al lado del Canadá se diferencian y dibujan mejor, hasta que se llega á percibir la profunda sima donde se precipita sorprendido el hasta aquí tranquilo Rio Niágara. La confusión de los precipicios, las olas de espuma que con intermitencia se levantan, la serie de formidables ruidos, los juegos de luz que la luna ó la electricidad reflejan sobre la caida de las aguas, el afán porque la luz del dia muestre en toda su grandeza esa maravilla de la tierra; predisponen al espiritu para percibir el magnífico espectáculo.

Y no es de escasa importancia elegir la hora y lugar con objeto de comenzar á visitar las cataratas, porque el 80 por ciento de los viajeros se aburren soberanamente á las tres horas de permanencia, deseando con ansia que parta el tren de las seis de la tarde para dar el adios á estas latitudes después de haberse retratado con el capuchón impermeable, bebido el agua del rio antes y después de la caida, y llevando consigo una piedrecita de las rocas. Para estos viajeros se ha creado una industria provechosa en la pequeña villa del Niágara, y del mismo modo que en Jerusalén; en los principales sitios del pueblo y de las cataratas venden á precios subidos collares, pulseras, portamonedas, piedras pulimentadas, etc., que no tienen de la localidad más que el tiempo que encuentren el *primo* que las adquiere. Acuden á las cataratas como van al teatro, contemplan las decoraciones, aplauden los efectos de luz y se retiran satisfechos. En realidad si no se lleva el objeto de estudiar el curso del rio, contemplar la profundidad de la escavación durante las épocas, y formarse concepto de las causas que han dado lugar á fenómeno tan imponente, con un dia se tiene bastante. Colocado el observador en los puntos de mira ya elegidos y bien dispuestos por el lado del Canadá y por el de la ribera americana, ó en el vaporcito que cada quince minutos da la vuelta al rededor de las cataratas, aproximándose casi al pié donde se precipitan con espantoso tumulto las aguas de la herradura, y después bajando á la gruta de los Vientos; se obtiene el resultado que se desea.

De cada uno de los puntos, resultan perspectivas diferentes á cada momento, y semejantes por su majestad y grandeza: La admiración resulta considerando que uno está siempre al borde del abismo entre impresiones de luz y acústicas que embargan completamente nuestros sentidos, pero sin herirlos, la tensión nervio-

sa se halla en el máximun de su función normal. Y cuando el horror al vacío ó las debilidades del miedo comienzan á sentirse, vienen las impetuosas caidas del agua, los inmensos choques sobre las rocas y sobre el desconocido lecho de la catarata, las magníficas cortinas de agua que se interponen á la vista, á través de las cuales parece que se observa el vestíbulo de la gloria; y otra vez el espíritu se sumerje en la contemplación olvidando al cuerpo. Lo más espuesto de la visita es el viaje por el vaporcito, y el descenso á la gruta de los Vientos, pero el peligro es tan lejano como cuando se entra en una fábrica de dinamita ó se maneja un fusil: solo los descuidos ó las imprudencias dan resultados deplorables.

Una de las dificultades para describir las Cataratas, consiste en que los períodos no están suficientemente próximos para dar idea de lo que la vista percibe á un tiempo en la realidad, y cuando se describen las partes, desaparece la idea del conjunto; y menos aún se puede ilustrar en presencia de las láminas fotográficas, porque en éstas se confunden las distancias y las proporciones; sirviendo solo para recordar lo que se ha visto. La fotografía retrata la naturaleza según las cantidades de luces y sombras que recoge el lente, pero se engaña tanto ó más que se engañan nuestros ojos. Solo un buen aficionado á estudiar las obras de la naturaleza, teniendo á su disposición los datos de dimensiones, distancias, alturas y volúmenes, con talento suficiente para representarse las formas geométricas en el espacio; puede concebir algo que se aproxime á la realidad. La fantasía de los poetas, y la colección de palabras huecas que encierran los diccionarios y que los que escribimos estampamos en el papel, figurándonos que representamos las ideas; no son elementos suficientes para traducir lo que se ha visto.

El ruido que se oye en la villa del Niágara como á cien metros de distancia de la caida de las aguas, durante la noche, se asemeja al que producen los coches de la Habana tal como se percibe en las habitaciones interiores de las casas del Parque Central, así es que la percepción á distancia de tantas millas que han pintado algunos viajeros solo existió en su imaginación, y se esplica que no sea mucho por dos razones: la primera es que la cuenca donde se precipitan las aguas se halla á la profundidad de unos ciento cincuenta piés, y la segunda es que en todo lo que alcanza á ver el horizonte de la comarca el terreno es llano, y por

lo tanto el ruido carece de repercusiones en el espacio. Como dice Tyndall tal vez en condiciones atmosféricas especiales y en momentos dados, se estiendan las conmociones del aire á algunas millas, pero ha de ser raro el fenómeno.

Bien á causa de ser «posicionista por temperamento, ó por creerlo más oportuno al amanecer del 5 de Septiembre de 1890 me dirigí desde la villa del Niágara hacia el rio, pero en sentido inverso de donde se oía el ruido, bordeando la ribera contra la corriente, en una distancia de dos ó tres quilómetros. Allí pude ver como el Niágara corre mansamente dentro de un cauce que á simple vista mide como tres millas de estensión, teniendo en esta parte más bien la apariencia de un lago, y así comenzamos á ver las cataratas desde su origen. Donde nos detuvimos para volver y seguir el curso de las aguas, el Niágara es algo más estrecho, el declive del terreno comienza á pronunciarse, bloques de roca asoman en el centro del cauce, la superficie de las aguas forma ondulaciones; y al llegar otra vez á la altura de la población, el cauce recurva ligeramente en la dirección de esta. Aquí el terreno desciende á razón de 60 piés por milla, la rapidez del agua se advierte bien cuando se ven arrastradas ramas de árboles por la corriente, luego aparecen las islitas que ocupan como la tercera parte del lecho del rio, y muy próximas á la orilla americana; y á la altura de éstas, aparecen los rápidos sobre las cataratas (Rapids above the Falls), esto es; el agua aquí toma más ímpetu por que la caida del rio desde el nacimiento de los rápidos hasta el borde del precipicio es cerca de sesenta piés en una distancia de tres cuartos de milla, así es que la velocidad de la corriente aumenta desde siete á treinta millas por hora según indican los informes. Facil es comprender ahora lo peligrosas que son estas partes del rio próximas á las cataratas cuando sus aguas caminan con la velocidad de un tren expreso.

El ruido que se nota en estos rápidos se asemeja al de las inundaciones cuando los rios se desbordan, y el estruendo que se oye más abajo en el fondo del precipicio se combina con el primero, produciendo el efecto del murmullo sordo y tétrico de una nube tempestuosa. Si unimos á la idea de rapidez el hecho de que el Niágara es el cauce por donde las aguas de los Lagos Superior, Michigan, Uron y Erie se vierten en el Lago Ontario para pasar por el rio y golfo de San Lorenzo al oceano, esto es, la mayor parte de las aguas de la mitad de un continente; y si después consi-

deramos que esas incalculables masas de líquido se precipitan repentinamente con la velocidad de un tren sobre un precipicio de 160 pies de altura perpendicular, tendremos una idea aproximada de esta maravilla de la naturaleza. Solo viendo las cataratas del Niágara, podemos comprender los choques de los asteroides en los espacios interplanetarios.

Ya desde los rápidos, la vista encuentra las caidas sin solución de continuidad, yendo por la orilla derecha del rio. Este dobla aquí casi en ángulo recto, y si se traza un arco ideal que parta como centro de la catarata de la herradura, y como radio el límite estremo ñorte de la cascada americana, en el espacio comprendido entre las dos orillas se encierra todo el misterio que con ansia indecible trata de descubrir él viajero. En la parte esterna del ángulo las aguas de los rápidos en la orilla americaña se amontonan, efervescen, y se agitan caprichosamente chocando contra la Isla de Cabra (Goat Island); y por entre los árboles de esta en el lado interno del ángulo se ve elevarse una nube más ó menos trasparente que sale del fondo del precipicio y cuyas formas se modifican á impulsos del viento que la agita. De frente se observa la orilla del Canadá presentando sus pintorescos hoteles, más á la derecha los puentes colgantes, después..... los piés parece que no obedecen à la voluntad: el observador baja por la pendiente de la orilla y desde una especie de mirador (Prospect point) se detiene estasiado. Abajo la profunda escavación del lecho del rio que con sus aguas verdes y algo agitadas corre hacia los rápidos remolinos, á nuestros piés y por una roca que parece cortada á pico, la catarata americana vomitando el torrente líquido que se precipita en el fondo del rio levantando nubes de espuma; sigue la vista á la izquierda y la catarata central que con la estrema forma una línea dentada á trechos por las irregularidades de la vertiente; aparece con igual magestad, arrojando á profunda sima como ciento cincuenta millones de piés cúbicos por minuto según el cálculo de C. Lyell. Se interrumpe de pronto la blanca superficie de esta catarata, después se vé la estremidad de la Isla de Cabra que parece suspendida en el abismo desde este observatorio; luego en el recodo del rio la catarata llamada de la Herradura de dos mil trescientos setenta y seis piés de estensión; y en este punto donde gravita el mayor peso de las aguas del Niágara, ya las palabras no pueden describir el espectáculo, ni desde prospect point la vista se da cuenta bien del fenómeno: entre inmensos re-

molinos de humo y espuma se divisan entre gasas de nieve los inconmensuraples raudales de agua que se vierten á torrentes en el desconocido fondo del rio.

Estas son las primeras impresiones que se reciben procediendo como nosotros lo hicimos, y desde esta estremidad de la catarata americana se puede establecer el plan que se ha de seguir en las observaciones ulteriores, porque después quedan las emociones fuertes, los temblores de los pusilánimes y los combates de las furiosas olas de agua que se desgajan de las alturas, y que en el abismo se sumergen, se levantan, chocan y destruyen; derramándose en torbellinos por la agitada superficie del rio. Antes de observar estos fenómenos desde el fondo, conviene que el viajero vuelva sobre sus pasos unos cuantos metros, y tome el puente que conduce á la Isla de Cabra llamada así porque en el siglo pasado llevaron allí unos cuantos de estos animales para que criaran en dicho lugar. Aunque no es de grandes dimensiones este puente, las dificultades de la construcción impidieron hasta 1856 que el mayor número de visitantes pudiera gozar de la perspectiva, y así las crónicas cuentan de muchos extranjeros que pagaron con su vida la tentativa de atravesar los rápidos para llegar á la Isla. Hoy ya con su magnífico y seguro puente de hierro es el principal centro donde acuden los visitantes, pues en realidad sin salir de ella se pueden admirar todas las bellezas de las cataratas. La parte de la Isla que se halla sobre el precipicio divide la americana de la herradura, y en cada una de sus estremidades existen plataformas con baranda, las cuales como sobresalen de las escavaciones que han producido las vertientes en los terrenos; son puntos de vista magníficos que parecen suspendidos en el espacio.

El observatorio de la derecha según se mira al Canadá, se halla próximo á una islita adyacente llamada Luna Island, situada encima de la Catarata central, y desde ambos puutos la perspectiva no puede ser más bella. Abajo se ve la escalera que conduce á la gruta de los vientos envuelta entre las inmensas moles de agua que se despedazan en las rompientes del fondo del rio; más á la derecha la catarata americana que se adelanta como un robusto pecho sobre las escotaduras, después el ferrocarril inclinado que desde una altura de doscientos piés conducen al fondo de aquella, más á distancia los puentes colgantes; mientras que en frente y á la izquierda la catarata de la herradura.

Aquí estamos como en un puente de salvación entre los ele-

mentos desencadenados. Los rápidos del centro del rio antes de llegar á la vertiente se precipitan con furia al espacio, á nuestros pies la catarata central con sus magníficos saltos de agua, y á ambos lados las otras, presentándose á nuestra vista en toda su intensidad y explendor. La plataforma de la izquierda de Goat Island está mejor situada, si cabe la palabra, donde todo es grande. A este lado se ve la mayor parte del rio Niágara en lo que abarca el horizonte, y se presencia como las aguas del continente americano se convidan para sumirse en el abismo. El rio por este lado del Canadá es estenso, la superfície primero tranquila y luego tumultuosa forma una especie de semicírculo; parece como que se detiene en los bordes de la escotadura, y después se arroja ciega al fondo, deshaciéndose en innumerables brazos que abajo se dísuelven en vapores amontonados, en olas de espuma, en aludes de nieve. Aquí se observa bien en que punto se reune el centro del peso de las aguas y se siente el poder inmenso de las fuerzas naturales, la brutalidad del número y la fatalidad de las causas.

Este sitio muestra como en el tiempo se han formado las cataratas, en las paredes del profundo cauce se hallan registrados como en las hojas de un libro los sìglos de siglos que el agua minando las rocas ha ido lamiendo la caliza arcillosa arrastrando y disolviendo sus principios constitutivos, dejando libres los grandes blokes de roca más dura, los que después sin base de sustentación se precipitan con ímpetu en el rio, según se ha observado varias veces. Precisamente inmediato á este observatorio en la parte debajo de la Isla de Cabra que divide las dos cascadas se notan: en el fondo del rio, enormes piedras batidas por el agua tumultuosa del fondo, y los salpiques de las cascadas; á la mitad de la altura y paralela al rio, una pronunciada escavación por donde nos dirigimos á la gruta de los vientos, y que es como un camino natural que conduce hasta debajo de la catarata de la herradura; y desde aquí hasta la superficie superior de la pared natural, vuelve á inclinarse en sentido inverso formando con la inferior un ángulo obtuso. En esta parte superior la caliza es más compacta y forma estratos paralelos bastante friables, siendo suficientes la humedad y el aire que agita la caida del agua para hacerla desprender, como nos pudimos convencer al bajar á la gruta, que con las manos arrancamos de la pared varíos trozos de forma pizarrosa.

A una altura próximamente igual por el lado del Canadá y en el estremo norte de la cascada la roca es compacta y dura, no teniendo luz ni tiempo para examinarla en medio de la borrasca de agua que nos envolvía fuera y la obscuridad de la cueva donde penetramos. Volviendo á la catarata de la herradura por el lado de la Isla de Cabra se ve que aquí es la parte más débil del terreno, y donde las aguas efectúan su mayor trabajo de desgaste. Como esta catarata forma ángulo recto con la americana, desde aquí se puede observar que si en algún tiempo recibió el nombre de herradura por su forma, hoy no le cuadra bien. En la parte superior por el lado del Canadá presenta como un arco de círculo pero al llegar un poco más cerca de Goat Island que del centro del rio, se pronuncia en forma angulosa, tendiendo desde este punto á la dirección recta hasta llegar á esta Isla. Las enormes masas de agua que aquí se vierten hacen de todo punto imposible intentar colocarse detrás de la profunda escotadura que este torrente verdoso forma en su caida. El líquido hace más estruendo cuando se precipita en el fondo que en la americana, y como es más estensa y presenta una forma sensiblemente semi-circular, la grandeza del espectáculo es más imponente.

Con sentimiento se abandona aquel lugar que la poesía ha cantado en todos los tonos é idiomas, desde el primitivo indio hasta el refinado español, que la ciencia contempla con los ojos de la admiración, y que el hombre religioso considera como un himno de gloria al creador; y después dejando Goat Island el viajero se dirige al estremo de la catarata americana donde por una enorme pendiente de 200 pies de altura, se rueda en un coche movido por fuerza ñidráulica hasta la base de la catarata. Allí se toma pasaje en un vaporcito por cincuenta centavos, le administran á uno y á *una* impermeable con capucha, los pasajeros se rien del traje, y cuando el vaporcito comienza á moverse el corazón de muchos comienza á latir con irregularidad.

Próximo á los rompientes el vapor tiembla y mirando hacia arriba si desde la parte superior la cascada causa admiración, desde abajo asusta. Aquí la altura se presenta colosal y la caida de las aguas chocando sobre las rocas, parece que se abren las cataratas del cielo y comienza el diluvio universal de la Escritura. La bruma envuelve el barco y una nube blanca envuelve los bajos, el rio de color verde sucio y de superficie arremolinada parece la piel de un gato enfurecido. Entre los montones de rocas

informes cae el agua con ímpetu y el ruido no se puede describir, pero es lo más imponente. El vaporcito deja atrás la americana y se dirige hacia la de la herradura, y entonces los más preocupados dejan de reirse, y los menos, cesan de hablar. Por entre el velo de nubes que se eleva al espacio aparecen los vórtices de varios ciclones que dan aspecto efervescente á las aguas que salen del fondo, como del cráter de un volcán. Torrentes de agua en enormes surcos descienden como si quisieran envolvernos en uno de sus pliegues, y al caer producen una serie continuada de truenos, se precipitan en el abismo y después estallan en la superficie como impulsados por una violenta fuerza interior. Aquí el caos se enseñorea de la existencia, las olas de agua y espuma chocan y esparcen sus restos como la metralla, torbellinos de agua y vapores estrechan el horizonte y ciegan la vista; las alturas envían más y más torrentes, el antro que se abre abajo amenaza atraer el vaporcito..... éste comienza á retroceder, y así entre nubes irrisadas con los colores del arco iris se deja aquel cuadro de la naturaleza.

Pero no abandonemos la catarata de la herradura. El vapor se dirige á la orilla del Canadá, y cuando desembarcamos ganamos la altura, se llega á una casa donde proporcionan también impermeables. En este lugar fotógrafos ambulantes, y entre ellos un español del Campo de Gibraltar, convencen al viajero de lo sublime que es retratarse al pié de la catarata con el capuchón y los pantalones de marino, Desde allí por un elevador se baja al pié de la cascada y por un camino natural seguro y formado por la roca, se penetra en una gruta artificial que da paso á una ventana situada bajo la vertiente. En este lugar se contemplan los mismos fenómenos de luz que en la gruta de los vientos, pero sin peligro alguno: se puede denominar la gruta de las damas. Desde este sitio entre rocas y trozos de derrumbamientos, se desciende hasta la superficie del rio gozando también de su magnitud y grandeza; la caida de las aguas sobre las enormes piedras retumba de un modo colosal y se deshace en una tempestad de viento, espuma y vapores densos, á través de los que se divisa el lado americano, y particularmente el puente de los remolinos en la gruta de los vientos descansando sobre las rocas obscuras del fondo.

Todas estas emociones dan ganas de almorzar, y ciertamente que si se tiene voluntad para sentir la más fuerte es menester tomar aliento y descansar de las fatigas de la mañana. Además, el

espíritu como el cuerpo tambien se pone pletórico, y una saturación de emociones da por resultado la insensibilidad.

Volviendo después á la villa del Niágara, bien por el mismo vaporcito que tiene el pomposo nombre de «The Maid of the Mist» (La Señora de las Brumas) ó bien por los grandiosos puentes colgantes sobre el rio Niágara, la tarde se dedica á visitar la gruta de los vientos; y cuando se vuelve de la escursión y se pone la firma en el libro registro que dá patente de «hombre», se siente esa interior satisfacción del espíritu cuando desafía á las más potentes fuerzas de la naturaleza y triunfa de los elementos burlando sus nada halagüeños designios. En Goat Island es donde se encuentra la escalera de Bidle (Bidle Stairs) en forma de caracol y construída en 1829 para que los viajeros desciendan á la gruta.

Cuando se baja por esta escalera se encuentra la caseta del guía situada en una escavación en seco formada por la acción de las aguas sobre el substractum del precipicio en otras épocas geológicas cuando la catarata en forma de herradura no había retrocedido tanto. El arco que forma esta especie de cueva se halla á una altura de ochenta piés á una distancia media entre la superficie de la Isla y el fondo del rio; y caminándo algunos pasos por terreno ancho y firme, comienza á verse el derrumbamiento de las aguas de la catarata central. Es digno de observarse que las señoras que se proponen visitar la gruta de los vientos tiemblan menos que los hombres. Tal vez el desconocimiento del peligro, tal vez la vanidad del sexo ó la fuerza de voluntad; pero lo cierto es que el guia dice que ha visto á muchos hombres retroceder ante el peligro mientras que ninguna señora ha vuelto atrás una vez puesto el pié en la primera plataforma.

A la escavación en seco sigue un gran recodo y otra escavación más profunda producida por la catarata actual, y allí comienza el espectáculo. Forrado de impermeable y zapatos de goma, el viajero con un palo en la mano que parece la vela de la muerte, toma la baranda de la débil plataforma que conduce á la gruta y que descansa sobre puntas de roca formando puentes envueltos en brumas y sigue al guia.

La mitología no ha podido concebir nada más sublime y espantoso. Se camina cerca de media hora entre torbellinos, rocas y precipicios. En el abismo á nuestros piés, formidables masas de agua luchan y combaten desaforadamente estallando como la lava de un volcán, y precipitándose con monstruosa fuerza sobre

las estrechas salidas de las rompientes. El huracán nos envuelve en todas direcciones y lamiendo las estribaciones de la plataforma el agua cae á torrentes produciendo estallidos espantosos. Se dan algunos pasos más y después de una posición paralela, la plataforma se inclina ligeramente, abandona la punta de una roca y torciéndose un poco se estriba en otra gran mole. La distancia comprendida entre estos dos pequeños desfiladeros aunque es al principio del camino es de lo más terrible que se puede imaginar. Estamos suspendidos en el espacio, el abismo desencadenado recibe el peso de la catarata, el hombre aquí encima de los maderos que le sirven de sustento es una molécula que parece que toma parte integrante del torbellino; mirando á la derecha y al fondo tenemos el horrible precipicio que convida á la muerte, á la izquierda el torrente que se desborda al tétrico rio; á nuestros piés ó sacudiendo nuestras plantas los saltos de olas inmensas que se despedazan entre las peñas, y si se tiene valor en esta situación para mirar al cielo la tempestad desecha ciega nuestros ojos dejando ver á fracciones de segundo grandes columnas de agua. Cuando se llega á la otra estribación parece que se ha salido de la eternidad, la tierra parece también que nos recibe en su seno; mas es por breves momentos.

La plataforma sigue su descenso, la realidad se nos presenta más imponente, la caida de los rápidos vertiéndose en el centro manifiesta toda su grandeza, pero cuando alcanzamos á ver la enorme altura, las murallas de líquido descendiendo vertiginosamente, los remolinos de agua y viento que nos envuelven y los estrechísimos maderos que nos sostienen, y mirando al fondo encontramos precipicios por todos lados; entonces la conciencia del peligro se dibuja en la inteligencia. No podemos volver atrás porque se interponen las masas de agua que hemos dejado á la espalda y que parecen habernos cerrado el paso para siempre; de la profunda superficie del rio nadie puede arrojarnos un cable protector, y solo mirando á la catarata americana después de haber pasado el frente de la central vemos un estrecho camino trazado en la roca que con el primero de madera forma un ángulo agudo. Se avanza hacia las cataratas, las aguas parece que se abren como las del Nilo á los israelitas; pero alzamos la vista y nos encontramos arriba en las alturas la punta amenazante de la Isla de Cabra, suspendida en el espacio y como sujeta á los raudales que vierten las ramas de la catarata americana.

Hasta aquí solo hemos andado la mitad del camino, y por la parte de afuera, como á unos 40 piés de la vertiente. Se sigue avanzando por el recodo y se penetra en la gruta formada entre las aguas y la escavación. Primero se experimenta una sensación de presión, una tempestad de espuma y viento azota las paredes de la escavación hecha por el agua en la roca; los remolinos de todos estos elementos se precipitan unos contra otros inundándonos las olas de espuma; tratamos de ganar el fondo de la caverna y poderosas corrientes de aire cargadas de vapor acuoso nos oprimen el pecho, la caida de las columnas de agua que con la escavación forman un arco suena como un derrumbamiento contínuo de edificios, y abajo en el fondo retumban como el trueno. El piso de la gruta es resbaloso, el camino estrecho y las paredes de la roca bañadas contínuamente por el rebote de las aguas, nos envían gruesas gotas á la cara. El ruido es infernal, la oprimida masa atmosférica es caotica, el viento sopla en todas direcciones con gran fuerza, y la espuma nos ciega la mayor parte del tiempo.

Yo había leido antes que las olas de espuma más que de las aguas que se precipitan, proceden del rebote que resulta después de haber chocado en el fondo, y aunque el pensamiento no está allí para dibujos pude convencerme sin más que formar con la capucha una especie de pantalla por debajo de la cara, y entonces mirando arriba sin dificultad pude ver el espantoso desprendimiento de las aguas; primero chocando en las alturas, luego con más fuerza en una parte saliente; yendo por último á precipitarse en el abismo. La catarata forma una cortina trasparente, y á través de ella y de la espuma que nos inunda se ven arcos iris, raudales que se cruzan, chorros inmensos que se rompen. Después de estos momentos de angustia y admiración, de temor y arrobamiento, de grandeza y espanto, todo lo que se vea es pálido; mientras que el tiempo que dura el paso de la gruta parecen años y segundos á la vez.

Cuando se gana de nuevo por la parte interna de la catarata la escavación én seco donde está la caseta del guia, no se sabe si se ha gozado ó sufrido, si se ha hecho bien en bajar ó ha sido una locura; pero según trascurre el tiempo, las conmociones se representan mejor en el pensamiento. Es una escena que no se borra nunca de la memoria del que la presencia.

Después de estas bellísimas escenas de la naturaleza poco queda que contemplar al viajero. Una vez que el rio descendien-

do al profundo cauce vuelve á tomar como á unos doscientos metros la dirección que traía antes de precipitarse, aparecen los rápidos como á dos millas de las cataratas, y son sitios magníficos de observación donde toda la fuerza del Niágara se concentra en un cauce estrecho relativamente á la cantidad de agua. Esta forma grandes remolinos que se elevan hasta 30 piés sobre la superficie. Conduce á ellos un ascensor como de 300 piés de altura, y la vista del profundo rio con sus altísimos bancos formados por la escavación de la corriente, la perspectiva accidentada y tortuosa, los recuerdos de las escenas á que han dado lugar estos sitios, y la conformación geológica del terreno, convidan á pasar dos ó tres dias en la villa de Niágara Falls si se quiere aprovechar el tiempo y salir satisfechos de que se ha vísto bien una de las primeras maravillas de la creación.

Lo que han sido, son y serán las cataratas, está perfectamente estudiado por geólogos y naturalistas, pero hasta fecha relativamente reciente no se hicieron las observaciones con orden. Los funcionarios públicos de la gran nación norte americana son modelo de cultura, actividad y entusiasmo por los intereses materiales y morales de la República, y en el caso de el Niágara no podían quedar atrás de los demás ramos de la Administración.

En el informe que el Ingeniero del Estado de New-York dió hace dos años respecto á este asunto, se encuentran cifras curiosas. El trabajo de erosión que produce el agua de la Catarata de la Herradura haciendo retroceder el lecho de la vertiente, le calcula en miles de toneladas por año. Los primeros datos son del año 1842 cuando la comisión geológica del Estado registró la posición de las Cataratas. La de la Herradura ha retrocedido 104 piés y 6 pulgadas desde entonces, en una proporción de dos piés por año por término medio, escepto en un punto hacia el centro que el trabajo de erosión ha sido de 270 piés desde 1842, mientras que el total de desgaste ha sido de 275,400 piès. Según dicho informe en un período que no ha de bajar de 50,000 años las Cataratas retrocederán hacia el Lago Erie, que está como veinte millas de distancia, formando entonces el Niágara una serie de rápidos como los que actualmente se observan en los rápidos de los remolinos al fondo del rio.

No quisiera terminar este trabajo sin hacer constar una observación sugerida por el Dr. Linares de Sanidad Militar que me acompañaba. Después de admirar la obra de la naturaleza, que-

damos sorprendidos, como en los Estados Unidos donde crecen las poblaciones como la hierva, existe una villa donde acuden miles de viajeros todos los años y sus habitantes no llegan á siete mil almas, teniendo calles sin empedrar y bastantes aceras de madera; más pronto dimos con la explicación recordando nuestro país donde por siglos ha habido muchos frailes. Los habitantes de Niágara Falls son una población de parásitos que viven dejando correr el agua y manteniéndose de los ahorros que los viajeros dedican á visitar las Cataratas: y la vida parasitaria tiende al estancamiento.

El Niágara se puede visitar en condiciones mucho más económicas de las que hacen comunmente los viajeros (excepto los ingleses que llevan hasta el impermeable con el que han de bajar á la cueva de los vientos.) Un procedimiento es el de las escursiones que se organizan en los Estados Unidos con este objeto, costando solo catorce pesos desde New-York incluyendo el viaje de ida y vuelta y el alojamiento de un dia en el Niágara, pero es menester estar habituados á las costumbres de los Yankees. En ese país de la libertad donde el Estado es *nothing* y el individuo es *all* existe un espíritu de disciplina admirable sometiéndose sin condiciones al que dirige la excursión, no encontrando éste dificultad alguna aunque la expedición se componga de tres ó cuatro mil viajeros, como en forma aunque más reducida hemos visto en la Habana cuando nos visitan. Ninguna frase mejor caracterizaría esta disciplina voluntaria que la empleada por nuestro pueblo para calificar á los excursionistas americanos con el gráfico nombre de «Patos de la Florida.» Otra forma es saliendo de noche de New-York y llegando por la mañana al Niágara dedicando las primeras horas á ver las cataratas desde el rio almorzando luego en alguno de los restaurants de la Villa donde hay cubiertos confortables por cincuenta centavos, y dedicando la tarde á ver el espectáculo desde la Isla de Cabra y visitar la cueva de los Vientos.

Existen en la población coches de cuatro asientos cuyos conductores se dedican á enseñar las cataratas por ocho pesos, pero es una esplotación que nunca se debe acceder á ella. El Gobierno americano ha comprado aquellos terrenos y efectuado las obras necesarias para que los viajeros puedan gozar gratis de la perspectiva, y como las cataratas se hallan inmediatas á la población no hay que recorrer grandes distancias, pues aún en el caso de visitar los rápidos (Whirpool Rapids) existe un tranvía que por

cinco centavos conduce á los puentes colgantes y á los rápidos. No hay necesidad tampoco de guías, escepto para ver las grutas por el lado americano y por el del Canadá, á los que se les dá una pequeña gratificación.

Cuando ya de vuelta de la escursión tomamos el tren para despedir tal vez para siempre aquellas latitudes se esperimenta un vacío en el alma y un asomo de apacible tristeza se apodera del semblante: emoción análoga á la que experimentan los madrileños cuando salen de una corrida de toros.

GASTON A. CUADRADO.

APENDICE

A LOS "CROMITOS CUBANOS"

I.

SR. D. FRANCISCO CALCAGNO.

Muy Sr. mio y distinguido amigo:

Fiel á la palabra empeñada y con mucha necesidad de demostrar que no asevero nada á humo de pajas, reanudo y completo aquí la carta que dí á luz en el diario *El País*, correspondiente al dia 14 de Diciembre de 1892.

El boceto *Francisco Calcagno*, inserto en mi libro CROMITOS CUBANOS, me ha proporcionado buena cosecha de protestas y reparos, mereciendo fijar mi atención los argumentos suscritos por V. y por un escritor, muy pulcro y castizo, que se ha ocultado tras el pseudónimo, nuevo en nuestras letras, de *Gaztelúa*. Su carta de V., y la que el citado *Gaztelúa* enderezó al Director de *El País*, por su índole especialísima, antes que ocasión para una polémica literaria, disputa de escuela ó discusión de principios y doctrinas, que vacilaría mucho en aceptar, dicho sea de paso,—me obligan á empeño de más elevado carácter, como es el que ahora me preocupa y ustedes me imponen por tácito acuerdo. Porque el tema de esta carta es cuestión de pura moral, ya que en ella habré de demostrar que no he cometido injusticia, ni inferido agravios, ni enmascarado la verdad, y que tampoco he incurrido en intransigencia indisculpable ni ensañádome con la

memoria de ningún muerto, que son las faltas que me achacan y censuran V. y el anónimo abogado del difunto D. Antonio Bachiller y Morales. Por estas circunstancias, aparte de otras consideraciones que pesan menos en mi ánimo, resolví adelantar á V. una parte, la más principal, de la contestación porque clamaba su carta del 3 de Diciembre, y en campo más abierto completarla y responder cumplidamente á *Gaztelúa*. Hecha esta advertencia, que juzgo indispensable y harto expresiva, paso á demostrar á V. lo que aseveré en las páginas 244-45 de los *Cromitos Cubanos*, es á saber, que «los revolucionarios, que figuran en el *Diccionario* en exigua minoría, han sido lastimosamente falsificados; las escasas y confusas notas de sus biografías son inexactas ó están trabucadas: todas, ó una gran parte de ellas, han sido recogidas en las columnas de *La Voz de Cuba*, sin que lo turbio de la fuente inspirase al cosechero el más mínimo recelo»..... Antes de aducir las pruebas de las proposiciones contenidas en lo que acabo de transcribir, entresaco de su carta lo siguiente:

«¡Ojalá hubiera habido el acopio de hoy sobre la década de la guerra! Lo habría utilizado como lo hice con lo poco que se tenía; no por cierto tomándolo de *La Voz de Cuba*. ¿De dónde sacó V. eso? ¿*La Voz de Cuba* dió nunca biografías? Y usted, que me aconseja compulsar el dato, ¿depuró ese antes de lanzarlo al público? En mis cortas, muy cortas biografías de insurrectos, cito libros, folletos, periódicos nacionales y extranjeros, y si alguna rarísima vez tomo de *La Voz, nunca es un dato*, sino una frase que enaltecía (por hallarse en *La Voz*) la misma persona que ella pretendía denigrar.»

En efecto, en diversas biografías de revolucionarios, cita V. libros y periódicos como *La República de Cuba*, de Antonio Zambrana; *Morales Lemus* y *La Revolución de Cuba*, de Enrique Piñeyro; *La Estrella Solitaria; El Mundo Nuevo;* y otros documentos públicos que V. tuvo á la vista para redactar la mayor parte de dichas biografías. Más aún. En las páginas del *Diccionario* cita V. numerosos folletos de escritores peninsulares ó de cubanos que militaron bajo la bandera de España, amén del folleto *El Convenio del Zanjón*, original del general Máximo Gómez, y hasta ciertos hechos, también posteriores á 1878, y con bastante posterioridad relatados, como los que constituyeron el movimiento político-militar de los cubanos orientales, conocido con el nombre de *Protesta de Baraguá*. La primera narración de estos sucesos, según

mis noticias, vió la luz en las páginas de esta REVISTA, en el año 1888-89, y fué escrita por mi difunto amigo el Dr. D. Félix Figueredo. Acopio estos pormenores para poner de relieve que las biografías de los revolucionarios, con el material que V. conocía y tenía á mano en la época en que las compusiera, pudieron ser más numerosas, más ricas en datos, más exactas y fieles; y, al propio tiempo, para que conste que V. utilizó documentos sobre la Revolución, impresos en 1878 y aún después. En la carátula de su obra magna y capital, se lée: «Comprende hasta 1878»; y en el *Prólogo* de la misma, que si fué escrito en 1878, ó antes, debió corregirse ó ampliarse en epílogo ó en apéndice, para que concordase con todo el texto y no estuviese, como está, en abierta contradicción con esas pecadoras biografías de insurrectos,—en el *Prólogo*, digo, el cubano que ha podido consultar los documentos que antes he enumerado, con otros semejantes y que he omitido, escribe estas palabras: «Esta necesidad se hacía sentir tanto más en Cuba, país sin ayer, y que por lo mismo NO PRESENTA EN SU HISTORIA HERÓICOS HECHOS ni rasgos de gran trascendencia que eternicen su nombre»..... Y aunque más adelante (pág. II) agrega V. que Cuba, «sin los requisitos para producir guerreros, produjo guerreros,» no parece referirse á los hombres del tiempo épico, como llamó Aurelio Mitjans á los hombres de la década revolucionaria, sino á Ezpeleta, Zarco del Valle y Zayas, generales del Ejército Español en tiempos pasados. De todos modos, siempre queda en pié la rotunda negación de que en la historia de Cuba no se hallan hechos heróicos. Y esta afirmación, hecha por un cubano, por un erudito que refiere sucesos posteriores á 1878, es inexplicable é injusta. La rotunda afirmación, contradictoria é ilógica; el pasaje en que V. declara (Prólogo citado, pág. III,) que «la gloria del destructor, por grandes que fueran las razones para destruir, debía ceder ante la gloria del que construye, y á esa clase pertenece la mayoría de los cubanos ilustres;» el tono casi airado conque V. aconseja á sus compatricios (*Epílogo* de *Los Crímenes de Concha*) que abandonen y desechen las «desastrosas ideas separatistas que solo traen frutos de perdición;» me llevan á suponer que los revolucionarios cubanos inspiraban á V. dudosa simpatía, ningún afecto y poquísima admiración. Con esta suposición podría explicarse la tibieza, desorden, confusión y descuido conque han sido escritas las biografías de los revolucionarios, que tan gran contraste forman con las biografías de los

ilustres constructores de todas las gerarquías, escritas por V. con deleite y ardor. Pero como la explicación no equivale á justificación ó disculpa, sean cuales fueren sus simpatías personales ó sus principios políticos, como biógrafo cubano, y dados los materiales de que V. disponía, era necesidad ineludible emplear mayor escrupulosidad, mayor interés y un espíritu más imparcial, en la composición de las biografías de aquellos compatriotas, que harto merecen, por lo menos, el respeto y la consideración de propios y extraños, amigos y adversarios.

Paso á aducir las pruebas de mi primera proposición.

Biografía del General José Antonio Maceo.—Es, como todas, muy sucinta. Prescindo de yerros menores; de que, aún refiriéndose V. á Baraguá, omita mencionar las numerosas acciones y combates en que ganó fama de valeroso y sagacísimo guerrillero, y cuidado que había tela por donde cortar, pues el General Maceo asistió á cerca de 400 funciones de guerra. La gran inexactitud consiste en que V. atribuye al General José Antonio Maceo lo que aconteció á su hermano el Coronel José Maceo. Este, según expresó categóricamente en carta que insertó *La Tribuna* (de Madrid, dirección de D. Rafael M. de Labra), no fué hecho prisionero, como V. afirma de su hermano el General, desventura que jamás le aconteció,—y sí engañado y, con dolo, conducido á la Península, por cierto que su fuga á Gibraltar y más luego su permanencia en Francia, dieron margen á que el diputado O'Kelly, el célebre corresponsal del *New-York Herald*, diera nobilísimo testimonio de su afecto á la gente de la *Mamby Land*, y á que Mr. Ferry propinase una lección de circunspección y discreción al Ministro de Estado de la Madre Patria.

Biografía de D. Domingo Goicuría.—Demasiado incompleta como revolucionario de 1868. No alude V. á su participación en la aventura de Walker, á quien cita en la biografía de Ramón Ignacio Arnao. Y Goicuría, que acabó rompiendo ruidosamente con el aventurero norte-americano, fué el proveedor de la empresa y jefe invasor que dejó imborrables recuerdos de su paso por Nicaragua. Representó allí papel más conspícuo que Arnao. Aquella aventura es un capítulo curioso de la historia del sentimiento separatista. Antes de 1878 existían crónicas escritas por autores cubanos y centro-americanos.

Biografía de Ignacio Agramonte.—No fué de los primeros en secundar el alzamiento de Puerto Príncipe, que se llevó á cabo

contra su opinión, por creerlo prematuro. El alzamiento del Príncipe tuvo lugar el dia 4 de Noviembre de 1868, y no el 1º, como V. afirma. Bonilla, Bagá y Sabana Nueva apenas si tienen importancia en la hoja de servicios del General Agramonte. Jamás atacó á Puerto Príncipe, aunque asistió al cañoneo de dicha ciudad á las órdenes de Quesada, como tampoco es exacto se apoderara del barrio de la Caridad. Nunca actuó como General en Jefe. Cierto es que murió en el combate de Jimaguayú, el 11 de Mayo de 1873 y no el 1º de Julio, como V. escribe. Usted, que niega en el *Pròlogo* que haya hechos heróicos en la historia de Cuba, omite en la biografía de Agramonte la acción, que vale una epopeya, en que rescató al General Julio Sanguily. La omisión es imperdonable porque en la obra de Zambrana, (*La República de Cuba*, pág. 108), en un párrafo elocuentísimo, se describe aquella pasmosa hazaña. Es cierto que V. cita el hecho, sin darle importancia, en la biografía de Sanguily, cuando correspondía incluirlo en la biografía del que concibió y llevó á cabo el brusco, incomparable y gloriosísimo ataque.

Biografía de Carlos Manuel de Céspedes.—Céspedes no se apoderó de Yara, de Yara salió derrotado y dispersa su bisoña hueste; tampoco se batió en Baire ni en parte alguna, pues no dirigió personalmente ninguna función de guerra. La suposición de su hijo, esto es, el suicidio, está comprobada históricamente.

Biografía de Máximo Gómez.—Omite las numerosísimas acciones, combates y batallas que dirigió este superiorísimo estratégico Aunque se le otorgó el nombramiento de General en Jefe, no quiso desempeñar, por circunstancias especiales, tan elevado y difícil cargo.

Biografía de Policarpo Pineda. (Rustán).—Mulato, natural de Guantánamo. Se sospecha que por sus venas corría sangre india. Es inexacto que se acogiese á indulto alguno. Murió en el campo insurrecto, cuando iba á ser sometido á un consejo de guerra por insubordinación para con el General Gómez. Es agravio á la memoria de un hombre leal á la fe jurada decir, como V. afirma de él, que muerto Mármol, Rustán «volvió contra los cubanos sus armas.» Si V. mismo anota el hecho, en la biografía de Céspedes, de que los insurrectos decretaron la abolición de la esclavitud ¿cómo pudo consignar después que Rustán se sublevara «proclamando la libertad de los negros?» El mulato Doroteo, de Cienfuegos, á quien Rustán reconoció como Emperador, es una

patraña fraguada probablemente en la redacción de *La Voz de Cuba*. Y para no entrar en pormenores acerca de aquel soldado rudo, sanguinario, de poderosos instintos y de hazañas que crispan, concluiré diciendo que como el gobernador de Guantánamo, mucho antes del grito de Yara, le hiciese aplicar 50 azotes por mano de verdugo, él se vengó del ultraje azotando con un látigo al mismísimo gobernador. Este debe ser, seguramente, el tendero abofeteado á que se V. refiere, siguiendo á *La Ilustración Americana*.

En la biografía de D. Arsenio Martínez Campos, entre otras inexactitudes, estampa V. las siguientes: «expulsó á Máximo Gomez de Jiguani,» «ganando las acciones de Río Abajo contra 1.500 insurrectos, de Bruñi contra 1.800, del cafetal «Dos Amigos,» Guántanamo, contra 1.700, capitaneados por Gómez, Guillermón, Maceo, Rustan, Prado y Colombo.»—La batalla de las Guásimas, en que se reunieron más fuerzas insurrectas que en ninguna otra, no vió reunidos más de 1.200 cubanos. Esta afirmación, que puedo demostrar cumplidamente, es el primero y más poderoso argumento en contra de lo aseverado por Vd. Martínez Campos no expulsó á Gómez de Jiguani; el termino expulsión no puede aplicarse á los cubanos en una guerra de la índole especialísima de la que sostuvieron durante diez años. Lo que ocurrió en aquella época y en aquellos lugares fué algo muy distinto de lo que usted refiere. En Río Abajo no hubo uno sino varios combates, durante tres días consecutivos, entre las fuerzas que regía Valmaseda y las fuerzas reunidas de Bayamo, Tunas, Holguín y Jiguaní; después de estos tres días de combates, librados en Río Abajo, Modesto Díaz invadía el territorio de Bayamo y Gómez el de Jiguaní. El resultado de esos combates de Río Abajo fué la caida de Valmaseda, que vió desbaratados sus proyectos de exterminar la insurrección, ya que, antes de que atravesara las Tunas, á sus espaldas, en los territorios que creía pacificados, renacía prepotente la guerra. Y lo mismo podría decir de Charco Azul, Bruñí y Dos Amigos, que corresponden al mismo período de la campaña y son etapas que marcan un movimiento de enérgica reacción en las fuerzas insurrectas del departamento oriental.

Ahora bien, mi distinguido amigo, si Vd. no sacó de las publicaciones insurrectas todo el material que abundantemente le ofrecian hasta 1.878; si en caso de duda, que era legítima, por no estar depurados los hechos, tampoco adoptó el procedimiento equitativo y adecuado á quien no pone ni quita rey, citando textos de

libros y periódicos españoles y cubanos; sinó puso empeño en componer biografías de insurrectos según los datos que habían dado á la estampa los mismos insurrectos y sus cooperadores, ya que prescinde de ellos, ó los involucra y desfigura; si en algunas biografías, como creo haber demostrado, el dato parece recogido en las columnas de los periódicos reaccionarios y en armonía con el espíritu que los inspiraba, declaraba V. en 1878 que no hay en la historia de Cuba *hechos heróicos*, ¿cómo no justificar todo lo que apunté en el párrafo en que me referí á las biografías de los revolacionarios?» ¿Podría Vd. citar las fuentes cubanas en que bebiera la mayoría de esas noticias? Es cierto que yo no podría probar en que números de *La Voz de Cuba* cosechó Vd. tantas inexactitudes, pero *La Voz de Cuba*, en este caso, es algo más que el diario que fundara Gonzalo Castañón y dirigiera Rafael de Rafael, es el papel simbólico, el periódico típico, el órgano fidelísimo del motin, del incondicionalismo, el creador de la patraña, que de una derrota hacía una victoria, de un puñado de insurrectos hordas incontables, si audaces, siempre castigadas, y esto en proporción tan enorme, que un soldado se bastaba para derrotar un escuadron de revolucionarios. Esas derrotas de cubanos, que Vd. enumera como lauros en la biografía del General Martínez Campos, son datos recojidos en los órganos del incondicionalismo. Y es lo cierto, mi distinguido amigo, por circunstancias que he explicado en los *Episodios de la Revolución Cubana*, que en la guerra de Cuba sucedía todo lo contrario de lo que propalaban los diarios reaccionarios; los cubanos, cuando igualaron en número á sus enemigos, jamás fueron derrotados; en muchos combates, siendo los ménos los cubanos, inferiores en armamento é inferiores aun por otros motivos, obtuvieron señaladísimos triunfos; y transcurrido el período de la iniciación en un arte que, como el de la guerra, les era absolutamente desconocido, no hubo un solo caso en que hubiese que deplorar un descalabro, como se hallasen reunidos y debidamente armados 500 de nuestros compatriotas.

De buen grado multiplicaría las consideraciones que me sugiere el yerro del *Diccionario* en lo que hace á las biografías de los revolucionarios, pero las omito para ceñir este apéndice al objeto que lo motiva, á la demostración escueta y concisa de lo que yo he afirmado y V. ha tenido á bien impugnar ó contradecir.

No hallo el lugar en que categóricamente afirmara que el *Diccionario* es obra crítica, opinión que V. combate y que yo, deján-

dome llevar á un terreno que no quiero invadir, el de la polémica que se aparte de lo aseverado en el texto de mi obra, recogí y ratifiqué.—Hay gerarquías de críticos, y cada cual es crítico á su modo y en la medida de sus facultades. Y aunque V. procura evitar el ejercicio de la crítica propiamente dicha, no se sustrae á la tentación y con frecuencia califica, compara, expone preferencias, intenta clasificaciones de obras. Es más. Siendo el *Diccionario*, en uno de sus principales aspectos, catálogo razonado de obras cubanas, al mismo tiempo que «una obra altamente moralizadora,» como V. lo concibió y como expresamente lo califica, tiene que resultar una obra esencialmente crítica. En las biografías de muchos literatos, con la brevedad á que lo obliga el marco de cada figura, V. hace verdadera crítica; y ya en el *Prólogo* decía V. que «trazar la vida de los hombres ilustres que nos precedieron y nos dictaron con su ejemplo las más puras máximas de patriotismo y filantropía, presentarlos como modelo á la generación de ahora, estimulándola á que los venere é imite, trasladarse á su época y vivir con ellos algunos momentos para derivar y traer á nuestros contemporáneos edificantes ejemplos de moral,» era uno de los grandes propósitos de su magno trabajo, y semejante propósito no pude ser otra cosa queel resultado de una crítica laboriosa de los hombres, en todos sus aspectos, sometiendo la enseñanza derivada del estudio á la propaganda ó comprobación de un principio docente.

II.

Consienta V., mi distinguido amigo, que en esta misma epístola escriba la ofrecida réplica á *Gaztelúa*, consiéntalo porque un párrafo del *Cromito* de V. es el que ha dado origen á la defensa de aquel anónimo abogado, consiéntalo porque se trata de su maestro y amigo D. Antonio Bachiller y Morales, y aun porque he de aprovechar razones que en otra sazón, análoga á esta, adujo Aurelio Mitjans, discípulo de V., y amigo para cuya memoria hay siempre una lágrima en lo íntimo de mi corazón.

He de confesar que todavía la carta-apología que *Gaztelúa* diera á la estampa en el diario *El País* (número del 1º de Diciembre de 1892), sigue siendo para mí misterioso enigma. Desde luego no

sospecho en ella aviesa intención, cohonestada por explicaciones más ó menos legítimas, y que tienden á disculpar, ya que no á justificar, los defectos que yo señalaba en el estilo de Bachiller y Morales. Si no hay circunstancia que me autorice para apuntar la sospecha, me asiste el derecho de decir que la defensa de *Gaztelùa* es extemporánea, ilógica, un verdadero y muy infortunado *tour de force*, una parodia del celebérrimo recurso de aquel cómico que acallaba las justas censuras del auditorio dando impertinentes vivas al rey absoluto, ó imitación del que tanta boga alcanzó entre los integristas en la era, ya lejana, de las protestas colectivas y de las procesiones del Cristo de la Integridad.

Gaztelúa copia lo que yo escribí sobre D. Antonio Bachiller y Morales, y que se halla en las páginas 240 y 241 de los *Cromitos Cubanos*, y observa luego que «bien merece alguna indulgencia (la memoria de Bachiller y Morales), aunque no sea más que por lo mucho que en vida se afanó por captarse el aprecio y la benevolencia de sus paisanos.» La verdad es que lo uno no se compadece con lo otro, por que bien puede suceder que un patriota, modelo de cívicas virtudes, sea al propio tiempo escritor muy pedestre, oscuro y ramplón, y el crítico que juzgara al último no está obligado á disculpar sus defectos ó deficiencias trayendo á cuento las excelencias morales del primero. Cuando se apela á este recurso se demuestra lo contrario de lo que se pretende, por largos que sean los rodeos y por mas ingeniosos que resulten los subterfugios empleados. Y en este caso se halla el defensor de D. Antonio Bachiller, que se muestra tan conforme con mi juicio, que escribe estas palabras: «en Bachiller hay que atender á que escribió muchísimo, siempre de carrera, sin detenerse á coordinar lo que expresaba, y sin que se diera ejemplo de que por rara casualidad releyese ni mucho menos corrigiese lo ya escrito; por lo cual no es de estrañar que en la innumerable multitud de papeles que dió á la estampa en más de cuarenta años de afanosa é incesante laboriosidad, no pocos se resientan de la extremada premura con que fueron redactados.» Y en este tono, señalando defectos y obstinándose en disculparlos con más ó menos fortuna, está redactada toda la carta, cuidando siempre de destacar la figura del benemérito al lado de la figura del escritor. «Sus *Apuntes para la Historia de las Letras*, agrega *Gaztelùa*, y el cariño á la tierra natal que ese libro revela, bastarían para que su nombre y su memoria fuesen respetados por cuantos se precian de aficionados al estudio y amantes de su país.»

No voy á discutir aquí si la justicia literaria debe sacrificarse al interés político ó social, ni á donde iríamos á parar adoptando esa norma de criterio que propone y practica *Gaztelùa*. *Gaztelúa* sabe de muchos escritores, que escribieron de prisa y en las condiciones más azarosas, que compusieron tamaños volúmenes sobre árduas y diversas materias, y que, sin embargo, se expresaron con claridad, corrección y elegancia. Sus consejos, advertencias y lecciones no me cuadran, con harta pena mia, que tan necesitado estoy de enseñanzas. En el cromito *Francisco Calcagno*, señalando los autores que, á mi juicio, pueden considerarse como representativos del tipo intelectual del cronista, aludí á D. Antonio Bachiller y Morales como el representante característico de la especie. Es claro que como yo no me propuse trazar el boceto del autor de *Cuba Primitiva*, ni analizar cada una de sus obras, no tenía por qué aludir á su vida pública ó privada, á su carácter ó á sus empeños. Mero incidente en una digresión pertinente, dije de él lo que cuadraba á mi propósito, limitàndome á bosquejar de un trazo al cronista, sin lastimar la memoria del hombre ni escrutar en la ejecutoria del benemérito. Por supuesto que asisten á *Gaztelúa* todos los derechos posibles para emprender y dar cima á todas las apologías imaginables, pero no es justo que exija de mí consideraciones y distingos, atenuaciones y explicaciones que no me correspondía hacer, dados mi plan y el uso á que destinaba esa y otras muy análogas digresiones en que abunda mi obra.

Como la carta de *Gaztelúa* se inspira en el propósito de recordar los merecimientos del benemérito, merecimientos que yo no he negado y de los que no he dado fé pública por que no había para qué hacerlo, bien pude dejar su epístola sin réplica ni protesta. Mas, como el anónimo defensor, no contento con poner en lo alto la figura del benemérito, y lanzar dardos romos y afilados á diestro y siniestro, ha creido necesario robustecer sus razonamientos diciendo que á su parecer lo que yo apunto sobre Bachiller y Morales revela «inmotivado ensañamiento con la memoria de un muerto,» lo que es inexacto é improbable—me veo obligado á desvanecer este cargo, ya por que me sobran recursos para ello, como por que es una acusación que rechazo con todas mis fuerzas ya que el procedimiento es y ha sido ageno á mi conducta.

Creo que todo escritor, vivo ó muerto, es materia de crítica. Esta podrá ser severa, intolerante, dura, cruel, según el tempera-

mento que la produzca. Y por que en ella concurran las últimas circunstancias y se aplique á un escritor ya difunto, ¿será digna de reprobación y de tildarla de ensañamiento con la memoria del muerto? La erudición literaria que revela poseer *Gaztelúa*, por poco que medite en ello, dará á esta pregunta la más cumplida respuesta. Todavía el cargo de *Gaztelùa*, colocándonos en el punto de vista desde el cual él estudia el caso, podría aparecer no desposeido de cierta dósis de razón, si yo hubiese sido el primero en poner en tela de juicio la reputación literaria de D. Antonio Bachiller y Morales. Antes, mucho antes que yo, escritor tan autorizado, independiente é imparcial como el «ilustre cubano Rafael María Merchan,» en el artículo *Zerda y Bachiller americanistas*, inserto en la página 210-211 de sus *Estudios Críticos*, publicados en Bogotá en 1886, escribía lo que á la letra copio:

«Se parecen en otra cosa todavía: en sus defectos. El que primero salta á la vista es la obscuridad de lenguaje, obscuridad que en el libro cubano es más densa que en el colombiano; pero en esto no hacen sino seguir una especie de tradición que parece existir entre los sabios de nuestro idioma. Los franceses no, ni los ingleses, pero los que hablan español se cuidan poco de la parte literaria de sus obras, y á las veces imprimen páginas enteras, para cuya comprensión se necesita saber tanto como sus autores.»

«Otro defecto de las dos obras que ahora tenemos sobre la mesa, es la ausencia de plan: se diria que los señores Zerda y Bachiller han ido enviando al *Papel Periódico Ilustrado* y á la *Revista de Cuba* las cuartillas según las han ido llenando, y así resulta que una misma materia corre diseminada en diversos capítulos, en vez de constituir una agrupación homogénea. Pase que en los periódicos aparecieran así; pero al reunir sus materiales en libro aparte, habría convenido ordenarlos mejor. Por ejemplo, ¿cuál es la opinión del Sr. Bachiller acerca del origen de los caribes de Cuba? Nos ha costado trabajo definirla, porque está desencajada en frases dispersas que hemos tenido que entresacar, como con pinzas, dos aquí y tres allá, en las páginas 69, 76, 87 92, 97, 101, 115, 205 y 338.»

Poco después de haber pronunciado el eminente orador Rafael Montoro el *Elogio* de Bachiller en una sesión extraordinaria de la Sociedad Antropológica, Aurelio Mitjans, en las columnas del semanario *La Habana Elegante* (número 9, Año VII, 3 de

Marzo de 1889), escribía lo que voy á transcribir, poniendo reparos á ciertas afirmaciones del elocuente y benévolo panegirista:

«Si fuera posible desear algo y pedir más, cuando tanto nos dá pródigamente el Sr. Montoro en un discurso, hubiéramos deseado verle más parco en los encomios á las imaginarias dotes de escritor de D. Antonio Bachiller y Morales. La discreción con que pasó, como sobre ascuas, sobre los versos justamente olvidados del poeta, era también indispensable al tratar del prosista obscuro y pedestre. No sabemos por qué el Sr. Montoro creyó propio del caso citar los juicios desfavorables de Merchán y Anselmo Suárez, y ponerse después á destruirlos con el de Martí, escritor amanerado y juez incompetente en el estilo, (perdone el eminente amigo á quien reconocemos grandes dotes), sospechando como sospechamos que á solas, persona de tan acendrado gusto, no puede repetir aquello de *brillantez, galanura* y *conocimiento del idioma.* Que Littré haya escrito mal francés y Krause mal alemán, no prueba que Bachiller escribiese claro y elegante castellano. Que hay materias complicadas que no pueden ser tratadas en estilo diáfano, es débil objeción en la patria de Varela, Valle, Mestre y Luz, que trataron claramente de filosofía, como supo hacerlo también el antiguo redactor de la *Revista* de Perojo; pero mucho más débil si se advierte que en todas las materias manejó Bachiller el idioma con igual embarazo y poco tino. Noe ra su obscuridad la de una frase, la de un párrafo en que no acertaba á esclarecer la idea: era la que produce la falta de riguroso plan en el capítulo, en una sección, en la obra entera; la del sistema de acumular mucho y no ordenarlo; la de avanzar y retroceder *ad libitum* y caprichosamente, siguiendo la cómoda asociación de ideas de la mente no disciplinada; la propia de su afán en reunir apuntes inconexos, en lugar de escribir tratados ó disertaciones. No es todo esto por cierto lo que se disculpa, diciendo que los hombres científicos están dispensados de ser pulidos y nimios en la forma, que no es caza pueril de gazapos literarios la crítica que hace todo el mundo de Bachiller, como prosista, y que Mendive solía sintetizar familiarmente en esta frase: «Pero hombre, ¿cuando aprenderá á escribir?»

José Martí, aludido por Mitjans, mantuvo su opinión, citada y ensalzada por Montoro, en carta-replica que vió la luz en *La Habana Elegante* de 31 de marzo de 1889. En el número sigiuente del citado semanario (abril 7 de 1889), redarguyó Mitjans en un

brevísimo artículo al que puso por rótulo *Dos Palabras*, y del cual copio lo siguiente:

«Llegar alguna vez á la claridad apetecible, con mucha sencillez; interesar «en fuerza del asunto,» como dice nuestro amigo, es cuanto fué lícito á Bachiller en sus trabajos mas felices. Esto lo hará pasadero y aceptable con frecuencia, sin sacarle de lo vulgar, que á lo menos que está obligado quien escribe una simple carta, es á ordenar sus pensamientos y espresarlos claramente.»

«¿Qué hemos de añadir? Los que crean que ha entrado este pleito en el período de prueba, no esperen que llenemos las columnas del periódico de citas y comillas. Sería innecesario é insuficiente. Innecesario porque Bachiller es muy conocido, y cuantos leen sus obras se quejan de su vaguedad y su desorden. Insuficiente, porque cuanto citásemos sería tachado de excepcional en autor tan fecundo.»

«Fáltanos solo cambiar el saludo con el querido amigo y levantar la visera. Salieron unos versos nuestros en el mismo número que el artículo *En la Antropológica*, y por no repetir la firma se puso un pseudónimo á la prosa. Sirva esta explicación á los que han sospechado que nos ocultábamos, contra nuestra costumbre y sin necesidad. En todo caso tendríamos valor para estar solos, porque á nadie ofendemos exponiendo con moderación un juicio propio. Pero ni estamos solos. Corren por ahi en voz baja diversos comentarios al discurso del Sr. Montoro, y espérase que se publique y fije para hacerlos en voz alta. No en el campo literario, sino en el científico y el político, surgirán críticas mucho más severas que la nuestra. Entonces podrá desengañarse algún malicioso, si afirma que es exclusivo empeño de la juventud envidiosa poner la sacrílega mano sobre reputaciones creadas.»

Recien fallecido D. Antonio Bachiller y Morales, Mitjans, con la mesura y cortesía que caracterizaban todos sus escritos, pero con firmeza y seriedad, que eran los distintivos de sus opiniones, impugnó el juicio de Montoro y la crítica ratificada de Martí. Y en aquella sazón, que era la más adecuada, no hubo *Gaztelúa* que denunciase el sacrilegio demandado reverencia y benevolencia.

No debo aumentar las citas en demostración de que mientras vivió Bachiller y aun recién fallecido, hubo quienes expresaran opiniones acerca del escritor, las cuales no dejan la mia muy á la zaga. Omito algunas cuya dureza raya en agresión ó en burla de-

sapiadada. Y puro y límpio del feo pecado que *Gaztelúa*, seguramente por desconocer los textos que dejo copiados, me atribuía con sobrada ligereza, he de advertir, reanudando uno de los argumentos de esta sección, que Merchan y Mitjans, en sus juicios sobre Bachiller, aunque en diverso sentido, se refieren al benemérito de las letras y de la patria. Ambos escritores estaban obligados á ello, Merchan por que hacía el estudio del americanista y lo comparaba con otro especialista, su homólogo en algunos aspectos; Mitjans por que impugnaba una oración fúnebre en que se representaba entera la personalidad del elogiado, en tanto que yo, casi es ocioso repetirlo, me circunscribí á escojerlo como argumento en pró de una tésis secundaria, en la pintura de la personalidad de uno de sus discípulos.

Hay otros puntos en la carta de *Gaztelúa* que no me afectan tanto, y algunos de los cuales contienen censuras leves ó lecciones propinadas con piedad cristiana. Es lástima que tan doctas enseñanzas no hayan sido originadas por causa más justa, y, sobre todo, que rezumen la ponzoña de la sátira, lo que quita autoridad y eficacia al consejo. Así y todo, muy agradecido, anoto la lección en el Haber de mis conocimientos, deplorando ignorar, por culpa del pseudónimo, el nombre de tan autorizado maestro.

Hay en la carta de V., Sr. Calcagno, otros puntos que estoy relevado de impugnar, porque no concuerdan, en su carácter de réplica, con las afirmaciones mias que combaten ó presumen combatir. Crea Vd., mi distinguido amigo, que deploro de todas veras esta polémica, que yo no podía rehuir, y crea también que ella no disminuye la afectuosa consideración que siempre ha inspirado Vd. á s. s. y amigo q. s. m. b.

MANUEL DE LA CRUZ.

Habana, enero, 1893.

Nota: Véanse: *Cromitos Cubanos*, pág. 229 á 253, boceto *Francisco Calcagno*; *El País*, números 285, 288 y 296 del año XV, y el *Diccionario Biográfico Cubano*, por Francisco Calcagno.

LA RELIQUIA.

(CONTINUA)

El *Rinchao* llegó de París á fines de Setiembre. En la noche de un domingo, volviendo yo de rezar la novena de San Cayetano, lo encontré en el café de Martino, rodeado de rapaces que le oian, entre grandes algazaras, referir aventuras amorosas que habia realizado en París. Desabrido y triste ocupé un asiento cercano para oir la narración del *Rinchao.* Con su herradura de rubíes en la corbata, colgando el monóculo de un hilo largo y fino, y una rosa amarilla en el pecho, el *Rinchao* no dejaba de causar impresión, viendósele entre las nubes del humo de su tabaco trazar los rasgos de sus prestijiosas aventuras. «Una noche, en el café de la *Paix,* cenando yo con Cora, la Valtesse, y con un rapaz muy *chic,* un príncipe..... ¡Cuanto había visto, cuanto había gozado! Una condesa italiana, parienta del Papa, llamada *Popotte,* lo amó con delirio, lo llevó en su victoria á los Campos Elíseos. Juntos comian en fondas en que la luz salía de sierpes de oro, y los criados, macilentos y graves, le llamaban respetuosamente *Mr. le Comte.* Y luego el *Alcázar,* con los mecheros de gas entre los árboles, Paulina, desnudos los brazos, cantando el *Chorizo de Marsella,* que le revelaba la grandeza y verdad de la civilización.

—¿Viste á Víctor Hugo?—le preguntó un joven de espejuelos negros y que se roía las uñas.

—No, ese no andaba nunca en la ronda *chic*.

Toda aquella semana me atormentó sin cesar la idea de ver á París, idea tentadora y llena de riquísimas promesas. Y entraba por menos el apetito de esos goces del Orgullo y de la Carne de que se hartara el *Rinchao*, que el ansia de abandonar á Lisboa, en donde las iglesias y porterías, el claro río y el claro cielo, solo me traían recuerdos de Adela, del áspero hombre de capa á la española, del beso en la oreja perdido para siempre. Ah! si tití abriese su bolsa de seda verde y me dejase hundir en ella las manos y cojer oro y partir para París!.....

Pero París, para la señora Patrocinio, era una región asquerosa, henchida de mentira y de gula, en que un pueblo sin santos, con las manos tintas en la sangre de sus arzobispos, está perennemente, ya brillen el sol, la luna ó el gas, consumando una *relajación*. ¿Como osaria yo anunciar á tití mi deseo inmoderado de visitar aquel lugar de mácula y de tinieblas morales?

Poco después, reunidos en la mesa del campo de Santa Ana los amigos predilectos, anunciando cada cual sus ambiciones, el Padre Piñeiro reveló la ambición que le devoraba. Era elevada y santa. Quería ver al Papa restaurado en el trono fuerte y fecundo en que había resplandecido León X.

—Si al menos hubiese mas caridad para con él, exclamó tití. Pero el Santísimo Padre, el vicario de Nuestro Señor, en una mazmorra, haraposo, durmiendo sobre pajas..... Eso es cosa de Caifases, de judios!

Luego quiso Casimiro, lleno de risa, conocer cual era la ambición del eminente doctor Margaride. El venerable magistrado confesó que apetecía ser Par del Reino. No por afan de honra ni alarde ú ostentación del uniforme, sino para defender el sagrado principio de autoridad.

—Solo por esto, añadió con energía. Porque deseo, antes de morir, poder dar, si vuestra merced, Doña Patrocinio, me permite la expresión—una bofetada mortal al ateismo y la anarquía.

Todos declararon con fervor que el Dr. Margaride era digno de aquellos empeños y prestigios sociales. El, muy serio, se mostró muy agradecido. Después volvió hacia mí el rostro magestuoso y lívido:

—Y nuestro Theodorico? Aún no nos ha dicho cuál es su ambición.

París brilló en el fondo de mi pensamiento, con sus sierpes de oro, sus condesas primas de Papas, las espumas de su champaña, fascinante, embriagador, adormeciendo todo dolor..... Pero bajé los ojos y dije que solo aspiraba á rezar el rosario, al lado de tití, con provecho y reposo.....

El doctor Margaride insistía. No le parecía un despego de Dios ni una gratitud para con tití, que yo, inteligente, saludable, buen caballero y bachiller, alimentase una honesta codicia.

—Gustaría, exclamé resuelto como el que lanza un dardo, de ir á París.

—Santo Dios! gritó tití horrorizada. Ir á París!

—Para ver las iglesias, tití!

—No es necesario ir tan lejos para ver bonitas iglesias, replicó ella con viveza. En eso de fiestas con órgano, un Santísimo dispuesto con lujo, una procesión rica en la calle, buenas voces, mucho respeto é imágenes que dá gusto el verlas, en eso no hay quien aventaje á los portugueses.

Guardé silencio. El esclarecido Dr. Margaride aplaudió el patriotismo eclesiástico de tití. Ciertamente no era en una república sin Dios en donde debían buscarse las magnificencias del culto.

—No, señora mia, para saborear deleites del culto, cosas grandiosas de nuestra religión, á tener yo tiempo para tanto, no iría, de seguro, á París. ¿Sabe vuestra merced á donde iría, mi señora doña María del Patrocinio?

—Nuestro doctor, interrumpió el Padre Piñeiro, iría derecho á Roma.

—Más alto, padre Piñeiro! Más alto, señora!

Más alto! Ni el buen Padre Piñeiro ni tití caían en la cuenta de que hubiese nada superior á Roma. El Dr. Margaride enarcó entonces solemnemente las cejas, densas y negras como el ébano.

—Iría á la Tierra Santa, Doña Patrocinio! Iría á Palestina! Iría á ver Jerusalem y el Jordán! Querría también estar un momento de pié sodre el Gólgota, como Chateaubriand, con mi sombrero en la mano, meditando, embebido, murmurando: «salve!» Y traería apuntaciones, publicaría impresiones históricas.....Ahí tiene vuestra merced á donde iría.....Iría á Sión!

El lomo asado llegó entonces á la mesa. Por encima de los platos se esparció un recojimiento reverente ante aquella evocación de la tierra sagrada en que padeció el Señor. Ya me parecía que veía allá muy lejos, en Arabia, al cabo de torturadoras

jornadas sobre el lomo de un camello, un montón de ruinas en torno de una cruz; un río siniestro que corre por un lado entre unos olivos, un cielo que se extiende mudo y triste como la bóveda de un sepulcro. Así debía ser Jerusalen.

—Lindo viaje! murmuró pensativo Casimiro.

—Sin contar, murmuró el Padre Piñeiro, como si murmurase una oración, que Nuestro Señor Jesucristo ve con grande aprecio y agradece mucho esas visitas á su Santo Sepulcro.

—El que va allá, dijo Justino, obtine perdón de sus pecados. ¿No es verdad, Piñeiro? Yo leí eso en el *Panorama*. De allá se vuelve limpio de todo.

El Padre Piñeiro, rectificando, dijo que el que iba á Tierra Santa en devota peregrinación, recibía sobre el mármol del Santo Sepulcro, de manos del Patriarca de Jerusalem, y pagando los rituales emolumentos, sus Indulgencias Plenarias.

—No solo para si, según he oido decir, añadió el instruido eclesiástico, sino también para una persona querida de la propia familia, piadosa y que esté absolutamente imposibilitada para hacer el viaje. Pagando en este caso, por supuesto, emolumentos dobles.

—Por ejemplo, ¡exclamó el Dr. Margaride dandóme palmadas en el hombro. Para una buena tía, una tía adorada, una tía que ha sido un ángel, toda virtud y generosidad!.....

—Pero pagando, insistió el Padre Piñeiro, como ya te he dicho, emolumentos dobles. Tití no decía palabra: sus espejuelos se movian del sacerdote al magistrado: parecían iluminados por la claridad de una idea: una ola de sangre le coloreaba el rostro de color de aceituna.

Mas tarde, en mí cuarto, mientras me desnudaba, me sentía triste, infinitamente triste. Nunca tití me dejaría visitar la tierra inmunda de Francia, y quedaría enclaustrado en Lisboa, donde todo me torturaba, donde las calles mas populosas agravaban la soledad de mi corazón, y hasta la pureza del cielo de estío me recordaba la torva perfidia de la que había sido para mi estrella y Reina de la Gracia. Y luego aquel día, tití, á la hora de la comida, me pareció más tiesa, duradera y por largos años, dueña de la bolsa de seda verde, de los predios y *contos* del comendador G. Godinho. ¡Ay de mí! Por cuanto tiempo más tendría que rezar con la odiosa vieja el fastidioso rosario, de besar el pie del Señor de los Pasos, sucio del besuqueo de tanta boca hidalga, de hojear novenas

y de doblar las rodillas delante del cuerpo de un Dios flaco y cubierto de heridas? Oh ¡que vida tan amarga! Y ahora, para consolarme del enfadoso servicio de Jesús, me faltaban los torneados brazos de Adela.....

Por la mañana, ya enjaezada la yegua, calzadas las espuelas, fuí á saber si tití tenía que darme algún pío recado para San Roque, por ser ese su milagroso dia. En el salón destinado á las glorias de San José, tití, al borde del sofá, con el chal del Tonkin caido sobre los hombros, examinaba su gran cuaderno de cuentas, abierto sobre las rodillas. Frente á ella, callado, con las manos cruzadas, Casimiro sonreía á las flores del tapete.

—Venga acá, venga acá, dijo ella, apenas asomé doblando el espinazo. Oiga la novedad! Que vuesa merced es una joya, respetador de los viejos y todo lo merece de Dios y de su señora tía. Lléguese acá, deme un abrazo!

Sonreí lleno de inquietud. Tití enroscaba el cuaderno.

—¡Theodorico! empezó á decir, cruzando los brazos. Theodorico, aquí estaba consultando con el padre Casimiro. Y estoy decidida á que uno de los mios, y que lleve en sus venas sangre de mi sangre, haga por intención mia una peregrinación á Tierra Santa.

—Eh, dichosísimo! murmuró Casimiro.

—Así, prosiguió tití, queda entendido que irás á Jerusalén y á todos los divinos lugares. No me lo agradezcas. Es para gusto mío y para honrar el sepulcro de Jesucristo, ya que yo no puedo ir allá. Como, gracias á Nuestro Señor, no me faltan recursos, harás el viaje con todas las comodidades apetecibles. Para acabar con todas las dudas y por la prisa de agradar á Nuestro Señor, debes partir en este mismo mes..... Ahora vete, que tengo que hablar con el Padre Casimiro. Muy agradecida: no quiero nada para el señor San Roque, ya me he entendido con él.

Pude balbucear: «Muy agradecido, tití; adios, padre Casimiro.« Y salí por el corredor atolondrado.

Ya en mi cuarto corrí al espejo á contemplar, con pasmo, el rostro y las barbas que en breve azotaría el polvo de Jerusalén. Después caí sobre el lecho.

Ir á Jerusalén! ¿Dónde estaba Jerusalén? Abrí el baul en que guardaba mis textos y la ropa vieja: abrí el atlas sobre la cómoda, delante de la imagen de Nuestra Señora del Patrocinio, y empecé á buscar Jerusalén del lado de que viven los infieles, ondu-

lan las caravanas y en que un poco de agua en un pozo es un precioso don del Señor.

Mi errante dedo sentía ya el cansancio de una larga jornada: lo detuve á la orilla tortuosa de un rio que debía ser el devoto Jordán. Era el Danubio. Y de repente surgió el nombre de Jerusalén, negro, en una vasta y blanca soledad, sin otros nombres, sin líneas, toda de arenas, desnuda, cercana al mar. Allí estaba Jerusalén. Dios mio! Qué remoto, qué yermo, qué triste!

Pero entonces dí en pensar que, para llegar á aquel desierto de penitencia, tenía que atravesar regiones risueñas, femeninas, llenas de fiestas. Primero esa bella Andalucía, la tierra de María Santísima, perfumada de flores de naranjo, en donde las mujeres con solo enterrarse dos clavos en los cabellos y terciarse la manta escarlata, amansan el corazón más rebelde. *Bendita sea su gracia!* Después Nápoles y sus calles oscuras, calientes, con retablos de la Virgen y oliendo á mujer como los corredores de un lupanar. Después, un poco mas lejos todavía, Grecia. Desde la clase de Retórica yo lo veía como un bosque sagrado de laureles en que blanqueaban frontones de templos, y, en los lugares de sombra en que arrullaban las palomas, Venus que surje de repente, color de luz y color de rosa, ofreciendo á todo labio, bestial ó divino, la carne de sus pechos inmortales. Venus no vivía ya en Grecia, pero las mujeres allí han conservado el esplendor de su forma y el encanto de su impudor..... Jesús ¡Cuanto iba á disfrutar de la vida! Una claridad iluminó mi alma. Y grité, dando una puñada sobre el Altas que hizo estremecerse á la castísima Señora del Patrocinio con todas las estrellas de su corona:

—Caramba! ¡Como voy á llenarme la panza!

Y recelando que tití, por avaricia de su oro ó desconfianza de mi piedad, renunciase á la idea de esta peregrinación tan rica en promesas de goces, resolví ligarla supernaturalmente, por una orden divina. Fuí al oratorio, me alboroté el cabello, como si me lo hubiese arremolinado un soplo celeste, y corrí al cuarto de tití, con los brazos alzados y temblorosos.

—Tití, estaba ahora en el oratorio, rezando de satisfacción, cuando de repente me pareció oir una voz, la voz de Nuestro Señor, que de lo alto de la cruz, en voz baja, sin moverse, me decía: «Haces bien, Theodorico, haces bien en ir á visitar mi Santo Sepulcro..... Y estoy muy contento de tu tía..... Tu tía es de las mías!.....

Ella juntó las manos en un fogoso transporte de amor:

—Loado sea su santísimo nombre! Dice eso? Ay! bien capaz es de eso, pues Nuestro Señor sabe que te mando allá para honrarlo..... Loado sea otra vez su santísimo nombre. Loado sea en la Tierra y en el Cielo! Anda, hijo, vé, rézale, no te hartes.....!

Y yo corria murmurando un Ave María. Ella corrió á la puerta y en una efusión de simpatía díjome:

—Mira, Theodorico, si te falta ropa blanca. Tal vez necesites mas calzoncillos..... Encárgalos, hijo, que gracias á Nuestra Señora del Rosario tengo medios y quiero que vayas con decencia y te presentes bien en el Sepulcro de Dios..... Hice el encargo y habiendo comprado una *Guía de Oriente* y un casco de lienzo, me informé sobre la ruta más divertida para ir á Jerusalen con Benjamin Sarrosa y Cª, judío sagaz que iba todos los años de turbante á comprar bueyes en Marruecos. Benjamin me marcó con todos sus pormenores, en una hoja de papel, el grandioso itinerario. Me embarcaría en el *Malága*, vapor de la casa Jadley que por Gibraltar, y después por Malta, me llevaría por un mar siempre azul á la vieja tierra de Ejipto. Aquí, en la festiva Alejandría, tomaría un reposo mensual. Después, en el vapor de Levante, que va por la costa religiosa de Siria, llegaría á Jaffa, la de las verdes manzanas; y de Jaffa, siguiendo un camino empedrado, al trote de una yegua mansa, veria, al cabo de un día y de una noche, surgir entre colinas tristes las negras murallas de Jerusalen!

Diablo! Benjamin..... Mucho mar, mucho vapor. ¿Y ni un bocado de España? Mire que quiero refocilarme!

—Rofocílese en Alejandría. Allí hay de todo. Billar, carruaje, música, mujeres..... Todo bueno. Allí es donde debe vuestra merced refocilarse. Ya en la montaña y en la tabaquería de Brito se hablaba de mi santa empresa. Una mañana, encendido de orgullo, leí estas honoríficas lineas en el *Jornal das Novidades*: «En breve irá á visitar Jesuralen y todos los santos lugares en que padeció por nosotros el Redentor, nuestro amigo Theodorico Raposo, sobrino de la Excma. Sra. Patrocinio de las Nieves, opulenta propietaria y modelo de cristianas virtudes. Buen viaje! «Tití, desvanecida, guardó el diario en el oratorio debajo de la peana de San José; yo me relamia de gusto imaginando el despecho de Adela, lectora asídua del *Jornal*, al verme

partir lleno de oro para esas tierras musulmanas en que á cada paso se topa un serrallo, silencioso, profundo, aromando el rosal entre los sicomoros.

La víspera de la partida, en la sala tapizada de damascos, Justino me contemplaba como se contempla una figura histórica.

—Oh! Theodorico! Qué viaje! Lo que se va á hablar de esto! El Padre Piñeiro murmuraba con unción.

—Fué una inspiración del Señor. Y como ha de aprovecharle á su salud!

Y luego quiso saber, muy solícito, si iba provisto de remedios para el caso de un contra tiempo intestinal en esos biblícos descampados.

—Llevo de todo. Benjamín me dió una lista. Linaza, árnica...

El reloj del comedor, con gran pachorra, empezó á gemir las diez y yo tenía que madrugar. El Dr. Margaride, conmovido, empezaba á liarse en el cuello su pañuelo de seda. Entonces, antes de los abrazos, pregunté á mis leales amigos qué deseaban que les trajese de las remotas tierras en que viviera el Señor. El Padre Piñeiro quería una botella de agua del Jordan. Justino (que me había encargado, estando á solas, un paquete de tabaco turco), en presencia de tití, solo deseaba un ramo de olivo del monte de los Olivos. El Dr. Margaride se contentaba con una buena fotografía del sepulcro de Jesús.....

Después de anotar estos pedidos en mi cartera, me volví para tití, risueño, cariñoso, humilde:

—En cuanto á mi, dijo desde el sofá como desde un altar, lo que deseo es que hagas ese viaje con toda devoción, sin dejar de besar piedra, ni perder novena, ni lugar en que rezar el rosario... Además, estimaré mucho que tengas salud.

Iba ya á posar en su mano, deslumbrante de sortijas, un beso de gratitud, cuando ella, rígida y fría, continuó:

Hasta aquí haz sido comedido, no haz faltado á los preceptos ni te haz entregado á relajaciones. Por eso vas á regalarte viendo los olivares en que Nuestro Señor sudó sangre y bebiendo en el Jordan. Pero si yo supiese que en este viaje has tenido malos pensamientos, practicado una relajación, ó andando detrás de sayas, ten por cierto que, apesar de ser la única persona de mi sangre, de haber visitado Jerusalen, de gozar de indulgencias, habrías de ir para la calle, sin un mendrugo, como un perro!

Y luego añadió:

—Ahora quiero decirte para tu gobierno una sola cosa!.....

Todos de pié, reverentes, presentiamos que tití iba á decir la palabra suprema. En el momento de la separación, rodeada de sus sacerdotes y de sus majistrados, de seguro que Dª Patrocinio iba á revelar cual era el secreto motivo que la movía á enviarme, como sobrino y como romero, á la ciudad de Jerusalen. Yo iba á saber, de modo tan indudable como si ella lo hubiese escrito en un pergamino, cual debería ser el mas precioso de mis cuidados, velando ó durmiendo, en las tierras del Evangelio!

—Si crees, dijo, que algo merezco por lo que he hecho por tí desde que murió tu madre, ya educándote, ya vistiéndote, ya regalándote yegua para que paseases, ya cuidando por tu alma, entonces tráeme de esos santos lugares una santa reliquia, una reliquia milagrosa que yo guarde, que me acompañe en mis aflicciones y que cure mis dolencias.

Y por vez primera, después de cincuenta años de aridez, una lágrima corrió por el rostro de tití, escapada de debajo de sus espejuelos ahumados.

El Dr. Margaride, arrebatado, exclamó:

—Theodorico, qué amor le profesa tití! Rebusque en esas ruinas, escudriñe en esos sepulcros! Traiga una reliquia á tití!

Yo, exaltado, repuse:

—Tití, palabra de Raposo que he de traerle famosísima reliquia!

Por la sala de los damascos se esparció, ruidosa, la emoción de nuestros corazones.

Muy quedo, en la mañana del domingo 6 de Septiembre y dia de Santa Libania, fuí á llamar, con tiento, á la puerta del cuarto de tití, dormida aún en su castísimo lecho. Por sobre la alfombra oía el ruido apagado de sus chinelas. Entreabrió púdicamente la puerta y, seguramente en camisa, me extendió, á través de la hendidura, su mano descarnada, lívida, oliente á rapé. Me dieron ganas de morderla y puse en ella un beso lleno de baba. Tití murmuró:

—Adios, Theodorico.... Dí muchas memorias al Señor.

Descendí la escalera, cubierto con el casco de lienzo y llevando la *Guía de Oriente* debajo del brazo. Atrás quedaba Vicenta sollozando.

Mi maleta nueva de cuero y mi repleto saco de lona, llenaban el coupé de *Pingallo*. Todavía algunas golondrinas rezagadas

cantaban por los aleros de los tejados; las campanas de la capilla de Santa Ana llamaban á misa. Y un rayo de sol, venido á mi encuentro desde Palestina, me bañó la faz, cariñoso y risueño, como una caricia del Señor.

Cerré la portezuela, me estiré y grité:

—Arrea, *Pingallo!*

Y, romero satisfecho, desvaneciendo la brisa el humo de mi cigarro, salí de junto al portón de la casa de mi tía, en ruta para Jerusalen!

EÇA DE QUEIROZ.

(Continuará.)

CRONICA POLITICA

La duda que exponíamos en nuestro *Crónica* anterior, se ha dísipado. La Junta Central del Partido Autonomista, por gran mayoría, ha resuelto acudir á los comicios, estimando que la rebaja del censo electoral operada por el nuevo Ministerio español imponía á los liberales cubanos el deber de abandonar su actitud abstencionista. A lo que se dice, este acuerdo no fué tomado sin detenido examen y levantada discusión. Los autonomistas que pertenecen á la Junta Central, parece que convinieron en que no era posible que el partido continuase perpetuamente en ese retraimiento indeciso é indefinido que se llamó la abstención; y que era necesario, por lo tanto, volver á los comicios ó disolverse. Esta última solución pareció demasiado grave ó muy prematura á los respetables Jefes del liberalismo; y de ahí que se decidiesen en el sentido que lo ha hecho la mayoría.

No es posible desconocer que han estado dentro de la verdad y la cordura políticas los que plantearon el dilema de la disolución ó la lucha en las elecciones para representantes en Cortes. Por brillantes que hayan sido los arguentos con los cuales se defendía el híbrido sistema de la abstención, no era muy lógico sostener que se podía tomar parte en las elecciones municipales y provinciales, con un sufragio municipal y provincial diferente al que rige en la Metrópoli, y no se podía aceptar la contienda electoral para enviar representantes al Congreso y al Senado, porque la ley electoral para Diputados á Cortes era distinta en Cuba y en España. O había que resignarse á aceptar la diversidad de leyes en todo género de elecciones, ó que repudiar en todo la diferen-

cia. Ahora bien; dentro del régimen representativo, no se comprende un partido legal que sistemáticamente deje de acudir á los comicios. Un Partido así resulta á la larga perturbador, contrario á las exigencias y necesidades del régimen á cuya sombra vive, ineficaz para la salvaguardia de los intereses cuya defensa asume, y lo único correcto que puede hacer es desaparecer. El dilema: «disolución ó vuelta á los comicios,» se imponía, pues, por altísimas consideraciones de moralidad y de buena fe políticas; y hay que felicitar á los que con entereza lo plantearon en el seno de la Junta Central.

¿Pero se hizo buena elección entre los dos cuernos del dilema?... —Ya esto es más discutible—A juzgar por el lenguaje de la prensa autonomista, no están muy entusiasmados los liberales con el acuerdo tomado. Nadie puede negarle al Partido Autonomista la virtud de la disciplina. Así es que todos los correligionarios acatan la resolución da la Junta Central, todos se inclinan ante el solemne mandato; pero, á la vez, todos aprovechan la ocasión para censurar al Gobierno y á los conservadores, que no han sabido ó querido llegar, en punto á la reforma electoral, hasta donde lo exigían de consuno la justicia y los propios intereses de le política constitncional que aquí dicen observar y seguir. La desigualdad subsiste. El censo de los cinco duros continúa asegurando en Cuba, el triunfo electoral de los menos contra los más. Con él, como con el anterior, se garantiza la victoria á los conservadores, de cuyo predominio parece preocuparse exclusivamente el Gobierno metropolitano. Esto lo vé, lo dice y lo combate la prensa autonomista, señalando con viveza las disposiciones habilidosas del sistema que para elegir los diputados á Cortes, acaba de implantar en Cuba el Gabinete que preside D. Práxedes Mateo Sagasta.

Lo más significativo en esta ocurrencia, no es el lenguaje de la prensa autonomista, sino el de los Jefes del Partido. Celebróse en la noche del 13 de este mes un concurrido *Meeting*, para solemnizar la vuelta á los comicios de la agrupación liberal. Hablaron en esa reunión algunos de los más reputados oradores del partido: el Sr. Giberga, el Sr. Fernández de Castro y el Sr. Montoro. La impresión de cuantos escucharon ó leyeron los discursos pronunciados, es unánime al apreciar el poco entusiasmo, la escasa fé con que van á luchar de nuevo los autonomistas. La única razón de algún peso que se dió esa noche, para justificar el

acuerdo que pone término á la abstención, es la de que la actual legalidad necesita para subsistir del concurso de dos partidos, uno conservador y otro liberal. Si los liberales desapaaecieran como agrupación organizada, la legalidad vigente quedaría herida de muerte. Esa es una verdad y un dato innegable, que en buena lógica debía preocupar más á los que se benefician de la existencia de esa legalidad que á los que procuran su desaparición, ya destruyéndola del todo, por medios violentos, ya transformándola, según el método evolucionista. Fuera de esa única razón, que no sabemos hasta qué punto cuadra en labios de los que tantos desdenes y vejámenes reciben del orden legal existente, no hubo en los discursos de Tacón ni un sólo argumento de valor, que viniera á explicar ó justificar de un modo concluyente la resolución de la Junta Central. El Sr. Fernández de Castro, por ejemplo, que ha sido Diputado y volvorá á serlo, obtuvo muchos aplausos en todo el curso de su peroración, que resultó muy elocuente. Pero el Sr. Fernández de Castro habló esa noche mejor que nunca, y el público le aplaudió como nunca, precisamente porque su discurso, bien mirado todo, era, en su espíritu pesimista y desalentador, desde la cruz á la fecha, más propio para predicar el retraimiento que para disponer en favor de la lucha electoral.

Había hablado antes que él, el Sr. Giberga, que celebró regocijado lo que estimaba como la fiesta de la resurrección del partido. El Sr. Fernández de Castro empezó declarando que sólo por el «imperioso deber de disciplina» que obliga al «hombre de partido» á «obedecer sin discusión las órdenes superiores,» se hacía el cargo de que asistía á un festejo, «cuando personalmente, con el alma inundada de hondas tristezas, lleno de desencantos y de profundos desalientos» parecíale concurrir, «como parte de acongojado cortejo, á una visita de pésame». Después de este exordio que no tenía nada de alentador, después de manifestar «dudas,» «perplejidades» y «vacilaciones,» porque, como acababa de decirlo el Sr. Giberga aún no sabían los autonomistas si serían «de nuevo engañados» el Sr. Fernández de Castro pasó á defender el acuerdo de la Junta Central, en una forma tan original y curiosa, que vamos á transcribir algunos de sus conceptos.

«Creo—decía el orador autonomista—que no son los más eficaces esos medios que vamos á volver á emplear para alcanzar el logro de nuestras aspiraciones. Quizás el restablecimiento de la normalidad política acerque el triunfo de nuestros ideales, porque es-

tablecido de nuevo el falso equilibrio, fundado aquí después de la paz del Zanjón, volverán las cosas á seguir como iban antes de nuestro retraimiento, sirviendo nuestra actitud de resignados para que el gobierno continúe tranquilamente en su dulce inacción' viviendo al día, sin preocuparse de lo porvenir y sin más pensamiento político respecto de nosotros, sin más sistema de gobierno que el de conservar dividida á esta población, á fin de apoyarse en unos para dominar á otros, y poder así, mansamente, explotar á todos. Entendía yo que en la situación general creada en nuesrta política local, después del retraimiento, lo más conveniente á nuestra causa, tal vez hubiera sido romper nuestras plumas y sellar nuestros labios, entregando nuestro pequeño mundo político á las disputas de los conservadores; y parecíame muy práctico y útil crear conflictos en vez de evitarlos, dificultar el camino en vez de suavizarlo, despertar inquietudes en vez de calmarlas, aumentar el desconcierto en vez de disminuirlo, siquiera fuese, para no dejar gozar en calma los despojos al despiadado vencedor y para impedir en cierto modo la digestión de los que nos comen; todo ello merced á un procedimiento que permitiera, sin salirnos de la legalidad, extremar el mal, á ver si de su exceso salía el bien, esperando que de la crísis de la enfermedad resultase la mejoría del enfermo, y que el tiempo, agente universal de todas las cosas, auxiliado por las torpezas de nuestros Ministros de Ultramar, agentes eficasísimos de nuestra propaganda, se encargase de demostrar á todas nuestras gentes que lo única solución nacional que tienen los problemas políticos, económicos y sociales aquí planteados, es la autonomía. Mientras tanto, en calidad de espectadores, podríamos contestar satisfechos al que nos preguntase en las calles: —¿Qué hay de bueno?—Hombre, lo único que hay de bueno es lo malo que esto se vá poniendo.»

Estas declaraciones fueron acogidas con grandes risas y ruidosos aplausos; que hicieron comprender al Sr Fernández de Castro todo el alcance de sus palabras. Por eso procuró atenuarlas, indicando que ya había variado de parecer, y hacía suyas las manifestaciones del Sr: Giberga, y reproducía en apoyo de su pensamiento cuanto se decía en el Manifiesto dado á luz recientemente por la Directiva Autonomista. Conviene hacer notar esta anomalía: cada vez que hay que censurar el régimen existente, el Sr. Fernández de Castro aparece rico de ideas, abundante de palabras; pero tan pronto como la disciplina le impone el deber de defender

una solución acomodaticia, parece que se le agota la elocuencia y se le embota el cerebro, así es que se limita á decir «hago mías las manifestaciones del Sr. Giberga—el orador optimista—y reproduzco lo contenido en el Manifiesto al país, que ha publicado mi partido.» Y es que, á decir verdad, el Sr. Fernández de Castro no tiene fé ninguna en la campaña á que está convidando á los suyos. Oigase, en efecto, de que modo define lo que vá á pasar con la vuelta de los liberales á los comicios:

«Continuaremos, dice á sus correligionarios, formando la fila de comparsas en el sainete gubernamental; seguiremes siendo los puntos criollos (porque no todos hemos de ser «puntos filipinos») en ese burdo juego en el cual siempre gana el que talla y nunca pierde el que apunta; serviremos de piedra de toque á nuestros adversarios, para que al contrastar sus fuerzas con las nuestras, se reorganicen y se unan; allanaremos al Gobierno el camino suave y plácido de su cómoda existencia; acondicionaremos de nuevo la legalidad, para que siga la paz en Varsovia; pero no nos importe nada de ésto: vamos á demostrar que poseemos una disciplina vigorosa, que es la primera cualidad de los partidss robustos, como es también la primera virtud de los verdaderos hombres de Gobierno; y tened la seguridad de que con un nuevo esfuerzo, con un pequeño sacrificio, mucho menor sin duda que los anteriores, vamos á alcanzar pronto el mejor de todos los triunfos posibles; no el de ganar las elecciones, porque ya sabemos que éstas las tenemos perdidas, sino el de acabar de convencer á todo el mundo de la necesidad en que estamos de resolver por nuestro propio esfuerzo, sin auxilio de nadie, los problemas planteados en el seno de esta sociedad, y que de Madrid, por ahora, no vendrían soluciones, sino presupuestos absurdos, con toda su cohorte de contribuciones y recargos; y por de pronto, muchos empleados, unos con ineptitudes de novicios, otros con ansiedades de cesantes y todos con ambiciones de aventureros.»

Precisa convenir en que con razonamientos de esta índole no se lleva un ejército à la batalla. No se comprende que los jefes digan á los soldados: «Vamos á emprender una operación tan inútil como innecesaria, y á cuyo final nos espera inevitable fracaso. Pero vamos á ese combate para probar á nuestros adversarios que somos una hueste disciplinada.» Ese lenguaje hace honor, en efecto, á la disciplina de los soldados, que van á la derrota á sabiendas, por obedecer á sus jefes; pero no recomienda tanto

á estos últimos, porque los jefes tienen la obligación de llevar á sus tropas á la victoria, y cuando ven que esta es imposible, su deber consiste en maniobrar con habilidad y prudencia, para evitar los fracasos evidentes, en vez de correr á ellos.

Estas reflexiones que, brotan del estudio del discurso más importante pronunciado en el último *meeting* autonomista, no tienen otro objeto que el de explicar la indiferencia conque miran los elementos cubanos los preparativos electorales que en estos días se están haciendo. Pelean sin confianza y sin esperanza. Las viejas paácticas ilegales se reproducen. El Censo no es una verdad en parte alguna: en él figuran multitud de amigos muertos y y no aparecen infinidad de adversarios vivos y con derecho á votar. Las Comisiones inspectoras forman á su antojo las listas, y no se abstienen de cometer ningun atropello. Así es como se hace la educación de este pueblo, cuyas costumbres políticas se pervierten de día en día. Todo eso lo vemos los adversarios del sistema imperante, y lo ven también—¿por qué no decirlo?—los que defienden la política del legalismo á *outrance*. La única diferencia entre nosotros estriba en que estos pasan por todo, y nosotros pensamos que hay un límite del que no se puede pasar sin poner en peligro la dignidad del país y estorbar el cumplimiento de su destino. En el fondo, no hay ningun radical que apoye su radicalismo en la existencia de hechos más graves que los señalados por el Sr. Fernández de Castro; pero en tanto que éste se resigna á respetar y servir todavia un sistema que produce los funestos frutos por su elocuente palabra señalados y flagelados, los radicales entienden que á un régimen semejante no se le debe prestar amparo directo ni indirecto, síno combatirlo á sangre y fuego. Un alivio temporal, más aparente que efectivo, no es una solución recomendable para los problemas cubanos. Si,—como dice el orador de Tacón,—de Madrid no han de venirnos más que presupuestos absurdos, con su cohorte de contribuciones, y muchos empleados ineptos, codiciosos y aventureros; si solo por nuestro esfuerzo propio se han de resolver nuestros problemas ¿á qué volver la vista á Madrid y mandar diputados á su Congreso? ¿No sería mejor ir enderezando por otro camino las aspiraciones del país, y preparar las huestes liberales para empeños más eficaces, útiles y patrióticos?.....

Esto es lo que debieran tener presente los compatriotas nuestros que dirigen el Partido liberal. La fuerza de las cosas, los

errores sistemáticos del Gobierno, los intereses que en la Metrópoli son contrapuestos á los nuestros, crean aquí circunstancias que obligan á los directores del autonomismo á verter conceptos, á propagar principios, á sostener teorías que se encuentran en radical contradicción con su tendencia á robustecer la legalidad existente. El país que oye esas doctrinas, y las aplaude, difícilmente encuentra luego calor y entusiasmo para acudir á los comicios y votar diputados que lleven á las Cortes la misión de pedir leyes destinadas á dar mayor vida á la dominación metropolitana. Bien mirado todo, los autonomistas no debieran hablar como lo hizo el Sr. Fernández de Castro en Tacón, si quieren que sus correligionarios continúen siendo autonomistas españoles..... Pero—¡ah!—no hay que censurar á los que dicen la verdad, aunque solo acierten con intermitencias á decirla en la vida pública. ¿Qué le hemos de hacer unos y otros, si la desatentada política española no crea en las Colonias más que irritación y cólera?..... Está bien que los sentimientos se expresen tal como se experimentan, aunque después los actos, por compromisos de partidos ó debilidades del carácter, no respondan á las declaraciones formuladas.

Después de todo, los políticos de la Metrópoli solo oyen á los que hablan en tono rudo. Allí está, para demostrarlo, la mansa Isla de Puerto Rico, que acaba de ser víctima de una injusticia mayor, si cabe, que la que á nosotros se hace. Mientras que á Cuba se traía el censo de los cinco pesos, á Puerto Rico se le impuso el de diez. De nada sirvieron las advertencias. Se contaba con la mansedumbre de los puertorriqueños, y se llevó á cabo el agravio. Pero en la Pequeña Antilla el espíritu público se ha ido robusteciendo en estos últimos años; así es que esta vez la afrenta ha caido sobre un pueblo dispuesto á protestar, cuando menos. La protesta se ha formulado, los liberales puertorriqueños han manifestado que no irán á las urnas; y según los telegramas de Madrid, los políticos de la Corte son tan imprevisores, que les ha sosprendido la actitud de ese pueblo, que creían poder mantener parb siempre en la humillación.

El clamor de los autonomisias puertorriqueños, su grito de indignación, harán más efecto en Madrid que sus súplicas. En primer lugar, porque la razón con que protestan es más diáfana que la luz del día, y después, porque en España siempre se ha despreciado á los timoratos y hecho caso á los enérgicos. Los mismos puertorriqueños han acabado por darse cuenta de ello, á juz-

gar por el vigoroso artículo que publicó *La Democracia* de Ponce, abogando por el retraimiento. Ese escrito, que se tituta *El insulto*, contiene párrafos tan elocuentes que vamos á transcribirlos.

«Ahí está, desnudo y escueto, dice, como si lo lanzara á nuestro rostro el más traidor de nuestros enemigos. No es hora de acudir á la discusión serena: es hora de protestar con la energía de un pueblo á quien se ultraja.—Ni vale medir las probabilidades del triunfo.—Si esa cuota nos lo diera, lo despreciaríamos por indecoroso y por cobarde.—Así se paga nuestra fidelidad de cuatro centurias; así se responde á nuestra mansedumbre; así se provoca nuestra ira.—A Cuba, que derramó á torrentes en sus campos sangre de españoles, la cuota de cinco pesos.—Porque Cuba puede lanzar al bosque virgen sus bravos macheteros; porque Cuba puede brindarse á la unión norte-americana.—A Puerto Rico, que jamás desmintió su afecto hacia la patria, la cuota de diez duros. —Porque Puerto Rico no tiene efemérides sangrientas; porque Puerto Rico no desplegó nunca el estandarte de la rebeldía.— ¡Qué sarcasmo!—A los cubanos, que piden con el trabuco en la diestra, se les arroja un mendrugo de justicia.—A los puerto-riqueños, que acuden á la súplica en vez de acudir á la manigua, se les deprime y se les abofetea.—Y todo para complacer á una docena de cuneros que representan á un cacique rústico é ignorante.—En presencia de la inferioridad inícua á que se nos rebaja, nosotros levantamos nuestra altivez á la altura del orgullo español, y decimos al gobierno que firma ese decreto absurdo:—«Eso no sirve para hombres que conservan la idea del honor y del deber. Tómalo: ahí va envuelto en el andrajo de nuestro desprecio.»—Parece mentira.—En la España peninsular existe el sufragio amplísimo. Todo español, pague ó no pague contribución, sepa ó no sepa leer, emitirá su voto é influrá de tal guisa en los asuntos nacionales.—En Cuba será preciso contribuir con cinco duros al tesoro: quizá de esta suerte abandonen su retraimiento los autonomistas.—¡Y en Puerto Rico se señala la cuota de diez pesos!—De modo que ya no somos súbditos de segunda sino de tercera clase, y en la familia ibérica, á nosotros, los mansos, los pacíficos, los fieles, se nos considera como á un montón de basura, que se aparta con el pié cuando estorba ó mortifica.—Nunca, ni en los angustiosos dias de más hondo pesimismo, llegamos á temer un vejamen tan rudo.....

¿Qué hicimos para merecer esta burla tremenda?—¿A qué se

debe una humillación tan ruin y torpe?—¿Está el Sr. León y Castillo repitiendo al Sr. Sagasta que todavía *puede hacerse aquí todo impunemente?*—¿En esa forma inicia sus tareas *democráticas* el ministerio fusionista?—Se nos arroja fuera de la legalidad; se nos ofende con una preterición insana; se nos reduce á un servilismo infame.—Y ni aún aconsejamos que se envíen súplicas telegráficas á Madrid; súplicas que resultarían inútiles y que nos llenarían de rubor en estos días de luto.—Nos sobran bríos para rechazar el agravio con el agravio y para responder al golpe con el golpe. —Los pequeños, los humildes, los débiles, si cuentan con la salvaguardia de su carácter, jamás ván solos por la tierra.—Los insultos no se discuten y nosotros no discutimos.—Es necesario mantener el retraimiento y llegar, si el decoro lo exige, á la disolución.—No caben términos medios.—Si un sólo liberal acude á los comicios electorales después de este desafío que se nos lanza, es que ese liberal besa la mano que le flajela.—Ss un sólo patriota deposita en las urnas su voto, es que ese patriota transige con la deshonra de la patria.—La Delegación cumplirá sus altas y difíciles obligaciones reivindicando para el país el respeto que se merece. La Delegación persistirá en un retraimiento, que es la resistencia obstinada, cueste lo que cueste y signifique lo que signifique. Pero si ocurriere lo que no nos atreemvos á imaginar; si la Delegación aconsejase la lucha en circuntancias que nos envilecen y nos denigran, nosotros, que antes que españoles, antes que autonomistas, antes que liberales somos puertorriqueños con honor y con vergüenza, nos separaríamos en absoluto y para siempre de un partido capaz de suscribir su eterna é iraemediable esclavitud.»

Para fortuna, de la Delegación Autonomista de Puerto Rico no habido vacilación de ningún género: el retraimiento ha sido acordado y ningún puertorriqueño irá á las urnas en estas elecciones. Es posible que la actitud decidida de nuestros hermanos borinquenses influya mucho en las ulteriores determinaciones del Gobierno. Es posible que en lo futuro se modifique la Ley electoral en forma más decorosas pare ellos. Pero esa misma posibilidad resulta un argumento contrario á la política de compo nendas, que en España se confunde con la política de las debili dadvo y capitulaciones. Cuanto hemos conseguido, lo debemo en gran parte á la Revolución. El recuerdo de que luchamos dus rante diez años, y el recelo de que, aún los más mansos, todavía pudieran, si los desesperaran, volver á la lucha, influye no poco en

las reformas regateadas y mezquinas que aquí han ido viniendo. Puerto Rico no luchó cuando nosotros; y por eso, no solo se le arrebataron en 1878 sus libertades, tan pronto como depusimos las armas y se dejó de temer que á nosotros se uniera, sino que ahora se le trata peor que á nosotros, si cabe. No lo olvidemos, ni los de la Pequeña ni los de la Grande Antilla. El Sr. Fernández de Castro,—autoridad en la materia, puesto que procede de los que esperaban,—ya lo ha dicho: tenemos que salvarnos por nuestros propios esfuerzos, porque de Madrid poco hemos de recibir. Demos, pues, robustez á la conciencia antillana; acostumbrémonos á mirar cada dia menos hacia la vieja Europa, que representa para nosotros el pasado, y preparémonos para cumplir nuestro destino de pueblos americanos que somos, á despecho de todos los accidentes de la historia, que se quiebran ante los inflexibles mandatos de la naturaleza, maravillosamente secundada en el caso de Cuba y Puerto Rico por las insignes torpezas de los gobiernos que los rigen.

JUAN GUALBERTO GOMEZ.

Enero 31 de 1893.

LIBROS RECIBIDOS

A la bondad de sus autores ó editores debemos estas obras recientemente publicadas:

DR. GONZALO AROSTIGUI.—Consideraciones sobre el cólera.—Habana.

RAIMUNDO CABRERA.—Mis buenos tiempos.—3ª ed. ricamente ilustrada.—Filadelfia.

ANTONIO DEL MONTE Y TEJADA.—Historia de Santo Domingo. Tomos 1º y 2º—Santo Domingo.

JUAN VILARO DIAZ.—Elementos de Botánica.—Habana.

CORNELIUS PRICE.—Pour l'Amour des Vers.—París.

J. PALAU BALLESTERO.—Carlos Tomassi.—Madrid.

LEOPOLDO C. LEVY.—Gramática Infantil.—Habana.

NICOLAS HEREDIA.—Puntos de vista.—Habana.

SALVADOR RUEDA.—En Tropel.—Madrid.

DR. JOSE A. GONZALEZ LANUZA.—La ley de Lynch en los Estados Unidos.—Habana.

MANUEL SANGUILY.—El descubrimiento de América.—Habana.

MANUEL DE LA CRUZ.—Cromitos Cubanos.—Habana.

CLIMACO CALDERON.—El curso forzoso en los Estados Unidos.—New-York.

JOSE A. RODRIGUEZ GARCIA.—De los requisitos previos para contraer matrimonio.—Habana.

DR. LOPEZ VILLALONGA.—Apuntes de Terapéutica Hipnótico-sugestiva.—Habana.

MANUEL FROILAN CUERVO.—La Ley de Lynch.—Habana.

LA SOCIEDAD ECONOMICA

PRIMER CENTENARIO

Resistir en Cuba durante un siglo las asechanzas de todo género que perturban todas las dependencias entre nosotros; conservar el recuerdo y honrar la memoria de los benefactores que, en tan largo período de tiempo, han dotado al país de los grandes adelantos de la educación, las ciencias morales y políticas, la agricultura, la industria y el comercio; guardar en ese largo transcurso de años la tradición de los hombres beneméritos que lo fundaron, enalteciendo sus nombres con tan nobles títulos; esa es, en síntesis, la historia del Cuerpo Patriótico. Reseñar todos los esfuerzos de nuestros hombres, marcando de paso las dotes de algunos caracterizados y excepcionales gobernantes, y mostrar en cada página y en cada palabra con noble acento y entusiasmo merecido, el sedimento que aquellas generaciones han ido dejando en su tarea noble, secular y patriótica; desentrañar casi sin auxiliares de aquel montón de memorias, informes, reglamentos y mociones la parte en que se distinguieron los amigos; destacar de estos los que más se señalaron, que forman una verdadera constelación de hombres ilustres en el país; escudriñar el sentido íntimo de esa ímproba y misteriosa labor, no siempre conocida y apreciada, y llevar al convencimiento de todos los oyentes y de los numerosos lectores de mañana la seguridad de que estábamos enfrente del cuerpo más docto, ilustrado, sagaz y patriótico del país, esta fué la tarea que de sus prolongados estudios había deducido el señor

Montoro; ésta la convicción que supo trasmitirnos en todos los períodos de su elocuentísima y diserta peroración.

Yo he asistido día por día á la composición del luminoso trabajo, que honra al cuerpo patriótico, á los socios que se lo encomendaron al Sr. Montoro, conocedores de sus dotes de sinceridad y honradez, y al propio Sr. Montoro; yo he visto trazar el plan, después de maduro estudio; he visto colocar los primeros sillares; he leído las primeras cuartillas; y por último, al igual que los demás del Cuerpo Patriótico, he apreciado la severidad del conjunto y la verdad históríca en todos sus detalles. He visto cómo se destacaba ese cuerpo, que como los demás de su clase, y según frase de Jovellanos, es «dechado de instituciones políticas,» y á la especulación de la cual «están sometidos todos los objetos del provecho común.» Yo he podido apreciar cuánto ha trabajado en la agricultura, industria, economía política, fomento, «hermosura del pueblo,» ú ornato público como ahora se dice, instrucción, etc. etc. He visto que una de las páginas más gloriosas, por su significación tradicional y alcance humanitario la tiene esculpida en mármol blanco, la abolición de la trata, la abolición de la esclavitud. Nada ha escapado á la investigación y al celo de los *amigos* beneméritos; y como aquellos que en la correspondiente madrileña, difundían la agricultura, como Deza; la acusación de la vagancia, como Pérez Herrera, etc.; admiramos nosotros al virtuosísimo Varela; al esclarecido Arango y Parreño, «modelo de estadistas coloniales;» á Espada, que tanto bien dispensó á los cubanos, identificándose de tal manera con el país, que su biografía está incorporada en la historia de Cuba; á Luz, varón santo y sabio, uno de los hombres que podrán servir de ejemplo en ésta y en cualquiera otra sociedad; al Intendente Ramírez, de tan grata recordación, que no puede pronunciarse su nombre sin respeto; al General Las Casas, su primer presidente, hombre lleno de nobles y progresivas ideas; al General Mahy; al Conde de Pozos Dulces, que tiene su historia escrita en *El Siglo*, y en los adelantos de la agricultura; á Gaspar Betancourt Cisneros, el *Lugareño*, hombre de tan alta inteligencia y espíritu político tan levantado, que vivirá en la posteridad cubana, para ejemplo de todos los que se interesen por el bien público; su historia la pregonan diariamente las locomoras que anuncian el progreso en la desolada, noble y amada comarca camagüeyana. Omito muchos ilustres; pero no podía ce-

rrar esta rápida enumeración sin consignar los nombres de sus últimos directores Sres. Gálvez, Bruzón y Jorrín; del último de los cuales por sus espléndidas donaciones del año 1863, hizo un merecido elogio el Sr. Montoro. La Sociedad ha tenido precursores, el padre Caballero, Arango y Parreño; apóstoles, Luz, Varela; mártires, Martínez Serrano. Y sus tareas todas han sido ennoblecidas por las virtudes cívicas de los amigos.

Mucho esfuerzo y muchos trabajos se pierden en Cuba; pero toda Cuba no está ociosa; porque al lado de la falange que ve discurrir las horas entregada á triste y censurable inacción; al lado de esos cubanos que pierden el tiempo en estéril misantropía; existe otra Cuba, llena de fe y robustez y virtudes cívicas, celosa de su nombre, del porvenir de sus hijos, de la constitución próspera del país, del incremento de la riqueza, de la era de las soluciones de la justicia, la dignidad, el decoro, soluciones de autónoma dependencia, de ennoblecimiento del ciudadano; y esa está siempre dispuesta al trabajo y al ejemplo; esa confía cada vez más en sus destinos; esa, por último, tiene como emblema, la familia y la patria, la sociedad culta y digna; el gobierno y las autoridades justas; honrado y virtuoso el clero. Nobles, en una palabra, todas las clases sociales, especialmente las clases directoras, para seguridad del porvenir. Los pueblos dignos se constituyen por el ejemplo y la imitación, y cimentan y acrecientan su prestigio por larga herencia de virtudes cívicas y privadas.

*
* *

La historia de las Sociedades Económicas ó Cuerpos Patrióticos, como antiguamente se llamaban, honra al reinado del Monarca reformador Carlos III, aplaudido por historiador tan meticuloso y veraz como Buckle, que jamás escatimó sus censuras á todos los órdenes de la administración peninsular. El objeto y plan de los Cuerpos Patrióticos, determinados fueron con sabia precisión por Campomanes, y el célebre Marqués de la Ensenada, en tiempo de Felipe V, recomendaba ya su creación. En la Memoria refiere como magnífico modelo que todas las demás habían de imitar en aquella época, la Económica de Madrid.

Dice así la Memoria en párrafo elocuente: «La Real Sociedad Económica de Amigos del País de la Habana, puede celebrar gozosamente el centésimo aniversario de su constitución. En un tiempo y en una Sociedad en que todo parece condenado á vida efímera y trabajosa; á través de vicisitudes y escombros que no han dejado en pos sino ruinas informes y melancólicas, en medio de una transformación penosa y larga que no presenta á los ojos del observador sino bocetos que se borran con mano ligera ó sañuda antes de que puedan convertirse sus trazos inseguros en fijos y duraderos contornos, el Cuerpo Patriótico es acaso la única institución pública y militante en que palpita el espíritu de la antigua sociedad cubana en íntima comunión con las necesidades del tiempo nuevo.» Esta obra duradera y eficaz en sus consecuencias, que ha resistido durante cien años ataques distintos, presidida hoy por un hombre ilustre y de pasada generación, el Sr. Jorrín, que conoció y fué compañero y amigo y émulo de muchos de los que han servido al país desde ese modesto sitio, y que sabe inspirarse en el espíritu tradicional de la casa y de sus fundadores y primeros sostenedores, fué inaugurada el 9 de Enero de 1793 (ya entonces existía una análoga en Santiago de Cuba) por 27 habaneros, vecinos de arraigo de la ciudad de la Habana, (1) cuyos nombres se conservan en la memoria de todos los socios; nombres de inolvidables fundadores, decía, «cuyas efigies conserva el arte en nuestra galería para edificación de los que quieran imitarlos, mostrándoles el testimonio alentador de que no soñaron audaz y locamente al pensar que bajo los auspicios del Cuerpo Patriótico lograrían desenvolver el espíritu propio de este pueblo con individualidad bastante para alcanzar en más ó menos tiempo la plenitud de los destinos históricos, previstos por hombres dignos de presentirlos y prepararlos.» En esa época prevenían los Estatutos, aprobados por el Gobierno que el cargo de Director recayera en persona «de instrucción, afabilidad y fervor por sus adelantamientos y desempeño de sus cargos;» época ha habido en que ese puesto no ha sido desempeñado con tanto acierto como lo preceptuaba el Reglamento, un verdadero paréntesis en la marcha de tan noble institución.

(1) En nombre de esos veintisiete fueron D. Francisco Joseph Bassave, el conde de casa Montalvo, D. Juan Mannel O'Farrill, D. Luis Peñalver y Cárdenas.

Una de las páginas más gloriosas de la Sociedad es la que tiene escrita en la abolición de la trata, en la abolición de la esclavitud, y es bien que conste y se diga y se repita, que en los grandes empeños los cubanos han tenido siempre en cuenta la desaparición de la esclavitud. En manifestaciones públicas, son conocidas ya sus opiniones desde el año 1794 y 1799, en que pedían la inmigración blanca y por familias. En 1822 el Padre Varela redactó un informe, y en la Memoria dice: «Me atrevo á asegurar que la voluntad del pueblo de la Habana es que no haya esclavos», (1) y en otro pasaje: «los habitantes de la Habana miran con horror la esclavitud de los africanos.» En cartas á Fernando VII,—un buen gobernante para los cubanos, aunque á muchos parezca anacrónico—califica Arango y Parreño de *asqueroso*—es la palabra que imprimió—dicho tráfico, á pesar de la actitud que en 1811 asumió por razones de Estado contra las mociones de Argüelles y Alcocer; el inolvidable *Lugareño* el año 32, en el que hubo movimiento abolicionista rechaza el tráfico y aboga por la colonización blanca, que es también dogma de la sociedad y criterio expuesto por los hombres de ciencia modernos, inmigración blanca por familias y del mediodía. Con tenacidad ha luchado el Cuerpo Patriótico por esas ideas: los que las han sostenido fueron amigos del país, y hasta el historiador más notable de la nefanda institución, fué Saco, uno de los hombres preeminentes de nuestro país, incansable sostenedor de la Sociedad. A Martínez Serrano, le costó la prisión, y á poco la muerte, la defensa de los buenos principios en un informe memorable. (2) El incidente del Consul Inglés, Mr. Turnbull, abolicionista convencido, es relatado en la Memoria con gran minuciosidad y asimismo como fué aquella sorprendida y expulsado de su seno el Consul, hasta que sabedor D. José de la Luz de los tristes sucesos, hizo anular el irregular acuerdo dejándolo en el carácter de socio, que más luego y á pesar de las nobles protestas de Romay, le arrebató bruscamente el General O'Donnell. Me parece importante consignar estos datos: los cubanos han sido abolicionistas en cuanto pudieron pensar y manifestar sus opiniones, y más tarde, cuando pudièron imprimirlas y defenderlas en otras esferas, también lo hicieron. Bueno es que se conozcan estos datos; que

(1) *El País*, 22 de Agosto de 1882.
(2) REVISTA CUBANA. 1888.

incompletamente reseño, por si alguien osa dividir por razas nuestra población.

Desde su fundación tuvo á su cargo el Cuerpo Patriótico el *Papel Periódico*, primero de su índole; más tarde dió á luz las *Memorias*, en las cuales se contienen notables informes y estudios del fomento y producción de la Isla, de nuestros más serios pensadores, de esos hombres de voluntad firme y recta, de estudios tan profundos y sólidos, que de ellos puede decirse que depende nuestro estado actual en lo que tiene de bueno; y la *Revista Bimestre Cubana*, patrocinada por la Comisión permanente de literatura y el primer periódico de su clase, que según Quintana, se publicaba á la sazón en lengua castellana. Empeñóse desde el principio la Sociedad en difundir la instrucción: desde temprano tuvo escuelas á su cargo; y hoy, cuando la instrucción primaria corre ya por completo á cargo del Estado, es considerable el número de legados que le permiten fomentar por su cuenta la instrucción popular y gratuita. El informe de D. Domingo Delmonte del año 1836, revela bien á las claras cuánto habían hecho los amigos del país por la difusión de la enseñanza.

Mucho debe la agricultura al Cuerpo Patriótico desde su origen hasta los trabajos de Jorrín y el inolvidable Conde de Pozos Dulces, á quien se confió un *Curso de Agricultura* con autorización del Gobierno y sueldo de $2,000, que renuncia en favor de un premio para el mejor invento mecánico, y Reinoso, que publica memorias que han de hacer vivir mucho tiempo su nombre; desde entonces, digo hasta hoy, es muy nutrida la lista. Baste consignar que ésta ha sido una de las principales preocupaciones de la Sociedad. No olvidó jamás ningún adelanto: en 1847 y 1852 celebró exposiciones á imitación de las extrangeras de París y Londres, aunque reflejo muy apagado de aquellas; y por mi parte, siempre he de recordar la impresión que me produjo, siendo niño, la exposición del Camagüey el año 1867, ó mejor dicho feria, á estilo de las que se celebran en muchas ciudades de Europa, y que sirven para cambiar productos, como las antiguas de Alejandría y Sevilla en los siglos XV y XIV, ó las más antiguas y raras de Tiro y Menfis. Este caracter que tenían las antiguas ferias se ha perdido con la facilidad de las comunicaciones.

En todo lo que al bien general atañe ha puesto mano la Sociedad: en los ferrocarriles, en la Instrucción superior, en los ca-

minos y puentes, en el Jardín Botánico, en la Economía Política, en el fomento de los cultivos é introducción de industrias, en la gestión de la Casa de Beneficencia etc., etc., y en todo ha dejado el caracter reconocido de su juicio, sensatez, prudencia y patriotismo.

Aun á riesgo de herir la modestia del Sr. Jorrín, refiere el disertante los donativos hechos por dicho ilustre patricio desde el año 1863 al 65, cita luego palabras del Sr. Pozos Dulces en su artículo programa de *El Siglo*, sobre la necesidad de fundar en la regeneración agrícola el progreso social y político del país.

Para este estudio, que yo solamente he esbozado, divide la historia en cinco grandes períodos: de 1793 á 1814, de 1814 á 1823, de 1823 á 1839, de 1839 á 1847, y de 1847 á la época actual, dedicando un recuerdo triste á la época azarosa de la guerra, que calificó de inevitable y que determina un eclipse parcial de la sociedad. Reseñando en síntesis animada los progresos más recientes, termina del siguiente modo esta magistral oración que hará época en nuestra historia política y social y que será consultada siempre como documento de inestimable valía y de gran sinceridad de juicio recto y desapasionado, señalando la misión que aún incumbe al cuerpo, determinando los objetos á que debe contraerse:

«Pero es que todavía le queda, como razón suprema de ser, de existir—y con esta observación concluyo por donde empecé—una misión elevadísima. Al lado y en harmonía con los Centros y Corporaciones que representan intereses particulares ó de clase, muy dignos de atención, y distiguiéndose de los mismos partidos políticos, que tienen esfera propia y sólo dentro de ella pueden y deben moverse, importa que la Sociedad Económica florezca como principio de acción común, como elemento de unidad social, recogiendo y expresando lo que tiene de más íntimo, profundo y universal el espíritu público, lo que une el hoy con el ayer, lo que unirá el mañana con el hoy. Por eso estamos reunidos, por eso nos llamamos y somos y queremos ser, ahora como hace cien años, *los amigos del país.*»

Siento no haber podido dar una idea clara del efecto que produjo en el público la lectura de la nutrida memoria; pero sí haré observar que de todas sus páginas se desprendía la admiración sincera que todos debíamos sentir por la Sociedad Económica, á

la que puede aplicarse, por lo acreedora que es á ella, la frase de Schopenhauer en uno de sus más bellos aforismos: «Lo más precioso que hay en el mundo, no es la gloria, sino merecerla.»

*
* *

La prensa ha estado unánime en reconocer la extraordinaria importancia de la Sociedad y el alcance de la memoria. No es maravilla que los periódicos más afines la hayan encontrado así, calificando *El País* el suceso, por redacción de su Director, de *una historia gloriosa; La Lucha*, bajo la firma del Sr. Valdivia, de este modo: «La Sociedad Económica ha refrendado la gloria de su centenario con la faja de estrellas que ha tendido sobre la doble extensión de sus salas la palabra incomparable del Sr. Montoro;» *La Discusión* se expresa igualmente en términos elevados y patrióticos; sino que también el *Diario de la Marina*, hablando de la sesión decía por la mañana, que «revestiría un caracter solemne, y á más de tener sello oficial tendría el que la imparcial justicia imprime á todas las obras humanas que promueven el bienestar y el progreso de las sociedades,» y al hablar de la memoria dice que «el público la escuchó en medio del más respetuoso silencio» saboreando sus «principales trozos escritos con castiza elocuencia y cadenciosa prosa», colmándolo al final de aplausos; *La Unión Constitucional* que por último, dice:

«La Isla debe regocijarse de contar en su seno esa Sociedad que vela incansable por sus intereses y que no tiende á otra cosa que no sea su progreso y engrandecimiento, los triunfos del arte, del comercio y de la industria son los que se registran en los anales de esa institución, y son esos triunfos á los que todos debemos propender.

Oyendo lo escrito por estos últimos periódicos, no es posible dejar de recordar lo que D. Alfonso el Sabio decía, y que tiene aplicación á lospolíticos que empiezan á hacer justicia á nuestros hombres y á nuestras cosas; decía así: «E aun deben honrar, e amar á los maestros de los grandes saberes..... por cuyo consejo se mantienen e se enderezan muchas vegadas los reinos.»

GONZALO AROSTEGUI.

3 de Febrero de 1893.

Gran Legión del Aguila Negra

(APUNTES HISTORICOS)

(*Concluye*)

En el «Diario de la Habana,» martes 27 de Julio de 1830, se encuentra la siguiente sentencia:

DE OFICIO

«*Sentencia pronunciada por el Consejo de guerra de la Comisión militar ejecutiva permanente de esta Isla.*

«Vista la orden del Sr. mariscal de campo D. José Cadaval, presidente de la Comisión militar ejecutiva permanente de esta plaza, de 28 de Abril del presente año, en que previno al fiscal D. Tomás de Salazar formase este cuaderno, para juzgar por el delito de fracmasonería á las personas presas y comprendidas en la causa que se sigue sobre la conspiración titulada «Gran Legión del Aguila Negra,» contra los cuales sólo resultaba haber firmados algunos documentos masónicos en los años de 1825, 26 y 27; de cuyo delito aparecieron acusados D. Félix Rodríguez Hermida, D. Marcos Fernàndez Castañeda, D. Gabino Hernández, D. José Medina y D. Francisco Guillén, pues aunque también se hallan inclusos en el mismo crimen otros indivíduos, se mandó formar al propio tiempo otro cuaderno, en virtud de estar por

otra parte acusados en la causa principal de conspiración; y concluido este cuaderno por información, recolección y confrontación, y héchose relación de todo al Consejo de guerra de este tribunal en el día de ayer y el de la fecha, donde presidía el expresado Sr. mariscal de campo Sr. Cadaval y compareció en él don Félix Rodríguez Hermida y no Don Marcos Fernández Castañeda, ni Don Gabino Hernández, por hallarse enfermos, como tampoco D. José Medina ni D. Francisco Guillén, por estar ausentes y juzgarse en rebeldía; todo bien examinado, con la conclusión y dictamen fiscal, y las defensas de los procuradores de los acusados presentes, habiendo oido las ilustraciones del señor Asesor oidor honorario D. José Ildefonso Suárez, ha condenado el Consejo, y condena por unanimidad de votos, y atendiendo al mérito respectivo que arroja el proceso contra uno de los acusados, y á lo que sobre este delito previenen las leyes; á D. José Medina, á la pena ordinaria de muerte y confiscación de sus bienes para la Real Cámara de S. M.; á D. Francisco Guillén, á la extraordinaria de ocho años de presidio; á D. Marcos Fernández Castañeda, á seis años del mismo presidio; á D. Gabino Hernández, á seis meses de prisión, y á D. Félix Rodríguez Hermida, á que sea separado de su empleo, pagándose de mancomún las costas y oyéndose antes á los ausentes conforme á las leyes.—Habana 7 de Julio de 1830.—José Cadaval.—Rafael Arango.—Antonio de Palma.—Juan Rodríguez y de la Torre.—Joaquín Fuero.—Francisco de Valderrama.—Manuel García.

«Después de concluido el Consejo, se trasladó el Sr. Fiscal conmigo el Secretario, al palacio del Excmo. Sr. Capitán general y entregó á S. E. este proceso con el diploma de D. José Julián Solís, el de D. Miguel Vázquez, las certificaciones de D. José Gonzalo de Avila, y los papeles ocupados á D. Gabino Hernández; y para que conste lo firmó dicho Sr., de que doy fe.—Salazar.—Lorenzo Baltanás.

«Habana 8 de Julio de Julio de 1830.—Pase al Sr. Consejero honorario y Auditor de guerra.—Vives.

«Excmo. Sr.—El Auditor ha examinado este proceso formado en averiguación del delito de masonería, en que han incurrido los reos comprendidos en él, y si bien no se ha averiguado la reunión en logia, circunstancia que les hubiera acarreado irremisiblemente la imposición de las penas de las leyes y últimas Reales

órdenes, si está constante la insensata continuación después del año de 1824, en haber firmado documentos masónicos. El Consejo de la Comisión militar al proferir la sentencia, ha graduado justamente la pena extraordinaria que corresponde á cada uno de los acusados, según la diferencia de prueba que resulta de la actuación; por lo que á juicio del Auditor puede V. E. servirse aprobar la sentencia; y señalado el presidio á los destinados á él, prevenir la devolución de la causa para su cumplimiento. Salvo etc. Habana 20 de Julio de 1830.—Excmo. Sr.—Felipe Martínez.

«Habana 21 de Julio de 1830.—A conformidad de este dictamen, apruebo la sentencia del Consejo de guerra de la Comisión militar, que condena á D. José Medina, reo ausente, á la pena ordinaria de muerte y confiscación de sus bienes para la Real Cámara de S. M.; á D. Francisco Guillén, también ausente, á la extraordinaria de ocho años de presidio que cumplirá en el castillo de la Cabaña; á D. Marcos Fernández Castañeda, á la de seis años de presidio en la propia fortaleza; á D. Gabino Hernández, á seis meses de prisión en el cuartel donde existe; y á D. Félix Rodríguez Hermida, á que sea separado de su empleo; pagándose de mancomún las costas y oyéndose antes á los ausentes conforme á las leyes, caso de que se presenten ó sean aprehendidos; y devuélvase este proceso al Fiscal para el cumplimiento de todo lo referido.—Francisco Dionisio Vives.

«En la plaza de la Habana á los 22 días del mes de Julio de 1830; habiendo recibido el Sr. Fiscal este proceso, pasó á la morada del Sr. General Presidente, y le participó la aprobación que ha merecido del Excmo. Sr. Capitán general, la sentencia pronunciada en esta causa, y en consecuencia, dispuso se proceda á darle cumplimiento; y para que conste lo firmó dicho Sr. de que doy fe.—Salazar.—Lorenzo Baltanás.

«En la referida plaza, á los 23 dias del antedicho mes y año, pasó el Sr. Fiscal conmigo el Secretario al cuartel del regimiento de Lanceros del Rey, y en la forma dispuesta por ordenanza, se hizo saber á D. Félix Rodríguez Hermida la sentencia y aprobación recaida en esta causa, habiéndose puesto seguidamente en libertad; y para que conste firmó dicho Sr. de que doy fe.—Salazar.—Lorenzo Baltanás.

«En el propio día, mes y año, se trasladó el Sr. Fiscal conmigo el Secretario al cuartel de San Telmo, y en la forma dispues-

ta por ordenanza instruyó á D. Marcos Fernández Castañeda, de la sentencia y aprobación recaidas en esta causa; y para que conste lo firmó dicho Sr., de que doy fe.—Salazar.—Lorenzo Baltanás.

«En el mismo día, mes y año, pasó el Sr. Fiscal conmigo el Secretario al cuartel de la Fuerza, y en la forma dispuesta por ordenanza, instruyó á D. Gabino Hernández de la sentencia y aprobación recaida en esta causa; y para que conste lo firmó dicho Sr., de que doy fe.—Salazar.—Lorenzo Baltanás.

«Y para su publicacion en el Diario de esta ciudad, he sacado el presente testimonio de orden del Sr. Juez Fiscal, en cinco fojas de papel rubricadas por mí, que firmó también dicho Sr. en la plaza de la Habana, á los 24 días del mes de Julio de 1830.—*Tomás de Salazar.—Lorenzo Baltanás.*

DE OFICIO (1)

«D. Lorenzo Baltenás, subteniente del batallón ligero de Tarragona, condecorado con varias cruces de distinción por méritos de campaña, secretario de la Comisión militar ejecutiva permanente de esta plaza, actuando en la causa seguida sobre la conspiración titulada *Gran Legión del Aguila Negra*, de la cual es fiscal el Sr. Capitán graduado D. Tomás de Salazar, condecorado con varias cruces de distinción por acciones de guerra, etc.

«Como mejor puedo y debo, certifico y doy fe que á fojas 312 vueltas del segundo cuaderno prevenido en dicha causa principia la sentencia y siguen los decretos, consultas y diligencias del tenor siguiente:

«*Sentencia.*—Vista la orden del Sr. mariscal de campo D. José Cadaval, teniente del Rey de esta plaza y Presidente de la Comisión militar ejecutiva permanente de 28 de Abril del presente año, en que previno al capitán D. Tomás de Salazar, formar este cuaderno para juzgar á los indivíduos que en la causa que se sigue sobre la conspiración titulada «Gran Legión del Aguila Negra,» aparecían acusados de este delito y del de francmasonería, de los cuales resultaban reos D. José Julián Solís, D. Lucas Ugarte, D. Miguel Vázquez, D. José Gonzalo de Avila, D. Francisco Pacheco y D. José Encalada, el proceso contra dichos acusados por información, recolección y confrontación, y habiendo hecho

(1) Segundo cuaderno mandado á formar.

relación de todo al Consejo de guerra en los dias 3, 4 y 5 del actual, y comparecido en él los reos en el de la fecha, escepto D. Lucas Ugarte por hallarse enfermo; todo bien examinado con la conclusión y dictamen del referido Sr. fiscal y las defensas de los procuradores, después de haber oido las ilustraciones del Sr. Asesor oidor honorario D. José Ildefonso Suárez, ha condenado el Consejo y condena por unanimidad de votos á D. José Julián Solís, D. Miguel Vázquez, D. José Gonzalo de Avila, D. Francisco Pacheco y D. José Encalada, á la pena ordinaria de muerte y confiscación de bienes para la Real Cámara de S. M. en virtud de estar convictos y confesos de haber ejecutado actos masónicos en los años de 1826 á 27, y de haberse iniciado en la llamada «Gran Legión del Aguila Negra,» que es una conspiración contra el Estado para favorecer la independencia de las Américas, y con arreglo á lo dispuesto en las leyes primera y segunda, título segundo, partida séptima y en los Reales decretos de 1º de Agosto y Octubre de 1824; pero en atención á que D. José Julián Solís mereció, sogún Real orden de 3 de Junio último que la clemencia del Rey nuestro señor le haya indultado de la pena capital imponiéndole la inmediata en los términos qué mejor juzgue el Excmo. Sr. Capitán general, queda á disposición de S. E. para que determine lo que tenga por conveniente; que D. Lucas de Ugarte, convicto de haber agenciado firma para un diploma de Rosa Cruz que expidió el año de 1825, de haber conservado porción de otros impresos, manuscritos, cuadernos, sellos y otras cosas de masonería, y en vista de los indicios que le resultaron de las acusaciones que le hizo Solís, sufra la pena extraordinaria de ocho años de presidio en Africa: que se quemen y destruyan los libros, cuadernos, insignias, sellos y demás papeles criminales que forman los precisos cuerpos de delitos, cuya diligencia se somete al fiscal que la hará constar en autos: condenándose de mancomún et insolidum en el pago de las costas de este proceso á los expresados reos con los sentenciados en el primer cuaderno sobre masonería por ser cómplices en unos mismos actos y documentos.

«Habana 5 de Agosto de 1830.—José Cadaval.—Rafael Arango.—Juan Rodríguez y de la Torre.—Joaquín Fuero.—Francisco Valderrama.—Manuel García.—Anselmo María de la Paz.

«Inmediatamente después de concluido el Consejo se trasladó el Sr. Fiscal conmigo el Secretario, al palacio del Excmo. Sr. Ca-

pitán general, y entregó este proceso con los papeles que por inventario separados se le ocuparon á los reos, y para que conste lo firmó dicho Sr. de que doy fe.—Salazar.—Lorenzo Baltanás.

«Habana 6 de Agosto de 1830.—Pase á consulta del Sr. Consejero honorario y auditor de guerra.—*Vives.*

«Excmo. Sr.: una nueva asociación secreta y la averiguación de los que en esta se hayan iniciado en ella, es el objeto de este proceso.

«El constante desvelo de V. E. por la conservación de esta parte de los dominios del Rey Nuestro Señor, le proporcionó desde su instalación una copia de sus instrucciones, la explicación y forma de recibimiento de los grados y el objeto de la asociación, en sí tan horrorosa que imposible fuera el imaginar hubiese en esta afortunada Isla un solo indivíduo que la adoptase; habiendo llenado de la mayor amargura el corazón de V. E. la noticia de existir hombres que con tamaña ingratitud correspondan á las inagotables bondades de nuestro Soberano y á las que en su imitación ha derramado V. E. á todas las clases y en los habitantes todos de este suelo de paz.

«Legión del Aguila Negra, es llamada esta asociación, engendro de una Logia Yorkina, de la que fué nombrado primer jefe en América Guadalupe Victoria, y en Europa un proto-médico de Londres, cuyos indivíduos en lo general se llaman indios, y cuyas instrucciones tienen la data en Méjico á 15 de Mayo de 1824 y la copia del acta agregada es de fecha también en Méjico del dia décimo del undécimo mes masónico de L. L. 5825.

«En esta secta se da la explicación de la palabra de reconocimiento de los Diputados; que es la siguiente copiada al pié de la letra: «De..... general in..... (1) in europeo ni persona blanca que no nos pertenezca, sir..... religión natural se adopta, ridiculizando al clero por los diezmos, hasta desmoralizar los pueblos y destruir en todos sus términos la teología católica con sus edificios para que no quede ni remota memoria de ellos en las futuras épocas: los ina..... vivan.

«Inútil es comentar estas palabras, que el horror que inspiran rehusa escribir y pronunciar, y cuya manifestación no se había

(1) Los puntos indican que la polilla ha destruido el papel del «Diario de la Habana» de donde tomamos estos datos.

atrevido á hacer la perversidad de ninguna otra asociación: estos son los medios que propone y ha adoptado el Aguila Negra, para conseguir su objeto principal, á saber, para conseguir la libertad de las Américas, ó lo que es lo mismo, su rebelión contra su legítimo Señor, contra nuestro Rey.

«Entre los artículos de su Constitución, es notable el segundo, concebido en estos términos:

«No hay más casas de reuniones que el lugar donde se convengan, dos, tres, cuatro, etc. indivíduos de los nuestros á tratar el asunto que les interesa.»

«El prueba, la gran cautela con que se procede; la dificultad de ser sospechados ni aprehendidos, y también que dos solas personas componen reunión.

«Tienen igualmente su clave general que se comunica al tiempo de ser recibidos, y con ella citan y entienden, por manera que en medio de los buenos, en el paraje más público pueden citarse comunicando sus más atroces designios.

«Otra de las precauciones encargadas con el mayor ahinco, el que la persona que inicia á otro, no puede jamás comunicar á éste la que á él lo inició formando de este modo una cadena imposible de seguir cuanto se rompa un eslabón, como ha acontecido en este proceso.

«También se previene en las instrucciones de los claveros que por *ningún motivo* se admita en esta Legión á europeo alguno, aún cuando hayan dado las mayores pruebas de adhesión á la *independencia.*

«Tampoco se admitirá á americano que no sea patriota *decidido*, pues esta sociedad necesita americanos *exaltados*, por los intereses de su patria y no de entes *apáticos.*

«Se evitará por cuantos resortes se *pueda*, no admitir clérigos ó frailes; pues siendo éstos *egoistas*, bueno solo para su negocio, manteniendo á los *pueblos* en la barbarie con su ignorancia y *fanatismo*, jamás podrán ser útiles á la *Sociedad*, sino que por el contrario nos serán muy *perjudiciales*; pero si por una casualidad entrase alguno, jamás se le pasará del segundo grado por *despreocupado que sea.*

«Toda desgracia que suceda se culpará á los europeos de ella y á los americanos que no nos *pertenezcan*; la independencia presenta un campo muy grande para hacer acusaciones de poco *afec-*

to á ella á todos *los que no nos pertenezcan*, principalmente á los que estén en *empleos públicos*, pues conviene muchísimo á la Sociedad, que éstos estén en indivíduos de *nuestra Legión*.

«Otros artículos hay del mismo jaez; pero parece que con los que se han trascrito habrá suficiente para formar un juicio exacto del infernal plan de esa Legión, cuyo descaro llega al extremo de recomendar los medios adoptados y de sentar esta cláusula:—«Cumpliendo con el objeto para que fué formada esta filantrópica Sociedad.»

«Vengamos ya á tratar de los reos que se han juzgado en este proceso, y son: D. José Julián Solís, D. Francisco Pacheco, D. Miguel Vázquez, D. José Gonzalo de Avila y D. Lucas Ugarte.

«Dió origen á él los avisos oficiales venidos de distintos parajes allendes del mar, y en que se nombraba entre estos indivíduos á D. José Julián Solís.

«Puesto éste en prisión, se procedió á tomarle declaración, el cual dijo—á fojas 15—que *penetrado* en este acto de la obligación que le impone el *juramento*, y deseoso por otra parte de su *arrepentimiento*, y especialmente con el fin de hacer un servicio público, para que tomándolo en consideración el *superior gobierno* se apiada y merezca el *perdón de sus faltas*, pasa á referir todo lo que crea *interesante* para que se descubra la conspiración que *existe* y atenta contra el orden establecido, para lograr la independencia de este país;—y en su segunda declaración á fojas 25, añadió:—que *aunque anteriormente ha declarado* no estaba iniciado en dicha Legión, y *aunque nadie podría probárselo* quiere dar una prueba más de su arrepentimiento, *confesando* francamente lo que le consta, y es que D. Lucas Ugarte lo inició en el «Aguila Negra»—y sigue explicando en qué consistía este recibimiento.

«Entra después á esplicar unos pedazos de papel en cifra hallados en su poder, los cuales significaban la recepción que él mismo había hecho en dicha Sociedad de D. Francisco Pacheco.

«Pacheco en su declaración á fojas 86 dijo: que había tres años lo inició D. José Julián Solís en una asociación secreta titulada el *Aguila Negra*, haciéndole conocer unas instituciones que copió y contenía 18 á 19 artículos cuyo objeto es de favorecer la independencia de esta isla, que al pié de los artículos estaba también un alfabeto de cifra para escribir que también copió, que introdujo en la asociación del *Aguila Negra*, á D. Juan Nepomuceno

Escovedo, D. Miguel Vázquez y D. José Encalada, y posteriormente á su cuñado D. Francisco Maceda, que cuando D. José Solís lo metió en ese negocio, le dijo esperaban una expedición considerable de tropas que habían de venir de Colombia, Méjico y Campeche, y que según el partido que había, se cambiaría el gobierno y harían independiente la Isla sin efusión de sangre, y Solís en su declaración quinta á fojas 44, conviene en haber dicho esta especie á Pacheco y que él había oido á Ugarte.

«Vázquez en su declaración á fojas 76 dice: que fué recibido masón por D. José Medina, de persona á persona, en el año de 1827; reconoce por estendida por sí la certificación á favor de Avila en 20 de Marzo de 1827; que habrá tres años le habló Francisco Pacheco, y le enseñó la institución de la Gran Legión del Aguila Negra, y tuvo la desgracia de iniciarse en ella; que al efecto escribió en un papel, por medio de la clave que estaba al pié de los artículos de la asociación, su iniciación en ella, y que rubricó y entregó al exprasado Pacheco, que éste le dió para que copiase la institución de la Sociedad, y después el que declara inició por el mismo orden á José Gonzalo Avila, reconoció por de su puño y letra su nombre en cifra y su rúbrica, del papel escrito por Avila, que es el mismo papel que trató de romper é hizo pedazos al tiempo de su prisión, que no hizo màs iniciación, y aún recogió de poder de Avila la institución que se le ha encontrado, pues no le gustó el plan; esplicó las letras mayúsculas L y AA. que se hallan en el primer artículo de la constitución del Aguila Negra, por libertad Américas; y la E. E., por españoles europeos, y preguntando con qué medios contaban para la independencia de esta Isla y para cuando pensaban formar la revolución, dijo no saberlo, y que creyó que la tal institución del Aguila Negra era una cosa de jarana; pero reflexionando después en su objeto y consecuencias, había desistido de trabajar en favor de ella. Gonzalo de Avila estuvo negativo en su declaración, pero careado enseguida á fojas 86 con Vázquez, convino en un todo con la de éste, espresando que si había faltado á la verdad fué ofuscado y temeroso del mal que podría sobrevenirle confesando la verdad, y en su segunda declaración, á foja 107, añadió que él inició á D. José Machado, como puede verse del papel escrito con cifra que se le ocupó y que reconoció.

«Encalada estuvo también negativo en su primera declaración

pero careado seguidamente á foja 93 con Pacheco, dijo: que respetando al fin la religión del juramento, á que le pesa haber faltado antes, conviene en que es cierto cuanto refiere Pacheco en su declaración con respecto á él y á la institución del Aguila Negra, reconoció el papel escrito en cifra, que es su iniciación, por hecho y rubricado de su mano, así como la de Francisco Cordero, á quien él introdujo en la asociación.

«No ha podido seguirse el hilo de los iniciados Maceda, Cordero y Machado; y la trágica muerte fuera de esta Isla (1) según es público, ha sepultado en la eternidad su secreto.

«Y he aquí cortada la averiguación del resto de iniciados, según el orden descendente de la Legión del Aguila Negra, y convictos y confesos en él, y están sujetos á las penas que imponen las leyes á los reos de Lesa Magestad divina y humana, según lo prevenido en Real Cédula de primero de Agosto de mil ochocientos veinte y cuatro, citada en la Real orden de 7 de Septiembre de mil ochocientos veinte y cinco, Pacheco, Vázquez, Avila y Encalada, que deben servir de ejemplo saludable á los ocultos que por desgracia pueda haber incursos en este delito; y el Consejo de la Comisión militar al imponerles la pena capital que las leyes les señalare, ha cumplido su deber, ha obrado justa y rectamente.

«Respecto á Solís en Real orden de 3 de Julio último se ha dignado el Rey Nuestro Señor en vista de su Soberana clemencia, y en consideración á las que V. E. hizo presente, indultarlo de la pena capital, lo que también conforme á la ley 5ª tit. 20, part. 7ª la cual dice: Et si aventura lo descubriese después de la pena, en ante que la traición se cumpliese, porque pudiera ser que fuera cumplida si la el non la descubriese, débele aún ser perdonado el yerro que fizo.» Y..... también que no haberla descubierto Solís aún permaneciera encubierto.

«Contra Ugarte resultan, respecto al Aguila Negra, los asertos de Solís, que aunque correo en este atrevidísimo género de delito, es testigo idóneo y le resulta.....erse hallado en su poder considerable número de cuadernos pertenecientes á la antigua masonería, y de diplomas y sellos, é instrumentos, é insignias y cuanto constituía una Logia; y resulta convencido por declaraciones de Solís y de D. Marcos Fernández Castañeda, de haber firmado el diploma despachado á favor del primero de 1825; y aunque es-

(1) No se esplica este misterio.

tuvo negativo careado con Castañeda á foja 165, convino en que efectivamente tenía éste razón en lo que había declarado, y que también firmó y dió á Solís el diploma y en su segunda declaración á foja 167 preguntado sobre la fecha en que aparecía hecho, aquél expuso: que con exactitud no podía fijar la fecha, pero que le parecía poco más ó menos que sería en la misma época en que aparece: que la parte manuscrita del diploma era por su mano como también la firma; pero que para las demás firmas no estuvieron reunidos los indivíduos que las echaron, y que el declarante (Ugarte) les habló para que lo firmaran, como lo había hecho con Castañeda.»

«Y si bien es verdad que en su confesión quiso Ugarte como retractarse de lo que se vió precisado á confesar y le faltó valor para negar delante de Castañeda, esto solo sirve para agravar sus perjuicios, y manifiesta el ningún valor que merece su dicho sin más apoyo que su negativa.

«El Auditor conceptúa á Ugarte reo de mucha más gravedad de la que lo ha conceptuado el Consejo, y se inclinaría á aconsejar á V. E. la no conformidad en esta parte, si no considerara que esto sería un entorpecimiento de esta causa, que tiene en espectación al público, y al superior gobierno, debiendo en su concepto ser de más peso el pronto castigo, que el aumento de pena á Ugarte.

«Por tanto, es de sentir, que V. E. puede servirse aprobar la sentencia capital respecto á los cuatro primeros reos, y mandar se ejecute en el modo que previene la Real orden de 30 de Junio de 1815: que á Solís le imponga V. E. 10 años en uno de los presidios de Africa, con calidad de no volver á estos dominios; y aprobar la sentencia por lo que respecta á Ugarte.

Sobre todo V. E. acordará y determinará lo que juzgue más justo.

«Habana 11 de Agosto de 1830.—Excmo. Sr. Felipe Martínez.

«Habana 13 de Agosto de 1830.—Respecto á haber dado cuenta á S. M. en fecha 30 de Marzo, manifestando por las razones que en ella expuse, el ánimo en que me hallaba de suspender la ejecución de los reos de esa causa, hasta la soberana resolución del Rey nuestro Señor sobre aquella exposición en que también rogaba que con la mayor prontitud se me comunicase; y no habiendo trascurrido el tiempo preciso é indispensable para la con-

testación, suspendo por ahora el decreto que corresponda en este proceso hasta recibir la orden de S. M.—Francisco Dionisio Vives.»

«NOTA.—Habiendo recibido el Excmo. Sr. Capitán General la Real orden de 25 de Noviembre último, por la cual se ha dignado S. M. indultar de la pena de la vida á D. Francisco Pacheco, D. Miguel Vázquez, D. Juan Gonzalo de Avila y D. José Encalada, sentenciados á perderla, y que se le imponga la inmediata en celebridad del felíz alumbramiento de la Reina nuestra Señora, y como había pedido S. E. se pasó al Sr. Consejero honorario Auditor de guerra, que consultó lo que sigue:

«Excmo. Sr.—Una de las más ominentes, de las más insignes prerogativas de la dignidad Real, es la de perdonar la vida á los delincuentes sentenciados á pena capital por los tribunales, cuyas limitadas facultades se ciñen á imponerla en los casos que las leyes le señalan.

«Fuente inagotable de bondad y misericordia el Rey nuestro Señor, la ha usado en favor de D. Francisco Pacheco, D. Miguel Vazquez, D. José Gonzalo de Avila y D. José Encalada, conmutándola en 10 años de presidio en uno de los de Africa, con calidad de no volver á estos dominios, gracia que anteriormente se concedió á D. José Julián Solís; de manera que respecto á estos cinco indivíduos solo resta el que V. E., en cumplimiento de la Real orden, se sirva hacer el señalamiento del presidio en Africa.

«Igual asignación deberá hacerse respecto á D. Lucas Ugarte, sentenciado á 8 años de presidio también en Africa si V. E. tuviere á bien aprobar en esta parte la sentencia de la comisión militar: pudiendo V. E. servirse pasar los oficios correspondientes, á fin de que en las primeras ocasiones se les proporcione su embarque y remisión á su destino, saliendo en derechura á verificarla desde la prisión en que se hallan. V. E. no obstante determinará lo más acertado.

«Habana 27 de Enero de 1831.—Excmo. Sr. Felipe Martínez.

«Habana 27 de Enero de 1831.—En vista del dictamen que antecede con que me conformo, señalo el presidio de Ceuta para que D. Francisco Pacheco, D. Miguel Vázquez, D. José Gonzalo de Avila, D. José Encalada y D. José Julián Solís, que han sido indultados por S. M. de la pena de horca, cumplan los 10 años de presidio con retención, y D. Lucas Ugarte la de 8 años de presidio sin aquella calidad.

«Apruebo la sentencia de la Comisión militar permanente en los demás puntos que abraza, entréguese el proceso al fiscal para que sacando á la mayor brevedad los respectivos testimonios de condenas, lo devuelva con ellos á Secretaría para que los reos sigan á su destino en la primera oportunidad, entregándose enseguida al mismo repetido fiscal, el baul, para que tenga efecto la quema y destrucción de los libros, cuadernos, insignias, sellos y demás papeles criminales á que se refiere la misma sentencia.—Francisco Dionisio Vives.—Cuya sentencia fué notificada á los reos que comprende en la forma de ordenanza, escepto á D. José Encalada, por haber fugado de la prisión según todo consta en el proceso, y para los fines que convengan he sacado el presente testimonio de orden y mandato del Sr. Juez Fiscal, en 15 fojas de papel rubricadas por mí, que firmó igualmente dicho señor en la plaza de la Habana á los 29 dias del mes de Enero de 1831.—*Tomás de Salazar.*—Por su mandato, *Lorenco Baltanás.*

La conspiración del *Aguila Negra*, delatada por el traidor y cobarde Ferrety quedó reducida á lo actuado por el Consejo de guerra, y sin dejar huella alguna que pudiera traer nuevos conflictos al pueblo cubano.

Como se ha visto por las declaraciones de los presos, por los que admitieron en la conspiración á Ferrety, tuvieron el valor suficiente de colocarse ante el Consejo de guerra como los únicos culpables del delito de que se les acusaba.

Estendida la conspiración por toda la Isla, los presos se limitaron en cumplimiento de sus deberes de patriotas, presentar á la Habana como el único lugar donde existía la logia masónica denominada el «Aguila Negra».

Fueron unos heroes; mejor dicho, verdaderos patriotas.

Mas no, no somos nosotros los que vamos á juzgar del valor de los acusados, puesto que ellos tienen sus páginas en la historia de Cuba, y será la que en su día les hará justicia.

La conspiración del *Aguila Negra* debía haber sido el alerta que daba el pueblo de Cuba al gobierno de la Metrópoli, como la voz del centinela que en cumplimiento de su deber, reclama de su jefe los derechos concedidos por las leyes á los pueblos honrados y dignos de participar de los beneficios de ciudadanos libres.

JOSE DE JESUS MARQUEZ.

MANUAL DE ENSEÑANZA Y EDUCACION

PARA USO DE LOS

Maestros de las Escuelas Elementales á cargo de la Junta de Educación de la ciudad de New-York.

(CONTINUACION)

Disposiciones generales relativas á las Escuelas Elementales.

Proporción de las Clases.—Ninguna clase contendrá un número de alumnos mayor de setenta y cinco: esta restricción es de importancia suma y su fiel observancia obliga al Director del Establecimiento. (Véase «Capacidad de las clases.»)

Progreso de las Clases.—Siempre que se advierta que una clase, en una ó dos materias de su grado, hubiere avanzado más que en otras, el Director puede sugerir al maestro dedicar menos tiempo á las materias avanzadas y emplearlo en las otras de menor progreso; pero, con la advertencia de que se observe estrictamente el tiempo mínimun que dicta el Reglamento. De este modo, fácil es adquirir el equilibrio en todas las asignaturas.

Antes que los alumnos puedan comenzar cualquier porción del Plan de Estudios, señalado para el grado próximo superior, deben haber repasado y completado todo el Curso y ser declarados aptos para ingresar en el referido Grado.

En cada grado, pueden provechosamente dividirse en cuatro partes correspondientes á otras tantas fracciones de tiempo, cier-

tas materias, tales como la aritmética y las Lecciones de Cosas: dejando el quinto mes para un esmerado repaso de los puntos más esenciales.

Este plan, caso de ser aceptado, no impide los breves repasos mensuales señalados por el Plan de Estudios.

Progreso de los Alumnos.—Si; como ocurre frecuentemente, dos ó tres discípulos, aventajan de tal manera á sus compañeros, que sería preferible, tanto por ellos, como por la clase, llevarlos al grado superior siguiente, puede adoptarse para tal objeto el siguiente sistema.

Anunciar á la clase, que al final de cada mes, escepto el que precede al examen general para el pase de los alumnos, pasarán al grado siguiente dos ó tres de los más adelantados.

Esto puede influir como un estímulo provechoso sobre toda la clase y sirve de medio para alimentar las clases superiores, alijerando á su vez las inferiores, generalmente muy nutridas, por haber ingresado en ellas muchos alumnos, después de la organización de las clases.

(Véanse «Deberes de los Directores.»)

Tiempo consagrado á cada clase.—Ninguna clase del Curso Elemental invertirá en cada ejercicio más allá de media hora.

El espíritu, lo mismo que el cuerpo, necesita descansar, siendo indispensable para que así resulte, un cambio en el manejo y dirección de los ejercicios.

Llevar los libros á las Casas.—En grados inferiores al segundo, ni los alumnos llevarán los libros á sus casas, ni se les marcan lecciones para dar ó estudiar fuera de las horas de clase.

Estudio en las Casas.—A los alumnos de las dos clases superiores, se puede señalar *una lección corta* cada dia para estudiar en sus casas: entendiendo por tal, aquella *lección* en cuya preparación no tarde más de media hora un niño de regular capacidad.

El principal objeto de estas lecciones es cultivar en el niño los hábitos del estudio y la seguridad de sí mismo.

Repasos.—En combinación con cada lección nueva debe repasarse la anterior, de modo que los hechos de una y otra se asocian y encadenan recíprocamente.

El viernes de cada semana se harán repasos ligeros sobre todas las materias.

A lo menos, una vez al mes, habrá repasos generales, que com-

prenderán los hechos principales aprendidos en los grados anteriores.

Costura.—En los departamentos respectivos, para los grados Primero, Segundo y Tercero.

Musica vocal.—En todos los grados, acomodándose á los libros que se señalan en la Lista de Textos de la Junta.

Ejercicio Físico.—Habrá ejercicios diarios con el fin de que se ensanchen los pulmones, se desarrollen los músculos y adquiera el cuerpo gracia y agilidad.

Los ejercicios calisténicos, empleados en su mayor extensión posible, alcanzarán esos resultados. Las vidrieras estarán abiertas, tanto en su parte superior como en la de abajo, por dos ó tres minutos, mientras los discípulos se levantan y sientan por distintan ocasiones, lo mismo que mientras practican los otros ejercicios físicos. En el cuarto de clases ha de procurarse con todo empeño una buena ventilación: pero, al mismo tiempo, se evitarán escrupulosamente las corrientes de aire.

Disciplina.—Jamás debe compelerse a los niños para que se sienten, dejando *inactivo el cuerpo, las manos ó el espíritu.* Para asegurar el orden en las clases es preciso atraerse la atención del discípulo, ya introduciendo nuevos asuntos, ya cambiando la manera de dar las lecciones ó permitiendo á algunos discípulos tomar parte en los ejercicios de cada ramo.

Los niños aprenden á ser aseados, haciéndoles observar en qué consiste el aseo; á ser veraces y obedientes, por medio de ejemplos prácticos y á evitar los hábitos malos, fijando su atención en ellos.

Más que por el miedo, el estímulo es el que debe impulsarlos á bien obrar, siendo más eficaz una aprobación discreta que la misma reprensión.

Moral y Urbanidad.—La enseñanza debe estar compenetrada en todos los grados de aquella instrucción diaria que fomente en el discípulo un espíritu de benevolencia y cortesía recíproca, un sentimiento de respeto, hacia padres y maestros y un amor á la limpieza, al orden, á la ley y á la verdad.

Uso de Lápices y Plumas.—Debe prohibirse el uso de lápices cortos, teniendo un esquisito cuidado con la manera de cojer la pluma y el lapiz y con la posición del cuerpo mientras se escribe.

Duración de las Clases.—Las escuelas se abrirán á las 9 de la mañana, coutinuando hasta las 3, con una hora de receso al me-

diodía, pudiendo los alumnos salir de la escuela. Durante el período de la mañana se puede permitir un descanso que no pase de veinte minutos.

No podrá suspenderse las clases antes de las tres de la tarde, á no ser con permiso especial del Consejo.

Se esceptúa los dias de excesiva humedad ó mal tiempo, en cuyo caso el Director puede retener los alumnos en la hora de 12 á 1; pero, en compensación, la salida deberá hacerse á las 2 de la tarde.

Los viernes, á vía de recompensa, puede permitirse á los que sean merecedores, salir de la escuela una hora antes. Fuera de estos casos, la escuela estará abierta hasta las tres de la tarde.

Vacaciones y Dias de Fiesta.—Serán los siguientes en todas las escuelas de los distintos distritos de la ciudad:

Todos los sábados, durante el año; el Viernes Santo; el 22 de Febrero; el dia 4 de Julio; el señalado por el Presidente ó el Gobernador del Estado para dar Gracias y el dia después; el 25 de Diciembre y el 2 de Enero y sus intermedios; el 30 de Mayo; el dia de elecciones; el próximo siguiente á cualquiera de los dias arriba mencionados, si este último fuere domingo y el tiempo transcurrido entre el 3 de Julio y el segundo lunes de Septiembre.

Lectura de la Biblia.—Las clases se abrirán en todas las escuelas de la ciudad á que alcance la autoridad de la Junta, con la lectura de una porción de las Sagradas Escrituras, sin notas ni comentarios.

Puertas que estarán Abiertas.—Todas las puertas, incluso la de los visitantes, estarán sin cerrar, durante las horas de clase.

Los alumnos deben Residir en la Ciudad.—A nadie más que á los actualmente residentes en la ciudad de New-York, se le permitirá asistir á la Escuela Normal ó á cualquiera otra que esté bajo la jurisdicción de la Junta.

Todo menor que deje la casa de sus padres en otro Estado ó Condado, para vivir en un *boarding*, dentro de ciudad, con objeto de ponerse en condiciones de asistir á la escuela, no será considerado como residente dentro del sentido de este Estatuto.

Si un padre, residente en otro Estado ó Condado enviare su hijo menor á la ciudad de New-York, con el propósito temporal de ponerlo en condiciones de asistir á las escuelas públicas, sin

hacer dejación de la autoridad paterna y con el intento de que el hijo vuelva al seno de su familia tan luego como se cumpla aquel período temporal, dicho menor, aunque no vuelva al lado de sus padres, sino á dilatados intérvalos de tiempo, no puede considerarse residente dentro de la letra de la Sección 35 del Acta, que organiza y regula el sistema de escuelas libres en la ciudad de New-York.

Podráu ocurrir algunos casos á los que no fuere aplicable la regla señalada; entonces, si el maestro encontrase dificultad en determinar si el niño es ó no residente, debe ponerlo en conocimiento de la Junta.

Edad de los Discípulos.—Toda persona comprendida entre los 5 y 4 años, residente en la ciudad de New-York, tendrá derecho á asistir á cualquiera de las escuelas comunes.

Vacunación.—Ningún maestro ó discípulo podrán estar en cualquiera escuela pública á menos que hubieren sido vacunados.

Tedo Director está autorizado para exigir prueba satisfactoria de la vacunación como un requisito para la admisión, empleo ó continuación de discípulos ó maestros. El Director hará constar en el Registro la fecha más aproximada de la vacunación de unos y otros, prestará su cooperación á los miembros de la Junta de Sanidad, autòrizada para asistir á las escuelas con objeto de vacunar á los niños y requerirá, para que se revacunen á todos aquellos que los miembros de Sanidad no encontraren suficientemente garantizados por la última vacuna, no permitiendo, por último, la asistencia á los que rehusen la revacunación bien por los agentes de la salud pública, ó por el médico de la familia á que pertenezcan.

Un certificado de cualquier médico bien reputado en su profesión, es bastante á eximir al interesado de la revacunación y del examen personal de los miembros de Sanidad.

Enfermedades Contagiosas.—Si el Director ó maestro, encargado de una escuela, supiere que en la casa ó habitación en que viven uno ó varios niños, hay una enfermedad contagiosa, aquél ó éstos serán separados de la Escuela, sin poder ser admitidos nuevamente, fuera de los casos previstos en este artículo.

Si un Director ó encargado llegare á saber que en una casa de vivienda hay una enfermedad contagiosa, que no sea viruela ó fiebre tifoidea, pero en un solo piso, el niño ó niños que vivan en

otro piso de la misma casa, no serán excluidos por tal motivo: pero sí diariamente interrogados acerca de su salud y la de sus respectivas familias; y al primer síntoma de enfermedad en el niño, ó á las primeras señales de contagio en la familia, serán enviados para su casa.

Pero, si la enfermedad contagiosa de cualquier clase que sea, existiere en más de un piso de cualquier vivienda, ó si la existente en un solo piso fuere viruela ó fiebre tifoidea, entonces todos los niños que vivieren en esa casa, serán separados de la escuela

Los niños excluídos, en consonancia con las reglas anteriores, no podrán admitirse de nuevo:

En caso de fiebre y escarlatina, hasta tres semanas después de haber comenzado el último caso en el piso y en la casa, según que la exclusión hubiere sido aplicada á un piso ó toda la casa, en virtud de las reglas anteriores.

En caso de sarampión, dos semanas después del principio del último caso, en el piso ó en la casa, según la estensión de la exclusión.

En caso de difteria, hasta una semana después de la terminación del último caso, en el piso ó toda la casa, según hubiere sido la exclusión.

En cualquier caso de fiebre amarilla, sarumpión ó *difteria,* hasta haberse producido el certificado de la Junta de Sanidad, asegurando que los cuartos, camas y ropas, tocados del contagio, han sido propiamente desinfectados

En casos de viruela ó fiebre tifoidea, los niños atacados no podrán volver á la escuela, sin presentar un certificado de la Junta de Sanidad, expresando que pueden hacerlo con seguridad y sin peligro.

Los nuevos alumnos que solicitan la admisión y que viven en casas ó pisos donde hubiere una enfermedad contagiosa, serán admitidos ó nó, en cumplimiento de las reglas anteriores.

Los Directores ó maestros encargados, comunicarán al Secretario de la Junta de Educación, cualquier informe relativo á esta materia, no llegado al conocimiento de ese funcionario.

Número de Asientos.—Será deber de todo Director rechazar toda solicitud de admisión de alumnos en una escuela ó clase, siempre que la capacidad de los asientos de la habitación esté completamente agotada.

Para fijar tal capacidad habrá un *mínimun* de superficie del piso y espacio de aire por cada discípulo.

En las tres clases ínfimas de las escuelas ó Departamentos primarios, cinco piés cuadrados por el primer concepto y setenta y cinco cúbicos por el segundo.

En los tres grados superiores, seis piés cuadrados y ochenta cúbicos.

En los cuatro ínfimos grados de las escuelas medias, siete piés cuadrados y noventa cúbicos.

En los cuatro grados superiores, nueve piés cuadrados y cien cúbicos.

En la admisión de alumnos, los que vivan más cerca de la escuela, serán preferidos y los no admitidos, enviados á la más cercana que tenga capacidad para acomodarlos.

La capacidad de cada cuarto de clase para los asientos, calculada según este Reglamento, se hará constar en un cartel á la entrada de la habitación.

Licencias necesarias.—Ninguna persona podrá desempeñar el servicio de maestro en una escuela, sin tener el permiso correspondiente.

Los maestros deben Comunicar sus Ausencias.—Cualquier maestro, ausente de su puesto, comunicará con la mayor prontitud al Director, y por escrito, los motivos de su ausencia, determinando su probable duración.

Y si el informe resultare falso, perderá su destino.

Ni aún maestro subordinado, ausente de su puesto, podrá ser escusado, si no comunica con toda prontitud la causa de su ausencia al Director, ni tampoco se dispensarán las faltas de asistencia, sino á virtud de informe que dirija el Director á la Junta de Instrucción.

Profesoras que Contraen Matrimonio.—Cualquier maestra que se case, comunicará por escrito el nombre de su marido y su dirección á la Secretaría de esta Junta y al Presidente del Consejo de Inspectores del Distrito en que está empleada: y la que dejare de cumplir con este precepto dentro de los tres dias después de su matrimonio, perderá desde luego su destino, así como el sueldo que le hubiere de corresponder desde su casamiento.

Tiempo Ocupado en la enseñanza.—Todo maestro está obligado á ocupar la totalidad de la duración de las clases ó el tiempo por

que fué contratado, en las tareas de la enseñanza ó en los apuntes y anotaciones que se ofreciesen en ese transcurso: y ningún auxiliar percibirá salario ó recibirá compensación de ninguna clase si fué empleado como maestro especial durante las horas de clase.

Pérdida del destino.—Todo maestro ó portero que observare una conducta deshonrosa ó inmoral, ó que fuere incompetente para la plaza que desempeña ó que violare á sabiendas cualquier precepto de este Reglamento, perderá su destino: no pudiendo después de esto, ser empleado en ninguna escuela, á no s[illegible] la Junta le condonare la pena.

Prohibición de Castigos Corporales.—En lo sucesivo no se impondrá castigo corporal de ninguna especie en las escuelas públicas.

Violación de este artículo.—Todo Director, Inspector ó Superintendente conocedor de la infracción del anterior artículo, debe denunciar el hecho á la Junta de Instrucción, manifestando el nombre del maestro que hubiere empleado cualquier castigo corporal, que inflinja daño físico, ó que trate de evadir su prohibición en las escuelas sujetas á la autoridad de la Junta.

Todo maestro culpable de la violación del artículo relativo al castigo corporal, será penado con la pérdida del sueldo que le corresponda en un tiempo no menor de cinco dias, ni mayor de treinta, ó será despedido de la escuela, como más justo ó conveniente parezca á la Comisión encargada de los maestros; con tal que la medida del Comité sea aprobada por la Junta.

Maestros experimentados para el Quinto y Sexto Grado.—El quinto y sexto Grados de las Escuelas ó Departamentos Primarios estarán bajo la inspección y á cargo de maestros cuya aptitud y experiencia los habilite de una manera especial para el objeto.

Repaso de Estudios que deben Preceder á las promociones.—Todo examen con el objeto de promover á grados superiores, será precedido de un repaso completo de todos los estudios concluidos en el grado de que ha de hacerse la promoción.

Concesión de vales.—1. En todas las clases de las escuelas Primarias ó de Gramática, se llevará una nota diaria en el libro conocido con el nombre de Registro núm. 7 de todos los vales concedidos á los discípulos por su puntual asistencia ó buena conducta y aplicación.

2. En las escuelas de Gramática y en los grados 1, 2 y 3 de las Primarias, el mayor número de puntos concedidos por conducta será 10: por asistencia puntual 10: y por cada clase 10. La escala de apreciación para estas distinciones será: 10 sobresaliente. De 8 á 5, regular y 0 pésimo.

3. A la conclusión del mes, se multiplicará por 10 el número total de clases ú otros ejercicios durante el mes, á cuyo producto se agregará el que resulta de multiplicar por 20, el número de dias de clase y esto constituirá el tipo para ese mes y la base de todos los diplomas, testimonios de mérito ó estado que se dirijan á los padres.

4. En los grados 4, 5 y 6 de las escuelas primarias el máximun de puntos buenos por canducta será 10; asistencia puntual 10; por la totalidad de los ejercicios de clase 10 y el máximun de calificación baja por cualquier ejercicio ó durante él, 2. El tipo para cada mes se obtiene multiplicando el número de dias de clase por 30.

5. Si se conceden recompensas extraordinarias por un mérito superior, nunca deben exceder de 10 por ciento del tipo.

6. En ningún caso se perderán por mala conducta los vales ganados por asistencia ó por aplicación.

7. En la columna marcada con asistencia, la de cada medio dia se marcará por separado.

8. Si se usaren libros diarios deberán ser anotados en correspondencia con los registros generales de clase, llevados según se dice arriba.

9. Siempre que un alumno acreditare mediante la comunicación de su padre ó tutor, no haber asistido á clase por causa de enfermedad ú observancia religiosa, será excusado, sin que pierda su testimonio de mérito y conservando, hasta donde sea posible, su puesto en la clase. No obstante, tales alumnos deben considerarse ausentes para los efectos del registro.

Discípulos Incorregibles.—Todo alumno que resultare incorregible ó que persista en su desobediencia á las reglas señaladas para el gobierno de la escuela ó de la clase, ó que resista á la autoridad de su Director ó Maestro, ó cuya depravación pueda contagiar ó ser dañina á la clase ó la escuela, podrá ser separado por el Director.

En tales casos, el Director dará cuenta inmediata al padre ó

tutor del discípulo, así como al Superinteudente de la cindad y al Presidente de la Junta Inspectora del Distrito.

El padre ó tutor dentro de los 10 dias podrá apelar de la decisión á la Junta que averiguará el asunto, comunicando el resultado al Superintendente de la ciudad. Si no se entabla la apelación ó fuere desestimada, será deber del Superintendente comunicar á los Directores de las otras escuelas para el mismo sexo, el nombre del niño separado. El alumno ó alumna que se encontraren en ese caso, no podrá ser admitido en ninguna otra escuela hasta haber dado prueba bastante de enmienda al Superintendente. Dicho certificado dá derecho al favorecido para ingreso en la misma escuela ó en otra.

Los Inspectores pueden solicitar el pase de cualquier discípulo despedido á otra escuela que esté bajo su administración, siempre que, á su juicio, la medida pudiere resultar beneficiosa para el alumno.

Los discípulos no deben ser Mandados Fuera de la Escuela.—Los discípulos no saldrán del sitio de la escuela para recados, durante las horas de clase, escepto en casos de necesidad ó emergencia y con el consentimiento del discípulo: y aún en ese mismo caso, con la autorización del Director ó el que hace sus veces, quienes están facultados únicamente para mandar un niño de edad y discreción convenientes, debiendo anotar en un registro el nombre del alumno con la fecha, motivo y duración de la ausencia.

Exposiciones.--Las exposiciones públicas que exijan preparación especial, solo serán permitidas una vez al año en las escuelas ó sus departamentos, á no ser que mediase permiso del Consejo.

Tampoco se permitirán exposiciones ó diversiones en la parte exterior del edificio de la escuela, sin el consentimiento de la Junta de Instrucción.

Prohibición de Regalos.—Ningún maestro hará regalos ó contribuirá para hacerlos á un empleado de la escuela ó superintendente, ni se harán colectas de dinero entre discípulos ó maestros, con el objeto de hacer un presente á un maestro, ó empleado, ó superintendente, ó con otro propósito cualquiera, á no ser que hubiere sido previamente sancionado por esta Junta.

Gratificaciones á los aeMetros.—Los maestros no recibirán por la enseñanza dada en el edificio de la escuela, otra retribución que el sueldo abonado por esta Junta.

Deberes de los Directores.

Registro de Asistencia de los Profesores.—Todo Director llevará un registro diario de asistencia de los Profesores, haciendo constar la hora de su llegada y salida, así como de cualquier ausencia expresando el motivo de ella.

Faltas de Asistencia de los Maestros.—Todo Director está obligado á comunicar, sin tardanza á la Junta, todas las ausencias de los profesores, determinando la causa conocida de ese hecho.

Comunicación de otros Hechos.—Todos los Directores de las distintas escuelas informarán mensualmente al Superintendente de la ciudad, de aquellos hechos que estimen en relación con la asistencia de maestros y discípulos.

Separación de Alumnos.—Todo Director que hubiere separado de su escuela á un alumno, debe comunicarlo inmediatamente al padre ó tutor, al Superintendente y al Presidente de la Junta de Enseñanza.

Omisión de los Dias de Clase.—A cada Nómina mensual debe acompañar un informe del Director, manifestando si con anterioridad á la fecha y subsiguientemente al último informe anterior, se ha omitido alguna clase, esceptuando los dias declarados festivos y los períodos de vacación señalados por el Reglamento de la Junta. En caso afirmativo determinará el todo ó parte de tiempo omitido, el motivo y la autorización.

Los Directores pueden Visitar otras Escuelas.—El Comité de cualquier Barrio puede autorizar al Director que lo solicite, para que se ausente de su Departamento ó Escuela, con ánimo de visitar cualquier otra por un espacio que no exceda de tres dias, cada año.

Presentación de Datos á los Examinadores.—Siempre que el Superintendente de la Ciudad ó sus auxiliares visitaren una escuela para examinarla, está obligado el Director á proporcionar los datos relativos al número de alumnos con el registro de cada clase, el tiempo de su permanencia en ellos, su edad, los estudios que se siguen, el adelanto de los discípulos y cuantos datos puedan estimar convenientes para formar juicio de la eficacia de la instrucción dispensada.

Promoción de las Escuelas Primarias ú otras Superiores.—Ten-

drá lugar dos veces al año y nunca con mayor frecuencia, á no ser que el Superintendente lo autorizase por escrito: y ningún discípulo podrá pasar de la Escuela Primaria, sin ser examinado en todos los estudios del Primer Grado que señala el Plan de Estudios para las escuelas primarias, y después de calificado por el Director del Departamento á que debe hacerse la promoción en cuyo caso, el traslado se hará sin demora.

Los discípulos pueden ser trasladados á las escuelas Superiores, antes de haber completado su primer Grado en las escuelas primarias, con la aprobación de la Comisión de Estudios y Libros de Texto, y recomendación del Superintendente de la ciudad, á quien el Comité de Barrio debe dirigir la petición, manifestando que el referido traslado es necesario para alijerar una escuela Primaria demasiado concurrida, ó para cubrir vacantes en las clases de la Escuela superior.

Los discípulos así trasladados á cualquier escuela Superior, pueden permanecer en el Grado Primario, hasta ser regularmente promovidos del mismo; pero deberán contarse para la asistencia como pertenecientes á la Escuela Superior.

Discípulos que Dejan la Escuela entre la Edad de Ocho y Catorce Años.—Todo Director de Escuela trasmitirá al Superintendente de la Ciudad, al fin de cada semana, una relación de los niños entre ocho y catorce años, de los que tiene motivos para creer que abandonaron la escuela con ánimo de entregarse á cualquier ocupación.

Será también de su deber comunicar á los celadores de vagancia del distrito en que está situada la escuela, los nombres de aquellos niños entre ocho y catorce años y nada más que aquellos, cuya falta se puede atribuir con fundamento á motivos de holganza.

Registro de Niños Vagamundos entre Ocho y Catorce años.—Es deber de todo Director conservar nota en un Registro para el objeto, de todos los niños entre ocho y catorce años de quienes se ha informado á los celadores de vagancia, juntamente con una escrupulosa anotación de las disposiciones que hubiesen tomado tales agentes en cada caso.

Deben también dar entrada en el Registro á todo niño entre ocho y catorce años, no matriculado en su escuela y presentado por un celador de vagancia, anotando también cualquier circuns-

tancia relativa al menor que hubiera podido comunicar el referido agente.

Registro de Residencia de los Padres.—Están obligados los Directores, al abrirse las clases en Setiembre de cada año, á averiguar y registrar la residencia y nombres de los padres ó tutores de los niños que asisten ó solicitan la admisión á la escuela.

Registro de Niños no Admitidos en la Escuela.—El Director de cada Escuela y Departamento bajo la jurisdicción de esta Junta, llevará un Registro de los niños cuya admisión hubiere rehusado; y su nombre, edad y residencia se insertarán en el informe mensual al Superintendente de la Ciudad.

Ejercicios para el rápido Desalojo del Edificio.—Los Directores de las distintas Escuelas y Departamentos, bajo la dirección del Superintendente, instruirán y ejercitarán á los alumnos, para que en caso de repentina emergencia, sepan abandonar el edificio, á la mayor brevedad y sin confusión ni pánico.

Examen de Clases é Informes del Resultado.—Los Directores de todas las Escuelas examinarán las clases en todas las asignaturas prescritas, dos veces al año, por lo menos; es decir; inmediatamente antes de cada promoción.

Anotarán los resultados en un libro especial, remitiéndolos al mismo tiempo al Superintendente, quien á su vez, dejará constancia de ellos en su Registro. Las calificaciones usadas por el Director en tal examen, serán las mismas que las que usa el Superintendente.

Habilitación de los Maestros.—Antes de haber fijado cualquier obligación á los maestros, es preciso que el Director sepa si tienen la autorización correspondiente para enseñar.

Servicios Médicos en Casos de Accidente.—El Secretario de la Junta de Educación facilitará á los directores de escuelas públicas, una relación cierta de los nombres y residencia de los Médicos Municipales ó Inspectores de Higiene, establecidos en las cercanías de cada escuela, para que, en cualquier accidente, dichos Directores soliciten de estos funcionarios los servicios médicos que demanden cada caso, quedando autorizados para llamar á cualquier médico en ejercicio activo á expensas de la Junta, cuando estén ausentes los funcionarios de la Ciudad.

Los Discípulos no Comprarán Material de Clases.—El Director de cada escuela pedirá al Depositario los efectos necesarios, te-

niendo cuidado de proveer á cada niño de libros, pizarras y cuantos utensilios sean precisos, sin que, por ningún concepto, requiera á ningún alumno á que los compre por cuenta propia.

Material de Escuelas. Inventario.—Cuando una Escuela necesite utensilios de cualquier especie, serán éstos perfectamente anotados en el libro que facilite el Comité y la Relación será suscrita con la firma del Director y Vto. Bno. del Oficial de la Comisión del Barrio autorizado para el efecto.

En la última semana de cada año se practicará un inventario de los libros, pizarras, mapas y otros artículos comprendidos bajo la denominación de Material de clases, utilizando las planillas que remita para ese objeto de Secretario de la Junta quien, recibido el documento, lo archivará.

El Inventario determinará el estado de los efectos en columna separada con las calificaciones de Bueno, Medio Uso y Viejo. Al estimar la cantidad disponible, se registrará la totalidad de efectos «Buenos» la mitad de los de «Medio Uso» y la cuarta parte de los «Viejos.»

Admisión de Alumnos en el Edificio de la Escuela y su Vigilancia.—Los Directores tomarán las medidas oportunas para la admisión de íos alumnos en el edificio á las 8 y 40, y en mal tiempo, á las 8 y 20; asegurando la vigilancia de los patios de recreo mientras los discípulos permanecen en ellos.

Será también de su deber inspeccionar el estado de limpieza de las clases, patios, etc., dando cuenta á la Comisión de Barrio de cualquier descuido por parte del portero, y si las quejas no son atendidas, al Superintendente de la Ciudad.

Orden de los Ejercicios.—Al disponer el orden de los ejercicios en una escuela ó Departamento Primario, el mínimun de tiempo por semana será el siguiente:

Lecciones de Lenguaje, seis horas; aritmética, cuatro horas; escritura, dos horas; dibujo, treinta minutos; geografía, primer grado, treinta minutos. Costura, 1º, 2º y 3er. grado de niñas, una hora.

Apertura de los ejercicios, quince minutos; receso de la mañana, grados 6º, 5º y 4º, veinte minutos; grados 3º, 2º y 1º, quince minutos; recreo de la mañana, una hora. El remanente del tiempo por semana puede distribuirse á discreción del Director.

Los ejercicios comenzarán precisamente á las 9 y la salida de

clases á las 3, pudiendo hacerse en los Departamentos á las 2 y 50. Ni antes de las 9, ni después de las 3, se celebrarán ejercicios de ninguna especie.

Deberes de los porteros

Durante las Horas de Clase.—Permanecerán en los edificios ó patios mientras duren las clases, dispuestos para todo servicio personal en caso necesario.

Informes al Director.—Informarán personalmente al Director en cada una de las sesiones de la escuela: tomarán nota en el primer dia de cada mes del gas consumido en las respectivas escuelas en el mes que precede, dando cuenta al Secretario de la Junta, quien conservará copia de lo comunicado.

Será deber de todos los porteros que vivan en el edificio, dejar en su ausencia accidental alguna persona encargada.

Los porteros que no vivan en el edificio deben visitarlo el tiempo necesario para su inspección en horas que no sean de clase. Pero en ningún caso podrán tener su residencia á distancia mayor de 500 varas de la escuela, á no ser con permiso del ingeniero y aprobación de la Junta.

Responsabilidad por la Seguridad de los Edificios.—Los porteros serán responsables de la seguridad de los edificios, cuidando de sus puertas, vidrieras y medios de comunicación y acceso, dando cuenta al Director ó miembros de la Comisión de Barrio, de cualquier desperfecto que observaren.

Manual de Maestros.—Si éste fuere adoptado por la Junta se considerará regla de conducta y gobierno en el cumplimiento de los deberes de los maestros, en tanto cuanto sus disposiciones no sean incompatibles con el Reglamento de esta Junta.

MANUEL VALDES RODRIGUEZ.

(Continuará.)

ANTE EL CUADRO DE MENOCAL

Entre las pocas satisfacciones mentales que me restan, cuento como las mayores la lectura de Shakespeare y el recuerdo de algunas telas admirables que me ha sido dado contemplar. Horas he pasado ante la Visitación de Rafael de Urbino, fascinado por la expresión inefable de los ojos de Santa Isabel, fijos en el seno de María, con tan dulce tristeza, como si en esa mirada se desliera algo del conocimiento resignado del largo martirio que precede y sigue á la maternidad. Y nunca he podido olvidar dos ojos de fuego, que vi en un cuadro de autor para mí desconocido, ojos que un anciano vestido de púrpura clavaba como dos dagas emponzoñadas en un mancebo, el cual miraba distraido el agua silenciosa por donde vogaban en una góndola. No sé lo que la tela representaba, pero así debió mirar el viejo Azo al joven Hugo, antes de hacerlo decapitar.

Ignoro por qué afinidades de mi organización mental, hasta ahora, en las obras maestras de la pintura que he visto originales, lo que me ha seducido en primer término ha sido la expresión de los afectos. He buscado el alma á través de la figura, y encontrarla é interpretarla ha sido mi deleite. Aún los mejores paisajes me han conmovido poco, si no podía prestarles alguna significación emocional. Comprendía vagamente que eso no es la pintura, ó cuando más que es solo una parte de lo que se propone hacer el pintor. Pero estaba muy lejos de sospechar que había de ser en Cuba, donde se me había de revelar, en toda su fuerza seductora, el hechizo prestigioso del colorido. Ante el gran cuadro de Menocal he comprendido por primera vez plenamente

que basta el color para transportar el espíritu. Es decir, para crear, en lo que tiene de específico, la emoción artística.

Cuando estuve frente á la tela lo que sentí fué deslumbramiento. La luz que venía del cuadro me ofuscaba. Era el cielo de Cuba en la plenitud del mediodía. Era el mar bruñido bajo la lluvia de fuego. Lo demás no era todavía nada para mí. No podía apartar los ojos de aquel cielo y de aquel mar. Sabía que estaban á pocos pasos y me parecían perderse en lontananza, irse á tocar allá, muy lejos, en el remoto horizonte, dejándome la sensación de lo ilimitado, de lo infinito. Veía realizado lo que me había parecido imposible; puesto en un cuadro, por un pincel y con colores, un pedazo del cielo de los trópicos, y difundida por ese ambiente la claridad meridiana de nuestros dias de primavera. El milagro estaba hecho. Menocal había aprisionado lo impalpable. El también había engendrado la luz: *èguéneto fôs.*

Cuando me hube saciado de tanta claridad y transparencia, quise reconocer las figuras que se movían envueltas por esa atmósfera luminosa. Entonces vi destacarse, con el relieve de la realidad, los hombres del grupo maravilloso del esquife, la humillada figura del Gran Almirante, el fraile meditabundo y todo el concurso de soldados y curiosos, de amigos y enemigos del titán condenado. El sombrío drama que se desarrollaba en el esplendor de aquel hermoso dia equinoccial, ante ese mar sereno y doloso, encadenó mi espíritu, y por más de media hora fuí espectador conmovido de aquella torpe iniquidad, que no ha podido enterrar aún el gran cómplice y encubridor de las grandes maldades históricas, el tiempo.

¡Cómo sentí en aquellos instantes el poder maravilloso del arte! Transportado fuera del tiempo, lanzado en espíritu hacia atrás, en la oscuridad de los siglos que fueron, pude experimentar emociones, que jamás me ha ofrecido, ni ha de ofrecerme mi vida cotidiana; estuve en el siglo XV, en la Española, y ví con ojos de dolor á Colón arrastrando sus grillos, al capitán Vallejo ofreciéndole la mano para bajar al bote vacilante, y la nao anclada á lo lejos, con la proa hacia el ancho mar, marcando el rumbo hacia la reparación tardía é irrisoria. Y todo un aspecto de la vida humana, deforme y monstruosa, se mostró á mis ojos; y cuando me oprimía el peso de mis pensamientos amargos, pude sacudir la carga, repitiéndome—¡estéril consuelo!—eso, que fué la

realidad, ya es solo evocación de la fantasía inflamada por el genio. Y como en un horrible sueño, en que nos quedan vislumbres de la vigilia, solemos decirnos, estoy soñando; así me decía yo: eso es pintado.

He oido decir á personas inteligentes que el cuadro tiene muchos defectos. Al oirlos, he bendecido mi ignorancia. Porque sin duda á mi desconocimiento de las reglas de ese arte exquisito debo el haber gozado tan intensa emoción, sin sombras ni intermitencia. El acicate del espíritu crítico no me ha lastimado, ni ha logrado sacarme de mi arrobamiento. Y si alguien se empeñara en hacerme notar algún matiz no bien combinado ó alguna incorrección de dibujo, le interrumpiría diciéndole: «Pero déjeme V. gozar de esa luz, que es luz de cielo, y respirar este ambiente embalsamado, y tocar estas ropas que se agitan y oir lo que dicen esos hombres, los que cuchichean y aún los que tienen entorpecida la lengua por el dolor!»

ENRIQUE JOSE VARONA.

UN FORASTERO EN SU PATRIA

NOTICIAS SOBRE D. JOSE ANTONIO MIRALLA

(FINALIZA.)

Este es el tono y el caracter de la elocuencia literaria de mejor ley en nuestra América, al comenzar en ella el movimiento que la llevó á la emancipación. Cualquiera que lea las páginas de donde tomamos el trozo anterior, no podrá menos que convenir en que ellas son el fruto de la cabeza de un hombre de ingenio, formado por la naturaleza y el estudio para honrar la carrera de las letras.

El cuaderno de la «breve descripción», contiene versos en todo metro y medida, anónimos en su mayor parte. Tenemos la sospecha de que algunos de ellos pertenecen á Miralla, y especialmente el siguiente cuarteto que se colocó sobre el frontis *iluminado* de las casas consulares: el dejo á *culto* que tienen estos cuatro endecasílabos, es propio del terreno en donde brotaron.

Estas llamas ardientes simbolizan
El amor que mereces á este pueblo:
Su inquietud el deseo de tu gloria
Su claridad la luz de tu consejo.

La única composición poética, firmada con iniciales entre las que allí se registran, pertenece á D. José Sánchez Carrión, que

era todavía estudiante y quien mucho más tarde se hizo notable por la parte que tomó en la emancipación del Perú y por el cargo de Ministro general de Bolívar que desempeñó hasta la batalla de Junin. Este personaje se liga con nuestra historia en cuanto se le considera por algunos como rival poco generoso del doctor Monteagudo, asesinado alevosa y misteriosamente en las calles de Lima durante la influencia política de Sánchez Carrión. Sea de esto lo que fuere, nos toca decir que la composición poética del futuro ministro es sumamente notable como obra de inspiración y de patriotismo y que merece un lugar entre las mejores de la musa revolucionaria. Considerando que hasta el año de 1821, no logró el Perú incorporarse á las repúblicas hermanas, independientes desde 1810, no podrá menos que causar extrañeza el leer los primeros versos de aquella oda:

Atado estaba el continente nuevo,
Trescientos años con servil cadena,
A cuyo ronco son su acerba pena,
Su eterna esclavitud, llorar solía
En triste desventura,
Desde el dulce nacer del alba pura
Hasta que el padre de la luz moría.

Baquijano después de apurar la copa de la vanidad y del amor propio, emprendió su viaje á Europa, siguiendo la vía de Panamá, llevando en su compañía á su nuevo amigo y protegido Miralla, cuyo talento acababa de dar realce y permanencia á los ruidosos adioses tributados por la ciudad de los Reyes al ídolo de sus esperanzas. Acompañábale Miralla, en clase de *secretario particular*, según noticia comunicada por el Sr. García del Rio. (1)

Miralla residió algún tiempo en Madrid á la sombra de su protector, quien vivía en aquella capital, como en Lima, con gran lujo y ostentación, siendo su casa el centro de concurrencia de los americanos distinguidos que allí se encontraban.

Baquijano tenía á la par de sus buenas cualidades, debilidades de carácter y de conducta que le predisponían á la cortesanía y á la adoración de los poderosos. Faltábale la entereza que solo

(1) En carta fechada en Lima á 15 de Octubre de 1852, que recibimos en Valparaiso, y de la cual nos valemos en varios pormenores de esta biografía.

se adquiere con la práctica de las virtudes severas, y el juego y licia destemplaron la fuerza que su espíritu pudo haber adquirido en la meditación y el estudio á que sin disputa tenía inclinación.

Cúpole á mayor abundamiento, la desgracia de ligarse con estrechos vínculos á los ministros del absolutismo de Fernando VII, nacidos ambos en América por una aberración singular. Era el uno el Conde de San Carlos, peruano, y el otro el mejicano Lardizabal.

VI.

La reunión á Cortes había convertido á Madrid en residencia de muchos americanos distinguidos, quienes se dividieron, afiliándose en el uno ó en el otro de los dos grandes partidos que giataban entonces á la península.

Los americanos liberales que veían en el triunfo del sistema constitucional de la metrópoli, el triunfo de la libertad en las colonias, manifestaron con noble valentía, su indignación contra el decreto de 4 de Mayo de 1814 aboliendo la constitución y disolviendo las Cortes del reino, como consecuencia de aquella funesta medida.

D. Vicente Rocafuerte, y Rivero, diputados por las ciudades de Guayaquil y de Arequipa, llevaron la energía de sus convicciones y principios hasta negarse á asistir á una audiencia real á que fueron expresamente invitados, alegando que no era digno de sus respetos un monarca que hacía gemir en las cárceles á los diputados liberales cuyas opiniones estaban garantidas por el régimen constitucional bajo cuyo imperio las habían emitido. Esta valiente resolución, tomada y declarada en los momentos de la reacción absolutista, fué castigada severamente. Rivero, arrebatado de los brazos de su joven y reciente compañera, fué encerrado en la obscuridad de una prisión de Estado, en donde gimió durante seis años.

Es de presumir que la gratitud no flaquease en el ardiente corazón de Miralla, pero también es presumible que sus opiniones políticas y su devoción á la causa de la independencia america-

na, que tan abiertamente sirvió más tarde, levantasen un celaje opaco y frio en las relaciones amistosas entre el magnate protector que se plegaba en silencio y tal vez con aplauso al reinado de la tiranía y del fanatismo, y su protegido, novel y obscuro literato republicano.

Hay muchos fundamentos para presumir también que Miralla pensaba como el ecuatoriano Rocafuerte, quien decía «que los americanos eran más delincuentes que los españoles en reconocer al rey absoluto, porque sufrían más de su lejano despotismo, y porque había llegado la época en que era obligación de ellos trabajar por sacudir el yugo español y combatirlo de todos modos.»

Cuando el mismo Rocafuerte tocaba al fin de una carrera tan llena de amarguras como de importantes y costosos servicios á la libertad y la ilustración del nuevo mundo, volviendo la memoria à la aurora de la revolución, exclamaba desde Lima en 1844. «En esa época felíz yo consideraba toda la América española como la patria de mi nacimiento.»

Esta también era la manera de sentir de todos los americanos ilustres que el espíritu de paternidad filosófica del siglo XVIII había preparado oportunamente para esa larga y heróica lucha de que había de resultar la independencia de un mundo entero.

Bolivar, Morelos, San Martín, se buscaban anhelantes con el pensamiento en ese océano de llanuras, de bosques y de montañas vírgenes que fueron teatro de la lucha de emancipación, deseándose mútuamente el acierto y la victoria en la idéntica causa que sostenían con tanta constancia y valor.

Camilo Enrique no reconoce en aquella época capacidad en los Andes para separar en dos distintas patrias el suelo chileno y el argentino, y electriza sucesivamente con sus escritos republicanos á Santiago y á Buenos Aires. El Dr. D. Bernardo Vera, ignorado y casi completamente desconocido á las márgenes del Paraná, donde tuvo su cuna, vivirá eternamente en los fastos de la revolución chilena, como pensador, como magistrado, como el Tirteo de los primeros himnos patrios.

A este tenor, muchos otros americanos fueron de la misma manera de pensar que Rocafuerte. Miembros de una misma familia por los principios, las aspiraciones y los fines, siguieron el rumbo que el destino quiso señalarles y cultivaron el campo de la independencia con la pluma y la espada como una heredad

común. Las victorias de Boyacá y de Maypú, alcanzadas por dos distintos héroes en dos opuestos extremos de la américa española, son tan hermanas como Leutres y Mantinea.

Miralla vivía en la atmósfera de esas mismas generosas ideas, y desde los dominios españoles mantenía fijo el pensamiento de su patria, mucho más cara para él desde que la consideraba libre é independiente. Estos sentimientos le atrajeron una seria persecución en Madrid, agravada con las pesquizas que sobre sus creencias filosóficas entabló contra él la Inquisición, instrumento activo del poder absoluto, y se vió forzado á trasladarse clandestinamente á Inglaterra. En Julio de 1822, escribía á su antiguo rector el doctor Charroazin, «que el principal é inalterable anhelo de su alma había sido siempre el volver al círculo de sus amigos y paisanos y al grato calor de sus hogares.» Databa estas palabras desde la ciudad de la Habana, en donde residía cuando menos desde 1820. (1) En aquel mismo año 22 se registra su nombre en la Guía de Forasteros de la Habana, inscripto en clase de comerciante con casa en el número 6 de la calle de San Ignacio.

VII.

Cómo y por qué raras sendas había llegado el discípulo del colegio de San Carlos de Buenos Aires, del de San Fernando en Lima, el poeta de las fiestas de Baquijano, á ejercer en las Antillas una carrera tan opuesta á la medicina y á la literatura? El tiempo aclarará este misterio, si los presentes renglones despiertan en algún otro argentino en lo sucesivo, la misma curiosidad que experimenta quien los escribe por conocer las vicisitudes de la existencia peregrina de aquel compatriota.

El hecho es que no solo era Miralla por entonces un comerciante habanero, sino también dueño acaudalado de ingenios de azúcar y de plantaciones de tabaco. Su casa estaba abierta á la mejor sociedad y era huésped franco y generoso de los hijos del continente á quienes los negocios ó la casualidad llevaban al lugar de su residencia. Uno de estos me ha referido varias anécdotas que prueban la liberalidad de Miralla. (2)

(1) Desde 1815, nos decía el Sr. D. Juan G. del Río en su mencionada carta
(2) El General D. Angel Pacheco, condiscípulo de Miralla en filosofía.

En un verano sumamente caloroso, habían salido varias familias de la Habana á un lugar de campo situado sobre el litoral con el objeto de tomar baños y respirar el aire libre. Formaban todas reunidas, una sociedad alegre abrigada bajo tiendas y galpones espaciosos y cómodos.

Pero cuando menos se esperaba fueron interrumpidos los alegres bañistas por las llamas de un incendio que devoró sus habitaciones improvisadas.

Hallábase Miralla á la sazón en uno de sus establecimientos industriales, inmediato al lugar de la catástrofe, y apenas tuvo conocimiento de ella, ordenó á sus gentes de trabajo abriesen un camino cómodo para trasladar en carruajes y hospedar en su casa á las personas á quienes la voracidad del fuego había dejado completamente en la intemperie.

Este acto caballeresco y desprendido puede dar una idea de la manera como Miralla hacía uso de los beneficios de la fortuna. Su generosidad y su mérito le habían granjeado numerosos amigos, y su influjo en la sociedad habanera debía ser grande, pues el día 15 de Abril de 1820 logró aquietar el *furor popular*, que, no sabemos con qué motivo, estalló en la capital de Cuba de una manera amenazadora para la tranquilidad pública. Su amigo el célebre Fernández Madrid, de quien se hablará más adelante, le dirigió el siguiente *soneto* en elogio de la elocuencia y el denuedo conque habia logrado calmar la irritación de la muchedumbre:

Vísteis alguna vez del mar airado
Encresparse las olas agitadas,
Cuando de opuestos vientos contrastadas
Bramando sin piedad se han levantado?

Ya descienden de un cielo encapotado
Las centellas por Júpiter lanzadas;
Ya no atiende á las velas destrozadas
El marinero absorto y consternado

Pero armada la diestra del tridente
Habla Neptuno y calla el oceano
Que la voz reconoce omnipotente

Imagen de ese mar fué el pueblo Habano

Y de Neptuno el joven elocuente,
Que aplacar supo su furor insano. (1)

Este soneto traza por sí solo un rago característico de la fisonomía moral de nuestro compatriota, y le coloca en el número de esos varones insignes en merecimientos, cuyas palabras son poderosas para aplacar el mar de las iras populares:

Ille regit dictis animos, et pectora mulcet

VIII

El restablecimiento de la constitución en Cadiz permitió á los amigos de la independencia americana residentes en la principal de las islas Antillas, mayor libertad para sus proyectos y trabajos. Existía en la Habana una asociación secreta relacionada con otras de la misma clase establecidas en Colombia con el objeto de ganar prosélitos y difundir ideas á favor de la gran causa de nuestro continente.

Miralla tomó una parte principal y activa en esos trabajos peligrosos y aprovechando de la libertad de imprenta que el movimiento revolucionario de Riego y Quiroga había devuelto á los súbditos españoles, se asoció al mencionado Fernández Madrid para escribir en el sentido de la democracia y de la independen- americana.

En 1821 fundaron ambos en la misma Habana un periódico titulado el *Argos* para influir en la política del continente y en especial en la de los habitantes de Méjico, en donde acababa de dar Iturbide el grito de rebelión (24 de Febrero de 1821).

Las ideas monárquicas del *plan de Iguala* dejaban demasiado transparentes los fines de ambición personal que se realizaron en 18 de Mayo de 1822; dia en que se vió en América la parodia de un emperador consagrado por el motín militar de un sargento.

Los verdaderos patriotas mejicanos querían entrar francamente en el camino natural de los destinos de América que ellos comprendían y aceptaban como ley infalible en lo futuro. Aspiraban

(1) Poesías de D. José Fernández Madrid, tomo 1º Habana 1822. Imp. Fraternal, pág. 45--83 páginas n. 4º

al triunfo del sistema democrático republicano y á la comunidad de principios é intereses con los nuevos Estados que nacían á la independencia, para que esta gran familia de naciones llegase á ser próspera y felíz por medio del orden y de una sabia administración económica.

El programa del *Argos* era este mismo, y éstas las ideas y tendencias á cuyo servicio se pusieron sus inteligentes redactores.

Fernández Madrid, nacido en Cartagena de la nueva Colombia en 1789 y cuya existencia se apagó en las cercanías de Londres en 1830, casi nos es más conocido que su amigo Miralla, al cual solo llevaba un año de diferencia en edad. Llegó á obtener dentro y fuera del territorio de la República de su nacimiento las posiciones más elevadas de la magistratura y de la diplomacia. Orador elocuente, versado en las ciencias, ha salvado su nombre del olvido, no tanto por el distinguido papel que desempeñó en el teatro de la política cuanto por las amables cualidades de su carácter y por su aventajada inspiración poética.

Es natural presumir que entre el argentino y el colombiano que habían vaciado sus pensamientos y pasiones políticas en el molde de las columnas del *Argos*, existiese una especial analogía de carácter y en las propensiones del espíritu, cultivado en ambos por la disciplina de la escuela y por la enseñanza práctica que proporcionan los viajes. Madrid era médico de profesión, y Miralla, como hemos visto, había frecuentado los anfiteatros de Lima: ambos amaban la poesía y más que á ésta á la patria y á la libertad.

Madrid publicó una colección completa de sus composiciones poéticas en Londres el año 1828, y en ella se encuentran huellas bien visibles de su intimidad con Miralla, de las inclinaciones literarias de este y de la influencia que ejerció en la sociedad habanera en cuyo seno pasaron ambos juntos algunos de sus mejores años. En esa colección se reprodujo el soneto que acaba de leerse.

Madrid ejercía la medicina y su amigo y colaborador de tareas periodísticas se ocupaba de comercio y de industria. La de ambos debía ser afanosa; y aunque la ocupación y el trabajo son los mayores enemigos del fastidio, sin embargo, en su calidad de expatriados experimentaban sin duda aquel desabrimiento de ánimo que se apodera del que está ausente del lugar en que na-

ció y que á veces toma el carácter de una enfermedad que aniquila las fuerzas físicas y con ellas el poder de la voluntad. Pero aún este flanco por donde pudiera penetrar el aburrimiento, estaba defendido en aquellas dos almas activas, hermanadas por los santos vínculos del talento y de la común afición á las letras, por esas hadas benéficas que aligeran las horas perezozas de la desgracia y confortan el ánimo en los momentos de desmayo moral.

En horas en que el atractivo de la hamaca, de la bañadera ó de la indolente siesta, derramaban sueño y silencio sobre los vecinos de la Habana, heridos de lleno por el sol del trópico, deponía el doctor su bastón de borlas, el comerciante cerraba su caja, y dando de mano á las tareas serias, inclusas las de la redacción del periódico político, evocaban las musas ligeras y se daban de todo corazón á la esgrima de las agudezas sazonadas con la rima y el consonante, los cuales cuando son fáciles y oportunos, levantan el relieve de las obras de imaginación.

Miralla era la inspiración, Madrid quien desenvolvía en versos suaves, naturales y espontáneos, como hebras de seda de un hermoso capullo que se devana, las ideas sugeridas por el amigo. Bastaba el más mínimo toque á aquellas dos cuerdas simpáticas para que produjeran el mismo sonido y la misma harmonía; y sobre tema cualquiera, al parecer trivial, elevaban un canto digno de conservarse entre las más selectas inspiraciones del ingenio sud-americano.

El poeta colombiano escribió en una de las ocasiones que acabamos de señalar, una bellísima sátira, en nobles tercetos, tomando por tema y epígrafe de ella los dos siguientes endecasílabos del literato argentino:

Hay en el mundo dos felicidades,
Una ser rico y otra ser soltero.

Esta sátira confirma accidentalmente, la índole del genio y del natural de Miralla enteramente argentinos. Doce años de apartamiento de la patria no habían podido desvirtuar en éste las amables dotes intelectuales ni los arranques del carácter desenvuelto y comunicativo que distingue á los hijos de nuestro país, acarreándoles la crítica ó el elogio de los extraños. Así se infiere

del pasaje siguiente de la mencionada composición de Madrid, dirigida á quien la había sugerido:

Porque sabes hablar eres pedante;
Porque entiendes de todo eres ligero;
Por ameno y jovial eres tunante,
Así te juzga el público habanero.....

IX.

A la edad de treinta años, que era la que contaban los dos amigos en aquella época, las sombras del porvenir se proyectaban ya hasta sobre las imaginaciones más risueñas é incitables. Los propósitos graves de la vida comienzan entonces á acentuarse como las facciones en el rostro, y á escucharse á lo lejos el reclamo del nido abrigado; porque también el hombre es ave de paso cuya primavera es transitoria y prolongado su invierno. A veces asaltaban estas visiones de la reflexión á los dos refugiados un tanto indiferentes á las realidades de la vida individual, mientras soñaban á toda hora con la gloria, con la independencia de la patria, y con el progreso de las ideas revolucionarias. En aquellos momentos lucidos, se sentían inclinados á divorciarse con las musas, y sin perjuicio de reincidir en el pecado de que se arrepentían por un instante, prometían cantando lo que les era imposible cumplir:

No más el tiempo en versos malgastemos
Porque á la sombra del laurel de Apolo
Coronados y hambrientos moriremos.

Hasta fines de Julio de 1822 tenemos pruebas de la existencia de Miralla en Cuba, y según toda probabilidad pasó en aquel mismo año á los Estados Unidos, comenzando con ese viaje una nueva peregrinación que le fué fatal.

El rápido tránsito de nuestro compatriota por el suelo de la república del Norte, nos sería desconocido absolutamente, si una casualidad felíz, no nos proporcionara sobre él las noticias más fidedignas que pudieran desearse, y del mejor y más digno ori-

gen. El afamado historiador de la literatura española M. G. Ticknor, es el testigo que podemos invocar.

Este sabio y amabilísimo norte-americano, conoció á Miralla, durante la permanencia de éste en Boston, y le oyó más de una vez recitar é improvisar versos á completa satisfacción del auditorio escogido que se reunía en la tertulia del mismo Sr. Ticknor. Como es tan honrosa para Miralla la expresión del interés que después de casi medio siglo despertaba aún su talento y la fogosidad de su carácter, en persona tan distinguida como la que acabamos de mencionar, copiaremos aquí una traducción literal de la carta con que nos honró en contestación á una nuestra acompañándole algunas producciones argentinas, y entre ellas el primer bosquejo de la biografía de Miralla que publicamos por Agosto de 1866 en la *Revista de Buenos Aires*. Dice así esa carta del Sr. Ticknor, datada en Boston á 15 de Octubre de 1867:

«Recibí tiempo ha los folletos que tuvo V. la bondad de enviarme, como también la benévola carta que los acompañaba. Es raro conseguir alguna cosa de la América del Sur en materias de biografía, y más raro todavía obtener algo tocante á hombres de letras, historia de la literatura ó la bibliografía, Usted se ha ocupado con interés de cada uno de estos ramos, y no puedo menos de desear que continúe V. sus investigaciones y que continúe también dándolas á luz. Yo me siento muy obligado para con V. por ellas.»

«Uno de sus bosquejos biográficos nos ha interesado mucho á mí y á uno de mis amigos. Me refiero al de D. José Antonio Miralla. Mi amigo el Sr. Carlos F. Bradford, excelente juez en materia de literatura española, le conoció, y yo también le conocí cuando estuvo aquí en Boston de 1822 á 1823. Venía algunas veces á mi casa y recuerdo bien que solía improvisar con extraordinaria facilidad y buen éxito.»

«Existe una señora de mi relación, perteneciente á una familia distinguida de Virginia, pero casada en Boston, de quien se enamoró perdidamente y cuya mano solicitó; ella viaja hoy en Europa con su esposo. Otro amigo, español, que vive en Cadiz, y conoció mucho á Miralla, desea con empeño ver su artículo de V. á su respeto. En fin, su vida de Miralla encuentra más amigos de él aquí, que lo que V. podía imaginarse cuando la escribió.»

«Ruego á V. pues, se sirva remitirme tres ejemplares de ella

si lo puede V. verificar sin molestia. Y si á esto pudiera V. agregar una copia fotográfica de la miniatura de que hace V. mención en la pág. 522, como existente en su poder, hay persona aquí que la contemplará con sumo interés».....

En este viaje que comenzó Miralla por la tierra clásica de la libertad americana, le agitaba una idea atrevida, la de promover y realizar la independencia de la Isla de Cuba, contando con los esfuerzos del gobierno de Colombia convinados con los que debían prestar los independientes de Méjico. Este pensamiento, que está siempre fijo como un ardiente deseo en el corazón de los sudamericanos, para complementar la gran revolución de su independencia, fracasó entonces cerca del gobierno colombiano, apesar del calor y la persuación con que debió sostenerle Miralla durante el año y meses que permaneció en Bogotá.

El negociador no perdió ese tiempo. Desempeñó el empleo de oficial mayor de relaciones exteriores, y se ocupó á la vez en difundir entre la despierta juventud granadina, el conocimiento de las lenguas francesa é inglesa, que poseía con perfección. Al efecto aceptó la penosa tarea de profesor de idiomas vivos (enseñanza que se creaba por primera vez en aquel país) en el colegio nacional de San Bartolomé. (1)

Miralla frecuentó la más escogida sociedad de Bogotá en la cual supo colocarse en preferente lugar por la amenidad de su trato y la gracia de su conversación, pues sabía mostrar en ella el chiste de su agudo ingenio y la vasta instrucción con que había enriquecido su talento por medio del estudio y los viajes.

Contrajo matrimonio por entonces con la señora doña Eloisa Zulueta, que actualmente vive en Bogotá, hija de la señora doña Teresa Domínguez, á quien Miralla estimaba mucho, según se infiere de algunas cartas familiares de él que paran en nuestro poder, merced á la generosidad de su hija única de quien hemos de hablar más adelante.

Acompañado de su esposa y de esta hija, niña por entonces casi recién nacida, partió Miralla de Bogotá con dirección á Méjico, probablemente con el mismo fin que le llevó á la capital de Nueva Granada.

---

(1) Véase el vol. V., páginas 178 y 179 de la «Revista del Rio de la Plata» Allí ha consagrado algunos preciosos pormenores sobre la residencia de Miralla en Bogotá, el señor doctor D. Florentino González.

Después de alguna demora en Cartagena, en donde á la sazón se encontraban varios hombres notables por su posición y dedicación á la causa americana, cuya agradable sociedad no bastaba á calmar la impaciencia del viajero, se embarcó allí al fin de Julio de 1825, á bordo de una fragata inglesa con dirección al puerto de Alvarado, á doce leguas del de Veracruz, desistiendo de su primera idea de tocar en Jamaica, en consideración á la insalubridad de esta isla en el mes de Agosto que se aproximaba. Los desagrados de una larga y penosa navegación y la influencia de las latitudes que recorría en ella, debilitaron la salud de Miralla é inocularon en su ardiente sangre el germen de una fiebre cuyos síntomas se manifestaron por primera vez en Jalapa. Apesar de esta grave situación en que se encontraba y tal vez en la esperanza de vencer el mal con el influjo de la temperatura fresca de los terrenos elevados, continuó su camino hasta Puebla de los Angeles, en donde lejos de encontrar mejoría, agravósele el mal y falleció en la madrugada del 4 de Octubre de 1825, en brazos de su joven compañera, á la edad de 35 años.

La eterna despedida que este hombre tan sensible dió á la tierna familia que dejaba en orfandad en país extranjero fué desgarradora. No poseía bienes de fortuna; ningún papel representaron los escribanos ni los testigos de la ley en aquella escena tristísima; pero la noble víctima del patriotismo dejó en un momento de lucidez de razón, y pocos momentos antes de espirar, el testamento más precioso que pueda dictar un padre á favor de su descendencia. Legar el ejemplo de nobles virtudes, es enriquecer con algo más precioso que el oro á la posteridad. Su esposa recogió con la atención del amor, y conserva todavía en la memoria, como último eco de la voz que dominó á su alma en su juventud, estas postreras palabras de Miralla: «No me acuerdo «haber causado mal á ninguna persona en mi vida. A nadie he «engañado; siempre me indignó la mentira y no la admito ni «aún en chanza.»

X

La desaparición de Miralla fué profundamente sentida en todos los paises de América donde era conocido. La noticia de su

muerte llegó á Veracruz ocho días después de haber tenido lugar, y puede juzgarse de la sensación que allí produjo por el siguiente párrafo de la carta conque D. J. Ignacio de Basadre, hombre de concepto y de caudal, la comunicaba á su albacea D. José Joaquín Calvo: «Anoche me han dado la infausta nueva de que Miralla no existe. Tú, querido amigo, que posees una alma sensible podrás hacerte cargo de la aflicción en que me hallo por esta pérdida, *pérdida irreparable en las circunstancias políticas que nos rodean; pérdida por la que la América toda, y muy particularmente la Habana debía vestir luto,* y pérdida en fin, que deja inconsolable á una tierna esposa y al fruto de su amor en una edad que no le es dado conocer la falta que ha de hacerle su padre.» (1)

El autor de esta carta no se limitó á tributar á la memoria del patriota y del amigo las espresiones agradecidas que acaban de leerse: tomó á más medidas eficaces para consolar á la joven viuda y trasladarla á su país, cediéndola una cantidad de dinero que le adeudaba Miralla y promoviendo una suscripción á favor de aquella desventurada, afligida con el peso de la orfandad de la criatura inocente que llevaba á sus pechos y de la suya propia.

También la poesía fué intérprete del general sentimiento causado por la repentina desaparición de Miralla. La musa del granadino D. José María Salazar, distinguido literato, diplomático y magistrado que falleció en París después de corrido el año de 1828, depuso sobre la tumba del Patriota Argentino una patética y sencilla elegía (dedicada á D. Vicente Rocafuerte) que se imprimió en Caracas, á la cual pertenecen los tres versos siguientes que despiertan el deseo de conocer la composición entera:

Cuando más esperanzas prometía
Le sorprendió la muerte en su camino,
Bajó la noche en la mitad del día.

Otro poeta, granadino también, el Sr. Urquinaona, amigo apasionado de Miralla *hasta el entusiasmo,* según el testimonio del distinguido autor de la «Historia de la literatura en Nueva Granada,» lloró su pérdida en el soneto que sigue:

Con su brazo feroz el tiempo airado
Las columnas de mármol desquiciaba,

(1) Carta original autógrafa, en nuestro poder.

En que los grandes nombres encoutraba
De Iglesias, de Meléndez y de Hurtado.

«Nada hay mientras existas despiadado,»
La amistad con sollozos exclamaba;
Y fina de la loza se abrazaba
Do el nombre de un amigo está grabado.

«Perdona, oh tiempo! muévante mis males!
No borres ese nombre, proseguía,
Deja ese honor siquiera á los mortales.»

Y por primera vez su diestra impía
Apartó el Tiempo de destrozos tales,
E indeleble, *Miralla*, se leía.

Pero ninguna manifestación de sentimiento y de entusiasmo, entre cuantas ha despertado la del malogrado argentino, puede compararse con la que tributa su hija Elena, después de más de treinta años, en una carta escrita desde Bogotá en 1861. El amor filial está distante de ser imparcial; pero las palabras copiadas en seguida probarán al menos la estima conque llegó rodeado constantemente á los oidos de su familia el nombre de Miralla, y que éste al morir dejó palpitando otro corazón por el cual puede comprenderse el que Dios le había dado, puesto que proviene de su carne y de su alma. «Al hombre que V. bosqueja, nos dice la «mencionada señora, no lo he conocido sino por los informes de «su desdichada viuda, mi madre; por el retrato que ella posee, «cuya copia tengo el gusto de enviar á V. y por lo que me refie«ren las personas que tuvieron la dicha de tratarlo. Siempre por «lo que me dicen! Tenía yo apenas siete meses cuando me que«dé sin padre!..... Aunque no tenga sino informes de lo que era «mi adorado padre, le conozco; me figuro que ví su simpática y «poco común figura, que oí su dulce, elocuente y persuasiva voz, «que siento sus caricias entusiastas, y sueño con lo que él habría «sido para mí..... Yo le llamo desde que pude pronunciar las «primeras palabras y le evoco desde que sé lo que perdí.»

Al leer estas nobles inspiraciones se comprende cuan saludable es la tutela moral que ejercen en el seno de la familia, aún

mucho después de la muerte, los padres dignos por sus virtudes de merecer este título.

XI

Miralla, según ha podido inferirse ya, fué sorprendido por su última hora cuando le absorvía completamente una idea atrevida. Desde algunos años atrás meditaba sobre el modo de dar independencia á Cuba, á fin de debilitar el poder español en los mares de Méjico y de Colombia, arrebatándole aquel baluarte aislado é importantísimo por su riqueza y posición, desde el cual se perpetuaban las amenazas contra la libertad conquistada en el continente.

Su permanencia en la Habana pudo muy bien tener por objeto exclusivo estudiar y combinar los medios de dar un gobierno propio á la principal de las Antillas, incorporándola al movimiento republicano y á la vida nueva en que entraban las antiguas colonias castellanas. Su viaje á Nueva Granada fué en prevención de este pensamiento, como se ha visto antes, y el emprendido á la capital de Méjico tenía idéntico propósito. Nada distraía á Miralla en estas miras. Cuando llegó á Cartagena para tomar pasaje, se encontró en aquel puerto con varios colombianos de distinción que desempeñaban diversas misiones de carácter patriótico, todos de tránsito como él para diferentes destinos.

Narvaez, Caro, Ibañez, Herrera, formaban parte de ese grupo activo de independientes. Parece que estos caballeros tenían tan buen humor como patriotismo, y ahuyentaban el tedio de la espera con frecuentes reuniones y paseos, en los cuales tomaba Miralla poca ó ninguna parte, apesar de su carácter esencialmente social. «Estas gentes, decía á su suegra en una carta familiar de «9 de Julio de 1825, no piensan más que en divertirse y *yo no «pienso más que en redondear mi viaje* ..... Hasta ahora todos nos «han tratado muy bien, aunque el general Mantilla no nos ha «visitado, ó porque no se digna visitar á los simples ciudadanos, «ó porque se olvida *de todo*, por jugar: sin embargo aquí dicen «que es muy *caballero* y *amable*. Así será.» Si alguna vez tomó parte en las diversiones frecuentes á que alude, fué con el objeto de demostrar á su esposa lo que es un buque de vapor, raro en

aquella fecha en las aguas de la América Española. «El lúnes «tenemos un paseo en el barco de vapor por la bahía, para que «vea Eloisa lo que es y vaya *acostumbrándose á vivir á la inglesa.* «Su consignatario que, es antiguo amigo mio, lo tendrá á mi dis«posición.» Estos renglones pertenecen á la misma carta á su suegra.

Toda ella respira sencillez y naturalidad y es la pintura viva de esas situaciones en que los hombres notables se muestran interesantes y simpáticos porque proceden en las cosas pequeñas de la vida como cualquier otro mortal, honradamente y sumisos á los deberes más humildes. Complace el ver los cuidados minuciosos de que rodeaba á su hija recién nacida para librarla del calor y de los insectos que abundan en los parajes bajos de aquellos ardientes climas. «Elena llegó hasta aquí sin una sola picada de «mosquito ú otro animal alguno: y la confianza de haber conclui«do el viaje hizo que me la picaran la primera y segunda noche «de nuestra llegada. Pero como no se rasca y la volvimos á cui«dar como si estuviéramos en el rio, ya se le han quitado hasta «las señales y sigue sin novedad.»

Las transcripciones que anteceden, tomadas de una correspondencia íntima, pueden dar idea del estilo epistolar de Miralla, quien, según el mismo, «tenía la costumbre de escribir cartas cortas.» Ahora trataremos de completar el cuadro de sus méritos contraidos para con la república de las letras, dentro de la cual vivió constantemente apesar de sus viajes y de sus empresas políticas y mercantiles.

XII

Las producciones más notables de Miralla que nos sean conocidas, fueron fruto de su inclinación al estudio de los idiomas. Consisten en dos traducciones, una del italiano, otra del inglés; las *Ultimas cartas* de Jacobo Dortis, novela del patriota italiano Ugo Foscolo, y la conocida elegía de Tomás Gray, escrita en presencia del «cementerio de una aldea.»

La traducción de las cartas apareció por primera vez en la Habana el año 1822 en un vol. de 241 págs. en 16º Se reimprimieron en Buenos Aires en 1835, formando un pequeño volumen en

8º por D. Patricio Basatilbaso, porteño amigo de las letras que había tratado á Miralla y manifestaba por él una gran estima. La versión de las *Cartas* es fácil y correcta, y conserva transparente, sin daño de la lengua castellana, las formas del original, vaporosas é indecisas á veces, enérgicas y lúgubres con mayor frecuencia. Miralla habría sido capaz de trasplantar á los dominios de nuestra habla los recónditos tercetos de la *Divina Comedia*, juzgando por algunas muestras que proporciona la traducción de las mismas *Cartas*, en las cuales se hallan citas de pasajes del Dante. Es imposible interpretar con mayor concisión y eficacia aquellos dos hemistíquios tan conocidos:

.....Come sa di sale
Lo pane altrui!.....
«Ah! como sabe á sal el pan ageno».

En el texto original de las cartas se hallan también intercalados algunos cortos pasajes de las mejores tragedias de Alfieri, puestos en verso por el traductor con igual fidelidad y maestría.

Las dos obras principales á cuya traducción se contrajo Miralla, demuestran que en el fondo de su carácter, aparentemente tan jovial, existía una gran predisposición á la melancolía, que le llevaba á preferir en las literaturas extranjeras las producciones que se han llamado del género romántico. Es verdad que la novela de Fóscolo respira por todas sus páginas el sentimiento de la patria, las aspiraciones á la libertad y los dolores de la servidumbre política, y que esta circunstancia puede esplicar la simpatía del traductor hacia ella. Sin embargo, su elección no parece del todo acertada, pues Dortis es un personaje de la enfermiza familia de Werter, á quien vencen moralmente los contratiempos y la desgracia hasta precipitarle en la demencia del suicidio.

La traducción de la elegía de Tomás Gray, es un trabajo casi improvisado en una reunión de aficionados á las letras: Se ha publicado varias veces en la prensa periódica de Méjico, de Venezuela, de Nueva Granada, de Buenos Aires. Los redactores granadinos del periódico literario «El Pasatiempo» al darle á luz ahora años, la acompañan con un corto artículo muy favorable al mérito de la traducción y á la persona del traductor, que comienza así: «El nombre del célebre poeta americano Miralla, *cuya re-*

«*putación es continental*, bastaría por sí solo para recomendar la «bellísima traducción del inglés que á continuación publicamos»...

Añaden los mismos redactores, «que la traducción de Miralla, salvo algunos leves defectos, puede competir con la mejor de las varias traducciones que se han hecho de esta pieza, inclusive la del Sr. Mora.»

El canto al cementerio de una aldea es una joya de la poesía inglesa que brilla melancólica como la estrella del crepúsculo, para todo corazón sensible. Al caer de una tarde, pasea el poeta como de costumbre por la alameda de los tilos que conducen formando calle hacia el último lugar de descanso. Siéntase al pié de los árboles y comienza á discurrir acerca de la vida inocente que pasaron los padres de la aldea cuyos restos reposan al abrigo de sencillos sepulcros sin más inscripción que la de uno que otro apellido completamente obscuro.

Si hubieran tenido cultura esos espíritus rudos, cuantos no habrían alcanzado la inmortalidad, cantando como Milton, batallando por la libertad como Hampden! Ya no oyen el ruido del cencerro de los rebaños, ni gozan de la brisa de la mañana, ni entran cansados y alegres por el umbral de sus chozas en busca de la parca cena y de los cariños de la esposa!..... El poeta repite sus paseos hasta que llega un dia en que también él ya no aparece entre los árboles ni se sienta á meditar sobre los sepulcros. Su tránsito queda señalado con un epitafio que dá término á esta sentida composición.

La traducción de Miralla, es la más ceñida entre cuantas conocemos al texto original: es casi una versión rimada rigurosamente. Por ejemplo, uno de los versos notables del original es este:

The pathas of glory lead but lo the grare,

y Miralla encierra este verso en otro español, que es como un calco de las palabras inglesas.

La senda de la gloria va al sepulcro

Este mérito perjudica á la gracia y soltura de los endecasílabos que á veces son duros y deslucidos á causa del empleo de palabras que expresan ajustadamente la idea inglesa, pero que nuestro

lenguaje poético desecha por prosáicas y desarmoniosas, no tanto al oído, cuanto á la imaginación.

Sin embargo, Miralla conquista con estos cuartetos un lugar entre los buenos versificadores, pues no pueden ser leídos sin interno placer los siguientes que corresponden á uno de los pasajes más tiernos de la elegía inglesa:

No arde el hogar para ellos, ni á la tarde
Se afana la mujer, ni á su regreso
Los hijos balbuciendo hacen alarde
De trepar sus rodillas por un beso.
Cómo las mieses á su hoz cedían
Y los duros terrenos á su arado!
Cuán alegres sus gentes dirigían!
Cuántos golpes sus bosques han doblado!
No mofe la ambición caseros bienes
Y obscura muerte de fatigas tales,
Ni la grandeza escuche con desdenes,
Por humilde, del pobre los anales;
Boato del blasón, mando envidiable,
Y cuanto existe, ya opulento ó pulcro,
Lo mismo tiene su hora inevitable
La senda de la gloria va al sepulcro.....
.....
Tal vez en este sitio abandonados
Hay pechos donde ardió celestial, pira
Manos capaces de regir Estados
O de extasiar con animada lira!.....
.....
Cuánta brillante asaz piedra preciosa
Encierra el hondo mar en negra estancia
Cuánta flor sin ser vista, ruborosa
En un desierto exhala su fragancia!.....

La versificación de este fragmento es sin duda digna de los elogios que tributaron al todo los redactores del periódico granadino; y sin embargo se nota en los cuartetos que acaban de leerse la precipitación conque fueron escritos y la resistencia del autor á volver sobre su obra para limarla.

Miralla no era hombre para obedecer los preceptos de Boileau y no veinte veces, como éste quiere; pero ni una siquiera habría puesto de nuevo en el taller ningún trabajo de su pluma. El tiempo urgía, corría para él tanto más precioso cuanto más multiplicados eran los objetos á que le consagraba. Su vida literaria era de tránsito, puede decirse así, en su peregrinación en busca de la realización del gran pensamiento de la independencia de Cuba. Cultivaba las letras por solaz y porque rebozaba en amor por las bellezas de la naturaleza y por las creaciones artísticas del ingenio humano. Fué poeta como Heredia y vivió como éste la duración de un relámpago; como Melgar que pereció de una bala española en los primeros hechos de la independencia del Perú á que había consagrado su alma; como su compatriota Lafinur que desapareció en la fuerza de la juventud después de eternizar una existencia efímera empleándola noblemente en los campamentos militares de Belgrano, cuyo doloroso fin cantó en bellísimas elegías, en las escuelas dictando principios sanos de una filosofía adecuada á los nuevos destinos de la república, y en la prensa sembrando la semilla de las instituciones libres. Miralla y Lafinur, cuyos talentos tienen muchos puntos de contacto, fallecieron casi en un mismo año y casi de una misma edad. Estos dos últimos y los otros mencionados llegaron apenas á la mitad de la carrera regular de la vida, pues se apagaron antes de los treinta y cinco años de edad. En vista de existencias tan colmadas de buenas acciones y de recuerdo tan grato, parecería más que arranque de poeta, expresión meditada de un filósofo la que se contiene en los siguientes versos de Ercilla:

«Aquella vida es bien aventurada
Que una temprana muerte le asegura».

Cuando la fortuna sonreía á Miralla, se dejó llevar de los placeres del lujo en el que, aún hoy mismo, pecan pocos americanos estudiosos. No solo estimaba las obras clásicas de las diferentes lenguas que poseía, sino las bellas y correctas ediciones acreditadas entre los eruditos. Complacíase en leer á Homero, á Horacio, á Lafontaine, al Tasso, en anchas páginas de papel bien batido y satinado y en tipos artísticos vaciados por los tipógrafos de mayor nombradía. Este placer, propio de un hombre de gusto,

quiso compartirlo con sus compatriotas, destinando á la Biblioteca pública de Buenos Aires, en donde existen *treinta y siete* volúmenes de las ediciones en folio de Bodoni, muchos de los cuales ya eran raros en Europa en 1822, según indicación del donante en la carta conque remitió el obsequio desde la Habana. Era entonces bibliotecario el Sr. Dr. D. Luis José Chorroarin, cuyos esfuerzos por enriquecer la colección de libros de nuestra primera biblioteca están atestiguados de una manera que le honra en la prensa periódica de su tiempo. Habiendo consagrado su edad madura, que comenzó en él desde temprano en la dirección de la juventud que se daba à las carreras literarias en Buenos Aires, no cesó después de contribuir á la difusión de las luces y se entregó con pasión á dotar aquel establecimiento de las obras modernas cuya lectura pudiera derramar mayor luz en el espíritu de sus compatriotas.

Chorroarin habia sido rector del colegio de San Carlos, y por consiguiente guía y maestro de Miralla que había hecho allí sus primeros estudios. Cuando llegó á conocimiento del discípulo el empeño del maestro por levantar el establecimiento á su cargo, le dirigió los volúmenes indicados en testimonio del agradecimiento que aún guardaba hacia su *respetable Rector* y hacia la gran ciudad donde recibió su instrucción.

Son sus propias palabras en su mencionada carta de 27 de Julio de 1822, que puede leerse en las columnas del *Argos* de Buenos Aires, del sábado 28 de Diciembre de aquel mismo año. Allí también pueden verse los merecidos elogios que hacen de Miralla los ilustrados redactores de aquella publicación notable.

JUAN MARIA GUTIERREZ.

(*Revista del Rio de la Plata.* Tomo IX, pág. 300 á 345.—1874.)

EL FERROCARRIL DE TEHUANTEPEC

Las interesantes noticias contenidas en la siguiente carta del Sr. Vázquez, nos inducen á trasladarla casi *in extenso* de las columnas de nuestro distinguido colega *El País*, donde vió la luz con el aplauso que merece.

Casa de V., Habana, Febrero 8 de 1893.

Mi querido Valdivia: Tantas simpatías abriga V. por la noble y artística república mexicana, y V. es tan conocido y estimado en el bello país en donde se levantan el Popocatepetl y el Ixtlacihuatl (como soberbios altares de la grandeza humana para mirar á Dios desde más cerca), que confiando en todo eso, y además en su genial benevolencia y cortesía, me atrevo á suplicarle que por esta vez me ceda el prestigioso folletín dominical del gran periódico en cuyas populares columnas lucen como estrellas permanentes, las galas del buen decir, y en donde nunca se echan de menos aquellos correctos giros con que hicieron del habla castellana, el más hermoso lenguaje de todos los tiempos, los Alberto Lista y Alcalá Galiano, los Jovellanos y Martínez de la Rosa.

Deseo hablar á V. de un suceso interesantísimo para todo el mundo y en especial para México y la Isla de Cuba; es decir, de la terminación de la inmensa vía ferrocarrilera de Tehuantepec, por cuyo medio se ponen en contacto entrambos océanos, el Atlántico y el Pacífico, acortándose las distancias para los viajes al Asia.

El ilustre General de División D. Porfirio Díaz, Presidente de la República y preclaro hijo de Oxaca, tuvo singular placer y or-

gullo en asistir á la inauguración del importante camino férreo, que hará sin duda ventajosa competencia al incómodo ferrocarril de Panamá, en el cual las fiebres perniciosas y el alto precio de los fletes, ahuyentan y arredran á una considerable parte del comercio universal.

Oportunamente solicité de mi Gobierno detalles exactos acerca de la manera de hacer el viaje, con el menor costo posible, por la mencionada línea, y el señor Secretario de Estado, en el Despacho de Relaciones Exteriores, se ha servido trascribirme el sencillo informe que remitió desde la ciudad de Oaxaca, el Sr. Inspector oficial del ferrocarril de Tehuantepec, al Departamento de Comunicaciones y Obras Públicas de México, y que dice así:

«La distancia que se recorre por la vía férrea entre Puebla y esta ciudad, es de 366 kilómetros 600 metros.

«El precio de pasaje en 1ª clase es de tres centavos por kilómetro, en 2ª dos centavos y en 3ª $0-015; por lo mismo, el valor total de dicho pasaje entre Puebla y Oaxaca, en las clases expresadas, es respectivamente, de $11.01; $7.34 y $5.50. Los niños menores de 3 años viajan libres y de 3 á 7 años pagan medio pasaje. Se concede á cada pasajero llevar 15 kilógramos de equipaje.

«La hora de salida de Puebla es á las 7 de la mañana, y la llegada á Oaxaca debe ser á las 7½ de la noche. Por lo tanto, la duración total del viaje *de bajada*, se calcula en 12 y media horas. A *la subida* el tren sale de esta capital á las 6 horas 15 minutos de la mañana, para llegar á Puebla á las 7-30 de la noche, recorriéndose todo el trayecto en 13 horas 15 minutos.

«Los lugares de parada son únicamente las estaciones, donde se toma agua para las máquinas y se recojen pasajeros. El tren *de subida* se detiene 20 minutos en la estación de Tomellín, á las 10 y 27 minutos de la mañana, para que coman los pasajeros, y el *de bajada* el mismo tiempo, en dicho lugar, á las 2 horas y 40 minutos de la tarde.

«En el trayecto de Puebla á Tehuacán, en Amozoc, Tepeaca y Tecamachalco—poblaciones que están cerca de la vía—se encuentran hoteles y fondas, como los hay en Tehuacán y Puebla.

Entre Tehuacan y Oaxaca existen fondas y un hotel provisional en Tomellín, y en esta ciudad (Oaxaca), figuran como buenos hoteles, los de Segarra, el Nacional y el del Comercio; habiendo

además varios mesones y casas de huéspedes, con servicio de comida para la gente pobre.

«Ya en Oaxaca, el pasajero que desde Veracruz y Puebla ha llegado á la capital de este Estado por la vía férrea, tiene que trasladarse á caballo á la costa del Pacífico, si quiere seguir hasta los puertos de Salina Cruz ó de Puerto Angel, aunque puede hacerse en carruaje una buena parte del camino. Algunas personas prefieren recorrerlo en literas, sin ningún peligro, y se ha dado el caso de que varios americanos hayan atravesado el mismo trayecto, en toda su extensión, valiéndose de ligeros coches.

«La distancia de Oaxaca al puerto de Salina Cruz es muy cerca de 256 kilómetros. Viajando á caballo cuesta el alquiler de cada uno $15 plata; y así es que una persona con un mozo montado y una bestia para el equipaje, hará un gasto de 65 pesos aproximadamente, calculando $45 para el arriendo de tres caballos, con gratificación al sirviente, y 20 pesos para gastos de comida y fonda, en cinco dias. Si se camina en litera, el alquiler de ésta vale 100 pesos, y con los 20 pesos de gastos resultará todo el viaje en $120. Haciéndose parte del camino en coche y el resto á caballo, importará $15 el alquiler del vehículo desde Oaxaca á San Dionisio, y 10 por cada bestia, hasta el puerto, obteniéndose un egreso total de $65. Los puntos en donde se verifican las paradas son: San Dionisio, San Bartolo, Tequisistlan, Tehuantepec y Salina Cruz.

«Para ir de la capital del Estado á Puerto Angel, que se halla á 234 kilómetros, el costo del viaje, sea á caballo ó en litera, es casi el mismo que para Salina Cruz. Si se toma carruaje en dirección á Miahuatlán, que está á 100 kilómetros de Oaxaca, entonces habrá que pagar por el carruaje hasta dicho lugar 35 pesos, 30 por el alquiler de tres caballos hasta el puerto, y 18 poco más ó menos por los gastos personales de hospedaje, con un total de 83 pesos. Las jornadas que comunmente se hacen, son las siguientes:

«I De Oaxaca, á Ejutla.

«II De Ejutla á Miahuatlán.

«III De Miahuatlán á San Pedro el alto.

«IV De San Pedro á Pochutla.

«V De Pochutla á Puerto Angel.

«No puede decirse que sean buenos los hoteles ó fondas que se

encuentran en los caminos de Oaxaca á Puerto Angel ó á Salina Cruz, y para viajar con bastante comodidad es conveniente llevar catres de campaña y algunas provisiones.....».

Debe tenerse presente que el habitante de la isla de Cuba, que necesitare trasladarse ó remitir mercancías á los puertos de Acapulco, San Blas, Mazatlán ó Guaymas; el que desease tomar pasaje para Filipinas ó visitar las repúblicas de Centro y Sud-Américas, ahorrará mucho tiempo y dinero, innegablemente, en hacer uso de la nueva vía interoceánica, y por eso yo no he vacilado en dar á conocer al público cubano, gracias á la bondadosa deferencia de usted, las anteriores noticias. En los puertos mexicanos del Pacífico tocan varias veces al mes, magníficos vapores americanos, que están en conexión con otras líneas que desde Acapulco y San Francisco de California se dirigen á Yokohama (en el imperio del Japón) ó á Hong Kong, posesión inglesa, como lo sabe usted bien, situada en los mares de China.

Pero aunque no se tratase de realizar esas ventajas, nada más hermoso que recorrer en pocos días y con poco gasto de dinero, en líneas de ferrocaliles, perfectamente atendidas, las admirables alturas y encantadoras planicies de Veracruz á Puebla, de Puebla México, ó de Tehacán á Oaxaca. El viajero se deleitará con la colosal magnificencia del Pico de Orizaba ó del Cofre de Perote, cubiertos de perpetuas nieves; pasará por las tierras del progresista país en donde rugen las ondas del Coatzacoalcos, del Grijalva ó del Usumacinta; contemplará los inmensos puentes colgantes y los numerosos túneles de Maltrata; verá titánicas moles de granísico basamento, cortadas á pico, por cuyos bordes se deslizan las locomotoras á manera de serpientes, y desde cuyas peligrosas faldas se miran los antiguos caminos de los indios, como delgadísimos hilos de corales, tan rojos como el fuego (y en los cuales el novelador ó el poeta creerían ver aún las mesnadas de Cortés y Narvaez), formando siluetas muy raras y maravillosas, en lo más hondo de la sima, á cuyos lados se levantan imponentes, robustas, en actitud ciclópea, las cumbres de Acultzingo. Desde aquellas siderales alturas, se experimentan las ansias del vértigo y el espanto del infinito; se vislumbran, debajo de los rieles, las cascadas que surgen de las peñas y las flotantes nubes preñadas de vapores acuosos; se alcanzan á ver las torres de los pueblecillos, como juguetes de *Noche Buena*; y de curvas en curvas, entre subidas

y bajadas, á muchos centenares de metros sobre el nivel del mar, se llega á los edenes de Apan, Apizaco y San Juan Teotihuacan cuajuados de arrozales y de campos de trigo, de magueyales y de flores; y á las entradas de México, de la ciudad de los Palacios, de la gran Tenoxtitlán, deslumbran y seducen las *chinampas* de Santa Anita y Miscoac, jardines flotantes sobre los canales, y aquellos lagos de Texcoco y de Chalco, por cuyas márgenes pasaron hace siglos, en son de guerra y de conquista, los corceles de Alvarado y las picas de Cortés, oyéndose las arengas de la legendaria *Marina.*

Al pisar la heróica tierra de Puebla, el historiador saluda á la ciudad insigne en donde los valientes generales Zaragoza, Berriozabal, Negrete y otros, supieron derrotar el célebre 5 de Mayo, con espartano denuedo, á los hasta entonces invencibles soldados de Napoleón III.

Desde que se llega á Oaxaca, la patria veneranda de Juárez el inmortal—tan grande como Bolívar, tan inmaculado como Washington, tan sabio como Pericles, tan virtuoso como Séneca—los naranjales y los cocoteros nos harán la impresión de que se penetra en los aduares moros. Según recientemente ha dicho el distinguido historiador mexicano D. Alfonso Luis Velazco, los bosques de palo del Brasil, corozo, caoba, caoutchou, ébano y rosa, forman allí hermosísimas selvas impenetrables, embalsamados con la suave esencia del liquidámbar. Los bejucales y las lianas adornan las arboledas, y por ellos trepan las flores aromáticas de mil matices. Las playas se prolongan con riquísimos campos, donde la caña de azúcar, las gramíneas, el café, el algodón, el cacao, el maguey de pita, etc., crecen en abundancia. Los palmares, esos soberbios monumentos de la naturaleza tropical, que ningún arquitecto ha ideado tan bellos y tan poéticos, son en Oaxaca espectáculo sublime, rayano con lo maravilloso, ante el paisaje de una serranía encantadora.

Y no le bastan á Oaxaca todos esos atractivos. Como un coloso que contempla al golfo Mexicano y al mar Pacífico, se eleva enhiesta y orgullosa la cumbre del Zempoaltepec, de donde parten todas las ramificaciones de la Sierra Madre. Y á un lado, por el oriente, se presenta el istmo de Tehuantepec con sus inmensas selvas y sus mil arroyos, separando por un momento á esos dos mares, y ofreciéndose como la llave del comercio de los dos océa-

nos. Y luego por el norte se destaca ese Eldorado de la agricultura, que se llama el Valle Nacional, con los rios caudalosos que surcan aquella tierra virgen, embelleciéndola y fertilizándola. Todavía conserva Oaxaca en su seno los venerables restos de los monumentos de la civilización zapoteca, con sus magníficas ruinas de Mitla, donde el etnógrafo no puede menos de reconocer que los antiguos habitantes de aquellas tierras, estaban más adelantados de lo que hasta el dia se cree y se repite por el vulgo.

En 1881 y 1882, cuando yo disfruté de la honra de representar á México diplomáticamente, cerca de los cinco gobiernos de la América Central, tuve ocasión de visitar los territorios de los proyectados canales interoceánicos de Panamá y Nicaragua. La fortuna me proporcionó como compañero de viaje, desde St. Thomas á Colón, al sabio Mr. Arthur, segundo ingeniero de M. Lesseps, colaborador suyo muy eficaz en la apertura del Canal de Suez, y hombre tan valiente y de tanto ánimo que había atravesado el Africa varias veces con Levingston y Stanley. Era un húngaro de conversación deliciosa, que hablaba siete ú ocho idiomas con extraordinaria facilidad.

En las estaciones de *Obispo* y de *Emperador*, nuestro tren nos dió el desagrado de descarrilarse. La lujuriante vegetación del istmo panameño nos sofocaba; el sol caldeaba, partía, hacía rodar las crestas de los peñascos. «Yo vengo, me dijo Mr. Arthur, á informar á los accionistas acerca de las probabilidades de que este canal se pueda llevar á pronto término. Mi opinión está ya tan radicalmente formada, que por el mismo vapor en que hemos venido, regresaré á Francia. El Canal es costosísimo de hacer, é imposible de conservar en conveniente explotación. El rio Chagres, con su curso variado, hoy es un arroyo, mañana un mar; más tarde incontrastable torrente. Montañas de tierra que se extraigan, serán vueltas á meter en escavaciones, el día que menos se piense, por ese rio que toma el curso que se le antoja, según la cantidad y el origen de las aguas que bajen de las montañas. Hecho el Canal, ni las minas de Creso bastarían para mantenerlo limpio siempre y sin riesgo de las embarcaciones. Aquí pueden cometerse faltas por los empresarios, y yo no quiero manchar mi vida científica, más útil y más respetada en el centro del Congo, que entre los que pudieren traficar con el crédito universal.....»

¡Ah! qué profecía!.....Todo aquello lo comuniqué oportunamente al Gobierno de mi país, para su conocimiento.

El gran francés, Mr. Lesseps, un fanático por sus ideales, no tuvo culpa personal, sin duda alguna, en los espantosos derroches de dinero, que á su sombra y en su nombre se cometieron; derroches que el mundo entero censura y los tribunales de París esclarecen y castigan hoy, como tributo á la honra del espirante siglo XIX. El Canal de Panamá, pasó desde entonces, á mi humilde juicio, al archivo insondable de los proyectos sin esperanzas.

Después recorrí el gran lago de Nicaragua y el no menos importante de Managua, en cuyo centro se alzan, desafiando á las nubes, el Momotombo y el Momotombito. El rio San Juan y el puerto de Greytown se presentan por el Atlántico, facilitando la realización del anhelado Canal, pero aunque allí se derrama el oro americano, y aunque la empresa es dirigida por el eximio ingeniero cubano y predilecto amigo mio D. Aniceto Menocal, Mr. Arthur lo desechó también, á causa de necesitarse para su construcción muchísimas exclusas, inmensas y muy costosas, por los desniveles topográficos y el vigor de las corrientes.—«Sr. Vázquez, concluyó Mr. Arthur, si la América ha de ofrecer al comercio europeo una comunicación interoceánica, tan barata como fácil, tan saludable como permanente y provechosa, dígale usted á su Gobierno que haga atravesar pronto con rieles el istmo de Tehuantepec.»

Yo se lo dije al señor General D. Porfirio Diaz, y la República mexicana, con el ferrocarril interoceánico construido ya, y perfectamente servido, espera que lo utilicen los negociantes de todo el mundo, en bien de la civilización y del progreso humano.

De usted atento s. s: y affmo. amigo.

A. C. VAZQUEZ.

BECERRILLO

Á MI PAISANO Y AMIGO R. M. MERCHAN

Aun no había señalado el cuadrante de los tiempos—para la hermosa é ignorada Borinquen—la hora de la dominación española, cuando ya flameaba, en su hermana y vecina Quisquella, el estandarte de los Reyes Católicos.

Seiscientos mil indios poblaban aquellas exuberantes sabanas, bañadas por los alegres Bayamón, Juanajivos y Humacao; la retozona brisa del archipiélago antillano mecía las coronas de innúmeros palmerales, y desde la frondosa cumbre del alteroso Yunque veíanse deslizar sobre las fosfóricas aguas del mar Caribe, frágiles piraguas de sencillos pescadores.

Millares de tórtolas anidaban en selvas vírgenes que con ellas compartían bulliciosas cotorras, melífluos ruiseñores y errabundos flamencos.

Ni una alimaña ponzoñosa en aquellos bosques, eternamente primaverales; ni una fiera asechando al descuidado viandante. Todo respiraba la grata dulcedumbre de un pueblo primitivo que, á largos intervalos, sonaba el bélico caracol, cuando á sus costas bajaban los temidos caribes.

Imperaba en aquellas comarcas, á título de valeroso, prudente y experimentado, el cacique Agueynaba, á quien tributaban vasallaje, entre otros señores de la tierra, Guarionex, Broyoan y Aimamón.

Atravesaban aquellos pacificos é indolentes isleños el segundo

período de la edad de piedra habitando rústicos bohíos, rindiendo culto á deformes cemíes, y entregándose, con placer, á los embriagadores efectos de la chicha.' Y al compás de sus tradicionales areítos y envueltos en las azuladas ondas del aromático tabaco, rememoraban estragos de pasados huracanes y fabulosas proezas de generaciones antidiluvianas.

Caía la memorable tarde del diez y seis de Noviembre de 1493, cuando las venturosas carabelas de Colón, en su segunda excursión por los mares americanos, saludaron por primera vez las risueñas costas de la isla de Puerto Rico.

Fondeó el Almirante en la ensenada de Mayagüez; detúvose en ella dos días admirando los encantos de una naturaleza bravía, y enseguida—después de tomar formal posesión de la tierra en nombre de los soberanos de Castilla—se dirigió á Santo Domingo.

Aquella—al parecer insignificante é insólita ceremonia llevada á cabo por los emisarios de unos monarcas del continente europeo—entrañaban un litigio entre dos razas. Y la Providencia fallaba, desde aquel mismo instante, en contra de los hijos de la isla acabada de descubrir. Los realizados anhelos del vidente genovés, al herir de muerte la autonomía de un pueblo que vivía tan feliz como ignorado, ensancharon los dominios de Isabel y de Fernando.

Tareas organizadoras, desavenencias constantes entre los nuevos pobladores y sangrientos choques con los naturales de Santo Domingo, aplazaron algunos años la conquista y colonización del hasta entonces inviolado territorio borincano.

Gobernaba la Española, en 1508, el Comendador Ovando y éste destacó á Juan Ponce de León para que como lugarteniente suyo procediese á la ocupación de la Isla de Puerto Rico. El humilde mozo de espuelas de Núñez de Guzmán, convertido en Gobernador; el compañero de Colón en su segundo viaje; el crédulo perseguidor de la fuente remozadora de la Florida, acudió á su comprobado valor y al frente de un puñado de bravos camaradas entró de mogollón en los terrenos del caci que Agueynaba.

Recibióle éste de paz; se declaró confederado suyo (guaitiao); acompañóle en su excursión exploradora por la isla y permitió, que los españoles se estableciesen en sus vastos y fértiles dominios.

Sentenciados los indígenas al forzado laboreo de las minas; distribuídos en irritantes encomiendas y víctimas de las granjerías de los altaneros conquistadores; el alzamiento general de los dueños de la tierra no se hizo esperar mucho tiempo. La historia registra los heróicos aunque estériles esfuerzos de los caciques borincanos, y Loquillo, en la sierra que pronunciará eternamente su nombre, sostuvo, hasta la última extremidad, la causa de la independencia de su país.

Los castellanos redoblaron sus bríos y una guerra de exterminio sembró el luto y la desolación en aquella tierra encantadora y hospitalaria. Las banderas de los soldados de Ponce de León, empapados en la sangre de los esforzadós antillanos, no podían desplegar sus colores al soplo de la brisa embalsamada y enervante.

Un factor tan importante como inhumano y original, procedente de la vecina isla de Santo Domingo, llegó á la de Puerto Rico para cooperar en ésta al definitivo triunfo de las armas españolas. Becerrillo, el enorme lebrel y el encarnizado enemigo de la raza india, ocupa distinguido lugar en los fastos de la desventurada Borinquen. Y no novelamos. El venerable Las Casas, el historiador Herrera y Fray Iñigo Abbad, han legado á la posteridad sus fidedignas relaciones. Oigámosles:

«Quien principalmente hizo la guerra y ayudó más que otros, fué un perro que llamaban Becerrillo, que hacía en los indios estragos admirables y cognoscía los indios de guerra y los que no lo eran como si fuera una persona y á éste tuvieron los que asolaron aquella isla por angel de Dios. Y cosas, se dice, que hacía maravillosas, por lo cual temblaban los indios dél que fuese con diez españoles, más que si fuesen ciento y no lo llevasen; por esta causa le daban parte y media como á un ballestero, de lo que tomaban, fuesen cosas de comer, ó de oro ó de los indios que hacían esclavos, de las cuales partes gozaba su amo; finalmente, los indios, como á capital enemigo, lo trabajaban de matar y así lo mataron de un flechazo.

Siempre acostumbraron en estas Indias los españoles, cuando traían perros, echarles indios de los que prendían, hombres y mujeres, ó por su pasatiempo y para más embravecer los perros, ó para mayor temor poner á los indios que los despedazasen; acordaron una vez echar una mujer vieja al dicho perro y el capitán

dióle un papel viejo, diciéndole: lleva esta carta á unos cristianos que estaban una legua de allí, para soltar luego el perro desque la vieja saliese de entre la gente; la india toma su carta con alegría, creyendo que así se podría por allí escapar de manos de los españoles. Ella salida, y llegando un rato desviada de la gente, sueltan el perro; ella como lo vido venir tan feroz á ella, sentóse en el suelo y comenzóle á hablar en su lengua: «Señor perro, yo voy á llevar esta carta á los cristianos, no me hagas mal, Señor perro» y estendióle la mano mostrándole la carta ó papel. Paróse el perro muy manso y comenzóla á oler, y alza la pierna.....y como lo suelen hacer los perros á la pared y así no la hizo mal ninguno; los españoles admirados de ello, llaman al perro y átanlo, y á la triste vieja libertáronla para no ser más crueles que el perro.»

¡Contrastes y mudanzas de los tiempos! En la nevada cumbre del San Bernardo y en las estaciones del salvamento con que se enorgullecen las naciones del siglo XIX, figuran perros destinados exclusivamente al socorro de la humanidad desvalida.

No es este un juicio de residencia, pero bien podríamos sostener, sin incurrir en la fea nota de apasionados, que la civilización penetró en este Nuevo Mundo al pisotear de los corceles, al morder de los mastines, en las puntas de las espadas y al tronar de los arcabuces.

NICOLAS DOMINGUEZ COWAN.

México, Enero de 1893.

LA RELIQUIA.

(CONTINUA)

II

Fué un domingo y día de San Jerónimo cuando mis piés latinos pisaron al fin, en las calles de Alejandría, la tierra de Oriente, sensual y religiosa. Dí las gracias al Santo Cristo del Buen Viaje. Y mi compañero, el ilustre Topsius, doctor alemán por la Universidad de Bonn, *socio del Instituto imperial de Excavaciones históricas*, murmuró, grave como en una invocación, desdoblando su enorme quitasol verde:

—¡Egipto! ¡Egipto! Yo te saludo, negro Egipto! Y que en tí me sea propicio tu Dios Phtah, Dios de las Letras, Dios de la historia, inspirador de la obra de Arte y de la obra de Verdad!.....

A través de este zumbido científico yo me sentía envuelto en un vaho caliente como de estufa, blandamente impregnado de aromas de sándalo y de rosa. En los muelles calcinados, entre fardos de lana, extendíase, vulgar y sucio, el arrabal de la Aduana. Más lejos blancas palomas volaban en torno de los blancos minaretes: el cielo deslumbraba. Rodeado de severas palmeras, un palacio dormía á orillas del agua; y á lo lejos se perdían los arenales de la antigua Libia, nublados por una polvareda caliente, suelta y color de león.

Me cautivó enseguida esta tierra de indolencia, de sueño y de

luz. Y al entrar en la calesa, forrada de indiana, que debía llevarnos al *Hotel de las Pirámides*, invoqué las Divinidades como el ilustrado doctor de Bonn:

—Egipto! Egipto! Yo te saludo, negro Egipto! Y que me sea propicio.....

—No! que os sea propicia Isis, Don Raposo, la vaca amorosa! agregó el eruditísimo hombre, risueño y abrazado á mi sombrerera.

Aunque no la comprendí, veneré aquella interrupción. Había conocido á Topsius en Malta, una alegre mañana, mientras compraba violetas á una ramilletera que tenía en sus grandes ojos la languidéz musulmana, cuando él medía cuidadosamente con su quitasol las paredes monásticas y marciales del Gran Maestre.

Persuadido de que era un deber espiritual y doctoral, en estas tierras de Levante, abrumadas por la Historia, medir los monumentos de la antigüedad, saqué mi pañuelo y gravemente lo fuí paseando, estirado como un metro, por sobre los austeros sillares. Topsius, por encima de sus espejuelos de oro, me lanzó una mirada como un dardo, y luego siguió echándome ojeadas, desconfiado y celoso. Pero seguramente tranquilizado por mi cara material y risueña, por mis guantes almizclados, por mi fútil ramito de violetas, se quitó cortesmente de encima del cabello liso y color de maíz su bonete de seda negra. Correspondí á su saludo con mi casco de corcho y nos acercamos é intimamos. Le dije mi nombre, mi patria, los santos motivos que me llevaban á Jerusalén. Él me dijo que era nacido en la gloriosa Alemania, que iba á Judea y también á Galilea, en científica peregrinación, á recojer datos para su formidable obra *Historia de los Herodes*. Se demoraba en Alejandría para amontonar los materiales de otro libro monumental, la *Historia de los Lagidas*.....Porque éstas dos turbulentas familias, los Herodes y los Lagidas, eran propiedad histórica del doctísimo Topsius.

—Entonces, llevando ambos la misma ruta, podemos ser camaradas, Doctor Topsius!

El, espigado, flaco y pernilargo, con una americana de lustrina atestada de manuscritos, contestó con efusiva cortesía:

—Seremos camaradas, D. Raposo! Así lograremos deleitosa economía.

Estirado dentro de su cuello, caido un mechón de cabellos, la nariz afilada y como pensativa, mi erudito amigo me pareció una

cigüeña risible y llena de impresos, con espejuelos de oro en la punta del pico. Pero ya mi animalidad reverenciaba sin reservas su intelectualidad, y fuimos á beber cerveza.

En este mozo era la sabiduría un don hereditario. Su abuelo materno, el naturalista Shlock, escribió un famoso tratado en ocho volúmenes sobre la *Expresión fisionómica de los Lagartos*, que fué el asombro de Alemania. Su tio, el decrépito Topsius, el memorable egiptólogo, á los setenta y siete años, dictó, desde la poltrona en que lo tenía clavado la gota, este libro genial y fácil: *Síntesis monoteista de la teogonía egipcia, considerada en las relaciones del dios Phtah y del dios Imhotep con las Triadas de los Nomos.* El padre de Topsius, desgraciadamente, formaba parte de una charanga de Munich; pero mi camarada, reanudando la tradición, había esclarecido, á los veintidos años, radiantemente, en diecinueve artículos publicados en el *Boletín hebdomadario de Excavaciones históricas*, la cuestión, vital para la civilización, surgida apropósito de una pared de ladrillo, levantada por el rey Pi-Sibkmé, de la vigésima primera dinastía, en torno del templo de Raméses II, en la legendaria ciudad de Tanis. Hoy, en toda la Alemania científica, la opinión de Topsius acerca de esta pared, resplandece como un sol.

Solo conservo de Topsius recuerdos dulces ó elevados. Sobre las aguas bravías del mar de Tiro, en las calles obscuras de Jerusalem, bajo la tienda, junto á las ruinas de Jericó, en las verdes rutas de Galilea; siempre lo hallé instructivo, servicial, paciente y discreto. Raras veces comprendía sus sentencias sonoras y bien forjadas, preciosas como medallas de oro: mas, como ante la puerta impenetrable de un santuario, yo me henchía de devoción, por que sabía que allí dentro, en la sombra, refulgía la pura esencia de la Idea. A veces también el Dr. Topsius lanzaba una imprecación inmunda, y entonces se establecía grata comunicación entre él y mi ingénuo intelecto de bachiller en leyes. Me quedó debiendo seis monedas; pero esta migaja de dinero desaparece en la copiosa onda de saber histórico con que fecundó mi espíritu. Además de su carraspera de erudito, solo me desagradaba en él su costumbre de usar mi cepillo de dientes.

Era también vanidoso é intolerable por su nacionalidad. Sin cesar, remangando el pico, sublimaba su Alemania, el más espiritual de todos los pueblos; después amenazaba con la irresistible

fuerza de sus armas. La omnisciencia de Alemania! La omnipotencia de Alemania! Sólo ella imperaba, vasto campamento atrincherado de in-folios, en que manda y habla desde lo alto la, Metafísica armada! Yo, brioso, repugnaba estas jactancias. Así cuando en el *Hotel de las Pirámides* nos presentaron un libro para que incribiésemos nuestros nombres y los nombres de nuestras tierras, mi docto amigo trazó el suyo, TOPSIUS, agregando debajo, en letras rectas y compactas como disciplinados soldados:—«*De la Imperial Alemania*». Le arrebaté la pluma, y recordando al barbudo Juan de Castro, Ormuz en llamas, Adamastor, la capilla de San Roque, el Tejo y otras glorias, escribí en rasgos más inflados que velas de galeones:—«*Raposo, portugués, de aquende y allende el mar.*» Enseguida, desde un rincón, un mozo delgado y mústio, murmuró suspirando y desfallecido:

—En necesitando alguna cosa, llame por Alpedrinha.

Un compatriota! Me refirió su sombría historia en tanto desataba mi maleta. Era de Troncoso y muy desgraciado. Había tenido estudios, compuso una necrología, se sabía de corrido los versos más tristes de nuestro Soares de Passos. «Apenas murió su madrecita, heredó tierras, corrió á gozar á esa fatal Lisboa; en la travesía de la Concepción conoció una española hermosísima, con el almibarado nombre de Dulce, y con ella se marchó á Madrid; todo un idilio. Allí lo empobreció el juego, Dulce le hizo traición y un *chulo* le dió de cuchilladas. Curado y macilento pasó á Marsella, y durante algunos años se arrastró como un harapo social entre inenarrables miserias. En Roma fué sacristán y en Atenas barbero. En la Morea, habitando una choza junto á un pantano, se empleó en la pavorosa pesca de las sanguijuelas; y de turbante, con odres negros al hombro, pregonó agua por las callejas de Esmirna. Siempre lo había atraído el fecundo Egipto, de modo irresistible.....Y allí estaba, en el *Hotel de las Pirámides*, de mozo de cuerda, y siempre triste.

—Y si el caballero trae ahí algún diario de nuestra Lisboa, me gustaría saber como andan por allá los negocios políticos.

Generosamente le cedí todos los *Jornales de Noticias* que envolvían mis botas.

El dueño del hotel era un griego de Lacedemonia, de enormes bigotes, y que *hablaba un poquito el castellano*. Respetuoso, limpio, tieso en su levita negra adornada con una condecoración,

nos condujo al comedor, *el más precioso, sin duda, de todo el Oriente, caballeros.*

Sobre la mesa marchitábase un ramo de flores escarlata; en el frasco del aceite flotaban cadáveres de moscas; las chinelas del criado arrollaban á cada momento un viejo *Jornal des Debates*, manchado de vino, rodando por allí desde la víspera, pisoteado por otras chinelas indolentes: y en el techo, la humareda fétida de los candeleros de latón, habia unido nubes negras á las nubes color de rosa en que revoloteaban ángeles y golondrinas. Por debajo del balcón un violón y un arpa tocaban la *Mandolinata.* Y mientras Topsius se inundaba de cerveza, yo sentía crecer mi amor por esta tierra de indolencia y de luz.

Y después del café mi sapiente amigo, con el lapiz de las apuntaciones en la faldriquera de la americana, se lanzó á buscar antigüallas y piedras del tiemp de los Ptolomeos.

Yo, encendiendo un puro, llamé á Alpedrinha, diciéndole que deseaba, sin tardanza, ir á rezar y á amar. Rezar por mi tia Patrocinio, que me había recomendado una jaculatoria á San José, apenas pisase el suelo de Egipto, convertido, desde la fuga de la Santa Familia encima del burro, en suelo devoto como el de una catedral. Amar por necesidad de mi corazón, ardiente y ansioso. Alpedrinha, en silencio, alzó las persianas, y me mostró una plaza, en cuyo centro había un héroe de bronce, ginete en un corcel de bronce: una ráfaga caliente levantaba lentas polvaredas por encima de los tanques secos; y en torno de todo esto se perfilaban en lo azul altos edificios, ondeando en las astas las banderas de las naciones á que pertenecían, como ciudadelas rivales sobre un suelo vencido.

Luego el triste Alpedrinha me enseñó, en una esquina donde una vieja vendía cañas de azúcar, la tranquila calle de las Dos Hermanas. Allí, murmuró, vería yo clavada sobre la puerta de una tienda escondida, una gran mano de palo, tosca y roja, y encima, en una tablilla negra, este rótulo que era un señuelo del oro: *Miss Mary, Guantes y flores de cera.*

Ese refugio era el que él aconsejaba á mi corazón. En el fondo de la calle, junto á una fuente que chorreaba entre unos árboles, había una capilla nueva donde mi alma hallaría consuelo.

—Y diga el caballero á Miss Mary que va recomendado del *Hotel de las Pirámides.*

Me puse una rosa en el pecho y salí como un vencedor. A poco de entrar en la calle de las Dos Hermanas, divisé la ermita virginal, durmiendo castamente bajo los plátanos, al dulce arrullo del agua. Pero el amantísimo patriarca San José estaba ocupado en aquel momento en recibir jaculatorias más urjentes y exhaladas de labios más nobles: no quise importunar al bondadoso santo, y me detuve frente á la mano de palo, pintado de rojo, que parecía estar esperando, alargada y abierta, para esprimirlo, mi corazón.

Entré lleno de emoción. Detrás del balcón barnizado, junto á un vaso de rosas y magnolias, estaba ella leyendo el *Times*, con un gato blanco sobre las rodillas. Lo que más me cautivó fueron sus ojos de un azul claro, de un azul como solo se vé en las porcelanas, sencillos, celestes, como jamás los ví en la morena Lisboa. Mayor encanto todavía tenían sus cabellos, crespos, rizados, como lana de oro, tan suaves y finos que convidaban á permanecer allí eterna y devotamente mesándolos entre los dedos trémulos; era irresistible y luminoso el nimbo que ellos dibujaban en torno de su cara rolliza, de una blancura de leche en que se deslie carmín, sana y suculenta. Sonriendo y bajando púdica las oscuras pestañas, me preguntó si quería *piel fina ó Suecia.* Yo murmuré restregándome codiciosamente por el balcón:

—Le traigo recados de Alpedrinha.

Cojió del ramo un botón de rosa y me lo dió en la punta de los dedos. Se lo arrebaté casi con furor. Y la voracidad de esta caricia pareció agradarle, porque una onda de sangre vino á encender su semblante, y me llamó en voz baja: «maldito». Olvidé á San José y su jaculatoria, y nuestras manos, unidas un momento, mientras ella me calzaba un guante claro, no volvieron á separarse más en las semanas que estuve en la ciudad de los Lagidas, y que pasé en fiestas y delicias musulmanas.

Ella era de York, ese heróico condado de la vieja Inglaterra, donde las mujeres crecen fuertes y lozanas como las rosas de sus reales jardines. A causa de su dulzura y de su risa argentina cuando le hacía cosquillas, le puse este nombre galante é imitativo del cacareo: *Maricoquiñas.* Topsius, que la apreciaba, la llamaba «nuestra simbólica Cleopatra.» Ella tenía predilección por mi barba negra y espesa: por no separarme del calor de sus sayas renuncié á visitar el Cairo, el Nilo y la eterna Esfinge, puesta á

la entrada del desierto, sonriendo de la vana Humanidad.....

Vestido de blanco como un lirio, pasaba mañanas inefables, reclinado en el balcón de Mary, acariciando con respeto el lomo del gato. Mary era silenciosa: pero su sonrisa, cruzada de brazos, y su manera gentil de plegar el *Times*, saturaban mi corazón de luminosa alegría. No era preciso que me llamase «su valiente portuguesito.» Bastaba que su pecho se hinchase, y que yo viese aquella lánguida y dulce onda que se levantaba así, ansiosa de mis besos, para que de tan lejos hubiese venido à Alejandría, y aún, á ser necesario, fuese á pié y sin tomar reposo hasta donde son blancas las aguas del Nilo!

Cada tarde, en la calesa de indiana, acompañado del doctísimo Topsius, dábamos lentos y amorosos paseos á orillas del canal Mamoudieh. Bajo los frondosos árboles, junto á los muros de los jardines del serrallo, aspiraba el aroma perturbador de las magnolias y otros cálidos perfumes desconocidos. A veces caía en el regazo una flor roja ó blanca: dando un suspiro restregaba mi barba sobre el rostro aterciopelado de mi Maricoquiñas, y ella, sensible, se extremecía. En el agua yacían las pesadas barcas que remontan el Nilo, cenagoso y sagrado, ancladas cerca de las ruinas de los templos, costeando las islas verdes en que dormitan los cocodrilos. Poco á poco caía la tarde. Llenos de vaguedad nos mecíamos en la sombra olorosa. Topsius murmuraba versos de Goethe. Y las palmeras de la vecina margen se recortaban en el poniente amarillo, como esculpidas en relieve de bronce sobre una lámina de oro.

Mary comía siempre con nosotros en el *Hotel de las Pirámides*, y en su presencia Topsius se prodigaba en amables disertaciones eruditas. Nos contaba las tardes de fiesta de la vieja Alejandría de los Ptolomeos, en el canal que llevaba á Canopia: las dos márgenes resplandecían en palacios y jardines: las barcas, con toldos de seda, vogaban al son de los laudes: los sacerdotes de Osíris, cubiertos de pieles de leopardos danzaban á la sombra de los naranjos; y en los terrados, abriéndose los velos, las damas de Alejandría bebían en honor de Venus Asiria, en cálices de flor de loto. Una voluptuosidad intensa adormecía las almas. Los mismos filósofos eran libertinos.

—Y, añadía Topsius, guiñando los ojos, en toda Alejandría

solo había una mujer honesta, que comentaba á Homero y era tia de Séneca. Solo una!

Maricoquiñas suspiraba. ¡Qué encanto, vivir en esa Alejandría y navegar hacia Canopia en una barca entoldada de seda!

—Sin mí? le decía yo, lleno de celos.

Ella juraba que sin su «valiente portuguesito» no quería habitar ni en el cielo!

Yo, halagado, pagaba el *champagne*.

Y así fueron pasando los dias, leves, plácidos, amenos, con repiques de besos, hasta que llegó la víspera sombría de la partida para Jerusalén.

—Lo que el caballero, me decía Alpedrinha, mientras cepillaba mis botas, lo que el caballero debía hacer era quedarse aquí, en Alejandría, para refocilarse. Ah! si yo pudiera! Pero eran inflexibles los mandatos de mi tía! Y por amor á su oro tenía que ir á la negra Jerusalén, arrodillarme delante de los secos olivares, desgranar piadosos rosarios al pié de frios sepulcros.....

—Ya tu haz estado en Jerusalén, Alpedrinha? le pregunté, doblando con desconsuelo los calzoncillos.

—No, señor, pero sé lo que es..... Peor que Braga!

EÇA DE QUEIROZ.

(Continuará.)

CRONICA POLITICA

Acordado por la Junta Central que el Partido Autonomista tomaría parte en las elecciones, abandonando el retraimiento, ha sido más difícil de lo que en un principio se creyó, realizar los trabajos preparatorios que semejante acto demanda. En malas condiciones se disponía á concurrir á los comicios la agrupación liberal. En primer término tropezaba con la especie de dejadez que desde la abstención, neceserariamente se había apoderado de los organismos del partido; después, con el poco entusiasmo que la incompleta reforma había despertado en el ánimo de los autonomistas, y por último, con la brevedad de los plazos que habían de mediar entre el acuerdo de volver á las urnas, la preparación de las listas provisionales, su rectificación, la declaratoria de su forma definitiva, y finalmente, el nombramiento de los interventores y la elección de los diputados á Córtes. Tenía exacta conciencia la Junta Central de lo difícil que era al Partido Autonomista figurar dignamente en los comicios dentro de las condiciones de festinación en que tenía que hacerlo y ante la perspectiva de los abusos que mil circunstancias permiten que aquí hagan, en tiempo de elecciones, los elementos conservadores. Así es que aunque resuelta, en principio, á favor de la lucha electoral, no tomó con carácter definitivo tal acuerdo, sino después de haber recibido del señor Gobernador General y del Jefe de la Unión Constitucional, la promesa y la seguridad de que las elecciones se harían de un modo correctísimo, confeccionándose las listas con gran imparcialidad, respetándose el derecho de todos, permaneciendo el

Gobierno perfectamente neutral en la contienda,—para lo cual sus subalternos recibirían instrucciones explícitas y terminantes; —y comprometiéndose los conservadores à no utilizar ningún recurso repropable para arrebatar á los liberales la mayoría en los distritos donde la tuvieran, ó la minoría en las circunscripciones en que, por virtud de la ley, correspondía unos puestos á los conservadores y otros á adversarios. .

En todos los tonos nos han dicho los autonomistas la verdad, respecto á los sentimientos con los cuales revocaban su acuerdo de abstención. En la prensa y en la tribuna han declarado que la reforma electoral del Sr. Maura era de una deficiencia desconsoladora; que el Decreto Ley, por sí solo, no daba satisfacción ninguna al espíritu liberal y á las aspiraeiones democráticas del país; y que únicamente por virtud de las ofertas y de los compromisos contraidos por el Gobierno y el Partido de Unión Constitucional, se decidía el autonomismo á salir del retraimiento.«—Nos llamais—decían al Poder Público y á los conservadores—nos prometeis proceder con toda corrección, porque declarais que las instituciones legales y la buena marcha de la política local necesitan de nuestro concurso: bueno; acudimos al llamamiento; pero á condición de que las elecciones se verifiquen con toda legalidad y que no se nos preparen emboscadas como las que otras veces han servido para falsificar aquí la expresión de la voluntad del cuerpo electoral. Que si esa condición no se realiza, nosotros, á cualquier momento en que el atropello se produzca, estamos bien resueltos á abandonar de nuevo el campo de un modo definitivo.»

Como se vé, el estado de ánimo del partido liberal se caracterizaba por la desconfianza con que sus directores iniciaban los trabajos electorales. Mala era la ley, apremiantes los plazos señalados á las operaciones preliminares: para vencer los inconvenientes no podía contarse más que con la previsión y la alteza de miras que tuviese el Gobierno, y con el sentido político que poseyera el partido conservador. A virtud de las declaraciones de ambas entidades los autonomistas empezaron sus preparativos; pero á los que conozcan la estructura de nuestro pueblo no ha de extrañar que bien pronto se vieran desfraudadas las esperanzas del liberalismo. Los conservadores, por lo mismo que nunca se han visto más trabajados por sus rivalidades y disidencias, se han sentido más que nunca inclinados al desafuero y á la violencia. De nada

ha servido que su gefe prometiera corrección de conducta al gefe de los liberales: donde quiera que han podido excluir del Censo á los autonomistas, no han vacilado en hacerlo, creando así una situación difícil para los directores de los dos partidos legales, pues momento ha habido en que parecía inevitable que volviesen al retraimiento, y aún á la disolución, suceso que habría que estimar como un fracaso para la política acomodaticia y convencional que en Cuba se hace por tácito acuerdo de sus elementos directores.

Y si al retraimiento no se ha ido con motivo de los sucesos de Santa Clara y Puerto Príncipe, débese el hecho, singularmente, á la poderosa disciplina que siempre ha existido en el seno del liberalismo. La Junta Central del Partido Autonomista ha tenido siempre la fortuna de que ante sus mandatos se inclinen la voluntad y la conciencia de sus adeptos; así es que con facilidad ha podido reducir á los miembros del Comité local de Santa Clara, que habían resuelto abstenerse, y á los cuales excomulgó decretando la disolución del mencionado Comité. Así, por último, ha logrado decidir á los liberales camagüeyanos á mantenerse obedientes á las órdenes de la Junta, á pesar de su profundo disgusto. La disciplina viene salvando todos los conflictos; pero es de temer que el continuo uso, que el uso ya algún tanto exagerado que de ese sentimiento hace la Junta Central, haga que á un momento dado se relajen los resortes de la subordinación, y ya que no se rebelen los Comités, se descompongan por la abstención y separación de sus miembros, como ha sucedido en Santiago de Cuba donde el Comité, local virtualmente se disolvió, por el desaliento y la falta de autoridad moral de que se sentían invadidos sus vocales.

Séase de un modo ú otro, los elementos liberales, á pesar de su descontento, se disponen, por obediencia á los directores, á concurrir á las urnas. No irán con entusiasmo; pero irán con disciplina.—No puede decirse otro tanto de los conservadores. Las divisiones de éstos se han acentuado de tal modo, que por primera vez nos encontramos con el hecho de que aún en vísperas de las elecciones no hayan logrado entenderse para presentar una candidatura única frente á la de los liberales. En otros tiempos solían hacerse cruda guerra los diferentes grupos de la Unión Constitucional; pero tan pronto como se aproximaba el período electoral, hacían las paces y se unían para combatir á los autonomis-

tas.—Esta vez, se hace más difícil que en las anteriores semejante unión. Por lo pronto, en el Distrito de Güines los amigos del Sr. Goicoechea no votarán por el Sr. Vérgez, y se abstendrán ó darán sus votos al candidato liberal. En Matanzas, al lado de la candidatura oficial del partido de Unión Constitucional, se presentará la del Sr. Alvarez Prida, con el carácter de independiente. Y en la misma Habana hay tal malestar, que elementos importantes están resueltos á no votar, ó á votar por quienes mejor les parezca, antes que apoyar á los que designe el Centro Conservador. A pesar de los esfuerzos que se hacen por personas que han sido siempre influyentes entre sus correligionarios, es lo cierto que no se logra restablecer la unidad entre los conservadores.—Se comprende.—No se trata de divergencias de principios, sino de oposiciones de personas, así es que costará trabajo vencer los obstáculos que se presentan en el camino que sigue la Unión Constitucional. Bien lo ven sus directores, que no se atreven á pronunciarse con claridad respecto á ninguna de las cuestiones que aquí nos preocupan. Y esto, porque comprenden que no necesitan definir principios, sino acallar rivalidades y satisfacer ambiciones y temen que toda exposición de doctrina que se haga antes de haber pactado con los descontentos, sirva á estos de pretexto para adoptar programa distinto. El secreto de la vaguedad con que hablan los conservadores es ese: no ha sido posible restablecer la unidad de la agrupación: la Directiva se enciera en fórmulas vagas, para evitar que nadie pueda combatir las doctrinas que emita, oponiendo programa á programa. El modelo del género se encuentra, sin duda ninguna, en la Circular que recientemente, y con motivo de las elecciones, el Presidente de la Unión Constitucional ha dirigido á los Comités de su partido. No hay en ese singular documento una sola declaración concreta, un solo compromiso formal, una sola promesa terminante: generalidades y hasta.....vaciedades, eso es lo único que en él se encuentra. Y lo raro del caso no consiste en esto, sino en que cuando se hace observar á los elementos conservadores tales circunstancias, replican que era necesario que así fuera, porque en el estado actual de las cosas, no convenía á la Directiva de Unión Constitucional formular declaraciones explícitas sobre ningún extremo de nuestra política.

Precisa convenir en que no está muy despejado nuestro hori-

zonte, cuando tales son las actitudes con que los partidos concurren á unas elecciones generales, que lógicamente pensando, debieran servir para determinar rumbos. Nada de eso va á pasar entre nosotros. Después, lo mismo que antes de las elecciones, nos vamos á encontrar con los propios problemas que resolver, con las propias confusiones que disipar. Y es que elecciones como las que se avecinan, en las que nada se deja á lo imprevisto, porque nada se deja á la expontaneidad local, y todo se arregla, prepara y decide por dos ó tres docenas de individualidades de cada partido, no son elecciones que sirven para dar una idea del verdadero espíritu de un país. Dentro de algunos días, cuando se publique la lista de los candidatos, de los partidos, veremos qué clase de tendencias han predominado entre sus directores; pero continuaremos en la propia ignorancia respecto á los sentimientos que verdaderamente profesan sus correligionarios.

Tal es la situación en que nos encontramos. Con dificultad puede el *Cronista*, aunque aguce el entendimiento, señalar ninguna novedad importante en nuestra política. Tendremos diputados y senadores: con el sufragio de los *cinco* pesos, lo mismo que con el de *veinticinco*, la proporción de representantes de Cuba continuará idéntica. Siempre tendremos ocho ó nueve liberales por veintiuno ó veintidos de Unión Constitucional. ¿Por qué ha de esperarse que los resultados sean distintos para el país? ¿Por qué confiar en que ahora irán las cosas mejor que antes? Y sobre todo ¿por qué descansar en las elecciones para contar con mejoras? ¿Acaso no se obtuvo la reforma electoral sin que hubiera diputados liberales en el Congreso?—Los tenía Puerto Rico, y no la alcanzó tan explícita. No los tenía Cuba y se la atendió mejor. De donde resulta que aquí es donde debemos robustecernos, gestionar y batallar. Organicemos las fuerzas cubanas: hagamos que todos vean que estamos unidos y que somos fuertes. Y cuando esto así suceda, no necesitaremos suplicar para que nos abran los comicios: bien al contrario, el Gobierno y sus auxiliares serán los más interesados en buscarnos y contemplarnos. Porque, ya se ha visto: cuando no queremos tener representación parlamentaria es cuando mejor nos tratan para ver si nos decidimos á tenerla.

JUAN GUALBERTO GOMEZ.

Habana 28 de Febrero de 1893.

MISCELANEA

ALBERTINI

Entre las grandes muestras de aprecio recogidas por nuestro eminente compatriota Rafael Díaz Albertini, en su excursión por los Estados Unidos, se destaca esta brillante página que tomamos del *American Art Journal*:

«En lo recio de la corriente que invade los círculos del arte musical, animada en lo más íntimo por el hoy omnipotente espíritu del realismo, resulta algo más que un contraste brillante recibir un artista del carácter de Rafael Diaz Albertini.

Al escritor, que disfrute del trato social y aprecie la ejecución musical de este genuino artista, podrá parecer que la época de su presentación en los círculos de Nueva York no es la más adecuada á la naturaleza de su personalidad artística. Después de haber pasado por la escuela de varios maestros realistas y románticos, parece haber concentrado sus ideas musicales en el propósito de expresar de la manera más pura el pensamiento y la emoción combinados.

El Sr. Albertini será acogido con sentimientos de entusiasmo y esperanza por aquellos que esperan el dia en que la música se conciba como la unión de la idea y la erudición. Albertini se presenta como uno de los pocos artistas, que á pesar de la influencia abrumadora del realismo, han retenido y desarrollado el indudable poder del espíritu del arte musical: pureza de la armoniosa conexión de la forma y de la idea; y por este medio su música transpira el casi perdido espíritu de la poesía.

AMADEO VON DER HOYA.»

El libro del Sr. Collazo

El Sr. Enrique Collazo acaba de dar á la estampa un interesante volumen, que se intitula *Desde Yara al Zanjón*. Lo constituyen valiosos apuntes históricos de un testigo y actor de los dramáticos sucesos que narra. El valor excepcional que le comunican las prendas personales del autor, exige que sea estudiado por nuestra REVISTA con mayor detenimiento. Hoy anunciamos meramente su aparición.

En la Academia de Ciencias

En otro lugar de este periódico podrán ver nuestros abonados los discursos que los Dres. Mestre y Montané leyeron en la Academia de Ciencias el día del ingreso del señor Mestre. A ese acto trascendental, que ha seguido con muy corto intervalo á la designación que para tan honroso puesto hicieran del señor Mestre los honorables académicos, sus compañeros hoy, acudió una numerosa y escogida concurrencia, que escuchó con recogimiento las palabras del discurso científico en el cual puso de manifiesto nuestro distinguido colaborador cuánto le preocupan el estudio de las doctrinas, fundamento de toda práctica seria y juiciosa. No es este lugar oportuno para hacer la crítica del discurso, ni es ésta tampoco la costumbre establecida: los lectores han de encontrar en ese trabajo los mismos rasgos de solidez, concisión y claridad que nosotros hemos aplaudido en la exposición que hizo el más joven de los académicos, al tratar de *las relaciones entre los diversos estados patológicos, consideradas en el individuo y en la serie ancestral y hereditaria.*

Enfrente del sitial que ocupó durante la lectura el señor Mestre, y más que las grandes representaciones que daban brillo al acto, la figura inanimada de su padre, destacándose del lienzo severa y justa, halagaría el amor del hijo obligándole á perseverar en el mismo camino que aquel impuso con su grande é indiscutible autoridad á la Academia.

Para el doctor Montané no fué difícil contestar al señor Mestre, ajustándose á la ceremonia de costumbre; y dejando deliberadamente que todo el brillo científico recayera sobre el nuevo

académico, limitóse á esbozar en cuatro trazos magistrales la figura del Dr. Mestre (don Antonio). Los que lean tan hermosos, sinceros y sentidos párrafos, creerán que en la narración de aquella vida puede encarnarse el programa y el porvenir de la Academia, ó que esas frases que emocionado leía el doctor Montané eran como el testamento de alguien que intenta y desea imponer seguro y fijo derrotero á los trabajos académicos.....

Hora es ya de que los señores académicos fijen su vista en lo que mayor crédito ha de proporcionar al cuerpo de que forman parte; hora es ya de perseverar en la misma vía que los antiguos impusieron; hora es ya de que cesen los antagonismos y la pseudo-emulación, que los llevará al suicidio. Hora es ya de pensar que ese cuerpo está en nuestras manos, y que es obra á todas luces injusta y antipatriótica no darle toda la fuerza que necesita y todo el prestigio que reclama. Hora es ya de demostrar claramente que no sólo sabemos dividir y demoler, sino que también podemos edificar, construir, reparar y fortalecer las obras dignas. Hora es ya de que los académicos atiendan como á cosa propia, que impone grandes deberes y grandes sacrificios, al nombre de la corporación. Es menester conservar inalterable el legado recibido; y ya que no con mayor lustre que el que en épocas pasadas alcanzó, en la época de los Gutiérrez, G. del Valle, Zambrana, Horstmann, Mestre, Lebredo etc., podamos al menos presentar un centro desposeído de rivalidades y de pasiones, ó más bien que solo sienta una sola pasión, el amor á la ciencia y á la gloria de nuestros hombres que es al fin la gloria de nuestro país.

Mediten los académicos en lo que llevamos someramente dicho: en ello no nos mueve otro objeto que el deseo de que no pierda la Real Academia de Ciencias Médicas Físicas y Naturales la noble tradición que ostenta.

(Revista de Ciencias Médica.)

El Dr. Binión

Entre los viajeros distinguidos que han pasado por la Habana en este invierno, debemos señalar al doctor Samuel A. Binión, eminente egiptólogo americano, á quien somos deudores de una interesante sesión en casa del señor don Raimundo Cabrera.

Quiso el doctor Binión presentarnos algunas muestras de su admirable obra *Ancient Egip or Mizraim*, y nos dejó sorprendidos, tanto de la seguridad y amplitud de sus conocimientos, como de la extraordinaria belleza de las ilustraciones de su trabajo, verdaderamente monumental. Su *Egipto Antiguo* es una obra de ciencia y de arte que honra á su autor, y acredita singularmente la tipografía americana. Cada una de las grandes láminas que puso á nuestra vista es una perfecta obra de arte, no sobrepujada por las mejores producidas hasta ahora en París y Berlín; y sus explicaciones fueron tan claras y atractivas, que solo nos dieron tiempo para deplorar su brevedad.

LAS RAZAS DE LOS HOMBRES

y su significación para la civilización

No hay, quizas, otra idea más arraigada en el hombre que la de raza como cualidad fundamental é inalterable que impone dirección ó carácter especial ó distinto al desarrollo de su civilización. Tampoco otra más difundida ó que ha servido de mayor obstáculo al progreso de este desarrollo de la humanidad que es imprescindible condición de la naturaleza ó constitución normal de los hombres.

Como muchas otras ideas primitivas, es hija de apariencias limitadas, conservadas y propagadas por luchas entre egoismos mal entendidos, y es responsable de mares de sangre fratricida, vertida en nombre de la Gloria (sic).

Todavía es idea popular para todas las personas que abogan por castas permanentes en la sociedad.

Realmente la idea de raza como distintiva fundamental de naciones europeas modernas está en descubierto con las pruebas aducidas por todos los ramos de la ciencia, y con el espíritu y el texto auténtico del cristianismo, particularmente con el Pater Noster, así como con los mejores intereses de la humanidad entera, sean espirituales, morales ó seculares.

Si en los pobladores primitivos existían marcados distintivos de raza éstas se han perdido en la mezcla inseparable que ha sucedido.

Será propio al objeto de este artículo tratar de echar una ojeada sobre el campo más extenso que han labrado las ciencias mo-

dernas para dilucidar este asunto, donde parece demostrado que la palabra raza significa variedad elaborada por las influencias físicas y morales, continuadas durante largos períodos de tiempo, en el trascurso de muchas generaciones de indivíduos, pero significa nada de permanente cuando se cambian ó varían dichas influencias; pues casi imperceptiblemente irán variando el tipo con estas influencias.

No hay que estrañar que el hombre en la infancia de su desarrollo intelectual, guie sus primeros pasos de interpretar los fenómenos de la naturaleza por apariencias dentro de límites estrechos á su rededor, hasta que su talla intelectual alcance mayores alturas para estender sus golpes de vista lo mismo en la historia natural y literaria como en la filosofía.

Sabemos que elaborar una teosofía es uno de los instintos fundamentales y en la oscuridad primitiva no hubo más recurso que formarla de la fantasía, y con respecto á la doctrina sobre un asunto tan esencial al hombre se comprende que se trata de generalizar su adopción, sea lo que sea la forma que las apariencias locales determinen, para asegurar la paz ó tranquilidad moral en la sociedad. De aquí la costumbre antigua, por falta de mejores luces, de cada gobierno imponérsela oficialmente, como se impone el vestido uniforme á su ejército, perdiendo de vista que el hombre tiene también otro instinto inherente tan imprescindible como es aquel, consistente en ensanchar sus conocimientos naturales y poner en contínuo descubierto los inverosimilitudes de su teosofía fantástica primitiva.

Así resulta que de imponer doctrinas oficialmente, viene á resultar un esfuerzo oficial para suprimir una parte fundamental de la naturaleza del hombre y no se acierta con esto á asegurar la paz moral que se busca.

Al contrario, el progreso inevitable de las ciencias naturales tanto ha ensanchado el campo de observación y explicado las primitivas apariencias que hace forzosas modificaciones progresivas y adoptivas en los conocimientos é ideas amoldadas por las nuevas luces adquiridas.

Un siglo apenas ha trascurrido desde que la ciencia se ha ocupado seriamente en la cuestión de raza en su aplicación á los hombres y los primeros pasos fueron entretenidos con circunstancias más ó menos fortuitas. La historia filosófica no había en

aquella época reunido los datos y observaciones positivas que actualmente tiene acumulados y que da la importancia á estos estudios.

Camper, un anatomista holandés, dió los primeros pasos modernos para formar la ciencia de Etnología, clasificando las razas del hombre por la forma de su cráneo y la medida del ángulo facial formado por la intersección de dos líneas, una tirada desde el Meatas auditorius á la base de la nariz, la otra desde la prominencia del Os frontis al punto más avanzado del maxilar superior. Blumenbach se adelantó á la clasificación en cinco variedades agregando al ángulo facial, el color del cutis, forma de las facciones, particularidades de carácter, etc. y las llamó Caucásica, Mongólica, Etiópica, Malaya y Americana. Incluyó en la Caucásica los Europeos, Asiáticos y Egipcios; en la Mongólica los de color de aceituna, ojos negros y oblícuos, pelo largo y gordo, poco barba, cara no ovalisca sino cuadrada, con frontis bajo é incluyó en ésta los de Mongolia, Manchuria, China, Japón, Corea, Tibeto, Cambodia, Siam, Finlandia y Esquimo. En la Etiópica los de ojos y cutis negro, pelo negro y crespo, frontis bajo y retirada, pómulos prominentes, labios gruesos, nariz ancha y aplastada.

La Americana era los de color de cobre, pelo largo, gordo, recto y negro, cara ancha, boca grande. En esta incluyó todos los indios excepto los Esquimales. En la Malaya incluyó los de Malaca, Sumatra, Java, Borneo, Celebes, Filipinos, Nueva Guinea, Nueva Zelandia, etc.

Cuvier reformó el sistema de Blumenbach reduciéndolo á tres razas; la Caucásica, Mongólica y Etiópica, considerando dudosa las Malaya y Americana.

(1826) El Dr. Prichard reconoció siete principales; Iraniana ó Caucásica, Turana, que corresponde á la Mongólica de Blumenbach y Cuvier, Africana, Papuana, Australiana y Americana.

Respecto á la formo del cráneo, Prichard estableció como variedades principales: la Ovaloso simétrica, la Angosta elongado ó prognathona y la Ancha piramidalo. En la primera incluyó todos los pueblos iranianos de Hindostán, Arabia, Persia, Norte de Africa y casi toda Europa: En la segunda los de Africa, Australia etc. y en la tercera los Asiáticos, Hottentotes, Finlandos y Esquinos, una de cuyas características más marcadas siendo la prominencia de sus pómulos.

Estos ensayos de clasificación etnográfica recibieron un nuevo é inesperado impulso con el gran aumento de interés en la Filología consecuente á la ocupación del Hindostán por los ingleses cuando descubrieron que el idioma hindou, el Sanscrito, es de esmerada cultura y de origen Asiático-Europeo llevado á la India por la raza Arya en sus invasiones y ocupación y que tiene íntimas relaciones con el Perso, Griego y Latín; aunque no con el parentesco de madre sino de hermana en la gran familia Arya cuya lengua madre se perdió en la antigüedad.

La primera publicación respecto de este gran acontecimiento fué la de Friedrich Schlegel titulada «El Idioma y Sabiduría de los Indios.» (1808) Despertó gran interés y muchos Alemanes y Franceses estudiosos concurrieron á Londres para estudiar el Sanscrito, entre los cuales los hermanos Schlegel, los Sres. Bopp, Rosen, Bernouf etc., pues en las oficinas de la Colonia se habían reunido abundantes manuscritos con la asistencia de distinguidas personas que habían servido en la India.

En 1816 se publicó una obra importante sobre la gramática Sanscrita comparada con la Griega, Latina, Persa y Alemana por Francisco Bopp y en 1819 el «Indische Bibliotek» de Guillermo von Humboldt que prestaban grandes servicios á la entonces nueva ciencia de la Filología.

En 1833 se publicaron otros dos importantes trabajos que contribuyeron á formar esta ciencia: «Etimological Reserches» del profesor Potts y un segundo trabajo de Bopp titulado «Gramática Comparativa de las lenguas Sanscrita, Zenda, Griega, Latina, Luthaniana, Slava, Goda y Alemana», y luego el gran filólogo francés, Eugéne Bernouf, fué el primero que aplicó la filología á la traducción de las inscripciones cuniformes de la Persia sobre la arquitectura de Darias y Xerxes, y á las mismas palabras de Zoroaster, el fundador de la religión persa—el culto de la luz.

Desde 1853 se publica en Alemania un periódico dedicado esclusivamente á la Filología Comparada y la Sociedad Filológica de Londres también publica un volumen anual de sus trabajos.

Casi todas las Universidades sostienen Cátedras del Sanscrito y Gramática Comparada.

Esta evolución de la ciencia filológica ha probado que el Sanscrito, el Griego y Latín representan razas cognadas que habrán originado en las mismas raices antiguas, y sus literaturas

arrojan nuevas luces sobre la historia del hombre. Dicha evolución nos ha conducido á la idea de que en la Arqueología debemos encontrar evidencias aún más claras y fehacientes de los pueblos prehistóricos de que la Filología nos habla: que en las ruinas subterráneas de sus ciudades, se encontrarán testigos materiales de su realidad. Se logró el concepto de que la Arqueología había de ser para la Etnología lo que es la Paleontología para la Geología, agregándole un nuevo y vivificante interés.

Esta gran esperanza no ha sido defraudada. Las escavaciones dirigidas por Botta y Layard y Place y Lepsius y Schlieman y otros han descubierto á nuestra vista y contemplamos los Templos, los Palacios y las Tumbas de razas prehistóricas é históricas que la Filología nos permite leer en sus inscripciones los pensamientos, sentimientos y aspiraciones de aquellas antiguas razas, grabadas en las piedras de Memphis, de Thebes y sus suburbas Karnak y Luxor, de Mycena de Korsabad de Persépolis y en los tableros y ladrillos de Nineva.

Allá están, mudos testigos que nadie en su presencia puede dudar su evidencia, y ahora es mi deber hacer un breve resumen de estas antiguas arquitecturas descubiertas y sus planos restaurados por los más ilustrados Arqueólogos y Arquitectos.

Estas nuevas ciencias de Etnología con sus hijas la Filología y Arqueología, interpretando y corrigiendo las historias y tradiciones antiguas, esplican con alto grado de certidumbre, la historia del hombre desde más de cinco mil años atrás y dan gran preminencia á las razas Turana, Arya y Semítica, como dominantes en aquel período con caracteres distintivos suficientemente marcados, para merecer de nosotros una breve reseña; pero estos cinco mil años no encierran todos los datos auténticos que poseamos para dilucidar este asunto.

La paleontología nos ha prestado sus poderosas luces para descifrar los antecedentes prehistóricos de la humanidad que nos ha dejado abundantes vestigios en las cuevas que le han servido de domicilios y de sepultura que prueban que diferentes razas de hombres han vivido en Europa contemporáneas con los grandes carnívora y pachyderms, animales que alcanzaron el último período glacial. Estos vestigios consisten en sus varios utensilios, armas, formas y otros caracteres de sus cráneos y otros huesos, indicando sus costumbres y modos de vivir y estos han despertado vivo interés por

los grandes descubrimientos arqueológicos y paleológicos que tuvo lugar desde 1860 á 1865 en los cascajos del valle de la Somme y en las cuevas de la Francia, en los montecillos de conchas de Dinamarca y en los vestigios de los pueblos lacustres de la Suiza y Lombardía, adjuntos con las publicaciones de las obras de Lubbock (*Prehistoric Times* 1865) y de Lyell (*Antiquity of Man* 1873) y las obras de Geiger, Cano, Delbruck, Taylor, Broca y Topinard.

Todos estos datos nuevos han influido poderosamente en modificar las interpretaciones clásicas de esta cuestión con respecto al origen é historia de razas en la humanidad.

Con éstos el período humano se ha ensanchado y recedido atrás hasta alcanzar la última época glacial calculado por la arqueología en sesenta ú ochenta mil años. El último cuarto de siglo ha visto abandonado por la ciencia, la creencia tradicional de que la cuna de la raza arya fué en el Asia central, pues no hay pruebas científicas que abonen esta creencia ni hacerla más probable que la de creerla en Europa occidental. La idea misma de raza va perdiendo rápidamente su sentido antagonístico en vista de las variaciones radicales que las razas han sufrido en el andar de los tiempos, por las influencias físicas y morales de sus varios ambientes.

Pues ¿cuáles son los aspectos principales de la cuestión de razas de hombres en las nuevas luces que se han adquirido?

Se divide en dos vastos períodos de tiempo—el histórico y prehistórico—y este último se subdivide en edades, la *Paleolítica*, la *Neolitica*, la de *Bronce* y la del *Hierro*, indicando los materiales con que se formaron sus utensilios y armas de ofensa y de defensa en estas diferentes edades, en el sentido de largos períodos de tiempo en el trascurso de los miles de siglos que ha existido la humanidad en la tierra.

La edad ó período paleolítico es cuando dichos utensilios y armas fueron formados por piedras de silica astilladas y hay pruebas de haber durado muchos miles de años, probablemente cincuenta mil, y los arqueólogos estiman haber terminado hace veinte mil anos. Le sucedió la edad ó período neolítico, en que los utensilios también fueron formados de piedra pero mejor elaborados y además fueron pulimentadas y más prácticas, demostrando gran progreso en inteligencia y habilidad.

El hombre en la edad paleolítica estuvo muy bajo en la escala de la inteligencia, vivió en las cavernas de las rocas, se vistió en pieles y se alimentó de mariscos ó de las carnes de una raza diminutiva de caballos hiberos que habitaba la Europa en inmensas bandas. No se conocía todavía el arco y flechas; su única arma fué una especie de lanza con punta de piedra ó de hueso. No conocía la alfarería y no tenía lugares fijos de sepultura.

Sus cráneos, utensilios, etc., se han encontrado en las cuevas de diferentes paises de Europa, en Francia, Suiza, Italia y Sicilia y en sus vecindades, enormes montones de huesos y otros vestigios, algunas hasta cuatro varas de grosor por cien varas de largo y ancho. Estos montones son formados principalmente de huesos de los antedichos caballos pero también en algunas se han encontrado huesos humanos fracturados como si fuese para estraer de ellos su médula y esto hace creer que entre ellos hubieron algunos antropófagos.

Los arqueólogos calculan el período neolítico de haber principiado hace veinte mil años y que duró diez y seis mil años hasta principio de la edad ó período de bronce. Encontramos sus utensilios pulimentados y otros vestigios en todas partes de Europa occidental y sin duda los pobladores fueron los descendientes del pueblo paleolítico, manifestando su mayor cultura un progreso natural de tantos siglos de existencia y experiencias, pues éste como el pueblo paleolítico fueron de estatura de un promedio de 5 piés 4 pulgadas, de color oscuro, pelo negro y crespo, cara ortognatas y leptorinicas y de cráneo del tipo dolicho-cefálico. Cràneos de ese tipo encontramos en las cuevas de todas partes de Europa occidental y sus decendentes muy señalados en Irlanda, las islas Hebrides, país de Gales, en los Vascos de España, en los Berbers, Kabiles, en los Guanches de Tenerife, en Sardinia, en Corsica, en Sicilia y en todo el Sur de Italia. En el Sur de Italia este tipo predomina todavía si se determina éste por la forma de los cráneos. De 2,400 cráneos medidos por el profesor Calori de Modena 64 por 100 daban índice cefálico por debajo de 80.

El índice cefálico se determina comparando el diámetro biparietal con el diámetro occípito-frontal. Si aquel diámetro es menos que 75 por 100 de éste, entonces su dueño fué dolicho-cefálico. Si es de 75 á 80 por 100, es orto-dolicho-cefálico. Si es más de 80 por 100 entonces es brachi-cefálico.

Las razas dolicho-cefálicas que habitaban en Europa durante los períodos paleolíticos y neolíticos y cuyos decendentes todavía existen, son designadas por los etnólogos la raza ibérica y Broca la considera de origen africano ó á lo menos su idioma pertenecía á la clase hamítica sin inflexiones y casi sin gramática.

Todos sus vestigios indican que fueron de origen Austral, y que nunca llegaron á ocupar parte norte de Europa continental. Los encontramos en la mayor parte de Francia, Inglaterra, España, Portugal, Sicilia y en el sur de Italia, asociados con Alfalfería de la edad neolítica.

Pero durante el período neolítico penetró en Europa desde el norte, una nueva raza cuyo cráneo nos presenta una forma distinta.

Esta raza fué brachi-cefálica con índice de un promedio de 84.

Encontramos sus vestigios en las cuevas de Bélgica y penetraron hasta Francia central. Fabricaron alfarería de ruda construcción, sus armas fueron hachas de piedra pulimentada y empujaron la raza ibérica hacia el sur. Sin embargo encontramos vestigios de las dos razas en las mismas cuevas que habitaron ó juntos ó en sucesión. Así se encontró en la cueva neolítica de Monte Tignoso cerca de Livorno, cráneos con índice de 71 y otros de 92 y en otras cuevas, cráneos de 68 adjunto con otro de 84.

Estas dos razas ó variedades del hombre fueron las únicas que poblaron la Europa en un tiempo comparativamente moderno, probablemente hace 6,000 ó 7,000 años, cuando apareció una tercera raza orto-cefálica con un índice cefálico de 79 á 81 de mayor estatura, hablando una lengua arya y ya habían alcanzado la vida pastoral la raza Liguria. Habían domesticado el carnero, el buey el perro y tenían carretas y canoas. Ya no habitaban en cuevas sino en chozas hechas de palos y cañas cubiertos con tierra.

Tenemos los vestigios de esta raza por toda la Europa central y particularmente los de su domicilios que fabricaron sobre estacadas en los numerosos lagos de la parte sur de Alemania, la Suiza y el Norte de Italia.

Muchos de estos lagos son extintos y hoy existen en sus sitios, pantanos ó terrenos que se han formado de depósitos de marga por debajo de los cuales se han descubierto vestigios de poblaciones enteras que se habían establecido en la edad neolítica y se han continuado hasta la edad de Bronce, y en algunos casos hasta la edad del Hierro.

Del sur de Alemania, del oeste de la Suiza, se estendió esta raza á Lombardía, Venecia y á todo el valle del rio Pó. No conocía todavía la agricultura sino se sostenía de avellanas y cerisas silvestres.

Después se aumentó la población, cruzó el Pó, al lado sur, fabricó sus domicilios lacustres en los pantanos de Mantua, Reggio, Parma y Modena, y los montones de desperdicios que acumularon en la vecindad de algunas de sus aldeas ocupan un décimo de caballería de extensión y de tres á cuatro metros de altura.

Las capas inferiores de muchos de estos montecillos de desperdicios, pertenecen á la edad neolítica, mientras que las capas superiores son de la edad del bronce, y son compuestos de huesos, fragmentos de alfarería y otros desperdicios de la vida doméstica. En ellos no se encuentran artículos de hierro, vidrio, oro, ni plata, aunque se encuentran sortijas de hueso y de bronce, y los huesos del buey, carnero, chivo, venado y cerdo. En las capas superiores hay vestigios de una ruda agricultura manifestada por vasijas conteniendo judías, bellotas, avellanas etc.

Esta raza fué una variedad céltica ó umbría y al parecer habitó los llanos de Lombardía dos á tres mil años hasta cuando los Etruscos, un ramo de la raza turana, descendió sobre ellos desde el norte, destruyó todas sus poblaciones y la rechazó hacia el sur.

Este acontecimiento tuvo lugar unos tres siglos antes de la fundación de Roma que se crea obra de la raza umbría, que rechazada de la Lombardía por los Etruscos, se retiraron hacia el sur al otro lado del rio Tiber que les sirvió de defensa contra los etruscos que ocuparon todo el territorio al lado norte de aquel rio, y que después formó la provincia romana de Etruria hoy la Toscana.

La raza celta-umbría-latina fué sin duda la que fundó la ciudad de Roma en el tiempo de Romulus.

Hasta aquí hemos echado una ojeada sobre el período inmenso de tiempo abarcando innumerables miles de años que designan el período prehistórico, y hemos llegado al borde del período histórico cuando la historia literaria ensaya sus primeros pasos muy inseguros pero sin embargo de estar torcida y rebatida en el torbellino de pasiones egoistas en una época cuando parece que el único derecho fué la que se determina por la fuerza brutal y la única verdad fué la que imponía el poder militar, nos ha deja-

do preciosos datos que la agudeza de la crítica filosófica moderna va separando de los escombros históricos.

La invasión de los Etruscos en la Lombardía en el siglo XII ante Cristo, fué contemporánea con grandes migraciones en Europa, Asia y Africa, incluyendo la conquista de la Siria por los Hitites, la de Egipto por los Hyksos, las invasiones de Grecia por los Tessalianos y Dorias y la de los griegos al Asia Menor.

Los Etruscos demostraron en su arquitectura ser de origen turano así es probable fué de origen egipcio, atravesando la Siria y siguiendo al norte del mediterráneo hacia el oeste, internándose en el norte de Italia y empujando los umbrianos hacia el sur, habitaron más de seis siglos y fueron rechazados á su vez por los Gaulos célticos cerca de 400 años antes de nuestra era, cuando el valle del Pó, vino á ser la Galia cisalpina. En los cementerios de Certosa y Marzabotta de Boloña están mezcladas las tumbas de las tres razas sucesivas, las de Umbrianos, Etruscos y Gaulos, diferentes en construcción y fácilmente distinguidas unas de las otras.

El origen egipcio de los Etruscos es también abonado además de el carácter turana de su arquitectura, el Dr. Sayce ha descubierto recientemente una momia egipcia con todo un volumen de literatura etrusco sobre la faja que lo envuelve.

También tumbas etruscas existen á Tantalais á orilla norte del golfo de Smirna.

De todo el período prehistórico abarcando miles de años, no hay vestigios de haber existido relaciones comerciales ni otros intereses comunes interraciales, excepto las agresiones de la fuerza brutal durante los movimientos migratorios, y bajo estas circunstancias no parece increible que diferentes climas, localidades y otras circunstancias desarrollan en tan vastos períodos caracteres distintivos que alcancen hasta las organizaciones físicas que siempre son las màs lentas en variarse y por consiguiente, los más permanentes en el hombre. Así la forma del cráneo ha venido á ser uno de los criterios de raza más seguro que tienen los antropologistas.

Por ejemplo, guiados solo por la Filología como criterio de raza, tendríamos que creer que los griegos, italianos, celtas, teutones, slavos, españoles, franceses, ingleses y todos los demás pobladores de Europa, excepto los turcos, laplanderos y mayares son

descendientes de la misma raza arya y es posible que sea verdad; pero guiados por la forma del cráneo, los que hoy dia habitan en Lombardía y Francia central son celtas, brachi-cefálicos, mientras que los de la parte sur de Italia y gran parte de España de raza dolicho-cefálica ibírica y parientes de razas en el Africa numídica.

Así en el desarrollo natural de la civilización la idea de raza va progresivamente perdiendo toda significación práctica en la mezcla inevitable é inseparable de sangre é intereses materiales que trae consigo el trato de las relaciones íntimas del comercio é ilustración intelectual, en las cuales, comunidad de intereses materiales generan comunidad de simpatías y de civilización.

En resumen, la craneología y la filiología nos descubren en el primer período neolítico, la raza ibérica, una raza dolicho-cefálica de pequeña estatura, pelo y ojos negros y lengua hamítica de origen africano, ocupando España, Francia y las islas Británicas. A mediado del período neolítico, otra raza también de baja estatura, pelo y ojos negros, pero brachi-cefálica de idioma euskaro bajó del norte rechazaron los iberos al otro lado de los pirineos aunque después estas dos razas se mezclaron en los pirineos.

Esta es la raza que César llamó la céltica, pero que los etnológicos modernos designan Liguria. La mezcla de las dos razas designó César como celtiberiana.

La filología demuestra que ninguna de estas dos razas eran de origen Arya.

Más tarde en el período neolítico, otra raza, la Umbría-latina, de mayor estatura, con pelo rubio y ojos azules, de lengua céltica ramo de la Arya y en parte orto y parte brachi-cefálica; pues su índice fué de un promedio de 80 á 81 que había domesticado al perro y buey, que poseó carretas, canoas y que vivía en chozas, migraron del nordeste al sur de Alemania, Suiza y Lombardía, de donde fué rechazada por los Etruscos de la raza turana.

Período Histórico

Con esta breve ojeada de lo que sabemos de los tiempos prehistóricos de la humanidad hasta la invasión de Lombardía por

los etruscos mil y pico de años antes de nuestra era, que fué también la época de Abrahan, Moisés y Salomón de cuya historia entre los hebreos nos habla la Biblia, hemos llegado al período histórico, que la Biblia y las obras de Herodito y de Josaphas, empezaron á alumbrar y desde luego tenemos la existencia de este recurso en estudiar los problemas de la Antropología; recurso inseguro, colorado con todas las pasiones y egoismos primitivos, pero aún en sus contradicciones nos presta indicaciones utilísimas para el análisis por la lógica severa.

La Arqueología nos ha prestado datos de más confianza que la historia y la filología.

La Arqueología nos revela que tan remota como la época de la construcción de las Pirámides de Memphis en Egipto, 3,500 años ante Cristo, las razas primitivas ya habían adquirido caracteres distintivos que los separan de nosotros de los tiempos modernos, aunque las formas de los cráneos fueron los más persistentes y todavía distinguen sus descendientes donde se encuentran, y los vestigios de su arquitectura denuncian caracteres claramente distintivos. Ya Egipto estaba en plena edad de bronce. Ya habían descubierto los metales cobre y estaño y los métodos de mezclarlos para producir el bronce y templar éste en la elaboración de instrumentos cortantes, arte perdido después, pues no lo conocen los modernos.

Hay autoridades que aducen pruebas de que los egiptos constructores de las grandes pirámides de Memphis, estaban ya en la edad de hierro; pues en las paredes interiores están pintados carniceros afilando sus cuchillos sobre una barra redonda colgada de sus mandiles, y entre las armas de metal así pintadas se distinguen algunas de bronce y otras que parecen de acero por el color rojo de aquellas y azul de éstas. El hierro se menciona en la Iliada de Homero XXIII—261 y Wilkinson dice que existió antes de la guerra de Troya con los griegos.

Todos saben que la Biblia habla con frecuencia del hierro Job XXVIII—2. Jeremiah XV—12 etc. y en Genesis IV—12 dice que Jubal Caín era «instructor de artesanos en bronce y hierro.» Las leyes de Licurgo de la antigua civilización pelasgica en la Grecia que según Herodoto era mil años ante Cristo (996) mandaron que las monedas se hicieran de hierro y prohibieron el oro y la plata para este uso.

Así formemos concepto de los períodos inmensos que habían trascurrido antes de la edad de hierro para que las razas se hubiesen amoldado á aquellos tipos, los restos de cuya Arquitectura vamos á recorrer y para mejor realizar toda la significación é importancia de estos elementos de la historia, recordaremos que estos restos que nos quedan, son solo de las partes más imperecederas de sus edificios públicos; sus Templos, sus Palacios y sus Tumbas; pero con estos y sus inscripciones precisamente ha podido trasmitir mejor á nosotros su historia en forma menos susceptible de corrupciones y disimulos que son las literarias escritas por subsecuentes é interesados historiadores.

En su Arquitectura pública toda raza deja sentada inconcientemente sus aspiraciones fundamentales y éstas particularmente en sus templos y tumbas, pues en estos el objeto de su construcción ha sido imprimir en la mente de los que los ven, los sentimientos, ideas y aspiraciones que han presidido á su fabricación.

En sus templos todos los pueblos desplegan en sus construcciones, escultura y pintura, su filosofía fundamental ó sea su religión; lo mismo en sus evoluciones paganas como en las catedrales cristianas de la edad media, en las cuales vemos las tradiciones é historias de sus escrituras sagradas traducidas en escultura en sus portales y paredes exteriores, en pintura en sus interiores y en preciosos vidrios coloridos en sus grandes y lujosas ventanas.

Se ha llamado la arquitectura con propiedad, la prosa y poesía de fabricar; en otras palabras: consiste en dos artes; el de la ingeniatura y el de la espresión estética.

El primero consiste en escoger los materiales más adecuados y colocarlos en las mejores formas mecánicas de fuerza, duración y utilidad; el segundo es el de la espresión de los sentimientos y propósitos á que están dedicados y por consiguiente en los templos la arquitectura ha de espresar la grandeza, harmonía y eterna duración que atribuyen á sus Deidades.

La espresión de grandeza y duración depende de los elementos magnitud, indestructibilidad y costo de materiales; la harmonía de las formas, proporciones y ornamentación adecuadas al pensamiento que representan.

Revistando estos monumentos de la antigüedad su más instructiva enseñanza es sobre sus filosofías ó religiones y sus artes que indican el carácter, su grado de civilización y en estos vemos

los eslavones que los ligan á los grados subsecuentes de civilización y que ésta ha sido pausadamente progresiva, y nos demuestran las raices de las épocas brillantes brotando en la venerable antigüedad de las primitivas civilizaciones de Egipto, Nubia, India y Asia probando que éstas han sido las cunas de nuestra civilización, aunque quizás no esclusivamente de la especie.

Por las semejanzas y diferencias en las artes y religiones de las diversas razas, podemos seguirles en sus migraciones y apreciar sus varias influencias en las civilizaciones griegas y romanas y algunas de sus ramificaciones modernas y estos son los materiales de confianza para averiguaciones históricas:—la Filología y la Arqueología, interpretando y rectificando las historias literarias.

Estas nos instruyen de cuatro razas principales la *Turana*, la *Arya*, la *Semítica* y la *Ibérica*, que dos mil años ante Cristo, tenían sus centros de población, la turana en Egipto; la Arya en lo que es ahora Turquestan y el Noroeste de la India, la semítica en la Arabia y la ibérica en el norte de Africa y sur de Europa

Aun en aquella época lejana estas razas estaban más ó menos mezcladas unas con otras, pero sus característicos distintivos eran muy marcados y en ninguna más que en sus arquitecturas.

La Turana fabricaba con piedra y sus pirámides, obeliscas, efigies y los masivos cimientos de sus tumbas, templos, palacios y obras hidráulicas, todavía quedan, mudos, pero fieles testigos de su habilidad en las artes de la fabricación y exhiben los caracteres fundamentales de su filosofía y civilización: caracteres que nos descubren las migraciones subsecuentes á diferentes partes del mundo por las modificaciones de costumbre que su mezcla ha imprimido á otras razas. Esta raza constituyó la antigua civilización de Egipto, de la Nubia, de la India y de la China.

Ocupó el valle del rio Eufrates, siglos antes que la raza Arya apareció allá. En Europa estuvo representado por los Pelasgii de la Grecia y por los Etruscos de Italia; además la arqueología nos ha demostrado la identidad de sus elementos distintivos con la arquitectura prehistórica de la América.

La raza Arya de aquella época fabricaba con adobes y madera que nos han legado escasos vestigios para nuestro estudio y no fué hasta un período subsecuente ó sea mil años antes de nuestra era, cuando ya se había mezclado mucho con los Medes (pueblo

de la raza turana) que aprendió hacer ladrillos á fuego que hoy encontramos en las ruinas de Ninevé.

La raza semítica era nomádica y pastoral, viviendo principalmente en tiendas de campaña, que trasladaron á diferentes lugares según las exigencias del pasto para su ganado.

Por todo lo que la historia y la Arqueología nos revela, ni la raza semítica ni la arya, construyó edificios duraderos, previo á la invasión de sus territorios por Sesostrás el gran Rey de Egipto, veinte y dos siglos antes de nuestra era.

Después, en los grandiosos palacios de los Reyes de la Asyria, los de Sargon en Korsobad y de Sennacherib en Koyujik, esplorados por los Sres. Botta Layard y Place, sus planos restaurados con perfecta seguridad; pues sus cimientos están todos en su sitio como también la parte inferior de sus paredes con entabladuras de alabastro elaboradas en esculturas históricas de las hazañas militares de sus amos, y otros símbolos que no dejan duda de su origen turano, aunque empleados en un país principalmente semítico y arya en su población. Mil años ya había trascurrido desde la invasión turana que ha imprimido profundas modificaciones en las costumbres aryas y semíticas.

En su arquitectura los primeros pisos ya hacían de piedra, pero los altos y techos siguen fabricando de adobes ó madera que han perecido con el tiempo.

Cuatro siglos más trascurrieron cuando la Asyria había sido conquistado por la Babilonia y la Babilonia por la Persia y en el siglo sexto, antes de Cristo, Cambyces, hijo de Cyrus conquistó el Egipto y le unió á su Imperio, encontramos por primera vez las columnas y techos de piedra empleados en los palacios de Darius y Xerxes en Persepolis.

Ya la raza turana había enseñado á las otras dos el arte de fabricar; pero con ellas este arte sufrió profundas modificaciones imprimidas por sus costumbres de raza.

Se entiende por lo antes dicho que en estas razas no se trata de razas primitivas y únicas, sino de las variaciones de la especie humana que nos han dejado evidencias lengüisticas y arqueológicas de su existencia en la época más lejana que alcanzan nuestros medios de conocerlos por la arquitectura.

De estas la turana fué la más antigua, formando la que, usando un símile geológico, se podía designar la capa basica de los

otros; pues á lo menos era la más extendida en su distribución y ha tenido más influencia en las civilizaciones subsecuentes.

Esta raza fué brachi-cefálica y constituyó la antigua civilización de Egipto, India y la China, ocupó el valle del rio Eufrates siglos antes que las razas Arya ó Semítica, apareció allá y estuvo representada también en Europa por los pelasgios de la Grecia y los etruscos de Italia y la arqueología ha demostrado la identidad de muchos de sus elementos distintivos con la arquitectura prehistórica de la América.

Hoy dia los ejemplos menos mezclados de esta raza son los Chinos, Japoneses, Mongoles, Turcos y Finlandos y en diferentes grados de mezcla en todas las razas modernas, resultando de las intercalamientos de dichas razas y mayormente modificadas por las variadas influencias físicas y morales que ejercen contínuamente sus fuerzas formadoras.

Aunque la más antigua que conocemos es precisamente la que nos ha dejado más abundantes y mejor conservadas muestras de su arquitectura y aún en las pirámides de Memphis, demuestra haber alcanzado una excelencia en la Ingeniatura y en la expresión de los elementos de Grandeza, Duración y Propósito, no excedido en ninguna otra ni antigua ni moderna. Al lado oeste del Nilo á Memphis y sus cercanías más de sesenta de estas pirámides han sido investigadas y nuestros egiptologistas ya saben descifrar sus inscripciones hieroglíficas resultando ser sepulcros ó templos reales. Tres de los más notables por sus colosales proporciones y por su estado de conservación son identificados con los reyes Cheops, Chepheren y Mycerinus.

El primero de estos, cubre con su base una cuadra que mide 760 piés ingleses de cada lado y tiene 484 de altura; la segunda 707 de cada lado y 454 de altura y la tercera 354 de cada lado y 218 de alto.

Las paredes de los departamentos interiores de las de Cheops y de Chepheren, están formadas de mármol y las de Mycerinus de granito rojo, todos tallados y pulimentados con esquisita habilidad artística y mecánica, su pulimentación vidriosa y sus uniones ajustadas con tanta exactitud que son difíciles de descubrirlas. Además nuestro concepto del arte mecánico desplegado en la construcción de estas pirámides será mayor cuando sepamos que estas piedras están en enormes trozos y han sido traidas de las al-

cantarillas de Siena, doscientas leguas distantes y luego colocadas en estas pirámides á grandes alturas.

Este punto de vista, realza el gran arte constructivo de aquellos arquitectos y cuando contemplemos la forma duradera de estos edificios, sus enormes masas y el objeto de su construcción para la sepultura y conservación de los preciosos restos de sus reyes que según su religión eran Dioses cuyas tumbas eran para ellos más sagradas que sus templos, ya vemos claramente que las condiciones arquitectónicas de estos templo-tumbas tenían perfecta adaptación á sus objetos, y así apreciamos la altura que habían llegado en el arte de erpresar en arquitectura su religión de veneración para sus reyes y sus antepasados, y exhibirnos su afán de guardar sus restos seguros hasta su resurrección en la carne.

5,000 años de tiempo nos han probado que sus construcciones, no obstante el progreso realizado por la humanidad, todavía sirven de modelo para las excelencias fundamentales de la Arquitectura.

En aquella época, ninguna raza había alcanzado la idea de un Dios esclusivamente espiritual y habitando los cielos. Los Dioses de la raza turana de aquel tiempo eran hombres que habían vivido con ellos y adquirido fama por la estensión de su poder ó sabiduría, así su religión era un culto de la *Fuerza;* una religión antropomórfica y ancestral, por consiguiente sus tumbas eran templos donde los hombres rindieran el mismo homenaje á los Dioses muertos que habían hecho cuando vivían; pues creían que todavía recibían sus peticiones y dispensaban la justicia.

También representaban sus Dioses con imágenes y adoraban reliquias así como todo lo que les parecían misterioso, y haciendo peregrinaciones á aquellas.

ERASTUS WILSON.

(Continuará.)

MEMORIAS DE ULTRATUMBA

(FRAGMENTOS DE UN ESTUDIO SOBRE CHATEAUBRIAND)

Publicamos con gusto las siguientes páginas, fragmento de un Estudio sobre Chateaubriand que forma parte de un libro erudito y brillante sobre los Románticos franceses. Este libro, todavía inédito, fué escrito por el Sr. Armas há más de seis años. Cuando aún no pensaba en componer esas encantadoras *Rimes Bizantines*.

«Si los Estudios históricos constituyen el monumento filosófico de nuestro escritor, sus memorias constituyen, en cambio, su verdadero monumento épico: que episodios alegóricos á su carácter y vida, juzgo yo que son René, parte de los Natchez y de los Mártires, Atala: episodios, digo que palidecen ante el conjunto del majestuoso poema.

Una de las lecturas más amenas á la vez que más instructivas es, de cierto, la de estos autobiográficos libros que llamamos indiferentemente Recuerdos, Confidencias, Revelaciones, ó Memorias. La curiosidad, que es de todos los aguijones el más vivo y penetrante, encuentra en tales obras el manjar con que se satisface: no siempre agrada el ver á los héroes en traje de ceremonia: no basta conocer al hombre cuando ya sobre sí porque está en el proscenio del mundo, sólo se ocupa en levantar figura: conviene verle en su privado, desnudo de los hábitos con que le vestían la hipocresía ó la decencia: conviene verle despojado del vano aparato de todo lo que no es él: y una de los encantos que hechizan en Plutarco, son las anécdotas familiares que enarra, en las que tan á lo vivo se traduce el alma de sus héroes. Los france-

ses hacen una gran ventaja á todas las demás naciones de Europa, sobre este particular como sobre tantos otros: su literatura es de todas la más rica en este género de confidencias: posee una bella galería de encantadoras memorias. El francés es de suyo *causeur* y amigo de historietas y anécdotas, un tanto vanidoso y hablador, y muy curioso: liviano, aunque no hasta el punto de despreciar las grandes empresas, esa ligereza de carácter dá gracia á su conversación, desembarazo á sus modales, ática sencillez á su estilo: por eso nadie le iguala en los salones, por eso nadie describe y pinta como él las aventuras que le han ocurrido en su carrera y por eso también ha estado tanto tiempo sin tener Tácitos: ha podido escribir al desgaire páginas deliciosas de recuerdos desde Villehardouin, Joinville, Froissart, hasta Rousseau, Chateaubriand y Víctor Hugo: ha comprendido mejor que nadie la ligereza de la anécdota: pero no ha comprendido sino á medias la trágica majestad de la historia.

.....

Que Chateaubriand tratase de justificar sus errores políticos con sofismas engañosos, que delante de la posteridad haya querido dar una explicación más retórica que exacta de su desbaratada vida pública: esto es verdadero, pero hacer de ello un reproche de cierta naturaleza, es convertir lo verdadero en falso y trocar lo justo en injusto. ¿Quién asegura á los críticos de que Chateaubriand se desengañó realmente de sus errores, y echó de ver todo el alcance, toda la enormidad de sus faltas? Por qué suponer una mala fe incurable delante del sepulcro entreabierto? ¿Es noble, es caritativo, es cristiano suponer aviesos fines y torcidas intenciones? ¿Por qué no creer que permaneció en su opinión y que al justificarse fué sincero? ¡Cómo! ¿el hombre no se equivoca? sér imperfecto y flaco, sujeto á moverse entre el delirio y el error ¿quién le salvó del error? ¿quién le libró del delirio?

Vengamos al tercer reparo que versa sobre el amaneramiento del estilo. Que comparado con el estilo de los escritores del siglo de Luis XIV y con algunos del siguiente, con Fénelon, Bossuet, Voltaire, y con los del nuestro que imitaron á aquellos, con Villemain y Renan para poner un verbigracia, el estilo de Chateaubriand sea amanerado y exuberante, no lo niego; pero que en un siglo como éste, en presencia de escritores que se entregan á los caprichos más extravagantes de una fantasía en desorden, y lo

que menos piensan es escribir en la sencilla, grande y genuina prosa francesa, se acuse de afectación á Chateaubriand, he ahí de cierto un reparo que ningún hombre sensato podrá poner á paciencia. Montesquieu, el gran Montesquieu pareció afectado en su época, y le compararon á Séneca: ahora bien ¿quien se asombró hoy de sus afectaciones cuando estamos acostumbrados á tanto y tanto libro donde ni una sola frase se lee que respire aquella encantadora sencillez cuyo gusto se ha perdido para siempre? El francés que hoy se escribe no es el del gran siglo, es una lengua enteramente nueva, maciza y pesada, y desprovista de gracia; después de haber leido á cualquier escritor moderno, léase á Voltaire, á Bossuet, al mismo Montesquieu, y se verá como parecen descoloridos y frios.

Yo creo que no ese el verdadero modo de juzgar á Chateaubriand: no le compareis con lo que le antecede, comparadlo con lo que le sigue. Léanse algunas páginas del Ensayo sobre la literatura inglesa y léanse después otras tantas del William Shakespeare de Víctor Hugo y se verá como con las de éste comparadas, son las de aquel un modelo acabado de sencillu y de inafectada elocuencia.

Las *Memorias de Ultratumba* son una especie de poema vastísimo donde se tocan puntos muy diversos y se narran acontecimientos de muy varia índole.

Y no se diga que lo falso de algunas explicaciones y lo incompleto de ciertas confidencias (defectos, si defectos merecen llamarse, que acabo de confesar excusándolos) quitan á un mismo tiempo interés y utilidad á las memorias del escritor ilustre. No se diga tal; que si lo esencial en obras de esta naturaleza es que el escritor se pinte hasta donde cabe, con franqueza, este mérito en las Memorias de Ultratumba se contiene. Quien con atento *juicio* las lea, conocerá al hombre por la obra; en cada una de las páginas verá la ambición, el orgullo, el pundonor, la misantropía del que las escribe. Las melancólicas perspectivas de la Bretaña, su provincia cuna; el solariego castillo de Combourg, esa bruma de granito, ese mutismo de piedra; la luna alzándose del regazo de las aguas cortejada por estrellas y nubes que esmaltan de alicatados y de arabescos el cielo; la tempestad, presagio de sus desdichas futuras, que hostiga las paredes de su morada la noche que su madre le inoculó el veneno de la vida; sus juegos con los

niños de su edad sobre las arenas fustigadas ó sobre los riscos de la playa, en contienda eterna con las olas; la silueta dolorosa de Lucila; su corazón que despierta á los diez y seis años á la musa y á la mujer oyendo cantar á las aves sus inocentes amores; sus ensueños fantásticos como orientales poemas; su intentona de suicidio; su viaje á París; su presentación á Luis XVI, la sonrisa que recibe de la infeliz Antonieta; su viaje allende el océano para descubrir un nuevo mundo artístico tras la rugiente inmensidad del Atlántico; su visita al Mescacebé y á los caudales del Niágara; su regreso señalado por un naufragio; su reclutamiento en las filas del ejército de emigrados; el sitio de Thionville; su viaje á Londres; sus hambres y miserias en una guardilla ignorada de aquella metrópoli-mundo; su amor á miss Carlota, la publicación de su primer libro, beso primero de su gloria; su vuelta á París, Atala René, el Genio del Cristianismo; sus simpatías hacia Napoleón, trocadas en una cruel enemiga; su viaje á Levante, cuna de la civilización; sus paseos melancólicos entre las derribadas columnas y las aglomeradas ruinas de Esparta, Atenas, Menfis y Cartago; su entrada en la carrera pública; sus desaciertos en el gobierno; su idea grandiosa pero errónea de unir la democracia con la realeza, el absolutismo con la libertad, el orden opresor de la unidad con el perpetuo vaivén de la anarquía; su aversión por Luis Felipe; la misantropía que viene á entenebrecer el occidente de aquella noble vida; sus grandes cualidades que hacen perdonar sus no menores defectos; el panorama todo de una existencia que la cruz remata, que el genio engrandece, que la poesía perfuma y que brilla al nivel de las más altas ejerciendo en torno suyo una grande influencia, á un mismo tiempo social, religiosa y literaria. Y ¡con qué encanto, con qué brillantez y rica variedad de colores matiza el grande escritor estos murales cuadros que ya parecen trazados por el suave pincel de Albano y ya lanzados, con magnífico furor, en el muro por la atrevida mano de un Ribera! Mas no es solo este libro, como ya he dicho arriba, la vida privada del autor, sino también la historia de su siglo. Píntalo con relieve, con elocuencia, y con verdad. Los retratos de Washington, Mirabeau, Danton, Marat, etc. salvo algún que otro rasgo exagerado son por punto general tan exactos como verdaderos. La República, el Terror, la emigración, el Consulado, el Imperio, la Restauración, los dias de Julio, el filipismo están admirablemente

descritos. Todos los personajes que durante la primera mitad del siglo, desempeñaran algún papel en el mundo han dejado sus perfiles en la cámara oscura de estas páginas. Nadie habló de Napoleón con acento tan grande y tan magnífico. Hay pasión sin duda, puesto que hay elocuencia; pero ¿no es esto un inconveniente inevitable, sobre todo en un contemporáneo? ¿Quién osará preferir á la noble indignación de Tácito la incolora frialdad de Suetonio? No; el hombre no puede prescindir del alma. Solo Dios puede trazar, *sine ira et studio*, el tempestuoso cuadro de la historia.

Puedo equivocarme; pero gústame oir hablar con entusiasmo de la virtud, con indignación del crimen. Agrádame que se me haga llorar á Malesherbes y odiar á Saint Just y Marat. Así pensó Chateaubriand. Luis XVI está escrito con sollozos: Saint Just, Marat, Robespierre están escritos con sangre.

Tales son las Memorias de Ultratumba, obra la más hermosa en mi sentir de cuantas compuso su ilustre autor. Prefiero en buenhora el docto é ingenioso Sainte Beuve, el episodio de René; las Memorias de Ultratumba serán empero á los ojos del crítico imparcial el libro en que Chateaubriand ha escrito sus más brillantes páginas. No podía ser de otro modo, dada la índole subjetiva de su genio poético. Así es que ellas bastarían para hacer la gloria de un hombre. Con esta sola obra en la mano podría presentarse un poeta ante el justo tribunal de la posteridad y de la historia. La posteridad abriría el libro sublime, y al devolverlo, diría al escritor: Has sido grande!

AUGUSTO DE ARMAS.

MANUAL DE ENSEÑANZA Y EDUCACION

PARA USO DE LOS

Maestros de las Escuelas Elementales á cargo de la Junta de Educación de la ciudad de New-York.

(CONTINUACION)

NOTAS Y COMENTARIOS

MANUAL DE DISCIPLINA Y EDUCACION

Esta es la correspondencia exacta de las expresiones en el texto inglés. Nosotros hemos traducido «Manual de Enseñanza y Educación» únicamente por acomodarnos al modo general con que se expresan nuestros textos.

La palabra disciplina encierra algunas veces la idea de una acción correctiva, refiriéndose otras al mantenimiento del orden, á la manera de regir y gobernar las escuelas, ó á la influencia de los buenos hábitos establecidos.

En este último sentido se dice: un espíritu bien disciplinado, un carácter disciplinado etc. Todos estos conceptos deben tenerse en cuenta para formar la idea que incluye el término disciplina del texto inglés.

Las palabras enseñanza y educación se diferencian esencial-

mente en que la primera es una acción de dentro á fuera, y recíprocamente la segunda. Esta ingiere; aquella saca al exterior, desenvuelve y fortifica. Pero la educación, á su vez instruye: así como la instrucción es educadora. Esta última puede ser y es un medio de educación.

***

Escuelas Primarias dice el texto; nosotros hemos puesto «Escuelas elementales.»

Hay en los Estados Unidos las siguientes clases de escuelas: *primary, grammar* y *high school:* es decir, *primaria, de gramática y superior.*

Señalando la analogía existente entre esas denominaciones y las nuestras, de primaria elemental y primaria superior, pudiera en síntesis decirse que las escuelas de gramática vienen á ser un término medio de nuestra enseñanza elemental y la superior. Para no inducir á equivocaciones, debe tenerse en cuenta que la escuela *primary* americana tiene un programa más reducido que nuestra elemental. Tal sucede con la aritmética, que, mientras en la primera no llega sino hasta dividir, en la segunda concluye con los denominados y complejos. Del mismo modo, la gramática propiamente dicha, empieza ya en nuestra escuela elemental, mientras que entre los americanos no se menciona sino en la Grammar School y aún así en los grados superiores. Como si nosotros cercenáramos algo del programa de nuestras elementales para incluirlo en las superiores.

***

El texto inglés dice: *Board of Education,* correspondiente á nuestra traducción Junta de Enseñanza.

Entre nosotros, las Juntas de Enseñanza vienen á ser una participación que la Ley concede á la iniciativa individual, dentro de las escuelas. La Administración señala una entidad que sirva de intermedio entre ella y las escuelas. Tal es el inspector

de que nosotros carecemos en Cuba. Pero á su vez, acepta que el indivíduo goce de cierta iniciativa. De donde proceden las Juntas locales y provinciales.

En España varían mucho las ideas acerca de la eficacia del Inspector y las Juntas.

Tal parece que turnan como los partidos en el poder. Lo mismo sucede con las cuestiones del pago á los Maestros. Y al fin y al cabo las cosas no marchan bien. El mal, como quien dice, no está en la ropa y las instituciones nada significan por sí solas, sino es á fuerza de *acción*, de *estudio* y de *sinceridad.*

En la ciudad de New-York, el Board of Education tiene el gobierno absoluto de todas las escuelas con sujeción á las leyes generales del Estado.

Consta de 21 miembros que se renuevan por terceras partes cada año, nombrados por el *Mayor*, alcalde de la Ciudad.

Estos miembros reciben el nombre de *Comisarios de las escuelas públicas.* Cualquier otro cargo remunerado es incompatible con el de miembro de dicha junta, excepto los Notarios Públicos.

El mismo Mayor nombra un Inspector de Escuelas Públicas por cada uno de los ocho distritos en que se divide la Ciudad: su duración es de tres años.

A su vez, la Junta de Enseñanza designa cada año y por el término de 5, ocho comisarios de barrio, que corresponden al mismo número de distritos de la Ciudad.

Las atribuciones de la Junta de Educación, son:

1 Adquirir y conservar toda clase de propiedades destinadas á la enseñanza pública.

2 Nombrar un Superintendente de Escuelas con sus auliares y otro de edificios, empleando los trabajadores y materiales que sean precisos para repararlos, modificarlos ó ensancharlos.

3 Nombrar Directores y Vice-Directores para las escuelas Elementales, Superiores y Nocturnas.

4 Suprimir una escuela con aprobación de los Comisarios de Distrito, que serán notificados con 30 dias de anticipación.

5 Sacar de Tesorería las sumas que fueren necesarias para el pago de las atenciones previstas en el Reglamento.

6 Visitar y examinar las escuelas.

7 Formar reglamentos para el regimen de la Juntas y sus comités y para el buen manejo y contabilidad en el gasto de las es-

cuelas. Y otras facultades que callamos en obsequio á la brevedad.

Los Comisarios de Barrio tienen á su cargo·

1. El cuidado de las propiedades pertenecientes á las escuelas de su Distrito.

2. El nombramiento de los Maestros y Porteros por mayoría de votos.

3. El régimen y dirección de las escuelas con las limitaciones que dicte la Junta de Educación.

4. Informar anualmente á la Junta de Educación del núme- de escuelas en cada distrito, designando con especialidad las de color, el tiempo que han de estar abiertas, el número de alumnos que constan en el Registro, los admitidos durante el curso, la asistencia media, el gasto total del año y una detallada relación del estado de las escuelas.

***

La educación física á que se refiere este Manual no es simplemente el cuidado que se consagra á lo resultante de todas las fuerzas del organismo. No: se extiende á multitud de puntos variados que, contribuyendo directamente á la energía, proporcionan la elegancia de las formas, el mejor uso de los sentidos, la gracia en los movimientos etc.

La Kalistenia es una especie de gimnasia de salón acompañada muchas veces de la música y que no inspira á los niños ese sentimiento de repulsión de los movimientos monótonos y callados á que se refiere Herbert Spencer en su excelente obra «La Educación». Es tal la preferencia que conceden los americanos á ese particular, que hay escuelas fundadas exclusivamente para enseñar á los maestros los fundamentos y la práctica de los ejercicios.

***

La imposición de penas y castigos debe considerarse un capítulo importante de la Educación física.

Aparte del carácter grotesco y ridículo de algunas llamadas penitencias, á que aludimos en otras páginas, hay prácticas que conspiran directamente contra la salud del niño, sus funciones vitales y facultades.

El uso de las copias condenando á escribir á un niño cien, mil ó más veces una sentencia, frase ó lección, es cosa bastante para engendrar el tedio, echar á perder la letra ó impedirsu buen carácter, afectar el órgano de la visión y fomentar un pésimo gusto.

Llega la extravagancia hasta el punto de obligar en castigo de una lección no aprendida, á aprenderla de abajo hacia arriba, comenzando por la última palabra hasta concluir con la primera. Esto, aplicado en el niño, y no obstante la desigualdad de los términos comparados, recuerda los refinamientos de la Inquisición.

El acto de ponerlo de pié y de rodillas, puede crear también verdaderas deformaciones en tiernos organismos.

Resulta casi siempre que son unos los niños castigados de una misma manera, pues importa consignar que este linaje de penitencias exaspera á las criaturas, avivando sus inquietudes. Por lo cual, la insistencia en el mismo medio produce verdaderas desviaciones en la columna vertebral y vicios de conformación difíciles de corregir.

Yo recuerdo de mi niñez y aún después he visto jóvenes hincados de rodilla y con la cabeza contra el suelo, durante horas enteras, á cuyo final no era posible tenerse de pié. Así mueren la salud y la dignidad personal.

Estas prácticas debieran caer dentro de la misma sanción penal, ó ser, al menos, objeto de la consideración administrativa.

Pero ¡triste es decirlo! No quiere contarse con el concurso de la escuela.

Así que, por lo menos, nosotros los maestros, debemos no ser piedra de desorden para una obra de verdadera ruina.

Educación moral

Es hondamente lamentable el estado de nuestras escuelas en este punto. Preciso es meditar los sabios consejos que dá este

Manual y las buenas tradiciones de nuestros antiguos maestros.

La obra de la escuela ha de ser para nosotros obra de patriotismo. Debemos amar al niño, pensar en sus elevados destinos, como hombre y parte integrante de la sociedad.

Causas distintas han venido á aflojar los lazos del respeto y de la moralidad, á debilitar los hogares y á descuidar los grandes intereses de la familia y del país. Hecho tan lamentable, afecta también á nuestra escuela, reducida á simples nociones reñidas con la realidad de la existencia y verdaderamente deformes. La voz del maestro, llamando á los sentimientos de la naturaleza en el niño no se levanta en el seno de nuestras escuelas y la educación moral es un campo huérfano de cultivadores.

Urge volver sobre nosotros y sobre nuestros hijos.

Qué grande no es la obra á que están llamados por su ministerio los Maestros!

Pero, cuán grandes también sus responsabilidades!

Formas distintas del castigo

Las prescripciones y consejos del Manual en punto tan interesante, son muy valiosas.

Hay un factor que no puede consignarse en el reglamento y que entra, como dato importante, en el constitutivo del maestro; la acción personal.

La generalidad de éstos ponen toda su eficacia en los reglamentos, sin los cuales nada creen posible.

No cuentan con lo imprevisto que, no estando consignado por decirlo así en el código, los sorprende en el menor instante.

Los profesores deben cultivar mucho el sentido de la estrategia: esta es su ciencia, como lo es la de un oficial que prevee los lances de una batalla.

El modo de sentarse él y sus alumnos, la entonación de la voz, la presencia de ánimo, el cultivo de aquel ascendiente moral sobre la persona de los discípulos, son los secretos que responden de un buen régimen y de un gobierno seguro.

Toda la fe—exagerada sin duda,—que los maestros guardan para el reglamento y sus castigos, debieran sustituirla por la con-

fianza en los medios personales, prenda segura para todos los casos.

El ejercicio de la palabra tiene influencia decidida para los fines de la educación intelectual y moral. Y no solo por su valor intrínseco, sino que el mismo aparato externo con que se desarrolla, ejerce una influencia marcada en la totalidad de las clases.

Los gritos descompasados, verdadero aturdimiento de los oidos, lo son también para los espíritus, que pierden la noción de la autoridad y del prestigio que debe rodear constantemente al maestro.

Mucha serenidad; mucha viveza sin caer en exageraciones de los nervios; mucho conocimiento del constitutivo del niño, la decisión terminante para cada caso, gran sentido de estrategia; todo esto y mucho más que va enseñando la observación, son los secretos para el mantenimiento del orden y la dirección del discípulo.

Cuando así se procede, los castigos se van haciendo más raros. Hay en este punto que inspirarse en cierto sentido de tolerancia, que es hijo de la bondad. Esa rigidez inexorable á que aluden algunos, deprime al maestro y es nociva para el niño.

Y menos mal, cuando así se previenen las faltas del alumno.

El trabajo de un buen maestro ha de consistir en preparar la vida de su casa de modo que conduzca al orden: se enseña y se impone así el orden por el orden mismo.

Sería curioso relatar el número de penitencias, verdaderamente extravagantes á que acuden con la mayor seguridad los maestros.

No queremos enumerarlas y solo sí decir que son un expediente falso con que los profesores creen asegurada su victoria sobre el discípulo. Aquí está el mal: en entablar una lucha con el discípulo, pues siempre que así sucede, no es éste sino aquel quien resulta vencido á la postre.

***

Unconscius tuitudn, dice el texto americano, Enseñanza inconsciente, hemos traducido.

Este es un factor de notabilísima importancia en el pueblo americano. Y no decimos en las escuelas solamente, porque allí todo se prepara, dentro y fuera de ellas, para la educación del niño en su concepto total.

La escuela no está allí abandonada ni aislada: todo conspira con ella á la obra de la educación del hombre y el ciudadano.

Nosotros ponemos todo nuestro empeño y actividad, en *decir*, y después de esto nos creemos con derecho para descansar. Es necesario también hacer: y que el niño no *diga* solamente sino que también haga. Hay que enseñar el orden haciendo el orden. La realización suprema de esto en el seno de un pueblo ó una localidad es para el niño la acción graduada de una enseñanza, cuyo asiento principal está en la escuela.

***

El Manual atrae la atención de los maestros sobre los altos motivos de respeto á la naturaleza del niño. La educación, dice Dupanloup, es una obra de respeto.

Esta parte del Manual merece dilatada atención. Triste es decir que la autoridad del maestro está seriamente quebrantada entre nosotros.

Discutido á diario por padres y discípulos, el niño está, por esiraños influencias, enfrente de su maestro. Cuando todo debiera ser una obra de harmonía en provecho del primero, la unidad del segundo y la propia de la educación, está rota de modo lamentable. Por otra parte, nosotros mismos los maestros no queremos entender lo que significa la dignidad del niño. La sola enunciación de este concepto provoca una sonrisa burlona en muchos rostros que se dicen de hombres serios. Aceptamos que el hombre sea niño muchas veces: pero no queremos aceptar la alternativa.

Es preciso meditar en los grandes destinos de la educación: es preciso elevar el régimen de las escuelas y de los niños á la categoría de una verdadera ciencia de gobierno.

Ese gobierno depende de mil detalles que interesa estudiar con espíritu de observación, y un sentimiento profundo de amor y de respeto por la obra de la educación.

Y esa observación es la que debe hacernos maestros.

Curso de enseñanza

Ya hemos dicho que en los Estados Unidos hay la Grammar School y Primary School. El período fijado para completar la enseñanza es de 4 años para la 1ª y 3 para la 2ª Total: 7 años.

La obra de la escuela primaria se divide en seis porciones sucesivas, llamadas grados, comenzando por el Sexto y concluyendo con el primero. En la escuela llamada Grammar los grados son ocho.

Siendo los meses de Julio y Agosto de vacaciones, el año escolar consta en realidad de diez meses.

A cada año corresponden dos grados: cinco meses para cada uno, invirtiendo el quinto en los repasos.

Se vé pues que la palabra grado corresponde á la clase de las escuelas francesas y de nuestros antiguos colegios. «La Empresa» de Matanzas, por ejemplo.

Esta constitución de las escuelas americanas que permite dividir el Curso completo de una enseñanza en varias porciones de que resultan los grados, es aplicable dentro del sistema simultáneo que se practica exclusivamente. Maestro, discípulos y una porción limitada de enseñanza para llenar en un tiempo prefijado: he aquí todo.

Nuestras escuelas públicas, por la escasez del personal docente de cada una, descansan en el sistema que se conoce con el nombre de mixto. La aceptación de éste no se debe á su excelencia que no tiene ninguna, sino á la ley de la necesidad.

Mientras la acción de las escuelas no merezca las preferencias que se deben, es inútil pensar en recojer los frutos que se derivan de la educación popular. Nuestros gobiernos no tienen fe en la escuela ni ésta parece que entre para nada en los planes de una administración que va viviendo al dia. Cuando cree gastar bastante no hace nada todavía por la educación del pueblo.

El uso exclusivo del sistema mixto de nuestra enseñanza parece que debía ser un obstáculo para la aplicación de este Manual entre nosotros.

Como un solo profesor no puede atender á los muchos niños de toda una escuela, el sistema mixto crea los grupos de enseñan-

za y aleja al maestro de unos para dedicarlo á otros, supliendo mientras tanto con alumnos adelantados la ausencia del primero en determinados grupos.

Hé aquí en toda su desnudez este sistema cuya aceptación se debe á la extrema pobreza de nuestra educación popular. Nuestros más autorizados autores de pedagogía vienen consagrando, desde antaño, las primeras páginas de sus textos para determinar las ventajas y los inconvenientes de cada sistema. Creen con esto formar la iniciativa libre del maestro cuando realmente solo rinden tributo á la necesidad.

En ningún texto americano ocurre esa peregrina discusión de sistemas, que se repite á diario en las obras españolas y francesas. Pero eso consiste en que el pueblo americano dota sus escuelas con todo lo que demanda un buen desempeño. Y entre estos elementos ninguno más necesario que el maestro, determinando su eficacia para un limitado número de niños, que, si se multiplican, exigen á su vez otro maestro. Y esto no es solo hijo de la cantidad de discípulos, sino también de la cantidad de enseñanza.

Pero en todos aquellos instantes en que el maestro, es maestro, dentro de nuestro sistema mixto, este Manual puede ser un libro de provecho extraordinario.

Por otra parte, cabe á los hombres de buena voluntad, preparar el porvenir. Y nadie sabe lo que está reservado en el orden de los tiempos.

Sugestion

Esta palabra merece un estudio detenido. Las verdades se ingieren en el espíritu, y así lo hemos dicho al hablar de las analogías entre la instrucción y la educación. En la sugestión está como velada la relación de los medios empleados y la instrucción misma.

Es un fenómeno en que resulta muy favorecida la expontaneidad mental de la persona á quien se sugieren las ideas; de tal modo, que estás parecen hijas de nuestro propio esfuerzo. La verdad sugerida llega por caminos suaves al espíritu y toma en él asiento, para, á modo de germen precioso, multiplicarse y acentuarse.

No es la regla que, como fórmula seca y rígida, no tiene aplicación sino á un solo caso, sino la verdad que clara y gustosamente se impone en el espíritu. El uso de este Manual, explicado en las primeras páginas del texto americano, descansa en su carácter esencialmente sugestivo.

Lecciones de Lenguaje

El primer tema á que se refieren todos los grados se comprende bajo el nombre de Lecciones de Lenguaje.

Es este un capítulo de la enseñanza totalmente desconocido en la práctica de nuestras escuelas y apenas si tocado de la teoría.

Su objeto consiste en acrecentar el círculo de las ideas y de las palabras en que se entrañan aquellas, para provocar y fortificar la vida de relación espiritual en el niño. En la página 21 del texto se citan las palabras de Marcel que explican con muy buen sentido el alcance de ese propósito.

Hay que considerar con tal motivo tres elementos. La Naturaleza: el niño y sus relaciones. Ensanchar estas relaciones para que el niño cada vez observe más, interprete mejor y utilice los mil medios de la Naturaleza en obsequio de sí propio y sus necesidades; he aquí el objeto que deben satisfacer las lecciones de Lenguaje.

Girard, inició este saludable procedimiento que tanto dice y significa en la escuela de Postalozzi que informa la vida de la moderna Pedagogía.

El lenguaje corre parejas con el pensamiento: acrecentar el primero vale tanto como ensanchar el segundo. Pero de aquí la necesidad de no divorciar las palabras de las ideas.

Estas por sí solas no pueden subsistir ni se comprenden lo que sean, dentro de la esfera del conocimiento. Pero las palabras no tienen menor dependencia de las ideas.

El mal grave, tradicional en nuestra enseñanza, consiste en romper esta harmonía y realizar la deformidad de este divorcio. Por eso nuestra enseñanza es pobre, estéril y enteca. Pudiera decirse de ella, lo que el Génesis: *inanis et vacua.*

Palabras, palabras..... Domina ellas en nuestras escuelas, en el peor sentido y en la acepción más pobre del vocablo.

Y esas palabras de nuestra enseñanza son algo menos todavía que los signos trazados sobre la arena que, por sí misma se encarga de destruirlos.

Pudiera objetarse que todos los ramos de enseñanza traen un aumento de palabras y en tal sentido equivalen á otras tantas lecciones de lenguaje. Así es, sin duda. Pero estas últimas se refieren más directamente á aquellas relaciones especiales que el niño, con el auxilio de sus sentidos y sus facultades, va estableciendo con la Naturaleza que le rodea.

En este sentido llegar á poseer una lengua es poseer también un cúmulo inmenso de nociones encerradas en ella. La lengua propia del niño es y se llama lengua madre. El cultivo de ésta comienza en el hogar doméstico: y cuando el niño llega á la escuela es necesario que ésta aproveche para ulteriores avances, los progresos obtenidos. El acto material de usar de la palabra por medio de los sonidos articulados merece una atención especial.

Este proceso de enseñanza prepara admirablemente el aprendizaje de la Gramática, que para nada se toca en las escuelas primarias de los Estados Unidos y cuyo comienzo no se verifica sino en las escuelas superiores.

En este capítulo del lenguaje están comprendidos la lectura, las lecciones de cosas, sobre colores, ejercicios de composición.

Deletreo

Esta palabra está consagrada entre nosotros á expresar uno de los métodos seguidos en la enseñanza de la lectura. En inglés tiene mucha mayor extensión.

El castellano se escribe lo mismo que se lee: de aquí la relativa facilidad de su ortografía. Pero en el inglés, la lectura está tan divorciada de la escritura, que en ésta se emplean multitud de letras que no suenan para nada en la primera. De aquí, una dificultad inmensa para la ortografía, calificada de oprobio para el discípulo.

Como en la pronunciación inglesa se callan muchas letras, que han de parecer cuando se escriben, hay que poner en práctica una cierta memoria de palabras de forma escrita, más desa-

rrollada en algunas personas. Y como el número de vocablos que se encuentran en ese caso es grande, crece la dificultad, hasta el punto de acostumbrarse verdaderos pugilatos públicos, sobre la materia, cruzándose á veces grandes apuestas.

No obstante, los consejos y enseñanzas del Manual inglés no dejan de tener cierta aplicación al español, bajo el punto de vista de la lectura y de la escritura, por razón de los métodos que para una y otra deben de seguirse en un curso de instrucción.

Por otra parte, el speling inglés obliga al discípulo á la constante consideración de las letras con su cabal y correcta pronunciación, mientras que en nuestras escuelas se descuida tan generalmente este punto, que es muy común hallar niños mayores, de pronunciación estremadamente defectuosa. Es decir: los americanos cuidan mucho de ejercitar los órganos de la pronunciación como se ejercita cualquier otro órgano en tanto que nosotros no tenemos ni siquiera idea de esa necesidad. En tal concepto, estamos completamente huérfanos de ciertas prácticas que serían muy provechosas: y hay que procurar, siempre que sea posible, la aplicación de los principios aconsejados en el texto inglés.

La ortografía, por ejemplo, que en el mismo castellano dista de estar exenta de dificultades, es una enseñanza que no se prepara entre nosotros. Aceptamos como corriente que un niño, no dedicado todavía á ese ramo, escriba con verdaderas deformidades, siendo así que lentamente podría ir venciendo las reglas más elementales.

Es innegable que un buen método de lectura, que cultive y ejercite los órganos de la palabra, deberá facilitar la misma ortografía, por lo mismo que el español se escribe lo mismo que se lee.

MANUEL VALDES RODRIGUEZ.

(*Continuará*)

Siempre fiel y fidelísima

(DATOS PARA LA HISTORIA DE CUBA)

En el reinado del absoluto Fernando VII pasó Cuba por una serie no interrumpida de malestar, que la colocaron en más de una ocasión á seguir la suerte de las demás colonias del continente sur-americano; pero, por una de esas occilaciones sociológicas, permaneció sujeta al poder del gobierno de su actual metrópoli.

Necesario era premiar la aparente quietud del pueblo cubano concediéndole un título que viniese á justificar su lealtad, sin rebajar su dignidad, y ninguno mejor que el de *siempre fiel y fidelísima.*

Bastaba para ello una Real Cédula.

Tocóle en esa época al teniente general D. Francisco Dionisio Vives el gobierno de la colonia.

Felicitábase él, y no era poca felicitación, el haberle tocado en suerte, anunciar á la colonia la vuelta de Fernando VII al solio de los Reyes Católicos, como lo demuestra en el siguiente oficio que dirigió al Sr. Director de la Sociedad Patriótica y á los demás directores y presidentes de sociedades.

Dice así:

«Acompaño á V. un ejemplar impreso del bando que he mandado publicar, y en el que se inserta el Real decreto de 25 de Diciembre último por el cual se ha dignado S. M. establecer las reglas que deben absorvarse en la reposición de las Soberanas Le-

yes en estos Dominios, á fin de que por parte de V. tenga su más exacto y puntual cumplimiento en la parte que le comprehenda.

«Dios guarde á V. muchos años. Habana 10 de Marzo de 1824. —*Francisco Dionisio Vives.*»

Era el primer paso, manifestar que ya teníamos Rey y que quedaban establecidas las leyes por las que debía gobernarse la colonia.

El siguiente oficio del general Vives es más explícito.

«Con fecha de 9 de Febrero de este año me dice el Excmo. Sr. Primer Secretario de Estado y de su despacho lo que sigue.

«Excmo. Sr.—He dado cuenta al Rey N. S. de los oficios de V. E. conducidos por el Teniente Coronel D. Isidro Barrada, participando el feliz restablecimiento de sus soberanos y legítimos derechos en la Capitanía General de su mando. S. M. que no dudó jamás de la acrisolada lealtad de esos beneméritos habitantes, ni pudo olvidar los generosos esfuerzos con que auxiliaron y se unieron en todas épocas á la madre Patria, ha sabido con particular satisfacción cuan dignamente acreditan merecer por sus virtudes el justo y distinguido lugar que ocuparon siempre en su Real y Magnánimo corazón; y cuan acreedor se han hecho también en las presentes circunstancias; por su circunspección y fidelidad del Paternal anhelo con que procura y desea su prosperidad, asegurando á la par y sólidamente su sociego, y es la voluntad del Rey que así lo haga V. E. conocer á tan buenos vasallos. S. M. se halla así mismo muy satisfecho de la conducta de V. E. de su celo, de su prudencia, acierto y amor á su Real Persona, cualidades que le eran bien conocidas y nunca desmintió V. E. en la carrera de sus muchos y distinguidos servicios, y para darle una prueba del aprecio que ellos le merecen: no solo ha venido en confirmar á V. E. en la Capitanía General de la Isla de Cuba, si que también, y por un efecto de su Real Grandeza se ha dignado nombrarle Gran Cruz de la Real y distinguida orden de Carlos III.—Me encarga últimamente S. M. decir á V. E. que espera proseguirá por un celo infatigable ocupándose en el más completo restablecimiento del orden, de la Administración y la Justicia, bases sólidas de su paternal y legítimo Gobierno y muy ciertas para consolidar la felicidad de esas interesantes posesiones. Todo lo cual digo á V. E. de Real orden para su inteligencia, gobierno y satisfacción en la que ciertamente le acompaño».—Lo

que traslado á V. S. para su conocimiento con el fin que manifiesto en oficio de esta fecha. Dios guarde á V. S. muchos años. Habana 5 de Junio de 1824.—*Francisco Dionisio Vives.*

Por el anterior oficio y por los siguientes se verá la serie de congratulaciones que tuvo S. M. para con su colonia, debidos á la quietud del pueblo cubano permaneciendo espectador ante las escenas que se desarrollaban en la península y en la América del Sur.

Dice así el siguiente oficio:

«Con fecha de 14 de Febrero último me ha comunicado el Excmo. Sr. Secretario de Estado y del despacho de la Guerra lo que sigue:

«Excmo. Sr.—S. M. se ha dignado oir con complacencia las espresiones de amor y fidelidad con que V. E. felicita á S. M. en su oficio fecha 20 de Diciembre núm. 376, congratulándose á la cabeza de la Guarnición para la feliz exaltación del Rey N. S. á su Trono Soberano y S. M. me manda dar á V. E. las gracias. Se ha enterado así mismo del papel que V. E. incluye en su citado oficio y es copia de lo que eleva á noticia de S. M. por el Ministerio de Gracia y Justicia, por el cual recibirá V. E. la soberana resolución, así mismo como la Real orden en que S. M. se sirve conceder á la Habana y la Isla el título de Siempre Fidelísima en lugar del de Siempre Fiel de que antes gozaba. De Real orden lo comunico á V. E. para su inteligencia y satisfacción.

«Y lo transcribo á V. etc. Dios guarde á V. muchos años. Habana 4 de Junio de 1824.—*Francisco Dionisio Vives.*—Sr. Presidente.....

Documento que se cita.

«Con fecha de 14 de Febrero último me ha comunicado el Excmo. Sr. Secretario de Estado y del Despacho de la Guerra la Real orden siguiente.

«Excmo. Sr.—He dado cuenta al Rey N. S. de la exposición de V. E. fecha 17 de Diciembre del año último, anunciando los agradables acontecimientos del nueve y diez del mismo mes en cuyo último día fué solemnemente reconocida en esa capital laa utoridad Soberana de S. M. en toda la plenitud de sus derechos, haciendo V. E. publicar por bando los soberanos decretos de 3 y 20 de Octubre que había puesto en manos de V. E. el Teniente Coronel D. Isidro Barrada que llegó á esa ciudad el dia 9, á las seis de la

tarde y dirigiendo al mismo tiempo V. E. en tal coyuntura á los habitantes y diferentes cuerpos de la guarnición alocuciones alusivas al grande objeto del completo restablecimiento del trono de S. M. en la soberanía y regalías que tiene heredadas de sus augustos progenitores.—S. M. ha oido con la satisfacción más grata la interesante relación de tan prósperos sucesos, y sensible su real corazón paternal, y en la efusión de su inagotable bondad ha esperimentado un dulce consuelo al saber S. M. en medio del contagio desorganizador que debasta y asola sus dominios de Indias su siempre fidelísima ciudad de la Habana se distingue por la espresión de su fidelidad inalterable y merezca presentarse como modelo á las demás ricas y populares ciudades de la América; y al saber on fin S. M. las demostraciones públicas y selemnes de la más acendrada lealtad de sus fieles vasallos en esa Isla, compitiendo así en amor á su Real persona con sus leales pueblos de la Península.—S. M. se ha complacido así mismo en oir las espresiones de amor, sumisión, veneración y respeto que V. E. tributa al Rey N. S. después de haber sabido preparar á esa Isla los hermosos dias de paz, prosperidad y abundancia que comenzaba ya á disfrutar y que se multiplicarán y asegurarán para lo sucesivo; porque solo pueden venir bajo la autoridad paternal de S. M. y bajo el antiguo esplendor del solio soberano de los Fernandos. S. M. se ha dignado aprobar las disposiciones de V. E. en los referidos dias 9 y 10 de que hase inscrito en su citada exposición, y me manda significar á V. E. en esta solemne ocasión que está S. M. completamente satisfecho de la conducta militar y política de V. E.—De Real orden lo comunico á V. E. para su inteligencia y satisfacción y la de esos fieles habitantes, apresurándome á manifestar á V. E. este testimonio del aprecio y benevolencia de S. M. que son seguramente la mejor recompensa para las almas sensibles á la gloria del Trono y á la prosperidad de la Monarquía y que saben apreciar los notables atractivos y dulzuras de la felicidad debida á nuestro soberano.

«Y lo transcribo á V. S. para su conocimiento y satisfacción en la parte que le toca.

«Dios guarde á V. S. muchos años. Habana 4 de Junio de 1824.—Francisco Dionisio Vives.

«Sr. Presidente ó Director etc.

Nada hay más vejaminoso para un pueblo que sufre, que re-

cibir de su superior, halagos y títulos de fidelidad, sin escluir en ello la denominación de vasallo.

Y para solaz entretenimiento de los *vasallos* copiamos la siguiente comunicación:

«Dirijo á V. S. un ejemplar de la Real Cédula que se ha dignado el Rey N. S. expedir con fecha 18 de Marzo de este año, concediendo á esta Isla el título de siempre fiel en atención á lo satisfecho que se halla su corazón de las notables pruebas de lealtad y adhesión á su Real Persona que ha manifestado esta Isla y su Capital en las críticas circunstancias en que se ha visto amenazada de las terribles convulsiones que le preparaban los enemigos del Trono y de la tranquilidad pública; lo que aviso á V. S. para su conocimiento.

«Dios guarde á V. S. muchos años. Habana 23 de Junio de 1824.—*Francisco Dionisio Vives.*

Acompañaba al anterior oficio dirigido á todas las dependencias del Estado y Corporaciones, la siguiente Real Cédula impresa:

«Don Fernando vii por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Menorca, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algavres, de Algeciras, de Gibraltar y de las Islas de Canarias, de las Indias Orientales y Occidentales, Islas y Tierra Firme, del Mar Oceano, Archiduque de Austria, Duque de Borgoña, de Bravante y de Milán, Conde de Abspurg, de Flandes, Tirol y Barcelona, Señor de Vizcaya y de Molina etc.—Por cuanto satisfecho mi corazón de las notables pruebas de lealtad y adhesión á mi Real Persona que ha manifestado la Isla de Cuba y su Capital en las críticas circunstancias en que se ha visto amenazada de las terribles convulsiones que le preparaban los enemigos de mi trono y de la tranquilidad pública; y deseando dar un público testimonio del aprecio que me ha merecido su conducta, he venido por mi Real Decreto de veinte de Febrero último en conceder á dicha Isla en general el título de Siempre Fiel. Por tanto mando que de aquí en adelante la referida Isla en general pueda llamarse y nombrarse y se intitule y nombre Siempre Fiel, poniéndose así en todas las cartas, provisiones y privilegios que se la expidieren y concedieren por mí, y por los

Reyes mis sucesores y en todas las escrituras é instrumentos que pasaren ante los escribanos públicos de la misma Isla. Y por esta mi carta ó su traslado signado de escribano público, mando á los Infantes, Prelados, Duques, Marqueses, Condes, Ricos-hombres, Priores de las órdenes, Comendadores y Sub-comendadores, á mis Consejos, Presidentes y Oidores de mis Reales Audiencias, así de estos reinos, como de los de Indias; á los Gobernadores, Corregidores, Contadores mayores de cuentas y otros cualesquiera jueces de mi Casa y Corte y chancillería; á los alcaides de los castillos, casas fuertes y llanas, á todos los consejos, alcaldes, alguaciles, marinos, caballeros, escuderos, oficiales y hombres buenos de las ciudades, villas y lugares de todos mis reinos y señoríos, y á los demás mis vasallos de cualquier estado, condición, preeminencia ó dignidad que ahora son, ó fueren en adelante, guarden y hagan guardar la expresada merced á toda la referida Isla de Cuba, sin contravenir, ni permitir se contravenga á ella en cosa alguna. Y de este Despacho se tomará razón en las contadurías generales de valores y distribución de mi Real Hacienda, y en la de mi consejo de las Indias dentro de dos meses de su data, espresándose por la primera quedar satisfecho lo correspondiente al derecho de la media annata por esta gracia. Dado en Palacio á diez y ocho de marzo de mil ochocientos veinte y cuatro.—*Yo el Rey.*

«Yo D. Silvestre Collar, secretario del Rey Nuestro Señor, lo hice escribir por mandado.—Registrado.—Salvador María Granés.—Lugar del Sello.—Teniente canciller, Salvador María Granes.—M. El duque de Montemar conde de Garsiez.—Joaquín de Mosquera y Figueroa.—Francisco de Leyva.—Tomóse razón de este título escrito en las tres fojas con ésta en las Contadurías generales de valores y distribución de la Real Hacienda; y en la primera consta haberse satisfecho de media annata, por la gracia que en él se espresa, doscientos cincuenta reales vellón.—Madrid y marzo veinte y cuatro de mil ochocientos veinte y cuatro.—José Pinilla.—M. El conde de Ibangrande.—Tomóse razón en la Contaduría general de la América Septentrional.—Madrid veinte y siete de marzo de mil ochocientos veinte y cuatro.—Rafael Morant.—Es copia.—*Antonio María de la Torre, secretario.*—Hay una rúbrica.

Necesario era que la Capital de la Isla de Cuba disfrutase de un título esclusivo, como lo demuestra la siguiente comunicación:

«Acompaño á V. S. un ejemplar de la Real Cédula que S. M. se ha dignado expedir con fecha 18 de marzo de este año, manifestando que en atención á lo satisfecho que se halla su corazón de las notables pruebas de lealtad y adhesion á su real persona que ha dado esta Isla y su capital en las críticas circunstancias en que se ha visto amenazada de las terribles convulsiones que la preparaban los enemigos del Trono, se ha servido conceder á esta ciudad el título de siempre fidelísima, lo que participo á V. S. para su conocimiento.

«Dios guarde á V. S. muchos años. Habana y Junio 23 de 1824.—*Francisco Dionisio Vives.*

La Real Cédula que se cita es enteramente igual á la anterior con la única diferencia que donde dice:—«he venido por mi Real Decreto de veinte de febrero último en conceder á dicha Isla en general el título de Siempre Fiel,» léase: «he venido por mi Real Decreto de veinte de febrero último en conceder á la ciudad de San Cristóbal de la Habana el título de Siempre Fidelísima.»

¿Qué más podría esperarse? Ya la Isla de Cuba, y en particular su capital, gozaban del título de *Siempre Fidelísima*; pero, triste es confesarlo, no por ello varía la situación de la misma, ni se esperimentó el más ligero bienestar.

La antorcha de la libertad permanecía apagada.

Nadie se atrevía ni aún siquiera á pronunciarla á ella

Los vasallos tenían de sobra con el título de fieles.

Los datos son verídicos, no necesitan de comentarios.

JOSE DE J. MARQUEZ.

Psicología de Aristóteles según Grote (1)

Para comprender la psicología de Aristóteles se hace necesario comparar sus ideas con las de otros filósofos griegos de la antigüedad que se han ocupado del mismo asunto, á lo menos según nos es dado interpretarlos. Ninguno de los escritos de aquellos filósofos han llegado á nosotros, escepción hecha de Platón y de algunos fragmentos de las cartas de Epicuro coordinadas en el poema de Lucrecio. Esceptuando Platón, los predecesores de Aristóteles no se conocen más que en pequeños fragmentos de sus mismos escritos ó por noticias imperfectas que debemos á otros autores, siendo las mejores las que encontramos en los trabajos de Aristóteles.

En el Timeo de Platón se confunde la filosofía con la cosmología en un sentido muy estenso y comprensivo. El cosmos ó sea el sistema de esferas en rotación, posee á la vez un alma y un cuerpo: el alma es superior al cuerpo aun cuando ambos sean obra del arquitecto divino ó Demiurgo. El alma cósmica colocada en el centro desde donde hace sentir su acción en toda la estensión del cuerpo, está dotada de movimiento expontáneo, y del poder de poner en movimiento al cuerpo cósmico, y además posee el conocimiento así como el movimiento, y comprende tres elementos formando un conjunto. 1º Lo Idéntico, la esencia invisible é inalterable de las ideas. 2º Lo Diverso, el plural, los cuerpos divisibles ó elementales. 3º Un compuesto formado de dichos dos

(1) Traducido del apéndice á Les Sens et l' Intelligence de A. Bain, por Gastón Alonso Cuadrado.

principios fundidos en uno solo. Así como el alma cósmica conoce lo Idéntico, lo Diverso y el resultado de la unión de estos dos; debe comprender también en su propia naturaleza los tres elementos en virtud del axioma recibido: lo semejante conoce lo semejante, lo semejante es conocido por lo semejante. (1) Los elementos se confunden en conjunto, en conformidad con una escala de harmoniosas proporciones, lo idéntico está colocado en una rotación regular y sin interrupción de la esfera esterior ó sideral del cosmos, lo diverso se distribuye entre las rotaciones todas oblícuas de las siete esferas planetarias interiores, es decir entre los cinco planetas con el sol y la luna. Las impresiones de identidad y diversidad obtenidas sea de lo ideal ó indivisible ó de lo sensible y divisible, se propagan por el alma cósmica en toda la extensión de su dominio, pero sin ruido ni voz. La razón y la ciencia provienen del círculo de lo idéntico: el sentido y la opinión de los círculos de lo Diverso. Cuando estos últimos tienen un movimiento normal, las opiniones propagadas son verdaderas y dignas de fe.

Así es como Platón comienza su psicología por la cosmología; el cosmos es según él un ser ó animal divino inmortal compuesto de un cuerpo esférico en rotación y de un alma racional que conoce y se mueve. En el número de los habitantes de este cosmos están comprendidos no solamente los dioses que viven en las regiones celestes ó periféricas, sino también los hombres, las aves, los cuadrúpedos y los peces. Estos cuatro órdenes de seres habitan las regiones más centrales ó más inferiores del aire, la tierra y el agua. Describiendo Platón los hombres y los animales inferiores, parte del cosmos divino; y según una escala progresiva de degeneración y corrupción. El cráneo del hombre está construido como un pequeño cosmos conteniendo en sí mismo un alma inmortal razonable compuesta de los mismos elementos que el alma cósmica pero diluidos y alterados, y moviéndose con rotaciones semejantes aún cuando perturbadas é irregulares, apropiadas á un alma razonable.

Los dioses que Platón da á conocer en virtud de curiosas investigaciones, tienen colocado este cráneo sobre un cuerpo recto provisto de miembros que ejecutan movimientos en diversas di-

(1) Esta doctrina del Timeo está expuesta con más detalles en la obra de Groete. Plato and the others companions of Sokrates III. 260-256.

recciones delante, detrás, abajo, arriba, á derecha é izquierda (1) En el interior de este cuerpo se encuentran dos almas inferiores y mortales, una en la región toráxica cerca del corazón y otra más bajo inferior al diafragma en la región abdominal; pero ambas insertas en la médula espinal que se continúan en la región superior con el cerebro. Estas dos almas dominan en las emociones siendo el alma superior ó toráxica el asiento del ánimo, de la energía, de la cólera, etc., á la inferior ó abdominal pertenecen los deseos, los apetitos, el amor á la victoria, etc. Tanto la una como la otra compañeras del alma razonable que reside en el cráneo, sin embargo de estar sometidas á ella se encuentra necesariamente envilecida y perturbada por su indigna sociedad pero parcialmente está protegida del contagio que resultaría de su misma posición, puesto que el alma razonable se halla separada de las otras dos por el cuello, construido al modo de un istmo. El alma toráxica, asiento del valor se encuentra más cerca de la cabeza á fin de servir de intermediaria para trasmitir la influencia del alma craneana á la abdominal que es la más difícil de inspeccionar y la más innoble. El corazón, punto de partida de las venas recibe según Platón las órdenes é inspiraciones del alma craneana trasmitiéndolas por sus numerosos vasos sanguíneos á todas las partes sensitivas del cuerpo, disposición que las hace someter, tanto como es posible, á la autoridad de la razón humana. (2) La unidad ó comunicación de las tres almas se halla mantenida por la continuidad de la columna cerebro-espinal.

Pero aún cuando en virtud de estas coordinaciones el alma superior se encuentra en estado de dirigir hasta cierto punto á sus aliadas inferiores, Platón dice que se halla perturbada y mancillada. La violencia de las pasiones y de los apetitos, las operaciones incesantes de la nutrición y sensación que se verifican en el cuerpo en toda su estensión, los movimientos numerosos y diversos del tronco y de los demás miembros en todas direcciones; son otras tantas causas que según Platón agitan y perturban las rotaciones del alma craneana interrumpiendo la proporción y harmonía de su número. Los círculos de lo Idéntico y de lo Diverso no proporcionan más que informaciones falsas y el alma poco tiempo después de su unión con el cuerpo pierde su inteli-

(1) Platon Timeo. Grote Plato III. 264.
(2) Platón, Timeo. Grote's Plato III. 271-272.

gencia. (1) En la edad adulta, la violencia de las causas perturbatrices disminuye y el hombre puede resultar cada vez más inteligente, principalmente si se le somete á un sistema apropósito de educación. Pero con frecuencia no se produce este perfeccionamiento, y el alma razonable del hombre sucumbe en una irremediable corrupción; de suerte que por una degeneración sucesiva se forman razas cada vez más corrompidas. El primer grado en el que la corrupción se muestra con menos intensidad es en la formación de la mujer: el tipo original del hombre no presentaba diferencia alguna de sexos. Otros grados de corrupción produjeron á los animales inferiores, aves, cuadrúpedos y peces. En cada una de estas clases, el alma racional resulta según Platón más débil y peor, pues sus rotaciones circulares concluyen cuando el cráneo cesa de ser esférico. En este caso los apetitos y las agitaciones de los sentidos quedan sin dirección. Así como el hombre con sus dos almas emocionales y su cuerpo unido á el alma racional y al cráneo, es una copia degradada del alma razonable perfecta y del cuerpo esférico del cosmos divino, así también los demás habitantes del cosmos proceden según Platón de una degradación y de una desraciocinación del tipo original humano.

Tal es la idea de la psicología que Platón ha dado en el Timeo, empezando por el cosmos divino, descendiendo enseguida á el alma triple del hombre, y después á los seres más inferiores que vienen después de él. Es necesario observar que Platón aún colocando el alma en lugar más elevado que el cuerpo y confiriéndola más poder y dignidad, no la separa jamás ni aún en el cosmos divino. Según Platón, el alma se mueve y es movida espontáneamente, es *primum movile* en sí misma y *primum movens* en cuanto al cuerpo; posee las propiedades materiales de ser extensa y móvil, y además está unida al cuerpo.

La teoría acabada de exponer que atribuye al alma elementos racionales (Identidad, Diversidad) la magnitud continua y las rotaciones circulares pertenece particularmente á Platón: Aristóteles la critica como una idea propia de su maestro. (2) Pero otros filósofos están de acuerdo con Platón considerando el movimiento expontáneo al mismo tiempo que la causalidad motriz y las

(1) Platon. Times, Groie's. Plato III. 262-294.
(2) Aristóteles. De Anima 1 3, 407 á 2.

facultades perceptivas y de cognición, como propiedades características del alma. Para Alcmeón, el alma como todos los cuerpos celestes está en perpetuo movimiento y como ellos es inmortal. (1)

Heraclito decía que el alma era el más sutil de los elementos manando de un flujo perpetuo, propiedad que la permite conocer las demás cosas las cuales están sometidas á un cambio perpetuo. Diógenes de Apolonio afirmaba que el elemento constituyente del alma era un *aire* móvil, penetrando en todo, é inteligente. Demócrito afirma que entre la infinita variedad de átomos, los que son de forma esférica constituyen el elemento del fuego y del alma, debiendo á esta propiedad el estar más dispuestos á moverse y ser más rápidos; por su misma naturaleza nunca están en reposo, comunicando así el movimiento á toda otra cosa. (2) Anaxágoras decía que el alma es radical y esencialmente distinta de las demás cosas, pero que era el primer principio del movimiento estando dotada del poder de conocer, aún cuando al mismo tiempo no sufra impresión del exterior. (3) Empedocles consideraba el alma como un compuesto de cuatro elementos, el fuego, el aire, el agua y la tierra, con el amor y el odio por principio de movimiento; produciendo el primero la agregación de los elementos y el segundo la desintegración, y por medio de cada elemento el alma conoce el elemento semejante del cosmos. Algunos Pitagóricos consideraban el alma como un agregado de partículas dotadas de una sutileza extrema repartidas en el aire en perpetua agitación. Sin embargo, otros Pitagóricos la tenían como una mezcla harmoniosa proporcionada de elementos y de cualidades contrarias; lo cual equivalía para ellos á poseer una propiedad de conocer que se extiende á todo. (4)

Una teoría particular fué emitida por Xenocrates (discípulo al mismo tiempo que Aristóteles de Platón y que dirigía la escuela de Platón mientras Aristóteles enseñaba en el Liceo) en cuya teoría Aristóteles encontró más dificultad para comprenderla que en otra alguna. Para Xenócrates el alma era «un número, una monada ó unidad indivisible, moviéndose por su propio po-

(1) Arist. idem.
(2) Arist. idem.
(3) Arist. idem.
(4) Aristóteles.—*De Anima.*

der. (1) Conservaba la propiedad del movimiento expontáneo que Platón consideraba como el carácter del alma, pero abandonaba la doctrina del maestro referente á atribuir á el alma la extensión contínua. Volvía pues á la idea pitagórica del número como esencia fundamental. Aristóteles considera como igualmente insostenibles las dos propiedades asignadas por Xenócrates á el alma: el número y el movimiento expontáneo. Si la monada se muève y es movida á la vez, dice Aristóteles, no puedé ser indivisible; si es movida es menester que tenga una posición ó que sea un punto, ahora, el movimiento de un punto es una línea desprovista por consiguiente, de esta variedad que constituye la vida. ¿Cómo el alma puede ser una monada? O si es una monada ¿qué diferencia puede existir entre un alma y otra, puesto que las monadas no pueden diferir entre sí sino por la posición? ¿Cómo es que ciertos cuerpos tengan alma y otros carezcan de ella? Cómo se puede explicar según esta teoría que muchos cuerpos animados tanto animales como plantas, permanezcan vivos después de haber sido divididos, lo cual demuestra que el alma monadica es aquí múltiple y diversa? Además, la monada de Xenócrates no puede de ningún modo ser distinguida del cuerpo muy ténue ó átomo esférico del cual Demócrito quería hacer salir el orígen ó el principio del movimiento corporal.

Tales son entre otros los argumentos empleados por Aristóteles para refutar la teoría de Xenócrates. Tampoco admitía ninguna de las teorías reinantes en su tiempo. Rechazaba la del movimiento expontáneo, y combatía las ideas de aquellos filósofos que consideraban el alma como un compuesto de cuatro elementos con objeto de explicar las facultades de percepción y de cognición, en conformidad con la máxima admitida en aquel tiempo de que lo semejante es percibido y conocido por lo semejante. Esta teoría en la que Empedocles tenía su principal apoyo, parecía inadmisible á Aristóteles. Pretendeis, decía, que lo semejante conoce lo semejante, y esto no concuerda con vuestra otra doctrina en la que dais por supuesto que lo semejante no puede reaccionar sobre lo semejante ni sufrir su acción, desde el momento que admitís que tanto en la percepción como en la cognición lo que percibe y conoce experimenta una acción.

---

(1) Arist. idem.

Las diversas partes del sujeto que conoce, como son los huesos, los ligamentos, etc., están privados de percepción y cognición ¿qué cosa podemos saber pues de estas partes si no nos es posible conocerlas por sus semejantes? Suponez que el alma está compuesta de los cuatro elementos á la vez: esto explicaría el modo de llegar á conocer estos cuatro elementos, pero nunca conocería por eso todas las combinaciones de ellos; ahora, las innumerables combinaciones de estos elementos forman parte de los *Cognita*. Debemos suponer pues, que el alma contiene en sí, no solo los cuatro elementos sino también las leyes y proporciones definidas que presiden á su combinación; y esto nadie osa afirmarlo. Además, el *Ens* es un término equívoco ó por lo menos se le asigna muchos sentidos, porque existen *Entia* que pertenecen á las diez categorías. Ahora, el alma no puede contener en sí misma las diez categorías, porque carecen de un elemento común para todas ellas; y en cualquier categoría que clasifiqueis el alma conocerá (como semejante) los *cognita* que pertenecen á tal categoría pero ha de ignorar los que pertenecen á las nueve restantes. Y aun admitiendo que el alma comprenda los cuatro elementos ¿dónde se halla el principio de unidad que combine los cuatro en uno solo? Los elementos no pertenecen más que á la materia, lo que les mantiene unidos debe ser el verdadero principio potente del alma, pero jamás nos le hemos explicado.

Algunos filósofos han supuesto, continúa Aristóteles, que el alma se halla repartida en la totalidad del cosmos y de sus elementos, y que los animales la respiran al mismo tiempo que el aire. (1) Olvidan sin duda que las plantas y ciertos animales no respiran, además de que según esta teoría el aire y el fuego como poseyendo un alma y un alma superior deberían por decirlo así ser considerados como animales. El alma del aire ó del fuego debe ser homogenea en todas sus partes en tanto que las almas de los animales son heterogéneas estando compuestas de muchas partes ó funciones distintas. (2) El alma percibe, piensa, opina, siente, desea, manifiesta repulsión; además produce la locomoción del cuerpo y es causa del crecimiento y de la descomposición.

---

(1) Tengan en cuenta para la comprensión de esta idea, la noción que abrigaban los antiguos respecto á el aire pues no lo consideraban como materia.

(2) Arist. De anima 1, 5, 411, a. 1-8-16.

Aquí encontramos un nuevo misterio. (1) El alma en su totalidad se ocupa en el cumplimiento de cada una de estas funciones; ó tiene partes distintas consagradas esclusivamente á cada una de dichas funciones? y si es así ¿cuántas partes posee? Algunos filósofos y entre ellos Platón, dicen que el alma se compone de partes, y que una de ellas piensa y conoce mientras que otra parte desea. Mas admitiendo esta suposición ¿cual es el lazo que une estas diferentes partes? Seguramente no le constituye el cuerpo (teoría de Platón) sino que inversamente el alma es quien mantiene unidas las partes del cuerpo, pues desde que el alma se divide el cuerpo se corrompe y desaparece. (2) Si existe alguna cosa que mantiene unidas las diversas partes del alma y constituye la unidad, esta cosa debe ser el alma verdadera y fundamental; no es menester decir que el alma se compone de partes, sino que es esencialmente una é indivisible con diversas facultades distintas. Además, obligándonos á admitir partes en el alma ¿cada una de estas partes está unida á una parte especial del cuerpo del modo que el alma se une al cuerpo en su conjunto? Esto parece imposible: en efecto ¿cómo podemos concebir una parte del cuerpo á la que esté unido el Nos ó Inteligencia? Tenemos en fin, muchas especies de animales y plantas que pueden ser divididos, continuando viviendo no obstante cada parte: es ahora evidente que el alma, es completa y homogenea en cada parte separada. (3)

Aristóteles rechaza todas las teorías propuestas por sus antecesores y sobre todo las dos siguientes: que el alma toma sus facultades cognitivas de aquello de que se componen los cuatro elementos, y que el alma tiene en sí misma su propio principio de movimiento. No admite que se diga que el alma se renueva. (4) Además hace observar que ningún filósofo ha considerado el alma en su plenitud, es decir; en todas sus variedades; y que ninguna de esas teorías defectuosas son suficientes para llegar á alcanzar el fin que se propone toda buena teoría esto es, definir no solamente la esencia del alma, sino definirla de modo que las funciones concomitantes y las afecciones del alma puedan ser deducidas de tal

(1) Id. id. 1, 5, 411, a. 30.
(2) Arist. De Anima. 1. 5. 411. b. 5.
(3) Idem idem 1. 5. 411. b. 15-25.
(4) Idem idem 1. 5. 411. a. 25.

teoría. (1) En fin, demuestra que la mayor parte de sus antecesores han considerado como los caracteres principales del alma el movimiento y la percepción; mientras que en opinión suya ninguno de esos caracteres es universal ó fundamental.

Aristóteles es de parecer que una buena teoría del alma debe explicar paralelamente el alma vejetal considerada como el grado mas inferior, y las más elevadas funciones del alma humana ó divina. Cuando comenta las teorías que hacen consistir la esencia del alma en el movimiento, hace observar que ellas no explican de ningún modo el Nos ó facultad reflexiva é intelectiva del alma humana; cuya operación tiene mucho más analogía con el reposo ó suspensión del movimiento que con el movimiento mismo. (2)

Nosotros continuaremos mostrando como Aristóteles se precave ó cree precaverse de las faltas que descubre en las teorías psícologias de sus precedesores. En lugar de remontarse como Platón, Empedocles y otros, á un tiempo en que el cosmos no existía aún, y darnos una hipotesis para explicar el modo como sus partes se unieron ó acumularon, él por el contrario toma los hechos y los objetos del cosmos tales como les encuentra y los distribuye en conformidad con signos distintivos igualmente evidentes, fundamentes y universales, para lo cual busca un medio de explicación en los principios de su propia filosofía primera ú ontología. El que haya estudiado el Organon y la. fisica de Aristóteles (lo que conviene leer antes que el tratado de Anima) conocerá la clasificación de los Entia en diez categorías entre las que la Esencia ó substancia sería la primera ó fundamental. De estas esencias ó sustancias las más completas ó más reconocidas, eran los cuerpos físicos ó naturales; y entre estos cuerpos una de las distinciones mas notables separaba las esencias que poseian la vida de las que carecían de ella. Entendía Aristóteles, por vida, el conjunto de las operaciones de nutrición, de crecimiento y de destrucción. (3)

«Vivir» dice, es una expresión que se emplea en distintos sentidos, considerándose viviente todo lo que posea una de las cuatro propiedades siguientes, (4): 1º la inteligencia, 2º la percepción

(1) Idem idem 1. 1. 402. b. 18; 1. 4. 408. a. 4; 1. 5. 509. b. 15.
(2) Arist. De Anima 1. 3. 407 a. 32.
(3) Idem idem 2º 1. 412. a. 15. 412. b. 20.
(4) Idem idem 2º 2. 413. a. 22.

sensible, 3º el movimiento y el reposo en cuanto al lugar, 4º el movimiento interno de la nutrición, crecimiento y destrucción. Pero de estas propiedades, solo la última es común á todos los cuerpos vivientes sin excepción: esta es el fundamento que supone las otras tres. Es la única que poseen las plantas (1) y la que es común á los animales y plantas, esto es, á todos los cuerpos animados.

¿Cuál es ese principio de animación que pertenece á cada uno de esos cuerpos, y cual puede ser aquí la definición más general? Tal es el problema que Aristóteles se propone á si mismo con motivo del alma (2) Desde luego lo explica en virtud de una distinción metafísica establecida en filosofía por primera vez (á lo que parece) por el en su *Philosophia prima.* Considera Aristóteles la subtancia ó esencia como un compuesto ideal, no solo revestido de todos los accidentes descritos en las nueve últimas categorías, sino también como siendo en si mismo susceptible de descomponerse, á parte de estos accidentes, en dos elementos abstractos, lógicos ó nocionales, dos *principia;* la forma y la materia. Esta distinción es tomada del hecho mas familiar del mundo sensible; la forma de los objetos sólidos. Cuando vemos ó percibimos un cubo de cera distinguímos la forma cúbica de la sustancia cera (3); podemos encontrar también la misma forma en muchas otras sustancias, en la madera, en la piedra etc.; podemos encontrar así mismo idéntica sustancia con muchas formas diferentes; en forma de esfera, piráinide etc.; pero la materia siempre tiene alguna forma, y la forma siempre se presenta en alguna materia. Podemos denominar la sustancia y razonar sobre ella sin ocuparnos de la forma, ó sin distinguir si es un cubo ó una esfera; podemos ocuparnos de la forma y discutir sobre ella sin ocuparnos de la sustancia que lalimita, ó de alguna de sus diversas particularidades. Pero esta distinción aún cuando más útil, es una pura abstracción, una distinción nocional. No puede haber ninguna separación real entre la forma y la materia, ninguna forma sin materia solida, ninguna materia solida sin alguna forma. Los dos terminos son correlativos, ellos se suponen mutuamente, y ninguno puede manifestarse real ó actual sin el otro.

(1) Idem idem 1. 411·b, 29 etc.
(2) Idem idem 2º 413. b. 11.
(3) Arist. De Anima 2º 412 b. 7.

Esta distinción de la forma y la materia es uno de los rasgos principales de la metafísica de Aristóteles. La estiende y transforma de mil modos, y frecuentemente con una sutileza tal que cuesta trabajo seguirle, pero rara vez pierde de vista lo que constituye principalmente la importancia de la distinción á saber; que existen dos terminos correlativos implicados de un modo inseparable de hecho y en realidad, en todo individuo concreto que recibe un nombre sustantivo, y que sin embargo se pueden separar logicamente, de nominar y considerar separadamente. El análisis de Aristóteles presenta pues, para cada sustancia individual (oú Hoc aliquid; para emplear su lenguaje) un punto de vista triple 1º La forma, 2º La materia, 3ª el compuesto ó agregado de forma y de materia, ó en otros terminos, el Ens inseparable que nos lleva del dominio de la lógica ó de la abstracción, al de la realidad. (1)

Entre estos dos correlativos lógicos, Aristóteles reconoce una diferencia gerárgica. Despues de la forma que es la primera, viene en segunda la materia no en el tiempo, sino en la presentación á la conciencia. La forma es superior, más noble, y la primera en dignidad y honor, más Ens, ó mas próxima de la identidad perfecta; la materia es inferior y más modesta, la segunda en dignidad y más separada de la perfección. La concepción de la cera, del yeso, de la madera etc. sin forma definida ó determinada es confusa y no se imprime en el espíritu, pero un nombre que connote una forma definida hace pesaparecer de repente esta confusión y proporciona á esta forma el primer lugar en el espíritu. En la gerarquía lógica de Aristóteles, la materia se coloca deba-

---

(1) Arist. Metafísica, 2 3, 1029 á 1-30. De Anima 2º 1, 412, a. 6, 414, a 15, En su primer libro de la Ppysica Aristóteles lleva aun más lejos este análisis. pues introduce tres *principios* en vez de dos: 1º La Forma. 2º la Materia y 3º la Privación (de forma) da también un nombre general propio á la negación del mismo modo que á la afirmación; introduce un signo *menos* como oposición al signo *más*.

Pero es menester observar que este análisis es siempre el mismo aún cuando sea más profundo ó llevado de un punto de vista diferente.

La Materia prima dice (Phys, 1º 7, 191, a. 8) solo es cognoscible por analogía, esto es, no se puede hacerla comprender mas que por ejemplos: como el bronce es á la estatua como la madera es al mueble etc. Las sustancias naturales son esplicadas por las obras de arte símiles: que se encuentran con mucha frecuencia en Aristóteles.

jo de la forma (1) no obstante que ninguna puede perder su caracter relativo por que la forma tiene necesidad de la materia, no es nada sin esta (2) así como la materia necesita de la forma; sin embargo, á causa de la inferioridad gerárgica de la materia se presenta frecuentemente como la segunda en orden ó el *correlatum*, mientras que la forma es la primera ó el *relatum*. La realidad completa, el concreto, implica la reunión de los dos terminos: de cada uno de ellos *per se*, no puede afirmarse ninguna existencia real, no se les puede separar más que nominal ó lógicamente.

Algunas veces esta diferencia de categoría entre la materia y la forma se acentúa tanto que dichos correlativos se conciben de un modo diferente y bajo otros nombres como son lo potencial, y lo actual. La materia es el elemento potencial, imperfecto, confuso, que la forma viene á actualizar y transformar en perfecto y definido; esto es, una transición de una semi-realidad á una realidad entera. Lo potencial es lo indefinido ó inderteminado *lo que puede ser ó no puede ser*, lo que aún no es actnal y quiza nunca llegará á ser, pero que se prepara á pasar á actual cuando el principio activo venga en su ayuda (3) En este modo de presentar la antitesis, lo potencial no está tan *implicitamente* contenido en lo actual, como *absorvido* y suprimido para dar lugar á lo actual; es un adolescente que pasa á mayor edad; un estado preliminar indispensable en el orden de la generación lógica. Las tres divisiones lógicas, materia forma, y el compuesto y el concreto que de aquí resulta se reducen á dos divisiones, lo potencial y su actualización. La actualidad coincide en el sentido, en parte con la forma, y en parte con el compuesto final. La forma es tan elevada que la distinción entre ella y el compuesto final se desvanece casi enteramente.

---

(1) Arist. Phys 1º 9. p. 192 a. 13-24 De Gener. animal, 2º 1. 728 a. 10. La Materia y la Forma se comparan aquí á la hembra y al macho, á la madre y al padre. La forma es una causa operativa, en tanto que la materia es una causa cooperativa, por mas que ambas sean paralelamente indispensables á plena realidad. Véase el *Comentario* aleman de Schboegler, 13. 42. 83 al 2º volumen de su edición de la Metaphysica de Aristóteles.

(2) Arist. Met. 2. 8. 1033. b. 12. etc. O. 3. 1047. a. 25.

(3) Arist. Metahy. O. 8. 1050. b. 10. Esta distinción entre lo potencial y lo actual, dice en la p. 1048, a. 35, no puede definirse ni demostrarse más que con ejemplos particulares de los que Arist. enumera algunos.

Cuando se comprende la materia en el sentido que la dá Aristóteles (lógica ú ontológica) es menester recordar dos cosas: 1º La materia puede ser el *cuerpo* pero no es necesariamente este. (1) 2º La materia no es inteligible sino como el correlatum de la forma: no puede existir por sí misma ni ser conocida por sí misma (es decir, cuando se la considera aparte de esta relación). Este es un punto al cual se debe prestar la atención debida pues que no es raro perder de vista lo que es necesario no olvidar á saber: la relación de un término relativo empleándole en el razonamiento como si fuera un término absoluto. Además cada variedad de materia tiene una forma apropiada como cada variedad de forma posee su materia apropiada con la cual mantiene una relación. Existen diversos grados de materia ó una escala, desde la materia prima que apenas tiene forma pero que manifiesta una tendencia á pasar por desenvolvimientos parciales sucesivos, á la materia última la cual apenas se puede distinguir de la forma ó *materia formata* (2)

Aristóteles emplea esta distinción cuando trata del alma. El alma pertenece á la categoría de la substancia ó esencia (no á la de cantidad, calidad etc); mas la esencia se presenta bajo dos puntos de vista, y el alma pertenece al de la forma, no al de la materia, á lo actual, no á lo potencial. La materia (en tanto que correlatum) con la cual el alma sostiene relación, es un cuerpo natural (es decir, un cuerpo que posee en sí un principio inherente de movimiento y de reposo) organizado de cierta manera ó provisto de ciertas capacidades ó preparaciones para las que el alma es el complemento activo é indispensable. Estas capacidades no llegarían jamás á la actualidad sin el alma; pero por otra parte, el alcance de las actualidades ó funciones en el alma depende para su existencia y límites de la extensión de las capacidades ya preparadas en el cuerpo. La unión de los dos elementos constituye el sujeto viviente con todas sus funciones activas y pasivas. Si el ojo fuera un sujeto animado ó vivo, el acto de ver constitui-

---

(1) Arist. Met. Z. 11. 1036. a. 9.—Physica 3º 6. 207. a. 25. De Generat y Corrup. 1º 5. 320. C. 15 25.

(2) Arist. De anima 2º 2. 414, a 26. Phisica 2º 2. 194. b. 8.—Arist. Met., H. 6 1045. C. 18. Véase también esta doctrina en el Comentario de Schwegler p. 100, 154, 173, 240 del 2º volumen de su edición de la Metaph. Potencialidad. Arist. De Gener. Animal. 2º 1. 375. a. 9; y De Cœlo 4º 3. 310. C. 14.

ría el alma; si el hacha del carpintero tubiera vida, el cortar sería el alma; (1) la materia donde el alma incorpórea reside sería en el primer ejemplo el cristalino, en el segundo el hierro. Sin embargo, no es indispensable que todas las funciones del sujeto vivo estén constantemente en ejercicio completo. El sujeto no vive menos porque duerma; el ojo no es menos apto para ver por que le cubra el párpado, pues basta que exista como propiedad latente la actitud funcional para que esté dispuesta á obrar cuanse le presente ocasión. Este minímun de forma es suficiente para dar vida á las potencialidades de los cuerpos, es necesario tan solo que un hombre esté en disposición de ver cuando el sol se eleve sobre el orizonte aún cuando actualmente se encuentra sumergido en la oscuridad más profunda, basta que posea la geometría aunque en la actualidad, no se halle resolviendo algún problema geométrico. Esta propiedad latente es lo que Aristóteles denomina la primera entelequia (forma esencial) ó energía esto es, un rudimento de actualidad, ó el minímun de influencia necesaria para hacer pasar una potencia al acto. La definición aristotélica del alma es ahora la primera entelelequia de un cuerpo natural organizado que tiene la vida en potencia. (2) Para el alma, esta es la escncial; porque la entelequia segunda ó superior (ejercicio actual de facultades) no es una propiedad constante ó universal. (3)

En esta difinición del alma, Aristóteles se sirve de su propia metafisica con objeto de evitar los errores cometidos por sus antecesores. No admite á el alma como una entidad que tenga una existencia á aparte, ni que esté compuesta de elementos corporales como habian dicho Empedocles y Democrito, ó de elementos en parte corporales y en parte, lógicos y nocionales como lo había pretedido Platón. Rechaza las virtudes imaginarias de los números invocados por los pitagoricos y Xenocrates; y por último él tiene presente no solamente á el hombre sino todas las variedades de objetos animados á los cuales es necesario que comprenda su definición. Su primer cuidado consiste en deshacerse de la pre-

(1) Arist. De Anima, 2º 1. 412, C. 11.

(2) Arist. De Anima, 2º 1. 412 a. 27. Véase Met. 6º 1035, b. 15-27.

(3) Arist. De Anima, 2º 2. 414 a. 9-15. La distinción aquí establecida entre el primer grado, grado inferior de entelequia, y el segundo ó superior, coincide en sustancia con la que se encuentra en la Etluque á Nicomaque. Véase Topica 4º 5, 125. b. 16. Eth. Nicomacom. 2º 1-5.

tendida identidad ó semejanza de los elementos del alma y del cuerpo, y también, el de no admitir la existencia separada y la sustancialidad del alma llega aquí á definir el alma y el cuerpo por los terminos *relatum* y *correlatum*; el alma, en tanto que *relatum* es inninteligible y desprovista de sentido sin su *correlatum*, que forma la base justificada de su definición.

Se puede considerar el sujeto animado real, ó bien bajo el punto de vista del relatum ó del correlatum, más aún cuando estos dos terminos sean logicamente separables, de hecho estan realmente unidos indisolublemente: faltando uno ú otro desaparece el sujeto animado. "El alma dice Aristóteles no es una variedad del cuerpo, pero no existiría sin un cuerpo; el alma no es un cuerpo, sino una cosa que pertenece ó que es relativa á un cuerpo, y por dicha razón existe en *un* cuerpo, y en un cuerpo de tales ó cuales potencialidades." (1) El alma es al cuerpo, no como un compuesto de elementos semejantes, ni como un original es á su copia ó *vice versa*, sino como un relatum ó su correlatum: para todos sus actos y manifestaciones depende del cuerpo, y realiza lo que existe en el cuerpo como potencia solamente. Sin embargo, es más importante el alma que el cuerpo, el ser animado á causa de su alma, vale más que el inanimado. (2)

El sugeto animado pues, es una forma sumergida é inducida en la materia y todas sus acciones y pasiones lo estan igualmente. (3) Cada una de ellas tiene su lado formal que concierne al alma y su lado material que corresponde al cuerpo. Cuando un hombre ó un animal se encoleriza, por ejemplo, esta emoción es á la vez un hecho del alma y un hecho del cuerpo como hecho del alma podemos decir que es un apetito de ofender á quien nos ha ofendido; y como hecho del cuerpo se puede definir como una efervescencia de la sangre y un calor alrededor del corazón. (4) La emoción que pertenece al sugeto animado ó agregado de alma y cuerpo, es un hecho complejo que tiene dos aspectos, los cuales se pueden distinguir logicamente el uno del otro, pero que cada uno á su vez es correlativo

(1) Arist. De Anima. 2º 2. 414. a. 20. Comp. Arist. De Juventute el Senectute, c. 1. 467. b. 14.

(2) Arist. De Generat. Animal. 2º 1. 731. b. 14.

(3) Arist. De Anima. 1º 1. 1403 a. 25. Véase 2º 1. 412. b. 10-25. 417 a. 30

(4) Arist. De Anima 1° 1. 403 a. 30.

del otro y se presuponen mutuamente. Y lo mismo que decimos de nuestras pasiones, emociones y apetitos, sucede también con nuestras percepciones, imaginaciones, reminiscencias, razonamientos, esfuerzos de atención por saber etc. Nosotros no decimos que el alma tege ó construye, observa Aristóteles, decimos que el sugeto viviente, el agregado de alma y cuerpo, el *hombre*, construye y tege. (1) No decimos tampoco que el alma experimenta colera, piedad, amor, odio etc., ni que aprende, razona, recuerda, sino que es el hombre con su espíritu que experimenta aquellos sentimientos ó cumple estos actos. El movimiento actual en todas estas operaciones no se verifica en el alma sino en el cuerpo; algunas veces dirigiéndose hacia el alma como en la percepción por los sentidos, otras procediendo del alma para ir al cuerpo como en los casos de una reminiscencia. Estas operaciones son también á la vez corporales y psiquicas, ocupan el sugeto en toda su plenitud y presentan dos aspectos que coinciden y dependen el uno del otro, aún cuando se les puede distinguir logicamente. La perfección ó imperfección del discernimiento del alma que siente depende del bueno ó mal estado de los organos sensitivos del cuerpo; un anciano miópe vería lo mismo que de joven si pudiese recobrar los ojos ó la perfección de entonces. Los defectos del alma provienen de los defectos del organismo corporal al cual pertenece como sucede en el beodo ó en el epiléptico; y esto no es menos verdad tratando del Nos ó alma intelectiva, que del alma *sintiente*. (2) La inteligencia así como la emoción, son fenómenos no del organismo corporal simplemente ni tampoco del Nos sino de la comunidad ó asociación de que son miembros; y cuando la inteligencia se halla agobiada no es porque el Nos se altera sino porque la asociación se destruye por la ruina del organismo corporal.

GASTON A. CUADRADO.

(*Continuará*)

(1) Arist. De Anima, 1º 4. 408. C. 12. Et b. 30.

(2) Arist. De anima 1º 4. 408. b. 26. Una doctrina análoga hay en el Timeo de Platón.

DESDE YARA HASTA EL ZANJON

APUNTACIONES HISTORICAS POR ENRIQUE COLLAZO

1 TOMO DE 227 PAGINAS.—HABANA 1893

—Leyendo el libro del Sr. Collazo, decía un hombre de la nueva generación, me he sentido mas hostil que nunca al separatismo.

A esa impresión oponemos la nuestra, más general, aunque más amarga:

—Leyendo el libro del Sr. Collazo, ha crecido nuestra admiración por los hombres del estupendo sacrificio, á la vez que nuestra tristeza por el egoismo de la mayoría del pueblo cubano.

En el mes de Abril de 1869, sumando los insurrectos de las Villas, Camagüey y Oriente, el jeneral en jefe de las fuerzas revolucionarias podía disponer de más de 30.000 cubanos. Entre tantos millares de rebeldes, cifra no superada por ninguno de los países rebeldes del continente en el período de mayor ebullición, los armados representaban minoría casi insignificante, desde luego, una fuerza negativa para disputar el dominio al Ejército de España. En aquella fecha, ya habian transcurrido seis meses de la sublevación de Céspedes; antes, mucho antes del 10 de Octubre, los más ardientes de los conspiradores orientales, habian instado en vano á los prohombres de la capital de la isla para que se asociasen de lleno al plan que se fraguaba en las logías masónicas de Cuba, Manzanillo y Bayamo. Los hombres de Occidente, con

la aureola que da la reputación adquirida en las motrópolis, donde el escenario es más alto y el auditorio más numeroso; cohibidos por la acción constante y depresiva de las primeras autoridades; irresolutos; sugestionados por esperanzas de reformas lejanas, que siempre favorecian y cohonestaban sus tradicionales vacilaciones, su afan por convivir con tirios y troyanos; permanecieron poco menos que mano sobre mano cuando las aguas del Cauto se teñían de sangre cubana. Cuando el español de las ciudades, por fanatismo ó por lucro, emprendió su cruzada contra los que entonces apellidaron *laborantes* amenazando destruir sus moradas y acuchillarlos en calles y plazas, entonces, cediendo á la presión de turbas frenéticas, salieron prófugos de Cuba, y se dispersaron por el mundo. Les faltó el ánimo, la resolución, el cívico denuedo de los hombres del interior, el supremo desinterés del verdadero patriotismo; las circunstancias transformaron á muchos de ellos en revolucionarios, sirvieron la causa de la independencia con celo, con pasión, pero llevando en la conciencia, á pesar de todo, el remordimiento de sus sus vacilaciones, pues su cooperación más positiva, la mas necesaria donde sobraban hombres sin miedo á la muerte, el concurso de su caudales, no pudo auxiliar la Revolución por que sus propiedades quedaron á merced del Gobierno de España, que se apresuró á aprovecharse de sus productos para mantener la guerra á que la provocara la dignidad cubana. La guerra pudo ser más ó menos prematura, dado el plan originario de los conspiradores, pero no pudo ser una sorpresa para quienes, con varia fortuna y vario ideal, la venian preparando resueltamente desde 1848. Si las almas de los poderosos de Occidente hubiesen estado templadas para el sacrificio como las almas de los hombres enérgicos de las Villas, Oriente y Camagüey; si los de Occidente hubiesen preparado para la ofrenda sus fortunas como los del Centro y Oriente tenían dispuesta la ofrenda de sus vidas,—hubiera nacido la revolución con 30,000 cubanos armados y equipados, que, aun con una organización y dirección deficientes, hubieran asegurado, en corto plazo, el triunfo de la República de Cuba. La insurrección, que pudo y debió nacer nadando en la opulencia, vino á la vida hambrienta y andrajosa. La consecuencia inmediata de tan grave defecto de origen fué la dispersión de 1871, viniendo á ser, con el andar del tiempo, el factor que mejor preparó lo que se consumara en el Zanjón. Ye-

rran los que persisten en aseverar que el pueblo de Cuba era hostil á la independencia. (1) Los ricos, que con sus vacilaciones se anulan para el próvido socorro de sus hermanos en rebeldía; los caudillos, militares y civiles, que no adoptan los procedimientos consiguientes á todo período de fuerza, como la contribución forzosa al enemigo; la torpe conducta del general Quesada, que hace odioso, para los optimistas, la suprema jefatura de la guerra; con la reacción del gobierno de España, que puede reponerse, organizarse y armarse de punta en blanco; dan por resultado que aquellos millares de cubanos que en 1869 atronaban los aires con los gritos de *¡Independencia ó Muerte!*, quedasen reducidos á un puñado de fugitivos, inermes, desnudos, bandadas de mendigos que podían creerse gavillas de bandidos extenuados por el hambre y las fatigas de una persecución encarnizada. La mayoría se sometió al gobierno de España; unos abjuraron de su supuesto yerro; otros, pidieron un sable y un fusil, y salieron á combatir á sus compatriotas al grito de *¡Viva España!* Los veteranos de la vieja y aguerrida Iberia no superaron en ardor ni en coraje á los guerrilleros cubanos que, por un pedazo de pan, hicieron suya la causa secular de la dominación. El general Martínez Campos adjudicó á esos guerrilleros los honores del triunfo. La guerra de Cuba, desde este punto de vista, fué una lucha fratricida: de un lado, cubanos independientes; del otro, cubanos españolizados. Al lado de estos últimos, centenares de miles de cubanos que con el sudor de sus frentes, con el fruto de sus trabajos, levantaban las onerosas cargas que España les imponía para conservar el territorio. Al lado de los primeros una emigración sin

(1) Y aún pudiéramos reforzar la aseveración recordando los numerosos *confidentes, comunicantes* ó *cuandos*, que tenían los insurrectos en ciudades, villas y villorrios; no pocos de los mismos *prácticos* de las columnas españolas, que, arriesgando de contínuo la vida, enviaban á aquellos armas, municiones, ropas, medicinas y preciosas noticias; abundando las señoras y señoritas que, con astucia y extraordinario arrojo, secundaban maravillosamente el trabajo de los confidentes. Muchos de aquellos confidentes sufrieron estóicamente toda clase de castigos, incluso la muerte, y lo que más admira es que siempre tuvieron sucesores y continuadores resueltos y eficaces, y que demasiado bien sabían que, como á sus antecesores en el peligroso oficio, les esperaba la ejecución sumaria en los suburbios, en las veredas,—obreros oscuros que laboraban en la sombra y que en ella morían sin la romántica esperanza de que la luz de la gloria alumbrase algún dia la memoria de sus hechos.

dinero, rota en bandos, ó emigrados que adulaban á España y esperaban, cruzados de brazos, el desenlace de los acontecimientos.

Aquellas masas de cubanos que se pasaron al enemigo, ¿qué podían hacer, perseguidas sin descanso por un enemigo poderoso, sin armas para ofender, sin un acero para defenderse? ¿Qué podía exigirse á una masa inculta, que sin amparo había sido expuesta á la furia de un enemigo inexorable? La masa, sin embargo, acudió á la vóz de los directores, pero estos no pudieron darle un fusil, una ración, un campo en que dormir al abrigo de toda asechanza. ¿Y qué cargo formular contra ella cuando los cultos, los que amaban y compartían el ideal en toda su grandeza, dieron el ejemplo de la sumisión ó tomaron la iniciativa en la discordia, atizándola hasta que consumió toda fé y acabó con el entusiasmo de los más empedernidos optimistas?

Y sin embargo, á pesar del secuestro y anulación de la riqueza cubana, á pesar de la gran dispersión que fué su consecuencia inmediata, á pesar de las discordías de los emigrados, la minoría, abandonada y resistente, que permaneció en el puesto de honor, pudo, á no concurrir nuevas y diversas circunstancias, convertir en estable Capitolio la tienda errante del Ejecutivo de la República. Esta es la consecuencia que resulta en la tésis que desenvuelve el Sr: Collazo en su precioso libro, y que vamos á exponer, aunque sin la unidad y riguroso plan con que el autor ha logrado hacerlo en airoso alarde de fuerza sintética.

Al grito audaz de Céspedes, acudieron cubanos de todos los puntos del horizonte. Antonio Luáces, médico distinguidísimo que residía en España en aquella sazón; Ramón M. Roa, que tenía un porvenir en la carrera diplomática y que labraba una fortuna en Buenos Aires; el autor del libro que estudiamos, Enrique Collazo, que desde niño había sido enviado á España, y que en 1868 se ceñía las insignias de teniente de Artillería; los hermanos Lorda, que dieron sus fortunas y sacrificaron sus vidas; los hermanos Ariosa, que siguieron la misma ejemplarísima conducta; jovenzuelos que, agenos de cuidados, presuntos herederos de cuantiosas fortunas, estudiaban en Inglaterra, en Francia, en Alemania; estudiantes y profesores hechos á la vida muelle de la poblaciones;—volviendo la espalda á la ruta emprendida en la bonanza de la paz, volaron al punto en que un cubano, para ellos desco-

nocido, juraba vencer ó morir combatiendo la dominación española. Los mejor preparados para el ejercicio de la política se dividieron en dos grupos: el grupo de los que pensaban que no debían ser más que soldados; y el grupo de los que creían que al lado del hombre de armas debía erguirse el hombre de las leyes, como una égida y como una enseñanza viva, fecunda en resultados para un porvenir tan incierto como lejano.—Céspedes, el glorioso iniciador, concibió y procuró realizar una revolución genuinamente española; la juventud que se dispuso á cooperar en la magna obra había concebido una revolución entre girondina y americana. La última quería transformar de abajo arriba, deshacer, con una serie de decretos escritos, la obra secular de la colonización de España. Céspedes, que superaba á todos sus cooperadores, como superó también á todos sus sucesores, por el sentido práctico y las demostradas dotes de gobernante, no quiso poner mano en el problema social; se erigió en dictador civil, á imagen y semejanza del procónsul que en la Habana representaba la Majestad de la Metrópoli; y hubiera organizado la guerra dentro del viejo sistema, si el Camagüey, ayudado más tarde por la juventud de la Habana, y secundado al cabo por los delegados de las Villas, no hubiese vencido en su lucha con el rebelde de Yara. El Camagüey se pronuncia y designa, por el sufragio, un triunvirato de hombres civiles; este triunvirato, poco tiempo después, se transforma en Asamblea con facultades ejecutivas; Céspedes pretende que este cuerpo se le subordine y acate su plan, pero la Asamblea resiste y propone que Céspedes deje sus arreos de procónsul y se transforme en Presidente de República, que esta sea dotada de una constitución y que el poder resida en una Cámara de Representantes. Las circunstancias del momento obligan á Céspedes á pactar; es electo Presidente del Ejecutivo y espera el desenvolvimiento de los sucesos, que tal vez traigan la necesidad de rectificar lo que él seguía creyendo un error funesto á la patria. Quesada, primero y único general en jefe, viene á ser un instrumento de Céspedes; cuando aquel, para el «mejor ejercicio de su cargo,» pidió ampliación de facultades, la Cámara, escudada en la espada de Agramonte, depuso al «presunto tirano,» pero el dardo se clavó en el blanco á que iba dirigido, en el corazón de Céspedes. El viaje al exterior de Luis Ayesterán, y en el cual fué capturado y ejecutado aquel joven in-

teresante, noble y heróico, tenía por objeto preparar los ánimos de los emigrados para que acatasen la deposición de Céspedes, que se venía fraguando. Así, pues, desde el primer momento se inicia un duelo prolongado entre el hombre que desempeñaba el Ejecutivo y los hombres que ceñían la investidura de representantes de la nación. El desenlace fué la caida de Céspedes. Cuando éste fué depuesto, Agramonte, que era el llamado á sucederle en la primera magistratura, y á sucederle con ventaja, hacía meses que había sucumbido en el combate de Jimaguayú. Le sucedió, por sustitución reglamentaria, el marqués de Santa Lucía, «republicano-demócrata», que ni por sus aptitudes ni por su carácter era el llamado á llenar el vacío que dejara el hombre de Yara. Los que vinieron después, ni por la inteligencia, ni por el carácter, ni por las condiciones, podían afrontar el paralelo con Carlos Manuel de Céspedes. Resulta, por la organización civil del incipiente estado y por el conjunto de los hechos, que la autoridad de la República, residió, de hecho y de derecho, en la Cámara, y que esta por su propia naturaleza, por tradición, por las ideas á cuyo calor naciera, vivió aferrada á un ideal democrático exajerado y quimérico y obsedida, en consecuencia, por el fantásma de la dictatura, que llegó á degenerar en una especie de delirio de persecución. Si la Cámara ejerció el poder, si luchó tenazmente por conservarlo, si con su dirección constante é interrumpida la revolución se resolvió en un fracaso, ¿cómo no pensar en cuál hubiera sido el destino de la Revolución á haber tenido una dirección exclusivamente militar? El Sr. Collazo insinúa que si la Cámara en sus primeros tiempos depuso á Quesada fué por que tenía á sus espaldas á Agramonte, resuelto, en caso necesario, á defender con su espada las vidas de los legisladores, y también insinúa que cuando se resolvió á deponer á Céspedes, lo hizo contando con el ascendiente del entonces popular y victorioso general Calixto García.

Eliminémos el primer caso que es especial, único y distinto; en el segundo caso, ¿no es la Cámara el instrumento de un hombre de armas, la cómplice, acaso la vengadora consciente de un enemigo personal de Céspedes? Léase el acta de la deposición, que Collazo copia en sucinto y fiel extracto, y se verán cuan fútiles, injustos y huecos argumentos se invocan para justificar aquel acto. El cargo que parece revestir más gravedad es el que

acusa á Céspedes de haberse extralimitado en las facultades extraordinarias que la propia Cámara le concediera. Si se concedieron tales facultades fué porque las circunstancias lo exigieron, porque la naturaleza íntima de la guerra así lo exigía. Pero esta concesión, con otro dato de gran fuerza que invoca el Sr. Collazo, á saber, la frecuente necesidad en que se veía la Cámara de disolverse y recesarse, demuestran esta otra verdad fundamental que preconiza el autor: que la Cámara era una víscera inútil en el organismo de la Revolución. Cuando Vicente García se subleva en las Lagunas de Varona, la Cámara capitula con el rebelde, pacta con el motin, como dice el Sr. Collazo. Establecido el precedente, Vicente García reincide y la Cámara renueva y ratifica su pacto con el amotinado. Parece lo regular que una Cámara tan quisquillosa, tan llena de ardiente celo por los intereses democráticos, tan llena de horror al sable, el día en que no pudo aplastar la cabeza del primer motín, es decir, el día en que la Cámara fué humillada por el sable del cacique de Tunas, debió renunciar en masa, disolverse y declarar que, vencida por el militarismo, entregaba á este la suerte de la patria. Vicente García, haciendo escarnio de los Representantes, y el general español Pavía disolviendo poco menos que á cintarazos un Parlamento muerto por sus discordias, realizan un mismo y único acto. Un ejército, como se dijo en otro sentido por la prensa españolísima, necesita la constitución para tacos de fusil. El código fundamental para soldado es la ordenanza militar. Cuando la fuerza impera y reina como soberana, y eso y no otra cosa es la guerra, ¿á que hablar de leyes, ni de justicia, ni de principios democráticos? Cohíbase al general en el ejercicio de sus naturales funciones, pongánse rémoras á su iniciativa, subordínesele á la tutela de hombres desconocedores del arte de la guerra y, por añadidura, acérrimos enemigos de todo lo que trascienda á soldado, y dígase sino estaba en la lógica de las cosas que el antecedente Asamblea de Guáimaro tuviese por consecuente el pacto del Zanjón, que, al cabo, por sus condiciones y por sus resultados, supera con mucho á todo lo que lejitimamente debía esperarse, dado el estado de la guerra. La Cámara, procediendo en consecuencia con las ideas que determinaron su creacción, llevó siempre hombres civiles á la Presidencia de la República, es decir, representantes genuinos de sus naturales tendencias. Juan Bautista Sportorno, coronel y diputado,

presidente accidental, no obtuvo el puesto en definitiva y, además vivió de antemano en la atmósfera que respiraban los lejisladores; y el general Vicente García fué algo así como Presidente póstumo.—El nervio de la tesis en la obra del Sr. Collazo, la necesidad, que siempre existió de un jefe supremo, de un dictador armado de un sable, nos parece incontrovertible. Y pocas veces ha sido tan necesario un dictador como en la guerra de Cuba. La Revolución Cubana no tuvo parecido con la de Venezuela, ni con la de México, ni con la argentina; venezolanos, mexicanos y argentinos, con más ó menos fortuna, fueron dueños de grandes comarcas, tomaban y evacuaban ciudades y regiones, estaban, pues, en mejores condiciones que los cubanos para organizar debidamente un gobierno de acción general y eficaz. Y, sin embargo, Bolívar y Sucre obtienen la Dictadura; San Martin, cuando atraviesa los Andes, es un dictador de hecho, lo fué Washington, y los fueron los primeros caudillos mexicanos.

Olvidándonos de Céspedes y de Quesada, si Calixto García no cae prisionero hubiera ganado la jefatura de la guerra, á que aspiraba de modo ostensible, y antes de él, por aclamación, á no haber caído en Jimaguayú, todo el Ejército hubiera reconocido á Ignacio Agramonte como general en jefe con facultades extraordinarias, y esto con el beneplácito de la Cámara, que se recesaba por voto propio. Y esto, ó no prueba nada, ó prueba que la Cámara, reconocía su inutilidad, como así mismo que ante la espada victoriosa olvidaba sus alardes de puritanismo democrático cuando derribó á Quesada del jeneralato y á Céspedes de la Presidencia. Admira, y ello es prueba elocuentísimo de las aptitudes del cubano para el recto ejercicio de la ciudadania, que jamás se llevara á cabo lo que relativamente era empresa facilísima: disolver la Cámara como se ha hecho con frecuencia en la Madre Patria y en algunas repúblicas del Continente: á tiros y culatazos. Céspedes, que pudo desobedecerla, acató su mandato por civismo. Y no es menos admirable que en la hora del Zanjón solo apareciese entre los designados para ajustar las bases del convenio un solo representante. No hubo, en aquella hora, más que un solo miembro de aquella Cámara que hasta entonces había ejercido el poder, que llevase sus iniciativas al tratado de paz, tratado que, si en la apariencia era una capitulación militar, esencialmente era un convenio político. Sería grave injusticia desconocer en los propó-

sito de los Representantes, hombres de acrisolado patriotismo y de altas virtudes civicas, la más noble y más elevada de las aspiraciones. Pero esto no excluye que sus aspiraciones flotaran siempre en lo quimérico, cada vez más alejados de las esfera de lo práctico. Sus yerros eran productos de las ideas que habian nutrido sus cerebros, ideas generosas, exaltadas y utópicas; llevaron á la organización de la República el ideal que acariciaron en las aulas, en la vibración y en la fiebre de lecturas de obras reputadas subversivas; el plan que desenvolvía Céspedes, los impelía, naturalmente, á la contradicción y á luchar con tenacidad por la realización de sus ensueños; la forma peculiar que reviste la sublevación del Camaguey, la conducta de Quesada y la conducta posterior de Céspedes, les dan alas para remontar el vuelo á las alturas más vertiginosas; no vieron que la guerra no era la República sino el medio para alcanzar esta forma de gobierno, en todos sus actos se transparenta el propósito firme, contínuo, obseso, de encauzar la conciencia cubana por rumbo diverso á aquel por el cual la había encaminado el genio de la Madre Patria; su odio no se cifraba en la persona, sino en lo que la persona simbolizaba por su parecido más ó menos completo con el tipo del déspota armado, absoluto, revestido de todos los poderes, que desde la infancia veian sentado en el trono de nuestros vice-reyes.

No vamos á hacer aquí el panegírico del militarismo. Quesada debía caer; Céspedes no debió hacer alianza con aquel hombre vulgar y funesto; la presencia de Quesada en la emigración fué un manantial de desdichas, su designación para Agente Confidencial una torpeza injustificable. Pero si hemos de consignar aquí que el acaso, que para muchos es la fatalidad, desempeña en la historia un papel importantísimo para que no sea tomado en cuenta su decisivo ascendiente. Y en la guerra de Cuba el acaso es un factor de influjo poderoso. Hubo actores que no debían, en rigor, ser protagonista en el drama; otros que intervinieron demasiado tarde, unos que cayeron demasiado temprano, otros que se eliminaron ó que contribuyeron á precipitar su desenlace. Para que todo fuese excepcional y distinto, no hubo nación que tendiese su mano protectora á los rebeldes; en el gran pleito la simpatía y el favor fueron del más fuerte. Por eso ha podido decir el Sr. Collazo que otro de los factores que más contribuyó á la catástrofe, fué la indiferencia del gobierno de los Estados Unidos. El cargo, enérgi-

co y duro, que formula en este punto el Sr. Collazo, no es un arranque de sentimentalismo. Porque si el derecho de gentes y la misma respetabilidad del gobierno de la gran República le impedían intervenir en la lucha demostrando parcialidad manifiesta, la ferocidad de la guerra, su tendencia, su prolongación, eran sobrados motivos para que el coloso interpusiese su mediación con eficacia. En un pueblo en que el amor á la justicia provocó un conflicto de la magnitud de la guerra abolicionista, era lógico que hallase decidido apoyo la bandera de la República de Cuba. Desde el punto de vista material, aquel gran pueblo debía cifrar todo su interés en asegurarse mejor su gran colonia mercantil, y la continuación de la guerra y la perpetuación del dominio español no le brindaban las fáciles ventajas que le hubiera brindado el pueblo cubano dueño y señor de sus destinos. Las prescripciones del derecho de gentes impedían al comandante de la corbeta *Niobe* intervenir en los actos del gobernador de Cuba: el valeroso marino, en nombre de la Humanidad, intimó á Burriel que suspendiese la ejecución de los prisioneros del *Virginius*, amenazando, si era desobedecido, con bombardear la plaza. Burriel se sometió; Lorrain fué el salvador de la vida de un centenar de hombres, y su gobierno, el serio y respetable gobierno de S. M. B., aprobó é hizo suya la conducta del insigne marino. Que el Sr. Collazo no se divorcia de la justicia al censurar la conducta del gobierno norte-americano, lo demuestra todavía la actitud de ese mismo gobierno durante la guerra franco-prusiana, actitud tan hostil al pueblo francés, al colaborador generoso en la obra de Jorge Washington, que Víctor Hugo pudo con razón lanzarle, ya consumada la *debacle*, el famoso apóstrofe: «Caín, ¿para eso cruzó Lafayette los mares?»

Todavía no se ha dicho la última palabra acerca de la conducta del gobierno de la gran República, con ser mucho, muy autorizado, muy enérgico, lo que ha escrito Enrique Piñeyro en su precioso estudio *Morales Lemus y la Revolución de Cuba*. Pero presumiendo, por razones que no hacen al caso, que mientras más se ahonde más injustificable y digna de censura aparecerá la conducta de los estadistas de aquel período, concedemos que uno de los pocos motivos que abonan la conducta de aquel gobierno para aparecer primero remiso y después indiferente, era el espectáculo desconsolador que ofrecía la emigración cubana residente en las

principales ciudades de aquellos Estados. Horripila recordar el desbordamiento de las pasiones, el desenfreno del lenguaje en las polémicas, en las inculpaciones, en las injurias con que se azotaban los bandos. Hubo allí sectarios de Céspedes, idólatras delirantes de Quesada, amigos y enemigos de la Cámara, de Vicente García; los delegados del gobierno tuvieron favorecedores y adversarios implacables. Las consecuencias de estas funestísimas y execrables discordias fueron: favorecer la indiferencia norte-americana, hasta que se perdió toda esperanza en el reconocimiento de beligerancia; privar á los insurrectos del auxilio de las expediciones, del que se vieron privados en los últimos siete años. Búsquese ejemplo de colectividad tan numerosa y que se anule tan fácil y tan irremediablemente. Y dígase si es posible decir con nímia exactitud el tanto de culpa que hay que deducir, en las responsabilidades de la catástrofe, para los díscolos y los revoltosos que decidieron así, en gran parte, de la suerte de la patria.

Viene, por último, la narración y el juicio de los sucesos que tuvieron término en el pacto del Zanjón: prolongaciones de los factores enumerados, el pacto es la consecuencia última de los mismos. Los que intervinieron en él, los que le dieron forma, estaban en el deber de explicarlo. El general Gómez, y de modo más concreto el teniente coronel Ramón M. Roa, y el comandante Enrique Collazo, que son los militares que hasta ahora han hecho la historia del pacto, estan contextes en sus explicaciones. Los trés, unanimemente, deducen y concretan cargos gravísimos para el poder legislativo, para la emigración, para la acción disolvente de Vicente García y del lugareñismo, tan arraigado en los cubanos de las Cinco Villas. Los narradores citados no han tenido todavía impugnadores resueltos: ninguno de los acusados por ellos ha intentado sacudirse el sambenito. Con torpeza insigne se ha querido colgar la responsabilidad de un suceso que es de responsabilidad colectiva, al grupo de soldados que discutieron y firmaron las capitulaciones del Zanjón, cuando en rigor de verdad hicieron el papel del amigo que saca de pila al hijo vergonzante del amigo. Los consejeros y cómplices del sedicioso cacique de las Tunas, de aquel gaucho bravo que se impuso como se han impuesto en sociedades hermanas el salvaje de las pampas y el carnicero de los llanos; los que, cuando Martínez Campos entraba

por las Villas occidentales, se declararon en rebeldia, haciendo imposible toda resistencia y franqueando á aquel poderoso enemigo la entrada al Camagüey; los que en el Exterior no supieron ponerse de acuerdo para el eficaz apoyo á sus hermanos; los que, en medio de realidad tan áspera y dura, vivieron siempre en lo ideal, sacrificándole positivos y preciosos intereses; esos son los llamados á discutir las opiniones que los militares han dado á luz sobre las causas mediatas é inmediatas que engendraron el Zanjón. Los únicos que no tienen derecho á hablar, como no tenian derecho para apedrear á la adúltera los judíos impuros que amonestara Jesús, son aquellos cubanos que, habiendo contemplado los sucesos desde lejos y prestado todo su apoyo al gobierno de España, al saber que se plegaba la bandera de la estrella solitaria, vociferaron; ¡«Traición»!—Pasma, cuando se medita en el desenvolvimiento de la guerra, que el Zanjón no hubiese acaecido en 1871; la resistencia casi sobre humana que realizaron los insurrectos durante los últimos siete años. Todos los progresos internos de la guerra hallaron siempre el vacío en torno; sus grandes triunfos, por lo mismo, fueron estériles: la masa del país seguía hostil ó persistía en su indiferencia. Cuéntase de Heny H. Reeve que departiendo con sus ayudantes en territorio de las Villas, pronunció estas ó parecidas palabras:

—Bien apurado ha de verse el historiador que nos juzgue, cuando medite en que un puñado, 6 ó 7 mil, nos empeñamos en mantener esta guerra para hacer independientes á más de un millón de hombres, que nos miran con desdén ó nos combaten con encarnizamiento. Acaso nos excecre y nos maldiga!

Pero, de súbito, como si reflexionase en alta voz, añadió:

—Sin embargo, ese historiador pensará lo que nosotros, que vale más morir cien veces que vivir sin honra, y verá en nosotros lo que somos en verdad, los representantes del honor de la patria!

Y, en efecto, lo que se impone al más frío, al más prevenido contra los arrebatos del sentimiento y las exageraciones de la fantasía, es la grandeza moral de aquel grupo de representativos del ideal separatista; solos, desterrados de la civilización y de los más sencillos goces de la vida, que, sin más armas que su energía de hierro, pensaron en que podían vencer sin más auxiliares que su resuelta consagración á la fé jurada. Cuando aquellos hombres, lle-

vando en una mano la cadena rota del esclavo, extenuados, flacos, despedazado el corazón, tumba de tantas esperanzas fallidas, se adelantan á estrechar entre sus manos, heladas por el hambre, la mano del contrario,—antes que la censura iracunda, lo que á unos cuadraba era huir á esconder su vergüenza, lo que se impone á todo el que ame la justicia y sepa identificarse por un instante con aquel momento histórico y el estado de ánimo de los actores de la trajedia de diez años, es llorar su duelo, compartirlo, tributarles el homenaje de respeto que es debido á todo el que ha sabido afrontar el sacrificio por el bien estar de los demás.

Precisamente, lo que exhala el libro del Sr. Collazo, en medio de tantas tristezas, de la dolorosa narración de tan acerbas miserias, es una lección ejemplar que fortifica y alienta. Porque si dá mengua pensar en los errores, se siente noble orgullo, legítimo y sincero, al medir el nivel moral á que elevaron la conciencia cubana los hombres de la Revolución. Tan grandes aparecen, que, estando tan cerca, es el caso de decir lo que un orador chileno, en el colmo de la admiración, dijo de los leones de la Conquista, recordando sus hazañas: «¡Qué hombres y qué tiempos!»

No hace mucho tiempo cayó en nuestras manos un libro en que, por raro fenómeno, un escritor, á doce años de distancia, reproduce, sin atenuarlas, sin explicarlas, una colección de epístolas, sosas ó cáusticas, y muchas de las cuales encierran predicciones que no se realizaron, acusaciones que la posteridad ha lavado con ácido fénico y perfumado con agua de Colonia. Resucitan en aquellas páginas la serie de estados mentales y pasionales que informaron la vida de muchos emigrado durante los diez años de turbulencia, y no se halla en ellas otro sentimiento que el del odio, exaltado hasta la furia, más intenso y devorador, por lo mismo que no ha podido saciarse y que se ha visto burlado en sus vanos afanes. Es un puñado de ceniza y punza y abrasa como un espino de hierro incandescente. ¡Qué contraste con el libro del Sr. Collazo! Hay en las páginas del libro *Desde Yara hasta el Zanjón*, algo que vale tanto, sino más, que el juicio severo, que el esfuerzo, siempre gallardo, rara vez fallido, de alta imparcialidad; que la lucubración que implica la tésis, planteada y desenvuelta con verdadera maestría,—y ese algo es la serenidad con que el autor examina y juzga aquel mundo que fué, en que él palpitó,

que tiñó con su sangre, y en que fué actor apasionado, resuelto, contaminado por el ardor de la tragedia. La tesis, que pudo ser rigurosamente *darwiniana*, y tener la lógica de un teorema y la dureza y frialdad del granito; el juicio del hombre funesto de las Tunas, que está pidiendo maldiciones como otros parecen pedir lágrimas y siemprevivas; las censuras á la Cámara, á la Emigración, á los revoltosos de las Tunas y de las Villas; todo está atenuado, dulcificado, visto á la luz de un dia luminoso y límpido. Si hay sombras, son las que proyectan los caracteres y los hechos que desfilan en la narración; si hay algo velado, son los ojos del observador, pero velados por las lágrimas de sincera tristeza que arrasan sus ojos, no por la sangre que enciende y atropella la cólera. Si un libro, por lo común, es la expresión fiel de la personalidad que lo ha creado, *Desde Yara hasta el Zanjón* es la fotografía de su autor. El estilo es seco, duro, conciso, como sienta á la verdad que no busca componendas, ni necesita afeites; el lenguaje es sencillo, llano, claro, como corresponde á un sentimiento sincero que no enturbian ni desfiguran la retórica ó los caprichos de la fantasía; la tésis, sino es bella literariamente, tiene la perfección de una figura geométrica, de un círculo, y es la concepción de una inteligencia adiestrada en el estudio de las líneas y de las matemáticas; el tono general es el de un hombre de corazón, connaturalizado con los dolores de la vida, vigorizado en las disciplinas del sufrimiento moral y del sufrimiento físico, y que, sin ira y sin despecho, cuenta las miserias que produjeron la caida, que se enciende en entusiasmo cuando recuerda las proezas de los suyos, y en muchas de las cuales él, como los otros, desafió la muerte, ébrio de delirio patriótico;—y que concluye, porque esta es la suprema lección del libro, diciendo á sus compatriotas:

—«Cuatro siglos de tiranía no pudieron borrar del corazón de Cuba el sentimiento del honor. Estábamos preparados para ser afeminados, viles, cobardes; fuimos varoniles, hidalgos, peleamos como leones y fuimos cristianos con el enemigo que vencimos. Solos, abandonados, desnudos, hambrientos, cubiertos de úlceras, peleamos diez años. Fuimos vencidos, pero enseñamos al mundo que somos capaces de los sacrificios más increibles, de morir por la libertad, de hacernos una patria ofrendando nuestras familias, nuestras haciendas, nuestras vidas. Incurrimos, por inexperiencia, en grandes errores; á los que nos imiten, á los que

nos sucedan, á los que tengan que subir la áspera cuesta con el madero al hombro, toca evitar nuestros yerros, pero también imitar esas excelsas virtudes de que dieron tan alto ejemplo todos los que olvidaron su egoismo cuando un puñado de audaces desplegó el viento de la tempestad la bandera que ondeó en Guaimaro en la navidad de la Patria y la República.»

MANUEL DE LA CRUZ.

NOTAS EDITORIALES

TAINE

El mundo culto ha sufrido otra gran pérdida. Taine ha fallecido el cinco del mes actual no mucho después de Renán. La muerte ha aproximado estos dos nombres, que han brillado por tanto tiempo entre los de los grandes maestros del pensamiento contemporáneo. Una misma fué su patria, una misma su lengua; igualmente vasto su saber; profunda en los dos la mirada que dirigieron al mundo y al hombre; tan vario y tan extenso, para el uno como para el otro, el panorama que se ofrecía á su visisión interior; ambos fueron artistas excelsos de la palabra escrita. Otros puntos de contacto se ofrecen entre ellos, principalmente desde el punto de vista de la materia preferente de sus estudios. Pero son tan conocidas su vida y sus obras, que resultaría innecesario enumerarlos.

Importa más considerar el radio de su influencia; porque esto al cabo es lo eficaz y duradero en la acción de los escritores insignes. Grande fué la popularidad de Renán, algunos de sus libros produjeron verdadera conmoción en el mundo, en todas partes se leían con extraordinario aplauso ó extraordinario vituperio. Sin embargo, mayor ha sido el influjo de Taine, al ménos en Francia. Renán no ha dejado discípulos. Algunos admirables escritores, que recuerdan su estilo, como Anatole France, no constituyen es-

cuela. De Taine se deriva légitimamente la novela psicológica de Bousget. A Taine debe Zola su llave maestra, la teoría del atavismo. Por estas solas dos ramas, sus sucesores intelectuales se llaman legión. Sus ruidosos libros sobre los Orígenes de la Francia Contemporánea han abierto nuevo rumbo á la crítica del acontecimiento más trascendental de la era moderna en Europa, la revolución francesa. Su dirección psicológica del carácter de Bonaparte ha sido el golpe más rudo que se ha asestado á la leyenda napoleónica. Taine ha marcado, con este trabajo, una huella profunda en la historia de Francia. Ha dejado casí exánime el cesarismo.

Sin embargo lo más interesante de notar es que esta acción superior se debe á una inferioridad real respecto á Renán. Taine, con perfecta sinceridad, y á pesar de ella, ha llegado muchas veces al sofisma. Su cualidad predominante, el dogmatismo, lo ha deslumbrado y ha deslumbrado á los lectores. Renán es el antípoda de un dogmático. Nada hay más cómodo que una doctrina bien circunscrita, ni más pernicioso para aproximarnos en lo posible á la verdad. Renán era incapaz de encerrarse en una teoría, de encastillarse en una secta ó escuela. Veía muy presto los diversos aspectos de un hecho ó de una idea, y no se resolvía á concluir. Es la única posición posible para un espíritu que no quiere engañarse, ni engañar. Penetró sin esfuerzo la radical é irreparable deficiencia de los estudios históricos. *Petites sciences conjecturales*, les llamó; y todavía los elevó demasiado. La historia no es, porque no puede serlo, una ciencia. Es un método para estudiar los fenómenos anteriores en el tiempo; y el más falible de los métodos. Nos lleva por largos rodeos y por medio de difíciles tanteos y riesgosas aproximaciones á inferir lo que pudo haber sido un suceso, por la manifestación verbal ó gráfica de la impresión que produjo en otro espíritu; y esto cuando la manifestación nos llega íntegra y ha sido sincera ó no ha estado influida por una pasión ó un perjuicio. Un caso entre millones. Por eso la verdadera crítica histórica es puramente negativa. Nos dice lo que no es. Strauss demolió la leyenda mesiánica y escribió un libro definitivo, su *Vida de Jesús*. Quiso reconstruir con los materiales que habían quedado servibles, y redujo á un simple bosquejo, donde lo único positivo es la crítica, su *Nueva Vida de Jesús*.

Taine era por esencia sistemático. Parecía tener confianza

plena en sus conclusiones. Sus frases breves, concisas, troqueladas, tenían la seguridad de sentencias. Analista infatigable y sagaz, descomponía un suceso ó un espíritu, lo reducía á sus menores fragmentos, y de todo ese polvo no resultaba siempre después una forma plástica; pero las más veces lo parecía. En sus grandes obras apenas se encuentra un cuadro. *Disjecta membra.* Su estudio sobre la revolución dice mil cosas interesantes, importantes, sobre el magno suceso, no lo explica; ni siquiera lo presenta en conjunto. Su estudio sobre Napoleón desciende á los detalles más minuciosos, presenta una hipótesis ingeniosa para explicar su carácter; pero al cabo resulta incompleto, y lo que es peor, falso; porque todo lo que hubo personal en la obra del tirano corso ha desaparecido, y lo que hubo permanente fué aquello en que siguió sin plena conciencia la corriente general de la época y en que fué colaborador del espíritu dominante de su tiempo. Sin embargo la seguridad del autor se apodera fácilmente del lector; y á fuerza de ser enérgico su sentimiento subyuga á la generalidad de aquellos á quienes se trasmite por la lectura. El hombre necesita afirmaciones ó negaciones. Hay que decir sí ó no. Los que están convencidos de que casi nunca es posible decirlo con perfecta certeza, deben resignarse á no producir efecto. Taine lo produjo muy hondo. Hemos creído indicar la causa.

No basta, desde luego, estar seguro de sí mismo, para imponer sus opiniones, aunque es condición previa indispensable. Taine poseía otras insignes cualidades, que completaban y robustecían su poder sobre los espíritus. La tintura de ideas germánicas que puede discernirse en sus doctrinas, no era suficiente para alterar la claridad de pensamiento y expresión que debía á su legítima filiación francesa. El mismo reconocía, en carta á Leopoldo Katscher, que sus mentores habían sido Montesquieu y Condillac. Su testimonio será innecesario, para cuantos estudien su admirable libro sobre la Inteligencia. Sus frases siempre son transparentes. Si alguna vez su estilo resulta confuso es por la acumulación excesiva de pormenores. Considerado aparte, cada miembro de sus cláusulas posee singular precisión. Este procedimiento es de un efecto seguro, y se hermana á maravilla con la cualidad moral que hemos señalado ántes, la segurida en lo que se dice. Es además ingenioso, profundo y á su manera pintoresco. No esquiva la para-

doja, pero no deja, como Renán, que se descubra el valor convencional de sus palabras. Quizás porque no las tenía por tales paradojas. De todos ello resulta un robusto temperamento de escritor. Desarrollado, como pudo serlo, en excelentes condiciones y con la cultura más propicia, ha dado por resultado una série de trabajos, que, cualquiera que sea su diverso valor respectivo, constituirán parte del legado intelectual de nuestro siglo á los venideros.

LA RELIQUIA.

(CONTINUA)

—Peste!

Por la noche cenamos con Mary, en mi cuarto, y toda la cena estuvo entrecortada de silencio y de suspiros: las velas tenían la melancolía de las antorchas: el vino nos nublaba como el que se bebe en los funerales. Topsius nos ofrecía generosos consuelos.

—Bella dama, nuestro Raposo ha de volver. Cierto estoy que ha de traer de la ardiente tierra de Siria, de la tierra de Venus y de la Esposa de los Cantares, una llama más encendida y más nueva en su corazón.....

Yo, sofocado, me mordía el labio:

—Así ha de ser! Todavía pasearemos en calesa por el Mamoudieh..... Esto es solo ir á rezar unos padre nuestros al Calvario.....

Creo que me hará bien. Volveré hecho un toro.

Después del café fuimos á recostarnos en la baranda para contemplar, callados, aquella suntuosa noche de Egipto. Las estrellas parecían gruesa polvareda de luz que el buen Dios levantaba en lo alto, paseando sigiloso por las rutas del cielo.

El silencio reinante tenía una solemnidad de sagrario. Abajo, en los oscuros terrados, una forma blanca se movía á ratos, mostrando que otras criaturas estaban allí, como nosotros, dejando sus almas embeberse mudas en el esplendor sideral: y en esta difusa religiosidad, igual á la de una multitud extasiada ante los

luminares de un altar mayor, yo sentía subir á mis labios las dulcísimas frases del Ave María.....

A lo lejos el mar dormía. Y á la caliente irradiación de los astros, podía distinguir, sobre un brazo de arena, casi sumergida en el agua, una casa desierta, pequeña, blanca y llena de poesía, entre dos palmeras... Pensé entonces que sí mi tía muriese y viniese á mí su oro, yo podría comprar aquel apacible retiro, formado de lindas sedas, y vivir al lado de mi guantera, vestido de turco, fresco, sereno, libre de todas las inquietudes de la civilización. Los desagravios al Sagrado Corazón de Jesús me serían tan indiferentes como las guerras que entre si se hiciesen los reyes. Del cielo no me importaría más que la luz que bañase mis vidrieras, de la tierra solo me preocuparían las flores abiertas en mi jardin para aromatizar mi alegria. Y pasaría los días en blanda molicie oriental fumando el puro latakié, tocando la guitarra, y recibiendo perpetuamente esa impresión de felicidad perfecta que Mary me daba con solo dejar hincharse su seno y llamarme «su valiente portuguesito.»

Alejé el deseo de devorarla. Me llegué á su oreja, de una blancura de caracol blanco, y balbucié nombres inefables: *rechonchita, chiquirritina.* Ella se estremeció, alzó los ojos afligidos para la polvoreda de oro:

—Cuantas estrellas! dijo. Dios quiera que mañana el mar esté manso!

Entonces, ante la idea de esas ondas que me iban á llevar á la áspera tierra del Evangelio, tan lejos de mi Mary, un pesar infinito me inundó el pecho, y sin poderlo reprimir se me escapó de los labios en gemidos entonados, quejumbrosos y lánguidos..... Canté. Por encima de los oscuros terrados de la musulmana Alejandría lancé la voz doliente; vuelto hácia las estrellas y rascando el pecho con los dedos, en donde debieran estar los bordones de la guitarra, haciendo de mis quejidos ayes llorosos, suspiré el *fado* más tierno de la nostalgia portuguesa:

Co'a minh'alma aquí te ficas,
Eu parto só com os meus ais,
E tudo me diz, Maricas,
Que náo te verei nunca mais.

Callé, rendido de pasión. El erudito Topsius quiso saber si tan dulces versos eran de Luis de Camoens.....

Breve, brevemente avara, fué aquella noche estrellada de Egipto.

Quedo, muy quedo, vino el griego de Lacedemonia á advertirme que ya estaba presto á salir de la bahía, desapacible y azotada por el viento, el *paquete*, llamado por ferocidad *El Caimán*, que debía llevarnos hacia la triste comarca de Israel.

El señor don Topsius, madrugador, ya estaba, con gran pachorra, devorando huevos y bebiendo cerveza. Yo apenas bebí un sorbo de café, en un ángulo de la cómoda, en mangas de camisa y con los ojos bermejos bajo la nieve de las lágrimas. Mi sólida maleta de cuero obstruía el corredor, cerrada y rotulada, pero todavía estaba Alpedrinha llenando con mucha prisa el saco de lana con la ropa sucia. Y Mary, sentada al borde del lecho, contemplaba desolada la tarea de Alpedrinha, como si este guardase pedazos de su corazón en el fondo del saco, para partir y no volver jamás!

—Llevas tanta ropa sucia, Theodorico!

Dilacerado, pude balbucear:

—Se mandará á lavar en Jerusalen con la ayuda de Nuestro Señor.

Y le cubrí de besos el pescuezo. En aquel instante apareció Topsius en la puerta, con la pipa en la boca, el quitasol debajo del brazo, calzado los zuecos para la humedad y con un volúmen de la Biblia embutido en la americana de alpaca. Al verme en mangas de camisa, reprendió mi amoroso abandono.

—Lo comprendo, bella señora, lo comprendo exclamó, haciéndole reverencias á Mary, encorvándose y ondulando, con los espejuelos en la punta de la nariz. Es doloroso dejar los brazos de Cleopatra..... Ya Antonio, por ellos, perdió á Roma y al mundo..... Yo mismo, todo, absorvido en mi misión, con espacios crepusculares de la Historia, que debo esclarecer, llevo gratas memorias de estos días que he pasado en Alejandría. ¡Qué deliciosos paseos hemos dado por el Mamoudieh! Y si tuviese que volver á esta tierra de los Ptolomeos, no se me olvidará la calle de las *Dos Hermanas:* «Miss Mary, guantes y flores de cera.» Perfectamente. Vd. me permitirá que le envie, cuando esté completa, mi *Historia de los Lagidas*..... Hay detalles muy picantes..... Cuando Cleopatra se apasionó de Herodes, el rey de Judea.....

Pero Alpedrinha, del borde del lecho, gritó sofocado:

—Caballero! Todavía queda aquí ropa sucia!

Y decía esto al descubrir una larga camisa con lazos de seda de color claro. Al sacudirla, esparcía un aroma de violeta y de amor. Ay! era la camisa de dormir de Mary, tibia todavía del ardor de mis abrazos.

—Es de la señora doña María! Es tu camisa, amor mio! repuse casi sollozando.

EÇA DE QUEIROZ.

(Continuará.)

CRONICA POLITICA

Las elecciones se han verificado. Ya tenemos Diputados y Senadores, que llevarán en las Cortes españolas la representación de los dos partidos organizados en esta colonia. El suceso no carece de interés, porque se desprenden grandes enseñanzas de los incidentes todos que han venido preparándolo.—Sería, sin duda alguna, curiosísima historia, aquella que relatara prolija y exactamente todos los trabajos, todos los esfuerzos, todas las negociaciones y conferencias, qne han permitido que las elecciones se verificasen con el concurso de los partidos y arrojando el resultado que hemos visto. La masa popular, la gente que no está en contacto directo con los directores de la política, permanece, por lo común, en la santa y, á veces, feliz ignorancia de todas las intimidades de la vida pública, de todos los que pasa entre bastidores. Esa masa vé lo que está en la superficie; pero desconoce ameuudo el género de maniobras á que se ha tenido que apelar para proporcionarle el espectáculo que se le presenta. No puede decirse si debe ó no nuestro pueblo lamentarse por ese desconocimiento; porque si bien es cierto que un pais culto debe darse cuenta de todo lo que hacen, dicen y piensan los que influyen en sus destinos, no es menos exacto que en muchas ocasiones inspira no escasa tristeza enterarse de los recursos á que hay que hechar mano para mantener el escenario público de un pueblo como Cuba, en las condiciones de aparente normalidad en que conviene á la política imperante que ese escenario aparezca.

Así; por ejemplo: la masa popular se imagina, contemplando

el resultado de la elecciones últimas, estas dos cosas: primero, que el partido autonomista fué á las urnas porque el examen que hizo de la reforma del Sr. Maura, le permitió pensar que habían variado para él las condiciones de la lucha; y segundo, que ha habido una reñida contienda electoral en los distritos y en las circunscepciones, y que allí donde los conservadores han tenido legalmente mayoría, ha sido electo un conservador, y donde le han tenido los liberales, ha triunfado un liberal.—Eso es lo que la masa se imagina. Y sin embargo, nada más lejos de la realidad. Como ya se indicó en la *Crónica política* anterior, los directores del Partido Autonomista no han estimado bastante satisfactoria la roforma Maura. Si se decidieron, sin embargo, á aceptarla, fué porque antes de acordar la cesación del retraimiento, recibieron, en las conferencias que celebraron con el Sr. Gobernador General, la promesa de que en tàles ó cuales lugares no se les disputaría el candidato. De antemano pudieron, por tanto, calcular qué número de diputados tendrían, y proceder á la designación de los que en cada distrito ó circunscripción convenía presentar. Los conservadores, á su vez, estaban ligados por el compromiso de honor del Gobierno y de su jefe; así es que donde se había convenido que debía salir un liberal, la oposición de los conservadores no podía ser más que una mera fórmula. Todas las peripecias de la lucha se ha reducido á procurar que en las las localidades se observáse la especie de pacto previo estipulado en la Habana.

En Puerto Principe, por ejemplo, los liberales se disgustaron porque habiéndose convenido que esa provincia pertenecía al liberalismo, los conservadores se habian apoderado violentamente del censo para senadores. A su vez, los conservadores de Santa Clara pretendian que la mayoría en la circunscripción les pertenecía, y solo la minoría á los liberales: creyendo que la Comisión del censo liberal se proponía alterar ese orden de cosas, se hicieron fuertes en el Juzgado y desde allí, se apoderaron del censo para diputados. Esos dos incidentes han sido los únicos de monta que hemos presenciado; porque, por lo demás, los que recorrieron los colegios electorales el 5 de marzo, han podido persuadirse todos de que no hubo en ellos animación ninguna, que no se luchó casi, y que no parecía que se había aumentado el número de los electores, sino que, por el contrario, se había reducido tanto, que las elecciones parecían hechas en familia.

No es necesario esforzarse mucho para demostrar que semejantes procedimientos electorales. si se repitiesen, acabarian por perjudicar á los propios partidos que los emplean, y singularmente al que represente á la oposición. Cuando no es necesaria la lucha, no es necesaria la cohesión, ni la disciplina, ni el entusiasmo, ni la vigilancia. ¿A qué afanarse si de todos modos solo resultará lo qué tácita ó expresamente se convenga entre el Gobierno y los directores de los partidos.....? Si se distribuyen de antemano la circunscripción y los distritos, asignando tantos puestos á los conservadores y tantos á los liberales, ¿qué necesidad habrá de extremar la energía, de esforzar la imaginación para vencer al adversario? Partidos políticos que no combaten ni se disputan el favor público; que viven tan solo de los pactos que celebran sus Jefes, bien pronto quedan reducidos á sus respectivas Juntas Directoras, y pierden los carácteres propios á las agrupaciones constituidas para la defensa de los intereses de una colectividad.

Ese peligro deben entre nosotros vislumbrarlo y temerlo sobre todo los liberales, que solo accidentalmente podrán contar con el favor y el apoyo del Gobierno, y por eso mismo están en el caso de nofiar más que en suspropias fuerzas, para no esponerse á encontrarse con sus elementos dispersos ó indiferentes, el dia que los quieran conducir á la pelea.—La prensa, desde que terminaron las elecciones de diputados, ha tenido que discutir, por iniciativa del *Diario de la Marina*, si en realidad habían ido los electores á las urnas, pues el viejo periódico conservador, hoy disidente de la mayoría de su partido, sostenía que era falso el número de votantes con que figuraban proclamados los representantes por la Habana. Según el *Diario*, el cuerpo electoral se había mostrado muy indiferente, y los agentes que los dos partidos tenían en los colegios, al notar la ausencia de los electores, se habían puesto de acuerdo para hacer aparecer como votantes á casi todos los abstenidos. En una palabra: un periódico de carácter y de historia gubernamental, no ha tenido empacho en declarar que no ha habido tales elecciones, en el verdadero sentido de la palabra, sino que los agentes electorales decidieron otorgar tantos votos á los candidatos conservadores, tantos á los liberales, y proclamar, sin lucha de ningún género, á los diputados que parecen designados por unos electores que, sin embargo, se quedaron en sus casas. No

hay para qué insistir solo la gravedad de esa imputación, que encierra, sin duda, alguna exageración; pero que en el fondo traduce un hecho real; á saber: que las elecciones se hicieron, nó en los comicios, sino en las conferencias y entrevistas celebradas entre el Gobierno y los jefes de los partidos.—¿Qué han ganado con eso las fuerzas liberales?—A nuestro juicio, muy poco. Después de todo, ocho diputados autonomistas han sido electos. Sin la reforma electoral y sin pactos previos, los liberales han tenido ya una representación parlamentaria equivalente. No han sido muy generosos, que digamos, los conservadores y el gobierno; pues como recompensa al gran servicio que á la normalidad de la política legal han prestado los autonomistas, volviendo á los comicios, hasta les han arrebatado la Senaduría de Puerto Príncipe que legítimamente les correspondía y que en otras elecciones habían obtenido.

Pero, en fin, bien ó mal, ya se ha resuelto el problema de las elecciones. Ahora que tenemos diputados y senadores, la interrogación que brota de todos los labios es la siguiente: «¿Qué van á hacer en las Cortes los representantes de las provincias cubanas?»—Parece increible que todavía estemos en el caso de formular semejante pregunta. Después de 15 años de vida constitucional y de agitación política, debiera saberse lo que á cada partido conviene solicitar en determinado período. Es cosa sabida que los grandes programas de los partidos no se pueden aplicar íntegramente en una legislatura, por ejemplo. Asi es que generalmente cada lucha electoral se verifica al rededor de una ó dos cuestiones concretas, que son las que á un momento dado preocupan á la opinión, y sobre las cuales se presentan con soluciones definidas, los contendientes. Esta vez no ha habido en Cuba cuestión concreta dominando el tablero electoral, y por eso ahora nos preguntamos todos: «¿qué van á hacer en las Cortes los diputados y senadores por Cuba?»

Un periódico, que se ha dado cuenta de la indeterminación con que va á Madrid la representación antillana, proponía recientemente que en vista de ello, reanudaran su campaña las Corporaciones económicas, y que de esta suerte se diera á los representantes parlamentarios de los dos partidos de la Isla, un programa, ya que no se los habían dado directamente sus electores. La idea fué acogida con agrado, lo que viene á confirmar una vez más la

ausencia de plan con que se han hecho las elecciones. Porque es claro que si los partidos hubieran tenido un pensamiento concreto y de actualidad que desarrollar en las Cortes, no consentirían en que se sustituyese la discusión de ese pensamiento particular y propio, por el de las Corporaciones.

A pesar de esa carencia de programa parlamentario, de esperar es que alguna discusión se inicie respecto á las cuestiones antillanas tan pronto como se reunan las Cortes. Es evidente que los diputados autonomistas no podrán menos de pedir cuenta de su conducta al Ministro de Ultramar, y sobre todo, es claro como el dia que los Sres. Labra y Moya han de reñir seria batalla con el Sr. Maura respecto á la desigualdad irritante, inícua, de que se hizo víctima á la mansa Isla de Puerto Rico al promulgarse la decantada reforma electoral, que en nada ha venido á favorecer á los elementos liberales de las Antillas. Eso dará motivo á debates apasionados.—Pero á no menos vivas discusiones se prestarán los planes que se atribuyen al Ministro de Ultramar respecto á la organización administrativa de Cuba y Puerto Rico. Según lo que se ha dicho por el cable en estos dias, el gobierno se propone suprimir las seis diputaciones provinciales que existen en Cuba, y crear en su lugar una sola. Es decir, que así como la Isla de Puerto Rico constituye una provincia para lo administrativo, se constituirá una provincia única con las seis que tenemos actualmente en Cuba. El Ministro crée que esa reforma será bien acogida, porque asegura que dará grandes atribuciones á la Diputación provincial, que por ser única, será una verdadera Corporación insular, y que de ese modo se habrá dado un gran paso en sentido descentralizador y hasta autonómico, según algunos.

Pero no es posible desconocer que la idea suscitará grandes oposiciones. Cuba no puede constituir racionalmente una sola provincia. No se concibe que sea práctico descentralizar respecto á Madrid, para centralizar excesivamente respecto á la Habana. Bien es verdad que se dice que á la par que la Diputación única, vendrá una verdadera autonomía municipal; pero la objección queda en pié: se hará al ayuntamiento de Baracoa autónomo, y autónomo al de Guantánamo. Pero las cuestiones que surjan entre Guantánamo y Baracoa, ¿por qué ha de ser necesario traerlas á la Habana en primera instancia?..... ¿No sufrirán los pueblos teniendo que someter todos sus asuntos, por vecinos entre sí

que estén, á la capital de la Isla?... Luego habrá que contar con los intereses creados á la sombra de la organización provincial, y que si es legítimo desear que se modifiquen, es un absurdo condenarlos á muerte violenta, sin dar compensación ninguna á los que los sustentan. Es prematuro estenderse en consideraciones sobre esos particulares, porque todavía no se conoce en sus detalles el plan del Ministro; pero de todos modos lo apuntado basta para admitir que será muy controvertido.

JUAN GUALBERTO GOMEZ.

MISCELANEA

EL FERROCARRIL DEL SUR

Hemos recibido la siguiente carta, que publicamos para el mayor esclarecimiento del hecho importante á que se refiere:

Matanzas, Marzo 15 de 1893.

Sr. D. Enrique J. Varona, Director de la REVISTA CUBANA.

Muy Sr. mio:

En el número de Febrero de la REVISTA, he leido el bello artículo que con el título de «El Ferrocarril de Tehuantepec» publica nuestro compatriota el Sr. D. Andrés C. Vázquez, Cónsul de la República Mejicana en la Habana; y como creo que ha padecido un error dicho Sr., paso á señalarlo por si V. creyese oportuno hacer la correspondiente rectificación.

No es el «Ferrocarril de Tehuantepec» el que se ha terminado recientemente en la vecina República, sino el «Ferrocarril del Sur», el cual va desde la ciudad de Méjico á la de Oajaca; habiéndose inaugurado el último tramo construido (de Puebla á Oajaca) en Noviembre último, con asistencia del Presidente Díaz y otras personas notables de ese simpático país. Ya el mismo Sr. Vázquez lo dice en su artículo, aunque incurre antes en la confusión de afirmar que con la terminación de ese ferrocarril se ponen en contacto los Océanos Atlántico y Pacífico. Hay, sí, el proyecto de prolongar la línea férrea del «Sur» hasta Tehuantepec, y de allí á la frontera de Guatemala; pero todavía no se ha realizado.

El «Ferrocarril de Tehuantepec» es, por lo tanto, otro distinto, comenzado á construir en 1882 y aún no concluido; pues según declaró el Presidente de la República en un Mensaje dirigido á las Cámaras en Enero último, el mencionado ferrocarril estará terminado á principios del año venidero, y entonces atravesará el Istmo de su nombre uniendo á Minatitlan, en el Atlántico, con Salina Cruz, en el Pacífico.

Cuando esta obra esté ultimada, reportará verdaderos beneficios al comercio y á los viajeros de Cuba; pues por el «Ferrocarril del Sur,» preconizado por el Sr. Vázquez, habría que hacer un penoso y costoso viaje de 256 kilómetros en caballerías, por caminos descuidados, desde la ciudad de Oajaca al puerto ya citado de Salina Cruz.

Aprovecho esta oportunidad, Sr. Varona, para ofrecerme á usted, etc.

CARLOS M. TRELLES.

LAS RAZAS DE LOS HOMBRES
y su significación para la civilización

(CONTINUA)

II

Estos elementos primitivos de su religión se han trasmitido por herencia y forman todavía gran parte de las religiones modernas.

Al referirme á la religión turana no debo omitir otras ceremonias que constituyen algunas de sus características;—las de los sacrificios de hombres, mujeres y niños sobre las aras de sus dioses, con el fin de atraerse el favor de éstos.

Estos sacrificios humanos fueron en gran parte abolidos por la gran reforma buddhista del siglo VI antes de Cristo y sustituyéndosele con la de animales, así fueron practicados durante muchos siglos por los griegos y romanos, hasta la época cristiana.

La arqueología nos descubre estos rastros de la religión turana en Egipto, India, Europa y en América. Ninguna otra raza ha construido altares ni tumbas capaces de durar por tanto tiempo.

No puedo dejar este asunto sin dedicar algunas palabras á los más brillantes períodos de la raza, bajo las dinastías XI, XII, XVIII y XIX de la Cronología de Manethon.

Mil años habían ya transcurrido desde la construcción de las grandes pirámides por las dinastías IV y V que habían establecido la capital del Egipto en Memphis. El Egipto había sido conquistado por un pueblo venido de la Siria y otro procedente de la Nubia, por un pueblo de la misma raza y que estableció su capital en Thebas, cinco grados de latitud más al sur de Memphis, ó sea rio arriba, y al este del Nilo. Los monumentos de ese pueblo no son *pirámides* sino *Obeliscos*, y en el más antiguo de estos está inscripto el nombre de Osortasen, que según Manethon conquistó en nueve años toda la Asia y penetró hasta la Europa. También encontramos las inscripciones de este Rey en la Nubia, en Waddy-Halfa, cerca de la 2ª catarata del Nilo.

Un gran progreso se había realizado en la Arquitectura y entre las más importantes muestras que esta dinastía nos ha dejado, están las tumbas de Beni-Hassan en las cuales encontramos los primeros elementos de la Columna Dórica, hecha dos mil años antes de que apareciera en la Grecia. La parte más antigua del famoso palacio de Karnak era también obra de esta dinastía.

Transcurrieron otros 700 años. Empezó su reinado en Thebas la dinastía XVIII, durante la cual y asímismo durante la sucesiva XIX, Thebas llegó á ser la capital más brillante del mundo, y los restos de su Arquitectura los más interesantes que conocemos.

Entre estos vestigios tenemos como más importantes los del templo de Rhameses, de 570 piés de largo, teniendo las otras dimenciones en proporción; el de Medinet-Habou, de 520 piés; el de Luxor, de 820 y los del gran Templo-Palacio de Karnak de 1200 piés y muchos otros. Aunque el templo de Rhameses es reputado como una maravilla del arte arquitectónico, se considera, sin embargo, el de Karnak, aún por los arquitectos modernos, como el más grandioso producto del arte de todas las edades; sin exceptuar el Partenón de Atenas. Su gran salón tenía 329 piés ingleses de largo por 179 de ancho y 80 de altura hasta su cielo, que era soportado por 134 columnas, doce de las cuales situadas en la nave central, eran de 66 piés de altura por 12 de diámetro ó sea del tamaño de la columna de Vendome en París.

Los reyes thebanos no construyeron Pirámides para su sepultura, pero cada uno de ellos, desde principios de su reinado, emprendió la escavación de su tumba en el interior de las montañas

de roca viva cuyas cadenas se extendían paralelas al Nilo; por el lado del oeste. Muchas de estas tumbas son casi tan maravillosas por sus tamaños, esculturas y pinturas como las pirámides de los Reyes más antiguos. Estas tumbas tienen varios departamentos y algunas parecen haber servido para Templos; pero ya había empezado la costumbre de construir templos, en la ciudad, separados de sus sepulturas, algunas en conexión con los palacios y enfrente de estos templos erigían Obeliscos con inscripciones dedicatorias ó históricas, siendo monolitos de granito rojo tomados de las alcantarillas de Siena y algunos de ellos de más de cien piés de altura y doscientas toneladas de peso. Varios de estos monolitos ó obeliscos han sido trasportados á las modernas capitales de Roma, París, Londres y New-York, y su conducción y erección ha traido dificultades á los más ilustrados y prácticos ingenieros, auxiliados por los aparatos más perfeccionados de la industria moderna. Al aumentarse la ciudad de Thebas se estendió á ambos lados del Nilo y en su mejor época cubrió dos leguas de largo por una de ancho.

El lado del este contenía la mayor parte de su población; la del oeste era ocupada por sus templos y palacios en anchas avenidas, adornadas á ambos lados con esfinces colosales y las lomas al fondo, además de las tumbas de sus reyes, eran ocupadas en una estensión de dos leguas y hasta cien metros de altura por sepulcros excavados en la masa de la roca. Sin embargo, el gran Templo-Palacio de Karnak se halla al lado este del Nilo.

Esta raza no se distinguió en literatura porque no conocían alfabeto. Representó sus ideas en dibujos y en signos que significaban ideas distintas y que grababan sobre sus monumentos y las paredes de sus sepulcros. Los egiptologistas modernos los descifran con seguridad y así aclaran y corrijen las historias de otras razas posteriores.

Ninguna otra raza nos ha dejado arquitectura tan bien conservada, porque ninguna ha empleado tanto la piedra en sus construcciones, ni ha demostrado tanta habilidad en tallarla y colocarla en formas duraderas; ni ha sabido comunicarla mejor el sello de sus ideas. Allá está hoy para nuestra contemplación y ¿quién puede, en verdad, contemplar esta arquitectura de Memphis y de Thebas sin sentir la convicción de que en ella encarna la historia más auténtica de aquella civilización?

Tenía claro concepto de una vida futura y sus tumbas tenían por objeto conservar los cuerpos de sus sagrados personajes hasta su resurrección en la carne, cuando su alma volviera á ocuparla.

Como sus Dioses habían ganado el apoteósis por grandes hechos de fuerza brutal los representaban en sus esculturas, pinturas é inscripciones, con atributos sobrehumanos: poníanles cuerpos colosales en conexión con los templos y monumentos gigantescos, sobre los cuales inscribían las relaciones fabulosas de sus hazañas militares y de los tributos ó botines de guerra arrancados á sus víctimas.

La fuerza brutal era, en efecto, su Dios; y también la simbolizaron en forma de buey (apis) y de esfinges con caras humanas y cuerpos de leones.

Este simbolismo lo encontramos como herencia en la antigua arquitectura de la Asiria, donde las puertas de los palacios de sus reyes son guardados por monstruos con cabezas humanas, cuerpos de toros y alas de aguila.

La base filosófica de estas arquitecturas era que el hombre puede erigirse en un Dios por grandes hechos de poder, así que sus grandes hombres eran todos ó Dioses ó hijos de Dioses.

Esta religión de la fuerza no toleraba rivales procedentes del raciocinio y como siempre sucede cuando la fuerza brutal domina sobre la intelectual, ésta manifiesta aparente conformidad para escapar la persecución; pero aumenta su actividad sigilosa y pone más y más en descubierta las ridículas pretenciones de su opresor. Así, nuevas filosofías brotaban en aquella época en la India y en el Asia. La literatura sanscrita nos instruye de estas evoluciones y nos esplica la religión de Brahma.

En las Vedas la meditación, piedad y sabiduría son los atributos de sus Dioses. Nuevas razas ya disputaron con la turana la filosofía del mundo, y Zoroostro en el Asia también proclamó la religión de la Luz. Las sagradas escrituras de ésta las tenemos en la Zend-Avesta, que Zoroostro recibió de los cielos. En estos tenemos el concepto de un Dios invisible, sin forma material, creador, gobernador, conservador y último juez del Universo, que Zoroostro llamó *Ormuzd*, hijo de la Luz; cuyo ojo era el Sol y de quien viene todo lo que es bueno en el mundo. Opuesto á su influencia está *Ahrimanes*, el espíritu de todo lo que es malo y disputa con Ormuzd el gobierno del mundo. El culto de Zoroos-

tro era el del Sol y del Fuego, á los cuales erigía altares, sobre los que mantenía siempre vivo el fuego sagrado.

Hoy dia subsiste una secta de esta religión, los Parsies, que son los habitantes más ricos y respetados de Bombay, en la India.

La Raza Arya

Ambas literaturas, la Sanscrita y la Zend-Avesta nos instruyen de otra raza diferente de la turariana y cuya cuna se ha supuesto en el valle superior de los rios Oxus y Jaxartes, que se estendía en los llanos de Tibet, en el territorio situado entre la cardena de los Himalias y Hindou-Koush, el país que hoy constituye Afganistau y Turkestan y en el noroeste de Hindostan en el valle del rio Indus que en aquellas épocas se llamó Arya-Varta.

En el Sanscrito los Institutos de Menn nos proporcionan estos datos respecto de la raza cuyos descendientes más ó menos adulterados con la sangre de otras razas, ocupan hoy toda la Europa y cuyos elementos menos adulterados se designen la raza Caucásica y sus variedades, los Persas, Griegos, Latinos, Celtas y Teutones.

Una rama de la raza Arya tomó rumbo al sur-este, penetró en la India donde adquirió gran dominio sobre la raza turana, y en un tiempo ocupaba la mayor parte de aquel país; pero en el trascurso de los siglos ha sido absorvida y asimilada por la raza turana, tanto que hoy dia en la India queda poco más que sus instituciones municipales que la hayan sobrevivido.

Hasta el último cuarto de siglo é inspirado por el estudio de la filología, se ha creido que la cuna de la raza Arya fué en el Asia central y que de allá emigró, penetrando en la India y en Europa; pero recientemente el progreso de la paleontología y arqueología agregadas á la filología ha descubierto sus vestigios en la Europa occidental, desde períodos muy remotos y deja dudas sobre si las emigraciones tuvieron dirección hacia el oeste ó vice versa, ó sea desde el oeste hacia el este pues los vestigios de diferentes ramas de esta raza se extienden en ancha cinta desde el atlántico hasta el océano índico; así que la raza es con frecuencia designada la indo-europea.

En la Arabia, al sur de la raza Arya, la filología nos hace conocer otra raza completamente distinta de las anteriores por su idioma y su literatura, como es la arya de la turana.

Esta raza, la semítica, se divide por la filología en tres ramas principales: una, la del norte, los Armenianos; otra los Hebreos y Feneciano y la tercera, los Arabes.

Pero las mutuas relaciones entre sus idiomas son muy íntimas en construcción é inflexión.

La raza Arya en sus movimientos de expansión hacia el oeste y sur, tropezó primero con una tribu turana: los Médos, que habitaban el valle inferior del rio Eufrates, y luego con otras tribus nomadas de la raza semítica, que con sus ganados rodaban en busca de los pastos abundantes de la Chaldea. Una de estas tribus semíticas, peregrinando hacia el oeste, atravesó el desierto de Siria y se estableció en el valle del rio Jordán donde recibió el nombre de Hebreos, significando gentes que han venido desde el otro lado del rio.

Su patriarca era Abraham cuyo nieto, Jacob, recibió el sobrenombre de Israel.

La Biblia nos relata sus guerras con los Mohabitas, los Ammonitas y filisteos por la posesión del país; su subsecuente emigración á Egipto y de su retorno después de doscientos años de permanencia en aquel país, donde había adquirido costumbres anti-patriarcales; los esfuerzos de Moisés para inculcarles un nuevo sistema de moralidad escrito en las tablas de la ley, que el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob le había entregado según él decía, dejándose ver y oir en la cima del monte Sinaí. También nos cuenta que la fuerza de las costumbres ó los hábitos pudo más que el admirable código de Moisés y que forzó á sus jefes á darles un Rey Saul, cuyo sucesor David, reconquistó la colina de Sion y allí estableció su capital, que llamó Jerusalem.

En la Biblia pueden seguir, los que deseen, la historia de este pueblo que ha tenido tanta influencia en la formación de nuestra religión y muy especialmente en las obras del gran historiador francés Ernesto Renán, en sus obras tituladas *Los Orígenes de la Cristiandad* y en su última obra *Histoire du Peuple D'Israel.*

En los Imperios de Chaldea y Asiria, cuyas capitales fueron Babilonia y la Ninive, se estableció la raza Arya y la Biblia, Herodoto y Ctesias nos proporcionan la historia de sus luchas con

la raza semítica de la Palestina. Después de la historia, algo fantástica, de la Torre de Babel y de la confusión de leguas por Dios para que no concertarán otras empresas osadas, Nimrod emigró y fundó la capital del nuevo Imperio y de Asiria, Nínive.

Josefas nos dice que la Asiria ejercía gran dominio sobre el Asia en tiempo de Abrahan y la Biblia (2º Reyes XV-19) nos habla de un Rey de Asiria que se mezcló en las luchas intestinas de las tribus de Israel y de Judá; pues era costumbre de estos, cuando uno era vencido por otro, solicitar la protección de los Reyes de Asiria. Así la Biblia nos cuenta que Chaz, Rey de Judea, compró ésta protección á costa de los utensilios sagrados de su Templo y de los ornatos de su Palacio. En cumplimiento de esta obligación Tiglato Pileser hizo la guerra contra los Reyes de la Siria y de Israel y su sucesor Shalmanaza, completó la conquista de Israel y la destrucción de su capital. (721 ante Cristo)

En estos relatos vemos el predominio que ya iba tomando la raza Arya sobre la raza Semítica. Era lo mismo que ejercía sobre la otra raza; pero los celos que excitaba su división en dos imperios, el de Chaldea y el de Asiria, y sus mutuas recriminaciones unidas á la insurrección ó revolución de los Medos, lograron destruir el creciente poder de la Asiria; Babilonia la sustituyó en su poder dominante, y ésta cedió después este puesto á la Persia.

No me propongo seguir la historia literaria ni la filología de las dos razas referidas, sino dirigir la atención á aquella historia más auténtica, la arqueología, para asignar á cada una la legítima importancia de la arquitectura de que nos ha dejado los cimientos, para compararlos con la historia literaria y filológica y después tendremos abundantes oportunidades para trazar los elementos que han contribuido á nuestra civilización moderna.

Estos restos arquitectónicos, durante el trascurso de tantos siglos, se han hundido en el seno de nuestra madre la tierra, que los ha abrigado y conservado con las capas de sus vestidos: los polvos que el tiempo ha acumulado encima, y ahora, á instancia de la Arqueología, nos abre su seno para enseñarnos su historia primítiva á nosotros sus hijos.

En 1843 M. Paul Emile Botta, Cónsul francés á Mozul, y en 1845 Mr. Austin Henry Layard, un inglés, empezaron las escavaciones en el sitio donde se hallaba Ninive y sus cercanías, Nimroud, Korsabad y Koyunjik; y Henry Creswick Rawlinson, en-

tonces cónsul inglés en Bagdad y en 1851 Embajador inglés en la Persia, nos relata en su gran obra titulada *Outlines of the History of Assyria as callected from inscriptions on the Ruins of Nineva.*

Subsecuentes escavaciones notablemente las del Sr. Place, costeadas por los fondos para esploraciones del Museo Británico y otras, han arrojado muchas más luces sobre las historias de las razas Arya y Semítica en la Persia y la Syria que todas las historias literarias que poseemos; y las escavaciones más recientes de Schlieman en el sitio de Mycena, la antigua capital en Grecia de la raza turaniana, las Palasgos, nos han dado nuevas luces sobre los orígenes de la brillantísima civilización griega que la mezcla de las tres razas ha producido después en Atenas.

El primer dato que fijan estas arquitecturas sobre nosotros es que todos sus elementos más duraderos han sido aportados por la raza turana. El empleo de piedra y las esculturas é inscripciones sobre ellas, nos dan la misma historia de alarde de fuerza brutal, de guerras, de conquista, el pago de tributos, el botín de guerra y el mismo simbolismo de la fuerza brutal en monstruos con cabezas de hombres, cuerpos de toros y alas de aguilas.

Ni la religión de la virtud y meditación de la rama hindu, ni el concepto grande y humanitario de Zoroastro, habían logrado posesionarse de las costumbres, sino solo existía como lejano esperanza de la humanidad en la mente de los pensadores.

Los elementos Aryas y Semíticos de arquitectura eran principalmente adobe y madera surtiendo sus efectos sus adornos de escultura y de bronce dorado que han perecido con el tiempo, dejando solo los elementos turanos, modificados en sus formas por las ideas Aryas y Semíticas.

Para brevedad diré que está perfectamente reconocido que los dos Palacios principales que han sido descubiertos en Nineve y vecindad son, el de Korsobad, del Rey Sargon (Biblia Isaia XX) y el otro en Koyunjik, de su hijo Sennacherib (2º Reyes XVIII-13)

Estos palacios estaban fabricados encima de enormes plataformas artificiales levantadas como de diez metros de altura, sus frentes ó caras revestidas de piedras labradas y las subidas á ellas por anchas é imponentes graderías de piedra.

Las paredes de estos dos palacios se construyeron con adobe de cinco varas de grueso reforzadas con alabastro esculpido, en trozos de 8 ó 10 piés de altura por 3 á 4 de ancho y 1½ de grueso.

Arriba de estas partes de alabastro las paredes eran de mezcla pintada en unas partes y en otras cubiertos con losas esmaltadas en brillantes colores y diseños, y también se empleó un lujo de adornos de bronce dorados.

La fachada del palacio de Saigon tenía 300 metros de largo con tres portales, cuyos lados defendidos por toros de siete varas de altura con cabezas humanas y alas de aguila y á cada lado exterior de estos, otro de cinco varas de altura.

Los departamentos interiores de estos palacios eran revestidos de mármol blanco en tablas esculpidas, por espacio de muchas millas y conteniendo las historias de las campañas militares de sus dueños, las batallas, sitios y triunfos; con profusa riqueza de adornos de metal dorado.

El palacio de Sennacherib en Koyunjik, que era el gran Palacio metropolitano de Ninive, tenía mayor estensión y lujo que el de su padre, que estaba en una población vecina.

La loma ó plataforma artificial que le sirvió de base, tiene media legua de circunferencia y diez varas de altura, en sí misma una obra colosal, y el palacio era construido en forma cuadrangular de doscientas varas inglesas de cada lado.

Su fachada principal era de más magnificencia que la del palacio de Korsabad y fué adornada con diez toros alados de mayores tamaños, y esculturas lujosas cubrieron más de cien metros de estensión sobre el centro. Otros palacios, como el de Esarhaddan en Nimroud, han sido esplorado pero creo haber escrito lo suficiente para revelar el carácter y enseñanza de la arquitectura de la Asiria de aquel tiempo y hacer ver á mis lectores que tenía la estampa inequívoca de una edad bárbara, cuya filosofía ó religión era un culto de la fuerza brutal, en el cual ningún elemento de virtud, humildad, justicia ó derecho individual se destaca.

La idea de la justicia ó de equidad no había nacido todavía. Estos palacios eran monumentos del orgullo bárbaro de monarcas sensuales, amontonando en ellos sus riquezas, procedentes del botín de sus guerras y del sudor ensangrentado de las masas desgraciadas que explotaron. Aunque eran fabricaciones de la raza Aryana, su parentezco con las de la raza turana se descubre á primera vista, además encontramos empleados en ellas elementos que han sido atribuidos equivocadamente á la invención de los romanos. El arco semicircular y radiante que en Europa se ha

empleado por primera vez en la Cloaca-máxima, de Roma, construida por Tarquino 600 años ante Cristo, se encuentra empleado en los portales de estos palacios de Korsabad y Koyunjik y en la cloaca por debajo de la esquina S. E. del de Nimroud.

Hemos señalado el hecho de que en los palacios asirios las columnas y techos eran de madera y han perecido: aun en la Persia, que heredó aquel Imperio, no encontramos columnas de piedra en ningún edificio construido anteriormente á la invasión y conquista del Egipto por Cambyses, hijo de Cyrus I en el siglo VI antes de Cristo.

Cambyses completó su conquista de Egipto, pero pereció en su invasión de la Nubia y no volvió á la Persia, de modo que no encontramos columnas de piedra en su Palacio en Passargardao. Cuando su sucesor, Darío, reorganizó el Imperio y construyó su Palacio en Persépolis, todas las columnas eran de piedra, cuya superioridad habían aprendido los que volvían de Egipto y en el palacio de Jerjes, hijo de Darío, se emplearon columnas de piedras muy labradas parecidas á las de Egipto, pero con capiteles de formas copiadas de las columnas de madera antes empleadas en la Persia.

El palacio de Jerjes en Persépolis era una maravilla de esplendor asiático que ha llenado el mundo con su fama y las esploraciones de la arqueología moderna han demostrado que merecía su renombre.

En tamaño es todavía el único que ha sobrepuesto al gran Templo-Palacio de Karnak de Thebas.

Arquitectura Semítica

La raza semítica no ha construido ningún edificio que haya quedado para la investigación de los arqueólogos.

Los materiales que emplearon fueron de adobe y madera, de los cuales el tiempo no nos ha dejado vestigios. (1)

El primer tabernáculo de los Hebreos cuyo plano fué revelado

(1) Las ruinas de Palmira y Baelbee son de construcciones romanas después de la conquista.

á Moisés en el desierto del Monte Sinaí, era poco más que una gran tienda de campaña, dividida en departamentos por cortinas, y aún en la época espléndida de Salomón, su templo se fabricó de cedro traido de los montes de Líbano, sobre el mismo plano del Tabernáculo, siendo dobles sus dimensiones y si bien admitía la luz en el altar por de sus lados, casi toda la claridad entraba por la fachada del Este, regulándose por una gran cortina suspendida de las capiteles de dos columnas de bronce, una á cada lado, que se llamaron Boaz y Jarquin, la primera significando *fuerza* y la segunda, *establecer* y su interpretación es la siguiente: «En *Fuerza* establezco este mi Templo» probando otra vez que la fuerza aún era un elemento principal en la religión tanto de los hebreos, como de las otras razas, y la Biblia nos instruye de que era el medio que más emplearon para propagar su fe.

La arqueología también nos ha enseñado que los antiguos habitantes de Grecia, los Palasgos y de Italia, los Etruscos eran de la raza turana; pues nos han dejado muchos de sus templos y muy particularmente sus tumbas arquitectónicas, lo que no ha hecho ninguna otra raza. Se supone que la época culminante del poder de los Pelasgos fué el de su guerra con Troya y su mezcla subsecuente con las razas Arya y Semítica produjo la sorprendente civilización de las repúblicas griegas en la época de Pericles.

Aquellos de mis lectores que conocen la Iliada de Homero en que se nos refieren las peripecias de aquella guerra y sitio de Troya, no habrán dejado de notar que la religión de aquel poema es eminentemente turano y los túmulos que vemos todavía en aquel país abonan el mismo concepto.

La Tesorería de Atreo en la antigua capital palágica de Esparta, recientemente desenterrado por Schliemann, además de ofrecer la forma de una tumba, no manifiesta en su construcción ningún elemento aryano y el primer templo Dórico que se ha fabricado en la Grecia—el de Corinto, erigido en el período de Cypselso el Tirano de Corinto (650 A. C.) aunque la madre de éste era aryana, exhibe en su construcción mucho más de la ruda solidez egipcia que de la elegante grandeza asiática. Sus columnas eran de menos de cuatro diámetros de altura y su arquitrabe muy robusto, el todo dando una expresión de exceso de solidez.

Los templos de Egina, Teso, Júpiter, Partenón y Delos que

respectivamente sucedieron en este orden, manifiestan en orden progresivo la influencia de la columna aryana de madera imponiendo á las de piedra una creciente proporción de altura comparada con su diámetro, lo cual empieza á verse en la colonia griega en Ionia.

Por todo eso se vé que su carácter turano es más marcado y no cabe duda de que las columnas doricas de Corinto eran copias de las de la tumba de Beni-Hassen en Egipto, aunque también las encontramos en el templo de Karnak y en varios otros edificios en Egipto. En fin la filología prueba que el idioma griego y su cultura intelectual eran característicamente aryana; aunque la arqueología demuestra que su arquitectura y religión eran indudablemente evoluciones de raices turanas.

Hemos fijado el carácter fundamental de aquella religión que motivó las formas y materiales duraderos de sus tumbas de las primeras dinastías de esta raza en las pirámides y aunque las dinastías de los dos mil años subsecuentes en Thebas (1500 A. C.) nos han dejado templos y palacios separados de sus tumbas, éstas retenían mucho de los más antiguos caracteres de solidaridad y duración junto con otros encaminadas á aumentar el efecto imponente sobre el que los contempla. Como base para la erección del templo de Mamnón en Thebas encontramos una enorme loma plataforma artificial como las que hemos visto empleadas en los palacios asirios y persas.

Está en Thebas, siendo 500 años más antigua que aquellas y nos esplica que aquellas no han originado en la arquitectura asiria, sino, fueron copiadas del turano y el mismo sistema de plataformas artificiales encontramos en algunas de las pirámides de Moero en la Nubia.

El objeto aparente de este sistema ha sido el de aumentar la expresión de grandeza, no solo haciendo el edificio más visible, sino también más imponente por las graderías de su subida.

Esta misma característica es la predominante en las famosas ruinas en Yucatán y América Central.

La raza Arya ó sea aryana en la Asiria y Persia, no fabricó tumbas ni templos; sino palacios y en todos estos, copiaron de la turana estos efectos grandiosos de elevaciones y graderías colosales. Estos elementos tan distintivos de la raza turana nos permiten identificar su arquitectura en paises tan sepados como son el Egipto, la

Nubia, la India y la América Central, Méjico y Perú. Todos estos paises están marcados con sus túmulos y aunque no encontramos estos en la Persia ni en la Syria, hemos visto las lomas artificiales y las graderías empleadas en todos sus palacios y hasta en Jerusalem, Salomón niveló la cima de Monte Moria para erigir su templo en ella y la Biblia relata que «cuando la Reina de Saba vió la gran escalinata por la cual Salomón ascendía á la casa de Dios, se impresionó fuertemente su espíritu.»

Como ya hemos dicho, este sistema de fabricar es precisamente el que encontramos en la América Central y en Yucatán donde las grandes lomas artificiales terraplenadas y revetadas con piedras talladas y las imponentes graderías ó escalinatas por las cuales ascendemos á ellas representan con exactitud la misma arquitectura y esta semejanza se estiende hasta tener las mismas alturas de estas plataformas y aun no terminan en estas semejanzas, pues he sido muy impresionado al reconocer en los adornos escultados sobre las paredes exteriores de la «casa de las Tortugas» en Uxmal, estendido todo alrededor, el mismo adorno de semi-caña que encontramos sobre las paredes exteriores del palacio de Wuswus en Wurka en la Chaldea y ocupando la misma posición relativa en las paredes.

En estas ruinas americanas también encontramos los Teocali ó altares sacrificialos de la raza turana, con significativos vestigios de los sacrificios humanos.

Añádase á estas semejanzas el mismo afán de cubrir casi en su totalidad el frente de sus paredes exteriores con esculturas muy parecidas á las que cubren los palacios de esta raza en la India, las gigantescas obras hidráulicas y túneles comunes á esta raza en Egipto, en la India y en el Perú y el sistema de escritura pictórica por dibujo, común á los mejicanos y los egipcios, y tenemos un cuadro de semejanzas que impresionan vivamente y dan materiales para largas y profundas conjeturas. (1) Queda demostrado que su religión ha determinado los principales caracteres de su arquitectura y estos caracteres han influido mucho por herencia sobre la de las otras razas. La aryana y semítica alcanzaron el concepto de un Dios que habitaba en los cielos; pero como

(1) El fanatismo religioso del siglo XVI ha defraudado el mundo de las riquezas históricas de esta literatura quemándola en las plazas públicas de Méjico.

sucede con todas las religiones, las concepciones influyó muy pausadamente sobre las costumbres de las masas del pueblo ó de sus Reyes, entregados al dominio de hábitos arraigadas y durante muchos siglos esclavizaron al pueblo y fueron aprovechados por el egoismo de los reyes. Así la religión de la fuerza de la raza turana subsistía prácticamente con la aryana y la Biblia nos cuenta que también era en la semítica la medida de la justicia; y cuando la reforma de Moisés al fin triunfó en las tribus, fué por estar impuesta por la fuerza militar de David y Josué.

Pero la raza semítica ha merecido la gratitud de la humanidad por un servicio que ha resultado ser el medio civilizador de la misma: la ha enseñado á hacer el comercio y éste ha salido del círculo de los bienes materiales hasta abarcar el cange de ideas y simpatías, que ha encausado dentro de un fondo común. La rama feniciana de esta raza, que habitaba la costa este del Mediterráneo, fué la primera que construyó buques de remos y de vela en los que emprendió viajes á diferentes puntos de las costas de este mar donde llevó artículos que compró de sus vecinos del interior de su país y este tráfico creció hasta estenderse por caravanas de camellos en la Arabia en busca de especies y perfumes; á la Asiria para tejidos de algodón, hilo y seda; á la Caucasia, para cobre y esclavos; á la Grecia, para tinturas, á el Africa para cereales, á la España, para plata y á la Bretaña en busca de estaño.

En todos estos paises estableció colonias comerciales, que eran las primeras escuelas de civilización en el oeste de Europa y esta raza situada á la orilla del mar entre las grandes naciones, fueron los comisionistas del mundo. Además, necesitando el comercio la escritura, inventaron el alfabeto que adoptaron todas las naciones con quienes comerciaron.

De su colonia en la costa sur del Mediterráneo ó sea norte del Africa, brotó la poderosa nación comercial, Cartago, que llegó á ser la más rica del mundo, riqueza que perdió en sus terribles luchas con la República romana:—las tres guerras púnicas—que terminaron con la conquista y ruina de Cartago.

La grandiosa institución del comercio demostró á la humanidad que los intereses materiales de todos están muy íntimamente ligados, y que las simpatías mutuas son inseparables de estos intereses y que, estos son, por consiguiente, las influencias que civilizan al mundo.

Así se vé que cada una de estas razas ha contribuido con elementos que son todavía característicos en nuestro presente estado de civilización; unos elementos que se debilitan y otros que se robustecen según la inteligencia va descubriendo su buena ó mala influencia sobre el bienestar y felicidad de las gentes y cada una con las imperfecciones primitivas, aún ha aportado elementos que han servido mejor de lo que podía haber previsto; pues en aquellos tiempos la inteligencia humana no descubrió todas las consecuencias que hemos realizados, de sus ideas.

Analizando estos varios elementos en sus influencias sobre las sociedades modernas, reconocemos en el despotismo militar y las religiones intolerantes impuestas por la fuerza militar que tanto han explotado los hombres y que todavía tienen vida, son vestigios de la raza turana, aunque este despotismo hoy día está algo suavizado con formas burocráticas. Los sistemas municipales de los cuales ha brotado el creciente espíritu de gobierno local, en formas parlamentarias con poderes bien definidos en constituciones escritas, otorgadas por los gobernados, son elementos traidos por la raza aryana, y aún en la India donde las llevó esta raza, subsisten todavía estas autonomías municipales aunque los demás vestigios han desaparecido de aquel país y presentan una anomalía en los gobiernos turanos.

La confluencia de las tres razas en la Grecia produjo una nueva y brillantísima civilización intelectual y artística, en que el culto de la fuerza brutal descubrió peligos para su dominio, peligros que veía aumentar con el trascurso del tiempo en proporción con la creciente cultura intelectual aportada por la raza aryana y del culto de Ihova, Dios de los cielos de la raza semítica Estos dos cultos en aquella nueva sociedad, luchaban con el elemento turano, el culto de la fuerza. Las tres razas se habían confundido en una nueva raza griega en la cual los tres elementos disputaban el dominio, y cada una triunfó de diferentes maneras; la aryana en la política, estableciendo su organización municipal que trajo la república de la edad de Pericles, y la turana en la religión de sacrificios carnales que sobrepuso al Dios celestial de la semítica, que servía sinembargo, de levadura fermentando la evolución en la nueva sociedad de las ideas de la moral mosáica.

Hemos visto que al período más lejano á que las ciencias mo-

dernas aclarando las historias y tradiciones literarias han podido penetrar en el oscurantismo, inmensos períodos de tiempo ya habían trascurrido y los hombres habían desarrollado bajo varias influencias distintos tipos ó razas que designamos primitivas por ser las primeras que conocemos en la historia. Sin embargo, la Edad de Piedra había desaparecido en el lejano pasado, la Edad de Bronce también era ya vieja y la Edad de Hierro estaba en plena posesión del mundo.

La movilidad general que es inherente á la naturaleza impulsó dichas razas á movimientos emigratorios que determinaron contactos, conflictos y confluencias en nuevas comunidades, en las cuales estaban confundidos los tres tipos de ideas características que han continuado hasta nuestra época, luchando para el gobierno de los hombres.

La historia literaria de los movimientos emigratorios, los conflictos y confluencias de razas en estos lejanos siglos, es muy parca y deja muchos paises incógnitos, cuyos huecos la filología y la arqueología van poco á poco llenando; pero la íntima historia del norte de Europa y de Asia de aquellos siglos es todavía casi desconocida, y sin embargo, tenemos sobra de pruebas de que fueron paises colmados de pobladores como el imperio romano ha aprendido en fuertes lecciones después.

Sabemos que las razas Liguria, Céltica (Belga) y Umbría-latina del período neolítico, emigraron hacia el sur, desde estos paises, la primera, la que Broca considera la verdadera céltica (juicio que es muy debatido) fué marcadamente brachi-cefálica, la que proclama la raza turana; la segunda brachi-cefálica también y la tercera casi orto-cefálica, proclamándola producto de la confluencia de dos razas, pero su mayor estatura y su tipo acentuadamente rubio la separá mucho de la liguria, aunque los etinologistas modernos la consideran de raza céltica, como también los galos que en el período subsecuente descendieron del noroeste y se establecieron en Francia. Fué también de tipo rubio y de alta estatura. Con toda probabilidad el norte de Europa y de Asia tuvo una población exuberante, con flujo y reflujo de migraciones en las cuales la invasión del Asia menor en el siglo VII ante Cristo, donde capturaron á Sardes, capital de Lidia.

La etnología y particularmente la craneología nos enseña que estas exuberantes poblaciones fueron de distintas razas aunque

más ó menos mezcladas, pero la filología las proclaman diferentes ramas de la raza ariana. El ramo céltico, según Bacmeister, se estendió en ancha cinta del oeste á este, desde el atlántico hasta penetrar en la India y Asia, mezclado en muchas partes con otras razas de la lengua ariana. Este se divide en nueve ramas principales—el Indiano, Iranio, Helénico, Lituanio, Slavo, Armenio, Céltico, Teutónico é Itálico—representando diferentes familias de esta lengua ariana ó sea la Indo-europea; exhibiendo todos parentescos indudables, aunque algunas más marcadas que otras, se agrupan en Indo-Irania y en Celto-Itálico.

Fijados estos datos antecedentes, vamos á seguir en breve bosquejo, el flujo y reflujo de las emigraciones y la formación progresiva de las sociedades modernas.

La contemplación de la historia natural de la humanidad nos descubre que pasa por grados sucesivos del estado de la vida salvaje, nómada ó pastoril, agrícola y al fin acentuadamente industrial. En sus primitivos estados, salvaje y pastoril, fué excesivamente móvil ó emigratoria, gravitando donde quiera que la inclinaban sus caprichos ó la codicia de los bienes de sus vecinos. Durante los millares de siglos del período paleolítico, los hombres no se habían levantado de su estado salvaje, pero hacia la última parte del período neolítico, apareció en el sur de Alemania la Suiza y Lombardía, la raza Umbría-latina con apariencias de la vida pastoril, y no lejos de esta época aparecieron los Celtas, (Cimri) en los paises que después fueron la Bélgica y Bretaña.

La Biblia nos describe de un modo interesantísimo la vida nómada y pastoril de la raza semítica en la Caldea y en la Palestina; las Rig-Vedas ó Sagrados cantos de la raza ariana, pintan la vida pastoril de ésta en el valle del rio Oxus y de sus emigraciones hacia el sur y vida á las orillas del rio Indus en la Hindostan.—La Aria-Varta.

Al multiplicarse el número de los pobladores, se aumentan las emigraciones en la lucha para la ocupación de los buenos pastos para el ganado. Los terrenos en los valles enriquecidos por las acumulaciones del limo orgánico de infinitos siglos, invitaron fuertemente á la agricultura y particularmente en el valle del Nilo, poblado por la enérgica raza turana, fué donde éste progreso tomó acentuado desarrollo y en este valle y en el de los rios Tigris y Eufrates vinieron á estar los jardines agrícolas del mun-

do; sus poblaciones vinieron á ser más fijas y Menfis, Thebas y Babilonia sus capitales; fueron de brillante civilización. Pero estas civilizaciones no fueron como las de hoy dia basada en comunidad de intereses internacionales desarrollado por canges comerciales. Fué en parte fomentado por la prosperidad agrícola aunque principalmente por el botín de guerra arrebatado á naciones vecinas.

Hemos visto una rama de la raza turana, invadiendo la Lombardía desde el norte, destruyendo los pueblos Umbro-latinos y rechazándoles al sur del rio Tiber que en su turno empujó más al sur la raza ibérica y fundó la Latium; mientras los Etruscos tomaron posesión de Lombardía y toda Italia al norte del Tiber hasta los apenines.

Los Umbrio-latinos, despojados de su territorio y sus bienes por los Etruscos y arrinconados entre dos razas agenas, la ibérica del sur y la turana al norte, éstas separada solo por el rio y ambos en territorios nuevos para ellos, estuvieron por causa de esas recientes violencias, en estado crónico de celos y represalias que no favorecían las tareas de las artes de la paz. La historia nos representa los latinos organizándose como bandidos en las orillas del Tiber, y después en el siglo VIII, antes de Cristo, el reino tarquinio y la ciudad capital de Roma fueron fundidos por la unión de Latinos, Sabinos y Etruscos sobre la colina palatina.

La dinastía de los Tarquinos fué etrusca de la raza turana y los elementos arquitectónicos y hidráulicos de esta raza son muy visibles hoy dia en la cloaca máxima construido por Tarquino I en el VII siglo antes de Cristo y en la forma circular de todas las ruinas de los antiguos anfiteatros romanos y notablemente en el Panteón de Roma, todavía en perfecto estado de conservación y marcadamente etrusco en su estilo circular abierto al cielo como son también etruscos en estilo todos los templos circulares de la antigua Roma y sus altares de sacrificios. Sus templos menores en Roma tienen peristiles agregados por los romanos. Llegó Roma en su turanismo hasta que sus Emperadores también reclamaban los honores de Dioses.

Así aún en su primera composición, el reino romano fué una mezcla de razas, ariana y turana, con esta última, contribuyendo la parte más influyente en tendencias imperiales absolutistas y la parte ariana con las tendencias municipales tan características de

su desarrollo en la India, pero fueron dominados por el elemento contrario.

En esta época tuvo lugar el movimiento emigratorio de los galos desde el noroeste de Europa hacia el oeste y sur, estableciéndose en la Francia como raza dominante y bajo el mando de Brenno, en el siglo IV antes de Cristo, invadió la Italia y llegó á las puertas de Roma que se salvó con fuertes tributos; pero los gaulos se establecieron en la Lombardía que vino á ser la Galia cisalpina.

Los Gaulos fueron de raza céltica y César nos habla de tres tribus gálicas en Francia *Commentario de Bello Gallico* que Diodoro llama Celtas y los Belgaes de César llama Diodoro *Cimri.*

La caida del reino de los Tarquinos en el siglo V dió más influencia á los latinos en el establecimiento de la república. La primera elección libre tuvo lugar en el año 470 antes de Cristo, pero desde luego, empezaron las intrigas y guerras de razas en que la latina predominó en formar la república pero al costo de complacer el elemento bélico con empresas militares y en las que las legiones romanas aprendieron el arte de la guerra que después practicaron como profesión lucrativa por motivo del botín que arrancaron de todos los paises á su rededor, creyéndose destinada á la conquista del mundo entero.

El espectáculo trágico con que Roma contribuyó á la historia de la humanidad, empezó con la subyugación de las tribus al sur en las lomas del Latium; su buen éxito excita celos entre los Latinos y Etruscos que resultó en la invasión de la Etruria por los latinos que ya habían descubierto la eficacia de la fuerza brutal bien organizada en sociedades primitivas, así fué seguida por la invasión de Etruria por los latinos, invasión que tuvo que suspenderse á causa de la invasión de Italia por los galos al mando de Brenno.

Después de la retirada de éstos, los romanos completaron la couquista de Etruria, pero tenían recuerdos de los gaulos que no los inclinaron á atacarlos todavía y así los dejaron en tranquila posesión de la Lombardía y por de pronto los encontramos satisfechos con sus conquistas en Italia y celebrando tratados de comercio con Cartago, que fué la única gran nación comercial de aquella época; una nación que había sido fundada y fomentada por la raza semítica de la Palestina, cuyo puerto comercial fué el de Tiro.

Pero las relaciones comerciales de Roma con Cartago puso los romanos al tanto de la civilización y gran riqueza material de esta, excitando su codicia y orgullosa ya de sus talentos militares, Roma no tardó en buscar pretexto de querella con Cartago y se lanzó en la primera guerra púnica con ella en el año 264 ante Cristo.

Esta guerra fué principalmente guerra naval para la posesión de la Sicilia que terminó en el año 241 ante Cristo en la conquista de la Sicilia y su agregación á Roma.

Pero los galos no miraron con gusto los triunfos militares de los romanos, así que en el año 225 ante Cristo, determinaron una segunda invasión de la Italia.

Esta invasión inspiró á los romanos tan gran terror que decretaron una leva en masa de la población para defender su existencia nacional la que hizo con tan buen éxito que en tres años no solo rechazaron la invasión, sino llevaron sus armas hasta los Alpes, conquistando la Galia Cisalpina y agregándola á Roma.

La segunda guerra entre Roma y Cartago, en los años 218-201 fué para la posesión de la Hispania en que también Roma triunfó, y durante la cual la Galia Cisalpina se sublevó y fué subyugada en definitiva en el año 192 ante Cristo.

Roma no estuvo todavía en completa posesión de Hispania y Lusitania. Solo tenía la parte que estaba antes en posesión de Cartago; pero los celtíberos de los Pirineos de las provincias que después fueron Aragón, las dos Castillas, y Navarra, se defendieron en conflictos sanguinarios desde el año de 195 hasta 178 A. C., los lusitanos desde 150 hasta 141 y la heróica Numancia desde 140 hasta 133 antes de Cristo.

Al conquistar la Hispania de Cartago los romanos encontraron tres tribus célticas, una en la Andalucía; otra en el noroeste de Lusitania y otra en Galicia.

La tercera guerra púnica, 149-146, resultó con la destrucción completa de la nación comercial más rica y poderosa que el mundo había visto hasta entonces, por el ya terrible corsario militar.

¡Qué terrible desastre para la civilización! Roma y Cartago, situados en costas opuestas del Mediterráneo. Cartago, la metrópoli del Africa cartaginesa, ciudad magnífica, radiante de opulencia acumulada en honorable y civilizador comercio con todos

los paises alrededor de aquel mar, despertó la codicia de las aguilas de rapiña, mirándola desde las lomas de Italia.

Roma, semi-bárbara, hinchada con la arrogancia de su descubrimiento del poder dominante, resultante de la buena organización de la fuerza brutal.

Dos tipos distintos en conflicto mortal para la posesión del mundo. Uno la de los artes de la paz; el otro, del arte de guerra y rapiña. Una dominando por sus riquezas materiales y cultura, la otra por las armas crueles de sus soldados.

El uno el genio de la civilización; el otro el demonio de la discordia y del asesinato. ¡Qué triste página en la historia del hombre! ¡Qué deplorable atraso en el desarrollo de su progreso intelectual y moral!

Así las aguerridas legiones de Roma, adiestradas en una sucesión casi continua de batallas, adquirieron con la práctica tanta habilidad, fuerza y valor, que las naciones en otras condiciones no podían tener; sus ataques fueron irresistibles y una tras otra la Macedonia, la Persia la Grecia, la Syria, la Bretaña y Egipto, cayeron en su poder, incluyendo todos los centros de civilización anteriores; el botín de las guerras se amontonó para embellecer su capital central y tanto la riqueza como los artistas renombrados de Grecia acudieron donde el dinero pillado del Africa, Europa y Asia les brindó el atractico del empleo de sus talentos artísticos para el adorno de la ciudad que había llegado á ser capital del mundo.

Los artistas griegos fueron expertos en esculturas en mármol y el descubrimiento precisamente en esta época, de las alcantarillas de Carrara fué oportuno, permitiendo á Augusto decir que recibió Roma de ladrillos, pero la dejó construido de mármol.

Todos los vestigios que nos quedan de la Roma de aquella época ostentan inequivocadamente el sello de la arquitectura griega, que pinta á la meretriz Roma enmascarándose con plumas agenas, prestadas por las artes de la paz para distraer la atención del mundo que no fijarse en sus ensangrentados crímenes militares.

Pero la justicia retributiva no se dejó esperar. Antes de entrar Roma en la carrera de conquistas militares la agricultura había hecho buen progreso en Italia. Los cereales tenían buenos precios y el país había alcanzado un grado considerable de pros-

peridad sobre la base agrícola; pero la flor de la juventud romana fué llamada al servicio militar y cuando las abundantes cosechas de la Africa entraron en Italia libres de derechos, los precios bajaron tanto que su cultivo en la península fué abandonado; los campos reducidos á potreros, pasaron á manos de los ricachos á pocos precios y los agricultores se dedicaron á los servicios militares en los cuales la mayor parte de los Umbro-latinos fueron consumidos en las batallas continuas ó dejados en los campamentos permanentes de guarniciones en los paises conquistados y sin los cuales las conquistas habían sido ilusorias.

La raza latina desapareció de la Italia casi por completo, mientras Roma fué inundada por toda clase de aventureros y desheredados venidos de los paises conquistados, además de los cautivos traidos como parte del botín de guerra y reducido al estado de esclavitud. Ya Roma misma vino á ser la Cloaca-Máxima del mundo dentro de la cual vertían todos los desheredados é inmundos de los paises despojados, mientras que los pocos que quedaban de la raza dominante fueron repartidos en los campamentos en el extranjero.

Los jefes de éstos, hinchados de vanidades, que les inspiraron sus triunfos, escuchaban á las brujas hechiceras que mil años después colocaron el bicho dentro del cerebro de Macbeth y así desconfiando y conspirando uno contra otro, los conducían á sangrientas luchas fratricidas. Sila contra Mario, César contra Pompeyo que acabaron con la república, reemplazándola con un imperio militar que es la más alta expresión de absolutismo irresponsable.

Así la ruina de Roma fué cumplida antes de las irrupciones en sus territorios de los *bárbaros del norte.*

La rama latina de la raza ariana, con sus tendencias á las formas municipales republicanas ya había desaparecido de Italia ó tan diluido en las mezclas extranjeras que su influencia fué perdida.

Además de esto, las violencias de las invasiones romanas ya empezaron á producir sus frutos legítimos en movimientos de represalias. La antigua Scithia, que según Herodito había seis siglos antes manifestado su poderío á la Persia de Cirio, se descubrió hacinada de poderosas razas.

Los Godos, Teutones, Cimbrios, Hunos, Magyares y Tártaros

de la Asia y norte de Europa se pusieron en movimiento desde el este hacia el oeste y sur, los Cimbrios y Teutones penetraron en las provincias de Galia, Bretaña é Hispania, los Godos se concentraron en las orillas del Danubio y el imperio tuvo que dividir su atención entre luchas fratricidas al interior é invasiones desde el exterior, así que cuando creyeron haber acabado la conquista del mundo fueron azorados por las huestes innumerables que les invadieron por todos lados.

El imperio se dividió por luchas internas, los Godos, al mando de Alarico, cruzaron el Danubio ocupando las provincias de Illiria, Thracia y Macedonia, hoy Servia, Bulgaria y Albania, penetraron en la Grecia, sitiaron á Atenas y la obligaron á pagar rescate de donde volvieron en Illiria y desde allá invadieron la Italia misma. Al mismo tiempo los Suevos, los Alanos y Vándalos cayeron sucesivamente sobre las provincias del oeste y se establecieron en Andalucía y norte de Africa.

El nombre de su gran jefe Genserico se hizo notable en la historia, y el de su raza y de su provincia Vandalusía rige hasta hoy dia solo disimulado por la ausencia de la letra V.

Lacerado, ensangrentado y desgarrado por todos lados, como fué el imperio romano, todavía fué destinado á sufrir una invasión más formidable. Los Hunos,una tribu de la raza turana (tártaros) y enemigos tradicionales de los Godos, los siguieron por el mismo camino al mando de su Rey el terrible Atila, cruzaron el Danubio en enormes masas estimadas en más de 700,000 hombres en gran parte caballería, asolaron todas las provincias romanas al sur del Danubio incluyendo la Grecia, destruyeron más de setenta de sus mejores ciudades é hizo el Emperador Teodosio á pagar un enorme rescate.

Desde allá se dirigieron por Alemania, cruzaron el Rhin é invadieron la Galia hasta el rio Loria, campando bajo la murallas de Orleans.

La fama terrible de Atila fué tal que los Romanos, Godos, Vándalos y Alanos, unieron sus fuerzas en defensa común y Atila enfrente de una combinación tan formidable se retiró hasta los llanos de Chalons donde tuvo la batalla más imponente y ensangrentada de todos los tiempos, en que el número de muertos se ha estimado de 162,000 hasta 300,000 soldados y la historia nos cuenta que un arroyo que cruzó el campo de batalla se des-

bordó con el torrente de sangre que recogió, y que tal fué la pasión desplegada en la lucha que los espíritus de los muertos continuaron la lucha en el aire durante su vuelo hacia los cielos.

Esta famosa batalla conocida por el nombre de *La Batalla de las Naciones* (*Völkerschlacht*) que Kaulbach ha ilustrado con su renombrado pincel en el museo de Berlín. Esta y las otras hazañas de Atila, forman la base de los innumerables *Säge-lieder* incluso *Die Nibelungen*, de los alemanes; como también tema musical para Wagner. La batalla fué empatada pero se retiró Atila, volvió un año después y se internó en la Lombardía, destruyó las ciudades de Padua, Vicenza, Verona, Bergamo, Concordia, despojó á Milán y los habitantes huyeron aterrorizados, refugiándose en las lagunas del mar Adriático, donde fundaron á Venecia.

Estas invasiones sucesivas de huestes innumerables descubrieron á los romanos otro mundo con que no habían contado y que este mundo fué una colmena hacinada de hombres de distintas razas, que todas disputaron con los romanos la posesión del mundo. De estas razas la filología agrupa la mayor parte en ramas de la raza Aria; pero la craneología indica que muchas de éstas tienen su origen en la raza turana que han adoptado la lengua ariana y que la filología no dá seguro criterio de la raza. Por ejemplo, los Teutones, los Suevos, los Godos, los Vándalos, Alani, y muchos otros fueron marcadamente dolicho-cefálicos mientras los Ligurios, los Celtas, los Huni, los Magyares, fueron acentuadamente brachi-cefálicos, además de exhibir notables diferencias de estatura.

Hay que fijar la atención en que sean ó no sean, causa de violencias agresivas sobre sus fronteras, resultó que todas estas razas sucesivamente fluyeron, refluyeron y surgieron sobre Europa donde están confundidas inseparablemente en las sociedades modernas.

En el próximo artículo haremos el epílogo y trataremos de sacar las consecuencias prácticas que dan de sí los datos reunidos en estos breves é incompletos artículos.

ERASTUS WILSON.

(Finalizará.)

LOS ESTADOS UNIDOS Y LA GUERRA DE CUBA

Una observación al Sr. D. Manuel de la Cruz

En el número de la REVISTA CUBANA, correspondiente al pasado mes de Marzo, he leido el juicio de V. sobre la obra de Collazo «Desde Yara hasta el Zanjón.»

Tengo para mí que su notable artículo ha de producir dos sensaciones diversas: la una, agradabilísima, de admiración hacia el literato y el patriota exquisito y susceptible; la otra, de desaliento inesperado—diré aproximándome á los médicos modernos—por la *des-asociación* literaria, resultante de la elevada temperatura del discurso que no corresponde á las pulsaciones de la historia crítica. En verdad que al menos para mí, no es concebible que de un mismo meollo hayan brotado párrafos tan brillantes en la forma, tan cuajados de substanciosos pensamientos en el fondo—reflejo todo de un entendimiento noble y potentemente cultivado—á la par de un concepto tomado del libro del Sr. Collazo, que refuerza y abrillanta, para perderse entre las lucubraciones de un romanticismo genuinamente infantil, como el de tachar con acritud la conducta del gobierno norte-americano respecto de los separatistas que enarbolaron su pendón en Yara.

¿Podía el gobierno norte-americano, cuerdamente,—apartar las leyes internacionales de que adrede haré caso omiso—obrar de una manera distinta de la que adoptó con referencia al conflicto *interior* que se produjo en esta Isla?

Veámoslo. La insurrección estalló, se organizó y batalló be-

róicamente; pero lo cierto es que no tuvo fuerza de expansión para exteriorizarse. Pruébalo que su bandera no logró tremolar en ninguna fortaleza, castillo ó reducto, en ningún puerto, ni en ningún mástil allende nuestras costas; hechos que por el contrario, al realizarse, hubieran en sí constituído una señal inequívoca de su existencia, de la cual solo se tenía noticia, en el exterior, salvo las que á su sabor daba el enemigo, por las comunicaciones que astuta ó subrepticiamente se hacían llegar á playas extanjeras. En tales circunstancias podía el gobierno americano *creer* que existía una popular revolución en Cuba; pero con la misma facilidad podía *haber creido* que se trataba de un movimiento sin importancia alguna decisiva.

Y no diga el justamente reputado disertante que la *ferocidad* de la guerra, su *tendencia*, su *prolongación*, eran sobrados motivos para que el coloso interpusiera su mediación con eficacia; ya por que, según oficialmente lo publicó nuestro general Quesada en Washington, aquella ferocidad fué mútua entre ambos combatientes, aunque por nuestra parte, merced á especialísimas razones, no dejaba de ser siempre necesaria, si bien á las veces la contrastábamos con una generosidad riesgosa y sin ejemplo; ya por que la *tendencia* revolucionaria no constituía un *hecho*, como lo constituye un conato ó tentativa; ya porque la prolongación de la lucha, precisamente acusaba el estado de debilidad materialmente estíptica de la Revolución, incapacitada de descargar golpes decisivos, al paso que el Gobierno metropolitano mantenía las posiciones que le importaba mantener. Parece que una lucha inisiada por el que trata de arrebatar la posesión de alguna cosa fuertemente asida por su antagonista, debería terminar en corto plazo con el intento realizado, ó de lo contrario volverse al *statu quo ante bellum*, antes que aventurarse al despliegue de grandes fuerzas y recursos durante largo tiempo. El revolucionario tiene que crearlo todo; el poder constituído en cambio lo posee todo. No es lo mismo á la postre atacar que defenderse.

Tampoco parece justo alegar que «en un pueblo en que el «amor á la justicia provocó un conflicto de la magnitud de la «guerra abolicionista, era lógico que hallase decidido apoyo la bandera de la República de Cuba;» porque tal premisa no es correcta. El estado de guerra fué provocado por uno de los del Sur que se «separó» de la Unión desde 1860, y la esclavitud logró

ser abolida en 1º de Enero de 1863, después de intentarse transacciones y de adoptarse medidas de guerra que se separaban del principio de la abolición absoluta; y eso que la Administración que imperaba en Washington era de pura filiación abolicionista radical desde el 4 de Marzo de 1861.

De las razones económicas que menciona el Sr. Cruz, conviene prescindir, ya porque cuanto á los intereses materiales, cada país libre debe de saber á qué atenerse, ya porque de todas maneras, por ley fatal geográfica, Cuba no ha dejado de ser y cada día lo será más, la gran Colonia mercantil de los Estados Unidos.

El caso citado de la *Niobe* interviniendo en Santiago de Cuba, es un incidente de la guerra, justificado por la procedencia del vapor *Virginius* despachado en un puerto inglés, porque era litigiosa su captura y discutible el carácter de su tripulación y pasajeros respecto de la acusación de piratería, además de que ese mero incidente no dejó establecida la beligerancia de los sublevados cubanos, de hecho ni de derecho, ante el Gobierno de S. M. Británica.

Respecto de la cita que V. hace del venerable Victor Hugo, bien estaría no dejarnos deslizar tan muellemense por la cómoda via del halago recogiendo flores para calmar la cesta del deseo. Los Estados Unidos hubieran podido contestar á la frase de aquel grande ingenio, que tampoco les era dable olvidar que muchos miles de soldados de la Francia cruzaron el mar, prevaliéndose de su civil contienda, para fundar y sostener á fuego y sangre el *imperio* de Maximiliano.

¡Cómo el tiempo y las circunstancias matan lo absoluto en los problemas de la historia!

La guerra se dá á conocer por *sus efectos*. Produce un estado de cosas que denuncia é impone su existencia, y tan efectiva ha de ser, que hasta un bloqueo marítimo, si no es *eficaz*, puede perder su carácter y puede no ser respetado ni tenido en cuenta por las potencias neutrales.

Para el Gobierno de los Estados Unidos no hubo forzosamente *guerra* en Cuba; porque no se resintió su comercio; no acudió á sus puertos ninguna nave *cubana*; su escuadra no encontró ningún puerto de la Isla que fuera *puerto cubano*, ni el campo cubano tuvo relaciones de ninguna clase con los paises extranjeros; la *guerra* no se hacía sentir, tenían que escudriñarla. En una pa-

labra, no hubo *manifestación* de la vida *cubana* que trascendiera al exterior, por más que en el interior fuera otra cosa.

Si tal es la verdad, casi demencia sería pretender que un gobierno serio que preside á una populosa nación, por meras simpatías con la forma de gobierno que los sublevados *intentaran* darse, se lanzara á practicar actos de verdadera hostilidad contra otro gobierno con el cual estuviera en paz, mediante tratados que su pueblo sancionara por medio de sus Representantes.

Me impresiona ver derrochada tanta elocuencia para apelar á un sentimentalismo que aisladamente, en el terreno individual, culmina á las veces, en una perfección de *Don Quijote*; pero que colectivamente no tuvo ni tendrá jamás desinteresados partidarios á la hora de sacrificarse.

Estreche mi distinguido amigo el Sr. Cruz los círculos concéntricos que constituyen la vida en sociedad:—hogar, ciudad, provincia, nación, humanidad, y verá como los sentimientos humanitarios—faz de la justicia—forman el círculo más distante del centro, que es el indivíduo; y verá también como él mismo es capaz, racionalmente capaz, de extender su acción hasta donde el centro no se comprometa y desquicie; porque sinó, el sistema todo se derrumbaría, y él y los que de él dependen habrían de pasar por las inciertas y temibles consecuencias.

Verdad que en la guerra teníamos razón, pero si eso tan solo es suficiente en todos los casos para esperar favor y ayuda, yérgase V., esté al tanto de las sinrazones y de las injusticias que se cometan en su barrio, en su ciudad natal, en su país, y defienda V., auxilie V. á su convecino, á su conciudadano, á su conterráneo, aunque comprometa en ello la seriedad de V. y acaso el bienestar de su familia!

Pero al fin, V. ha trazado el espectáculo de la Emigración cubana en los Estados Unidos y logró hacerlo con su acostumbrada maestría. Ello basta para explicar una de las grandes causas del fracaso, á la vez que para dirigir la conducta del gobierno americano sirvió de valiosa admonición; mas al mismo tiempo la actitud de V. me infunde amarguísima tristeza, porque le veo, Sr. Cruz, como si las culpas propias nos faltaran, arrebatado por un sentimentalismo asaz vidrioso, inculpando á un extraño á quien no cabe un ápice de responsabilidad en el lamentado desenlace. Axioma es que «los que quieran ser libres deben reñir

ellos mismos la batalla», según dicen á secas los ingleses; pero V. acaso por tropical ó por latino, ó por ambas cosas á la vez, no ha podido sustraerse á esa cuasi-idiosincracia, aparente producto del clima ó de la raza, que obliga á espaciar el espíritu por los campos de la imaginación nunca satisfecha.

Y ahora, si le place á V. cernerse allá por las alturas de la gloria ¿dónde está la que alcanzado habríamos, al auxiliarnos una de las más poderosas naciones de la tierra?..... ¿No se empequeñecería así el revolucionario que pretendiera atenerse á los arranques de la agena ira que inopinadamente le faltaron?

¿Y qué golpes de censura—dado su criterio—ha reservado V. para los gobiernos libres y belicosos de nuestros consanguíneos de la América española?

Debo terminar esta larga observación y perdónemela V., ya que me la sugiere su admirable escrito, dechado de dicción y espejo de elevados sentimientos; y en todo caso se amparará del verdadero afecto que le profesa, su invariable amigo

ROMAN MORA.

MNUAAL DE ENSEÑANZA Y EDUCACION

PARA USO DE LOS

Maestros de las Escuelas Elementales á cargo de la Junta de Educación de la ciudad de New-York.

(CONTINUACION)

LECTURA

Los elementos del lenguaje son: la letra, la sílaba y la palabra, cada cual consideradas como una entidad total. La enseñanza de la lectura puede arrancar de estos mismos elementos: por lo cual, hay tres métodos para dicho objeto. Parte el uno de la letra y se llama *deletreo*: otro de la sílaba y recibe el nombre de *silabeo* y, por último, uno tercero se vale de la palabra como un todo. Tal es el método que se denomina de *palabras*.

Nuestro método más común de enseñanza es el deletreo, personificado generalmente en la llamada cartilla. Al silabeo se ajusta el libro de lectura de Alfonso XII de plan bastante aceptable y que parte de lo *conocido* á lo *desconocido*.

El método de las palabras está virgen entre nosotros. Este último es el señalado por el Manual y enriquecido con hermosas y muy atinadas observaciones.

Pocas líneas bastarán para ilustrar este asunto, de modo que las prescripciones del texto vengan á ser provechosas.

En el deletreo, se dá á conocer primero la letra, que va entrando después en las distintas combinaciones silábicas: por eso, tales textos de lectura se encabezan con lo que se llama el abecedario. Entraña una pérdida de tiempo y es de un verdadero fastidio para el discípulo, puesto que los elementos escritos no tienen sentido ni relación de ninguna especie.

El silabeo solo cuenta con aquella consonante necesaria para el factor silábico: además, al leer este, se hace como un todo indivisible sin separar la consonante de la vocal. Es un progreso con respecto al deletreo: pero, aún el elemento de la sílaba está huérfano de sentido y representación.

El método de palabras, para conocerlas, emplea la palabra misma: y como esta es la representación de una idea, es claro que ya no se trata de una entidad muerta por decirlo así, sino asociada al factor inteligible de las ideas.

Pero si la eficacia de ese método surge de tal correlación, se hace consecuentemente necesario que las ideas deben ser antes que las palabras y de aquí la gradación que establece el Manual: la idea, la palabra hablada y, por fin, la misma palabra escrita. De modo que, en último término, la lectura es una especie de memoria de formas escrita, auxiliada por una asociación inteligente.

El maestro empieza por traer una idea al comercio mismo de la clase: ya poseida, fija la palabra hablada y últimamente determina la forma escrita. Grabada ésta, se apresura á hacer conocer los elementos que entran en ella: la letra y la sílaba. Por manera que, mientras nosotros partimos de la letra para llegar á la sílaba y á la palabra, el Manual parte de ésta para encontrar las primeras. La última expresión del arte en la enseñanza, está en ese método.

Es muy cierto que su manejo exige extrema habilidad y el secreto de *atraer la mirada y el oido de los niños*: es decir, la atención; pero eso no puede ser un reparo, ya que la enseñanza descansa en eso mismo, precisamente.

Por otra parte; sé por experiencia que todas las dificultades están al empezar: pero, una vez decidido el maestro, y puesta la mano en la obra, ésta va surgiendo lentamente con provecho y creciente facilidad. Si se le reconoce memoria en el niño para aprender y guardar la forma de la letra y de la sílaba ¿por qué no para hacer lo mismo con la palabra? Por otro lado, la Natu-

raleza se presenta bajo una forma sintética, es decir, de composición. Acepte el maestro ese hecho y parta de la palabra, entidad total, ya que al niño se le habla con palabras, y después haga con habilidad su trabajo de análisis y descomposición, para enseñar las letras y las sílabas.

Penetrado que fuere mi benévolo lector de las presentes ideas, vuelva á leer los elementos del manual y sobre todo decídase por empezar á practicarlos.

Sonidos Elementales.

Es este un punto importante que descuidan mucho nuestras escuelas. Parecía natural, que arrancando nosotros de la letra, para enseñar á leer, habría de resultar muy atendido el sonido elemental que aquella representa.

Por desgracia, no hay nada de eso. La pronunciación de nuestros niños es defectuosísima y podría agregar, sin ser extremoso, que esa falta de hábito y corrección puede considerarse unido al aire afeminado de ciertos niños. La suave condición de nuestro clima y de nuestras costumbres, nos ponenen el caso de fortificar los órganos todos, para darles la tonicidad que es justo desear.

En nuestras clases más pobres, el fenómeno toma mayores proporciones con raices acaso en la tenebrosa esclavitud de los negros. La rutina de las escuelas, lejos de una atenuación, viene á ser un auxiliar de todo lo expuesto; porque haciendo leer al niño, lo mismo que habla y hablando detestablemente, su lectura se hace incorrecta, y ¿por qué no decirlo? monstruosa.

Por último, creemos que en la lectura se trata de cultivar los órganos de la palabra? Enhorabuena. Pero acaso no debe hacerse lo mismo con el oido?

Este último, en nuestros sistemas es factor completamente olvidado. Debemos corregir esta deficiencia, teniendo presente que en una buena enseña, han de estar constantemente atendidos: la vista, los órganos de la palabra y el oido. Olvidar cualquiera de estos factores es una falta imperdonable.

Lecciones de Cosas

Lecciones de objetos, lecciones de cosas, lecciones objetivas: son expresiones equivalentes. Pero importa distinguir este concepto del que es propio de la Enseñanza objetiva en general. Aquellas, son de ésta, un capítulo importante: pero las lecciones de cosas no son toda la enseñanza objetiva.

Es un error muy estendido que interesa rectificar. Si á esto se agrega que las mismas lecciones de cosas obedecen entre nosotros á un sentido absoluto de rutina, tan ruinosa como la vieja enseñanza, se comprenderá la necesidad de aclarar y restablecer las ideas. Hablamos de enseñanza objetiva, que no hemos visto ni tocado, con ciertas generalidades repetidas, más bien dañinas que provechosas. El conocimiento de los objetos entra por mucho en el conocimiento del niño; lo que debe aprovecharse en la escuela bajo dos conceptos. 1º por el conocimiento directo del objeto y 2º por el fenómeno reflejo que este mismo conocimiento proporciona, despertando la observación, ejercitando el recto uso de los sentidos y ensanchando las facultades.

Con motivo de los objetos, y en ellos mismos, hay que considerar el elemento de la forma, del color, las partes componentes y el destino parcial de éstas y la entidad total de la cosa. Los factores que entran en una buena enseñanza de cosas son: 1º La curiosidad del niño, hábilmente despertada y aceptada por el maestro: 2º La presentación del objeto en lo que se requiere no menor habilidad y 3º La actividad mental y de los sentidos ejercitada en el alumno con ocasión de los dos primeros elementos.

Bien manejado el proceso, habrá de realizarse un consorcio eficaz entre los objetos y la aptitud mental del discípulo. No serán ya los objetos en sí mismos, sino, á decirlo así, con habitación adecuada en el espíritu, por medio de las ideas. Y como la Naturaleza no se puede falsificar, ni adulterar, fuerza será que la enseñanza de cosas, obedezca á los principios de aquella misma. La eseñanza objetiva es la que determina y esclarece dichas leyes.

Lo que conviene es ratificar la última palabra del Manual, consignando que la enseñanza de objetos no puede consistir en la repetición monótona é indigesta, más que todo, de palabras que ni el alumno entiende ni el maestro fija.

Hay que hacer un trabajo de selección inteligente, y después,

huir de la absurda repetición á que acuden nuestras escuelas, que solo sirve para arruinar la conciencia, en vez de fomentarla, prostituir la facultad mental del discípulo y colocarlo al nivel de un animal inferior.

Con ello no se vá á ninguna parte y á la enseñanza objetiva mucho menos.

Números

La aritmética y la lectura tienen sus puntos de contacto: pues tanto las letras que constituyen las palabras como el número, son un signo convencional que expresa y representa las ideas.

Pero el signo, separado de su representación, es un elemento estéril, vacío de sentido y sin realidad objetiva. Por lo cual, todo sistema de enseñanza que rompa la asociación del signo con la cosa significada, está fuera de las condiciones científicas y debe rechazarse por absurdo.

Si nuestra enseñanza de lectura peca por desconocer la relación de la palabra con la idea, no menos sucede con los apenas si llamados métodos de aritmética.

El número principia por ser á los ojos de nuestras escuelas un nuevo signo sin realidad externa. Enseñamos á contar y sumar cifras; no á sumar ni contar objetos. Y como el error no es fácil que se detenga en su camino, esta equivocación fundamental se refleja en grados superiores, de modo que, mientras un joven resuelve problemas buscados con un candil, no sabe desenvolver las transacciones más fáciles de la vida.

La unidad repetida: he aquí el origen del número y de la aritmética toda. Pero esta unidad es absoluta en la consideración del niño? De ningún modo: es concreta.

Familiarizada la mente del discípulo con la unidad concreta, es decir, con el objeto y posteriormente con la idea, toca su turno á la cifra, que es el signo representativo. Y establecida esta relación asociada, claro es que en lugar de contar y sumar objetos, se puede operar con cifras ó figuras.

Los ejercicios de contar que se usan en nuestras escuelas, las llamadas tablas de aritmética, cuyo uso exclusivo constituye un tormento y cuyo contenido se conserva con horror en la memoria, son un absurdo método que parece imposible se realice á las alturas del presente siglo.

Hay un divorcio manifiesto entre las afirmaciones de la ciencia pedagógica y la práctica de las escuelas en el mundo.

No hay enseñanza posible de aritmética sin partir de los objetos, que son para esta, lo que la idea para la gramática.

Hay un instrumento que se conoce con el nombre de abaco en inglés y de tablero contador en francés y español. Yo no acepto la última denominación porque tiende á falsear el objeto y uso adecuado de un instrumento, que considero medio muy eficaz de la enseñanza. He hecho en mi práctica la aplicación tal vez más amplia de la consignada en todos los textos, y nunca he encontrado motivo para arrepentirme. En los exámenes mismos he demostrado públicamente su uso y tengo motivos para afirmar que ese medio ha contribuido á generalizar el abaco entre nosotros. Lo he hecho construir en el pais mismo, é introducido algunas modificaciones que he creido convenientes, pues es preciso advertir que el abaco español es de construcción muy defectuosa.

Pero adviértase que el abaco no debe romper jamás la relación necesaria del número ó figura con los objetos. Contar de memoria y de rutina, es práctica que convierte la realidad en mera cuestión de palabras, sin sentido.

El Manual, con mucho acierto, dispone no hablar nada de numeración en este grado.

Precepto es este que no debemos olvidar nosotros, quienes, en los principios de la enseñanza, precipitamos al niño de una manera increible.

La tarea señalada para este grado se cierra con poder leer los números hasta 100, sin mención de unidad, ni de decena, lugares etc.

Pero entiéndase bien: si un niño lee y escribe 50, es porque tiene la conciencia de lo que vale é incluye esta palabra: cincuenta.

Fíjese la atención en los grupos que se aconsejan.

Escritura

Se observará el propósito de preparar la escritura por medio de las pizarras y el lápiz, á la vez que facilitar la lectura por el manejo simultáneo de ésta con la escritura.

Es una enseñanza muy provechosa que los maestros deben proponerse resolviéndose á comenzar la obra.

Tres medios de escritura maneja la enseñanza del Manual: el pizarrón ó encerado, la pizarra de mano con el lápiz y el papel con la pluma.

Es sabido que nosotros dispensamos la menor importancia posible á la enseñanza de la escritura. Estimándola como una cosa esencialmente mecánica, está descuidada por demás y representa la víctima propiciatoria, por decirlo así: de toda escuela.

En poquísimas se usa la escritura que llaman los franceses main levee y los americanos free hand.

No advertimos que ese ramo envuelva una cuestión de forma con la que es preciso familiarizar los ojos y las manos.

Mientras los niños no estén en condiciones de manejar la pluma y ser susceptibles de cierto desenvolvimiento y soltura, es improcedente ponerles la pluma en la mano solo para emborronar papel y adquirir vicios de conformación en la letra.

En ese período solo debe manejarse el yeso y el lápiz en los pizarras correspondientes.

Para hacer uso del pizarrón es necesario limpiarlo perfectamente, escribir én él con toda claridad y destacándose perfectamente la forma de lo escrito.

Así los niños se van familiarizando con la vista, requisito necesario para operar después con la mano. Esta debe estar libre y suelta, prohibiendo terminantemente pegar la muñeca contra el encerado, lo que la priva de su natural soltura.

Es práctica muy viciosa tomar la mano del niño y guiarla. Esto un engaño y una ilusión inocente: porque en tal caso quien escribe es el mismo maestro: el niño resulta, por su parte, esencialmente pasivo, inconsciente é inocitivo.

Lo que llamamos teoría de la escritura, puede aprovecharse para su enseñanza, no haciendo aprender á los discípulos definiciones y conceptos que á nada conducen, sino ilustrando al maestro para fijar el método y la graduación de la enseñanza, determinando las letras que se deriban y buscando el modo de evolucionar la asignatura.

Uno de los males que más destaca nuestro género de enseñanza es divorciar la escritura de todo sentido, haciendo trazar signos que nada significan ni dicen.

Los cuadernos de escritura pueden considerarse ventajosos á condición de que no exista tal divorcio, y que el manejo sea inteligente y correcto.

Todo niño entregado así mismo en la escritura, atiende á salir del paso, y aunque empiece con muy buenos deseos su plana, en un abrir y cerrar de ojos se olvida de su propósito y sin darse cuenta de lo que hace, corre precipitadamente por el papel dejando solo huellas de incuria, desaseo y desatención. Eso es un semillero abundantísimo de incalculables defectos y de prácticas muy viciosas. El profesor, con una idea equivocada, considera que esta es la clase más descansada y los niños quedan sin dirección.

Adviértase que la escritura y la lectura como signo y expresión del pensamiento no deben andar por su cuenta propia sino hermanados.

QUINTO GRADO

LECCIONES DE LENGUAJE

Obsérvese que la lectura no se practica exclusivamente con el libro, sino en la pizarra y en los carteles. Es una de las muchas innovaciones que no ofrecen dificultad alguna para su introducción. Bajo el punto solo de la variedad, ¿cuánto no resulta esto favorecida?

Recuérdese también que el contenido de las lecciones de lenguaje es genérico, abrazando desde la lectura hasta las lecciones objetivas de forma, color etc., todo lo cual tiende, por propio intento, á aumentar el poder y el caudal del lenguaje como un poder de esteriorización. En la lectura misma, bueno es repetirlo, no se alude simplemente á los elementos materiales que se refieren al signo sino también y por modo imprescindible al factor espiritual de la idea que encierra la palabra, la frase y la oración.

Número

En nuestras escuelas se enseña á contar, sumar, restar etc. sucesivamente. El Manual señala una marcha muy distinta. Contar, sumar, restar y multiplicar, cifras romanas y arábigas, todo al mismo tiempo.

Siendo el sumar y multiplicar un trabajo de composición y la vista de descomposición, una y otra se compenetran y favorecen·

El objeto de ese proceso es ir preparando la verdadera idea de las operaciones, sin definirlas: es decir, saber practicar sin necesidad de textos ni de la memoria.

El contar precede al sumar, porque aquel se hace con objetos y unidad por unidad y éste con números y grupos de unidades favoreciendo siempre el repetido consorcio de las cosas con el signo que los representan.

El contenido de este grado es contar hasta 100: pero entiéndase que no ha de ser la repitición monótona é inconsciente sino la idea clara y distinta la que constituye el fondo del ejercicio.

Acaso no se advierte en un niño de tres, cuatro ó cinco años que le es imposible alcanzar la idea colectiva de sus objetos reunidos? Pues porque no hemos de respetar esta ley de la facultad mental.

Los ejercicios de adelante hacia atrás son un magnífico medio de comprobación que tiende á distinguir y separar un número de otro. Producen cierta necesidad de pensar para marchar por estaciones, si cabe decirlo así: lo cual es muy provechoso y hasta higiénico para el espíritu.

La suma no se extiende más que hasta 30 y la resta hasta 20: la multiplicación solo por 2 y eso nada más que hasta el 6; esta multiplicación inicia en el niño la idea y el efecto de repetir un número, para que en su dia entienda que la multiplicación es simplemente un sumar abreviado.

En cuanto á los números, como signos ó figuras, no ha de mencionarse nada que aparezca una teoría: la enseñanza debe ser meramente empírica, si bien ilustrada y dirigida con economía, orden y método. Leer y escribir números hasta 1,000 de un solo golpe de vista. Los rúmeros romanos hasta el 50 cuya aplicación al reloj debe desenvolver el sentido de la práctica y la realidad en el niño.

Dibujo

Como es de ver en el texto, no se trata de definir los diversos elementos que abraza el bosquejo; sino más que todo de ilustrarlos. Ilustrar es en ese sentido rodear un objeto de luz, de manera que se vaya presentando como por sí mismo y con claridad á la mente. En nuestras escuelas se comprende bajo el nombre de dibujo una mezcla de éste y de geometría; de tal modo que en lu.

gar de que resulten ejercitados el ojo, la mano y la habilidad del operador, se emplea el tiempo en unas cuantas definiciones sobre los puntos más fáciles y agenos á todo intento práctico.

Por lo demás, ninguna dificultad puede presentarse de seguir las prescripciones que se enumeran en el texto.

Hay que consultar estas é inmediatamente hacerlas practicar. Nada de definiciones, de empleo de términos técnicos etc. La mano y la vista se ejercitan operando y esta práctica es la que constituye el conocimiento.

Hágase una copia de los ejercicios que dispone el Quinto Grado en su lugar correspondiente para que los discípulos practiquen los ejercicios. Claro está que si todo quiere hacerse desde el primer dia saldrá mal y viciado desde su origen. Mucho cuidado mucha corrección en el trazo, particular limpieza é incesante dirección. Así se adquieren buenos hábitos y se educan las facultades, que más robustecidas cada día, están en aptitud de aprontar mayores dificultades.

Grupos de Palabras

Las palabras pueden considerarse dictadamente ó en relación unas con otras, formando grupos. Por tanto, su lectura es de considerarse también en ambos sentidos.

Nuestras escuelas siguen el primer proceso: los americanos el segundo.

Pero fácilmente se advertirá que dependiendo el sentido de la unión de las palabras, la lectura del vocablo aislado es incompatible con una inteligencia perfecta de las oraciones.

Leer, es para nosotros, asociar los sonidos materiales que nacen de la pronunciación con la figura de las letras que lo representan.

Esta idea no se harmoniza con el desarrollo de la conciencia en el niño.

Una prevención importante

Por lo nuevo llamará la atención á nuestros maestros.

En las clases de lecturas, es muy común percibir una doble voz: la del niño y la del maestro: aquel siguiendo la de éste.

Creemos nosotros que es el medio mejor para dar entonación

á la lectura y observar las reglas de la puntuación. La voz del maestro es para su discípulo una especie de andador.

En ese estado, la lectura se desarrolla, huérfana de aquel espíritu de inteligencia y buen sentido, único que debe guiar el acto y de quien depende la buena entonación. La memoria de los niños es muy fresca y las palabras se pegan con facilidad pasmosa en su oido. Desde este momento, el niño lee de memoria con gravísimo riesgo de la pronunciación y de la conciencia con que debe hacerse la lectura.

La costumbre de leer el maestro para que el discípulo siga su voz equivale á crear una situación en que la iniciativa personal del niño se extingue enteramente absorbida por la voz y la lectura del maestro. Como la inteligencia y el hábito de esto son superiores con mucho á las aptitudes del discípulo, no queda con tal práctica nada de este último. Es una pésima y vergozosa costumbre que debe ser desterrada.

Ideas y Palabras

Este párrafo es un complemente provechoso del anterior.

Aparato externo de la Enseñanza

No quiero buscar denominaciones raras ni frases ampulosas: pero hay que reconocer en la enseñanza dos factores, como en cualquier otro organismo: factor interno y factor externo. Es el primero la vida el movimiento el principio de acción que rige y verifica. Es el segundo la forma material y externa en que se acondiciona el primero como medio de manifestación.

La lectura tiene también lo que he llamado el aparato externo, la posición del cuerpo, la altura de la cabeza, la de las manos, el modo de mantener el libro, la distribución de los mismos, etc.

Todas esas cosas favorecen por modo extraordinario el orden, fomentan el respeto propio y recíproco, y facilitan paulatinamente la dirección inteligente de nuestros propios actos.

Por qué hemos de olvidar y desatender—como lo hacemos nosotros—estas prácticas y estos puntos?

La educación es una obra de plan y de detalles, de unidad y de variedad, de fondo y forma, de sustancia y accidente.

MANUEL VALDES RODRIGUEZ.

(*Continuará*)

RECUERDOS DE LOS ESTADOS UNIDOS

UN VIAJE A WASHINGTON.

De tantas cosas como asombran á este país, no hay nada que iguale á sus vías de comunicación. No se tiene más que decir, quiero, y no con mucho dinero en el bolsillo, se pone una muda de ropa en el maletín, se toma el primer tranvía ó ferrocarril elevado que se encuentra, se llega á las riveras del Hudson, se toma un Steamboat que transporta al viajero á Jersey City; y allí á cualquier hora del dia ó de la noche se encuentra un tren dispuesto á cruzar el territorio americano en todas direcciones.

No eran las nueve de la noche del 10 de agosto de 1890 cuando pensamos ir de New-York á Washington, y á las diez ya estábamos alojados en un tren expreso de la línea de Pensylvania. Arranca como una exhalación y cuando abandona Jersey City todavía podemos mirar por algún tiempo la silueta de la gran metrópoli que se dibuja en el horizonte al modo de sombras chinescas que salen como por encanto de las aguas del Hudson, presentando luces de todos colores, fijas las unas, y otras trazando espirales en virtud de la ilusión óptica que producen los movimientos del tren y el de los buques que cruzan el rio.

Cuando se dejan de ver las altas chimeneas de Jersey City, se atraviesa la populosa ciudad de Newark, percibiéndose sus canales, frondosos árboles y grándes fábricas, después Elizabeth; después un caos de árboles, luces, pueblos que parece giran sobre sí

mismos, anchurosos rios, cuyos puentes retumban abajo con la locomotora y rechinan arriba con las capas de aire que agitadas entre el armazón de hierro repercuten en las ventanillas del tren en marcha. Campoamor en uno de sus bellos poemas ve los palos del telégrafo corriendo, pero aquí los vería dispararse como flechas, y los oiría como una serie de descargas eléctricas.

En la vertiginosa carrera que seguimos por espacio de tres horas hasta llegar á Philadelphia, á un lado y otro de nuestro tren, sin que pasaran muchos minutos, desfilaban en opuestas direcciones trenes de carga y pasajeros; que no bien se percibía la locomotora como un trueno cuando ya pasaba como un relámpago, la luz verde del furgón de cola. No hay exageración en decir que se encuentran más trenes en el camino que personas por la calle del Obispo á la una de la noche. Y corriendo parejas con la velocidad son las rápidas paradas, aunque por fortuna pocas en los expresos.

Después de breves segundos que se detuvo el tren en Germantown continuamos volando, y al poco tiempo veíamos en el cielo una estensión de luz más semejante á la de la aurora boreal que á la apacible de la luna cuando se nota á través de una nube blanca, después en toda la extensión del horizonte aparecen luces rojas y azulosas en todas direcciones, las más próximas produciendo el efecto de una lluvia de estrellas errantes, y las más remotas de estrellas fijas, más tarde el resplandor era mayor destacándose en fondo negro formas de coches, de locomotoras, de casas, de grandes edificios alumbrados interiormente por la luz eléctrica, altas chimeneas emitiendo espesos humos; y á medida que íbamos atravesando el espacio, el resplandor aumentaba en intensidad y extensión, las casas como si obedecieran á corrientes magnéticas se coordinaban en calles que aparecían y desaparecían arrastrando consigo líneas paralelas de focos eléctricos cuyos rayos se disolvían en partículas luminosas envolviendo los gases carbónicos desprendidos de las chimeneas al modo de las erupciones de un volcán.

De pronto se presenta un panorama bellísimo. La línea férrea sigue una estensa curva, atraviesa un puente sobre el rio Schuykill y paralelo á éste, se ven otros puentes cuyo alumbrado eléctrico reverbera sobre la superficie de las aguas, y tanto la luz directa como la reflejada se proyecta sobre los frondosos árboles

de la rivera produciendo un efecto fantástico. Desde este momento la diferenciación es imposible, el tren no detiene su marcha, otros trenes cruzan por debajo de nosotros, otras líneas y otras estaciones se ven por doquier, otras locomotoras pasas furiosas por delante inundándonos con sus resoplidos, y atormentándonos con sus gritos de alarma; en el intermedio inmensas series de furgones, de coches, de almacenes; los puentes se suceden á los puentes, calles y más calles desfilan rápidas oscureciendo nuestra vista y atropellando nuestra memoria sin que fuera posible gravar en el espíritu las imágenes sucesivas, hasta que después de tres cuartos de hora el tren se detuvo. Habíamos entrado en Philadelphia, en la estación de Pensylvania que se halla en el centro de la ciudad.

Poeos minutos duró la perspectiva y el descanso, el tren siguió su marcha, otra vez nos sumergimos en la oscuridad interrumpida breves momentos cuando llegamos á Baltimore, y así continuamos hasta que el trémulo crepúsculo iba mostrándonos la silueta de árboles, edificios, grandes paseos; la máquina acortó su marcha, las formas se distinguían mejor; y por cima de lo que nos parecía un bosque, allá en un montículo sobresalía una inmensa construcción y en el centro una cúpula terminando en una cosa oscura que la rapidez de la marcha y los escasos rayos albóreos no nos permitían distinguir.

Por fin nos acercábamos á Washington, la hermosa y modesta ciudad que encierra la representación del Estado nacional de la América del Norte; y poco instruidos estaríamos en historia si no hubiéramos adivinado que aquel edificio donde convergen varios paseos, era el Capitolio, lugar bajo cuyos techos se ventilan al dia los intereses morales y materiales de sesenta y cuatro millones de habitantes. Poco más de las cuatro de la mañana serían cuando llegamos á la estación de Baltimore y Potomac alojándonos en el Nacional Hotel situado en la avenida de Pensylvania, centro de la ciudad y próximo á todos los departamentos del Estado, y á cinco cuadras del Capitolio.

Aunque no habíamos pegado los ojos en toda la noche comiendo con la vista y minando con el espíritu todo el trayecto, no era hora de descansar, porque queríamos sorprender la ciudad al levantarse de la cama, seguirla en su vida ordinaria, y verla descansar de las fatigas del dia. La avenida de Pensylvania co-

mo todas las demás, es ancha midiendo 160 piés, el pavimento es de asfalto en su mayor parte, con magníficas aceras y dos hileras de árboles. Los primeros transeuntes son en su mayor parte de la raza de color que se dirigen al mercado, las tiendas se abren, y los escaparates están provistos con retratos de los senadores y hombres políticos más importantes, sin faltar en parte alguna los de Washington, Franklin y Lincoln tan abundantes aquí como en España los de Cérvantes, Castelar y Espartero. Después aparecen carrros que reparten mercancías, luego tranvías movidos por cable, electricidad y por fuerza animal, más tarde coches de alquiler algo parecidos á las antiguas calesas aunque muchos más ligeros; pero lo que da carácter á la ciudad son los biciclos. En las primeras horas son los mensajeros, criados y algunos jóvenes que se ven en todas direcciones, mas por la tarde se ven elegantes señoritas que usan con desenvoltura y arrogancia ese modo cómodo de locomoción para pasear por las sorprendentes avenidas. Los velocípedos son grandes y se hallan equipados de farol, timbre, cartera, y en lo que pudiéramos la grupa llevan una especie de maleta: en una palabra, en Washington se ha establecido definitivamente el caballo del porvenir. Mas aunque parezca rara esta costumbre es hija legítima del medio, del mismo modo que usan almadreñas en Asturias, porque hay humedad, alpargatas en el Alto Aragón porque hay montañas, y zancos en la Habana para salvar el lodo de las calles; así se usa el velocípedo en Washinston porque el pavimento es de asfalto ó de adoquines bien pulimentados.

Poco hay que andar por las espaciosas avenidas para observar que en esta ciudad flota en los aires el espíritu de Washington. Y así como en la metrópoli comercial de los Estados Unidos impera el dominio oligárquico de Tammany Hall, el carácter taciturno y enérgico irlandés, y el cerbecero alemán matizados con las últimas capas sociales de Italia y judíos rusos; aquí impera la modestia, el trato afable y la conciencia digna del ciudadano más libre de la tierra. En los grandes hoteles no se ven las robustas caras de los trigueros y ganaderos del oeste como en New-York, sino las macilentas de los pretendientes, las graves de los representantes y senadores, y las tiesas de los diplomáticos. El bien estar se revela aún en los trages de los habitantes, la pulcritud en el pavimento de las calles y en los edificios, el orden nos lo

reveló el hecho que hasta el cuarto dia de permanencia en la localidad no vimos un uniforme ni de Policeman, y la libertad en las estatuas dedicadas á la memoria de los que consagraron su vida por ella.

Si New-York es la ciudad de los elevados, de los edificios enormes y del puente de Brooklyn, Washington es la ciudad de los parques y jardines, ó mejor dicho Washington es un hermoso jardín con casas para doscientos mil habitantes, con magníficos y limpios paseos, con fuente que refrescan la atmósfera en el estío, y con kioskos que conservan las plantas en el invierno porque los americanos no limitan la aplicación del derecho á la vida á los humanos. Mirada desde el obelisco dedicado á la memoria del que es «the first in the hearts of his countrymen» á una altura de 555 piés el panorama que se desarrolla á la vista es escantador, y pronto se echa de ver que es una ciudad trazada de antemano conforme á un plan determinado, y según me manifestó un compañero de ascensión el trazado se debe á un comandante francés, Mr. L' Enfant que sirvió á las órdenes de Washington. Las calles en las cuatro direcciones cardinales son paralelas al Capitolio, mientras que la mayor parte de las avenidas irradian del edificio así es que prácticamente es el centro de la ciudad. Otras avenidas irradian de la Ejecutive Mansión, ó Casa Blanca, y algunas en otras direcciones; y por lo regular en la intersección de estas secundarias con las avenidas principales existen monumentos ó estatuas dedicadas á los héroes de la independencia. Pero dejemos ahora los efectos del conjunto para considerar algunas de las partes.

Cuando se llega á la estación de Baltimore y Potomac, y se dan unos cuantos pasos, el que haya estudiado sociología, el que haya leido en la historia la formación de los imperios, las luchas de los pueblos, las instituciones políticas y la organización de las naciones, no podrá menos de quedarse admirado cuando sepa que con la vista puede abarcar todos los dominios del Estado Nacional de un pueblo de sesenta y cuatro millones de habitantes. Se entra en la avenida de Pensylvania y mirando al este allá en una colina se percibe el magestuoso edificio coronado por una inmensa cúpula en cuya cima se destaca la estátua de la libertad; y en cuya base cada cuatro años el cuatro de Marzo un ciudadano con las manos puestas en la biblia pronuncia estas palabras: «ju-

ro solemnemente que desempeñaré con fidelidad el oficio de Presidente de los Estados Unidos, y hasta donde alcancen mis fuerzas conservaré, protegeré y defenderé la Constitución de los Estados Unidos.»

Al oeste Casa Blanca ó sea la residencia del Presidente; y entre estos dos, la oficina de patentes la de pensiones, el tesoro, los departamentos de Estado, Guerra y Marina; y los terrenos dedicados al departamento de agricultura, á la institución Smithsoniana, á los monumentos y al jardín botánico. Aquí es donde el Estado americano ejerce su acción propia, y más allá de estos recintos es un poder anónimo que se mueve á los únicos impulsos de la voluntad nacional. Subiendo por la avenida hacia el Capitolio, en medio de esta ancha vía, apenas si se pueden distinguir los edificios casi ocultos por las hojas de los árboles de las aceras, pero fijándonos un poco inmediatamente se ve que en las construcciones ha imperado la libertad de los propietarios que así está encarnada en las personas como en los productos de su inteligencia y voluntad. Caminanda hacia el este nos acercamos al Capitolio situado en una colina como el de la antigua Roma pero con la diferencia de este que bajo sus artísticos muros no se ha acordado ningún crimen político con excepción del de la guerra de Méjico. El edificio es severo grande, magestuoso. A los profanos en arquitectura se nos parece algo á las catedrales de San Pedro en Roma y á la de San Pablo en Londres, pero sin aquella unidad de construcción que convida á los fieles á recibir la divina unción por el intermedio de la palabra del sacerdote que interpreta los decretos del Altísimo.

Cuando se penetra por la gran verja de hierro que dá entrada á los terrenos del Capitolio y rodeando al edificio, se llega al lado que dá frente al este, sorprende por su grandeza, y es menester andar bastante tiempo á un lado y otro para buscar el punto de mira más apropósito con objeto de percibir el conjunto. Los primeros rayos del sol de la mañana reflejaban sobre las moles de granito de que está construido el cuerpo central, y sobre los monolitos de mármol de los extremos; cuando apoyado en el pedestal de la estatua consagrada á Washington y que entre paréntesis para mi no tiene más mérito que la inscripción «First in war—Firstin peace—First in the hearts of his countrymen contemplaba el grandioso pórtico donde el Presidente presta el juramento,

las espaciosas gradas por donde cien mil ciudadanos suben el cuatro de Marzo, las esbeltas extensiones al norte y sur del cuerpo central donde celebran sus sesiones los representantes y senadores, las estatuas representando el descubrimiento y la civilización, la inmensa cúpula coronada por la estatua de la libertad envuelto su cuerpo de bronce en los vapores irrisados que se elevan de la tierra como si fuera el incienso que aquellos terrenos donde se asienta la voluntad nacional dedicaran á la diosa del mundo moderno, y que contrasta con el blanco del edificio; y mudo y absorto ante la magestad del grandioso Capitolio que proporciona á la vista un mundo de imágenes y al espíritu un mundo de ideas; evocaba el genio de la fantasía soñadora, el cantor de la libertad ideal, el poeta de la historia Emilio Castelar. El, que ha descrito en páginas bellísimas la redención del esclavo, que ha recogido los suspiros de los martirizados en los cinco primeros siglos de nuestra era, y arrojado á la faz de los martirizadores de los siglos posteriores, que en Venecia, en Florencia, en Roma ha sabido extraer de las entrañas del arte arquitectónico italiano, del arte envenenador de los Medicis y de los Borgias, del arte absorbente de los Papas-reyes, materia suficiente para cantar la libertad; él que con la mágica de su maravillosa palabra ha sabido fundir en el crisol de la historia el despotismo de los Austrias, la irrupción de los bárbaros, la dominación sarracena, los crímenes de la inquisición, las conquistas del Asia por Alejandro y la de América por nosotros para enseñarnos como la humanidad camina hacia el progreso por la reacción. ¿Cómo no se había de exaltar su imaginación siempre joven al contemplar esta obra cuyos cimientos de cien años sostienen la vida de la nación más felíz de la tierra? ¡qué ideas surgirían en su mente al recordar que él fué también presidente de una república como Washington, y al recordar como ambos abandonaron el poder, uno huyendo de las bayonetas y el otro terminando su despedida con estas palabras: «Confiando en la bondad de estos consejos y movido por el ferviente amor hacia el país que me ha visto nacer así como á mis antepasados por una serie de generaciones; anticipo mi retiro con la agradable esperanza de compartir con mis conciudadanos la benigna influencia de leyes administradas por un gobierno libre: que ha sido el objetivo predilecto de mi alma y la feliz recompensa de nuestros cuidados, trabajos y peligros.»

El edificio se compone de tres cuerpos, el central es lo que constituyó el Capitolio al principio de siglo, modificado por la hermosa cúpula que hoy le corona; á los lados norte y sur se encuentran las extensiones añadidas, que son de mármol, y sus pórticos semejantes al del cuerpo central. La proyección del este con sus espaciosas escaleras ocupa un espacio de 65 piés partiendo del cuerpo del edificio y está adornado con 24 columnas sosteniendo un ornamento triangular de 80 piés de estensión, siendo el frente del edificio original de 352 piés.

Al subir las espaciosas gradas el horizonte se estrecha y el viajero parece sumergido en la inmensa mole, hasta que llega á la suntuosa portada que es donde se toma juramento al Presidente electo, y entonces si el observador es español queda anonadado porque inmediatamente se le presentan á la imaginación dos épocas 1492-1890,, considerando como uno de los pueblos más enérgicos y grandes de Europa, ha venido á menos por la miseria de los que le han dirigido en su decadente historia. Allí en la gran puerta de bronce que dá paso á la entrada principal se ven esculpidas en cuadros de alto relieve las nobles figuras de los reyes católicos, del Consejo de Salamanca; y por cima de todos los grabados el desembarco de los españoles en San Salvador. Aquí vemos las figuras de Cortés, Vasco Núñez de Balboa, los Pinzones, Pizarro y los desconocidos varones que siguieron á Colón, y que son como la apoteósis del genio de nuestra raza.

Descartando de estas consideraciones los perjuicios del patriotismo, y contemplando como los americanos celebrando sus glorias posteriores ponen en lugar prominente las nuestras, es ocasión de compartir las juiciosas opiniones de A. Humboldt según las que es un error creer que los conquistadores fueron guiados únicamente por la sed de oro ó por el fanatismo religioso. La civilización árabe, las escuelas astronómicas de Córdova, Sevilla y Granada ejercieron una influencia colosal sobre el desarrollo de la marina de España y Portugal, las ideas de los grandes descubrimientos y las verdades más importantes del orden físico dominaban en el espíritu de los navegantes y de los escritores, y vemos bien que si los ignorantes se entusiasmaban con imaginarios tesoros; los caudillos estaban influidos por amor á lo maravilloso, á las grandes empresas y á los descubrimientos geográficos como lo prueba el que en treinta años de 1492 á 1522 se rea-

lisé todo lo más memorable respecto al conocimiento del globo.

Penetrando en el edificio se llega á la gran rotonda del centro del Capitolio, es de 90 piés de diámetro con una altura de 180 y en toda su extensión está decorada con magníficos cuadros de la historia americana, necesitándose llenar algunas cuartillas para dar detalles de las hermosas pinturas que la adornan.

Una de las características de los edificios del Estado en los Estados Unidos es que no tienen guardias, ni porteros, penetrando el visitador en todos los departamentos por derecho propio, y así discurriendo por las galerías dimos con la hermosa biblioteca del congreso donde fuimos invitados á entrar por una señora de edad empleada en la dependencia y sin haber todavía desplegado nosotros los labios nos dijo: «you are quite a spaniard: come in» y nos condujo al departamento de historia donde numerosos lectores hojeaban libros y manuscritos así españoles como extranjeros. La biblioteca es inmensa con acceso á todo el mundo y posee como 600,000 volúmenes y unas 200,000 publicaciones periódicas de todas partes, y aquí como en casi todos los departamentos son en su mayor parte señoras las encargadas del servicio de la biblioteca.

De aquí pasamos al punto objetivo de nuestra visita al Capitolio que era presenciar una sesión del Congreso y otra del Senado tal como se celebran en un dia ordinario. El salón de la Cámara de representantes que se encuentra al sur del edificio es de forma rectangular con el techo de hierro bronceado, claraboyas con ventanas de cristal adornadas con las armas del Estado. El aspecto de la función es de lo más democrático en su género, con la misma animación que en nuestras cortes. Las levitas están en menor número así como los trajes negros, y en muchas ocasiones los dependientes no se distinguen de los diputados, porque aquellos van vestidos como su sueldo les da á entender y á éstos se les conoce porque están sentados en ocho series semicirculares de butacas, teniendo cada una delante un pupitre, algunos bien cargados de papeles por cierto: lo que nos dió lugar á diferenciar á simple vista los diputados que estudian, de las figuras decorativas que en nuestro país llamamos la tripa del congreso ó los señores anónimos.

Al frente del centro del semicírculo está la mesa del presidente ó Speaker (que nos recordó al conde Toreno,) y detrás de el

adosados al muro los retratos de Washington, Lafayette, así como otros cuadros históricos; y algo separados de la mesa del presidente pero también al frente del semicírculo cuyos asientos están en ligera gradación, se encuentran colocados los Secretarios de la Cámara. Como en el parlamento de los Estados Unidos, los ministros ó secretarios del Presidente de la nacióu no hacen falta ninguna, no se necesita tampoco banco azul ni rojo. Las tribunas (Gallery) ocupan los cuatro lados de la Cámara habiendo espacio para 1.200 personas. En el sitio reservado para la prensa había unos cuantos periodistas tomando notas, en tanto que el reservado para el cuerpo diplomático se hallaba desierto, probando así que los embajadores además de ser perfectamente inútiles en la época actual son perfectamente caros. No se observa allí tampoco ni una guardia, ni un policía ni un uniforme, no encontrando el público dificultad alguna para entrar ó salir. En las tribunas abundan las personas de color y clases populares. y los porteros de las diez ó doce puertas que por todos lados dan acceso á la galería se pasean tranquilamente por los corredores fuera de la sala. Los representantes llaman á los dependientes por medio de una palmada siendo aquello un torbellino habiendo un movimiento inusitado en traer y llevar cartas y partes telegráficos.

Como en la Cámara se ocupaban de asuntos corrientes, pasamos al senado que se halla al otro extremo dol edificio, observándose el mismo orden, y el mismo aspecto de la sala, aunque nos pareció más pequeña, y si en aquella nos colocamos frente al Presidente, en esta en frente de los senadores para verlos bien las caras. Son los más pacíficos del mundo y eso que tuvimos la fortuna de presenciar una de las sesiones en que se discutía el «force bill,» elque de haberse convertido en ley hubiera introducido una perturbación dolorosa entre las relaciones de los dos partidos que se disputan el poder. Por esa ley los republicanos siempre hubieran ganado las elecciones y dado motivo tal vez á otra guerra civil; pero aquí el buen sentido domina á pesar de la intransigencia, llegando nosotros en el momento que el senador Quay se pronunciaba abiertamente contra el bill propuesto por su partido. Las discusiones son más familiares que las nuestras, menos conceptuosas, y con frecuencia el preopinante interrumpe al orador contestando á sus argumentos, siendo la oratoria más de conversación que de discurso. Los senadores que oimos hablaban

al estilo de la escuela de Aristótelas, paseando, pero sin ese braceo y cambio de tono y timbre tan del gusto de los oradores romanos, y que han heredado con creces nuestros Castelares de hoy. Visten también á la negligé y aquí tampoco vimos á los célebres porteros como los de nuestras cortes que barren por la mañana, y por la tarde se ponen la casaca que á lo lejos les hace aparecer como ministros. Como innovación importante vimos un fonógrafo registrnndo la voz del orador, y por lo tanto de aquí en adelante ya no se puede decir en la Cámara la frase «que se escriban esas palabras» sino que se reproduzcan.

Para sostener el orden en caso de necesidad, cuidar los jardines, estátuas, etc. etc. que rodean el Capitolio así como acompañar á los que visitan y suministrar los informes que pidan, existen unos cuantos empleados nombrados uno por cada Estado y se hallan á las órdenes de un capitán y tres oficiales, no estando demás advertir que entre ellos hay varios estudiantes ya que sus funciones les dejan bastante tiempo libre. Otras dependencias como donde el Presidente firma las leyes votadas, donde se reune la corte suprema, la Cámara de mármol donde van á descansar los senadores, la de señoras, la oficina de correos son de una gran magnificencia, y en todas ellas hay pinturas alegóricas á la guerra, á la paz, á la religión; sin olvidarse de los retratos de Colón, Washington, Franklin y Generales que tomaron parte en la guerra de la independencia.

No quisiéramos concluir esta descripción sin dar algunos datos históricos de esta soberbia construcción, tal como nos fueron suministrados. La primera piedra fué puesta por Washington el 18 de Septiembre de 1793, la rotondo se hizo en 1818, y después de varias modificacianes del proyecto el edificio no se dió por concluído hasta 1827. Aunque parezcan estrañas estas dilaciones se explican fácilmente si se tiene en cuenta que hasta mediados de siglo el Estado Nacional de los Estados Unidos ha sido el más pobre del mundo, y yo creo que los americanos ahora se vengan de aquellas calamitosas situaciones encerrando en su edificio del Tesoro cientos de millones de pesos. Las dos extensiones se fundaron en 1851, y la obra total hasta hoy ha costado quince millones de pesos.

Cuando con sentimiento se abandona el Capitolio por el lado de la Biblioteca que dá al oeste, el panorama se presenta con una

belleza extraordinaria, porque desde la colina se perciben los edificios de la ciudad entre los árboles, pero lo que atrae las miradas del viajero, es el jardín botánico situado entre las bifurcaciones de las avenidas de Pensylvania y Maryland que parten del mismo Capitolio. Está primorosamente cuidado, le rodean verjas de hierro, y en el centro hay un hermoso invernadero rodeado de otros más pequeños, y al lado una monumental fuente construida por Bhartoldi. El orden de las plantaciones, y la clasificación de las especies se halla establecida de modo que se combina la naturaleza con el gusto artístico, la belleza con la utilidad, porque ha presidido en su dirección el interés de formar la conciencia estética del pueblo. Siguiendo la dirección del botánico y desplegándose como en un mapa se encuentran desde el botánico hasta el gran parque que limita las riberas del Potomac otros más pequeños donde están situados el departamento de agricultura, la institución Smithsoniana y el monumento dedicado á Washington. El orden, limpieza, pulcritud, esmero y belleza que presentan estos paseos, lo mismo se nota al respirar el balsámico ambiente recorriendo sus calles, que desde la elevación de 500 piés de altura de la pirámide dedicada al fundador de la república.

Una permanencia de ocho dias en la hermosa ciudad no es suficiente para admirar lo más notable que encierra, y menos si al par de lo exterior queremos penetrar en la vida ordinaria y en los productos de la inteligencia. Diferente de las demás capitales de los Estados de Europa en Washington no se ve la absorción de la vida nacional, ni de los caudales, ni del arte, ni de la enseñanza; ni siquiera la voluntad del poder federal. Los habitantes ni en sus costumbres ni en su trato adoptan ese aire de superioridad que en París, Berlín ó Madrid manifiestan sobre los de provincias como si lo que constituye la nacionalidad estuviera encarnado alrededor de los edificios donde se reunen los representantes al parlamento ó donde residen las instituciones más altas. Washington no es el cerebro y ni aún siquiera el estómago de los Estados Unidos, es la residencia del gobierno federal con funciones limitadas á guardar y hacer guardar la constitución, sin que intervenga en lo más mínimo en la soberanía de los Estados que constituyen la unión americana. Sus habitantes además de pertenecer á la nación más feliz, son los ciudadanos más

felices de la nación más feliz; aserción en que han de convenir con nosotros los habaneros que no supieran hasta ahora que Washington es un municipio sin alcaldes ni concejales; y sin embargo es la municipalidad mejor gobernada del mundo, con la particularidad única en su especie que en lugar de gobernar la capital de la nación á los Estados, éstos gobiernan la capital por medio de sus representantes y del presidente de la república.

Con tan limitado tiempo, con recursos más limitados aún, con escasos conocimientos del idioma, y sin uinguno personal porque la embajada en masa, incluso el portero, se hallaba tomando el fresco en Cape May, adoptamos el mejor medio de visitar la ciudad recorriéndola primero en todas direcciones á precios módicos usando los tranvías, habiendo la ventaja en estos vehículos de ponerse en contacto directo con las diferentes clases sociales según las horas. Así pudimos convencernos que allí hay pocos obreros industriales, muchos extranjeros de diferentes nacionalidades, bastante raza de color; no faltando tampoco los pretendientes á empleos públicos que en todas partes se distinguen por sus caras macilentas y semblantes neuróticos, manos finas, y uñas bien cuidadas.

Después de estos viajes cuya utilidad salta á la vista, lo peculiar del ornato público que se encuentra en Washington, son los pequeños parques de diferentes formas geométricas que se observan en la intersección de las calles con las avenidas, los parques más grandes que se encuentran en diferentes sitios, y el espacio que comprende la vía pública que es de 120 á 160 piés para las avenidas y de 80 á 120 para las calles lo que dá un hermoso aspecto á la ciudad, y condiciones higiénicas inmejorables.

Volviendo á las dependencias oficiales, breves horas dedicamos á visitar los edificios que llaman la atención de la mayor parte de los viajeros. En estos terrenos que presentan un bello panorama desde el obelisco, se encuentra Casa Blanca, teniendo de notable los jardines que la rodean y otra cosa más notable aún para nosotros los europeos, que no se ven guardias ni centinelas. Al oeste calle por medio se halla el Departamento de Estado, Guerra y Marina, suntuoso edificio, tal vez el mejor de la Unión, construido de granito, y sus cuatro frentes sin llegar á la magnificencia de la parte del palacio real de Madrid que dá á la plaza de la armería, no desmerece de encontrarse á su lado.

En las entradas principales adornan los lados de la escalera exterior dos cañones de bronce, excepto en la que dá paso al departamento de Estado, como indicando que los americanos no quieren pelear con nadie.

Después del Capitolio no hemos visto edificio alguno tan esbelto como éste así en las proporciones como en la posición y gusto arquitectónico. Al este de la Executive Mansión como llaman oficialmente á Casa Blanca y de casi las mismas dimensiones que el departamento de guerra y marina se halla el tesoro, soberbia construcción también de cuatro frentes, con numerosas oficinas y salones, pero principalmente donde está la caja de caudales, y tiene tanto lujo que parece el verdadero templo dedicado por la mitología griega al dios Mercurio. Allí enseñan tanto oro y tanta plata que haciendo uso de una frase andaluza se puede decir sin exageración que se pueden sacar muchos carros llenos de onzas.

Como lo que no hemos de comer hay que dejarlo cocer, salimos de allí cariacontecidos pensando en las desigualdades humanas, y en las diferencias irritantes entre tesoros y tesoros, para encaminarnos á la Oficina de Patentes. Tiene el edificio una extensión comprendida entre las calles 7 y 9 y según dicen costó dos millones setecientos mil pesos, y en este lugar yacen los expedientes que pertenecen tanto á las grandes invenciones como á las colosales chifladuras. Allí están los expedientes de armas, máquinas eléctricas, aparatos para cortar y freir patatas que tantos miles de pesos han dado á su inventor, relojes de papel que según su autor son más seguros que el sol, aparatos para demostrar el movimiento continuo, cálculos para la cuadratura del círculo. Allí están los suspiros de los inventores malogrados y las colosales fortunas de los que acertaron á ver crecer la yerba. Estas oficinas son modelos de orden, de limpieza, de clasificación; y los empleados modelo de cultura y amabilidad, enseñándanos los expedientes que les pedimos sin hacer objección alguna.

Era hora de llegar á las instituciones científicas que existen en Washington, pero nuestra ambición por enterarnos de todo (lo que es muy próximo á no enterarse de nada) se quedó reducida á visitar la Smithsonian Institution y el departamento de agricultura. Son dos edificios que están situados en parques contiguos y que se llaman respectivamente Smithsonian y Agricultura

Grounds. El dedicado á la institución Smithsoniana es un modesto pero elegante edificio que recuerda las iglesias de la edad media, y el objeto de esta institución es análogo á lo que en Europa se llama sociedad para promover el adelanto de las ciencias. Se puede decir que esta es el único centro científico de carácter oficial que tiene la Unión, y si sus directores no se poseen del carácter dogmático, ni son invadidos del vértigo de la vanidad de la sabiduría, tan común en las academias y Universidades oficiales de Europa, ha de llegar á ser una de las mejoras instituciones del mundo. Desligada de todo carácter religioso hasta en su fundación, libre de los prejuicios de las antiguas escuelas, sus procedimientos están informados en la doctrina de la evolución y el carácter de sus estudios es el de las modernas ciencias positivas. Han dado á la antropología una extensión considerable, y sus colecciones etnográficas son infinitas. El registro geológico tan acabado que se ha hecho en los Estados Unidos ha contribuido de dos modos á la cultura de los americanos: enriqueciendo las colecciones, y despertando el gusto por las ciencias naturales de tal modo que allí están muy por debajo los estudios filosóficos y literarios. Los fondos de esta sociedad suministrados por el Estado y los particulares ascienden á la cantidad de 703,000 pesos y rinden el seis por ciento, el edificio es pequeño para contener tantos ejemplares, y la extensión de los trabajos científicos es extraordinario. En la actualidad posee tres millones de ejemplares.

Allí nos enseñaron los planos para la construcción de un observatorio de física astronómica, así como un laboratorio general para las preparaciones biológicas. Más historia de la humanidad se estudia en los museos de la institución en tres dias que leyendo dos veces la historia universal de César Cantú. Los médicos militares y de la armada han contribuido á aumentar las colecciones porque han organizado muchas expediciones con carácter científico, y allí al lado de los productos de las diferentes razas que viven en la actualidad, se encuentran los útiles de la edad de piedra y la del bronce en sus diferentes épocas. De las costumbres y útiles de lo esquimales existe una rica colección, la industria de los indios perfectamente clasificada, momias de reyes del antiguo Egipto, cráneos, especies paleontológicas etc. Y si encantan las colecciones de la institución smithsoniana, y si enseñan por que están clasificadas con arreglo á los conocimien-

tos modernos, sus procedimientos civilizadores son admirables. A los métodos fósiles de nuestras Universidades y Academias que solo muestran de puertas adentro los residues del alimento científico que digerieron nuestros antepasados, la institución propaga la ciencia á la luz del dia publicando sus trabajos regalando unos, y otros vendiéndolos á ínfimo precio que en muchos casos no llegan á dos centavos. Y tan amables son los encargados del museo que à la menor indicación proporcionan los trabajos publicados. El que sea aficionado á estos estudios no sale del edificio en varios dias.

Aquí en este museo observamos un fenómeno que tiene un parecido semejante al que se ve en el museo de pinturas de Madrid. El público general que visita este prestará poca atención á los cuadros de Murillo de Velazquez ó del Españoletto, pero cuando llega al cuadro del hambre de Goya que representa una escena de la guerra de la independencia, las gentes sencillas quedan extasiadas y con la boca abierta por algunos momentos. En el museo de que hablamos son los recuerdos de Washington los que cautivan la atención. Los visitantes contemplaban con un recogimiento casi superticioso los objetos que pertenecieron al grande hombre. La casaca que llevaba cuando hizo dimisión de la presidencia, los útiles de cocina que usaba en campaña compuestos de una sarten, parrillas, platos de hierro, tenedores un cuchillo, la destrozada silla del caballo que montaba, la maleta de grupa, sus espadas para los dias de fiestas, y sus tizonas para los dias de campaña. Los americanos quedaban contemplando sus útiles; pero yo quedé contemplando, su correspondencia escrita de su puño y letra, sus proclamas, sus decretos, y su vida de ciudadano honrado.

Tanto los asilos como Hospitales, Universidades, la Casa de correos y la galería de artes son establecimientos parecidos á los demás de la Unión, sin que merezcan cita especial, pero no hemos de pasar en silencio el cuartel de inválidos (soldiers' home) donde se admiten los inutilizados del ejército regular. Además de los fondos propios se sostiene con 0'25 centavos que cada soldado en activo deja mensualmente. Se encuentra á tres millas del centro de la ciudad y conduce á él un tranvía eléctrico atravesando hermosas avenidas con numerosas quintas de recreo. Aquellos paseos son deliciosos y á menudo se ven grupos de vein-

te ó más señoritas corriendo en velocípedos. Los terrenos pertenecientes al establecimiento ocupan 500 acres y el edificio de mármol, presenta un aspecto severo, y está rodeado de huertas, arboledas, con todo lo demás que hace la vida apacible y tranquila en medio del infortunio. La posición es pintoresca percibiéndose la ciudad como si estuviera acostada á la falda del Capitolio, y las residencias de los oficiales son elegantes, independientes del edificio principal.

Siguiendo á los terrenos de la institución smithsoniana está el departamento de agricultura, otro de los edificios más bonitos de Washington, y es la institución más importante del gobierno nacional porque ha proporcionado la fabulosa riqueza de los Estados Unidos. Está organizado con lujo, los estudios se reparten grátis y los ingenieros agrónomos trabajan con asiduidad y constancia la sección de química está bien dotada y aquí se investigan alimentos, cereales, plantas textiles y azucareras y productos animales. Se informa á los labradores acerca de los buenos métodos de crianza y cultivo, de la preparación de terrenos, se suministran informes estadísticos de la producción universal, del estado de las cosechas, de las probabilidades del tiempo, así como de los estudios practicados en el departamento.

Se habla con frecuencia entre nosotros de la sequedad y mala educación yankee, pero yo he tenido la suerte de encontrar siempre amabilidad esquisita excepto en los empleados de los ferrocarriles. Al entrar en el edificio preguntamos á un empleado por la persona á quien íbamos buscando, y nos condujo á una hermosa biblioteca donde se hallaba un caballero bastante entrado en años, cara inteligente pero de rasgos duros, acompañado de una señorita que nos presentó como su hija. Nos manifestó que la persona que buscábamos no tardaría en venir y mientras tanto nos hizo sentar. Entramos en conversación resignándose á hablar lentamente para que le comprendiéramos, así como á escucharnos con paciencia el disparatado inglés que poseemos. La conversación recayó primero sobre las instituciones políticas de la Unión, de su riqueza, de sus ferrocarriles, de sus canales y sus lagos.

Nos informó que en 1880 pasó por Detroit River durante 234 días de navegación un tonelaje que excedió en 2.468,127 toneladas á todo el del comercio británico y extranjero que entró en los

puertos de Londres y Liverpool durante la misma época, nos participó que por el canal de St. Mary había pasado una carga que excedía en más de dos millones de toneladas sobre todo el tonelaje que atravesó el canal de Suez de todas las naciones en dicho año; y quedamos asombrados cuando nos demostró con datos que la carga conducida por los ferrocarriles americanos, excedía en más de treinta millones de toneladas al total de la carga conducida en el mismo espacio de tiempo por todos los ferrocarriles de Inglaterra, Alemania, Francia y Rusia.

Nos dijo luego que la prosperidad inusitada de la Unión había empezado después de la guerra de secesión, y que la verdadera característica del yankee consiste en que solo confía en sus propias fuerzas.

La mayor parte de los hombres en que figuramos algo en la república, nos decía, somos selfmademen, y yo tenía 29 años y todavía era conductor de carruajes en New Jersey, así como Garfield era labrador en la misma época. El departamento de agricultura, añadió, no ha llegado ni con mucho á lo que nos prometemos dentro de algunos años, la importancia de esta institución no es obra de un día, se necesitan acumular datos, completar los servicios, atender á las nuevas necesidades, y crear nuevas ramificaciones. No piense que nosotros gastamos mucho más que ustedes los españoles en el departamento de agricultura, pero mientras su gobierno se dedicó primero á hacer ingenieros antes que instituciones agrícolas, nosotros hemos hecho primero la institución para después tener ingenieros. Usted verá nuestro museo de agricultura, nuestros terrenos para ensayos de cultivo, nuestro invernadero, nuestro laboratorio y nuestros jardines; así comprenderá que debido á los modestos trabajos que aquí se efectúan dentro de poco tiempo las plantas textiles darán muchos millones á los agricultores, hemos desengañado á los capitalistas para que no empleen su crédito en la siembra de caña en ciertos territorios de la Unión, ni en las plantaciones de sorgo; así como debido á nuestros consejos hoy se obtienen mayores rendimientos en otros ingenios. La producción de trigo, que es inmensa en el oeste, se debe á la elección bien estudiada de las variedades y por último las viñas de California ya dan tantos ectólitros como los viñedos de España, en una palabra; toda la producción agrícola es objeto de nuestras informaciones.

Cuando salimos á visitar el departamento con Mr. Wiley, químico, que era la persona á quien buscábamos, le preguntamos ¿Quién es ese señor que nos ha hecho pasar un rato tan agradable? Es el Jefe del departamento, Mr. Rusk, que llamarían ustedes en España el «Ministro de agricultura» nos contestó sencillamente.

GASTON A. CUADRADO.

CASTELAR Y SU OBRA

Si de algún hombre público puede asegurarse que sin morir ha concluído, ese hombre público es D. Emilio Castelar. No es de ahora que el tribuno español viene repitiéndose á sí mismo sin añadir nada nuevo á sus conocidas negaciones, cosa en realidad muy explicable, pues poco puede hacer ya que valga la pena quien ha pasado la segunda parte de su vida destruyendo lo que dijo é hizo en la primera.

Confieso que la personalidad de Castelar es de las que me atraen, tanto en su apoteósis como en su caida; mas no en el sentido de la admiración ó de la simpatía sino en mi calidad de espectador que aprecia un espectáculo teatral por su valor estético haciendo caso omiso de la pasión que pueda inspirarle el héroe de la obra. El orador republicano es para mí uno de tantos hombres ilustres á quienes aplaudo ó censuro según el hecho ó la ocasión, no de un modo preconcebido y sistemático. Algo semejante me sucede con Horacio, ante quien me inclino por lo que tuvo de artista y á quien no puedo amar cuando recuerdo su huída de Filipos y el afán lamentable que le llevó á dorar con sus versos las nacientes corrupciones del Imperio.

Quiero decir sencillamente que no soy un apologista ni tampoco un detractor de la célebre personalidad que ha compartido con el general Prim y Cánovas las miradas de la opinión europea y los odios y los amores de sus mismos compatriotas. Castelar llenará algunos capítulos de la historia de España como personaje político y jefe de un gobierno y, á más, ocupará no pocas páginas de la crítica literaria del porvenir en el concepto de his-

toriador, orador y literato. Y véase si un tema tan interesante no es para atraer con amor de artista aún á los que, como yo, miran las cosas desde abajo. Hay, también, otra circunstancia que explica el juicio, un tanto complejo, que el Sr. Castelar me inspira. En mi adolescencia fuí un admirador ferviente de este gran poeta. Todo lo que publicaba me lo leía con la intemperancia del muchacho que se arroja sobre el manjar sabroso sin fijarse en los desarreglos que puede producirle. Señalé con piedra miliar el dia en que, por primera vez, le oí en el Congreso de diputados. Todavía puedo recitar de corrido páginas enteras de sus discursos. Ese entusiasmo se fué entibiando notablemente, primero por las rectificaciones políticas del Sr. Castelar y luego por la nueva dirección que he pretendido dar á mis aficiones literarias. Hoy cuando veo que los periódicos lo citan me hace el efecto de un nombre puramente histórico y cuando tropiezo con algún trabajo suyo me cuesta un esfuerzo penoso su lectura. Esto no significa que yo sienta un desdén absurdo hacia el artista en su decadencia ó hacia el apóstol en sus arrepentimientos; es un fenómeno natural en quien come dulces con exceso. Tanto me dí á saborear las golosinas de su bella retórica y á embriagar mis ojos con los colorines de su estilo. que el concepto más inocente del Sr. Castelar me recuerda con espanto mis anteriores indigestiones.

Pero ni mi entusiasmo de ayer ni la frialdad de hoy serán motivos para que yo le juzgue con criterio apasionado. Toda figura histórica debe someterse á una ley de perspectiva. Las sociedades humanas pasan por dias de fiebre y por dias de reflexión y los hombres que las impulsan tienen que amoldarse á los acontecimientos para poder dirigirlos. Esto hizo Cromwell, esto hace Gladstone y esto empezaba á hacer Gambetta cuando la muerte se lo llevó en plena virilidad física é intelectual. Lo que importa saber es si la rectificación de una idea presenta, efectivamente, una ventaja positiva, si vale la pena cambiar un sueño halagador por una realidad que no siempre es provechosa. Y véase aquí el punto crítico de la vida de Castelar, el punto que se discute con verdadera pasión entre los republicanos, sus amigos de otros tiempos, y los monárquicos, panegiristas obligados de sus actuales evoluciones. La opinión democrática condena al tribuno arrepentido, y es que, para los pueblos, la palinodia es más imperdonable que el pecado.

D. Emilio Castelar nació á la vida pública con el movimiento revolucionario de 1854. Fué aquel el instante oportuno para su aparición, porque, de surgir diez años antes, hubiera sido, por falta de atmósfera adecuada, un progresista más, un orador al estilo de López y no el profeta de un ideal atrevido, que venía á imprimir con su audaz propaganda una huella profunda en la historia política de España. La revolución aludida le ofreció el espacio que reclamaban sus ideas; era una revolución que dió el espectáculo hasta entonces inverosímil de que algunos diputados votaran contra la monarquía en plenas Cortes constituyentes.

Sabido es que desde 1812 los principios políticos más exagerados se detenían humildes ante el solio. Los odios provocados por las venganzas de Fernando VII dirigíanse exclusivamente contra la persona del monarca, quedando siempre á salvo el magnífico simbolismo de la vieja institución que estaba ligada al pueblo con los lazos de la historia.

Ni Alcalá Galiano, en su primera época, en los dias del *Trágala* y *La Fontana de oro*, ni Romero Alpuente, á quien se asignaba la representación, ya que no el aliento, de Robespierre, pensaron nunca en derribar la monarquía y sustituirla con otra forma de gobierno. Hízose necesaria una serie interminable de decepciones para que los exaltados como Orense, Rivero y el Conde de las Navas dieran un adios á la historia de su pais y buscaran en una fórmula nueva la expresión definitiva de sus anhelos.

Castelar se adhirió al ideal recién nacido y desde entonces fué republicano. Si acertamos á explicarnos por que lo fué, tendremos la clave secreta de toda la vida pública del tribuno. Casio mató á César más por odio al tirano que por amor á la libertad. El duque de Orleans fué convencional por creer que el camino de la revolución era para su familia el camino del trono. Robespierre vió en la república una abstracción sublime y se empeñó en realizar, á fuerza de sangre, el problema metafísico de que estaba enamorado. Estos ejemplos se los sabe todo el mundo de memoria. Pues bien, Castelar que es un temperamento apasionado de la belleza, se hizo republicano por amor al arte, es decir, á ese arte de hablar y escribir que en los dias clásicos de Grecia, en la expresión magestuosa del pueblo romano y en el ambiente poético de las pequeñas repúblicas italianas, encuentra un caudal magnífico de imágenes, un aspecto heróico y bello de la his-

toria, aún más facinador por la perspectiva imponente de los siglos.

No diré que éste sea exclusivamente el estímulo decisivo de su vocación republicana. Cierto que si una idea es hermosa y al mismo tiempo útil, hemos de amarla en cuanto es útil y es hermosa; pero el estadista á lo Bismark prescinde fácilmente de lo bello para quedarse con lo útil y el soñador como Castelar pasa indiferente sobre lo útil para quedarse con lo bello. Y tanto es así que el dia en que la república puso á su vista todas las falsedades, ó como él dice, «todas las impurezas de la realidad» empezó á flaquear su pasión de sectario, porque habían desaparecido sus ilusiones de poeta. El cantón le pareció una cosa horrible para la república que había modelado con sus sueños. El carlismo en armas otra cosa más horrible, y así sucesivamente. Embebido en la contemplación serena del ideal, se apocó al sentir la ruda acometida de los hechos. Hechos brutales sí, mas no imprevistos, porque fundar la república en un país como España sin educación política era emprender el camino del Calvario. Castelar creyó hacer una excursión de recreo coronedo de rosas y á los sones gratos de su lira. A la primera caida, el poeta estaba vencido y el republicano también.

Me he adelantado á los hechos y á mi propósito precisamente porque el vicio que aqueja al Sr. Castelar como político es anterior á determinados acontecimientos que hoy vienen á explicar su evolución. Desde el instante en que el espíritu toma una dirección, partiendo de un móvil, todo lo que después haga ó realice obedece al orden de afectos y fenómenos creados de un modo previo por ese móvil. El de Castelar ha sido puramente estético y las inconsecuencias del político vienen á ser los desfallecimientos de un artista escarmentado.

Tomando, pues, nuevamente el hilo de los sucesos diré que la revolución de 1854 fué, respecto del orador, una oportunidad providencial para la iniciación de sus destinos. Un discurso en el Teatro de Oriente y algunos más ante el jurado en defensa de periódicos perseguidos por el fiscal de imprenta, le dieron toda la notoriedad que puede anhelar un novicio en la política, si bien hasta algunos años más tarde no adquirió su nombre la fama inmensa de que le hemos visto rodeado. Por lo pronto, en *La Discusión* y *La Democracia* vino á ser un periodista brillante y popu-

lar. Aunque la factura exquisita de su lenguaje no fuera propia para popularizarlo en periódicos escritos para el vulgo y, sobre todo, para el vulgo de la democracia española ayuna de antecedentes acerca de las doctrinas que principiaba á profesar, lo cierto es que sus artículos conquistaron gran número de lectores.

Su estilo nuevo, vibrante y galoneado fué entonces una revelación, ya que el único precursor que había tenido en ese lujo sin freno que hacía desplegar à nuestra lengua—el marqués de Valdegamas—ni por el carácter de su talento ni por sus aficiones ni por sus ideas fué á propósito para ponerse en contacto con la muchedumbre. Castelar cultivó un terreno propiamente suyo y llevó á la política el verbo exuberante de Calderón en el teatro. Y resultó que todos le leían; los que pudieron comprenderle por afición ó curiosidad y los que no porque les sonaba muy bien el rumor harmonioso de su prosa.

Además, el periodista tocaba temas muy simpáticos para la opinión liberal de aquella época. Léanse los dos volúmenes en que ha coleccionado esos artículos y se verá que allí abogó con energía por la causa de los federales norte-americanos cuando la España oficial se inclinaba ostensiblemente á los confederados, por el triunfo de Juarez sobre Maximiliano, por la evacuación de Santo Domingo y por la unidad de Italia, hecho que hería los intereses de familia de los Borbones españoles. Esta última campaña fué sostenida con verdadero fervor, con entusiasmo que nunca le agradecerán bastante los italianos, los cuales le ofrecieron públicameate una prueba de consideración y simpatía.

Hay también en la colección un artículo titulado *El Rasgo*, que demuestra una audacia increible en tales tiempos. Por primera vez un súbdito español osaba ponerse frente al monarca para discutir su desprendimiento hasta ese instante por nadie puesto en duda. El artículo causó general espectación, escándalo inaudito, que no era para menos, en la patria de Felipe II, ver á un plebeyo, á un átomo desafiando á una institución elevada sobre su pedestal de trece siglos. Castelar, como resultado de esa aventura, perdió su cátedra de Historia en la Universidad Central y se ganó una popularidad sin ejemplo desde los grandes dias de Mendizábal y Espartero. El motín estudiantil conocido por la noche de San Daniel y la persecución de que le hizo víctima el gobierno moderado completaron su apoteósis.

Con la obra política alternaban sus labores literarias y especialmente el culto á la Historia que ha sido la pasión más persistente de su vida. Sus lecciones sobre *La civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo* atrajeron al Ateneo de Madrid una multitud ávida de aplaudirle con poco discernimiento. El tema es muy vasto y así cuidó de probárselo D. Juan Valera en un juicio severo y justo que pareció una nota desafinada en medio de aquel entusiasmo delirante. También le dijo, y con muchísima razón, que por la senda que había emprendido sería un López ó un Argüelles, no un Vico ó un Herder. Castelar persistió en su idea é hizo historia á su modo, conforme la hace siempre, esto es, tomando un hecho como punto de partida para probar una tésis y lanzando después un tropel de imágenes y cuadros que están muy lejos del austero propósito de esa ciencia. El mismo ha dicho que para leer la obra es indispensable ponerse espejuelos ahumados, queriendo prevenir así los deslumbramientos que producen en la retina intelectual la viveza de la luz y del color.

Por desgracia, de esas lecciones data el perjuicio más grave que el Sr. Castelar ha hecho á las letras españolas. No creo que él se perdone, ni el buen gusto le absuelva jamás por haber dado vida á una secta de prosistas líricos que aún nos aturden con la algarabía de sus gorjeos. En la Península y en la América Española la plaga tomó proporciones alarmantes y no hubo joven que, al hacer sus primeras armas como orador ó literato, no creyera oportuno disfrazar sus ideas con metáforas deformes. En esta desdichada empresa, Castelar ha sido un buen colaborador de Víctor Hugo. Porque *La Civilización en los cinco primeros siglos del cristianismo* es la manifestación más completa de su desmesurada fantasía. Semeja una de esas ricas telas orientales sin espacio libre para el fondo que desaparece bajo la profusión de los bordados y las tintas. La idea capital se pierde en un laberinto de tropos relumbrantes. Allí vemos asombrados hasta donde puede sorprender con sus matices y follajes la flora de la lengua castellana, pero, á la vez, pensamos con tristeza si tan hermoso instrumento está destinado á ser patrimonio exclusivo de una retórica estéril y ruidosa.

Por esa época quiso también condensar en un libro las ideas que iba derramando al detalle en la prensa y la tribuna y publi-

có *La Fórmula del progreso.* Resulta un trabajo de propaganda democrática con vistas á la filosofía de Hegel, porque Castelar es un hegeliano que parte de la tesis en busca de la síntesis prescindiendo de la antítesis. En *La Fórmula del progreso* todo está previsto, menos la realidad. Tal es el defecto permanente de todas las producciones de este autor. Fácil es escribir en contacto íntimo con las ideas; lo que es difícil es conocer los hombres y los pueblos. Castelar hace allí lo que todos los metafísicos, levanta un edificio muy bien labrado y no encuentra inquilinos que lo habiten. Pero el invento era plausible en una sociedad que de filosofía política sólo alcanzaba lo que Galiano y Donoso Cortés, un doctrinario y un mísico, le habían dicho desde la cátedra del Ateneo.

Mientras tanto, la política española iba tomando mal cariz y, á poco, estalló la revolución de los sarjentos de artillería, movimiento militar y popular que fué castigado severamente por el general O'Donell. El tribuno tomó la parte modesta y deslucida que correspondía á un agitador teórico muy poco aficionado á esa clase de funciones. El horror que tiene á las reveltas—hoy más que nunca pronunciado—es hijo de su temparamento y de sus hábitos. Su radicalismo siempre tuvo por límite el alcance de su palabra y jamás ha querido que el fusil se la traduzca. Realmente en esa faz de su vida el Sr. Castelelar no puede defenderse de las críticas que se le dirigen, no porque sea amigo de la evolución y enemigo de la fuerza, que esto es recomendable, sino por la contradicción en que ha incurrido al promover la acción para inmediatamente condenarla. Algunos de sus discursos son proclamas napoleónicas. Una prueba más, una prueba concluyente de la gran inconsecuencia de los poetas que se asustan cuando la realidad se propone encarnar sus desvaríos.

En momentos de represión, como los que sucedieron al 22 de Junio de 1866, no se aprecia ni se mide el alcance positivo de las responsabilidades con juicio sereno y alma generosa. Castelar salió para el destierro temiendo que le hicieran sufrir la pena de muerte á que había sido condenado. Llegó á Francia y encontró la patria de su espíritu. Fácil es comprender que dedicándose los emigrados españoles al arte de conspirar contra los Borbones, el concurse de Castelar no debió ser cosa de importancia. En París se dedicó á cultivar amistades ilustres y á escribir correspon-

dencias para los periódicos hispano-americanos. Allí dió mayor amplitud á sus ideas, porque la atmósfera de París ensancha los cerebros como el aire del campo dilata los pulmones.

Cuando regresó del destierro era ya un enemigo declarado de la situación creada por el grito de Septiembre. En unión de Pí y Margall y Figueras creó el partido republicano federal y fué electo diputado para las Constituyentes de 1869. Este es el punto culminante de su gloria. Detengámonos á contemplarle, pues nuestra contemplación valdrá tanto, como valió para sus contemporáneos, la de Savonarola en el púltito ó la de Verniaug en la Asamblea Legislativa.

Hasta entonces, con excepción de López, tribuno brillante apasionado, y de Valdegamas, orador pomposo y solemne, los maestros de la palabra en las Cortes españolas habían usado formas sencillas, si elocuentes. Argüelles se caracterizaba por la aridez de su verbosidad que no sé como pudo conquistarle la fama que disfrutó; Martínez de la Rosa fué la personificación del académico almidonado que perora con elegancia intachable, pero sin fuego ni arrenques; Alcalá Galiano hablaba como un purista, como los Cervantes y los Luises, sin tocar ni por asomos la fibra de la pasión; Olózaga se hacía notar por su intención aguda envuelta en frases transparantes, Aparisi y Guijarro por la serenidad de su plática que nunca llegó á adquirir el sabor especial de la oratoria parlamentaria, González Bravo por la impetuosidad y el desate de su lengua y Ríos Rosas por la vehemencia y el desorden. Ninguno había hecho de la palabra un plectro que al ser herido por los temas menos cantables, emitiera, no obstante, sonidos melodiosos. Fué Castelar quien llevó la lira á las Cortes y esta es su originalidad y este el mal ejemplo de que es reo. El rompió el molde parlamentario, puso á contribución su fantasía, su memoria, los conocimientos que había atesorado en la cátedra, que había demandado á las bibliotecas y sacó de su centro las cuestiones políticas para embellecerlas con las iluminaciones del arte y de la Historia. Su ilustración vastísima, aunque no profunda, le vino de perlas para el caso. El recinto del Congreso se pobló de harmonías y á los discursos descoloridos y prosaicos sucedieron las frases gallardas y esculturales, el período que surgía con la sonoridad y la extructura de la estrofa. De las materias más áridas tomaba iris y fulgores. La Filosofía, la Historia

Natural, la Física, la Astronomía le brindaban materiales y comparaciones que perdían su primitiva aridez para convertirse en símiles y pinceladas. La Historia fué siempre el arsenal favorito de su oratoria. Los dioses y los héroes de la Grecia, los patricios y plebeyos, los Césares, los bárbaros, el Papado y el Imperio, las Catedrales góticas, las municipalidades de la Edad Media, los comuneros de Castilla, la Revolución francesa, Napoleón y los aliados desfilaban, cada cual con su penacho y entre luces de bengala, para reforzar alguna interpelación sobre elecciones ó sobre los atentados de un ministro sin escrúpulos.

Estos períodos ondulantos y de exquisitas vibraciones parecen pedir el son de la flauta que, según se cuenta, solía acompañar la voz de algunos oradores griegos y romanos. Desde luego que los párrafos más salientes han debido ser tomados literalmente á la memoria y trascienden al aceite de lámpara á que olían ciertos discursos de Demóstenes, porque no es posible que la improvisación, es decir, la expresión rápida y expontánea de un concepto aparezca con tanto aliño y simetría. No me atrevo á asegurar lo mismo de toda la pieza oratoria por las dimensiones increíbles que suelen revestir los discursos de este orador extraordinario. Recuerdo haberle oído hablar cuatro horas seguidas y luego hacer una rectificación extensa, siendo lo estupendo del caso que no se fatigaron sus pulmones y su voz mantuvo la agradable entonación y el claro timbre que había adquirido al entrar de lleno en la materia.

Uno de sus discursos más famosos en las Constituyentes de 1869 fué el que pronunció en defensa de la libertad de cultos. Las actuales indecisiones políticas del Sr. Castelar son exactamente el reflejo de sus indecisiones religiosas en todas las épocas de su vida. Si fuéramos á juzgarlo por lo que ha declarado repetidas veces, cuando pudo penetrarse del conflicto entre la fe y la razón, optó por la razón, si bien su espíritu tiende por instinto á sumar ambos elementos, viniendo á constituir un ejemplo bastante original de cristianismo racionalista. Si lo juzgamos por sus amores íntimos, encontraremos al católico que recuerda el culto á la Virgen con delectaciones de místico, y las catedrales góticas con arrebatos de artista y de creyente. La verdad es que el aparato solemne y la vistosa indumentaria del catolicismo, encajan muy bien dentro de los gustos fastuosos de su imaginación; pero como

hombre de su época tenía que abogar por la emancipación de la conciencia religiosa. Sus enemigos más irreconciliables reconocerán que fué el primero en ir contra la historia de su país en ese y otro orden de ideas, porque la verdad es que Castelar ha sido en España el hombre de las más audaces iniciativas ideológicas. El discurso alcanzó una inmensa resonancia y más aún la rectificación al canónigo Manterola, la cual concluye con un párrafo no muy parlamentario, pero de magnífica elocuencia.

En esas Cortes y en las que les sucedieron hasta la abdicación de D. Amadeo de Saboya, Castelar realiza por completo la obra de sus afirmaciones. Habló contra la monarquía, contra la esclavitud, contra los ejércitos permanentes y contra las quintas. Abogó por la separación de la Iglesia y del Estado y por la legalidad de la propaganda que empezaba hacer la Asociación Internacional de trabajadores. El problema ultramarino le mereció algún recuerda y Cuba, especialmente, algunas odas en que hablaba de sus capitanes generales, de su eielo y de sus flores. A partir de ahí las colonias no figuran en sus discursos; casi ni las nombra y si alude á nuestros problemas es para quedarse en donde están Cánovas y Sagasta.

Apenas había iniciado una política de benevolencia respecto del ministerio radical presidido por D. Manuel Ruiz Zorrilla, vino la abdicación de D. Amadeo. En seguida se proclamó la república y Castelar fué ministro de Estado. Los hechos empezaron á pedirle cuenta de sus promesas. Poco después era Presidente del Poder Ejecutivo é inauguró inmediatamente el período de las rectificaciones. Había prometido la separación de la Iglesia y del Estado y le faltó tiempo para nombrar obispos y entenderse con la Santa Sede. Tronó contra el ejército y decretó una leva sin semejante. Dijo que la república en España sería federal ó no sería y dispuso el bombardeo de Cartagena que demandaba su parte proporcional de federación. Todo se derrumbaba á su alrededor. Guerra carlista, guerra cantonal, acorazados pirateando, conflictos internacionales y entre ellos el del *Virginius* que se resolvió de un modo favorable por el prestigio que el publicista español disfrutaba entre los prohombres norte-americanos. Cuando el general Pavía, el 3 de Enero de 1874, entró á tiros en el Congreso, ya Castelar lo había rectificado todo pidiendo el perdón de sus conciudadanos y el olvido de la Historia. No

culpemos de este desenlace á la república en sí; culpemos sí á sus ideólogos y poetas.

Castelar es, desde esa fecha, una sombra casi desvanecida de su anterior representación. Aún pronuncia discursos, aún da fe de vida pública con algunos actos sin importancia, pero no puede disimular la viudez de su espíritu, porque allí donde una idea mimada se arranca con violencias, ábrese un hueco que después no se llena fácilmente. Su popularidad se ha extinguido, como era de esperar, al eco de su misma palinodia. La situación del estadista recuerda la de aquel personaje de *Port Tarascon*, el cual cuando el juez le acusaba leyendo sus propios escritos, sus reclamos enormes, sus promesas hiperbólicas para atraer gentes á la colonia de Tartarín, contestó con la ingenuidad más cómica del mundo: «Pero señor, ¿será posible que yo haya dicho todo eso?» Hoy, cuando el Sr. Castelar evoque sus promesas de otros días, las bellas pinturas de su Arcadia, la federación, la paz general, etc. etc., también exclamará como el personaje de Daudet: ¿es posible que yo haya prometido todo eso?

La fantasía que fué su gloria ha sido su escarmiento. Como precursor cumplió admirablemente su objeto, mas ¡ay! no entrará en la tierra de Canaan. Nadie conquistó tantos prosélitos en tan pocos años de predicación. Casi todos los republicanos que hay en la Península son discípulos de su palabra, y téngase en cuenta que antes de él la república era un concepto desconocido para unos y temible para los más.

No es posible seguir al escritor en todos los libros que han brotado de su pluma. Su trabajo es un esfuerzo de gigante. Si se alinearan sus obras formarían un ejército de volúmenes. El intelecto de su raza ha repetido en él lo que hizo en Lope y Tirso, fenómenos de producción y mónstruos verdaderos de fecundidad. Aún prescindiendo de sus repeticiones constantes—porque Castelar se repite mucho—la cosecha es siempre enorme. Ha escrito novelas que son modelos de inverosimilitud y de afectación inaguantable. En todas ellas con la prosa de Castelar hablan los personajes por iliteratos que parezcan. *En La Hermana de la Caridad y Ricardo ó la historia de un corazón* no se encuentra un carácter ni siquiera un mediano estudio psilógico. Lo que hay allí, como también en *El ocaso de la libertad, Nerón* y otros engendros medio históricos, medio novelescos, es un lirismo antinatural y desenfrenado.

Las *Semblanzas contemporáneas* son estudios sintéticos de ciertas celebridades que han adquirido reputación universal. Una de las lecturas más amenas es, sin duda, la que se refiere á los hombres que han dejado sentir alguna nota intensa de su vida. Los miramos como viejos conocidos y sentimos un placer especial cuando la historia se adelanta para ellos. Es lástima que Castelar escribiera esas *Semblanzas*, cuando más le poseían sus preocupaciones de sectario. Por ejemplo, considera á Luis Napoleón como un malvado pequeño á quien el éxito le dió un relieve repulsivo. Y la crítica histórica no es eso. Sin una rigurosa disciplina del espíritu, no debemos ejercer tan espinoso ministerio que nos exige dos condiciones imprescindibles: el sacrificio previo de nuestras simpatías y el valor de reconocer las buenas cualidades del adversario.

La obra en sí no presentaba otro mérito que el estilo. Castelar, por defecto orgánico ó por vicio incorregible de su inteligencia, carece de la penetración profunda que, en la linea más apagada del carácter, descubre un elemento esencial de la figura. Hay cerebros que repugnan el análisis metódico y el suyo es uno de ellos. Toma el personaje en conjunto y luego imprime tintas chillonas en los rasgos más salientes del retrato. Sus *Semblanzas contemporáneas* parecen una colección de fotografías iluminadas.

Los *Recuerdos de Italia* sí constituyen un monumento de nuestra lengua. En ellos se destaca el escritor con todos sus recursos, con la variedad infinita de tonos y esa ornamentación polícroma y deslumbradora á que siempre se muestra aficionado y que hace de él uno de los más ilustres coloristas del lenguaje. La frase se eleva hasta la cúspide de la poesía sin necesidad de subir por la escala de oro de la rima. Las ciudades italianas, especialmente Florencia, Pisa y Roma, se presentan á nuestros ojos bellas y rientes, con sus palacios, sus templos, cuados y estatuas. Esa obra ha sido traducida á casi todos los idiomas cultos; sin embargo es difícil que los extranjeros puedan formar un juicio aproximado de su estilo. Luz tan viva y colores tan brillantes deben ser contemplados dentro de su ambiente original.

Respecto á sus producciones puramente históricas, con ser muchas, no revisten importancia, si exceptuamos la *Historia de la revolución religiosa*. La del *Movimiento republicano de Europa* no tiene pies ni cabeza. Está zurcida con fragmentos de artícu-

los y retazos de correspondencias. De aquí que refleje una serie de impresiones desordenadas é incongruentes, que el autor relaciona llevado de una tendencia pueril á sintetizar fenómenos é ideas sin parentesco.

La de la *Revolución Religiosa* es más metódica y despierta mayor interés, porque hay allí caracteres como Savonarola, Lutero, Calvino y San Ignacio que han obrado con intensidad sobre su siglo. El escenario es á propósito para deslumbrar y la linterna mágica entretiene á los lectores con la exhibición de tanto personaje famoso como ha pasado por Europa desde los Borgias hasta Felipe II. En esta, como en sus demás producciones del mismo género, el autor prodiga las teorías y los aspectos filosóficos al examinar los hombres y los hechos; pero en él la filosofía no es un mentor del pensamiento, sino un mero adorno del artista. Canta al personaje, no lo estudia. El lienzo de la narración histórica es insuficiente para su paleta. Ha hecho con la Historia lo que Julio Verne con la Física ó la Astronomía: una ciencia recreativa.

Castelar juzgado en síntesis, es una desviación de la fantasía agarena hacia Occidente. Hijo de Calderón y hermano de Zorrilla lo posee la idolatría de la forma, el afán de encontrar la música y el color en la palabra. No obedecen á otra causa sus aciertos y sus caídas como literato, y así nos explicamos la extraña asociación que en él ofrecen conceptos magníficos junto á deformidades de estilo que recuerdan la hinchazón calderoniana, el lirismo hueco y sonante al lado de ideas expresadas con incomparable sublimidad, la imajen lujosa y sugestiva en consorcio con el símil retorcido y el pensamiento rebuscado.

En su labor política corren parejas la gratitud y la censura de sus correligionarios. Les dió un credo y no se ha encontrado con alientos para hacerlo práctico. Ha sido el caudillo teórico que muestra el ideal en el horizonte y que se contenta con señalarlo. Como orador, nadie ha llegado tan arriba ni extraído del idioma español notas tan exquisitas y melodiosas, pero casi siempre fuera de su medio. Por su parte la literatura, si le puede exigir no pocas responsabilidades por el mal gusto que se deriva de su escuela, débele grandes tesoros de formas é ideas. Es decir, que en su obra hay lo suficiente para su gloria y también mucho que será desechado como inútil por la posteridad.

NICOLAS HEREDIA.

EL FERROCARRIL DE TEHUANTEPEC

Casa de V. Habana, 24 de Abril de 1893.

Sr. D. Enrique José Varona.

Muy distinguido Sr. y amigo:

En el cuaderno de la REVISTA CUBANA, correspondiente al mes de Marzo próximo pasado, he visto publicada una carta del Sr. Carlos M. Trelles, en la cual este caballero hace algunas observaciones acerca del artículo mio, que V. se dignó copiar de *El País*, con referencia á la nueva vía férrea de Oaxaca, en la República de los Estados Unidos Mexicanos. El Sr. Trelles, después de calificar mi rápido trabajo, en términos que mucho le agradezco, se concreta á decir:

I. Que el ferrocarril recientemente inaugurado en México, no es el de Tehuantepec, sino el del Sur, ó sea de Puebla á Oaxaca.

II. Que yo incurrí en una confusión al asegurar que por la nueva linea férrea, se ponen en contacto los Oceanos Atlántico y Pacífico. Y

III. Que no será el ferrocarril del Sur, sino el de Tehuantepec propiamente dicho—cuando esta obra esté ultimada—el que pueda proporcionar verdaderas ventajas al comercio y á los viajeros de Cuba.

Aunque como antiguo periodista de combate, sé por experiencia propia que las polémicas producen, por lo general, más per-

juicio que provecho, son tales los respetos que me merecen la acreditada revista—por V. magistralmente dirigida—y la personalidad del Sr. Trelles, que me apresuro á consignar aquí las explicaciones necesarias, con el mayor laconismo posible, esperando que V. se servirá acogerlas y trasmitirlas al ilustrado público habanero.

Es cierto que en el territorio mexicano hay una vía férrea en construcción, especialmente llamada *de Tehuantepec*, por el título de su antigua concesión oficial; cuya vía deberá estar concluída en época no remota, y tendrá por punto terminal el puerto de Coatzacoalcos, en el Golfo de México. Esto no es un obstáculo, sin embargo, para que también sea ferrocarril del istmo de Tehuantepec y se pueda exactamente designar así, el denominado *del Sur*; supuesto que de los 26 distritos en que se divide el Estado de Oaxaca, uno de ellos es el de Tehuantepec, atravesado por el caudaloso rio de su nombre; y el mismo Sr. Trelles reconoce que existe el proyecto de prolongar la línea férrea del Sur, hasta Tehuantepec, y de allí á la frontera de Guatemala.

Hay en México dos caminos de hierro, uno llamado *Ferrocarril Mexicano* (de México á Veracruz) y otro *Ferrocarril Nacional Mexicano* (de México á Laredo) y no por ello dejan de ser ni *mexicanas* ni *nacionales*, las demás líneas férreas que en miles de leguas cruzan el inmenso suelo de la República Mexicana (gracias á la progresista y honrada administración del Sr. Presidente D. Porfirio Díaz).

Por otra parte, la interesante superficie del istmo de Tehuantepec, de la cual es centro comercial y político la heróica ciudad de Oaxaca, domina á los dos Oceanos, desde las alturas del Zempoaltepec y de las Mixtecas; y al escribir mi artículo, lo que yo quise principalmente fué comparar las ventajas para los negociantes y viajeros, en preferir la comunicación interoceánica por ese rumbo, á la que pudiera efectuarse por Panamá ó Nicaragua.

¿Cuál fué el fundamento que yo tuve para decir que, con la terminación de la extensa vía ferrocarrilera de Tehuantepec se ponían en relación entrambos oceanos—el Atlántico y el Pacífico —acortándose las distancias para los viajes al Asia...? Una razón muy sencilla: que el viajero puede ir en ferrocarril desde Veracruz (Oceano Atlántico) hasta Oaxaca—ya sea subiendo en dirección á la capital de México, ya avanzando desde luego por *La*

Esperanza y *Tehuacan*, con la posibilidad de proseguir á caballo ó en carruaje, el tramo relativamente corto que separa la población de Oaxaca, de los puertos de Salina Cruz y Puerto Angel (pertenecientes al mismo Estado de Oaxaca); y como los expresados puertos se hallan situados en las costas del Pacífico, resulta que la confusión apuntada por el Sr. Trelles, no existe en manera alguna.

En cuanto al último punto cuestionado por mi inteligente impugnador, yo he cumplido como hijo de Cuba y como Cónsul General de México y ciudadano mexicano, en comunicar al público cubano los informes y datos oficiales que estaban á mi disposición. sobre las distancias, los precios de pasaje etc., por la nueva vía, Con ello he creído hacer un bien á los intereses de México y á los comerciantes y excursionistas de esta Isla. Cualesquiera que puedan ser las molestias de la traslación de Oaxaca á Puerto Angel ó Salina Cruz, siempre ganarán tiempo y ahorrarán dinero los que quieran adoptarla, con el propósito de continuar al Asia, al Ecuador, al Perú, á Bolivia ó á Chile, en vez de dirigirse por ejemplo, para ir á Manila, desde la Habana á España, y desde España á los mares asiáticos, como frecuentemente lo hacen muchos empleados de este Gobierno, á bordo de los vapores de la Compañía trasatlántica española.

El ferrocarril interoceánico del istmo de Tehuantepec, es en efecto de gran porvenir para el comercio extranjero de Méjico. Casi está terminado, pues solo faltan por construir menos de 20 kilómetros de dicha vía, teniendo toda ella 304 kilómetros.

En la notable Geografía del Estado de Oaxaca, por el ingeniero don Alfonso Luis Velazco, se vé que el expresado ferrocarril parte de Salina Cruz (puerto situado sobre el Golfo de Tehuantepec), sigue hacia el Noroeste, cruza el río de ese nombre, pasa por la ciudad de Tehuantepec (kilómetro 20), sube por el río del Espinal, toca en San Jerónimo (distrito de Juchitan), atraviesa el río de San Jerónimo, sigue por un camino pintoresco que gradualmente va ascendiendo, y cerca del kilómetro 50 comienza á cruzar por dentro de la Sierras de Chivela y Niza Conejo. Se presenta por los cerros de Petapa, y de los pueblos de Santo. Domingo y el barrio de la Soledad Petapa; atraviesa los ríos Citune, Matatengo, Pachine y Tonto, cruzando por la Sierra, hasta llegar á Sarabia; se acerca al límite entre los Estados de Oaxaca y Ve-

racruz, en las inmadiaciones del kilómetro 140, y penetra en este último Estado por hermosos puentes colocados en los ríos Tortuguero y Coatzacoalcos. Vadea el Súchil cerca del kilómetro 170, cruza el río de Jaltepec y otros pequeños arroyos, y va descendiendo hasta la costa del Atlántico, divide el río del Juil, pasa cerca de la laguna de Tenajapa (por Jáltipam, á poca distancia de la laguna del Tepache), y termina en Coatzacoalcos, sobre el Golfo de México.

Repecto del ferrocarril del Sur (que también ha de ponerse en conección con el puerto de la Ventosa, en el Golfo de Tehuantepec), debe advertirse que á poca distancia de Tilapa comienza el límite entre los Estados de Puebla y Oaxaca; que por caminos de hierro distará México de Oaxaca, siguiendo la línea del *Ferrocarril Mexicano*, de México á Puebla, y luego la del Sur hasta Oaxaca, 565 kilómetros; y por la del *Interocedánico*, de México á Puebla, y más tarde la del Sur hasta Oaxaca, 587 kilómetros.

El ferrocarril de Oaxaca, saliendo de Puebla, pasa por importantes poblaciones, como Amozoc, Tepeaca, Tecamachalco, Tehuacan y Tecomavaca, cruzando el río Salado por un puente de dos tramos, de 50 metros; el Río Grande, por un puente igual, y en el pueblo de Las Sedas se encuentra á 1925 metros sobre el nivel del mar, que es la elevación del caserío. Luego desciende la vía gradualmente por Huitzo, San Sebastián y Etla, hasta Oaxaca—kilómetro 143,—cuya altura es de 1550 metros, pasando por las campiñas de una de los valles más bellos del mundo.

Hay, en consecuencia, en el Estado de Oaxaca, y en el istmo de Tehuantepec, dos importantes ferrocarriles; el uno no excluye al otro, y yo no incurrí en ninguna impropiedad al denominar á la linea ferrea de Oaxaca, llamada también del Sur, *Ferrocarril de Tehuantepec.*

Pude en verdad, haber sido más explícito, como ahora, pero mi falta en prescindir de algunos detalles y pormenores, reconoció únicamente por causa, el deseo de no llenar demasiado espacio en las columnas de *El País*, abusando de la bondad de su distinguido Sr. Director y de los numerosos lectores del periódico.

Agradezco al Sr. Trelles que me hubiere dado ocasión para entrar en estas otras explicaciones, y al complacerme de que haya en Cuba personas como el mismo Sr. Trelles, que conozcan perfectamente bien las mejoras y progresos de México, solo me falta

expresar á V. mi gratitud por la esquisita cortesía con que nos ha facilitado á ambos las prestigiosas páginas de esta REVISTA, (de la cual he sido constante y entusiasta suscriptor desde que la fundara el inolvidable Cortina, en 1877, hasta el presente), para esclarecer asuntos de conveniencia general, que especialmente interesan al magnánimo y floreciente país, que me cabe la honra de representar en esta Antilla.

Quedo de V. muy atento servidor y amigo q. s. m. b.

ANDRES CLEMENTE VAZQUEZ.

CARTAS

DE FRANCISCO ANTONIO DE RUCAVADO

59.

Muy Sres. mios: He recibido la carta de V.S.S. de 21 de Abril en que se sirven decirme que dirigían al Rey una representacion bajo el número 45 contraida á varias pretensiones que hace el consulado relativas al tratado de 23 de Septiembre para la abolicion del trafico de negros, de las quales es la principal la de que despues de concluido el término fatal de 30 de Mayo de 1820 se conceda una prorroga con el solo obgeto de traer las hembras africanas que tanta falta hacen para la propagacion de los esclavos.

Al mismo tiempo me dicen V. S. S. que la importancia del asunto ha hecho creer oportuno á la Junta de Gobierno ponerle bajo el patrocinio del Teniente General Dn. José Pasqual de Zayas, y no se ha equivocado. Habiendome enterado muy detenidamente del contenido de todos los papeles inclusos en el pliego que V.S.S. le dirigen, y aun quedadome con copia de la representacion para mi gobierno, le puse en manos de S. E. y le recibió con gusto enterándose de su contenido. Yo por mi parte le instruí tambien, como que estaba penetrado del fondo del negocio. Las dificultades que ofrece V. S. S. mismos las conocen; pero sin embargo no debe desconfiarse de un buen exito, si el Gobierno haciendo lo que debe le hace propio suyo y obra con energía en la negociacion que será necesario entablar con el Gabinete de Sn James. El Sr. Zayas me dijo francamente todo lo que pensaba hacer.

Desde lugo se dirigía á tratar del asunto confidencialmente con el Embajador de Inglaterra, y aun me ofreció que hablaría al Rey personalmente yendo á Sacedon donde se halla en caso necesario. Yo le dije que por ahora no se necesitaba este esfuerzo, puesto que en la Secretaría de Hacienda de Indias se estaba extractando la representación y que hasta la vuelta de S. M. no se acordaría el pase al Ministerio de Estado, y este espero sea con eficaz recomendacion.

He entregado asi mismo los pliegos que V. S. S. me han remitido para los Sres. D. Francisco Xavier Caro, D. Andres de Arango y Dn. José Domingo Benitez, los quales se prestan tambien gustosos á hacer por su parte de acuerdo con el Sor. Zayas, todo cuanto les permite su influjo y conexiones. El último me ha pedido copia de la representacion para dar con más conocimiento los pasos que convengan y se está sacando.

Quedo enterado tambien de lo que V. S. S. me dicen con respecto á la consulta que ha hecho al Rey la Intendencia, sobre que se declare pertenecerle el conocimiento de las infracciones *en tierra*, asi como deberá conocer de las de Mar la Real Marina segun el tenor de tratado sobre la abolicion del Comercio de Negros. La falta de declaracion terminante en este punto es ciertamente muy notable; pero lo es aun todavía mas en mi concepto el que se sugeten al rigor que se establece á las expediciones que hubiesen salido para las costas de Africa al Norte del Equador despues de 22 de Noviembre, y que se suponga que contrabengan á una ley que se publicó tres meses despues: sobre lo qual hacen V. S. S. observaciones tan sólidas que no tienen replica, y el Ministerio convencido de una verdad tan clara y evidente parece debe tomar unempeño decidido en asegurar los intereses de los particulares comprometidos por un pacto que tiene tantos visos de injusto. Algunos han elevado ya sus quejas al Trono, y yo tengo noticia de la representacion que hicieron los Sres. Zangroniz, Hermano y Compañía de la Havana para asegurar y salvar tres buques suyos que salieron á principios de este año; cuya solicitud fué dirigida por el Ministerio de Estado al Sor. Duque de San Carlos Embajador en Londres, á fin de que zanjase este asunto con el Gobierno Britanico. Pero volviendo á hablar á lo representado por la Intendencia, aseguro á V. S. S. que activaré su despacho y avisaré de sus resultas.

No me queda duda que el Excmo. Sor. Dn. José de Zayas y los demás Sres. aquienes V.S.S. recomiendan estos asuntos, influyan quanto puedan en la eleccion de los Comisarios Españoles que deben nombrarse por nuestro gobierno, y que probablemente residirán en los dos puntos que V.S.S. indican. Este tambien es punto de mucho interés, y que sus resultas malas ó buenas han de depender del acierto de los sugetos que se nombren. Hasta ahora no tengo noticia de que se haya verificado, y no será extraño que en esto padezca el mismo descuido que en la expedicion de los pasaportes, pues me consta no llegaron á Cadiz hasta últimos de Febrero, y que una casa de Santander tubo que enviar un propio por ellos al Ferrol.

El expediente relativo á las reformas que conviene se hagan en el reglamento local de Cimarrones que V.S.S. me dicen venía en este correo por el conducto de ambas autoridades con su representacion número 46 de que me acompañan copia, tendrá su regular curso, y yo no le perderé de vista, esforzando si puedo explicarme así, la recomendacion que V.S.S. hacen de los servicios contraidos en este ramo por el Sor. Contador Dn. Ciriaco de Arango, á fin de que sean premiados dignamente.

Los clamores que V.S.S. tratan de dirigir robre el vergonzoso bloqueo que mantienen los insurgentes en esa Isla, harán conocer á lo menos el triste estado á que se ven reducidos por los pocos recursos que hay que esperar de la Marina Real. No es cosa esta que debiera descuidarla el Gobierno; mas nuestra desgracia es tal que no nos promete un remedio eficaz y poderoso para remediar unos males tan sensibles y poner termino á la pacificacion de nuestras Provincias Americanas, donde se pierde mas quando parece que mas se gana, demostrando que la revolucion es una hidra emponzoñada, cuyas cabezas renacen y se multiplican en el mismo punto en que se cortan.

Dios guarde á V.S.S. muchos años como deseo. Madrid 17 de Julio de 1818.

B. L. M. de V.S.S. su más atento y obligado servidor,

FRANCISCO ANTONIO DE RUCAVADO.

Sres. Prior y Consules del Real Consulado de la Havana.

LA RELIQUIA.

(CONTINUA)

La rubia guantera se irguió, trémula, descolorida, y en un poético arranque de pasión, enrolló la camisa y me la arrojó á los brazos con tanto ardor como si entre sus pliegues viniese también su corazón.

—Te la doy, Theodorico! Llévatela! Todavía despide el calor de nuestra ternura. Llévatela, para que, durmiendo con ella al lado, siempre te acuerdes de mí..... Pero aguarda, amor mío! Quiero ponerle una palabra, una dedicatoria!

Corrió á la mesa en que estaban los restos del papel en que yo había escrito á tití la historia edificante de mis ayunos en Alejandría, de las noches empleadas en leer embebido el Evangelio...

Y yo, con la perfumada camisa entre los brazos, sintiendo dos gotas de llanto que me corrían por las barbas, buscaba donde guardar tan preciosa reliquia. Las maletas estaban cerradas. El saco de lona, repleto, parecía que iba á estallar.

Topsius, impaciente, sacaba de las profundidades de su seno su reloj de plata. El Lacedemonio, en la puerta, murmuraba:

—*Don Theodorico, es tarde, es muy tarde.....*

Pero ya mi amada sacudía el papel, en que su mano había escrito en letras impetuosas y abiertas como su amor: *A mi Theodorico, mi portuguesito, en recuerdo de lo mucho que gozamos!*

—Oh! riquísima! ¿Donde voy á meter esto? No voy á llevar tu camisa en los brazos, desnuda y tan lejos!

Ya Alpedrinha, de rodillas, ataba con fuerza mi saco de viaje. Entonces Mary, inspirada, cogió una hoja de papel pardo, recogió del suelo una cinta roja, y sus hábiles manos de guantera hicieron de la camisa un envoltorio redondo, cómodo y gracioso, que yo conservé debajo del brazo, apretándolo con avara, ardiente pasión.

Después sobrevino el murmurio arrebatado de sollozos, de besos, de dulzuras.

—Mary, angel querido!

—Theodorico, amor mio!

—Escríbeme á Jerusalén!

—Acuérdate de tu linda inglesita!

Aturdido, rodé por la escalera. Y la calesa que tantas veces me paseara, abrazado con Mary, bajó los aromosos árboles del Mamoudieh, partía ahora, al trote de la pareja blanca, para arrancarme de una felicidad que en mi corazón echara hondas raíces, ahora despedazadas y goteando sangre en el silencio de mi pecho. El docto Topsius, acurrucado bajo su quitasol verde, volvió á murmurar, impasible, cosas de vieja erudición. ¿Sabía yo por donde iba rodando la calesa? Por sobre la noble calzada que el primero de los Lagidas construyera para comunicarse con la isla de Pharo, loada en los versos de Homero! Yo no lo escuchaba, echado para atrás en la calesa, agitando el pañuelo, húmedo en mis lágrimas. La dulce Maricoquiñas, á la puerta del hotel, al lado de Alpedrinha, lindísima bajo su florido sombrero, hacía ondular también su pañuelo, y por un momento los dos blancos lienzos, saludándose, parecían trasmitirse, por el aire caliente, el ardor de nuestros corazones. Después caí sobre la almohada de indiana como cae un cuerpo muerto.....

Apenas embarcado en el *Caimán* corrí á esconder mi dolor en el fondo del camarote. Topsius me agarró por el brazo para mostrarme sitios de las grandezas de los Ptolomeos, el puerto de Eunoto, la ensenada de mármol en que anclavan las galeras de Cleopatra. Logré huir: en la escalera estuve á punto de derribar á una hermana de la Caridad que subía desgranando tímidamente las cuentas de su rosario. Apenas si murmuré un «dispense, santa señora.» Y cayendo en el lecho dejé escapar el llanto, que rodó por el envoltorio de papel pardo, que era todo lo que me restaba de esa pasión de incomparable esplendor, pasada en tierra de Egipto.

Dos dias y dos noches el *Caimán* estuvo danzando en las olas del mar de Tiro. Envuelto en el cobertor y sin separar de mi pecho el envoltorio de Mary, rechazaba indignado la charla del erudito Topsius, é indiferente á lo que él, imperturbable, me contaba de estas aguas, llamas por los egipcios el *Gran Verde*, rebuscaba en vano en mi memoria la oración que oyera á tití para amansar la cólera de las aguas.

Pero una tarde, al obscurecer, habiendo cerrado los ojos, parecióme sentir bajo las chinelas un suelo sólido, suelo de roca, en que perfumaba el romero: sin comprender cómo me hallé trepando una agreste colina en compañía de Adela y de la rubia Mary, que había salido del envoltorio fresca, nítida, sin haber arreglado siquiera las amapolas de su sombrero. Luego, por detrás de un pinar, surgió un hombre desnudo, colosal, tiznado, con cuernos; sus ojos, bermejos, relucían como vidrios redondos de linternas; y con el rabo inmenso iba haciendo en el suelo el rumor de una serpiente irritada que se arrastra entre hojas secas. Sin saludarnos, con impudicia, se unió á nosotros. Yo bien distinguí que era el Diablo, pero no sentí escrúpulo ni temor. La insaciable Adela echaba ojeadas oblícuas á la potencia de sus músculos. Yo, indignado le decía:—«Puerca, también te enamora el Diablo?»

Andando juntos llegamos á lo alto de un monte, en donde una palmera se desgreñaba junto á un abismo lleno de silencio y de tinieblas. Frente á nosotros, muy distante, el cielo se desenvolvía como un vasto toldo amarillo: sobre este fondo vivo, color de yema de huevo, se destacaba un otero muy negro, que tenía clavadas en lo alto tres cruces en línea, finas y hechas de un solo trazo. El Diablo, después de carraspear, murmuró, tirándome de la manga: La del medio es la de Jesús, hijo de José, á quien llaman también el Cristo: llegamos á tiempo para gozar de la Ascensión.» Así era en efecto! La cruz del medio, la de Cristo, desarraigada del otero, como un arbusto que el viento arranca, comenzó á elevarse, lentamente, engrosando, obstruyendo el cielo. Luego de todo el espacio volaron bandadas de ángeles á sostenerla, apiñados como las palomas que se disputan el grano; unos tiraban hacia lo alto, de unas cuerdas de seda que le habían atado; otros empujaban desde abajo, y veíamos claramente la torsión de sus brazos azulados. A veces desprendíase del madero, como una cereza madura, una gruesa gota de sangre; un serafín la recogía

en sus manos y corría á ponerla en la parte más alta del cielo, donde quedaba suspendida y brillando con el resplandor de una estrella. Un anciano enorme y de túnica blanca, del que no distinguíamos las facciones entre la abundancia de la melena y los copos de las barbas de nieve, dirigía, reclinado entre nubes, estas maniobras de la Ascención, en una lengua semejante al latín y fuerte como el rodar de cien carros de guerra. Súbitamente todo desapareció. Y el Diablo, mirándome, exclamó pensativo: «*Consummatum est*, amigo! Ya hay un nuevo Dios! Ahora nueva Religión! Y esta va á esparcir en tierra y cielo un indescriptible tedio.»

Y llevándome por la colina abajo, el Diablo rompió á contarme con mucha animación los Cultos, las Fiestas, las Religiones que ofrecían en su mocedad. Entonces toda esta costa del Gran Verde, desde Byblos hasta Cartago, desde Eleusis hasta Mémfis, estaba atestada de dioses. Unos deslumbraban por su perfecta belleza, otros por su complicada ferocidad. Todos se confundían con la vida humana, divinizándola; viajaban en carros triunfales, respiraban las flores, bebían vinos y desfloraban las vírgenes adormecidas. Por eso eran amados con un amor que nunca más volverá: los pueblos, emigrando podían abandonar su ganados ú olvidar los ríos en que habían bebido, pero llevaban sus dioses consigo cariñosamente. «Amigo, me dijo; ¿no estuvísteis nunca en Babilonia?» Allí todas las mujeres, matronas ó doncellas, venían á prostituirse, un día dado, en los bosques sagrados, en honor de la diosa Mylitta. Las más ricas llegaban en carros chapados de plata, tirados por búfalos y con escoltas de esclavos: las más pobres llevaban una cuerda en el cuello. Unas, extendiendo un tapete en la hierba, se agachaban como pacientes vacas; otras, erguidas, desnudas, blancas, con velo negro arrollado en la cabeza, parecían mármoles espléndidos entre los troncos de los álamos. Y así unas y otras esperaban que cualquiera, arrojándoles una moneda plata, les dijese: «En nombre de Vénus!» Entonces lo seguían, lo mismo si era un príncipe venido de Suza, con tiara de perlas, que un mercader venido por el Eufrates en su barco de cuero, y toda la noche rugía en la oscuridad de los ramajes el delirio de la Lujuria ritual. Después me habló el Diablo de las hogueras humanas de Molok; de los Misterios de la Buena Diosa en que regaban con sangre los lirios, y de los ardientes funeralas de Adónis...

Y deteniéndose, risueño: «¿Tampoco habeis estado en Egipto?» Le dije que sí y que allí había conocido á Mary. Y el Diablo, muy cortés: «No era Mary, era Isis!» Cuando la innundación llegaba hasta Memphis las aguas se cubrían de barcas sagradas. Una alegría heróica, elevándose para el sol, hacía á los hombres iguales á los dioses. Osiris, con sus cuernos de buen, cubría á Isis; y entre el sonido estridente de las arpas de bronce repercutía por todo el Nilo el amoroso bramido de la Vaca divina. Después el Diablo me contó como brillaban en Grecia, dulces y bellas, las religiones de la Naturaleza.

Allí todo era blanco, pulido, puro, luminoso y sereno: de la forma de los mármoles, de la constitución de las ciudades, de la elocuencia de las academias y de la destreza de los atletas, se exhalaba como un himno de harmonía: por entre las islas de la Jonia, flotando en la molicie de un mar somero como cestas de flores, las Nereidas se colgaban á la borda de los navíos para oír las historias de los navegantes; las Musas, de pié, cantaban por los valles, y la belleza de Venus era como una condensación de la belleza de Helenia.

Pero apenas apareció este carpintero de Galilea todo acabó. El rostro humano tornose para siempre pálido, lleno de mortificación: una cruz oscura, amenazando la tierra apagaba el esplendor de las rosas y secaba la miel de los besos: al nuevo dios era grata la fealdad de las formas.

Juzgando á Lucifer entristecido procuraba consolarlo: «No se aflija, todavía ha de haber en el mundo mucho orgullo, mucha prostitución, mucha sangre, mucha furia! No lamente las hogueras de Molok: aun se encenderán hogueras de judíos.» Pero él repuso, asombrado:

»Yo? Unos ú otros, ¿qué me importan, Raposo? Ellos pasan y yo quedo.»

Hablando así descuidado con Satanás, me hallé en el campo de Santa Ana. Y habiéndome parado mientras él se desarsía de unas ramas de árbol en que se habían enredado sus cuernos, oí de pronto á mi lado esta exclamación: «Mira á Teodorico con el Demonio!» Volví la cara. Era mi tía! Mi tía, lívida, terrible, alzando, para espantarme, su libro de misa. Bañado en sudor volví en mi acuerdo.

Topsius, en la puerta del camarote, gritaba alegremente:

—¡Levántase, Raposo, ya estamos á la vista de Palestina!

El *Caimán* se detuvo, y en medio el silencio sentía el agua rozándole el casco con suave murmullo de mansa caricia. ¿Porqué había soñado yo, acercándome á Jerusalén, con los falsos dioses, Jesús su vencedor, y el Demonio, á todo rebelde? ¿Qué suprema revelación me preparaba el Señor?

Atolondrado, sucio, sin dejar el precioso envoltorio de Mary, subí á la toldilla arrebujado en mi manta. Allí me envolvió una ráfaga de aire fino y fuerte, que olía á jardín y á flor de naranjo. El mar, completamente azul, aparecía dormir en la frescura de la mañana.

Ante mis ojos pecadores se extendía la tierra de Palestina, arenosa y baja, con una ciudad oscura, rodeada de manzanares, y coronada de flechas de sol que irradiaban como los rayos de la aureola de un santo.

—¡Jafa! me gritó Topsius, sacudiendo su pipa de loza. Ahí tiene Don Raposo la ciudad más antigua de Asia, la viejísima Jeppo, anterior al diluvio. Quítese el casco, salude á esa anciana de la historia, llena de leyenda y de historia..... Aquí, Don Raposo, construyó su Arca el borracho Noé!

Saludé llenó de asombro:

—¡Caramba! Apenas llega uno y ya le empiezan á aparecer cosas de religión.

Y permanecí descubierto por que el *Caimán*, al anclar delante de tierra Santa, había usurpado el recojimiento de una capilla, llena de unción y de piadosas ocupaciones. Un lazarista, de larga sotana, paseaba, con los ojos bajos, meditando en su Breviario.

Sumidas en sus tocas de lustrina negra, dos religiosas pasaban sus pálidos dedos por las cuentas de sus rosarios.

A lo largo de la borda, peregrinos de Abisinia é hirsutos padres griegos de Alejandría, contemplaban el caserío Jafa, aureolado de sol, como si fuese luminoso santuario. La campana de popa dejaba en la brisa, oliente á sal, la devota dulzura del toque de misa.

Viendo que una oscura barcaza remaba de prisa para abordar al *Caimán*, bajé al camarote para ponerme mi casco de corcho y calzarme guantes negros, pensando que debía pisar decorosamente la tierra de nuestro Salvador. Al volver, erecto y perfumado, hallé la lancha atestada.

Bajaba alborazado detrás de un barbudo franciscano, cuando el amado envoltorio de Mary se escapó mis cariñosos brazos, rodó á saltos por la escala como una bola, y siguió rasando por la borda del lote..... Iba á caer en las salobres olas!..... Di un grito! Una de las religiosas, lijera y llena de misericordia, pudo atraparlo antes de que cayese al agua!

—Muy agradecido, señora mía, grité sofocado. Es un paquete de ropa. La Virgen María la bendiga!

Modestamente se refugió en la sombra de su toca, y como yo tomara asiento entre Topsius y el barbudo franciscano, que olía á ajos, la santa criatura quedó con el envoltorio sobre su puro regazo, dejándolo precisamente encima de las cuentas de su rosario.

El patrón, empuñando el remo, exclamó: ¡Alá es grande, al avío! «Los árabes empezaron á remar y á cantar. El sol surgió por detrás de Jafa. Y yo apoyado en mi paraguas, contemplaba la púdica religiosa que llevaba sobre las piernas, haciendo rumbo á una tierra de castidad, la camisa de domir de Mary.

Era novicia: entre el cuadro de la toca de lustrina negra parecía de marfil su rostro oval, en el cual las largas pestañas derramaban la sombra de doliente melancolía. Los labios habían perdido todo color y todo calor, ya inútiles para siempre jamás, destinados únicamente á besar los piés ensangrentados del cadáver de un Dios. Comparada con Mary, rosa de York, abierta y sensual, perfumando á Alejandría, la religiosa era como lirio, prendido todavía, y ya ajado por la humedad de la capilla. Iba seguramente á algún hospicio de Tierra Santa. La vida debía ser para ella una sucesión de llagas que cubrir de hilas y de lienzos que echan sobre rostros de muertos. Era, de fijo, el miedo del Señor el que le daba aquella palidez.

—Buena tonta es! murmuré.

¡Pobre y estéril criatura! ¿Sospecharía ella lo que contenía aquel envoltorio? ¿Sentiría salir de él, y esparcirse en su oscura toca, un extraño perfume de vainilla y de fiel ancorosa? ¿El calor del lecho revuelto, impregnado en las cintas de la camisa, atravesó por acaso el papel y fué á quemarle las rodillas blandamente, con calor de calentura? Quién sabe! durante un momento me pareció que una gota de sangre nueva le subió á la faz desmayada, y que debajo del hábito, donde brillaba una cruz, su

seno perturbado, se hinchaba; aun creí ver fulgurar, por entre sus pestañas, un rayo fugitivo, y como que sus ojos, asustados, buscaban mi barba, negra y cerrada. Pero todo fué una ilusión. Otra vez, bajo la toca, el rostro volvió á su frialdad de mármol santo, y de nuevo la cruz pesó sobre su seno como si fuese de duro y frío hierro. A su lado, la otra religiosa, rechoncha y de espejuelos, sonreía al verde mar y al sabio Topsius, con una sonrisa que salía de su manso corazón y le formaba hojuelos en las mejillas. Apenas pusimos el pié en tierra de Palestina, corrí á agradecerle su bondad, casco en mano, garboso y palaciano.

—Hermana, estoy lleno de pena. Mucho me disgustaba que se extraviase el paquete... Es de mi tía, un encargo para Jerusalén..... Ya le contaré..... Mi tía respeta grandemente las cosas santas y se desvive por hacer caridades.....

Nada, en el refugio de su toca, me extendió el envoltorio con la punta de los dedos, débiles y más trasparentes que los de una Señora de la Agonía. Y los dos hábitos negros se perdieron entre relumbrantes muros blanqueados con cal, por una callejuela empinada en qne se pudría el cadáver de un perro rodeado de un enjambre de moscardones. Y de nuevo exclamé: «Buena tonta es!»

EÇA DE QUEIROZ.

(Continuará.)

Psicología de Aristóteles según Grote

(CONTINUA)

Debemos hacer observar que Aristóteles considera el Nos (el Nos que teoriza) como una especie distinta del alma atribuyéndole diferentes caracteres. Vamos á exponer todo lo que dice respecto á este asunto y que constituye la parte más obscura de su psicología.

En lo que se refiere al alma en general, Aristóteles insiste constantemente en la relación que la une al cuerpo, su *correlatum;* sin ese *correlatum,* lo que dice del alma carecería de sentido. El presenta, sin embargo, esta relación de diferentes maneras. El alma es la causa y el principio de un cuerpo viviente; (1) esto quiere decir, no alguna cosa de independiente y de persistente que dé existencia al cuerpo, sino una influencia immanente é inherente que sostiene la unidad y guía las funciones del organismo.

En conformidad con la cuádruple clasificación de la causa reconocida por Aristóteles, en formal, material, motriz y final, el cuerpo proporciona la causa material comprendiendo el alma las otras tres; esta como ya lo hemos visto, es la forma en relación con el cuerpo en tanto que materia, pero ella es además lo que se mueve, y en tanto que determina la mutación así como todas las funciones activas del cuerpo, nutrición, crecimiento, generación, sensación, etc.; y es por último la causa final, puesto que el mante-

(1) Arist. De anima, 2º 4. 415. b. 9.

nimiento y la perpetuidad de la misma forma en los indivíduos sucesivos es el fin permanente á que tiende cada cuerpo en la economía de la naturaleza. (1) El alma y el cuerpo se completan recíprocamente bajo estos aspectos, el entero real (el cuerpo viviente ó animado) comprende á ambos.

El alma (lo que es común á todos los cuerpos vivientes) comprende muchas variedades al decir de Aristóteles. Pero estas variedades no forman un género con las especies ordenadas de modo que estas se excluyan recíprocamente por oposición, sino que constituyen tomadas en conjunto el género todo entero, del modo que el hombre y el bruto forman todo el género animal. Las variedades de almas se distribuyen sobre una escala donde en cada grado la extensión es menor al paso que la comprensión aumenta; el primer grado, el inferior, comprende todo el género pero no connota más que dos ó tres atributos simples. El segundo, el que le sigue inmediatamente connota todos esos atributos y algunos más, pero no denota más que una parte de los indivíduos denotados por el primer grado; el tercero connota todos los atributos de los grados anteriores, pero denota aún más pequeño número de individuos y así sucesivamente. Así es como los indivíduos concretos llamados cuerpos vivientes comprenden todas las plantas así como todos los animales, pero la forma alma (llamada nutritiva por Aristóteles) que á ellos corresponde, no connota más que la nutrición el crecimiento, la descomposición, la generación de otro individuo semejante. (2)

En el segundo grado no quedan ya las plantas, pero pertenecen á él todos los animales; el alma sensitiva que pertenece á los animales pero no á las plantas, connota todas las funciones y facultades del alma nutritiva y además la percepción por los sentidos, (á lo menos en la forma más grosera). (3) Ascendemos en la misma dirección añadiendo nuevas facultades, á el alma motriz, apetitiva, imaginativa, noética (inteligente) disminuyendo el nú-

---

(1) Arist. De anima, 2º 4. 415. b. 12.

(2) En el tratado *De plantis*, p. 815. b. 15, se dice que Empedocles. Anaxagoras y Demócrito, afirmaban que las plantas poseen el entendimiento y el conocimiento en un grado inferior. No queremos atribuir este tratado á Aristóteles, pero encontramos aquí una buena indicación de la doctrina de esos otros filósofos.

(3) Arist. De anima. 1º 5. 411. b. 23.

mero de los indivíduos connotados; pero cada variedad superior del alma continúa poseyendo todas las facultades de la nutritiva por más que la nutritiva exista (en las plantas) sin rasgo alguno de el alma que siente. A su vez, el alma sensitiva no posee necesariamente ni la memoria, ni la imaginación, ni la inteligencia (el Nos); pero ninguna alma puede ser imaginativa ni poética sin ser al mismo tiempo sensitiva y nutritiva. El alma noética (inteligente) como la más elevada de todas, mantiene en sí misma todas las facultades inferiores, pero estas tienen una existencia separada. (1)

Podemos observar ahora que la clasificación de las almas concebida por Aristóteles, es inversa á la de Platón. En el Timeo, comienza éste por la gran alma del cosmos y desciende por grados sucesivos á los hombres, á los animales y por último á las plantas. Aristóteles por el contrario, parte del grupo de individuos más inferior, más múltiple y el más extenso, elevándose por grados allí donde las condiciones aumentan en número, hasta el grupo más elevado que comprende el menor número de individuos.

A pesar del pequeño número de condiciones que comprende, es el alma inferior ó nutritiva la base indispensable sobre la cual se apoyan todas las otras. Ninguna alma puede existir sin la nutritiva. (2) Esta es el primer elemento del individuo viviente; la asociacion de la forma y de la materia en un cuerpo natural convenientemente organizado, es la misma que conserva la vida del individuo con su agregado de funciones y facultades más los límites de volúmen y forma que caracterizan la especie (3,) el alma nutritiva es por último quien conserva la perpetuidad de la especie obligando á cada individuo á engendrar y dejar en pos de si un sucesor que se le asemeje: tal es el modo único por el cual puede adquirir un individuo la casi-inmortalidad, por más que todos aspiren á resultar inmortales. (4) Esta alma inferior es la causa primera de la disgestión y de la nutrición, y mantiene

(1) Arist. De anima. 2º 2. 413. a. 25-30. b. 32; 2º 3. 414. b. 30. 415. a. 10.

(2) Arist. De anima. 2º 4. 415 a. 24. 415. b. 9.—3º 12. 434. a. 22-30 b. 24. Arist. De respiratione 8. 474. a. 30. b. 11.

(3) Arist. De anima 2º 4. 416. a. 17.

(4) Arist. De anima 2º 4. 415. b, 2. 416. b. 25. Véase De Gener animal 2º 1 731. b. 33.

afinidad con el calor celeste, lo que es también esencial como causa cooperativa, resultando de esto que todos los cuerpos animados posseu un calor natural inherente. (1)

Elevándonos desde el alma nutritiva pasamos enseguida á ese alma superior que es á la vez nutritiva y sensitiva, por que Aristóteles no sigue el ejemplo de Platón reconociendo tres almas en un solo cuerpo, sino que asigna á cada cuerpo una sola y misma alma aunque con facultades y funciones múltiples. La percepción por los sentidos con sus accesorios, constituye el carácter que distingue al animal, de la planta. (2) La percepción por los sentidos se verifica de muchos modos, desde la sensación más simple y grosera de la que no carece el animal más inferior, hasta el aparato completo de los cinco sentidos que Aristóteles considera como un máximun que no es susceptible de aumento. (3) Pero la facultad de sentir aun en su grado más inferior indica una exaltación notable del alma en su carácter de forma. El alma, en tanto que siente y percibe recibe la forma del *perceptum* sin la materia, mientras que el alma nutritiva no puede desprenderse de la una ni de otra pues recibe y asimila la sustancia nutritiva, la forma y la materia en un solo todo. (4)

Para hacer comprender Aristóteles este carácter de la percepción por medio de los sentidos recurre á su ejemplo de la cera y la impresión. Así como la cera recibe del molde los rasgos que presenta cualquiera que sea por otra parte la materia de que está compuesto, ya sea de oro, hierro, piedra, madera etc., del mismo modo que la impresión no depende de la materia sino que solo reproduce la figura grabada sobre el molde, siendo la cera únicamente potencial é indefinida hasta el momento en que molde la trasforma en alguna cosa actual y definida (5) así la facultad perceptiva del hombre es impresionada por las sustancias de la naturaleza; no según la materia de cada una, sino según la forma cualitativa de cada sustancia. Esta receptividad pasiva es la

---

(1) Arist. De anima. 2º 4. 416. a. 10-18. b. 29.

(2) Arist. De sensu et sensili. c. 1. b. 12. Atribuye algunas sensaciones á las esponjas. Hist. animal 1º 487. b. 9.

(3) Arist. De anima 2º 3. 414. b. 2; 3º 1. 424. b. 25. 415, a, 3; 3º 13. 435. b. 15

(4) Arist. De anima 2º 12. 424, a. 32. b. 4. Themistius ad loc. p. 114. ed Spengel.

(5) Arist. De anima 2º 12· 424 a. 20.

primera y la más baja forma de sensación (1) la cual no tiene en si misma ninguna magnitud pero reside en los órganos que poseen la magnitud de los que no puede separarse sino por una abstracción lógica. Esta es una potencialidad correlativa y convenientemente proporcionada al *perceptibile* exterior el cual actuando sobre ella se producede una actualidad completa. La actualidad de estos dos elementos, *percipiens* y *perceptum* es una sola y misma cosa y no puede ser dividida de hecho aun cuando las potencialidades de los dos elementos sean distintos pero correlativos; el *percipiens* no es semejante al *perceptibile* originalmente pero resultan así cuando se actualizan. (2)

El alma que siente es trasmitida por el macho en el accto de la generación (3) completándose al nacer, momento desde el cual no tiene necesidad de ninguna operación de aprendizage. El sugeto que siente llega de una vez é instantáneamente, por relación al sentido, al nivel de un sugeto que posee ya cierto conocimiento actual, pero que no está ocupado en el mismo momento en reflexionar sobre el *cognitum*. De hecho, se pueden distinguir grados inferiores y superiores en la potencialidad y la actualidad. Lo potencial que se ha actualizado en un primer grado ó inferior, es aun potencial en relación á los más altos grados de actualidad. (4) Lo potencial puede ser afectado de dos maneras distintas bien por supresión ó bien por actualización. El alma sensitiva aun cuando duerma ó esté inerte necesita una causa que la estimule á la acción y á la visión y á la audición actuales; el alma nöetica ó consciente tiene también necesidad en las mismas circunstancias de un estímulo para la meditación actual sobre su *cognitum*. Pero hay una diferencia entre ambas, pues mientras

---

(1) Arist. De anima 2º 12. 424. a. 25—3º 12. 434. a. 29.

(2) Arist. De anima, 3º 2. 425. b. 25—2º 5. 418. a. 3. Véase también 417. a. 7-14-20. En tiempo de Aristóles habia dos doctrinas rivales; unos afirmaban que para que un agente pudiera afectar al paciente sería necesario que hubiera entre ellos *semejanza*; en tanto que otros decían que era menester una *desemejanza*. Aristóteles no estando conforme con ninguna de las doctrinas, adopta una intermedia.

(3) Arist. De Gener. animal, 2º 5, 741. a. 14. b. 7. De anima. 2º 5. 407. b. 17

(4) Arist. De anima. 2º 5. 417. b. 18-31. Véase también la p. 12 nota 7. La extensión de la potencialidad ó actualidad parcial que Aristot. demanda para el alma sensitiva aún en el acto del nacimiento, merece tomarse en cuenta: esta opinión la vamos á oponer á lo que él dice del *Nos*.

que la sensitiva se relaciona con los particulares la nöetica lo verifica con los universales. La que siente obtiene su estímulo del exterior y de uno de los obgetos individuales, tangibles, visibles, etc.; pero la nöetica reacciona con lo abstracto y lo universal que en cierto sentido se encuentra dentro del alma misma, de modo que un hombre puede siempre reflexionar á cerca de lo que el quiere, pero no puede ver ni oír lo que quiera exceptuando los obgetos visibles o sonoros que tiene á su alcance. (1)

Hemos ya hecho observar que el alma sensitiva está poco desenvuelta en muchos animales; en algunos se reduce al sentido del tacto (el cual no falta nunca) (2) y en otros al tacto y al gusto.

GASTON A. CUADRADO.

(*Continuará*)

(1) Arist. De anima. 2.º 5. 417. b. 20-25; 3.º 3. 427. b. 18.
(2) Arist. De anima 3.º 12. 434. b. 24.

CRONICA POLITICA

Cuando terminaron las elecciones para representantes en Cortes, nos encontramos con el hecho singular de que todo el mundo aquí se decía: «Ya tenemos diputados y senadores: ¿qué van á hacer en las Cortes?»—Las elecciones se llevaron á cabo en una forma tan anómala, en medio de tanta incoherencia y con tan escasa sinceridad por parte de todos, que nadie procuró que con ellas se determinara una corriente de opinión sobre ningún punto concreto, sobre ninguna de las graves cuestiones que desde hace tantos años están planteadas en Cuba. La lucha entre la autonomía y la asimilación, nada ó poco significa mientras se mantiene en términos generales, de imprescindible vaguedad. Y como examinando bien las elecciones últimas—se ve de un modo claro que solo entre la autonomía,—como solución genérica,—y la asimilación—como procedimiento absoluto,— se procuró que recayese el voto de los favorecidos con el derecho electoral, es fácil comprender el motivo de la perplegidad de la opinión pública, que aún á estas horas no sabe qué es lo que van á pedir y reclamar los representantes parlamentarios de Cuba.

Pero no paran ahí las anomalías. Tenemos diputados y senadores que no saben bien lo que han de hacer; y á la vez que esto sucede, nos encontramos con que el Ministro de Ultramar tampoco tiene ideas fijas sobre nada, y que espera, para tenerlas, que lleguen á Madrid esos mismos representantes de Cuba cuyo parecer y cuyas luces necesita para inspirar en ellos sus actos.—No puede ser más curiosa la situación. El Sr. Ministro se man-

tiene desde hace meses cruzado de brazos. A todo el que se le acerca con el deseo de conocer sus planes y propósitos, responde invariablemente que nada ha decidido aún, que espera, antes de resolver, la consulta que hará á la diputación cubana cuando esté completa en Madrid. Y como la diputación no tiene tampoco opinión concreta ni pensamiento definido sobre nada, resulta que la consulta del Sr. Ministro, si las cosas no cambian, será de una puerilidad extraordinaria y de una ineficacia absoluta.

En tesis general, la conducta del Sr. Maura en ese caso, es inadmisible. Gobernar es tener pensamiento propio, conocimiento personal de las necesidades y aspiraciones que precisa atender, de los peligros que urge descartar, de las reformas que conviene introducir, de los males que interesa evitar. Eso es lo que en todas partes se llama gobernar, y es evidente que si un Ministro debe consultar á los representantes de un país, esta consulta debe versar sobre soluciones que haya preparado de antemano.—No parece ser este el caso en que se encuentra el Sr. Maura. En realidad, si se ha de juzgar por lo que viene diciendo y haciendo; si si tiene en cuenta que en las oficinas del Ministerio de Ultramar no se hacen trabajos preparatorios de ningún género, ni sobre el arancel, ni sobre las leyes municipal y provincial, ni sobre los presupuestos; si por esa pasividad ha de juzgarse, debe deducirse que el Sr. Maura espera á los diputados y senadores, no para que examinen sus proposiciones, sino para que le provean de planes que no tiene y de ideas de que parece carecer.—Ahora bien; esa subversión de las reglas todas del régimen representativo y parlamentario, no se hace sin grave daño de los intereses públicos. Como quiera que el Ministro no gobierna, tampoco lo hace el Gobernador General. La administración cubana va al garete. Su misión se limita á cobrar contribuciones é impuestos, sin cuidarse del servicio público. Al Estado no puede irle bien con ese sistema; pero al particular, sobre todo, necesariamente ha de irle mal. Vivimos, y pasamos, y vamos tirando, porque el país es naturalmente rico, ha disfrutado de excelente fama y de crédito considerable, que poco á poco ha ido agotando. Vivimos, porque el capítulo de la Deuda está todavía abierto, y aunque con mucho trabajo en estos últimos tiempos, siempre se ha encontrado quien preste dinero, en condiciones cada vez más onerosas, para solventar los déficits permanentes de los presupuestos insulares.

Habrá que hacer pronto una liquidación, y entonces se verá que la Hacienda pública, no pudiendo normalizarse, se echará sobre la hacienda particular y acabará por perturbarla tanto como ha perturbado á la del Estado. Y cuando ese momento llegue, lo inmediato de la sensación hará ver á todos que se ha ido corriendo al abismo, con una temeridad y una imprudencia inexcusables y rayanas á la locura.

No se da cuenta, seguramente, el Sr. Ministro de Ultramar, de la acción deletérea que su pasividad está ejerciendo sobre la administración cubana. Las reformas iniciadas por su antecesor, no se plantearon todas. Así es que el sistema quedó trunco, y que su funcionamiento deja mucho que desear. El presupuesto pasado resultó todo él corregido y enmendado por las muchas alteraciones que sufrieron sus principales capítulos. Su misma estructura indicaba que era un presupuesto provisional, puesto que se componía esclusivamente de *autorizaciones* para intentar reformas. Y sin embargo de eso, todo hace pensar que el Sr. Maura tiene la intención de dejarlo vigente en el próximo ejercicio, inconsecuencia política que no se dá más que en España, donde hay Ministerios que gobiernan todo el tiempo que pueden con presupuestos basados en principios por ellos combatidos. La convicción de que aquí se van á cobrar, en el año económico venidero, las contribuciones y los impuestos implantados por el Sr. Romero Robledo, ha enagenado al Sr. Maura las simpatías de muchos de los que saludaron con satisfacción su entrada en el Ministerio de Ultramar, porque creían que lo haría mejor que su antecesor. Un desencanto grande se va apoderando de esos optimistas, que ven que si era mala la política febril que alentaba al Sr. Romero Robledo á poner la mano en todo, á modificar y revolucionarlo todo; no es mejor la política de pasividad seguida por el Sr. Maura, que parece resuelto á no hacer nada. Si es malo lo uno, no lo es menos lo otro.

Pero la peor, entre todas las políticas, es aquella que consiste en volver la espalda á la evidencia, en desconocer las quejas y los lamentos, en prescindir de las aspiraciones y de las necesidades que se manifiestan en el seno de la colectividad, y proceder como si quejas, lamentos, aspiraciones y necesidades no existieran. Hay una escuela que recomienda esa política, porque cree que no dando importancia á ciertos hechos se logra anularlos. Esa escuela

tiene en España numerosos partidarios, precisamente porque, á la simple vista y para los que carecen de experiencia, la práctica que recomienda es la más cómoda. Nada es más fácil, en efecto, que hacerse el sordo ante reclamaciones que desagradan. Pero nada, á la vez, más peligroso que adoptar semejante actitud cuando el que reclama tiene razón, cuando le asiste el derecho y no le faltan ni voluntad ni medios para demostrar su descontento.

El examen de la situación política que la Isla de Cuba atraviesa, nos ha llevado á formular las observaciones que preceden. Los que tienen la paciencia de leer estas *Crónicas*, en que mensualmente procuramos condensar las impresiones que nos causa el espectáculo que contemplamos, no habrán olvidado que á nuestro juicio, la manera en que se hizo la reforma electoral y los procedimientos seguidos para las elecciones de representantes en Cortes, quitaron toda virtualidad á dichas elecciones. A nuestro juicio, los autonomistas de aquellas comarcas en que es notorio que disponen de la mayoría, no podían ver sin disgusto que, por artificios de la ley ó por arbitrariedades del Poder,—auxiliar temerario de los conservadores,—se les arrebatase esa mayoría, entregando el censo á sus contrarios. Las luchas electorales son muy buenas y muy eficaces cuando se procede á ellas con lealtad y sinceridad. Entonces imposibilitan, porque las hacen innecesarias, las luchas armadas. Pero cuando en los comicios no se permite que triunfe sino la mentira, ora consignando en la ley preceptos mañosos, destinados á imposibilitar el triunfo de la mayoría; ora siguiendo en la práctica una conducta arbitraria y violenta, para adulterar el resultado verdadero de la consulta electoral:—entonces, lejos de ser la lucha en los comicios un método propio para consolidar el orden constituído, suele predisponer los ánimos á la irritación y á la violencia.

Así ha venido pasando entre nosotros cada vez que hemos tenido elecciones. Cuando éstas han terminado, el país, lejos de sentir satisfacción, ha experimentado mayor descontento que el que tuviera antes, pues siempre la mayoría se ha visto vencida por la minoría, gracias al concurso decidido que han venido prestando á ésta las leyes y las fuerzas gubernamentales. Nunca ha resuelto nada entre nosotros la contienda electoral. No hay una sola mejora que haya sido obtenida por virtud de la acción de los comicios. La abolición de la esclavitud, por ejemplo, se hizo

habiendo salido de las urnas una mayoría de diputados por Cuba, hostil á esa reforma. De donde resulta que las Cortes, al votarla, prescindieron del resultado que en esta Isla tuvieron las elecciones en aquella época. De cuantas reformas aquí se han traído puede decirse otro tanto. Han necesitado contar con el apoyo del Gobierno metropolitano para vencer la resistencia de la que aparece como mayoría de ese cuerpo electoral que mañosamente se ha venido organizando aquí; para estorbar la libre manifestación del país.

Que esto es temeridad y demencia, lo prueba su resultado en todos los pueblos donde los gobiernos han practicado conducta semejante. Napoleón III arreglaba el manubrio electoral de tal modo que alcanzaba millones de votos para aprobar su política. Hacíase así la ilusión de contar con el concurso del pueblo, pero como ese concurso no existía realmente, al menor tropiezo rodó por el suelo su corona y se hundió para siempre su dinastía.—Se pueden multiplicar los ejemplos.—Donde quiera que se establece un régimen sobre el principio del sufragio, hay que dejar á éste expresarse con sinceridad, so pena de minar el régimen mismo. Los veredictos falsificados dan sanción legal á los abusos, y los abusos minan el sistema mismo que los engendra, llevando á los pueblos al desencanto, primero; á la irritación, después; á la rebeldía, por último.

Si los examinamos á la luz de estas consideraciones, es fácil la explicación de los sucesos recientemente ocurridos en Holguín. Algunos pueblos de aquella jurisdicción se han alzado en armas contra la soberanía de España, pidiendo la Independencia de la Isla.—Holguín tuvo durante la epopeya de los diez años, lugares tán refractarios á la revolución, que el territorio que los comprendía se llamó la *España chiquita*. A ese territorio pertenecían los poblados de Purnio, de Uñas y de Velasco. Allí jamás penetró la idea separatista. Allí la fidelidad á la Metrópoli fué siempre un hecho indiscutible y seguro. Terminada la guerra, los elementos autonomistas procuraron enseñorearse de Holguín, pero su labor constante se ha ido estrellando contra la parcialidad del gobierno y la intransigencia de los conservadores. Así y todo, al hacerse últimamente la reforma electoral, pudo verse de un modo claro y terminante que los liberales contarían con gran mayoría en el Distrito Gibara-Holguín, si se confeccionaba el Censo

con la debida legalidad. Semejante descubrimiento impulsó á los conservadores y al gobierno á realizar todos los esfuerzos con el fin de evitar la inscripción de los autonomistas que tenían el derecho electoral. Tanto celo se desplegó en ese empeño de arrebatar el voto á los liberales que con arreglo á la ley debían tenerlo, que en las últimas elecciones para diputados en la mayoría de las poblaciones, los autonomistas no fueron á las urnas, apesar de que, como ya se ha dicho, su número es mucho mayor que el de los constitucionales con capacidad electoral.

¿Qué tiene de estraño, después de esto, que la *España chiquita* se haya disgustado tanto, que sea la primera en manifestar de un modo airado su disgusto? Nótese bien que en Purnio, en Cruces, en Uñas, en Velasco, no son los viejos separatistas los que se sublevan ó capitanean la sublevación, sino jóvenes autonomistas, sin antecedentes revolucionarios, y, por el contrario, hasta con tradiciones conservadoras. Los hermanos Sartorius, en efecto, de familia rica y gubernamental, son los jefes inmediatos del movimiento. Presidían Comités autonomistas. Estaban encargados de la reorganización de las fuerzas liberales en aquella comarca. Durante todo el período preparatorio de las elecciones para diputados á Cortes, pudieron palpar las dificultades que se oponían arbitrariamente á la inscripción de los suyos; pudieron ver de cerca los horrores del caciquismo, la complicidad irritante de la burocracia en la lucha de los partidos, el obstáculo sistemáticamente presentado al desenvolvimiento de una política sincera, la ineficacia de sus trabajos dentro de la legalidad: más tarde presentáronse á su vista su vencimiento por una minoría audaz, protegida del gobierno, amparada y mimada por todo el orden de cosas establecido; y la insolente victoria de los menos sobre los más, no es cosa que deja nunca insensible á los corazones ardientes. ¿Qué mucho que todos esos atentados al sentido común, y á la sinceridad electoral, hayan llevado á los Sartorius, Jefes del autonomismo en Purnio y Velasco, á levantar el estandarte de la rebelión contra un sistema que consiente tales prácticas?

Pero, en fin, explíquese de ese modo ó de otro cualquiera, lo sucedido, lo cierto es que ha estallado un movimiento insurreccional en la jurisdiccion de Holguín; que lo inician importantes elementos que venían figurando en el partido liberal, y que procuraban hasta hace poco realizar sus evoluciones dentro de la

legalidad; y por último, que la insurrección estalla al grito de *¡viva Cuba libre!*, es decir, que es eminentemente separatista.—¿Qué alcance, qué importancia puede tener? Es imposible, á la hora actual predecirlo, pues no hay datos suficientes para apreciar los elementos con que cuentan los sublevados.—Algunos dan gravedad al suceso: otros lo estiman como una simple algarada.—Lo prudente es suspender todo juicio, porque en esto de las revoluciones, la historia está llena de sorpresas inauditas. Los banquetes republicanos de 1848 fueron al principio calificados de simple algarada, y acabaron con la monarquía de Luis Felipe. Algarada fué también la sublevación de Céspedes en la Demajagua, y dió principio á una guerra de diez años. Puede no ser nada lo de Velasco y Purnio; y.... puede ser mucho. Existen en la hornilla combustibles suficientes para provocar la explosión de la caldera. Y no vale decir que el país no quiere la guerra, ó que el Partido Autonomista condena toda acción contra la legalidad. Porque es verdad que ningún país quiere la guerra, que ninguno ama ese procedimiento; pero muchos paises, sin amar la guerra y sin quererla, se ven envueltos en ella por circunstancias que fatalmente á la guerra los empujan. ¿Quién se atreve á asegurar que esto no puede suceder en Cuba? Por otra parte, no es posible admitir que el Partido Autonomista desempeñe constantemente el papel de gendarme de España en la gran Antilla, y que los cubanos autonomistas sean aquí los encargados de reprimir cada vez que se produzcan, las insurrecciones de los otros cubanos contra el Poder español. En ese extremo, cada día su acción irá siendo más limitada, y aunque amantes de la legalidad, no han de ponerse siempre contra quienes la quebrantan en favor de la independencia y al lado de los que la violan en obsequio de la reacción. Por que después de todo, esto es lo que hay de real y positivo: no existe legalidad respetada: si la pisotean los de Purnio y Velasco, ¿no la pisotean también los elementos burocráticos y gubernamentales que aquí imperan?... ¿No la hollan diariamente los reaccionarios?

Pero suspendamos todo juicio. En breve ha de saberse si estamos frente á un motín ó frente á una revolución. Eso es lo que hay que averiguar, pues es claro como la luz del sol que si ha estallado una revolución, habrá llegado la hora de que cada cubano haga su examen de conciencia y elija el campo en que haya de colocarse, inspirándose en aquel principio, que Solón consignó en

las leyes de Atenas, de que en las luchas intestinas todo buen ciudadano debe tomar partido; pues en esas graves contingencias, el indiferente es un mal patriota.—Y como se debe siempre predicar con el ejemplo, el autor de estas *Crónicas* declara que á la hora actual, ya lleva hecho su examen de conciencia, ya sabe donde está su deber, y qué camino hay que tomar para cumplirlo.

JUAN GUALBERTO GOMEZ.

Abril 30 de 1893.

MISCELANEA

Hojas literarias.

Nuestro corredactor, Sr. D. Manuel Sanguily, ha iniciado la publicación de una série de folletos mensuales, que llevan el título del epígrafe. El primer número, correspondiente al 31 del pasado Marzo, ha visto ya la luz, y desde luego ha recibido la acogida extraordinariamente entusiasta á que lo hacían acreedor el renombre del eminente literato, lo noble del empeño y el interés y variedad de las materias que contiene.

El carácter del periódico será especialmente literario y crítico. La variadísima lectura, la sólida instrucción, la perspicacia y el acendrado gusto del Sr. Sanguily han escogido por tanto un vasto campo de labor, que harán más fecundo su gallardo estilo y la rica lozanía de su imaginación:

La Revista Cubana registra con regocijo este suceso, que tanto realza nuestra cultura.

Obras del Sr. Ponce de León.

El Sr. D. Néstor Ponce de León acaba de prestar valioso servicio á las disquisiciones colombinas, y por tanto á la historia de nuestro hemisferio, con la publicación de sus dos últimas obras *The Columbus Gallery* y *The Caravels of Columbus.*

Constituye la primera una preciosa iconografía colombina, en que se reproducen con admirable exactitud tipográfica los retratos monumentos, estátuas, medallas y pinturas que representan al descubridor del Nuevo Mundo, acompañados de un erudito texto en inglés, que acredita el dominio completo del asunto, merced al cual se ha colocado el señor Ponce entre los más notables americanistas coetáneos.

La segunda es una interesante y copiosa monografía de las tres naves con que realizó Colón su famoso primer viaje. En ella estudia el autor y pone en su punto los medios de que puede disponer el genio audaz del gran navegante para su extraordinaria empresa.

Ambas obras despertarán en sus lectores el vivo deseo de que el señor Ponce no se dé por satisfecho con estos triunfos; y continúe enriqueciendo la historia de América con el fruto de sus pacientes y bien encaminadas investigaciones.

FE DE ERRATAS

En el trabajo titulado *Psicología de Aristóteles* en la página 226 línea 35, del número anterior de esta REVISTA, donde dice: «Los dioses que Platón dá á conocer en virtud de curiosas investigaciones, tienen colocado etc.,» debe decir: «Los dioses fundados en motivos que Platón dá á conocer por medio de curiosas interpretaciones, han situado etc.»

— —

También en el artículo que lleva por epígrafe: *Siempre fiel y fidelísima*, en la página 218, párrafo primero, donde dice: «Occilaciones,» léase «variaciones» y en la 224 donde dice: «Nadie se atrevía ni aun siquiera á pronunciarla á ella;» léase: «Nadie se atrevía ni aun siquiera aproximarse á ella.»

LAS RAZAS DE LOS HOMBRES

y su significación para la civilización

III

No es tarea fácil el condensar los datos componentes de tan vasto asunto dentro de los límites propuestos para estos tres artículos y el hacer resaltar las influencias que han contribuido á la formación de las civilizaciones modernas.

Innumerables detalles interesantísimos en sí, reclaman atención por todos conceptos; pero tales detalles no caben en un bosquejo tan breve y aunque no fuese así, distraerían la atención del lector de los puntos principales que es mi propósito de aclarar.

De las tres razas fusionadas y confundidas en la civilización griega es fácil indicar los elementos que prestó cada una á su arquitectura, religión, literatura é instituciones políticas. Todos estamos de acuerdo en que los antiguos pobladores de la Grecia, los pelasgos, fueron de la raza turana, colonizados sin duda durante las invasiones de la Asyria, Scythia y Europa por Sesostris (Osirtasen) ú otros de los reyes tebanos, y la mezcla de esta raza con la ariana en la Scythia esplica el origen de la céltica que después apareció en la Europa.

La arquitectura más característica de la Grecia fué del estilo Dórico, primero empleado en Grecia por los Dorios en el templo de Corinto. Su prototipo fué empleado en Egipto dos mil años

antes, en la construcción de las tumbas de Beni-Hasan y en el grandioso palacio hipóstilo de Karnac.

Los Dorios también fueron de raza turana. Las columnas dóricas del Templo de Corinto recuerdan la robustez de la arquitectura egipcia siendo su altura de menos de cinco diámetros de su base. En el desarrollo subsecuente de la arquitectura en Grecia, se vé la influencia Aria en las modificaciones sucesivas de las proporciones de éste, columna hacia la elegancia ariana.

En la fabricación del Partenón en el acrópolis de Atenas, se dió á las columnas dóricas más de seis diámetros y en el Templo de Delos más de siete.

En las columnas del estilo Iónico que sigue cronológicamente al Dórico en la Arquitectura griega, vemos aun más aproximación en proporciones, á las columnas de madera de la Arquitectura ariana copiadas de los palacios de la Asiria y Persia y además, la introducción de formas vegetales en los adornos, como son los volutas y otros adornos de sus capiteles; como se ve en el Erechtheum y en los Propylaeos de Atenas. En el estilo Corintio, que sigue en orden cronológico, vemos en el monumento de Lisícrates una mezcla de los elementos egipcios el capitel de forma de campana con el follage Asirio, que no deja la menor duda de la confluencia de los dos estilos.

Con respecto á la literatura, los Vedas y el Zend-Avesta nos muestran una cultura avanzada y brillante de la raza ariana, mientras la turana no tenía ni siquiera alfabeto; su literatura fué representada por signos pictóricos como la de los Incas del Perú y de los Aztecas de Méjico cuando las invasiones de los españoles en el siglo XVI. De modo que la literatura griega no puede haber procedido de la raza turana y además la filología demuestra que la lengua griega es una rama de la Ariana.

Ambas razas, la Ariana (1) y la Semítica, tenían alfabetos en tiempos tan remotos que no podemos fijar su principio; habían concebido el arte de la música que vemos en las canciones de las Rig-Vedas y en los salmos de David y las canciones de Salomón en la Biblia.

En religión los Arias como los Semíticos fueron monoteistas.

El Dios de los Arias crió y gobernó todo con su espíritu y

(1) Es designación dada por Max Müller á la raza Iraniana del Dr. Prichard.

existió por dentro, al rededor y más allá de todo las partículas individuos del Universo, y la luz de su sol glorioso fué su emblema entre sus mortales hijos.

Su culto fué doméstico. Consistía en tener debida humildad completa confianza en la omniciencia, beneficencia y justicia de Dios y mantener fuego, emblema de la luz, eternamente encendido sobre sus altares. Al principio intelectual, daban libre albedrio en comprender sus deberes. Tal religión no necesitó templos, así vemos que la religión de los Griegos con sus Templos y Dioses fué de origen turana.

Debido á estas calidades mentales, la ciencia nació entre los Arias, que las cultivaron con seriedad y buen éxito.

No fué una raza poética como la Semítica y la turana. La Semítica y la turana, incluyendo muchos de sus descendentes célticos, se encantan en fantasmos que solo podían nacer en el cerebro de un poeta; pero la raza aria únicamente se ha distinguido en la poesía cuando se unió con las razas semítica y turana, como sucedió en Grecia. La única hermosura que la raza pura pudo apreciar, fué la de la verdad científica; la mejor harmonía fué por ella la de las leyes de la naturaleza. Las matemáticas la deleitaban y la astronomía le ofreció grandes atractivos, así los arias hicieron grandes progresos en las ciencias naturales y en dotar el mundo con las artes industriales, y tales fueron algunas de sus contribuciones al desarrollo de la brillante civilización griega.

Pero esto no es todo. Me resta hablar de otras también características: las *Instituciones Políticas.*

Una de las características más marcadas de la raza ariana fué sus tendencias republicanas en formas municipales;—una intolerancia de absolutismo irresponsable—y cuando aceptó formas monárquicas fué siempre bien limitada por constituciones escritas. Sus municipios característicos todavía quedan en la India como únicos vestigios de su ocupación de la parte norte y este de aquella península, pues la personalidad de su raza ha sido extinguido casi por completo por las influencias climatericas y morales como la raza goda ha desaparecido de España; pero los sistemas municipales de los arianos quedan en la India lo más prominentes, como es la lengua de ellos en casi todos los pueblos modernos, y aquellas instituciones municipales, y las «Vedas», los

«Institutos de Meun» son los únicos rastros que quedan de su antigua ocupación de la India ó sea la Hindostan si exceptuamos los Parsis de Bombay que no pasan de 120,000 almas.

Con respecto á la moral, los Arias fueron monógamos siendo la única raza de aquel período en que la mujer ocupó entera igualdad de posición en la sociedad.

La raza semítica sin su unión con la filosofía intelectual aria-na y los nuevos impulsos prestados por las simpatías que brotaron naturalmente de la fundación de las tres razas en una comunidad, no fué capaz por sí solo de producir la nueva y progresiva doctrina cristiana—la unidad del Padre y la fraternidad necesaria de todos sus hijos. Fué la evolución imprescindible de la semilla resultando de la confluencia de las tres razas en la civilización griega. Es verdad que esta semilla ocupó cuatro siglos en su incubación; pero aún durante los primeros dos de dichos siglos se sentía una nueva vivificación en el matrice de los tiempos y la judaismo se puso á su defensa contra la novedad apretando la aplióación de la ley judáica que suprimía todo movimiento intelectual y limitó las expansiones de sus profetas en la Judea. Durante el siglo IV antes de Cristo, la ley judáica excluyó de su territorio la nueva vida intelectual que fué repartiéndose desde la Grecia; pero la conquista de aquel país por Alejandro, deribó su exclusivismo á la nueva luz, que empezó filtrando en las ideas de sus profetas. Una tendencia hacia problemas sociales fué creciente, hasta al fin durante el siglo I antes de Cristo, gran número de hombres intelectuales, entre los cuales Antigonus, Jesús, hijo de Sirach, y Hillel, predicaron en formas proverbiales doctrinas que más y más aproximaban la aurora del dia cristiano cuando Jesucristo hubo de encantar la humanidad con la visión del Reino de Dios Padre, cariñoso educador de sus hijos todos.

Esta fué la esencia del cristianismo hasta el siglo III de nuestra era cuando se hundió en las confusiones metafísicas y místicas y después admitió repetidas transacciones con el paganismo y con la política, así dividiéndose en sectas de las que admitían dichas transacciones y los que no las admitían.

Con esta revista de los elementos característicos de las tres razas unidas en la civilización griega, estamos preparados para apreciar la influencia que prestó cada una en el brillante resultado. La base de la arquitectura y de la religión, la prestó la

raza turana; la poética y la artística por ésta y la semítica; la filosofía, las ciencias, las artes industriales y las instituciones políticas fueron elementos arianos. De la mezcla de todas, cementados en la defensa común contra el terrible peligro de aniquilamiento por las formidables invasiones asiáticas, resultó una civilización cuya brillantez todavía excita la admiración del munda entero y sus artes todavía son modelos de la emulación.

La filosofía de Aristóteles fué la herencia directa de la seriedad de la raza ariana; pero los templos grandiosos y ceremonias imponentes en la religión, corresponden á la viva imaginación turana y todavía sobrevive en las ceremonias modernas.

En todas las luces de hoy dia, estas razas basicas fueron dispersadas en mezclas en varias proporciones en la India, Asia y Norte de Europa en una infinidad de subvariedades y una de estas fué el tribu Umbro-latina que emigró á la Suiza y norte de Italia; después rechazada por los Etruscos, fundó la provincia de Latium, semilla de la república romana.

Este ramo ha dejado vestigios de sus habitaciones fabricadas sobre estacas en lagunas (habitaciones lacustres) desde el Asia hasta Lombardía y una de estas habitaciones está representada en escultura sobre la columna de Trajano en Roma que yo mismo he visto entre los dibujos traidos de la Dacia por aquel, después de su conquista de aquèl país, y escultado sobre su columna.

Hemos visto que al unirse con los Etruscos para establecer el reino de los Tarquinos, la Arquitectura y arte etruscos fueron dominantes, como se vé todavía en los vestigios que nos han dejado: pero al caer el reino, los latinos imponían la república por influencia de los elementos arianos que todavía tenía vida robusta.

Hemos visto como el elemento latino que, aunque no el más numeroso en la formación de Roma, fué consumido y dispersado en sus guerras y el elemento turano volvió á imponer sus instituciones y costumbres en el establecimiento del Imperio; único sistema viable en la confusión de razas y la anarquía consecuente á la remoción general que alcanzó á todas las razas mezcladas del nuevo Imperio.

Los elementos arianos siguiendo con persistencia sus tendencias intelectuales, fueron menos turbados en Alejandría en donde tenía establecido su gran centro de propaganda y su ilustración creciente fué progresivamente aclarando las inverosimilitudes de

muchas de las creencias paganas que andaban perdiendo sus efectos con las clases inteligentes y esta circunstancia introducía la anarquía dentro de la moral como en la política. Favorecido por esta condición, la nueva secta cristiana competía con la pagana para la recognición de sus méritos, recomendándose con los gobernantes por sus predicaciones de humildad y obediencia á á los populachos batida por las olas embravecidas de las pasiones; así ofreciéndose la doctrina cristiana como instrumento gubernamental sobre las masas ignorantes y supersticiosas de una revuelta insuperable de razas con que el Imperio tuvo que haber; pero en las cuales los cultos del paganismo habían echado raíces desde infinidad de generaciones.

La secta cristiana y sus doctrinas, fueron de origen semítica; el paganismo, de origen turano; y como el sistema político reinante era marcadamente turano aunque el paganismo estaba en decadencia, su arraigo en las masas hizo que la secta semítica encontrara obstáculos que imponían transacciones con el paganismo como condición previa de poder prosperar.

Tenía incorporado en su enseñanza el admirable sistema mosáico de moralidad y muchas de las ideas puras de los arias; pero su Dios era Antropomórfico como los varios Dioses de los Turanos y así, pues, favorable para transigir con el paganismo. Bajo el Emperador Constantino, la secta semítica hizo transacción también con la política que después ha traído otras más íntimas y fundamentales, constituyendo los Emperadores de una vez, jefe del Estado y de la religión.

Así, reconocido como religión oficial del Imperio, no pudo tolerar criterios intelectuales de sus dogmas y desde luego los elementos arianos con sus ciencias naturales vinieron á ser objetos de celo y suspicacia que pronto trajeron represiones y persecuciones; y como éstos tenían partidarios dentro de la iglesia, no tardó en llegar diversiones en ésta, la parte ortodoxa ó griega separándose definitivamente; y los partidarios de las investigaciones naturales, incluso Nestorio é Hipatia, fueron callados por el partido oficial. Como historiador no puedo abordar las cuestiones entre ellos, sino constar los hechos y seguir con mi tarea.

Baste decir que en los siglos primeros de nuestra Era los Emperadores romanos renovaron el reclamar para sí honores de Dioses como antes hicieron los reyes egipcios su apoteósis siendo par-

te del ceremonio funerario á su muerte. También como ellos ascendieron á los cielos en donde recibir homenaje de sus súbditos.

En el pedestal de la columna caída de Pio Antonino en Roma se vé esculpida la alegoría de aquel Emperador con la Emperatriz Faustina ascendiendo á los cielos llevados por un angel y en el siglo IV, este elemento turano asimiló los otros, reprimió el elemento aria, se apoyó en el apellido cristiano y bajo este nombre, estableció el osado culto de la fuerza brutal que no toleró por más tiempo el culto intelectual aria, ni el de amor y humildad semítica.

He dicho que asimiló los otros elementos, pero he dicho mal; lo que asimiló fué el *nombre* de la secta cristiana, y como los disidentes solo eran reprimidos, no suprimidos, los que no pudiesen manifestar suficiente hipocrasia para simular conformidad, fueron expatriados.

Pero su fé en la doctrina de un Dios Unico, subsistía, y cuando en el siglo VII otro profeta semítico volvió á levantar la bandera del Monoteismo que había aprendido en los conventos nestorianos de la Siria y de la Arabia, donde esta secta había refugiado y en cuyos Conventos Mahoma solía alejarse en los viajes comerciales de la juventud. Millones de hombres respondieron y la llevaron en triunfo á gran parte del mundo con una rapidez sorprendente para los que no se fijen en estos antecedentes.

Su mala fortuna eventual fué que tuvo en su progreso que disputar el camino con el poder militar de sus contrincantes y combatir la fuerza con la fuerza, obligando así la unión de su fé con el poder político y no hay ejemplo en la historia en que este no haya corrompido toda religión y le haya quitado todo lo que es puro y consolador para la sociedad, perdiéndole de vista su objeto fundamental y convirtiéndola en sistema de esplotación. Hasta hoy dia ha sido la roca contra la cual hanse estrellado todas las religiones. Han pagado la protección de la fuerza armada con la pérdida de su independencia y de su moralidad.

Las razas y las formas religiosas no representan nada de permanente en la humanidad, sino tendencias que adquieren diferentes grados de dominio según variables circunstancias, ni se trasmiten de generaciones á otras generaciones en la sangre. Lo que se hereda son las tendencias cuando más y éstas son debilitadas, fortilizadas ó amoldadas más bien por los ambientes. Con

estas aclaraciones estamos mejor preparado, así lo espero, para apreciar los problemas imprescindibles que contínuamente asaltan nuestra atención conforme al cúmulo creciente de ideas consiguientes al desarrollo de nuestros conocimientos en las ciencias naturales.

En efecto la civilización progresiva no es otra cosa que la lucha de nuestros conocimientos espansivos, respecto de la naturaleza y de su Autor y las luchas de éstas contra las preocupaciones primitivas que se han establecido previamente de que estos conocimientos habían esplicado los misterios que las producían. y estas investigaciones son elementos contribuídos por los aryas,

Es inútil tratar de defender las preocupaciones haciéndolas cuestión de raza. La razón no reconoce verdades para una raza que no sean igualmente para otra. Una cosa es la fe y otra es la verdad positiva de las cosas que se descubren por la ciencia natural. La fé puede creer; pero solo la inteligencia puede conocer.

Ni toda la verdad se descubre de un golpe, sino poco á poco progresivamente la luz penetra, se aumenta la inteligencia y se disminuyen en proporción las supersticiones.

Con respecto á la creencia de que las naciones modernas están divididas en grupos de distintas razas y que cada raza tiene intereses antagónicos con las otras; todas las ciencias proclaman que es error, como también lo proclamaba el autor de la fé cristiana.

La otnología y particularmente la craneología demuestran que las modernas naciones de Europa son constituídas de mezclas inseparables aunque en varias proporciones, de todas las razas primitivas, predominando, proporcionalmente, aunque no en absoluto, la Arquitectura y Bellas Artes de unas, las Ciencias Naturales, las Artes Industriales y las tendencias literarias de otra; y las Religiones mezcladas y algo corrompidas de todas las tres; pero predominando la turana, aunque las lenguas aryas se han generalizado más que ninguna otra, y sus instituciones políticas están luchando para seguir por donde la cultura de sus ciencias naturales les abre el camino; pues se han demostrado que son aliados naturales.

En las razas modernas menos estudiosas y prácticas, las costumbres anticuadas dominan con más fuerza que la inteligencia ó razón. Así son tan conservadoras, que su progreso es poco ó nulo; mientras que las de temperamento más activo siguen las

tendencias arianas se ayudan en los estudios y practican nuevos procedimientos, dominando y mejorando sus costumbres, sus recursos materiales y sus goces.

En este punto quizás, mi tema debía terminarse; pero no puedo abandonar esta cuestión de razas sin un resumen final, para acentuar en últimos párrafos que las cuatro razas de que he tratado no eran razas originales, que la Asia Central no ha sido la cuna de la humanidad, ni que las razas modernas son formas permanentes de la humanidad.

Las ciencias de arqueología y paleontología han probado que el hombre ha habitado al oeste de Europa en una época contemporánea con los paquidermos extinguidos, en el último período cuartenario y sus utensilios de piedra se han encontrado en los cascajos de Abbeville, de una época en que las aguas del Soma corrían cien varas más arriba de su nivel moderno ó en que el canal de la mancha no había todavía separado á Inglaterra del Continente; una época que los profesores Geikie y Croll calculan tener una antigüedad de más de ochenta mil años. (1)

Es un hecho que las nuevas ciencias de Paleontología, Arqueología, Antropología y Craneología, reforzadas por las inscripciones cuniformes de Babilonia y los geroglíficos egipcios nos permitan penetrar mucho más en los antecedentes del hombre que lo que dá la historia literaria.

Desde que se han descubierto las pruebas de que la Europa ha sido poblada por el hombre desde tiempos tan remotos, nace la pregunta ¿qué se ha hecho de esta raza si los modernos han descendido todos de la arya que emigró á Europa desde su cuna en Asia central?

¿En qué época y cómo han desaparecido las razas que nos han dejado tantas muestras de sus primeras ocupaciones?

Además la craneología nos enseña que los europeos modernos aunque casi todos hablan variaciones de la lengua arya, no son todos del mismo origen racial ni aceptamos la forma craneal como distintiva de diferentes razas; pues están mezcladas formas típicas que no distinguen las razas modernas de Europa una de otra, sino prevalecen muy mezcladas y el Dr. Lathan en su obra titulada *The Germania de Tácito* publicada an 1851, primero argu-

(1) Taylor Origin of the Aryans.

mentó que no existe prueba válida de que las raices sanscritas de los idiomas europeos modernos indiquen que somos todos descendientes de la misma raza ariana. Eso si puede significar que en las emigraciones y mezclas, conflictos y confluencias de los hombres, la lengua sanscrita ha probado su superior adaptación á las necesidades de la comunicación entre ellos y así más se ha extendido en las variaciones lingüísticas modernas.

Así la Filología prueba que el Griego, Latín, Celta, Alemán, Lituano y Eslava en Europa, todas tienen las raices de sus idiomas en el Arya (Sanscrito) y no hay más de una raza en el Asia, la Indo-Irania, que tiene estas raíces.

Así los Antropólogos modernos, siguiendo la sugestión del Dr. Latham se pusieron á estudiar la craneología como un distintivo menos variable de razas y las cuevas del sur-oeste de Francia, las cuevas artificiales ó Barrows largos y los redondos de Inglaterra, que se ha identificado de ser cementerios de las dos razas ibérica y Celta, los terraplenes de Conchas de Dinamarca y los vestigios de poblaciones lacustres de la Suiza, dan abundantes materiales para estos estudios.

La publicación de *Lubbocks Prehistoric Times* en 1865; de *Lyells* Antiquity of Mau en 1873; *Geigeis Zur Entwickelmgsgeschichte der Menchheit* en 1871; *Cunos Forschungen im Gebiete des alten Völkerkunde* en 1871; y otras obras, todas dan fuerza á la nueva doctrina de que la población de Europa es millares de años más antigua que la supuesta inmigración arya desde el Asia, que se han creido, y prestan gran probabilidad de que los mismos Arias han tenido su origen en Europa y emigrado al Asia y la India muy anteriormente á la época de las Rig-Vedas y del Zend-Avesta que la Filología nos demuestra el avanzado grado de cultura á que ya habían llegado.

Cuno, insistiendo en las múltiples pruebas de que las raices del idioma no son indicaciones suficientes de raza, dice que por su lenguaje se clasifican los españoles en raza latina, aunque tienen muy poco de sangre romana y los autores están de acuerdo en que con respecto á las variedades que se llaman razas en la Europa moderna, el clima y otras influencias físicas y las formas de sus religiones son las causas principales de su variación, mucho más poderosas que las formas de sus cráneos que son hoy dia excesivamente variadas, resulta de una intermixción inseparable

por las diferentes condiciones de la vida moderna, tan distinta de la vida prehistórica.

Penka ha demostrado (*Orígenes Ariacae*) que la filología es muy incierta como guía para determinar variedades antropológicas pues la lengua ariana se ha impuesto á muchas razas distintas que han cambiado de idioma sin variación de raza.

Está también abonado por Schrader (*Sprachvergleichung und Urgeschichte*) una alta autoridad, y otros, y está concedido que el clima y ambientes físicos, morales é intelectuales, tienen fuerza formativa mucho mayor que la forma del cráneo, ú origen étnico.

Seguramente las distintivas de raza en tiempos prehistóricos fueron muy marcadas, tanto en el continente como en las islas británicas, pues éstas revelan en aquel punto la existencia de las mismas razas prehistóricas.

En las cuevas sepulcrales y «barrows» de los antiguos pobladores de las islas británicas, existen en buen estado de conservación los esqueletos de dos distintas razas interpretadas por sus estaturas y las formas de sus cráneos, y de distintos períodos demostrados por los vestigios de sus utensilios encontrados en las mismas cuevas, también distinguidos por las formas de éstos; las cuevas artificiales de la raza más antigua, están algunas de 400 piés de largo por 50 de ancho. Los cráneos de estas «long barrows» son todos dolicho-cefálicos con índice 71-4 sus utensilios todos labrados de piedra, vasijas de barro muy raro, sus esqueletos cortos de estatura y de débil constitución. Fueron indudablemente de la raza ibérica.

Los cráneos de las cuevas redondas de Inglaterra son todos brachi-cefálicos con índice de 81 á 83 de estatura alta y poderosa, mucho de sus utensilios de barro y de bronce y los huesos de animales domésticos demuestran que esta raza gozaba de mayor grado de civilización á lo menos igual á la de la vida pastoral.

De noventa y cinco cráneos de cuevas redondas el índice mediano es de 81, mientras de sesenta siete tomadas de las cuevas largas el promedio fué de 71.

Los cráneos de las cuevas de caledonia ahora en posesión del profesor Huxley tienen índice de 78 demostrando la mezcla de las dos razas que es inevitable donde están las razas en contacto.

El promedio de estatura de los esqueletos de las «round barrows» es de cinco piés ocho y media pulgadas inglesas, mientras

el de los «long barrows» son de cinco piés cinco y media pulgadas.

Es la tarea de las modernas ciencias de antropología y craneología aprovechando de estos distintivos del cráneo y otros huesos y sus utensilios en las cuevas sepulcrales, trazar las emigraciones de estas dos razas en sus orígenes para ver qué luces nos dan sobre las modernas cuestiones de raza.

Los nuevos criterios que nos dan la craneología y filología facilitan esta tarea y nos enseñan que, aunque muy separadas en su origen, instintos, ciencias y tendencias comunes, con los idiomas de origen ariano más y más dominando las demás influencias que son unificando irresistiblemente la humanidad sinembargo de las influencias etnológicas, climatéricas y teológicas que obran en sentido contrario. .

El hecho de color más oscuro, estatura menor y el temperamento nervo-bilioso es en todos los tiempos distintivo de los hombres intertropicales; el color blanco, estatura mayor y temperamento sanguíneo linfático, predomina en los paises templados. La Rusia, España, Patagonia ú otro, demuestra la influencia del clima en variar á cualquier raza que cambia su habitación.

Está averiguado que los cráneos de los «Round Barrows» de las islas británicas correspondan con los Celtas, Daneses y Eslavos que ocuparon una zona de Europa central desde Inglaterra hasta la Asia bien marcadas por sus cráneos brachi-cefalos, y la Filología prueba que por su lengua fueron Arias, aunque sus cráneos eran del tipo Turano y dice el Dr. Thurman que la cuestión de como la ariana ha venido ú ser la lengua de una raza que tuvo cráneos del tipo turano, queda para determinar. El problema no es difícil.

Con respecto á la raza dolicho-cefala que poblaron á las islas británicas antes de la llegada de la raza brachi-cefala, nos encontramos sus cuevas «Long Barrows» en la Bélgica, Francia, España y el norte de Africa. Fué una raza Mediterránea y Atlántica que tenía sus relaciones lingüísticas con la Numidia y se retiraron á los Pirineos hacia el sur y á las montañas de Caledonia hacia el Norte escapando la presión de la raza brachi-cefalo más civilizada de la edad de bronce.

Sus cuevas sepulcrales son más numerosas en el valle del Garonne; también en el departamento del Lozére entre las cuales la célebre caverna del «l' Homme Mort».

En ésta se encontró muchos esqueletos todos dolicho-cefalos, entre ellos, quince de tan buena conservación que permiten exactas medidas que prueban su identidad con la raza dolicho-cefala y orthognata de Inglaterra. (1)

Esta raza se extendió por toda la península española, las islas y costas sur del Mediterráneo.

La misma raza habitaba la Córcega, Cerdeña, Sicilia y sur de Italia donde sus cráneos y esqueletos aún se encuentran en las cuevas prehistóricas de estos paises.

Esta raza cuyos descendentes se presumen que sean los Irlandeses de Donegal y Kerry, los Corsos los Bereberes y los Españoles de las provincias vascongadas emigró á la Europa desde la Africa.

Respecto de los Celtas los antropólogas no están todavía de acuerdo respecto de su limitación. César creyó encontrar tres razas distintas en la Galia: los Aquitanos en el sur-oeste: los Belgas en el nor-este y los Celtas puros en el centro y estos últimos son los que Broca cree son los únicos Celtas cuyos descendentes todavía habitan el mismo territorio. Son bajos en estatura, ojos y pelos negros y son brachi-cefalos con índice de 84. Pero Broca mismo concede que los Lapps y Finlandes son casi idénticos en estatura, color de ojos y pelos, siendo también brachi-cefalos, con índice de 84-5 y el Dr. Thurman opina que las razas brachi-cefálicas de Francia, Danesa, Finlandia y las Islas Británicas son cognados. Esta opinión está apoyada por el Profesor Huxley quien agrega también los Slavos, Ligurios y quizás otros más al este.

En vista de las nuevas pruebas acumuladas por los arqueólogos y antropólogos la teoría hasta ahora generalmente aceptada de que la cuna de la raza ariana fué en la Asia central de donde emigró á Europa y la conquistó por sus armas superiores de bronce ya es difícil de sostenerse; pues los vestigios constituyen demostración contundente de que el mayor número de esta raza ocupó á Europa muchos miles de años antes de la época de las civilizaciones egigcías y asiáticas que hemos referido en el principio de este escrito.

La Filología ha fallado en sus ensayos de reconstruir el árbol genealógico de los arios estableciendo sus raices en el Asia y tra-

(1) *Broca Revue d Anthropologie.* Vol. 11. P, 1-53.

zando sus ramales en diferentes partes de Europa, porque sus raices están actualmente en Europa y las civilizaciones orientales han sido los frutos de sus ramales, quizás fructificados por impregnación por otra civilización de la raza turana.

En los cascajos de los valles del Soma y del Sena y en las cuevas que ocupó el hombre en su período troglodítico, sus esqueletos y utensilios están mezclados con los del ptarmiganes y otros animales peculiares de los países glaciales que sin duda servían para la alimentación de los hombres de aquel período y que indican ser del período glacial en Europa cuyo fin se ha calculado por Croll y por Geiker con datos astronómicos fué 80,000 años antes de nuestra época, y, sea esta como sea, los utensilios é instrumentos encontrados en los «round barrows» de Inglaterra habitadas por la raza brachi-cefálica, incuestionablemente ariana, prueban que estaban ocupados en el período neolítico ó en el de instrumentos de piedra pulimentada, que fué antes de la edad de bronce; por lo menos 8,000 á 20,000 años antes de nuestro período según cálculos de Mortillet.

Al fin todo indica que la Europa fué habitada por varios ramales de la raza ariana, si no cuando todavía eran trogloditas á lo menos en su período nómada y pastoral, perambulando sus llanos en carros tirados por bueyes, viviendo en verano en chozas hechas de ramas de árboles y en invierno en cuevas artificiales, redondas escabadas en la tierra de manera de los «round barrows», vestidos de pieles cosidas de agujas de hueso y sabiendo encender fuego por la fricción. Si su vida no era puramente pastoral en todos casos á lo menos su agricultura fué de la más primitiva.

Todas las pruebas paleológicas y filológicas indican que hubo razas que empleaban la lengua arya en el norte de Europa, desde tiempos prehistóricos tan remotos como en la Asia; y que en Europa fué más ruda que en el Asia en el mismo período.

El Dr. Schräder interpreta esta circunstancia como otra prueba de que la raza existía primero en Europa de donde emigró hacia el este, donde se desarrolló su mayor grado de cultura en contacto y mezcla con la raza turana.

Hay más: Si la craneología es seguro distintivo de raza, entonces los pobladores del norte de Europa en el período neolítico, los Ligurios ó sean Ugrios fueron de raza turana como también

los Umbrios ó latinos que aparecían más tarde en el sur de Alemania, Suiza y Lombarbía (los de las habitaciones lacustres) tuvieron de esta raza pues su índice craneal fué de un promedio de 80-81; pero si se ha de determinar la raza por la filología, entonces los últimos fueron de raza ariana y los ligurios de la raza turana.

¿Cómo explicar estas contradicciones? ¿Se habían tenido entre las dos razas conflictos y confluencias anteriores, en las cuales la lengua ariana se había probado ser más espresiva de las necesidades lingüísticas de los hombres, y los cráneos vinieron á representar un índice promedio entre los dos por causa de la mezcla?

Otro pueblo que invadió la Lombardía también desde el norte en el siglo XI ó XII antes de Cristo,—los Etruscos,—fueron aún más marcadamente turanos, pues además de la forma de sus cráneos la de su arquitectura denuncia su origen en Egipto ó el Asia Menor, y que fueron de raza turana cuyos vestigios encontramos en Europa, Asia, India, Africa y América no solo sus craneos del tipo brachi-cefalo sino vestigios indudables de su arquitectura.

Es dato curioso en esta relación que Gilman investigando las razas prehistóricas que explotaron las minas extensivas de cobre en las orillas de los lagos americanos, *Superior* y *Huron*, encontró cráneos con indices cefálicos de 85 y otros del tipo tan marcadamente dolicho-cefalo que su indice fué 56, adjuntos con instrumentos de cobre y de piedra pulimentadas (neolíticas) y unos y otros tienen agujeros de una pulgada diámetro taladrados en el sutura que divide los huesos perietales, algunas de estos con seña de había sido trefanado en la vida.

Broca encontró cráneos taladrados en la misma parte superior, en las cuevas prehistóricas de la Francia.

La verdad, parece ser que el hombre en sus estados salvajes y pastorales no había desarrollado el amor patrio, así fué notablemente emigratorio en sus tendencias buscando mejorar sus condiciones de vida. La ambición ya fué solicitándole y urgiéndole á su destino, la confluencia de razas en una unidad providencial.

Desde entonces la historia literaria empieza á contarnos las peripecias de estos progresivos movimientos de amalgamación.

En estos movimientos las características de las antiguas razas van variándose, demostrando que los cambios de las condiciones

de la vida, clima y ambientes físicas y psíquicas son las influencias formativas de las razas. Tanto es así, que es de observación común en los Estados Unidos que hay una diferencia marcada entre las fisonomías de padres alemanes y de sus hijos nacidos y criados en el norte de América, y con frecuencia, en la segunda generación desaparecen por completo todas las trazas de su origen. Si sucede así en dos generaciones ¿qué será en cien? En Italia y España las distintivas étnicas de sus conquistadores Godos han desaparecido hace siglos ya por efectos climáticos y morales y la raza ariana en sus características primitivas ya no existe en la Persia, Grecia, Francia, Italia ni España. Su lengua es la única de aquellas que ha sobrevivido en estos paises, y está en formas muy variadas.

Cuno fué el primero que estableció el hecho de que el idioma ya ha dejado de ser señal de la raza, y dice: «Por el idioma clasificamos hoy dia los españoles entre las razas latinas y sinembargo contiene ínfimos trazos de sangre romana y lo mismo es verdad con respecto á Francia, Bélgica y Rumanía. En estas regiones prevalecen idiomas neolatinos pero contienen muy poca sangre latina.» Así también en la parte sur de Alemania sus habitantes son en gran proporción brachi-cefalos pero esclusivamente de lengua teutónica.

Resulta, pues, de los datos reunidos, que aunque existen todavía en los europeos personas dolicho-cefálicas y personas brachicefálicas no constituyen razas; pues la gran mayoría de cada nación europea es *orto-cefálica.*

Tampoco corresponde hoy dia las lenguas á razas distintivas; pues hemos visto en estos datos que muchas de las razas pre-cristianas emplearon ramales de la lengua ariana y aun hoy dia en el sur de Alemania donde hay proporción marcada de brachicefálicas, su idioma es esclusivamente teutónica. Así también la raza ibérica fué marcadamente dolicho-cefálica como fué los godos y vandalos; mientras la raza Umbria-latina que fundó á Roma fué al contrario, orto-cefálica ó casi brachi-cefálica, con índice de 80-81 así que los españoles modernos no pueden reclamar descendencia exclusiva de ninguna de aquellas razas originales y su título de raza latina solo puede referir al idioma que, como se ha visto, no es distintiva de raza. Los Belgas que son también de lengua latina, no sabrán clasificarse en la misma raza de

los Españoles ni Italianos; ni uno ni otro de estos tres pueblos habla la lengua latina, sino diferentes variaciones de esta.

Entonces si es que ni las formas del cráneo ni las idiomas, ni las costumbres ni los modos de vida, ni otros elementos que determinen el grado de civilización de los hombres están permanentes é inalterables sino son marcados con repetidas variaciones según los ambientes físicos y psíquicos que influyen sobre ellos,—verdad que alcanza la experiencia de cada uno, como también es que muchas de estas variaciones tienden á progresos hacia la mayor inteligencia, prosperidad material, confort y felicidad de las gentes;—así debemos considerar estas tendencias de ser en el orden de la naturaleza; ergo derechos naturales de los hombres y de la sociedad.

Estos progresos naturales pueden ser ó favorecidos por las sociedades ó obstruídos y retardados por intereses establecidos; pero no se puede parar permanentemente la realización del destino providencial de las sociedades humanas.

Así el progreso en civilización no es cuestión de raza, sino de sistema.

Canon Taylor dice que en ningún otro país en el mundo hay tantas razas mezcladas como en Italia.

Al principio del período histórico encontramos en Italia los Sicanios, Siculos, Umbrianos, Latinos, Etruscos, Sabinos y Samnitas; tempranamente los cartagineses se establecieron en Sicilia, como también los Griegos allí y en el sur de Italia, tanto que esta región fué llamada la Magna-Grecia, y los Galos se establecieron en la Lombardía que despues se designó Galia-Cisalpina.

Durante el período romano, después que sus legiones habían hecho la conquista del mundo, fué Roma misma inundada por las razas que había conquistado, incluso Egipcios, Sirios Griegos, Dacios, Eslavos, Cartagineses, Galos y Españoles. Después vinieron los Godos, Hunos, Vándalos, Lombards, atraídos por los tesoros robados como botin de todos los paises conquistados: el Africa, Asia y Europa y les seguían los Normandos, Moros, Españoles Francos y Alemanes. Estas mezclas confusas se esparcieron en las anchas extensiones del Imperio romano. Los distintivos de las antiguas razas se perdieron en estas mezclas y confusión de modo que todas estas tendencias contradictorias están luchando una con otra en las sociedades modernas.

En España se establecieron permanentemente, primero los Iberos, luego los Ligurios, que se mezclaron con los primeros en todas las provincias del norte produciendo los Célti-Ibéricos; tercero los Vándalos; cuarto los Godos y quinto los Arabes. Todas estas razas permanentes y amalgamadas constituyen los españoles modernos y es un engaño interesado el persuadirles que son descendentes directos de la raza latina, cuando tal no existe más que en el idioma y esto en forma muy variada del original. Además se debe hacer constar que la lengua latina no fué más que una rama lejana del refinado idioma de la raza intelectual ó filosófica.

Todos los idiomas modernos de Europa son otras ramas de la misma, y los Godos fueron primeros hermanos de la raza Umbro-latina.

No es justo càractizar de *Bárbaras* á las razas consanguineas de la latina, que fueron los progenitores de los modernos europeos. Es epíteto generado en pasiones políticas y religiosas en su afán de desacreditar la libertad personal y libre albedreo de ideas republicanas que aquellos importaron en el Imperio romano. El epíteto representa la defensa de intereses que habían adquirido los privilegios oficiales.

Con respecto de su barbarismo no diré más que sin referir sus triunfos militares sobre los romanos que indica inteligencia en la organización de la fuerza brutal, que fué también lo que más se distinguía á Roma, estos mismos bárbaros fueron los que en el siglo XI originaron en la Aquitectura el estilo gótico que ha llenado Europa entera de admiración por los bellos ejemplares góticos como los más perfectos del arte que hoy dia la Europa ostenta en sus Catedrales, la mayor parte y sin duda ninguna los más perfectos, construídos en los siglos XI, XII y XIII, precisamente en la edad oscura, y sus lujosas ventanas históricas de vidrios colorados fueron invención del siglo XIII.

Estos bárbaros fueron en casi todas sus razas, cristianos de sectas disidentes y su primera iglesia gótica fué la que hoy llamamos San Estéban ó el «Abbaye Aux Hommes» en Caen, construída en el año de 1066 por Guillermo del Norte (Normanos) para dar gracias á Dios por su conquista de Inglaterra.

Estos Normanos descendieron de la Noruega, Suecia y Dinamarca en el siglo XI y acaparon toda la costa oeste de Europa desde el Elbe hasta el Guadalquivir.

Los epítetos nunca pueden desvirtuar el hecho de que estas razas nos han traído el concepto aria de las libertades individuales para el cultivo y libre comercio en ideas y bienes que están obrando la unificación práctica de la humanidad entera en sus intereses y consecuentes simpatías, realizando así de hecho el cristianismo predicado desde diez y nueve siglos; y esta realización en despecho de fuertes y activas oposiciones de los predicadores de la doctrina de razas antagónicas.

La suposición de que hay un problema en la naturaleza del predominio de una raza sobre otra es un *ignis fatua* de cerebros torcidos. El problema fundamental es del predominio de la luz intelectual sobre el obscurantismo; es decir, de mejor inteligencia entre Dios y sus mortales hijos, y entre estos unos á otros.

Al contemplar este pálido vislumbre del ancho campo de los antecedentes que ha corrido la humanidad en este planeta, y al notar como hasta sus bajos instintos animales en sus estados primitivos los de egoismos y pasiones, todos han impulsados á contactos, conflictos y confluencias con sus semejantes, así confundiendo y unificando progresivamente todas las razas, y que el creciente comercio moderno de intereses é ideas contribuyendo al mismo fin, no podemos dudar que esta unificación es en cumplimiento del plan primordial de la naturaleza, asegurada en las leyes eternas, inmutables é imprescindibles del universo. La ignorancia de estas leyes y resistencia á ellas, puede retardar, pero no evitar su progresivo cumplimiento.

Mezclado y confundido con intrigas políticas los credos religiosos han servido más como manzana de la discordia bélica, que de semillas de amor fraternal entre las razas de los hombres; pero afortunadamente las grandes conquistas intelectuales modernas sobre las fuerzas físicas de la naturaleza, amontonando las ideas en formas mecánicas que promueven fuertemente hacia empresas industriales gigantescas y sociales que rompen los antiguos moldes de ideas sociales; han determinado grandes movimientos emigratorios hacia el continente colombino en que todas las razas modernas están íntimamente incorporadas bajo una sola forma política de origen ariana, esta combinación de circunstancias ha necesitado la separación completa de la religión y de la política. Así, ninguna secta halla sustento oficial; de modo que es fuerza que todas y cada una compete sobre la base de sus méritos in-

trínsicos, resultando doctrinas más espansivas y fraternales inspirados en el espíritu del puro cristianismo en que todos los credos están aproximándose, como hijos del Padre Comun.

Ya la humanidad sustraída de las tradiciones que la han servido de obstáculos á sus expansiones intelectuales se presta á la dirección que es ineludible; la de sus instintos fundamentales.

Esta nueva expansión de ideas, en parte dirigidas á la evolución de formas mecánicas para dominar las fuerzas cósmicas ó sea de la naturaleza en sustitución de las manos de obra de los hombres ó sea de la fuerza bruto-muscular, en todas las tareas de la producción y conducción de los artículos de utilidad y de consumo, ha resultado en gran aumento en la producción y progreso, y en la diversidad de ocupaciones en la sociedad, cada uno dentro de límites más estrechos resultando mayor habilidad manipulativa y con el abundante empleo de la maquinaria gran progreso en la cantidad, calidad y baratura en los artículos manufacturados y agrícolos, elementos comerciales indispensables á la vida moderna que por los métodos rápidos de comunicación y conducción son repartidos con utilidad á los países remotos de los de su producción.

Esta evolución extraordinaria de las fuerzas productivas y su influencia sobre la sociedad moderna constituye una época muy notable en la historia de la humanidad. Quien se fije en las nuevas semblanzas de esta época, notará que su primer aspecto es la del creciente predominio de las ideas ó de la fuerza intelectual en su competencia con la fuerza brutal: las ciencias naturales dirigiendo las fuerzas cósmicas ó sea del universo á los servicios de la sociedad.

El segundo es que estas combinaciones de ideas en la formación de máquinas para dominar las fuerzas de la naturaleza en el servicios de la sociedad así en gran parte aniquilando el tiempo, las distancias y multiplicando las fuerzas productivas, en los países donde las ideas están menos reprimidas por las instituciones, dejando los demás países más y más atrás en el progreso general.

El tercero es que la progresiva concentración de las industrias fabriles en grandes planteles de fabricación organizada con maquinaria de artefactos, dá á la vez superioridad en cantidad y calidad á menos costo; pero al mismo tiempo nos hace el mundo

más estrecho y todos, progresivamente más cerca y dependiente uno del otro, envolviéndonos en aquella unidad inseparable que creo ineludible.

Hoy día el latín es la base principal de casi todos los idiomas modernos de Europa, mezclado en varios grados con otros ramos cognados del mismo orígen ariano ó sea aryano (1).

Pero ya no existe vivo ni el idioma ni la raza latina. Así, no puede haber la relación fatal de causa y afecto entre las instituciones y la forma de los cráneos; ni tampoco entre aquellos y los idiomas ni la raza.

No es entónces cuestión de raza, sino de sistemas.

Las instituciones no se trasmiten por la sangre sino brotan del grado de ilustración del pueblo cuando no son impuestas por la fuerza brutal de las armas militares.

Las instituciones republicanas no son legítimos productos de la fuerza brutal sino de las fuerzas intelectuales muy repartidas en las masas de los gobernados la cual no es posible lograr sostener y propagar sin igual reparto y abundancia de escuelas, entre dichas masas.

La supresión de las escuelas de ciencias naturales por el poder político confederado con instituciones de orígen turano, constituyeron estos como oficiales así sostenidos por las fuerzas armadas, reprimió las instituciones arianas que dirigidas por Aristóteles fueron adquiriendo fuerzas.

Aún existen todavía cráneos del tipo brachi-cefálicos, como también los hay dolicho-céfalos pero ya no existen razas que les correspondan; pues las razas modernas de Europa nos presentan promedios notablemente orto-cefálicos.

Solo en la China y el Japon donde la raza turana no se ha mistificado por la mezcla con otros, se encuentra en predominio el promedio brachi-cefálico.

Así siendo que las formas del cráneo y los idiomas que fueron distintivos de razas antiguas se han variado tanto en Europa que no forman tal distintivo, no hay razón adecuada para propagar las instituciones correspondientes al grado de cultivo de aquellos tiempos.

---

(1) Para no confundir la palabra con las doctrinas del presbítero Alejandrino. (Arius).

No hay grados de cultura ni instituciones, sean políticas ó religiosas, ligadas fatalmente á razas determinadas.

Lo que hay es que diferencias de clima y otras influencias físicas y morales ejercen poderoso influjo en fuerzas considerables. Los climas cálidos desarrollan en los hombres en grado predominante, el temperamento nervo-bilioso que dá rápida inteligencia, brillante imaginación, y genio impulsivo, características que suelen traducirse en vidas poéticas, literaturas en que predominan el arte del bello decir ó sea de elegantes formas, y en instituciones de grandes é imponentes ceremoniales. Mientras los climas frios y templados desarrollan el temperamento sanguineo-linfático que dá más calma intelectual que tienda al cultivo del exacto saber, pasiente y persistente observación y estudios de las ciencias naturales, ceremonias sencillas é instituciones fundados en la educación general de sus conciudadanos.

Esta influencia de climas explica sin duda las diferencias en los elementos turano y ariana mezclados en la civilización griega desarrollados en estas dos direcciones y el resultado de la mezcla fué muy superior á cualquiera de las dos cuando separados.

Estimulado por las fuerzas poéticas, y constructivas del elemento turano, y excitado por sus proezas militares en la heróica defensa contra la invasión persa el elemento ariano fué impulsado al desarrollo intelectual brillante que dió el gran lustre á la república de la edad de Pericles.

Esta combinación y equilibrio conveniente de los dos elementos es sin duda en el plano providencial de la civilización. Son los dos tan necesarios é indispensables suplementos uno al otro, como son el análisis y la sintesis y si los había mantenido en las relaciones normales como en la civilización griega, la de hoy día se había encontrado muy adelante de sus condiciones actuales.

Desgraciadamente, en las mezclas y revueltas romanas el turanianismo prédominó sobre el arianismo y reprimió su desarrollo, así la florida imaginación dominando la inteligencia la nave de la civilización fué lanzada en mar desconocido á toda máquina de la fuerza de propulsión para con el capitán y timonero privados de sus libertades, resultando la larga lista de desaciertos y calamidades que entristece la historia de la humanidad.

Para quien presta atención estudiosa á esta historia, habrá tenido bastante de los antagonismos de razas (?)

Para los que desean encontrar antagonismos en el curso de la civilización se encontrarán entre estos tres elementos, luchando para amoldar la dirección de su desarrollo y tan temprano como en el tiempo de Aristóteles, el elemento ariano demostró su fuerza y la dirección que lleva; pero la voz simpática del amor del elemento semítico y de la razón del ariano se hundieron pro-tempore en las pasiones y supersticiones propias al estado comparativamente primitivo de la época. Así el elemento turano tomó el predominio al advento de los Césares romanos y todavía se mantiene con grande influencia.

La religión turana fué antropológica y ancestral y es la misma hoy entre sus decendentes los Chinos y sus grandes templos é imponentes ceremonias siempre han de ser más influyentes en las masas ignorantes de hombres en los cuales las palabras no imponen más que débiles significaciones.

El mundo está lleno de misterios para ellas que su falta de cultura no les permiten penetrar, así que las grandiosas formas y ceremoniales los impresionan fuertemente é influyen en estas masas hasta un grado que los servicios intelectuales solo alcanzan en las clases educadas. En este sentido, formas turanas en los cultos modernos se encuentran su mayor apología para haber estos transigido con el paganismo cuyos elementos deben irse eliminando conforme se adelantan las ideas y culturas intelectuales.

Muchas de las influencias turanas se han mantenido hasta nuestra época en despecho de la gran fuerza acumulativa é irrisistible que hoy día ejerce el elemento ariano que rápidamente está conquistando el predominio y purificando la humanidad de las corrupciones intelectuales y morales que se crían en todos los rincones oscuros donde no ha todavía penetrado la luz intelectual que irradia de todas las obras de Dios padre para alumbrar el camino imprescindible de sus hijos.

Las influencias arianas son toda poderosas hoy dia en las civilizaciones de Europa y América, representadas en el desarrollo sorprendente de las empresas industriales que están rápidamente confundiendo todas las razas en egoismos que parecen progresivamente á los altruismos predicados por Nuestro Señor.

ERASTUS WILSON.

SOBRE UN LIBRO DE BOTÁNICA

El inteligente Catedrático de «Fitografía y Geografía botánica» y Director interino del Jardín botánico de la Universidad de la Habana, Dr. D. Manuel Gómez de la Maza, acaba de publicar unas NOCIONES DE BOTÁNICA SISTEMÁTICA. La obra ostenta un prefacio de nuestro antiguo maestro, el ilustrado Dr. Vilaró; y nos proponemos criticarla sin que «apasionada enemistad mueva la pluma», pues el autor nos inspira grande estimación y respeto. Criticaremos desde el punto de vista científico, cuidando de exponer lo más brevemente posible y con toda sinceridad, el concepto que del libro formamos.

I

El primer capítulo de la obra, se titula *Glosología*, y contiene los sesenta y ocho artículos de las Leyes de la Nomenclatura botánica, «adoptadas por el Congreso internacional de Botánica, celebrado en París en Agosto de 1867», y «aceptadas por todos los botánicos» según manifestación del Dr. G.-Maza. En nuestro sentir, no todos los botanistas aceptan las aludidas leyes, y aún el autor de las NOCIONES prescinde muchas veces de ellas, como más adelante demostraremos. Por otra parte, los escasos ejemplos inscriptos en algunos artículos, son los que figuran en las actas del citado Congreso, y algunos ya no tienen importancia; v. gr.: Los nombres *Lentibulárieas* é *Hipocastáneas* (Art. 22, inciso 4º) no figuran en la lista de las familias admitidas por el

Dr. G.-Maza, y por consiguiente deben ceder su puesto al nombre *Caprifoliáceas.*

II

El segundo capítulo encierra únicamente la significación del término *Taxinomía*, y un índice de los tipos, subtipos, clases, subclases, órdenes, subórdenes y familias que admite el Dr. G.-Maza, siguiendo á Van Tieghem (*) [TRAITÉ DE BOTANIQUE, 1ª edición, 1884]. Para mayor claridad, trataremos de las modificaciones impresas por el Dr. G.-Maza á la clasificación de Van Tieghem, y seguidamente estableceremos las analogías existentes entre el índice de las NOCIONES, y el del TRAITÉ referido.

***

1º Van Tieghem escribe los nombres en francés y el Dr. G.-Maza en castellano, distinguiéndose de otros muchos escritores, que como Bentham (**) y Hooker (GÉNERA PLANTÁRUM. 1862 á 1880) adoptan el idioma latino. En el libro que examinamos, el Dr. G.-Maza—á la inversa de lo que hacía en obras anteriores, y aunque el art. 6º de las leyes (***), es bien terminante—asigna desinencias castellanas á radicales traducidas; ejemplos: Escribe *Talofitas* y no *Thallophytas*; *Quenopodiáceas* y no *Chenopodiáceas*; *Amarilídeas* en vez de *Amaryllídeas*; *Hidrocarídeas* por *Hydrocharídeas.* Al propio tiempo acentúa como esdrújulas las denominaciones acabadas en *eas*, á pesar de que antes no lo hiciera, y de que profesores españoles de reputación aconsejan lo contrario. Esta ortografía adoptada modernamente por el Dr. G.-Maza, está conforme con la del DICCIONARIO DE LA LENGUA CASTELLANA (R. Academia, 1884). Pero no nos explicamos por qué, en las NOCIONES, se encuentran voces como *Marchanciáceas*, *Marchancíneas*, *Charáceas*, *Chailécicas* y *Briiáceas*, que proceden de *Marchantiaceæ*, *Marchantineæ*, *Characeæ*, *Chailletieæ* y *Bryaceæ*.

(*) ó Van Tíeghem.

(**) ó Béntham.

(***) Art. 6º—«Los nombres científicos son en lengua latina. Cuando se les deriva de otra lengua, toman desinencias latinas salvo excepciones confirmadas por el uso. Si se les traduce á una lengua moderna se trata de conservar lo más posible un parecido con los nombres originales latinos.»

2º Los *Líquenes* aparecen en grupo aparte de los *Ascomicetos.*

3º Del propio modo que en su tesis para el Doctorado (FLORA DE CUBA), el Dr. G.-Maza llama *Briofitas* á las *Muscíneas, Pteridofitas* á las *Criptógamas vasculares,* y *Espermatofitas* á las *Fanerógamas* de Van Tieghem, de acuerdo con las denominaciones ya usadas por el inolvidable Planellas.

4º El Dr. G. Maza divide la clase *Dicotiledóneas* en dos subclases: *Perigoniadas* y *Periantiadas.* Van Tieghem divide el mismo grupo en tres subclases: *Apétalas, Dialipétalas* y *Gamopétalas.* Bentham y Hooker establecen la división de las repetidas *Dicotiledóneas* en *Polipétalas, Gamopétalas, Monoclamídeas* y *Gimnospérmeas;* y al describir las monoclamídeas y muchas monocotiledóneas, nombran *Periánthium* á la envoltura floral.

5º Las subclases de Van Tieghem corresponden á órdenes del Dr. G.-Maza, con la variación de llamar, este autor, *Tepalíferas* á las *Apétalas.*

6º Dividiendo Van Tieghem cada subclase en dos órdenes, según el ovario sea libre ó adherente respecto de la cubierta floral, resultan seis grupos; que para el Dr. G.-Maza tienen la gerarquía de subórdenes, y se nombran *Tepalíferas superovariadas, Tepalíferas inferovariadas, Dialipétalas superovariadas, Dialipétalas inferovariadas, Gamopétalas superovariadas* y *Gamopétalas inferovariadas.* Salvo en la división de las *Gamopétalas,* Bentham y Hooker prescinden de esa adherencia ó libertad del ovario, al agrupar las familias; ejemplo: La cohorte *Rosales* contiene familias de plantas superováricas, como las *Leguminosas;* é inferováricas, como las *Saxifragáceas.*

7º Van Tieghem divide la clase *Filicíneas* en dos subclases: *Filicíneas isospóreas* y *Filicíneas heterospóreas,* comprendiendo en la primera dos órdenes (*Helechos* y *Maratíneas*), y en la segunda uno solo (*Hidropterídeas*). Además ordena las *Equisetíneas* y las *Licopodíneas* en isospóreas y heterospóreas. El Dr. G.-Maza acepta las mismas divisiones, pero considera subclases á los órdenes de *Equisetíneas* y *Licopodíneas.*

8º La familia *Pitosporáceas* se encuentra en la edición 1ª del TRAITÉ de Van Tieghem entre las *Dialipétalas superovariadas.* En los ELÉMENTS DE BOTANIQUE (1888) del mismo escritor, aparece esa familia entre las correspondientes á los géneros *Aralia* y *Cor-*

nus. El Dr. G.-Maza traslada dicho grupo desde las *Dialipétalas superovariadas* á las *Dialipétalas inferovariadas.* Bentham y Hooker reunen las *Pitosporáceas* con las superováricas *Tremandráceas, Poligaláceas* y *Voquisiáceas,* bajo el nombre de cohorte *Poligalíneas.*

9º Van Tieghem y Baillon consignan *Lauracées*; y Bentham y Hooker (con Ventenat y otros autores) *Laurineæ.* El Dr. G.-Maza, prescindiendo del art. 21 de las leyes Nom. bot. (*), escribe *Lauríneas.*

10º Bentham y Hooker escriben *Chailletiaceæ*, y refunden, como R. Brown y De Candolle, el gén. *Dichapetalum* [Dup.-Th(ouars), 1810 (**] en el *Chailletia* [D. C. 1811]. Baillon, con arreglo al art. 55 (***), sustituye el segundo nombre por el primero, y escribe *Séric des Dichapetalum* y *Dichapetaleæ.* El Dr. G.-Maza sustituye *Chailletiées*, que escribe Van Tieghem, por *Dicapetáleas* (que se adopta por Durand en el INDEX GÉN. PHAN., 1888), desatendiendo lo que aconseja el inciso 4º del art. 22 (****).

11º Van Tieghem admite *Borraginées* y el Dr. G.-Maza *Boragíneas.* Merat y De Lens (DICTIONAIRE UNIVERSEL DE MATIÉRE MÉDICALE ETC., I., 1829) dicen: «*Boraginées*, et non *Borraginées*», y que *Borago* es una modificación de *Corago* (de *cor ago, je réjouis le cœur*). Endlicher, Bentham y Hooker y otros, aceptan *Boragineæ.*

12º En la 1ª edición del TRAITÉ de Van Tieghem, leemos *Cycadinées* (familia) y *Cycadées* (tribu). El Dr. G.-Maza emplea

(*) Art. 21.—«Las familias (*Ordines, Familiæ*) son designadas por el nombre de uno de sus géneros, con la desinencia *aceæ* [*áceas*]. (*Rosaceæ* [*Rosáceas*], de *Rosa*; *Ranunculaceæ* [*Ranunculáceas*], de *Ranunculus*, &.).» Copiamos del libro del Dr. G.-Maza los art. de las leyes de la Nomenclatura; pero con las actas del Congreso á la vista, hacemos las modificaciones que se desprenden de la siguiente regla: «Empléase también el paréntesis curvo para encerrar en él noticias ó datos aclaratorios, explicaciones de abreviaturas, etc.; y el rectangular, para indicar en la copia de códices ó inscripciones lo que falta en el original y se suple conjeturalmente.» (GRAMÁTICA DE LA ACADEMIA. Año 1890. Pág. 374).

(**) Baillon (ó Baillón) dice 1806.

(***) Art. 55.—«En los casos de reunión de dos ó más grupos de la misma naturaleza, subsiste el nombre más antiguo. Si los nombres son de igual fecha, el autor elige.»

(****) Art. 22.—Inciso 4º—«Un antiguo nombre de género hecho nombre de sección ó de especie, puede ser conservado como base de un nombre de familia. (*Lentibularieæ* [*Lentibulárieas*], de *Lentibularia; Hippocastaneæ* [*Hipocastáneas*], de *Æsculus Hippocastanum; Caryophylleæ* [*Cariofíleas*], de *Dianthus Caryophyllus*, etc.).»

para la familia el término *Cicádeas* que no obedece al artículo 21 citado. Bentham y Hooker escriben *Cycadaceæ* (familia), *Cycadeæ* (tribu) y *Cycas* (género).

Repasando las modificaciones expuestas, encontramos una sola que puede haberse efectuado siguiendo á Bentham y Hooker: la de sustituir *Lauráceas* por *Laurineas*.

***

1º Todos los tipos, subtipos y clases, y la mayor parte de subclases, órdenes y subórdenes, son idénticos en las obras de Van Tieghem y G.-Maza. Las familias del índice de las NOCIONES son las inscriptas en la edición antigua del TRAITÉ, lo cual demuestra que el Dr. G.-Maza no acepta las familias de Baillon y de Bentham y Hooker.

2º En las NOCIONES hallamos los nombres *Jungermannioidéas*, *Marchancioidéas*, *Muratioidéas* y *Graminídeas* (*), á pesar de que ya Van Tieghem en 1888 y 1892, reemplaza las desinencias *oïdées* é *idées* por *inées*. Escribiendo el Dr. G.-Maza *Esfagníneas*, *Briíneas*, *Juncíneas*, *Liliíneas* é *Iridíneas*, al nombrar de otro modo aquellos cuatro órdenes, se aparta del art. 20 (inciso 1º) de las leyes (**). Por otro lado, las tres primeras denominaciones resultan más impropias, si hacemos extensivo á ellas, lo que, respecto de las familias, dice De Candolle en su THÉORIE DE LA BOTANIQUE [Año 1813. Pág. 248] (***); y lo que, referente á las secciones, expresa el inciso 2º del art. 29, (****).

(*) Odón de Buen (BOTÁNICA II. 1892) escribe *Yungermannioides*, *Marcancioides*, *Maracioídeas* y *Graminídeas*. El Dr. G.-Maza envía á sinonimia, en su índice, los nombres *Jungermannineas*, *Marchancíneas* y *Maratíneas*. Cada uno de estos nombres deriva del nombre de una familia que existe en el grupo.

(**) Art. 20.—Inciso 1º—«Las cohortes son designadas de preferencia por el nombre de una de sus principales familias, y tanto como sea posible con una desinencia uniforme.» En este caso, cohorte equivale á orden de Van Tieghem y G.-Maza.

(***) «Mais on doit éviter les terminaisons en *oïdeæ* [que traducimos *oídeas* y no *oidéas*], comme *Myrtoïdeæ*, parce que ce mot signifierait famille de plantes analogues aux Myrtes, et non famille de plantes dont le Myrte fait partie.»

(****) Art. 29.—Inciso 2º—«Evitar en un género nombrar una sección por el nombre del género terminado en *oides* ó en *opsis*; pero al contrario buscar esta desinencia para una sección que se relacione con otro género, agregando al nombre de éste la terminación *oides* ú *opsis*, si es griego, para formar el nombre de la sección.»

3º Salvo muy raras excepciones, el Dr. G.-Maza traduce literalmente los nombres de las familias de Van Tieghem (1884). No obstante lo que previenen los art. 21, 22 (inciso 2º), 23 y 24 de las leyes (*), aparecen en el índice del Dr. G.-Maza, nombres como los de *Diatoméas, Búngieas, Nemálieas, Gigartíneas, Osmúndeas, Cácteas, Solánceas, Dipsáceas, Lepidodendríneas, Escrofularíneas, Antocerótcas* y *Aroídeas*, que proceden de *Diátoma, Búngium, Nemálium, Gigártina, Osmunda, Cactus, Solánum, Dípsacus, Lepidodendron, Scrophularia, Anthóceros* y *Árum* respectivamente. Así mismo contrastan sobre manera nombres muy cortos terminados en *eas*, con otros que suman hasta diez y seis letras y finalizan en *áceas*; v. gr.: *Aristoloquiáceas*, nombre que, sin embargo, es aceptable con arreglo al inciso 2º del art. 22, porque en la familia hay una tribu nombrada *Aristolóquieas*; como en *Lepidodendráceas* hay tribu *Lepidodéndreas*, y en *Jungermanniáceas* existe tribu *Jungermánnieas*. Van Tieghem en la *segunda edición* de su TRAITÉ DE BOTANIQUE, publicada en 1892 (á la cual no alude el Dr. G.-Maza en ningún capítulo de su libro), sustituye la terminación *ées* por *acées* en varias familias; v. gr.: en las *Diatomáceas, Bangiáceas, Nemaliáceas, Gigartináceas, Osmundáceas, Solanáceas*, etc. Baillon, en su HISTOIRE DES PLANTES escribe *Lythrariacées, Connaracées, Mésembryanthémacées, Cactacées, Scrofulariacées, Asclepiadacées, Dipterocarpacées, Clusiacées, Dipsacacées, Caryophyllacées*, etc.

4º El Dr. G.-Maza escribe *Cariofíleas* (Van Tieghem, *Caryophyllées*) que, como comprueba la nota (****) de la pág. 401, aceptan los miembros del Congreso internacional de Botánica; pero nosotros, ajustándonos á los art. 3º (inciso 1º), 4º, 21 y 61 de las leyes (**), consideramos recusable ese nombre, lo mismo que

---

(*) Art. 22.—Inciso 2º—«Cuando el género de donde el nombre es tomado es muy largo y no hay nombre de tribu fundado sobre este mismo género en la familia, se admite la terminación *eæ* [*eas*] (*Dipterocarpeæ* [*Dipterocárpeas*], de *Dipterocarpus*).»

Art. 23.—«Los nombres de sub-familias (*sub-ordines, sub-familiæ*) son tomados del nombre de un género de los que se encuentran en el grupo, con la desinencia *eæ* [*eas*].»

Art. 24.—«Los nombres de tribus y sub-tribus se toman del nombre de uno de los géneros que las constituyen, con la desinencia *eæ* ó *ineæ* [*eas* ó *íneas*].»

(**) Art. 3º—Inciso 1º—«En todas las partes de la Nomenclatura, el principio esencial es evitar ó rechazar el empleo de formas y de nombres que pue-

su equivalente *Cariofiláceas* (*). El gén. *Caryophyllus* [T(ournefort), INST. 432], adoptado por Linneo, no pertenece á la familia que lleva la denominación *Cariofíleas*, sino á la de las *Mirtáceas*. En las obras repetidas de Bentham y Hooker y Baillon, encontramos reunidos dicho género y el *Eugenia*, Mich(eli), conservándose el nombre del segundo, y aunque sin discusión esto se aceptase, resultaría siempre una subsección del *Eugenia* nombrada *Caryophyllus* (**). Pero, con arreglo á los art. 15, 55 y 60 (inciso 5º) de las leyes (***), debe prevalecer el término *Caryophyllus* (ó *Caryophyllon*), porque Micheli publicó su NOVA PLANTÁRUM GÉNERA—según refiere Sprengel—en 1729; y las INSTITUCIONES REI HERBARIÆ de Tournefort, fueron publicadas mucho antes.

5º El Dr. G.-Maza dice, de modo análogo que Van Tieghem, *Irídeas*, *Salicíneas*, etc., obedeciendo á lo que determina el inciso 1º (****) del art. 22. No aceptan esta regla los que, como Baillon,

---

dan producir errores, equívocos, ó introducir confusión en la ciencia.»

Art. 4º—«Ningún uso contrario á las reglas puede ser conservado si entraña confusiones ó errores. Cuando un uso no tiene un grave inconveniente de esa naturaleza, puede motivar excepciones que es necesario, sin embargo, guardarse de extender ó imitar. En fin, á falta de regla, ó si las consecuencias de las reglas son dudosas, un uso establecido hace ley.»

Art. 61. -«Un nombre de cohorte ó sub-cohorte, familia ó sub-familia, tribu ó sub-tribu debe cambiarse cuando es derivado de un género que no forma parte del grupo en cuestión.»

(*) Como excepción, únicamente podría decirse *Cariofiloídeas*, si *por el uso establecido* se deseara conservar la radical de este nombre.

(**) En el gén. *Dianthus*, L(inneo), se encuentra una sección procedente del *Caryophyllus* T. (INST. 329, t 174). En el D. C. PRÓDROMUS (1. Pág. 357) vemos escrito, *Sect. II. Caryophyllum*, Ser(inge); pero este nombre es rechazado por los miembros del Congreso: tácitamente al elegir, en el art. 22 (inciso 4º), el nombre específico del Clavel como base de *Cariofíleas*; y expresamente cuando se consigna en el art. 29, inciso 3º, que se debe «evitar el uso, como nombre de sección, de un nombre que exista ya como tal en otro género, ó que sea el nombre de un género admitido.»

(***) Art. 15.—«Cada grupo natural de vegetales no puede tener en la ciencia más que una sola designación válida, siendo la más antigua, adoptada por Linneo, ó dada por él ó después de él, con la condición de que sea conforme con las reglas de la Nomenclatura.»

Art. 60.—«Debe rechazarse un nombre cuando: =Inciso 5º—Es contrario á los artículos de la sección V. [53 á 58 inclusives].»

(***) Art. 22.—Inciso 1º—«Cuando el género de donde el nombre de la familia es tomado se termina en latín por *ix* ó *is* (genitivo *icis* ó *idis*), la desinen-

usan los nombres *Berberidáceas* y *Salicáceas*, ó los que, como los D. D. Calahorra (PROGRAMA DE BOTÁNICA DESCRIPTIVA Y DETERMINACIÓN DE PLANTAS MEDICINALES, publicado en Barcelona, 1892), Sádaba y Angulo (FITOGRAFÍA y FLÓRULA FARMACÉUTICA HISPÁNICA), etc., escriben *Iriáceas* y *Saliáceas*.

Debemos anotar que si el Dr. G.-Maza, con Van Tieghem, usa el nombre *Xiridáceas* (De *Xyris*, genitivo *is*, trivial francés Xyride), no corresponde emplear *Orquídeas*, sino *Orquidáceas* (De *Orchis*, genitivo *is*, vulgar castellano órquide). Otros dirían *Xiriáceas* y *Orquiáceas*; ó bien *Xiráceas* y *Orcáceas*, como de *Vitis* (genitivo *is*) derivan *Vitáceas*, y no *Víteas*, que escriben impropiamente Van Tieghem y G.-Maza.

6º Los dos botánicos últimamente mencionados, aceptan con los redactores de las leyes de la Nomenclatura (*) las denominaciones *Cupulíferas*, *Coníferas*, etc. Baillon sustituye el término *Cupulíferas* por *Castaneáceas* atendiendo á que este grupo fué establecido en 1763 por Adanson bajo el nombre de familia de los Castaños (*Castaneæ*). El Dr. Calahorra (progr. citado), y los que como él escriben *Coniferáceas*, *Gramináceas*, *Palmáceas*, *Cruciáceas*, *Umbeláceas y Labiáceas*, no obedecen á los art. 21 y 22 (inciso 3º).

7º El Dr. G.-Maza traduce *Conjuguées* por *Conjugadas*, *Cenobiées* por *Cenóbieas*, y *Siphonées* por *Sifóneas*. Nos parecen más apropiados los nombres *Cenobiadas* y *Sifonadas* que emplea Odón de Buen (obra citada), aunque en vez de *Cenobiadas* podría escribirse *Cenobiales*; ó lo que es mejor, desterrar esas denominaciones, adoptándose nombres que se formen con sujeción al art. 21.

8º El Dr. G.-Maza, con Van Tieghem, acepta el término *Humíricas*; pero Baillon (HIST. DES PL. V.) dice *Houmirieæ* (Série

---

cia *iceæ*, *ideæ* ó *ineæ* [*iceas*, *ídeas* ó *íneas*] es admitida (*Salicineæ* [*Salicíneas*], de *Salix*; *Berberideæ* [*Berberídeas*], de *Berberis*; *Tamariscineæ* [*Tamariscíneas*], de *Tamarix*).»

(*) Art. 22.—Inciso 3º.—«Para algunas grandes familias antiguamente nombradas, muy conocidas por sus nombres excepcionales, se conservan los nombres antiguos (*Cruciferæ* [*Crucíferas*], *Leguminosæ* [*Leguminosas*], *Guttiferæ* [*Gutíferas*], *Umbelliferæ* [*Umbelíferas*], *Compositæ* [*Compuestas*], *Labiatæ* [*Labiadas*], *Cupuliferæ* [*Cupulíferas*], *Coniferæ* [*Coníferas*], *Palmæ* [*Palmas*], *Gramineæ* [*Gramíneas*], etc.)» El Dr. G.-Maza, al traducir este inciso tercero, suprime el ejemplo *Gutíferas*, atendiendo probablemente á que, como vemos en su índice de grupos de plantas, acepta *Clusiáceas* (Van Tieghem escribe *Clusiacées*); pero debemos advertir que *Gutíferas* es nombre más antiguo.

de la familia *Lináceas*), fundándose en que Aublet escribió *Houmiri;* y no *Humiria* que introdujo De Jussieu, y conservan De Candolle y Bentham y Hooker.

9º El Dr. G.-Maza, siguiendo á Van Tieghem y otros botánicos, y á pesar de lo que ordena el art. 48 (*), no cita los autores que publicaron los nombres de familias.

10º Van Tieghem y G.-Maza colocan ciertos grupos de plantas, á los cuales dan la categoría de familias, en clases ó en órdenes que ofrecen caracteres generales opuestos; ejemplos: Las *Bacteriáceas*, vegetales generalmente desprovistos de clorofila, entre las *Algas*; las *Miristicáceas*, que no tienen corola, entre las *Dialipétalas superovariadas*; las *Litráccas*, cuyo ovario es súpero, entre las *Dialipétalas inferovariadas*.

A. BOSQUE.

(*Continuará*)

(*) Art. 48.—«Para ser exacto y completo en la indicación del nombre ó de los nombres de un grupo cualquiera, es menester citar el autor que primero publicó el nombre ó la combinación de nombres de la cual se trata.»

Los Estados Unidos y la Guerra de Cuba

Sr. D. Román Mora.

Mi distinguido amigo:

El artículo en que expuse la tésis del injénuo, sencillo y hermoso libro de nuestro comun amigo el Sr. Enrique Collazo, ha sido causa de que V. saliese de su aislamiento y su silencio, y con el buen juicio y sólido criterio que caracterizan su bien disciplinada inteligencia, compusiese la réplica que se imprimió en la REVISTA CUBANA, entrega correspondiente al mes de Abril.

V., mi buen amigo, se propone, para impugnar mis «románticas» é «infantiles» lucubraciones sobre la conducta observada por el gobierno de los Estados Unidos durante la guerra de Cuba, hacer caso omiso de las leyes internacionales, de las que yo, adrede, hube de prescindir, para plantear el problema en términos más sencillos. Pero es el caso que toda su impugnación está revelando que es el suyo el juicio de un cerebro nutrido en el estudio y en la práctica del derecho de gentes; las principales razones que aduce son exponentes del conocimiento de esas leyes internacionales que, aplicadas á la cuestión cubana, no echan á rodar ni mucho ménos las consideraciones que me sugirió un pasajo del libro del Sr. Collazo. Y no es que V. haya recurrido á un artificio, echado mano de un recurso táctico de diplomacia intelectual, si así puede decirse, sino que su preparación, sus estudios, su tendencia, nunca malograda, á sustraerse á los arrebatos del lirismo, á

poner en todo el desinterés supremo de la más completa imparcialidad, le han llevado á plantear el problema en un terreno que no es el mismo en que yo lo situara. Yo me situé en un campo de fronteras bien delineadas: V. no me combate en él, me traslada á una zona media, en que se enlazan y confunden la pura justicia y las prescripciones del derecho entre naciones, y en esa zona desenvuelve su réplica.

V. justifica en todo la conducta del gobierno norte americano; los argumentos que V. invoca serían decisivos, incontestables, sino adolecieran del vicio originario, que los anula y desautoriza, de estar en abierta contradicción con el irrefutable testimonio de hechos históricos que no es lícito olvidar, que V. no desconoce y á los cuales yo aludí en el párrafo mismo que V. impugna.

Quiero conceder que no consiente disputa lo que V. dice de la guerra de Cuba, que la guerra cubana era un mito vista desde el Exterior. El famoso diario neoyorkino, *The New York Herald*, en su afán de información exacta, envió á los campos cubanos dos corresponsales: primero á un Mr. Henderson, despues al intrépido y generoso Mr. O'Kelly. La misión encomendada á sus corresponsales por la empresa del célebre periódico, era la de buscar, descubrir y revelar al mundo la insurrección cubana, como si se tratase de aquel excéntrico doctor escocés que el osado Stanley fué á encontrar en las temerosas soledades del Africa austral. Con esto corroboro lo que V. afirma y prueba, esto es, que la insurrección cubana «no tuvo fuerza de expansión para exteriorizarse». Pero en el mismo párrafo, en conclusión, agrega V.: «En tales circunstancias podía el gobierno americano *creer* que existía una popular revolución en Cuba; pero con la misma facilidad podía *haber creído* que se trataba de un movimiento sin importancia alguna decisiva.» Y esta conclusión es respuesta á esta pregunta que V. formula: «¿Podía el gobierno norte-americano, cuerdamente,—aparte las leyes internacionales, de que adrede haré caso omiso—obrar de una manera distinta de la que adoptó con referencia al *conflicto* interior que se produjo en esta isla?»

A aquella conclusión y á esta pregunta, opondré el testimonio de los hechos. Hacía pocos dias que Mr. Grant había prestado juramento como Presidente de la República, cuando recibió la visita de D. José Morales Lemus, mero agente de las juntas secretas de la Habana. Mr. Grant oyó con benévolo interés al Sr.

Morales Lemus, y cuando éste se retiraba, el jefe del Ejecutivo de la gran República, le dijo estas inequívocas palabras:—*Sosteneos un poco de tiempo y obtendreis aún más de lo que esperais.* Pocos dias después del fausto 10 de Abril, Carlos Manuel de Céspedes, recién elegido Presidente de la República de Cuba, hacía llegar á manos de D. José Morales Lemus los despachos en que lo nombraba Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en los Estados Unidos. El Sr. Morales Lemus celebró, en su carácter de Enviado Extraordinario, diversas conferencias con Mr. Rawlins, Secretario de la Guerra, y con Mr. Hamilton Fish, Secretario de Estado. Los ministros fueron no menos explícitos que el Presidente. La Cámara de Representantes de los Estados Unidos acordó el mismo día del mes de Abril (el 10), por 98 votos contra 24, ofrecer á Mr. Grant su apoyo constitucional para cuando *juzgase oportuno reconocer la independencia y soberanía del gobierno republicano de Cuba.* El general Mr. Sickles, embajador de los Estados Unidos en Madrid, puede ser tenido por un Enviado Extraordinario para dar una solución á la guerra de Cuba.—Y yo pregunto: ¿Si el gobierno americano *hubiese creído* que se trataba de un movimiento sin importancia alguna decisiva, hubiera hecho las declaraciones que hizo, hubiera dado oídos al Sr. Morales Lemus, hubiera llevado á cabo las negociaciones que no vaciló en entablar con el gobierno de España? A pesar de que la bandera de la estrella solitaria no tremoló en fortaleza, castillo, puerto, reducto, ni en el mástil de ningún navío; á pesar de los motivos que V. enumera, el gobierno norte-americano, sin conocer la guerra de Cuba por sus *efectos,* sin conocer *manifestación* de la vida *cubana,* envía á España un delegado para que favorezca y trabaje en pró de los propósitos de los revolucionarios.

No obstante las elevadas observaciones que V. les opone, persisto en mi creencia de que «la *tendencia* y *prolongación* de la guerra eran sobrados motivos para que el coloso interpusiera su mediación con eficacia.» Mr. Fish, el Secretario de Estado, en la nota que dirigió á D. Manuel Becerra, Ministro interino de Estado, decía: «Si se calcula el valor de la insurrección *por el tiempo que ha durado* y los medios que se emplean para combatirla, es *realmente formidable.*» (1) «Es verdad que si se compara la guerra

(1) Esto y lo que sigue se decía en el mes de Septiembre de 1869. ¿Qué argumento se hubiera invocado en 1876?

de Cuba con las guerras coloniales anteriores, *no ha durado aún demasiado*; pero si en cambio se tienen en cuenta la gran facilidad de las comunicaciones transoceánicas que hay hoy y los infinitos adelantos realizados en el arte de la guerra, que hacen ahora las contiendas más cortas y decisivas, *la lucha se está acercando en Cuba al período en que, según la práctica de las naciones, no es posible ya negar por más tiempo á las partes el reconocimiento de beligerantes.»* Las razones que invocara el estadista norte-americano, refutan las que V. opone á las mias. A guisa de *ultimatum* el gobierno de Washington trasmitió esta orden á su embajador en Madrid, Mr. Sickles: «Retirad las ofertas sino son aceptadas antes del primero de Octubre. *La anarquía prevalece en gran parte de la isla.* Los voluntarios *asesinan* ciudadanos americanos.» Como se deduce de estas citas, las circunstancias *ferocidad* y *prolongación* obraron como determinantes en los ánimos de los políticos americanos. La tendencia de la guerra era dar personalidad á un pueblo de América, constituir una nueva república. ¿No era esta una circunstancia determinante de tanto influjo como las anteriores? Y si la dicha tendencia no influyó ó nó debía influir, ¿por que el gobierno americano fué hostil al *imperio* de Maximiliano, y por que favoreció la *república* mexicana, entónces representada por Juarez y el grupo de sus fugitivos compañeros? En el curso de las negociaciones diplomáticas, replicando Mr. Fish al Ministro español por medio de Mr. Sickles, decía: «No puede haber cuestión sobre cual es la voluntad de la mayoría (se refiere á la mayoría del pueblo cubano); está reconocida y admitida». Y esa voluntad era la independencia, y su consecuencia inmediata la constitución definitiva de la República.

No puedo prescindir, para completar mi réplica, de narrar sucintamente la gestión de D. José Morales Lemus, Enviado Extraordinario del Gobierno de la República de Cuba, ante los poderes de la gran nación norte americana. Para ello habré de servirme del precioso libro *Morales Lemus y la Revolución de Cuba*, estudio histórico original del Sr. D. Enrique Piñeyro. A su juicio elevado y sereno, á su carácter de testigo, une el Sr. Piñeyro la circunstancia de haber sido secretario del Sr. Morales Lemus; la interesante narración se basa, por consiguiente, en un conocimiento directo de los sucesos y sus protagonistas, en notas autógrafas del Sr. Morales Lemus, redactadas al día, y en textos de

publicaciones oficiales del gobierno norte-americano, como las actas de la Cámara de Representantes.

Como antes he dicho, siguiendo el muy autorizado testimonio del Sr. Piñeyro, D. José Morales Lemus, en su carácter de Enviado Extraordinario de la República de Cuba, puso en manos de Mr. Grant una exposición en que solicitaba «el reconocimiento de la nueva república como potencia beligerante.» El Sr. Morales Lémus oyó de boca del general Rawlins, Secretario de la Guerra, «las expresiones más enérgicas y decididas de simpatía en favor de los cubanos.» El general Rawlins era «amigo personal del Presidente, muy querido en el país por su bizarría en los campos de batalla, y por haber sido el confidente y constante consejero de Grant en sus últimas campañas.» Tan sinceros y fervorosos eran los deseos del general Rawlins, que en el curso de las negociaciones, como viese que el embajador americano en Madrid era el juguete de los hábiles ministros españoles, «perdió la paciencia», y en consejo de gabinete «sostuvo que España se estaba burlando de los Estados Unidos», logrando arrastrar la opinión del Presidente y de la mayoría de sus colegas para fijar, como se hizo, «un término perentorio para que España definitivamente aceptase ó rechazase lo que le proponían, y se reconociesen derechos de beligerantes á los cubanos. El Presidente atendía mucho á Mr. Rawlins por que «conocía su rectitud, su talento y su energía»; el ascendiente de Mr. Rawlins sobre Mr. Grant era superior al que ejercía Mr. Fish. Es muy natural creer que el criterio de Mr. Rawlins, «ardiente partidario de una política activa en favor de Cuba», hubiera prevalecido y triunfado decisivamente en el gabinete de Mr. Grant, es decir, hubiera culminado en el reconocimiento de beligerancia, si pocos dias despues de aquel consejo el generoso paladin de la causa de Cuba no hubiese sentido que su vida se extinguía. «Se sintió morir, y después de las últimas recomendaciones sobre su familia, dijo á Mr. Creswell, su colega en el gabinete, y en cuyos brazos espiró: «Os recomiendo á la pobre y martirizada Cuba. Permaneced siempre en favor de los cubanos. Cuba debe ser libre, y su tiránico enemigo debe ser ahuyentado. Esta república tiene encima esa responsabilidad. Fuimos siempre de idéntica opinión. Permaneced lo mismo.» Muerto aquel «patriota digno, honrado y va-

liente», las negociaciones tomaron distinto sesgo, y acabaron por ser abandonadas definitivamente.

Mr. Hamilton Fish, Secretario de Estado, era «un hombre de más de sesenta años que por primera vez en su vida se ocupaba de asuntos de política extranjera.» «Mr. Fish creía firmemente (á principios de 1869) que España se hallaba en vísperas de proclamar y constituir en su suelo la república,» «figuración que influía mucho en su modo de considerar la cuestión cubana.» Mr. Fish «estaba resuelto á huir del reconocimiento de beligerancia,» la «cuestión del Alabama,» suscitada en aquellos dias en el senado, donde se inculpó á Inglaterra de «haber dejado salir los corsarios confederados» y de «haber reconocido demasiado pronto el caracter de beligerantes en los rebeldes»; tenía que cohibir forzosamente al gobierno americano para no incurrir en el mismo pecado que había cometido el gobierno inglés. El Secretario de Estado ofreció al gobierno de Madrid los buenos oficios de los Estados Unidos para poner término á la *guerra civil* que asolaba la Isla de Cuba, conforme á estas bases: *Reconocimiento, por España, de la independencia de Cuba; Abolición de la esclavitud; Cuba pagaría á España una indemnización de cien millones.* El documento que contenía estas proposiciones fué aprobado por el Sr. Morales Lemus como *agente autorizado del partido revolucionario de la Isla de Cuba.* El Enviado cubano recelaba de la eficacia de los buenos oficios, y así se lo indicó á Mr. Fish, que en la conferencia habida entre ambos, replicó á las insinuaciones pesimistas del delegado de la Revolución: «Yo se que represento á la nación más poderosa del mundo, y no consentiré que nadie se burle de ella.» Y en sus amplias instrucciones á Mr. Sickles, decía el Secretario de Estado que en caso de *larga demora ó probable negativa de España,* iría al *inmediato reconocimiento de los derechos de beligerancia.*» El Enviado de la República de Cuba, que seguía paso á paso la negociación, sin pecar de iluso, quedó «convencido de que si triunfaba la mediación, Cuba tendría conseguida pocos meses después su independencia; y de que, en el caso contrario, seguiría adelante la guerra con el gran apoyo moral del reconocimiento de los Estados Unidos, que daría prestigio ante el mundo á la revolución cubana y le facilitaría por do quiera recursos de toda especie.» Cuando el gabinete de Madrid se convenció de que el gobierno de Washington había tomado el asunto muy en serio,

«convirtió la negociación en un duelo diplomático, ó mejor dicho, en un asalto de armas entre un plenipotenciario americano, que no era muy hábil en las suertes de la esgrima y el gabinete español, que conocía á fondo los secretos de un arte que practicaba sin cesar. Los ministros españoles, con habilidad suma, se repartieron cuidadosamente los papeles. En aquella sazón se construían en New-York, por orden del Capitán General, 30 cañoneras, destinadas á bloquear las costas de Cuba. El Embajador del Perú, fundándose en razones especiosas, pidió el embargo de las cañoneras, y Mr. Fish se apresuró á decretarlo porque, como dijo después, la partida de las cañoneras *equivaldría á la derrota de la insurrección cubana.* Esta resolución del Secretario de Estado «convenció al Sr. Morales Lemus de la sinceridad de los propósitos de Mr. Fish.»

El ministro español apeló á los grandes recursos; puso en ebullición toda la prensa de la Península; la bola de nieve se formó y por un momento pareció inminente una guerra entre España y los Estados Unidos. Mr. Fish se *dejó engañar* por los artificios del gobierno español; no halló extraño que un pueblo tan «tradicionalmente soberbio «viese motivo de rompimiento en un reconocimiento de beligerantes. Aquí Mr. Fish empieza á vacilar y acaba cambiando de parecer. Ordena á Mr. Sickles que retire los *buenos oficios*, diciéndole que él «aún no había dado paso alguno hacia el reconocimiento de Cuba;» se disculpa con el Perú por el desembargo de las cañoneras, trata de defender su imparcialidad é increpa á Mr. Sickles por haber presentado la nota causa del alboroto. Mr. Grant tenía plena confianza en Mr. Fish; «como no era muy entendido en la marcha de la política extranjera», aceptaba cuanto le decía su Secretario de Estado, y muy pronto dió al olvido los propósitos del impetuoso y entusiasta general Rawlins», no obstante haber fijado dia para expedir la proclama de reconocimiento, *proclama que llegó á estar redactada y á faltarle solo la firma!»* (1) Lo que siguió después de retirada la nota, no tiene verdadera importancia; es el final de un drama que tiene mucho de sainete y en el cual no son los norte-americanos los que se mueren de risa. Mr. Fish, «por reacción,» experimen-

(1) Es declaración de Mr. Fish, que consta en el *Herald* de 7 de Enero de 1870.

tó hacia la insurrección cubana sentimientos contrarios á los que hasta entonces había demostrado. La Cámara de Representantes se excitó mucho al conocer la obra de Mr. Fish; apoyada en las simpatías del pueblo y movida por las más nobles ideas de justicia, estuvo un momento *á punto de votar, por gran mayoría,* una resolución de *auxilio eficaz* á la insurrección cubana.» Un mensaje inopinado del Presidente conjuró á última hora la inminente votación,» á pesar de que hombres de tanto peso é influencia en el partido republicano como los generales Banks y Logan, pronunciaron elocuentes y enérgicos discursos contra la política del Secretario de Estado en España y Cuba. Tres dias duró la discusión, con sesiones por la mañana y por la noche. El Presidente pidió oficialmente que no se aceptase la resolución de Banks, indicó que podía producir serias dificultades, y dió á entender que «había otros medios más seguros de obtener lo mismo.»—Hasta aquí la preciosa narración del Sr. Piñeyro: hasta aquí hechos reales, incontrovertibles, vividos, dolorosamente vividos, como que fueron horas de torturadora esperanza, de incertidumbres punzadoras para el corazón cubano.—Bosquejado el drama, conocido el papel que desempeñó cada uno de los actores, no se incurre en violencia diciendo que Mr. Grant, en la guerra de Cuba, tuvo dos fases: en una aparece resuelto, enérgico, generoso; en la segunda aparece timorato, irresoluto, flaco y, por último, arrepentido. Es que en la primera faz predomina en él el ascendiente de Mr. Rawlins, hombre varonil, alma de paladín, cerebro lírico y corazón romántico, si V. lo quiere así, pero soldado sincero y convencido de la República y de la Democracia. Es que en la segunda faz predomina en Mr. Grant el ascendiente de Mr. Fish, obseso por la creencia de que España va á convertirse, por la magia de sus oradores ó por otro idéntico maravilloso sortilegio, en los Estados Unidos de Europa; alarmado ante la amenaza de que la tierra del Cid gaste el último céntimo y derrame la sangre del último hombre antes que consentir en que una nación extranjera intervenga en sus *domésticas querellas*; ilusionado, en fin, por la desenvuelta actitud del general Prim, que, personalmente, prohijaba el plan en que se inspiraban los *buenos oficios.* ¿Será demencia pensar que la inesperada muerte de Mr. Rawlins torció el curso de los sucesos? ¿No vemos en el consejo de gabinete como arrolla á Mr. Fish y persuade á todos sus compañeros

de la necesidad de abreviar los trámites y de resolverse á reconocer, en breve plazo, la beligerancia de Cuba? Y prescindiendo de la acción personal de Mr. Rawlins, ¿no hemos visto que el pueblo norte-americano, por medio de sus legítimos Representantes, autorizó desde el primer momento al Presidente para que lanzase, así que lo creyese oportuno, la proclama del reconocimiento de beligerancia? ¿Cómo negar que el gobierno norte americano avanzó mucho, á paso de carga y en actitud marcial? ¿Y como no sorprenderse y deplorar que retrocediera tan presto, plegando bandera y á paso rápido? Si hubo un propósito sincero, y de ello no cabe duda, ¿por qué abandonarlo tan de súbito? ¿Cree V., mi buen amigo, que el *volte face* hace honor á esa sinceridad sajona que V. tanto alaba y admira? Las razones que adujo Mr. Fish para justificar su cambio de frente, diciendo que la insurrección iba de «desastre en desastre», el Sr. Piñeyro las refuta victoriosamente; están, además, en contradicción con los textos de sus notas y despachos, amen de los sucesos posteriormente acaecidos, que fueron el mentís más solemne y elocuente á sus subterfugios de diplomático vencido y burlado. El brusco desenlace de la negociación, tan brusco como es grande la distancia que separaba á Mr. Rawlins de Mr. Fish, no debe estar en los supuestos desastres que sufrían los insurrectos á raiz del ataque de las Tunas por el general Quesada. A mi juicio hay ahí un enigma, un misterio, que está pidiendo examen y documentos que lo aclaren é iluminen. Mientras tanto no es el lirismo latino ó el romanticismo tropical, sino la seriedad sajona la que esta llamada á pagar los vidrios rotos.

«Los Estados Unidos, escribe V. poniendo un correctivo al famoso apóstrofe de Víctor Hugo—hubieran podido contestar á la frase de aquel grande ingenio, que tampoco les era dable olvidar que muchos miles de soldados de la Francia cruzaron el mar, prevaliéndose de su civil contienda, para fundar y sostener á fuego y sangre el imperio de Maximiliano.» De mí sé decirle que pocas veces he sentido más honda simpatía por esos descendientes de los puritanos, que cuando con un gesto, una nota diplomática y un ejército en la frontera, echan á rodar el trono del romántico é infortunado austriaco. La explicación corriente del famoso episodio no es otra que la aplicación del precepto-doctrina de Monroe: «América para los americanos». Otros, más líricos

quizá, opinan que la intervención americana no fué una aplicación extricta de la doctrina de Monroe, que es de suyo muy vaga y elástica, sino la necesidad en que estaba la primera potencia del Nuevo Mundo de establecer el precedente, ante la Europa aventurera y monárquica, de que la América es asiento y solar de la democracia y de la república. Ambos casos, ambas explicaciones convenían al problema cubano: en ambas parecieron inspirarse Rawlins, Grant, la Cámara de Representantes; en ninguna de las dos paró mientras el varon prudente que se llamó Hamilton Fish.

Pregunta V., mi buen amigo, que en donde estaría la gloria que hubiesemos alcanzado los cubanos si nos hubiese auxiliado una de las naciones más poderosas de la tierra. Y aun agrega: «¿No se empequeñecería así el revolucionario que pretendiera atenerse á los arranques de la agena ira que inopinadamente le faltaron?» La verdad es que no me calentaré el meollo averiguando el lugar que, en tal caso, ocuparía nuestra gloria. Por lo que hace á lo de atenerse á los arranques de la agena ira, yo no podía demandar semejante cosa, mis frases no dan tela para esa consecuencia, y el deplorar que el gobierno norte-americano no hubiese llegado á reconocer á Cuba potencia beligerante, no es lo mismo que decir: «¡Pelea por mí, que no tengo ánimo para tanto!» Creo que, así como no hay hombre sin hombre, no hay pueblo sin pueblo. Los grandes protejen á los chicos y los chicos se prestan auxilio contra los grandes. Unas veces se presta ayuda por conveniencia, otras por «quijotismo,» otras—y esto es lo más frecuente—por un sentimiento que no es francamente filantrópico ni deja de ser egoista. Como axioma, es muy bello el de los ingleses, que V. cita: «los que quieran ser libres deben reñir ellos mismos la batalla.» ¿Lo dirían los ingleses por el auxilio que, en su contienda con los norte-americanos, prestaron á tos franceses y españoles? ¿Recordarían esos socarrones hacedores de axiomas que gracias al auxilio, á la ira de soldados y de marinos franceses, Cornwallis se rindió á Washington en el combate de Yorktawn? ¿Lo dirían por Lafayette, Rochambeau, De Grasse; por el empréstito francés que trajo tan á tiempo Lawrens? ¿O lo dirían por el auxilio que ellos mismos prestaron á los españoles cuando la invasión napoleónica? La legión británica decidiendo la batalla de Carabobo; Lord Cochrane arrollando na-

ves y desmoronando fortalezas españolas en las costas del Pacífico, no empañan, á mi juicio, la gloria de Bolívar, como no empequeñecen á Washington las acciones con que á su obra coadyuvaron sus aliados y conmilitones franceses. Y si ellos, más fuertes, pidieron ú obtuvieron ayuda de la *ajena ira*, ¿por qué no habríamos de pedirla nosotros?

En el banquete con que fué obsequiado en New York el distinguido general Mr. Thomas Jordan, este soldado ilustre pronunció las siguientes palabras:

«Solo pedimos una cosa. Los españoles están peleando con armas compradas en Maiden Lane, en casa de Dchurley, Harley & Graham; y á nosotros, en todo un año, no nos ha sido permitido comprar nada para para igualarnos á ellos, y oponernos á sus fusiles de Remington. Solo pedimos permiso para llevar fusiles para las tropas cubanas. A eso he venido. Quisiera ver cambiada la infame ley de neutralidad. Es infame la ley que ayuda á los españoles á quedarse en Cuba y que se opone á que los cubanos se defiendan.» (1).

Entiendo que el Enviado Cubano, Sr. Morales Lemus, no aspiraba á más, que sus pretensiones nada tenían de exhorbitantes ó absurdas; entiendo que los cubanos tampoco pedían más, y desde luego, creo que jamás pensaron ni anhèlaron *atenerse á los arranques de la agena ira*. Tampoco pueden interpretarse en este sentido las expresiones del Sr. Collazo, expresiones que condensa en este expresivo párrafo:—«Como pueblo americano, lójico era sino esperar ayuda, por lo menos que se mostrara imparcial; no fué nunca sino un negociante á quien la guerra vino bien para tener un mercado bueno y fácil donde vender caro sus armas y sus barcos; ocupándose bien poco, en realidad, de que aquí nos degollaramos españoles y cubanos y de que un pueblo, sin armas con que defenderse, luchaba por su libertad contra una nación europea organizada y fuerte.» (2). Y por lo que á mi respecta—desautorizado expositor del libro de nuestro noble amigo,—creo que tampoco me excedo en los comentarios al párrafo que acabo de citar, y no hallo, en el largo pasage que ha servido de pretexto á su afectuosa filípica, palabra ni frase equívoca que diese már-

(1) Brindis del general Jordán, pronunciado el 12 de Mayo de 1870.

(2) *Desde Yara hasta el Zanjón*, Apuntaciones históricas, Pág. 212.

gen para estampar aquella expresión excesiva, que es reveladora, más que de una injusticia, del desordenado afán de justificar lo injustificable.

Disimule V. mi obstinación, pero persisto en creer que «en un pueblo en que el amor á la justicia provocó un conflicto de la magnitud de la guerra abolicionista, era lójico que hallase decidido apoyo la bandera de la República de Cuba.» Por que si el estado de guerra «fué provocado por uno de los estados del Sur que se «separó» de la Unión desde 1860», esto no destruye mi interpretación lírica y sentimental, ya que la «separación» fué el resultado, la consecuencia inevitable del largo pleito entre esclavistas y abolicionistas. ¿Por qué se fué al separatismo, á la confederación, á romper la unión federal? Por que se quería perpetuar la esclavitud en el Sur á despecho del Norte. El separatismo, la disolución, fué un efecto; la causa fué el problema social, el problema negro. Lincoln, en su Mensaje de 4 de Marzo de 1865, lo dice sin rodeos, como él sabía decirlo todo: *Todo el mundo sabía que el interés de la esclavitud era en el fondo la causa de la guerra. Fortificar, perpetuar, extender ese interés, tal era el objeto de los que querían destruir la Unión. Nosotros solo queríamos poner un límite á la extensión territorial de la esclavitud.* No me resigno á creer que en un pueblo como el norte-americano, cristiano, sinceramente religioso, el sentimiento de la justicia fuese factor de poquísima importancia entre los que lo impelieron á su memorable cruzada para extinguir la explotación del hombre por el hombre. En todo caso, le concedería tanta importancia como al egoismo del simple patriota, ávido de librarse y de librar á sus conciudadanos de la influencia corruptora de la servidumbre. Y como en la hora en que Cuba lanzó el grito de Independencia ó Muerte ocupaba el Capitolio el caudillo de los redentores, no hice cuenta, en mis reflexiones, de la población que tuvo por caudillo á Roberto Lee. Ese mismo sentimiento—la admiración por el que defiende la causa de la justicia—me hizo traer à cuento el episodio de que fué héroe el comandante de la *Niobe*, el cual, aun cuando tuviese fundamentos de derecho internacional en que basar su conducta, sublimó su acción diciendo á Burriel: «*En nombre de la Humanidad* y de S. M. B..... Lorrain, en aquella ocasión, tuvo la inspiración generosa é hidalga que animó al jefe de la escuadra norte-americana cuando quiso oponerse al bombardeo

de Valparaiso, inspiración que no pudo traducir en épica hazaña por impedírselo el gobierno de su nación. Y lo repito, á riesgo de merecer los calificativos de «cándido,» «iluso,» «lírico» y romántico:» estaban en el poder los que pensaban con Lincoln que un pueblo no puede ser mitad esclavo y mitad libre; estaban en el poder los adversarios de aquellos otros norte-americanos aristócratas que hicieron artículo permanente de su programa de perpetuación y expansión de la esclavitud la idea de la anexión de la isla de Cuba,» los del Congreso de Ostende, los que realizaron la anexión de Tejas y llevaron á cabo «la guerra inícua contra México.» Creía yo que el norte-americano había entrado, al iniciar la gestión de los *buenos oficios*, en una etapa más ennoblecedora, seria, correcta y justiciera, que la que recorrió durante la Presidencia de James Buchanan, en la cual, como ha dicho el Sr. Piñeyro (1), «mientras los políticos norte-americanos hablaban sin medida en el Congreso, ó ensayaban en las Cancillerías sus estériles negociaciones, nobles esperanzas de poner término á su condición de colonos privados de todo derecho excitaban á los cubanos, y juzgando algunos que les incumbía el deber de demostrar prácticamente que eran dignos del anhelado rescate, que no eran esclavos afeminados, corrieron á las armas sin arredrarles la certeza del desastre en pelea tan desigual, se lanzaron al campo obedeciendo solo á su legítima impaciencia, y murieron en lid desesperada, ó ascendieron impávidos las gradas del patíbulo, ó expiaron lentamente en presidios lejanos su imprudente arrojo.» Los cubanos de 1868, en buena lógica, debieron pensar que la tradición de los políticos esclavistas había muerto para siempre; que Mr. Grant no era Mr. Buchanan; que otras circunstancias, otras ideas, otros sentimientos, otros intereses, movían al Presidente y á sus consejeros cuando aquel dijo al Enviado Extraordinario: *Sosteneos un poco de tiempo y obtendreis aun más de lo que esperais.* Si fueron los mismos hombres, si aquello fué un alarde mentiroso, lo deploro como cubano, lo siento..... por la seriedad norte-americana y por sus fervorosos admiradores.

Y expuestos los hechos, no me censure porque continúe admirando ese «sentimentalismo» que «culmina á veces en una perfección de *Don Quijote.*» Una colectividad de *Quijotes* fué la Re-

(1) En sus *Estudios sobre los Estados Unidos.* REVISTA CUBANA. Diciembre, 1890.

volución Cubana. Si el *quijotismo* es una cualidad de nuestra raza, bendita sea la cualidad que nos pone á salvo del predominio de los Sanchos Panzas. El afecto que yo le profeso á V. se alimenta y sostiene en la excelencia de sus cualidades, y en éstas sobresale aquella por la cual ocupó V. un puesto distinguido en las filas de los paladines de Yara, aquella por la cual fué V. caballero andante, defensor de la Justicia, de la Libertad, emancipador del negro y dignificador del blanco.

De V. amigo afectísimo y admirador sincero

MANUEL DE LA CRUZ.

Habana, 25 de Mayo de 1893.

LA RELIQUIA.

(CONTINUA)

Cuando me volví, hallé á Topsius conversando, á la sombra de su quitasol, con el hombre excelente que debía ser nuestro guía á través de las tierras de la Escritura. Era mozo, moreno, espigado, con largos bigotes que ondeaban al viento. Vestía chaqueta de lana y botas blancas; los mangos de plata de sus pistolas, saliendo de una faja de seda negra, que le llegaba al pecho, le daban aspecto heróico; llevaba en la cabeza, con las puntas y las franjas tiradas para atrás, un pañuelo de seda amarilla. Se llamaba Pablo Potte, su patria Montenegro, y en toda la costa de Siria se le conocía por el *alegre Potte.* Jesús!, qué hombre tan alegre aquel! La alegría le brillaba en la pupila de un azul claro; la alegría parecía cantar entre sus dientes incomparables; la alegría le extremecía las manos siempre inquietas; la alegría resonaba hasta en sus ruidosas pisadas. Desde Ascalón hasta los bazares de Damasco, desde el Carmelo hasta los vergeles de Engadí—él era el *alegre Potte.* Para que me regalase, me tendió su bolsa de tabaco perfumado. Topsius quedó maravillado de su saber bíblico. Yo, dándole palmadas en el vientre, le dije: *mi báculo serás!* Y después de muchos apretones de manos, fuimos al *Hotel de Josafat* á firmar el contrato, lo que hicimos entre fuertes tragos de cerveza.

El alegrísimo Potte organizó de prisa la caravana que debía

llevarnos á la ciudad del Señor. Un macho llevaba los bagajes: el arriero árabe, emburujado en unos harapos azules, era tan airoso y lindo, que yo, sin poderlo resistir, buscaba siempre la mirada de sus ojos de terciopelo negro; y, por lujo oriental, como escolta, nos seguía un beduino, viejo, catarroso, con un albornoz de lana de camello listado de franjas color de ceniza, y una fuerte lanza, toda mohosa y adornada con borlas.

Guardé en mis alforjas el amoroso envoltorio de la camisa de Mary: después, puestos en las sillas, bien estirados los estribos del pernilargo Topsius, el festivo Potte, restallando el látigo, lanzó el antiguo grito de las Cruzadas y de Ricardo Corazón de León: —«*Adelante, á Jerusalén, Dios lo quiere!*» Y al trote, humeando los tabacos, salimos de Jafa por la Puerta del Mercado, á la hora en que suavemente se oía el toque de vísperas en el hospicio de los Padres Latinos.

En la luminosa dulzura de la tarde, la ruta se prolongaba entre jardines, huertas, verjeles, naranjales, palmerales, por una tierra de Promisión resplandeciente y amable. Por entre setos de mirtos se perdía el fugitivo cantar de las aguas. Todo el aire, de una dulzura inefable, como para que en él respirase mejor el pueblo electo de Dios, era un perfume de jazmines y limoneros. El grave y lento chirriar de las norias iba adormeciéndose, al fin de un dia de riego, entre los tomillos en flor. Alta y serena, un aguila real se cernía en el azul.

Nos detuvimos en una fuente de mármol negro y bermejo, sombreada por sicomoros en que arrullaban las tórtolas; á un lado de la fuente erguíase una tienda, con un tapiz sobre la yerba, cubierto de uvas y de jarras de leche. El viejo que la ocupaba, de barbas blancas, nos saludó en nombre de Alá, con la nobleza de un patriarca. La cerveza me produjo mucha sed; una campesina, bella como Raquel, me dió de beber en su cántaro de forma bíblica, sonriendo, con el seno descubierto, mientras dos gruesas argollas de oro azotaban su rostro moreno, y un corderillo blanco y muy manso dormía atado á una punta de su túnica.

Caía la tarde, silenciosa y dorada, cuando penetramos en la planicie de Saron, que en otros tiempos representaba la Biblia como un campo de rosas. En el silencio resonaban las esquilas de un rebaño de cabras negras, que pastoreaba un árabe, desnudo como un San Juan. A lo lejos, los montes siniestros de

Judea, iluminados por el sol oblícuo que se sumergía en el mar de Tiro, aún parecían hermosos, azules y llenos de atractiva dulzura como las ilusiones del pecado. Aparecieron dos estrellas de un resplandor intensísimo, que empezaron á moverse delante de nosotros, por la ruta que vá á Jerusalén.

Nuestro cuarto, en el *Hotel del Mediterráneo*, en Jerusalén, semejaba la escueta celda de rudo monasterio. Vecino á la ventana, un tabique delgado, cubierto de papel con ramajes azules, lo dividía de otro cuarto, en el que oíamos una voz fresca cantar la *Balada del rey de Thule.*

En medio del cuarto había una mesa de pino, encima de la cual Topsius estudiaba el mapa de Palestina, mientras yo, en chinelas, iba de un lado para otro limándome las uñas. Llegamos á la ciudad del Señor el mismo dia en que la enternecida cristiandad conmemora los Santos Mártires de Evora, durante una tarde muda y lluviosa. De vez en cuando Topsius miraba á los caminos de Galilea, me contemplaba cruzado de brazos y murmuraba amistosamente.

—¡Ya está el amigo Raposo en Jerusalén!

Yo, frente al espejo, echaba una ojeada á mis crecidas barbas, y murmuraba:

—Es verdad, ya está el bello Raposo en Jerusalén!

Y volvía, insaciable, á admirar, á través de los vidrios, la divina Sion. Bajo la lluvia melancólica erguíanse al frente las blancas paredes de siloncioso convento, corridas las verdes persianas y con dos enormes caños de zinc en cada esquina, uno chorreando ruidosamente sobre una callejuela solitaria, y el otro sobre el blando suelo de una huerta, sembrada de rábanos, y en que se revolcaba un jumento. Por este lado veíase una gran extensión de tejados en terrazas, lúgubres y color de lodo, con una torrecilla de ladrillo en forma de horno y largas varas para secar ropa; casi todos estaban decrépitos, desmantelados, en estado tan miserable que parecían desmoronarse con el agua que los bañaba; del otro lado se alzaba una colina atestada de chozas sórdidas, entre verduras de jardines, medio esfumadas y como si temblaran en la húmeda niebla: por entre ellas retorcíase una calleja, llena de guijarros y arbustos, escalonada, por donde constantemente cruzaban frailes en alpargatas cubiertos con paraguas,

sombrios judíos de melenas caídas, ó algún beduino arremangándose el albornoz... Arriba, muy cercano, extendíase el cielo pardo oscuro.

Así me aparecía, desde mi ventana, la vieja Sion, la bien edificada, la brillante de claridad, la alegría de la tierra, la hermosa entre las ciudades.

—Esto es horrible! Topsius! ¡Bien decía Alpedrinha! Esto es por que Braga, Topsius! Y ni un paseo, ni un billar, ni un teatro, nada! ¡Vea que ciudad para vivir Nuestro Señor!

—Sí! En tiempo del Señor era más divertida,—murmuró mi sapiente amigo.

Y en seguida me propuso que el venidero domingo partiesemos para las márgenes del Jordan, á donde lo llamaban sus estudios sobre los Herodes. Allí podría yo gustar de las delicias del campo, bañándome en las aguas santas, cazando perdices entre las palmeras de Jericó. Accedí con gusto. Y bajamos á comer, llamados por una campana de convento, funeraria, que resonaba en la sombra del corredor.

El refectorio era también abovedado, con una estera de esparto sobre el piso de ladrillo. Allí estabamos solos el erudito investigador de los Herodes y yo, en una mesa vulgar, adornada con flores de papel embutidas en búcaros rotos. Removiendo una sopa desabrida exclamé, lleno de desolación:

—Jesús, Topsius, esto es un engrudo!

En aquel momento se abrió en el fondo del refectorio una puerta de cristales, y exclamé arrebatado:

—Caramba, Topsius, qué gran mujer!

Grande, sí; sólida y saludable como yo; blanca, de blancura de lino lavado con esmero y salpicada de pecas; coronada por una masa de cabellos ondeados y castaños; apretada por un vestido de sarga azul que los rígidos senos casi hacían estallar,—entró en el refectorio esparciendo un agradable olor á jabón de Windsor y á agua de Colonia, iluminándolo todo con el esplendor de su carne y de su mocedad. El fecundo Topsius la comparó con la robusta diosa Cibelas.

Serena y soberbia, Cibeles se sentó en la cabecera de la mesa. A su lado, haciendo crugir la silla con el peso de sus macizos miembros, sentóse un Herodes pachorrento, calvo, de barba gris, que con el mero gesto que hizo para desdoblar la servilleta, reve-

ló que era un omnipotente del dinero y que era en él cosa vieja el hábito del mando.

Por un *yes* que ella murmuró, comprendí que era de la tierra de Maricoquiñas. Y me hizo recordar á la inglesa del señor barón.

Cibeles puso junto al plato un libro que parecía un tomo de versos; el de la barba gris, masticando con la lentitud magestuosa de un león, hojeaba en silencio su *Guía de Oriente*. Y yo olvidaba mi carnero guisado para contemplar ávidamente sus perfecciones. De cuaudo en cuando ella erguía la franja de sus pestañas: entonces yo quedaba esperando con ansia el don de su claro y dulce mirar; pero ella dejaba errar los ojos por los muros del refectorio, por las flores de papel, volviendo á posarlos, desinteresados y frios, sobre las páginas de su poema.

Después del café besó la mano velluda del de la barba y desapareció por la puerta de vidrio, llevándose consigo todo el aroma, la luz y la alegría de Jerusalén. El Hércules encendió su pipa, dijo al mozo que le llamase á Ibrahin, el guía, y se levantó como si le pesasen sus robustos miembros. Al pasar junto á la puerta echó á rodar el paraguas del venerabilísimo Topsius, gloria de Alemania, miembro del *Instituto imperial de excavaciones históricas*, y siguió adelante, tranquilo, sin mover los ojos llenos de insolente altivez.

—So bruto! grité medio ahogado por la cólera.

Mi docto amigo, con su cobardía social de alemán disciplinado, recogió su paraguas y mientras lo limpiaba con su pañuelo, murmuraba, trémulo, que tal vez el de la barba gris sería un duque.....

—Qué duque ni qué ducado! Para mí no hay duques! Yo soy Raposo, de los Raposos del Alemtejo..... Lo reventaría!

Pero la tarde iba cayendo y debíamos hacer reverente visita al sepulcro de nuestro Dios. Corrí al cuarto á cubrirme con mi sombrero de copa, según lo había ofrecido á tití. Cuando pasaba por el corredor ví á Cibeles abrir la puerta y salir envuelta en una capa color de ceniza, con una gorra que adornaban dos plumas de gaviota. El corazón me latió, como ébrio de delirios y de esperanzas. Era ella la que cantaba la *Balada del rey de Thule*! Nuestros lechos solo estaban separados por el fino y frágil tabique cubierto de ramajes azules! No me detuve buscando mis

guantes negros; bajé lleno de alborozo, seguro de que la encontraría en el sepulcro de Jesús, y ya proyectaba abrir un agujero en el tabique, por donde mi ojo amoroso pudiese saciarse contemplando las bellezas de su desaliño. Aún llovía lugubremente. Apenas empezamos á atollarnos en el torrente de la Vía Dolorosa, abierta entre paredes color de lodo, llamé á Potte para que se guareciese debajo de mi paraguas, preguntándole si había visto en el hotel á mi robusta y pecosa Cibeles. Ya la había admirado el festivo Potte. Y por Ibrahin, su compadre, sabía que el de la barba gris era un escocés, negociante en especias.....

—Lo vé, Topsius? exclamé. ¡Negociante en especias! Vaya con el duque! ¡Es una bestia! Yo lo reventaría! En cosas de dignidad soy una fiera! Lo reventaría!

La hija, la de las espesas trenzas, decía Potte, tiene un nombre radiante, de piedra preciosa, llámase *Ruby*, rubí. Ama los caballos, es arrojada; en la alta Galilea, de donde viene, cazó un águila negra.....

—Aquí tienen los caballeros la casa de Pilatos.....

—Deja la casa de Pilatos, hombre, que bien poco me importa. ¿Que más te dijo Ibrahin? Dílo todo, Potte.

Allí la Vía Dolorosa se angostaba, abovedada, como el corredor de una catacumba. Dos mendigos, llenos de llagas, roian cáscaras de melones, acurrucados sobre el cieno y gruñendo. Un perro aullaba. Y el risueño Potte me contaba que Ibrahin había visto muchas veces á miss Ruby extasiada ante la belleza de los hombres de Siria; que durante las noches, en la puerta de la tienda, mientras el padre bebía cerveza, ella recitaba versos en voz baja, mirando rutilar las estrellas. Yo decía para mis adentros: «Me parece que tendré en ella una querida.»

—Ya están los caballeros delante del Santo Sepulcro.

Cerré mi para-aguas. En el fondo de un atrio de baldosas desgastadas, erguiase la fachada de una iglesia, caduca, triste, abatida, con dos puertas en arco: una tapiada con guijarros y cal, como cosa que era supérflua; la otra tímida, medrosamente entreabierta. Y en los débiles flancos de este templo sombrío, ruinoso, se recostaban dos construcciones desmanteladas, una del rito latino, otra del rito griego, como hijas aterradas que fulminó la Muerte cuando se refugiaban en el regazo de la madre, media muerta también y ya fría.

Me calcé los guantes negros. Enseguida un enjambre voraz de hombres sórdidos me envolvió, aturdiéndome con sus alaridos, ofreciéndome reliquias, rosarios, cruces, escapularios, fragmentos de tablas cepilladas por el mismísimo San José, cirios, corderos de Dios, litografías de la Pasión, huesos de aceitunas del Monte de los Olivos y túnicas «como las que usaba la Virgen María.» Y en la puerta del Sepulcro de Cristo, en donde titi me recomendó que entrase de rodillas y rezando el rosario, tuve que dar de empellones á un malandrin de barbas de ermitaño, que se agarró á mi americana, famélico, pidiendo que le comprásemos boquillas hechas de un pedazo de la madera del arca de Noé!

—Caramba! animal, échate á un lado!

Y así, á fuerza de puños, haciendo del paraguas una pica, pude llegar al santuario sublime en que la cristiandad guarda el túmulo de Cristo. Más luego quedé suspenso, sintiendo un delicioso y grato aroma de tabaco de Siria. En amplio estrado, dispuesto en divanes, con tapices de Caramania y viejas almohadas de seda, estaban reclinados tres turcos, graves y burlados, fumando en largas pipas de madera de guindos. Sus armas colgaban de las paredes. El suelo estaba negro de sus escupitajos. Delante de ellos, un siervo, cubierto de harapos, esperaba inmóvil, teniendo en la palma de cada mano una humeante taza de café.

Lamenté que el providente Catolicismo no hubiese establecido á la puerta del divino lugar una *Tienda de bebibas*, para que se confortasen los romeros. Y en voz baja dije á Potte:

—Una gran idea! Si pudiéramos tomar de ese café!

Pero el festivo Potte me explicó que aquellos hombres serios eran soldados musulmanes, que ejercían de policías en los altares de los cristianos, para impedir que en torno del mausoleo de Jesus se despedacen por superstición, por fanatismo, por envidia de sitios, los sacerdocios rivales que celebran allí sus Ritos rivales: Católicos como el Padre Piñeyro, griegos ortodoxos para quienes la cruz tiene cuatro brazos, Abisinios y Armenios, Coptos que descienden de los que en otro tiempo, en Menfis, adorararon al buey Apis, Nestorianos que vienen de Caldea, Georgianos que vienen desde el mar Caspio, Maronitas que proceden del Líbano, todos cristianos, todos intolerantes, todos feroces! Entonces, lleno de gratitud, saludé á aquellos soldados de Mahoma que para mantener el debido, piadoso recogimiento en torno del cadáver

de Cristo, armados y serenos, vigilan y fuman en el pórtico. A la entrada nos detuvimos junto á una lápida cuadrada, incrustada en las oscuras baldosas, tan pulida y reluciendo con tan suave brillo de nácar que parecía el agua mansa de un estanque en que se reflejasen luces de lámparas. Potte me tiró de la manga, recordándome que era costumbre besar aquel pedazo de roca, santa entre todas, que en el jardín de José de Arimathea.....

—Ya sé..... ya sé..... ¿Beso, Topsius?

—Bese siempre, me dijo el prudente historiógrafo de los Herodes. Nada se le pegará y eso es agradable á su señora tia.

No besé. En fila y callados penetramos bajo una vasta cúpula, tan esfumada en el crepúsculo que el círculo de redondos tragaluces de la cornisa brillaba apenas, pálido, como un aro de perlas en torno de una tiara: las columnas que la sustentaban, finas y juntas como las lanzas de una verja, proyectaban rayas en la sombra del redor, cada una manchada por el reflejo bermejo y funerario de una lámpara de bronce. En el centro se elevaba, espejeante y blanco, un mausoleo de mármol, con labores y florones: un viejo paño de damasco cubríalo como un toldo, recamado de bordados de oro desteñido: dos antorchas le formaban una avenida de luces funerarias, que llegaba hasta el pórtico, estrecha como la abertura de una tienda, y cubierta con un trapo color de sangre. Un padre armenio, que desaparecía bajo su holgado manto negro, mudo y medio dormido bajo el capuz caido, incensaba el mausoleo.

Potte me tiró otra vez de la manga:

—¡El túmulo!

Oh! alma piadosa! Oh titi! Allí estaba, al alcance de mis labios, el túmulo de mi Señor! Y enseguida eché á andar como un dogo, rompiendo por entre la turba ruidosa de frailes y peregrinos, en busca de un rostro redondo y pecoso y de una gorra con plumas de gaviota! Largo rato erré atontado. Ora me codeaba con un frasciscano ceñido por su cuerda de esparto; ora me ponía delante de un padre copto, que se deslizaba como tenue sombra, precedido por sirvientes que hacían sonar las sagradas panderetas del tiempo de Osiris. Aquí tropezaba con un montón de ropages blancos, echados sobre el suelo como fardos, y de los que se escapaban gemidos de contricción; más adelante tropezaba con un negro, todo desnudo, estirado al pié de una columna, durmien-

do plácidamente. A veces resonaba el sacro clamor de un órgano, rodaba por los mármoles de la nave y moría con susurro de onda esplayada: más lejos un canto armenio, trémulo y ansioso, batía los muros austeros como el aleteo de un ave cautiva que vá hacia la luz. De junto á un altar aparté á dos sacristanes muy gordos, uno griego, otro latino, que se apostrofaban con furia, manoteando y apestando à cebolla; y huí de un bando de romeros rusos de greñas hirsutas, venidos seguramente del Caspio, con los desgarrados piés envueltos en trapos, que no osaban moverse, llenos de terror divino, torciendo los bonetes de fieltro entre las manos, de las que le colgaban gruesos rosarios de vidrio. Criaturas harapientas brincaban en la oscuridad de las arquerias, otras pedían limosna. El aroma del incienso sofocaba: los padres de los cultos rivales me tiraban de la americana para mostrarme reliquias rivales, heróicas ó divinas, unos las espuelas de Godofredo, otros un pedazo de la Caña Verde.

Atolondrado, me uní á una procesión de penitentes donde creí que hallaría, blancas y altivas, entre negros velos de arrepentidas, las dos plumas de gaviota. Un carmelita, al frente, rezongaba letanías; deteniéndonos á cada paso, todos arrebatados por devoto asombro, á la puerta de las capillas cavernosas, dedicadas á la Pasión: la del *Improperio*, en que el Señor fué flagelado; la de la *Túnica*, en que desnudaron al Señor. Después subimos, con antorchas en las manos, por una escalera tenebrosa, labrada en la roca viva..... Súbitamente, todo el devoto tropel cayó de rodillas, ululando, gimiendo, llorando, flagelándose los pechos, clamando por el Señor, lúgubre, delirante..... Estábamos sobre la Piedra del Calvario.

En torno, la capilla que contiene la Piedra resplandece con lujo sensual y pagano. En el techo, de color azul celeste, brillaban soles de plata, signos del Zodiaco, estrellas, alas de ángeles, flores de púrpura: de entre este fausto sideral, pendían de hilos de perlas los viejos símbolos de la Fecundidad, los huevos de avestruz, huevos sagrados de Astarté y Bacos de oro. Sobre el altar se elevaba una cruz bermeja con un Cristo tosco pintado de color de oro, que parecía vibrar, vivir á través del fulgor difuso de los haces de luces, del reflejo de los mármoles, del humo de las aromas que ardían en tazas de bronce. Globos espejeantes, descansando en peanas de ébano, reflejaban las joyas de los retablos,

la refulgencia de las paredes revestidas de jaspes, de nácar y de ágata. Y en el suelo, en medio de esta preciosa claridad de pedrería y de luz, saliendo de entre las lozas de blanco mármol, se destacaba un trozo de roca brava, con una estría alargada y pulida por largos siglos de besos y de beatas caricias. Un archidiácono griego, de barba escasa, gritó: «En esta roca fué clavada la cruz! La Cruz! La Cruz! Miserere! Kirie Eleisón! Cristo! Cristo!» Los rezos se precipitaron, más vehementes, entre sollozos. Un cántico doliente se mecía en el aire entre el balanceo de los incensarios. Y los diáconos iban y venían rápidamente, ludiendo la multitud, con anchos sacos de pana, donde caían, con sones argentinos, y se sumían las ofrendas de los fieles.

Huí, aturdido y confuso. El sabio historiador de los Herodes se paseaba por el atrio, bajo su paraguas, respirando el aire húmedo. De nuevo nos acometió el bando famélico de los vendedores de reliquias. Los repelí con rudeza y salí del Santo Lugar como había entrado, lleno de pecados y vomitando imprecaciones.

En el hotel, Topsius se recogió para anotar sus impresiones sobre el sepulcro de Jesús: yo permanecí en el patio bebiendo cerveza y fumando en pipa con el apreciable Potto. Cuando subí, ya muy tarde, mi esclarecido amigo roncaba, teniendo abierto sobre el lecho un libro mio, que traje de Lisboa, para recrearme en el país del Evangelio, *El Hombre de los tres Calzones.* Mientras me descalzaba los botines, sucios del lodo venerable de la Vía Dolorosa, pensaba en mi Cibeles. ¿En qué sacratísimas ruinas, bajo qué árboles, divinizados por haber dado sombra al Señor, había ella pasado aquella tarde lluviosa? ¿Estuvo en el valle del Cedrón? ¿Estuvo en el blanco túmulo de Raquel?

Suspiré, amoroso y cansado. Abría el mosquitero, bostezando, cuando oí distintamente, á través del fino tabique, un ruido de agua que caía resonando en una bañadera. Alborozado puse atento oido: y en medio el sombrío y triste silencio que envuelve siempre á Jerusalén, me llegó, perceptible, el leve son de una esponja que chapaleaba en el agua. Corrí á coser mi cara sobre el papel de ramajes azules. Pasos suaves y de piés desnudos resonaban en la estera que cubría el suelo de ladrillo: el agua produjo un rumor como si la agitara un brazo suave, desnudo, que experimentara su temperatura. Y fuí oyendo todos los íntimos ru-

mores de un largo, lento, lánguido baño: el esprimir la esponja; el fofo restregar de la mano llena de espuma de jabón; el suspiro medio ahogado y de satisfacción del cuerpo que tiembla bajo la caricia del agua tibia, salpicada de gotas de perfume. Mi cabeza repleta de sangre, me pesaba enormemente: recorría el tabique desesperado, buscando una hendedura, un agujero. Tenté á abrirlo con la tijera, pero sus finas puntas se quebraron en la dura capa caliza..... Otra vez cantó el agua su rumor, chorreando de la esponja, y yo, trémulo, soñaba ver las gotas vagarosas escurriéndose por el surco de aquellos duros y blancos senos que hacían estallar el vestido de sarga.....

No pude resistir: descalzo, en calzoncillos, salí al silencioso corredor, y clavé en la cerradura de su puerta un ojo tan encarnizado, tan ardiente, que temí herirla con la devorante llama de su rayo sanguíneo. Distinguí, en un círculo de claridad, una toalla caida sobre la estera, un ropón bermejo, un pliegue de la blanca cortina de su lecho. Y así, agachado, con gotas de sudor en el pescuezo, esperaba que ella atravesase, desnuda y espléndida, por aquel disco, escaso de luz, cuando sentí de pronto, por detrás, una puerta que se abría, y ví una claridad que bañaba la pared. Era el de la barba gris, en mangas de camisa con el candelero en la mano! Y yo, misérrimo Raposo, no podía escapar! De un lado él, que era enorme; del otro, el macizo muro del corredor.

Tranquila, reposadamente, con método, el Hércules puso el candelero en el suelo; levantó su ruda bota de dos suelas y me molió los costados. Yo grité: ¡Bruto! El murmuró: ¡Silencio! Y apretándome contra el muro, su bota formidable y de bronce me hundió sin piedad cuadriles, nalgas, canillas, toda mi carne preciosa y cuidada con esmero. Después, con toda tranquilidad, recogió el candelero. Entonces yo, lívido, en calzoncillos, le dije con gran dignidad:

—¿Sabe V. lo que le ha valido? Le ha valido el lugar en que estamos, casi al pie del túmulo del Señor, donde no quiero dar escándalos para que no se entere mi señora tía. Pero si estuviésemos en Lisboa, fuera de las puertas, en un sitio que yo me sé, le comería los hígados! No sabe V. bien de la que se ha librado! Allá le hubiera comido los hígados!

Y muy digno, cojeando, volví á mi cuarto á darme fricciones de árnica. Así pasé la primera noche en Sión.

Al día siguiente, el profundo Topsius fué á peregrinar al Monte de los Olivos, á la clara fuente de Siloé. Yo, adolorido, no pudiendo montar á caballo, permanecí echado en el sofá leyendo *El Hombre de los tres calzones.* Para evitar al afrentoso de la barba gris no bajé al refectorio, pretextando tristeza y quebranto. Pero al sumergirse el sol en el mar de Tiro, ya estaba restablecido y ágil. Potte había preparado para esa noche una fiesta sensual en casa de Fatmé, matrona complaciente que tenía un nido de palomas en el Barrio de los Armenios: allí iríamos á contemplar la gloriosa bailarina de Palestina la *Flor de Jericó*, que mariposeaba la danza de la *abeja*, que inflama á los más fríos y deprava á los más puros.

La recatada puerta de Fatmé, ornada por un sarmiento seco de vid, abríase en un muro negro, junto á la Torre de David. Fatmé nos esperaba, magestuosa y obesa, envuelta en velos blancos, con hilos de corales entre las trenzas, los brazos desnudos, mostrando cada uno la oscura cicatriz de un bubón. Me cogió la mano sumisamente, se la llevó á la cabeza empapada en aceite, á los labios cubiertos de escarlata, y me condujo con gran ceremonia hacia una cortina negra con una franja de oro. Yo me extremecí al penetrar en los secretos deslumbradores de un serrallo mudo y que olía á rosa.

Era una sala recién blanqueada, con cenefas de algodón bermejo que llegaban á las celosías; á lo largo de las paredes corría un diván, revestido de seda amarilla y con remiendos de seda más clara. Sobre un pedazo de tapete de Persia había un brasero de latón, apagado, bajo un montón de cenizas: á su lado, abandonado, había un pantuflo de terciopelo, estrellado de lentejuelas. Del techo de madera, donde había algunas manchas de humedad, colgaba de dos cadenas adornadas de borlas un candelero de petróleo. En un rincón, entre almohadas, yacían un bandolín. En el aire dormido vagaba un olor, atenuado y suave, á moho y á benjuí. Por los ladrillos, por debajo de los poyos de las celosías, corrían las cucarachas.

Sesudamente me senté al lado del docto historiador de los Herodes. Una negra de Dongola, con una camisa de escarlata, con brazaletes de plata, vino á ofrecernos aromático café, y casi enseguida se nos dijo que no podríamos saborear la famosa danza de la *Abeja!* La *Rosa de Jericó* había ido á bailar á la presencia de

un príncipe de Alemania, llegado á Sión para adorar el túmulo del Señor. Y Fatmé se apretaba con humildad el corazón, invocaba á Alá, se decía nuestra esclava. Era una fatalidad! La *Rosa de Jericó* fué á ver al príncipe rubio que había venido, con caballos y plumas, del país de los Germanos!

Lleno de despecho observé que yo no era príncipe, pero que mi tía tenía lucidas riquezas; que los Raposos sobresalían por la pureza de su sangre en el hidalgo Alemtejo. Si *Flor de Jericó* estaba contratada para regocijar mis ojos católicos, era una falta de consideración haberla cedido al romero acorazada venido de la hereje Alemania.....

El erudito Topsius murmuró, alzando el pico con petulancia, que Alemania era el más espiritual de los pueblos.....

—El brillo que despide el casco alemán, Don Raposo, es la luz que guía á la humanidad!

—Pues úntele sebo al casco! A mí nadie me guía! Nadie me guía sino Nuestro Señor Jesucristo!..... Y en Portugal hay grandes hombres! Alfonso Henriques, Herculano.... ... Sebo al casco!

Y me erguí muy irritado. El sapiente Topsius, encogido, temblaba de rabia. Potte intervino:

—Paz, cristianos y amigos, paz! Topsius y yo volvimos al diván, después de darnos un apretón de manos.

Fatmé, en tanto, juraba que Alá era grande y que ella era nuestra esclava. Y que, si la obsequiábamos con siete piastras de oro, ella, en compensación de la *Rosa de Jericó*, nos ofrecía una joya inapreciable, una Circasiana, más blanca que la luna llena, más airosa que los lirios que nacen en Galgalá.

—Venga la Circasiana! grité, muy excitado. He venido á los Santos Lugares á deleitarme..... Venga la Circasiana! Dadle las piastras, Potte! Peste! Quiero regalar la carne!

Fatmé salió reculando: el festivo Potte se reclinó entre nosotros, abriendo su bolsa perfumada de tabaco de Alepo. Entónces se abrió una portezuela, abierta en la blanca pared, y entró una figura velada, vaga, vaporosa. Amplios calzones turcos de seda carmesí se inflaban con lanquidez desde la ondeante cintura hasta los tobillos, donde concluían, ceñidos por una liga de oro; sus pies, pequeños y alados, parecían escaparse de las chinelas de marroquí amarillo; y á través del velo de gasa que le envolvía la

cabeza, el pecho y los brazos, brillaban recamos de oro, centellas de joyas, y las dos estrellas negras de sus ojos. El deseo me devoraba.

Por detrás de ella Fatmé, con la punta de los dedos, le fué quitando el velo, lenta, muy lentamente, y de entre la nube de gasa surgió un mascarón color de yeso, descarnado y narigudo, con un ojo mellado y dientes podridos cuya negrura se advertía en la estúpida languidez de su sonrisa..... Potte se lanzó del diván, injuriando á Fatmé: ella gritaba, clamaba por Alá, dándose golpes en los pechos que sonaban como odres mal llenos.

Fatmé y Potte desaparecieron, enzañados, como arrebatados por una ráfaga. La Circasiana, con su pútrida sonrisa, vino á tendernos su mano sucia, á pedir «presentes», con voz que apestaba á aguardiente. La repelí enojadísimo. Se arregló el velo tranquilamente y salió chasqueando las chinelas.

—Topsius, murmuré. Todo esto me va pareciendo una burla infame!

El sabio se puso á hacer consideraciones sobre la voluptuosidad, que siempre es engañadora. Debajo de la sonrisa luminosa está siempre el diente cariado. De los besos sólo queda el amargor. Cuando el cuerpo se extasía el alma se entristece.....

—Qué alma! No hay alma! Lo que hay es un grandísimo impudor! En la calle del Arco de la Bandera, esta Fatmé tendría ya dos puñetazos en los mofletes. Peste!

Estaba feroz, con deseos de hacer añicos el bandolín. Potte reapareció, retorciéndose los bigotes y diciendo que por nueve piastras más Fatmé consentía en mostrar su secreta maravilla, una virgen de las márgenes del Nilo, de la alta Nubia, bella como la noche más bella de Oriente. El la había visto y afirmaba que valía el tributo de la provincia más fértil.

Frágil y liberal, cedí. Una á una cayeron las nueve piastras de oro en la mano de la gordiflona Fatmé.

De nuevo se abrió la puerta, quedó luego cerrada y sobre el fondo blanqueado se destacó en su desnudez color de bronce, una espléndida hembra, hecha como una Venus. Se paró un momento, asustada por la luz y por los hombres, luciendo sus rodillas lentamente. Un lienzo blanco le cubría las caderas robustas y flexibles, los cabellos hirsutos, lustrosos de aceite, con sequíes de oro entrelazados, le caían sobre el dorso, como una melena sal-

vaje; un hilo suelto de cuentas de vidrio azul se le enroscaba en torno del pescuezo é iba á perderse en el surco de sus dos senos, rígidos, perfectos, de ébano. De repente, convulsivamente, dió un salto, chasqueando la lengua, lanzando un largo, desolado ululato. *Lú! lú! lú! lú! lú!* Se echó de bruces en el diván, y estirándose, en la actitud de una Esfinje, permaneció con los ojos, grandes y tenebrosos, que lanzaban dardos, fijos en nosotros, inmóvil y seria.

—Vea, me decía Potte. Mírele el cuerpo..... Véale los brazos..... Mire como arquea el espinazo! Es una pantera!

Fatmé, con los ojos en blanco, tiraba besos con la punta de los dedos, expresando los deleites trascendentales que debía proporcionar el amor de aquella hija de la Nubia..... Ciertamente, por la persistencia de su mirar, se conocía que le habían cautivado mis barbas. Abandoné el diván y poco á poco me fuí acercando á ella como á una presa segura. Sus ojos se agrandaban, inquietos, resplandecientes. Gentilmente, llamándole «lindísima», le acaricia el hombro frío: al contacto de mi blanca piel la Nubia reculó, erizada, y lanzó un grito desmayado de gacela herida. No me seducía, pero quise ser amable, y le dije paternalmente:

—Ah! si tu conocieses mi patria! Yo sería capáz de llevarte allá! Irías á Lisboa! Esto es una pocilga! Las campesinas como tu son bien tratadas, se les considera, los diarios hablan de ellas, se casan con propietarios.....

Todavía le murmuré otras cosas profundas y dulces. Ella no entendía mi charla: en sus ojos fluctuaba la nostalgia de su aldea de Nubia, de los rebaños de búfalos que duermen á la sombra de los tamarindos, del gran rio que corre eternamente, sereno, entre las ruinas de las Religiones y los tímulos de las Dinastías.....

Imaginando entonces que despertaría su corazón con la llama del mio, la atraje hacia mi lascivamente.

Se escurrió ligera, se refugió en un rincón, temblando, y dejando caer su cabeza entre las manos rompió á llorar desoladamente.

Arrojé el casco y casi rasgué el paño negro franjeado de oro.

Nos detuvimos en una celda enladrillada y que olía mal. Allí hubo una lucha felina entre Potte y la avara matrona, que recla-

maba otras siete piastras de oro. Potte, erizado el bigote, le escupía injurias en lengua árabe, rudas y estridentes como guijarros que se despeñan entre rocas. Y salimos de aquel lugar de deleites perseguidos por los gritos de Fatmé, que babeaba de furor, agitaba los brazos, sellados por la peste, y nos maldecía, y á nuestros padres, y á los huesos de nuestros abuelos, y á la tierra que nos engendrara y al pan que comiéramos y á las sombras que nos cubriesen! Después, en la calle tenebrosa, dos canes nos siguieron largo trecho, ladrando lugubremente.

Volví al *Hotel del Mediterráneo*, ahogado en nostalgias de mi risueña tierra: los goces de que me veía privado en esta lóbrega, enemiga Sion, hacíanme ansiar más inflamadamente los goces que me gabría de dar la fácil, adorable Lisboa, cuando, muerta tití, yo heredase la sonora bolsa de seda verde! Allí no toparía, en corredores sin salida, con una bota severa y bestial! Allí ningún cuerpo bárbaro huiría, con lágrimas, á la caricia de mis dedos. Dorado por el oro de tití, mi amor no sería jamás ultrajado, ni mi concupiscencia jamás repelida. Ah! Dios mio! Si yo lograse por mi santidad cautivar á tití..... Y á seguida, apechugando, escribí á la hedionda señora esta carta tiernísima:

«Querida tití de mi corazón!

Cada vez me siento más virtuoso. Y lo atribuyo al agrado con que el Señor está viendo esta visita mia á su santo sepulcro. Paso la noche y el día pensando en su divina Pasión y en tití. Ahora mismo acabo de llegar de la Via Dolorosa.

Ay! Estaba conmovedora! Es una calle bendita, tan bendita, que siento escrúpulos al pisarla con mis botas: hace dias no pude contenerme, me agaché y besé las piedras y el polvo. La noche de ayer la he pasado rezando á Nuestra Señora del Patrocinio, que todo el mundo en Jerusalén respeta muchísimo. Tiene un altar muy lindo, aunque á este respecto sobrada razón tuvo mi buena tía cuando dijo que en achaques de fiestas y procesiones nadie aventajaba á los portugueses. Pues esa noche, así que me arrodillé delante de la capilla de la Señora, después de seis Salves, me volví para la imagen y le dije: Ay! si me fuera dado saber como está mi tia Patrocinio!... ¿Quiere tití ver confirmado esto? Pues diga: la Señora, con su divina boca me dijo, palabras textuales, que escribí para que no se me olvidaran, en el puño de

la camisa: Mi querida ahijada está bien, Raposo, y espera hacerte felíz, Esto no es un milagro extraordinario, por que aquí me cuentan todas las familias respetables á cuyas tertulias acudo á tomar el té, que la Señora y su divino Hijo dirijen siempre frases consoladoras á los que vienen á visitarlos. Mi compañero alemán, que, como dije á titi en mi carta de Alejandría, es hombre de mucha religión y muy sabio, consultó los libros que trae y me afirmó que podía adquirir ciertas reliquias para titi: unas pajas del pesebre y una tablita cepillada por San José. Mi compañero alemán dice, que, según está probado, San José cepillaba tablita en sus horas de ocio. En cuanto á la *gran reliquia*, la que le quiero llevar para que cure de todos sus males, para dar la salvación á su alma y pagarle así todo lo que le debo, *esa espero en breve obtenerla.* Por ahora nada puedo decirle. Recados á nuestros amigos, en quienes siempre pienso y por quienes rezo constantemente, sobre todo, por nuestro virtuosísimo Casimiro. Y Vm., titi, dele su bendición á su sobrino muy fiel, que mucho la venero y está consumido de nostalgia y desea su salud.—*Tehodorico.*—P. S. Ay!, titi, que asco me ha producido la casa de Pilatos! Llegué hasta escupirla! Ya he dicho á Santa Verónica que titi tiene mucha devoción por ella. Me pareció que la Santa Señora quedó cautivada por la noticia... Es lo que yo le digo aquí á todos estos eclesiásticos y patriarcas:—«Es necesario conocer á titi para saber lo que es la virtud!» Antes de desnudarme, pegué la oreja al tabique de los ramajes azules. La inglesa dormía, insensible, serena: yo murmuré, crispado el puño:

—Bestia!

Luego busqué el envoltorio de Mary, y le dí un largo, tiernísimo beso.

Al amanecer del siguiente dia partimos para el devoto Jordan.

EÇA DE QUEIROZ.

(Continuará.)

REFLEXIONES SOCIOLOGICAS

SOBRE LAS

CAUSAS DE MORTALIDAD EN LA HABANA

Excmo. Señor y Señores:

En los dias de la adolescencia, en esos dias generalmente colmados para todos los hombres, por las emociones más puras y los más gratos ensueños, dejábamos el suelo de Cuba llevando en la memoria recuerdos tristísimos y en el espíritu dolores inefables.

Indigente en los albores de la vida, contemplando el porvenir como Dante la selva obscura, sin encontrar en el agrio camino un Virgilio que suavizara las ideas y sin tener una Beatriz que endulzara el corazón, las esperanzas consoladoras pasaban por el cerebro «como fugaces exhalaciones por las tinieblas del alma.»

Destruido el hogar; dispersa la familia; pasando sobre los seres queridos vientos infiltrados de angustias y miserias; solo en medio de los hombres; vagando de un país al otro, demacrado y enfermo; conservando la energía moral entre las angustias del alma y casi agotada la energía física por el veneno palustre, parecía que el mundo faltaba á nuestros piés, y sin embargo el sol esplendoroso, cada mañana, bañaba la tierra que la primavera vestía con flores; había seres felices que gustaban de la vida por que la muerte era solo una compensación natural y, entre ambos extremos, la labor humana continuaba incesante y fecunda.—El dolor personal era un eco perdido en el concierto armonioso de

la humanidad.—El pesimismo dolorido no es el que engendra las grandes energías; vivir contemplando el pasado sin curarse del porvenir, es perder el presente y perecer aniquilado en el choque del momento. Es preciso entrar en la lucha y tomar puesto en la contienda humana.

Por este orden de ideas sacudimos, arrojándolas de nuestro espíritu, las debilidades del adolescente para entrar en la juventud, reconstituido el cuerpo y un tanto disciplinado el entendimiento.

Buscando aptitudes para las luchas de la vida, penetramos en los campos donde germinan y florecen las ciencias que se ocupan de conservar la salud y alargar la vida.

Al retornar á esta tierra en que hemos nacido, auras de paz refrescaban el suelo calcinado por la pasada contienda, y la violencia dejaba su lugar legítimo al andar evolutivo de la naturaleza.

Como esos átomos disueltos y esparcidos en las masas de los líquidos que con tiempo y reposo suficientes, se atraen, se reunen y cristalizan, así veníamos buscando los que nos eran afines para cristilizar de nuevo en esa hermosa unidad social que constituye la familia. Confortado el espíritu al calor de los afectos que parecían más vivos entre los relatos de pasadas vicisitudes, renació vigoroso el esfuerzo personal; se reconstituye el hogar y sus puros placeres ungen, de nuevo, las frentes con el bálsamo de la felicidad, porque palpita en las conciencias, como un principio de moral humana, que los hombres como los pueblos solo se unen por lazos de confraternidad y amor.

Pero como un conjuro del pesimismo ascético que declara no haber felicidad en la tierra, el fantasma de la muerte viene á nublar de nuevo el cielo de las primeras alegrías.—Ya no era el hombre el que aniquilaba al hombre; el reinado lento y cruel de las infecciones cortaba el hilo de la vida al ser más querido del corazón, dejando en su lugar duelos y làgrimas.—Y arrastrado por los deberes profesionales en todas partes contemplábamos el mismo espectáculo: parecía que un dios iracundo, enfurecido por el armonioso concierto de las artes de la paz, abría, como Eolo, las cavernas de los vientos emponzoñados, para tronchar en flor la generación que nacía azotada por el tétano que martiriza, la difteria que ahoga, la tuberculosis que consume, la viruela que descuartiza la piel, las fiebres que amarillean, el alcoholismo que

degrada, la prostitución que envilece y destruye la sociedad bajo la pesadumbre de los impuros goces materiales.

La tradición paradisiaca condena al hombre á ganar el pan con el sudor de su frente, pero le declara rey de la naturaleza; la observación científica le considera un mamífero bimano pero le dá por corona esa masa nerviosa en donde un fuego divino mantiene en encendidos átomos las ideas.—Y todo tiene en el Universo su peso y su medida: el huracán que empuja, el torrente que se desborda, el fuego que consume, la electricidad que vuela; todas las fuerzas naturales pueden refrenarse porque pueden medirse, pero cuando hierve el volcán del pensamiento ¿quién medirá la fuerza de una idea?

El mundo es de los que piensan!

Las señales son evidentes, por todas partes nos enseñan que el hombre debe poseer la tierra y, sin embargo, aquí no la poseemos todavía porque aún nos ahoga y nos consume con sus miasmas sutiles y mefíticos.

Dios entregó el mundo á las disputas de los hombres, pero no es el hombre pasto inerme á las causas evitables de la mortalidad.—Debemos poseer la tierra de un modo más cómodo, más agradable y más útil.—No está, pues, fuera de lugar, que disputemos un poco sobre las causas de la mortalidad que nos diezma y que procuremos investigar sus orígenes.—A grandes rasgos, por supuesto, que ni hay tiempo para más ni yo pretendo abusar de los que me dispensan el honor de oirme por deferencia á esta Academia y no, ciertamente, por el disertante que ocupa esta tribuna en virtud de un mandato reglamentario, nunca por vano propósito de pública ostentación.

***

Las enfermedades que sufre la especie humana pueden considerarse comprendidas en tres grupos fundamentales, á saber: enfermedades por trastornos de la nutrición; enfermedades por trastornos de la inervación y enfermedades infecciosas.—Abandonemos por ahora los dos primeros grupos, no porque estemos desarmados para prevenir su aparición prematura, pero dados nues-

tros hábitos y costumbres aparecerían como exigencias extremadas los preceptos que la ciencia impone para estos casos, y quedémonos solo con el tercer grupo: las enfermedades infecciosas, que por su naturaleza se las designa con el nombre de enfermedades evitables.

¿Cómo se originan estas causas de mortalidad, las más comunes y las que mayor número de víctimas ocasionan?

Antiguamente las vicisitudes atmosféricas engendradoras de constituciones pestilentes, con los dejos del pasado ontologismo, servían para explicar sus orígenes; más tarde las influencias siderales, los terremotos, los volcanes en erupción, y casi en nuestros dias el ozono y la electricidad atmosférica sustituían aquellas explicaciones, para ser destronadas á su vez por sustancias químicas originadas en la descomposición de organismos vegetales y animales.

Se apreciaban las cosas por sus apariencias, sin investigar su naturaleza.

A ese orden de ideas deductivas sucedieron los trabajos experimentales de Pasteur sobre la generación expontánea que cimentaron la fecunda teoría del pansperismo, y el histórico y trascendental descubrimiento de Davaine, quien al estudiar la sangre de los animales atacados de carbunclo, comprobó la presencia constante de vibriones inmóviles á los que dió el nombre de bacterídeas.—Sus investigaciones le demuestran que la sangre fresca que contiene bacterídeas inoculada á los pequeños mamíferos, trasmite la enfermedad, propiedad virulenta que se pierde cuando la putrefacción hace desaparecer los vibriones ó cuando la misma sangre fresca está exenta de ellos, pero si están presentes, la enfermedad se trasmite indefinidamente de uno á otro animal. —De estos hechos se dedujo lógicamente que la bacterídea es el agente de trasmisión del carbunclo y que existe una relación constante entre ella, la inoculación y el desenvolvimiento de la enfermedad.—Comprobó además que la pústula maligna del hombre era una variedad del carbunclo porque contiene la bacterídea y produce, por inoculación, la sangre de bazo en los animales.— Este verdadero iniciador, esclareció de una manera precisa la etiología y el medio de contagio de las enfermedades carbunclosas; es decir, demostró la causa específica.

Continuadas estas investigaciones por Pasteur, todas las ideas

de Davaine fueron confirmadas con una precisión en las experiencias y un rigor en el método que han hecho infructuosos los ataques apasionados y han vencido las grandes resistencias tradicionales.—Y trás el carbunclo vinieron el cólera de las gallinas, el rouget de los cerdos, el muermo de los caballos, la tuberculósis, la fiebre tifoidea, las septicemias y otras muchas, que han ocupado puesto legítimo en el gran proceso de las infecciones, dando por resultado el sentar sobre bases indestructibles, que en las enfermedades infecciosas la expontaneidad morbosa no existe: donde aparece una infeccién coexiste con ella, como factor primordial, un agente infectante que la produce, microbio ó bacteria que encuentra medios para vivir y desarrollarse en el organismo que ataca; parásito que le invade y á sus expensas evoluciona trostornando su funcionamiento normal de tal manera, que á veces ocasiona la muerte.—La infección es pues, como dice Bouley, la función do un microbio.

Generalizando, podemos afirmar que las enfermedades que se clasifican en el grupo de las infecciones tienen todas una causa específica, conocida y perfectamente comprobada para muchos casos, que produce sus efectos en determinadas condiciones, ya porque éstas activen la virulencia de los gérmenes, ya porque aumente la receptividad en el organismo humano.

La ecuación patalógica es, pues, muy sencilla: dado un elemento infectante en funciones de virulencia sobre un organismo receptor en condiciones apropiadas, la enfermedad aparece necesariamente.

Pero frente á la patología que define y procura curar las enfermedades, está la Higiene que las previene y las evita, constituyendo así el bello ideal de la medicina. De la ecuación patalógica se deriva la ecuación higiénica; dado un elemento infectante en función sobre un organismo receptor, evitar la actividad virulenta de aquél y las condiciones de receptividad de éste.

Resuelta esta ecuación en la práctica, las enfermedades infecciosas no aparecen, es decir, que son evitables y para ello están, por una parte, las medidas higiénicas que con su poderosa virtualidad sanean y embellecen los lugares destruyendo ó haciendo inofensivos los micro-organismos patógenos, por otra las que aumentando las resistencias orgánicas evitan la receptividad, y que

han tenido su orígen en los descubrimientos científicos más grandes del presente siglo; descubrimientos cuyo pedestal lo forman la atenuación de los vírus y las vacunaciones preventivas y sobre el cual se levanta como un dios humano la figura inmortal de Pasteur.

Sentados estos principios fundamentales veamos nuestra manera de morir y tomemos para ello el año que acaba de pasar, el de 1892. Y tomemos este solo, por que él como cualquier otro, es suficiente para dar relieve á los hechos que es preciso remediar, y limitado de este modo el asunto se hará más breve esta árida disertación.

Conviene advertir que nuestros datos tienen una exactitud relativa, porque la organización formal de la estadística sanitaria y de mortalidad no existe entre nosotros y sólo se encuentran tablas obituarias debidas á la labor personal y privada.

La mortalidad general en la ciudad de la Habana, única que puede apreciarse con alguna exactitud, para el año de 1892, alcanzó la cifra de 6882 muertos por toda clase de enfermedades y accidentes.

De éste número total corresponden á las enfermedades evitables los siguientes:

Tuberculósis de todas clases.....	1530
Fiebre amarilla.....	363
Fiebre tifoidea.....	843
Fiebre perniciosa.....	155
Otras fiebres de orígen palúdico incluyendo la de boras.....	119
Caquexia palúdica.....	12
Fiebres septicémicas.....	65
Difteria.....	84
Rabia.....	3
Muermo.....	20
Lepra.....	18
Cancer.....	203
Tétano infantil.....	256
Tétano traumático.....	26
Atrepsia.....	139
Al frente.....	3836

Del frente.....	3836
Enteritis coleriforme.....	173
Otras enteritis.....	503
Alcoholismo.....	64
Intoxicación tebaica.....	23
Suicidios.....	48
Homicidios.....	22
Sífiles.....	16
Total.....	4185

No se incluyen aquí, para evitar que se nos acuse de exagerados, otras cifras que con cierta legitimidad aumentarían el total, como son las que figuran en las estadísticas bajo el rubro de «otras afecciones del hígado» en su gran mayoría de orígen palúdico ó alcohólico y que dan 139 muertos; y las meningitis frecuentemente de naturaleza tuberculosa, que arrojan una mortalidad que alcanza á 199.—Por otra parte, en el año de que tratamos, la viruela no ha venido á aumentar el total general de la mortalidad, gracias al método preventivo jenneriano que se ha difundido con laudable actividad, aguijoneando por el recuerdo de las epidemias mortíferas que hace poco tiempo nos azotaron.

Resumiendo tenemos que la mortalidad general en la Habana durante el año 1892 fué de 6882 y de este número corresponden á las enfermedades evitables 4185, que deducidos del total resta 2697 defunciones.--No pretendemos que se evite la muerte de un modo tan absoluto, pero es legítimo aspirar á que la mortalidad por infecciones se reduzca en un cincuenta por ciento, aspiración que está dentro de los límites de las cosas posibles y que si se hubiera realizado el año pasado daría á la ciudad de la Habana, en números redondos, 2093 habitantes más de los que actualmente tiene, y en diez años aumentaría su población con veinte y un mil próximamente.

Consideremos ahora, esta cuestión bajo el punto de vista económico, y veamos á cuanto asciende el presupuesto de la mortalidad. La vida del hombre en su faz moral é intelectual no tiene precio, esto es indiscutible: todo el dinero de las naciones sería poco para pagar la existencia de los grandes hombres que le han dado su prosperidad y sus glorias. Pero independientemente de este aspecto, la vida humana tiene un valor, representa un capital,

de tal manera evidente que los Códigos lo reconocen y sancionan en todas partes y sobre ese hecho se basan las compañías de seguro sobre la vida.

Legítimamente, pues, podemos dar un valor á la vida humana.

Hemos dicho que la Habana pudo ahorrarse en el año pasado 2093 defunciones; suponiendo, como valor medio, para cada individuo $1.500, nos encontramos con que la ciudad ha perdido en 1892, $3.139.500; que en cinco años esta pérdida alcanza á $15.697500 y en diez, suma, en números redondos, la respetable cantidad de 32 millones de pesos. Esto sin contar los dispendios naturales que trae consigo toda enfermedad y que gravitan no ya sobre el individuo sino sobre el capital general de la familia.

De este modo se vé con la diáfana claridad de los números que los gastos ocasionados por las medidas de saneamiento, por grandes que sean las exigencias de la medicina preventiva, se resuelven á la postre en economías considerables para el capital social. —Así lo entienden y practican muchos pueblos cuyos presupuestos sanitarios alcanzan sumas enormes; ejemplos vivos que no necesitamos citar porque son bien sabidos de todos los que siquiera saben leer.—Si estos hechos son conocidos; si su demostración práctica es evidente; si sus positivos efectos no pueden negarse; si le interesan á todos los hombres, bajo cualquier punto de vista que desarrollen la actividad humana, ¿cómo es qué, entre nosotros parecen olvidados, hasta tal punto, que vivimos gimiendo y llorando nuestros muertos queridos, sin remediar esas penas destruyendo las causas que nos arrebatan los seres que más amamos en la tierra?

Se ha repetido muchas veces que aquí las poblaciones se construyen de un modo empírico; sin drenage en el suelo y sin ventilación apropiada en sus edificios y en sus calles; que la alimentación es un contrabando perpetuo de adulteraciones y sofisticaciones sin freno ni medida; que vivimos acumulando alrededor de las habitaciones, excretas de todas clases sin calcular que nos intoxicamos con nuestros propios venenos; que para remediar, estas y otras mil causas de insalubridad no se han emprendido obras formales de saneamiento, ni se ha formulado siquiera un plan general de reformas sanitarias que tienda á garantir la salubridad del suelo que habitamos, pero que esta apatía, más pro-

pia del pesimismo árabe que de la caridad cristiana, se debe considerar como un hecho fatal de toda colonización.—Y se ha aceptado como indiscutible, la mentira convencional, que da como insolubles los grandes problemas higiénicos en los países en que varias razas, en período constituyente, pugnan por adaptarse entre las costumbres primitivas y los hábitos de la cultura civilizada.

Pero esto, Señores, no es exacto entre nosotros; y basta para demostrarlo estudiar ligeramente el medio social en que vivimos, que él, además, si levantamos el entendimiento sobre las preocupaciones y los prejuicios humanos, nos dará la clave de estos males que nos aniquilan.

Es afirmación bastante generalizada que en la zona intertropical el europeo sólo puede existir en condiciones artificiales de vida, al abrigo de los elementos del clima, de modo que el inmigrante que solo cuenta con el trabajo manual para luchar por la existencia no puede competir con el indígena adaptado al medio en que ha nacido, por lo tanto aquel no puede colonizar sin el concurso de éste que se encuentra protegido por sus condiciones antropológicas.—El estado natural del europeo que coloniza, debía ser, según esto, el de minoría privilegiada.

Este principio que parece ser un hecho comprobado en algunas colonias, no tiene aplicación entre nosotros.

La Isla de Cuba desde el punto de vista de su colonización presenta caractéres que le son propios.

El primer hecho culminante, y que destruye por su base la afirmación que hemos apuntado, es, la desaparición rápida de la raza indígena ante la posesión de la tierra por la raza europea que arraiga y se propaga; y si es verdad que en las primeras luchas por la adaptación al clima se introdujo, sin método ni plan, la raza negra y se la esclavizó para que labrase la tierra, sin embargo el blanco prospera y se multiplica con todos los caractéres de sus progenitores, y cuando surge el conflicto entre las dos familias afines, la nacida *in situ* de los primeros colonos ya propagados y que forman el núcleo fijo de población y los que llegados luego se creen por este hecho privilegiados, partiendo de un principio de colonización erróneo en este caso,—una guerra de diez años arrasa el país dando como resultado sorprendente la desaparición de la esclavitud y el brote vigoroso de la riqueza

pública. Y á través de todas estas convulsiones sociales aún subsisten, en familias numerosas, los oriundos de los primeros conquistadores, conservando la fortaleza física y la actividad cerebral en igual grado que aquellos que mejor hallados ó menos audaces germinaron en la madre patria.

No es por tanto exacto para la colonización española en Cuba lo que algunos tratadistas sostienen como principio general: aquí el indígena no existe, y las razas inferiores que le sustituyeron, después de fertilizar el suelo con el sudor de su frente, tienden á diluirse en la masa blanca, que predomina sostenida por su propia virtualidad y por una inmigración constante con tal fuerza de adaptación, que resiste á las mayores imprevisiones.—El ejemplo es bien conocido, la fiebre amarilla, que es una enfermedad evitable, diezma constantemente la inmigración blanca, hasta tal punto que un cálculo aproximado nos lleva á apreciar la mortalidad por esta sola causa, en el período de los treinta últimos años, en cuarenta mil defunciones para toda la Isla. Y á pesar de esto, esa inmigración subsiste y arraiga y prospera, y sería más numerosa si causas de otro orden, que no son para tratadas en este lugar, no desviasen su corriente hacia otros países.

El problema de la adaptación está, pues, resuelto y no es en él sino en los defectos de raza y de educación donde hay que buscar la raiz de nuestra gran mortalidad; defectos que resisten todavía victoriosamente el desgaste de las ideas modernas, hasta el extremo de hacernos olvidar que las leyes determinantes de los fenómenos sociales son tan positivas como las que rigen la materia bruta, y que romper con las leyes biológicas es caminar derecho á la muerte.

En efecto, la nacionalidad de que procedemos se origina en un conglomerado de pueblos de origen celta, godo, latino y griego, que al procurar unificarse se mezcla con otros para surgir á la vido de nación única é independiente predominando en ella los elementos semíticos, presemíticos y berber.—Esta convergencia de razas tan diferentes y los hábitos adquiridos durante siglos en que la ocupación primordial y casi única del pueblo español fué hacer la guerra, con otros factores que no es preciso enumerar, dieron como resultado, los rasgos característicos del tipo étnico que aún hoy día predomina, y que, como es natural, pasó los mares para poblar las colonias americanas donde se reprodujo con todos los caracteres que le son propios.

Endurecido en el constante batallar, conserva un espíritu intolerante y levantisco, que todo lo fía á los ardides de la guerra y á la pujanza de su brazo; la ufanía de sus grandes victorias le hizo altanero y desdeñoso, creando ese personalismo que convierte en altercado todas las controversias porque el estímulo del contrario razonamiento, despierta la iracundia de un amor propio ciego y agresivo.

El caballero de capa y espada que resuelve los problemas sociales, no por el estudio reflexivo y formal de las cosas sino confiado en las audacias y temeridades de su valor personal, vive aún en el fondo de nuestro ser como un atavismo que las influencias modernas no han podido destruir, ni siquiera borrar.

El otro factor de primordial importancia que contribuye á sostener ese estado anómalo, está la educación intelectual.—Los métodos de enseñanza, el escolar y el universitario, siempre teóricos, dan completo predominio á la cultura literaria sobre la científica. Se fabrican bachilleres enciclopedistas que conociendo solo el nombre de las cosas se consideran iniciados en la naturaleza de ellas y hablan con esa verbosidad abrumadora que el Profesor García Solá clasifica entre los estados patológicos con el nombre significativo de «palabrorrea.»

Olvidando que el tipo exterior de la belleza reside en la naturaleza y que la investigación de los hechos aviva la reflexión y madura el juicio, se fatiga la memoria con el estudio de los grandes modelos de la antigüedad, sin ahondar en las concordancias que en cada época tienen las manifestaciones literarias con el estado social, sino á la manera de esos disectores que á los cuerpos muertos dan artificios de vida, despreocupándose de las funciones que los órganos están llamados á realizar.

Andando por estos caminos llegamos á la juventud enamorados de los rotundos períodos ciceronianos; recreando nuestros oídos con los armoniosos exámetros de Virgilio ó con la sátira mundana de Horacio; consolamos nuestras penas con las elegías melancólicas de Oviedo ó recitando versos de Tíbulo; enardecemos el espíritu con los pensamientos atrevidos y la enérgica expresión de Píndaro; soñamos con los héroes de la Iliada: el fuerte con Ajax; el valeroso con Hector, el sentimental con la amistad de Aquiles y Patroclo.—Pero sabiendo cosas tan hermosas, ¡cuántos ignoran de qué se compone el aire que respiran y el agua que

beben y cómo germinan y crecen y fructifican las plantas que los alimentan!

Y en verdad que no son estas las condiciones más propicias para la investigación paciente y reflexiva, única capaz de diafanizar los secretos con que la naturaleza nos rodea, sino las más apropiadas para hacernos caer en la falsa suficiencia y en la inestabilidad de juicios, empujados por una excitación nerviosa que en todas partes busca contrario para la pelea, obscureciendo la concepción armónica del conjunto á que debe adaptarse cuanto existe sobre la tierra.

Y aún cuando el roce constante con otras razas, á que obligan la movilidad de la vida moderna y los intereses económicos, va desgastando la áspera corteza que nos es propia, con todo, la población crece con lentitud, esquilmada por las enfermedades evitables en sus elementos fijos y en los que periódicamente vienen de la Península trayendo con las personales, aquellas virtudes inherentes á todo emigrado: la laboriosidad y el ahorro; pero en cuyo organismo encarna, como un vicio de poderosa fuerza sugestiva, la idea del retorno al terruño paterno. Se emigra, en regla general, por interés propio, no para construir un nuevo hogar, más próspero y abundoso, en que se cobije la vieja familia.

De esta manera, obscurecido el concepto de permanencia absoluta, se hace difícil aceptar la utilidad de las grandes obras de saneamiento que la ciencia impone como necesarias á la conservación de la especie, porque faltan premisas—como la estabilidad, por ejemplo—para un juicio sintético en que la población aparezca como un organismo que se nutre y excreta, que respira y se asea; que necesita vigilar lo que come y lo que bebe; el aire que respira, el suelo que pisa, la casa que habita y todo, en fin, cuanto pueda perturbar sus funciones fisiológicas ó hacer incómoda y desagradable la vida de la comunidad.

Con aquellos caracteres étnicos y estos defectos de educación las clases cultas caen, una parte, en el pesimismo dolorido y enervante y sólo les falta el Corán para esperar la muerte como el árabe mahometano, y otra imaginativa y soñadora, acostumbrada á los períodos sonoros de los clásicos y al tallado artificioso y pulido de la construcción latina, tolera con desdén el lenguaje sencillo y prosáico de la ciencia cuyo tecnicismo desconoce, pareciéndole enfadosos y sucios sus procedimientos.

No se admite, ni se comprende, el cultivo de las ciencias por ese amor á la verdad que despierta la alta cultura intelectual, únicamente se va á ellas tras el lucro que pueden producir. Así al químico se le considera como un fabricante de pócimas y de ungüentos; al matemático, como un calculador del tanto por ciento; al médico, bueno para quitar dolores ó para cortar miembros; al abogado para cobrar consultas en litigios por intereses ó cuando más, para pronunciar oraciones forenses.—Con semejantes conceptos de la vida caminamos á la muerte. Arrastrados por el impulso de estímulos fantásticos pretendemos subir más allá de las alturas posibles para descender, como Icaro, derretidas las alas de cera al calor de la realidad.

Después de cuatro siglos, cuando celebramos el cuarto centenario del descubrimiento de la América, parece llegada la hora de pensar sériamente en el fomento y unidad de la población y en el desarrollo de las grandes cualidades que nuestra raza posee, aleccionándola en las enseñanzas de la ciencia moderna para matar la neuropatía social que nos hace vivir de ilusiones y nos lleva, cuando la naturaleza con sus leyes fatales nos acosa, á caer en la megalomanía de considerarnos los seres más grandes de la tierra. ¡Cómo si aún no existiera la sátira inmortal de Cervantes!

De otro modo, adormecidos por los defectos étnicos y los vicios de educación, continuará sorprendiéndonos la naturaleza, confiados é inermes; imprevisores, á fuerza de soñar con una virtualidad que no existe, nos aprieta, nos ahoga y aniquila esa mortalidad cada vez más creciente y que podemos y debemos evitar.

Con una población que produce y representa una riqueza pública relativamente grande; que posee un territorio tan feraz que á cada golpe de la ruda azada brota una espiga; con el mar por todas partes que nos envía de su seno la humedad que fertiliza y las brisas oxigenadas que renuevan, desinfectándola, nuestra atmosfera cuando el sol en el ocaso retorna de su cúpula con la tierra á la que vivifica inyectándole sus átomos de fuego; con estos elementos naturales, debíamos tener aquí la estación invernal más hermosa y más saludable de la tierra y á ella concurrirían, con los hábitos propios de su cultura y civilización, gran número de los que viven oprimidos por los hielos del norte, y no ser, como actualmente somos, una amenaza sanitaria para los pueblos que nos rodean y que con nosotros comercian.

Nos matan las enfermedades evitables por imprevisión de raza, por los defectos de una educación más literaria que científica, más imaginativa que práctica, y por la falta del concepto absoluto de la posesión de la tierra que habitamos.

Es preciso volver los ojos al medio social en que vivimos y que las Corporaciones llamadas á dirigir las corrientes científicas, estudien y resuelvan los problemas que someramente hemos indicado y que llevan en su seno gérmenes del porvenir de esta sociedad, si hemos de llegar, como aspiración suprema en un futuro de que podría ufanarse todo poder metropolitano, á constituir aquí un pueblo vigoroso, saludable, culto y capaz de poseer la tierra de un modo cómodo, agradable y útil, y no como ahora, consagrado á la muerte como pasto inerme de las causas evitables de la mortalidad.

DR. TAMAYO.

MANUAL DE ENSEÑANZA Y EDUCACION

PARA USO DE LOS

Maestros de las Escuelas Elementales á cargo de la Junta de Educación de la ciudad de New-York.

(CONTINUACION)

ARITMETICA

Recuérdese que contar no es sumar. Contar es designar los objetos numéricamente, uno por uno. Sumar es reunirlos en los grupos que se presentan, por una especie de salto mental. Los ejercicios señalados san tan claros de por sí, que ninguna dificultad puede ofrecer su ejecución y planteamiento. La lectura y escritura de los números debe hacerse hasta 1000, pero *sin tocar pae ra nada la numeración.* Es una enseñanza empírica, pero bien encaminada y sostenida.

En mi obra de aritmética—Parte del Maestro—se encontrarán multitud de combinaciones en orden á esa enseñanza.

El abaco—cuyo uso recomiendo con mucha insistencia—exige precauciones para su manejo. Al acto de contar, debe responder una realidad externa, percibida por el niño y en relación con ella: la realidad externa de cada cosa, objeto ó unidad. Sin este requisito, el contar es un mero ejercicio de palabras, que—adviér-

tase bien—resultará después, no inútil simplemente, sino dañino y perjudicial.

La suma es el resultado de la actividad mental que se ejerce sobre los objetos, en el sentido de su cantidad medida por números. Si este requisito no se cumple, la enseñanza no es propia.

Pero obsérvese que esta suma, al igual que los otros ejercicios, debe mantenerse en los límites señalados.

Antes que nada, es preciso ingerir en el ánimo la realidad de cada proceso operativo, para familiarizarse con la idea encarnada en aquel. Adquirido ésto, el progreso de la enseñanza está en ampliar las aplicaciones é ilustrar los mecanismos. Si el niño en el desarrollo de su propia vida personal, en todos sentidos, no se aparta de la ley del conocimiento, por qué hemos de abandonar tales vías, cuando se trata de la educación en la escuela y por virtud de la escuela?

Mis aspiraciones quedarán satisfechas cuando el maestro se penetre de estas ideas. El ha de ser el director y la guía en el trabajo.

La educación de su alumno no es el resultado de tales ó cuales medios por sí mismos; ha de ser su propia obra personal, hija de su esfuerzo y actividad. El maestro debe recencentrarse, antes que nada, en una cuidadosa meditación y escuchar los medios que le sugiera su propio pensamiento; fijar bien el estado mental de su discípulo; buscar en el proceso de los conocimientos aquella primera etapa de los mismos en que conviene colocar la mente de los niños, y una vez allí, con todas las condiciones posibles de verdad, expontaneidad y trabajo, hacer el viaje con su discípulo, al través de los caminos previamente señalados por el método.

Se trata de restar? Pues precisa que el niño se penetre de esta idea, como un resultado—que comprende—de quitar unidades de un todo colectivo. Este último es el minuendo. Cómo queda afectado y modificado éste, por efecto de las unidades que sustraen? He aquí lo que interesa dejar consignado y fijo.

Lo mismo de la multiplicación. Preparar las ideas y hacerlas evolucionar es único el secreto todo de la enseñanza.

Lecciones de cosas

En orden á las lecciones de cosas, objetos familiares é ideas de color, todo el secreto está en la distribución del trabajo, con el requisito previo de que no se trata de repetir vocablos, sino ingerir y sugerir ideas, buscando materia sobre que ejercitar cada niño, su propia actividad mental, bajo la dirección de un maestro. No conoce aquel la parte que este representa en la tarea. Tal reflexión compete á su maestro. Pero, entiéndase, que este ha de fijar bien el campo, ha de formar la atmósfera propia para la acvidad mental, ha de imprimir la direcoión y crear el movimiento.

Para evitar que las lecciones se concretan en mero recitado de palabras, es preciso observar que estas no han de darse todos los días. Nó: En el grado 5º por ejemplo, se fija todo el tiempo de un mes para tratar de la esfera, hemisferio y semicírculo.

Supuesta la buena presentación de cada uno de estos hechos—porque tales cosas vienen á ser las ideas para el discípulo—es preciso fijar bien los conceptos, de modo que se obtenga su naturalidad en la mente.

No debe perderse de vista que al final de cada enseñanza de fermas, es preciso que el discípulo pueda recorrer los distintos grados que le determina el texto. Señalarlas; citar objetos de aquella conformación; reproducir la forma en el papel ó por otro medio; dibujarla y finalmente describirla: esto es; concluir la enseñanza por el punto mismo en que nosotros en nuestra escuela queremos comenzarla.

Las lecciones sobre color no son posibles ni imaginables sin contar con el material. Búsquese este por cualquier recurso y después, síganse las advertencias fáciles y sencillas del Manual.

Tales lecciones deben aceptarse como un medio para desenvolver ideas, para fijar las que no son suficientemente claras, para faverecer el desarrollo y vigor de los sentidos y ensanchar la esfora de acción en el niño.

Es una verdadera enseñanza por el lenguaje mismo: esto es; así como nosotros buscamos la euseñanza por lo técnico de las

ideas, el manual se vale del lenguaje mismo para llegar á una idea; la que, después queda encerrada y como engastada en el vocablo que se requiere. Es una verdadera obra de arte, consistente en la asociación de un elemento inteligible—la idea—con un elemento sensible—el vocablo.—Encerradas habilmente las ideas en este último, por virtud de cierta fuerza expansiva de que se logra dotarlas, han de romper en su día la estructura que les contenía, dejando un reguero de luz en el momento de su espiritual estallido. El simil es exacto.

En cuanto á la elección de material, no aconsejo grandes exigencias. Hay que tomar lo que se encuentra. Si no existe en los establecimientos de enseñanza, búsquese en las papelerías, en sederías, etc., que prestarán el necesario contingente. Lo único que importa es empezar. Pero, recuérdese una vez y otra más: en estas enseñanzas los sentidos del niño van á ser asistentes curiosos de un espectáculo habilmente preparado y dirigido por el maestro. En breve, tales asistentes han de convertirse en espectadores. Este es el sentido de lo que empieza á llamarse método activo.

Objetos familiares

Nada podemos agregar al texto, que no esté consigado en las indicaciones generales sobre la enseñanza de objetos. Solo insistimos en la manera de *presentar*, en el acto de *descubrir*, y en el secreto de *hacer observar*. No se trata de un número determinado de preguntas y respuestas, sino en establecer ciertos hechos en presencia de la actividad mental del discípulo. La advertencia que finaliza el párrafo lo complementa de modo muy conveniente. Esto es lo que llaman en inglés *education by doing*.

Al hablar de objetos familiares es preciso no olvidar que aquellos no se consideran aisladamente y fuera del alcance de los sentidos. Son tres términos: la actividad de los órganos, el objeto y su correlación.

Lectura.—Palabras en grupos.

La denominación, palabras en grupos, está indicando el hecho

de su relación. De ésta depende la idea, cuya percepción por el niño ha de ser el término de la enseñanza.

Para advertir esta relación, en la forma inicial que esté al alcance del discípulo, el Manual aconseja con mucha habilidad colocar una misma palabra en distintos grupos.

Con este objeto pone los siguientes casos:

El muchacho tiene un trompo.

El muchacho puede bailar su trompo.

Puede gato bailar un trompo?

Qué pretende el Manual con esta colocación? El mismo modo material de agrupar llama enérgicamente la atención. La palabra trompo está en las tres formas. Pero, cuán distinto no resulta su sentido? En la 1ª hay una relación de pertenencia fácilmente perceptible para el niño. En la 2ª la afirmación de un hecho. En la tercera una pregunta de claro y fácil contenido.

Es preciso recordar que no es el libro de lectura el único medio usado en esta enseñanza: hay también la pizarra. Quiere decir: mientras que en nuestra práctica el libro es entidad muerta sin acción, ni vida, al contacto de los métodos que se aconsejan el maestro hace brotar la luz, surgir las ideas, lo que pudiera decirse: hacer hablar al libro.

Qué realizan nuestros niños cuando leen? Van emitiendo una sarta interminable de sonidos materiales sin efecto alguno de relación y dependencia.

Adviértase que una lectura, una página, un párrafo, constituyen una verdadera unidad orgánica; la de la idea que resulta de todas aquellas palabras. Pero dentro de esa unidad total, se resuelven otras tantas distintas unidades, que son las que incluye la frase, el modismo, la oración más ó menos sencilla, etc.

A modo que en un edificio, el crítico examina multitud de unidades en trabazón más ó menos inmediata, en la lectura hay que apercibirse de análogo proceso. Pero, cómo pudiera llegar la tierna mente del niño á un resultado que representa el término final de una obra complicada? Ah! es necesario educar la vista, aislar las partes, relacionarlas después lentamente, ir ensanchando el horizonte visual..... Ese trabajo de relación, no debe retardarse. Es más: no ha estado retardado un solo instante. El mismo elemento individual de cada palabra, vino, como elemento conocido, para el niño, en virtud de una asociación.

Una vez fijado lo individual, es preciso provocar sus relaciones.

El proceso que debe observarse resulta de estas mismas consideraciones. Las palabras están en el libro una después de otras formando hileras. Esta colocación no permite descubrir las relaciones. El maestro se apodera de las palabras y forma los grupos. Quiere decir: recoge los materiales y los entrega á su discípulo para que haga un compuesto único, total y verdadero. Este compuesto es la frase, la oración. Tomadas otras palabras, se realiza el mismo trabajo de composicíón! Pero muy luego, los distintos compuestos van entrando en juego para la unidad total de la lección. La marcha está matemáticamente señalada, y no cabe, sorpechar del resultado. No hay la ciencia de *ver*? Porque el ignorante y el sabio tienen ante su vista el mismo cuadro y mientras el unó vé un mundo de ideas, el otro guía sus ojos sin objetivo alguno? Pues es preciso enseñar á ver al niño.

Opere este fenómeno el maestro. Sus medios son la pizarra y el libro mismo. El espectáculo está en el libro, cuyas letras encierran multitud de distintos cuadros. El maestro provoca la dualidad y el contraste; lo que sirve para que vaya brotando lentamente la luz de las ideas. En breve, el libro se se inundará de luz. Cuando esto sucede el niño está leyendo.

Una escritora francesa, Mad. Pape Carpentier, en una serie de delicadas historietas, se refiere á un niño que interrogaba constantemente á su madre, sobre quien le hubiera dicho las cosas que le contaba. Y enterado de que era el libro, lo tomó entre sus manos y una y otra vez le hacía á este último la pregunta misma que á su madre. Pero el libro callaba, sin que el niño viera en él más que pintas negras y garabatos como patas de moscas. El niño fué á quejarse á su mamá de que el libro nada quería decirle ni contarle, en cuya situación de ánimo, la madre le descubrió que si tal quería que sucediera, era preciso que aprendiera á leer. La verdad de esta narración debe hacerse efectiva en la enseñanza. El uso de la pizarra—para provocar la dualidad y el contraste, según he indicado—debe irse alejando lentamente, hasta que el niño sepa *ver* en su libro, sin necesidad de aquel medio.

Siguiendo el ordén del Manual, hay que perseverar en el uso de la pizarra en relación constante con el libre, durante algunas semanas, á cuyo término el discípulo podrá leer nuevas lecciones sin necesidad de su previa lectura en la pizarra. Entonces es lle-

gado el momento de empezar una serie de delicados y bien engastados análisis sobre el libro mismo; por manera que la acción cambia solo de lugar.

En ese punto, no es el maestro, sino el niño mismo quien hace el artefacto de la oración y la frase, y en breve el espectador ha de convertirse en actor de su propia obra.

Cómo puede el maestro saber la forma de esta realización? Esta es cuestión de experiencia propia, de práctica. Pero ante todo, hay que poner las manos en la obra. Es de advertir que la condición primera para todo esto, es el libro; bien pensado, bien iniciado, bien realizado.

Estos líbros no existen entre nosotros. Salvo algunos esfuerzos como los del Sr. Eusebio Guiteras, en quien sería una injusticia y una ingratitud no reconocer brillantísimas dotes de escritor de libros de enseñanza, hay una carencia absoluta de todo género. ¿Quién de nosotros—los hombres de cierta edad—no recordamas la impresión de aquellos dias de colegio, en que con el libro de Guiteras en la mano, aprendimos á sentir sobre muchas cosas y sobre muchos hechos?

Valiéndonos pues del material mismo que poseemos, es necesario practicar los ejercicios á que alude el Manuel. No me es posible exponer reglas ni hacen tampoco falta en lo absoluto. El que tenga buena voluntad, en el libro de lectura de su discípulo encontrará lo necesario para una obra de provecho. Todo el trabajo consiste en una especie de disección, de anatomía de las ideas; trabajo que debe realizar primero el maestro, para que después bajo su dirección, sea capaz de realizarlo el discípulo.

En este sentido todo maestro debe considerarse en aptitud de hacer un libro de lectura, ó bien, haber manejado los agenos, con tal cuidado y estudio, que se haya asimilado su plan y composición.

He aludido en otras ocasiones al uso del Diccionario. Insisto en este medio. Nosotros no conocemos el lenguaje de los niños, es decir, no sabemos el capital de circulación que tiene un niño en orden á su vida espiritual y á la expresión de sus ideas. En más de un caso, estoy seguro que muchos maestros estarían en el aprieto mismo que sus discípulos, para encontrar ciertas palabras que se exigen.

El Manual no olvida la práctica de los sonidos elementales.

Los maestros en Cuba necesitan hacer un esfuerzo para penetrarse de la importancia de la pronunciación.

Cuando hablo de este punto, no me refiero á ciertas deficiencias, que entraña tal vez el clima y algunas circunstancias de localidad. Por otra parte, las provincias mismas en España y aún aquellas que parecen hablar con mayor corrección, están muy lejos de ser agenas á ciertas modalidades viciosas de lenguaje.

Pero insisto en que descuidamos por lo general y lastimosamente ese punto. A cada instante pueden citarse, discípulos que el maestro señala satisfecho como una muestra que le enorgullece de su obra, y que cuando hablan, apenas si otras personas perciben lo que están diciendo, salvo su maestro, que, si no lo entiende, lo supone.

Hemos tombién advertido que todo lo expuesto ha de facilitar la obra de la ortografía, sobre todo, tratándose del castellano. Quien bien pronuncia y conoce las palabras en su total integridad, no está lejos de la corrección. Las listas de palabras vuelven á ser aquí una necesidad. Pero listas de palabras formadas por el maestro mismo, con el Diccionario á la vista, para hacer después la selección que á su práctica le conviene, extendiéndose hasta los signos de puntuación, que se relacionan por modo directo y enérgico á la clara percepción y enumeración de las ideas.

Adviértase también que el Manual condena, sin excusa, la práctica de seguir con el dedo la lectura, como esencialmente contraria á la distinción y percepción de las ideas, desde luego que desaparece la relación de las palabras para quedar solo el elemento aislado de las mismas.

Sentido de las palabras

Este es un capítulo de especial recomendación. Cuando hay textos apropósito para la lectura, es más fácil explicar la doctrina expuesta: cuando no los hay, el asunto si bien menos expedito, no es imposible.

No se trata de exigir á los niños definiciones ni explicaciones que son impropias: solo se quiere despertar su reflexión é iniciar su actividad mental, en orden á descubrir el sentido de lo que se lee.

El camino más corto y eficaz para el caso es hacer trabajar al niño en el uso práctico de las expresiones. El modo mejor de saber si conoce las espresiones, es ver que sabe usarlas en la práctica y la composición de las frases. Para este caso hay multitud de medios provechosos: dada la palabra completar el sentido, aplicarle un verbo, buscar á éste su sugeto, calificar un sustantivo &.

Véase uno de estos medios:

Una flota de.....
Una bandada de.....
Un corro de.....
Una manada de.....
Una cuadrilla de.....
Un ejército de.....
Un tropel de.....
Una muchedumbre de.....
Una horda de.....
Una banda de.....
Un cuerpo de.....
Una escuela de.....
Un emjambre de.....

Consúltense también los ejemplos que aduce el Manual.

Las palabras objeto del ejercicio, han de estar en los libros mismos. Por manera que, la práctica recomendada es un medio de llevar la luz allí, donde su falta, condenaría al niño á la oscuridad é ignorancia de lo que se lee. Esto es: los medios aconsejados lo son, en orden á la lectura misma.

Escritura

Nuestro modo de enseñar á escribir descansa en el hecho de que el niño no ha de aplicar la escritura, hasta que, concluído el aprendizaje, con una letra, más ó menos expedita, pueda descender al terreno de la aplicación.

Tan erróneo y perjudicial criterio se funda en un divorcio de la escritura con la lectura y de ambos con el sentido, expresión é inteligencia de las ideas. Aceptamos la lectura y escritura, como medios mecánicos, cuya posesión importa adquirir en primer lugar.

Como una y otra cosa, son signos, trazados previamente unos, ó que el discípulo ha de aprender á trazar, otras, creemos que esto es lo que interesa sobre todo.

Esta falsa vista, debe corregirse con la consideración de que unos y otros signos por sí mismos nada son ni significan: lo que trae la necesidad de considerarlos siempre en unión constante con las ideas. Por tal motivo, debe aprenderse á leer y escribir, á fuerza de interpretar lo leido y de saber el uso de lo escrito.

Es muy común en nuestras escuelas el hecho injustificable de encontrar discípulos que, logrando hacer la materialidad del signo, ignoran por entero su valor.

El uso exclusivo de los cuadernos de escritura produce tales consecuencias. El discípulo va entrando sucesivamente en series más adelantadas, sin que por una sola vez su atención se vea solicitado hacia al valor de los signos escritos. Es de advertir que en este caso, faltando la asociación, falta también uno de los elementos de la memoria y de la imaginación, y por tanto se dificulta la misma escritura en su acepción más material. Para romper con tales hábitos, es de pensar que consistiendo estos en dejar solo al niño, falta la relación con el maestro, de quien necesita el primero para realizar aquella especie de viaje que entraña toda enseñanza.

En la clase de escritura no debe faltar el pizarrón. Con su manejo debe hacerse las ilustraciones necesarias para ir familiarizando la vista con la forma de las letras. Además, en los pizarrines ha de hacerse la aplicación qué permita el grado de la enseñanza. Sea cualquiera el medio manejado para la escritura, la limpieza, la claridad en lo escrito, son factores que han de influir poderosamente en la enseñanza.

Aconsejo á los maestros, formar una lista de los ejercicios que se prescriben para cada grado. Con esta relación, fácil será tener una idea de la marcha general de la enseñanza; sujetándose á esta pauta, podrá evitarse un peligro muy común en nuestras escuelas: el de querer precipitar los pasos, comprometiendo los éxitos y, lo que es peor, dando margen á multitud de hábitos viciosos que afean la educación del niño y dejan hondas raices difíciles de extirpar.

Práctica de escribir palabras cortas tomadas de la pizarra. Esto anuncia con brevedad todo lo que puede realizarse en este

grado y la marcha que ha de seguirse. 1º Escribir el maestro las palabras en el pizarrón. 2º Hacerlas leer. 3º Ordenar su escritura en la pizarra de cada alumno.

El modo de tomar el lapiz y la colocación de la pizarra, con todo, de parecer detalles muy sencillos, entrañan difiultad y entorpecimiento. Para obviarlos, aconsejo la observación del maestro. Consulte consigo mismo lo que él practica para tal objeto y encamine con paciencia la práctica de sus discípulos.

MANUEL VALDES RODRIGUEZ.

(*Continuará*)

CRONICA POLITICA

Como era esperar, el alzamiento de los hermanos Sartorius en Purnio y en Velasco, ha sido, durante toda la primera quincena de este mes, tema de todas las conversaciones y de todos los debates de la prensa. El suceso no respondía á ningún plan concertado. En la Isla no contaron previamente los sublevados con nadie; y en cuanto al Partido Revolucionario, organizado en el exterior por la emigración cubana, tampoco autorizó semejante intentona, pues en un Manifiesto que acaba de dirigir *A Cuba*, y que ha circulado profusamente, consigna que, «cumple al Partido de la revolución, censor enérgico de toda rebelión parcial ó insuficiente, declarar que el alzamiento de Holguín, que á mantenerse en armas habría recibido su ayuda, como cualquiera otro por donde el país mostrase su deseo de ser libre, *no obedeció á orden ni consejo del Partido Revolucionario Cubano.*» Fué, pues, un movimiento aislado, que no salió de la comarca en que se produjo, y que en ella murió, por causas que están en la conciencia de todos.

A pesar de eso, la resonancia de los sucesos de Holguín ha sido considerable. En España los espíritus se impresionaron de manera extraordinaria. La ansiedad era visible en las esferas políticas. Creíase en ellas llegado el momento de librar la batalla decisiva para posesión de Cuba; y aunque el gobierno se disponía á realizar el supremo esfuerzo, pudo notarse que la opinión pública parecía resuelta á cumplir con el deber, pero sin las gran-

des esperanzas que en el período de la Revolución de Yara, alentaron á la Metrópoli en su lucha con la Colonia rebelde. La mayor conciencia que se tiene del derecho de los cubanos y de lo fundado de sus quejas; el conocimiento exacto de la penuria del Tesoro peninsular, que es el que esta vez tendría que hacer frente á los gastos de guerra; el malestar económico y político en que la Metrópoli se agita, todos esos factores influyeron, sin duda ninguna, en el estado de ánimo de los gobernantes, legisladores y periodistas de España, estado de ánimo que se caracterizaba por un inmenso sentimiento de tristeza.

No menos profunda era la que se notaba en la masa peninsular de esta Isla. Los que presenciaron aquella explosión de cólera con que en 1868 el elemento español respondió al grito de Yara, no han podido menos que recoger como un indicio cierto del cambio operado en aquel, durante estos últimos años, la psudente y mesurada actitud que ha sabido guardar frente á la sublevación de Purnio y Velasco. Un solo periódico intentó soliviantar los ánimos y recordar el lenguaje violento de la intransigencia reaccionaria. El clamor que levantó, le hizo bien pronto templar sus bríos. Fuera de esa excepción, todos los demás, aún cuando condénanse la rebelión, más procuraban tranquilizar el espíritu público, reduciendo su importancia, que despertar los antagonismos y exitar las pasiones. Ese lenguaje reservado de la prensa, correspondía á los verdaderos sentimientos de la gente peninsular, en cuyas indicaciones podía notarse el deseo de adivinar la gravedad de los sucesos, y penetrarse de la verdadera opinión del país, no tanto para oponerse á ella como para orientar la dirección de sus asuntos con arreglo á esa opinión. Un optimista hubiera podido pensar que, en realidad de verdad, la mayoría de los peninsulares lo que deseaba era saber si se había dado el grito de independencia con fuerza que bastante á conseguirla, para en ese caso asociarse á los que lo daban, ó no oponerse á lo inevitable y pactar con la solución llamada á triunfar.

No de otro modo debía, lógicamente, traducirse el lenguaje de muchos españoles que en los dias que mediaron entre el alzamiento y la presentación de los Sartorius, declaraban que ellos «seguirían la suerte del país; que si este quería la separación, no se opondrían á la voluntad de un pueblo, del que, en definitiva, formaban parte, en el que tenían sus bienes, habían creado su familia y nacido sus hijos.»

Pero si hubiera sido optimismo, quizás exagerado, fiar en que esas manifestaciones iban á ser duraderas, no es menos cierto que de su sinceridad en aquellos momentos no podía dudarse. Tal vez si la guerra se hubiera prolongado, los esfuerzos del gobierno hubieran despertado el espíritu de resistencia en las masas peninsulares de Cuba. Pero ese espíritu no apareció en parte alguna en los días de la sublevación, lo cual es un síntoma que no carece de valor, pues indica que se ha ido operando en la conciencia de aquellas masas un lento, pero eficaz trabajo, que la lleva al conocimiento de que más le conviene vivir con el país que contra él. Conocer la opinión del país era, por eso, el empeño principal de los peninsulares, que tanto por esa causa como porque así convenía á sus intereses, se abstuvieron de todo papel un poco activo en aquellos días de dudas y de alarma, dejando á los autonomistas operar en primera línea, y sintiendo verdadero regocijo al ver que éstos se desvivían por asegurar la soberanía española en Cuba.

No deja de ser significativa esta conducta de los elementos peninsulares. Poseedores hoy en gran parte de bienes inmuebles ¿acaban, acaso, por comprender que la mala administración metropolitana no permite el normal desarrollo de la fortuna del país? Menos trashumeantes que en los tiempos en que apenas contituían aquí familia, ¿influyen hoy en su ánimo los lazos de afecto que en Cuba han ido creándose, al punto de que es yá extraordinario el número de peninsulares casados en este país, no solo entre los acomodados sino aún entre los elementos de modesta posición? Por último, ¿son causas de su actitud benévola ó espectante, respecto á los ideales avanzados de los cubanos, las reiteradas declaraciones de los separatistas, que rectificando un explicable error de la pasada revolución, hoy se esfuerzan por demostrar á los peninsulares que no corren peligro sus intereses con la independencia; que á ellos, como á los nacidos en Cuba, pertenece el título y la calidad de cubanos, con tal de que los quieran y unan su suerte á la del país, del que según la última frase del Delegado del Partido Revolucionario son condueños por el nacimiento de sus hijos?—No es momento de indagar los motivos de semejante disposición de ánimo; lo cierto es que existe, y que su existencia tiene verdadera importancia, puesto que á todos conviene que los factores que más han de ifluir en la vida de la sociedad

cubana, es decir los cubanos y los peninsulares residentes en Cuba, lejos de tratarse con violencia rayana á la ferocidad, como en otros días agitados, se dispongan á estudiar friamente las causas que los han mantenido separados y á establecer lealmente una inteligencia, que tenga por bases el cumplimiento de la justicia en esta tierra y la garantía que todos hemos de encontrar en ella noble campo á nuestros facultades, al amparo de un régimen de verdadera libertad.

Esta impresión que se desprende de la actitud reposada y cuerda de los españoles aquí establecidos, es bastante consoladora para los que quisiéramos que *la población actual de Cuba,* sin distinción de orígenes ni antecedentes, se dispusiera á la realización del ideal persistente de nuestro pueblo, y en la mayor fraternidad emprendiera la obra santa de dar forma definitiva á las instituciones democrática que únicamente pueden amparar nuestros intereses de pueblo americano. Pero no está en su carácter consolador tan solo la importancia de ese hecho. Tiene también inapreciable valor el dato de que difiera esencialmente la actitud de las masas peninsulares de Cuba, con la del Gobierno de la Metrópoli. Mientras tanto, en efecto, que aquellas se esfuerzan por reducir los antagonismos y las violencias, este último no disimula su inclinación á la política del recelo y de las suspicacias. En las altas esferas gubernamentales de España, se ha evidenciado en estos últimos tiempos, un movimiento de retroceso en el cansancio de las reformas verdaderas. El partido liberal fusionista, no ha de dar paso de avance ninguno. Ya se anuncia que en los próximos presupuestos de Cuba se aumentan los gastos de la Sección de Guerra. De donde se deduce que el Gobierno Metropolitano en vez de procurar dar satisfacciones al país, que está agobiado bajo el peso de impuestos que no puede pagar, lo que hace es disponerse á abrumarlo todavía; y como tiene conciencia de que no ha de estar contento ni satisfecho, enviará más soldados de los que actualmente guarnecen la Isla, para mantenerla en obediencia por medio de las armás, ya que no se acierta con mejor procedimiento. Semejante política no puede ser del agrado de lss elementos sanos de la población peninsular, que trabaja y produce, y ve el fruto de su labor comprometido por los errores de la administración , la codicia de la burocracia y la devoradora exigencia del Fisco. Andando el tiempo ese divorcio de los penin-

sulares y el Gobierno, se acentuará más y más. Y cuando esto suceda ¿quién puede medir su alcance?

Al cabo y al fin, Cuba ha ganado mucho en razón y en consistencia, durante estos últimos cincuenta años. La Revolución resolvió algunos de sus problemas y dejó planteados otros con el carácter de urgentes. La Metrópoli se ha negado á reconocer esa urgencia, y de ahí que después de quince años de esperar y desesperar, aparezcan de nuevo, en forma apremiante, las reivindicaciones cubanas. Es un grave, gravísimo error, indigno de políticos que se precien de serios y previsores, desconocer que es natural que haya en el pueblo defensores de las soluciones extremas, cuando el Poder, sistemáticamente, rechaza las soluciones medias. Bien está que se recomiende como procedimiento preferible el de las reclamaciones por la vía parlamentaria y legal; pero cuando estas resultan á todas luces ineficaces, por tales ó cuales circunstancias, los pueblos, en todas partes y en todos los períodos de la historia, han apelado al procedimiento que ha resultado eficaz para remediar los males. Aquí la ley histórica y la ley natural, que quieren que las colectividades defiendan sus intereses como pueden, y no como desearían nada más, han de cumplirse, á despecho de toda voluntad contraria. Y los políticos que predican la doctrina de la resignación *quand même*, podrán acariciar un ideal muy noble, pero á todas luces impracticable, puesto que los pueblos que se resignan constantemente, se condenan al estacionamiento y á la muerte.

Por otra parte, la política evolucionista, está demostrando ahora mismo su inconsecuencia, su falta de fe en el procedimiento que recomienda ó su escacez de medios para aplicarlo. No parece bien á los evolucionistas que Cuba adopte temperamentos viriles, ni que desate los lazos que la unen á su Metrópoli. Por el contrario, le recomiendan que fíe en la acción legal y parlamentario. Pero á la vez que esto indican, abstiénense de un modo que merece las más enérgicas censuras, de utilizar conveniente y constantemente el procedimiento á que en teoría parecen dar la preferencia. Ahora mismo lo estamos viendo. La mayoría de los diputados evolucionistas está ausente del Parlamento. «Luchemos en los comicios, nombremos diputados. Y confiemos al esfuerzo parlamentario la defensa de los intereses cubanos.». Esto se dice para demostrar que el separatismo no tiene razón de ser.

Pero luego, los diputados electos se quedan en su casa, no van á las Cortes, y cuando lo hacen es de pasada, casi como por vía de paseo y de distracción. La historia parlamentaria del partido liberal cubano está esmaltada, aquí ó allá, de alguna campaña brillante; pero nadie puede señalar una acción política, tenaz, constante, contínua, como la de los irlandeses, por ejemplo. A esto se contesta, es cierto, diciendo que Saco ya había previsto y anunciado la imposibilidad de que Cuba tuviese diputados en las Cortes Españolas, que es muy difícil encontrar una docena de hombres en condiciones de talento y de fortuna suficientes para abandonar sus hogares y trasladarse á Madrid durante todo el tiempo que dure su mandato, para representar á su conciudadanos. Pero hay que convenir en que la objección no atenúa, sino agrava la conducta de los que fían el logro de su programa á un procedimiento que declaran inexplicable.

Crítica, muy crítica, es la situación de la Metrópoli. Allí surgen á diario incidentes gravísimos, que avaloran las respectivas posiciones de los grupos del Parlamento. El grupo autonomista, sin embargo, está ausente; no existe, puesto que los Sres. Labra y Moya, no bastan para constituirlo. Si la política parlamentaria vive de combinaciones, pactos y arreglos, ¿qué mejor oportunidad para realizarlos, que aquella en que los partidos van á tomar actitudes decisivas y necesitan de concursos? Pues á esa hora, cuando republicanos y monárquicos batallan rudamente en la Metrópoli, los que aquí combaten, porque no creemos en la eficacia de la representación parlamentaria de Cuba en España, no están en el Parlamento. ¿Compagínase esto con la sinceridad política? El país, mejor informado, algún día resolverá, y resolverá con la negativa.

Mientras tanto, tomemos nota de los sucesos que dan tono á la política cubana en la actualidad. Por un lado resulta que la sublevación de Purnio, iniciada inesperadamente y concluída de manera no menos inesperada, ha puesto en evidencia que la solución separatista no provoca ya en las masas peninsulares las cóleras de que fué objeto en otros días. Discuten la posibilidad ó conveniencia de su realización, pero ya no la juzgan condenable sin previo examen siquiera. Después, tenemos que esa disposición del elemento español de Cuba, habrá de acentuarse más y más cada día, á medida que los errores inevitables de la Me-

trópoli hagan á ese elemento más pesada la carga que ya juzga exhorbitante. Y por último, está claro como el día que, por esta ó aquella razón, la política parlamentaria viene á ser punto menos que impracticable para los liberales antillanos, cuya acción reformistas es casi nula en la vida pública española, lo mismo en la Metrópolí que en la Colonia. Con estos datos y con el conocimiento de lo que quiere y necesita realmente el país cubano ¿es temerario afirmar que estamos abocados á una profunda crísis, y que el drama insular se acerca al desenlace definitivo?.....

O mucho nos equivocamos, ó todo hace prever que así sucederá, para bien de Cuba, que necesita que en su escenario político se desarrolle acción más enérgica y provechosa que aquella en que desde hace quince años gasta inútilmente sus fuerzas y consume su vitalidad. No pretendemos ser profetas, pero esperamos mucho del patriotismo de nuestros paisanos, exitado por los sucesos recientes; y por eso, al lado de los que creen que la idea de constituir la patria cubana ha retrocedido en estos últimos tiempos, ponemos nosotros nuestra creencia contraria y nuestra esperanza en el porvenir, diciendo, como Martos en cierta ocasión y frente á ciertos vaticinios desalentadores: Dios sobre todo

JUAN GUALBERTO GOMEZ.

Habana, 31 de Mayo de 1893.

MISCELANEA

ACADEMIA DE CIENCIAS.—NUEVA DIRECTIVA.

Bien pronto cumplirá la Academia treinta y dos años de existencia, pues su fundación se remonta al 19 de mayo de 1861, tiempo sobrado para que conozca sus intereses y el espíritu que ha de regir sus actos.—En el nombramiento de la nueva mesa, se advierte en seguida el enlace de la tradición académica, en uno de sus más egregios representantes, el presidente actual señor Horstmann, y la transacción con el espíritu y las tendencias modernas, al dar asiento á su lado á los doctores Montané y Mestre. Así se paga también la deuda de gratitud que ese alto cuerpo tiene contraída con el doctor don Antonio Mestre, que en épocas difíciles y tristes, y en períodos más recientes y bonancibles, conservó siempre vivo el espíritu de la docta asamblea, que era en cierto modo, el espíritu del cuerpo médico del país.

Nadie con más títulos para ocupar la silla presidencial que por cerca de treinta años ilustró la noble y venerable figura del doctor Gutiérrez, que el doctor don Federico Hortsmann, socio fundador de la Academia, anatómico distinguido, maestro de muchas generaciones de médicos que aplauden su enseñanza y reconocen su civismo y virtudes.—El doctor don Emiliano Nuñez, vice-presidente, es un carácter enérgico y decidido, aleccionado en las tempestades del penoso y durísimo trabajo diario. Sus dotes especiales de práctico y su cultura son muy conocidas y apreciadas. Su nombre ha de pasar á la posteridad cubana, unido á los de la señora Santa Cruz de Oviedo, don Joaquín Gómez

y otros, en el monumento levantado frente á la costa y que domina el mar, hospital de caridad en que no se pregunta á nadie su origen, ni procedencia, obra del pueblo digna de los mayores encarecimientos, por sus sabias construcción y dirección.—El nuevo Secretario, doctor don Luis Montané, tiene toda la distinción, pulcritud é ingenio que caracterizan á la nación de que procede, y de la cual es, entre nosotros, el más bello ornamento. Médico y antropólogo, *causeur* infatigable y sugestivo, su pluma tiene toda la flexibilidad y elegancia y frescura de los maestros clínicos y literatos franceses. Es de los que creen que se puede escribir claramente y asistir á sus enfermos con todas las exigencias de la práctica y del arte.—El doctor Arístides Mestre, tiene más corta historia, pero sus merecimientos son innegables, y su elección acertadísima. Lleva al cuadro la hermosa nota de la juventud y el trabajo, del entusiasmo y del estudio bien aprovechado. Reemplazará dignamente al señor Montané, y más de una vez ha de hacer recordar la memoria de su padre. Trabajará por la Academia asiduamente en el puesto á que lo han llevado sus múltiples estudios científicos.—El Dr. Melero pertenece también á los socios fundadores de la Academia, y le están encomendadas la biblioteca y dirección del museo, que ha de enriquecer por el empeño que demostrará el erudito físico, antiguo y reputado director de *El Genio Científico*, periódico de seria vulgarización.—Al Dr. Riva, que permanece en el mismo cargo que tenía en la directiva saliente, debe mucho la Academia, y aparte de sus grandes merecimientos científicos, cuenta con el valiosísimo de haber levantado los fondos de la Academia; su gestión económica es tan celebrada como el desempeño de su misión clínica en las salas de enfermos del presidio departamental.—El Dr. Finlay, por sus conocimientos científicos y extensos y la posesión de varias lenguas extranjeras, por su seriedad, corrección y firmeza, ha de cumplir à satisfacción de todos las funciones que les están encomendadas.—El Dr. Finlay ha de aumentar las relaciones de la Academia.—Dirigirán los *Anales* el Dr. V. de la Guardia, que ha desempeñado la Secretaría con probidad y cultura. Muy conocido es su nombre y muy estimados sus trabajes. La clínica, la higiene, y de ésta muy especialmente, la demografía, son las bases que le han servido para formarse un nombre respetado y querido. Imprimirá á la publicación el sello de su laboriosidad y vastos conocimientos.—El Dr.

Rovira, que le acompaña, es un antiguo farmacéutico, catedrático renombrado de la Universidad, compañero de Vargas Machuca en el *Repertorio de Farmacia*, que hace algún tiempo publicaron. Con el Dr. La Guardia, mucho ha de hacer por levantar la publicación oficial de la Academia.

Esta es la nueva directiva, compuesta de hombres serenos, juiciosos, prudentes é ilustrados. La unión de personas tan distinguidas para las elevadas funciones de ese cuerpo en el entrante bienio, es presagio de que se ha de trabajar seria y constantemente. Buena época comienza para la Academia, y buena ocasión se ofrece á todos, ante la respetabilidad de la mesa y de unos hombres que tienen su ciencia y sus talentos bien probados, de realizar útiles y sólidos trabajos. Nosotros creemos que los señores electos han de corresponder á las esperanzas que en ellos fundan las clases científicas, que desean ver allí un ejemplo que imitar en la práctica y en la vida.

Al saludar á la nueva directiva, hacemos votos porque se consolide cada vez más el crédito de la sabia compañía.

G. A.

(*Revista de Ciencias Médicas*).

FE DE ERRATAS

Entre otras que se han deslizado en el artículo «Castelar y su obra» de don Nicolás Heredia, consideramos conveniente anotar las que se expresan á continuación:

Donde dice	*Léase*
todas las falsedades	todas las facultades
Pero el invento	Pero el intento
un doctrinario y un músico	un doctrinario y un místico
culpemos sí á sus idéologos	culpemos á sus ideólogos
se arranca con violencias	se arranca con violencia.

En la página 403, línea 17 dice, 1892, léase 1891; página 403, línea 21, dice, DES PLANTES léase DES PLANTES,

LAS EVOLUCIONES SOCIALES

En publicaciones recientes en esta REVISTA, he considerado la cuestión de razas humanas en sus relaciones con el desarrollo de la civilización en su conjunto y con sus tendencias á desviarla en distintas direcciones que prevalecen pro-tempore, pero que en resultados finales, sus influencias son restringidas y equilibradas por otras influencias inherentes á la naturaleza,—influencias que al parecer forman parte de un plano primordial ó sea providendencial del poder creador y gobernante del Universo.

Hemos aclarado que la frase *Raza Latina* no representa nada de la verdad con respecto á diferencias fundamentales y permanentes en las razas modernas.

Es un simple grito de guerra contra un tipo de la civilización que va rápidamente enseñorándose de todas las razas actuales; es la civilización intelectual.

Hemos señalado resultados inmediatos de la mezcla y de las acciones y reacciones de estas distintas tendencias en la civilización griega, con brillantísimos efectos; las tendencias de la raza ariana predominando en aquella mezcla y su fuerte desarrollo en los trabajos de Aristóteles y de sus contemporáneos y continuadores. También señalé como después fué dominado por las tendencias de la raza turana en el Imperio romano imprimiendo su sello profundo sobre el curso general de la civilización subsecuente.

Séame permitido en este artículo señalar una reacción notable por el elemento ariano y cambio radical en la dirección ó co-

rriente de ideas en el siglo XVI de nuestra era; uno de estos cambios tan radicales que marcan épocas en la historia de los hombres; cambios que significan las acciones y reacciones que ejercen sobre éstos, los objetos é influencias físicas y psíquicas que les rodean, amoldando y dirigiéndoles en su civilización progresiva.

Esta reacción fué introducida en Europa por la raza semítica, los árabes en su conquista y ocupación de España. El helenismo de Atenas y Alejandría reprimido y casi extinguido durante varios siglos, reapareció con los árabes españoles y Córdoba vino á ser con Cairo y Bagdad los centros más brillantes de la sabiduría científica en los cuales fueron elaborados los cimientos de las ciencias modernas, y de la evolución intelectual del siglo XVI en adelante.

Este cambio no era tan solo una variación en la dirección y fuerza de las ideas, sino también cambio completo de sistema en las prácticas que van alcanzando progresivamente todas las relaciones de la vida. Es una evolución psíquica que está causando mucha alarma en las clases conservadoras, por sus tendencias iconoclásticas y más todavía, porque su progreso acelerativo prueba que responde á necesidades de la época. Por consiguiente su permanencia hasta que alcancemos mayor grado de evolución está seguro.

Esta manera de presentar un cuadro de la historia en esqueleto, agrupando en el mismo las influencias formativas y exhibiendo sus tendencias y sus efectos prácticos sobre el bienestar y felicidad de las gentes, ha sido recibido con tanto favor, que en este artículo y en subsecuentes, trataré con la debida modestia que inspira un asunto de tanta importancia, de exponer como es, que dicha evolución y dichas épocas en la historia de las sociedades humanas son necesidades psicológicas que marcan el camino trazado para ellas por el creador del mundo; épocas análogas á las épocas fisiológicas en las vidas de indivíduos en su progreso desde la niñez, pubertad y madurez.

Señalé el fruto moral de doce siglos de un sistema de enseñanza, y un notable cambio reaccionario que alcanzó en más ó menos grado toda la Europa con excepción de España, que ha seguido después aunque lentamente. Indiqué en muy breves palabras el carácter de dicha reacción y las notables mejoras en la inteligencia y bien estar de las gentes que ha traido consigo, aumentados en al-

to grado en los países que más francamente las han aceptado. Sería harto provechoso relatar en seguida, como su antítesis muy acentuada, los continuados resultados del antiguo sistema, seguido sin variación, por los sucesores de Felipe II, de la misma dinastía Felipe III, Felipe IV y Carlos II, cuyo reino terminó la dominación de la Casa de Austria en España en el año 1700. Estos tres reinados incluyendo un siglo entero desde la muerte de Felipe II, eran dedicados con todo afán á continuar su obra de completar la expulsión de los moros, judíos y otros herejes de España.

Los resultados prácticos afectando los intereses materiales del país, nos han sido contados por numerosos historiadores españoles.

«Los moros eran muy diestros en todo lo que refiere á obras de agua.» (1)

»Excepto en la parte poblada por los moros, los españoles no eran inteligentes en el arte del riego.» (2)

«Restos de sus acueductos espléndidos aún existen.» (3)

«La cultivación de arroz, algodón y azúcar era limitado á ellos.» (4)

En fin los árabes eran los agricultores y fabricantes ó industriales de España, y su expulsión dejó muchos distritos despoblados, soledades que todavía no se han vuelto á poblar, excepto sea por el bandolerismo y contrabandismo.

«Declinó pues muy sensiblemente la vasta monarquía y callaron atónitos los historiadores, como huyendo de la necesidad de traer á la memoria, la veían y apenas creían. Enmudeció pues la historia de España en los dos reinados de Felipe IV y Carlos II, viendo continuada nuestra decadencia, hasta quedar España al nivel de los menos poderosos Estados de Europa.» (5)

Toledo á mediados del siglo XV tenía más de cincuenta fábricas de tegidos de lana y cien años después quedó con trece. Sevi-

---

(1) Campomanes, Apéndice á la Educación Popular. Vol. 3, p. c v 11 y vol. 4, p. 249.

(2) Circourt, Arabes d' Espagne. Vol. 1, p. 255, vol. 2, p. 12, vol. 3, pp. 162, 222.

(3) Hoskins, España. Vol. 1, p.p. 120, 125, 291, 292.

(4) Buckle. Civilización en Europa. Vol. 2, p. 52.

(5) Ortiz, Compendio de la Historia de España. Vol. 6, p. 1, prólogo.

(6) Uztariz, Teoría y Práctica del Comercio. Pp. 35, 36, 14.

lla en el mismo tiempo empleaba más de ciento treinta mil operarios fabriles y en el año 1700 tuvo menos de seiscientos.

A la muerte de Felipe II, 1598, la población de Madrid era calculada en 400,000 almas. En el año 1700 era reducida á 200,000.

Las poblaciones todas eran en la miseria general que alcanzó hasta el mismo palacio de Carlos II y tal era las dificultades en los cobros de la Hacienda que se apoderaron de todo el mueblaje y las camas de las familias y hasta los techos de las casas, vendiendo su material al precio que sea; así que á la muerte de Carlos II, (1700) dos terceras partes de las casas habían sido destruídas. (1)

A este estado el sistema eclesiástico militar llevado á su natural destino, había reducido el antes magnífico Reino de España.

Ceuta fué sitiada por los moros y el ruín material de España era tal que el gobierno no tuvo medios para defenderse y en vista de la probabilidad evidente de su reocupación por los mahometanos, la Francia, Inglaterra, y la Holanda firmaron un tratado en la Haya en 1698 para la partición de España dando al daufin de Francia el reino de Nápoles, la Lorena y los puertos de Toscano, Fingal y Guipúzcoa y al elector de Baviera todo el resto de España. Este tratado entre los tres poderes fué ratificado de nuevo en Londres en el año de 1700 y solo el testamento del Rey Carlos II, legando el trono al Duque de Anjóu, nieto de Luis XIV de Francia ha podido salvar España de la alternativa ó de ser reocupado por los moros ó sufrir dicha partición. Luis XIV aceptó el legado en favor de su nieto, quien ocupó el trono de España con título de Felipe V, primero de la dinastía de Borbón. Así el sistema impuesto á España por la casa de Austria terminó en su fin natural; pues el país le había secundádo con una ciega lealtad.

Dicho resultado es lo que siempre este sistema ha de dar de sí, y los españoles ilustrados ya tienen otros ideales. Un pueblo ilustrado por las duras lecciones de la historia, no se deja engañar màs por los mismos sofismas. Solo á los cuales dicha historia ha sido escondida, pueden ser incautados por los mismos errores.

Una de las lecciones de la historia más demostrada por los he-

---

(1) Alvarez Osorio y Redin, Discursos 1688 y republicados en Madrid 1775

chos, nos enseña que son los problemas fundamentales de la humanidad y solo ésta en su conjunto, puede resolver eficazmente, y esto en grados progresivos, conforme va alcanzando grados correspondientes de ilustración.

La historia nos ha contado que en todas las etapas de esta progresión han habido indivíduos preclaros que percibieron y proclamaron primero, los problemas que van naciendo sucesivamente de la matriz de la naturaleza; pero generalmente en formas no perfectamente definidas que adquieren después por evolución, su verdadera importancia.

Las soluciones oficiales de las cuestiones psíquicas, sociales y políticas han sido las pifias más completas que nos cuentan los archivos, y no obstante, persisten en repetir sus experiencias con el resultado de caer el pueblo en la apatía, que es la madre de la ignorancia; ambos son los mayores enemigos de la sociedad. Cualquier gobierno que pretendiese oponerse á la instrucción pública para monopolizar la opinión de un pueblo, no lograría sino cosechar calamitosos resultados.

«Ningún gran pensamiento moral podía tener su origen entre razas desmoralizadas por siglos de despotismo. En otras palabras, acostumbrados á instituciones que prohiben el ejercicio de las libertades individuales. (1)

Personalmente, mis estudios me obligan que no pueda resistir la convicción de que un Omnisciente, Omnipotente y Cariñoso Padre, tal como Jesucristo nos haya hecho conocerlo, no nos ha dejado abandonado y lo cierto es que ha tenido buen cuidado de asegurar el fin ó destino intelectual y moral de sus hijos.

En mi conciencia no tengo dificultad en conciliar con esta convicción la de dejar al indivíduo libre albedrío para que su proceder tenga mérito moral y le ha dado inteligencia para que conociera su deber é hiciera significativo su cumplimiento.

«El hombre tiene el libre albedrío para entregarse á la indolencia y al egoísmo, ó emplear sus dias en provechosos trabajos; libre para sumirse en la ignorancia y en la inacción servil, en la imbecilidad mental y corporal producida por su propio abandono, ó de adquirir por el trabajo honrado, una noble independencia; anhelar y buscar la instrucción como si fuera un tesoro ocul-

(1) Renan. Peuple d' Israel.

to y en la demanda, avivar sus facultades y vigorizar su entendimiento.» (1)

El hombre es libre para retardar ó acelerar su perfeccionamiento; pero no puede detener completamente la sociedad en su marcha destinada.

El progreso es estampado en los tableros de la eternidad. Ni el gran doctor del cristianismo, San Ambrosio, pudo encontrar razón más fuerte para sustentarla contra el paganismo defendido por Symmachus y el Senado romano, de la que aquel representaba el *progreso*. «¿No es verdad, pregunto, que el tiempo perfecciona todo?» «Al apuntar el dia no es la hora en que la luz está lo más brillante. Es conforme que el dia avanza, que la luz crece y que se aumenta el calor.» (2)

En su estado psicológico primitivo, el hombre está en posesión de los *órganos* de la sabiduría, pero no en posesión de ésta; pues es una cosecha que se logra solo por la observación y estudios sistemáticos durante largos períodos, de modelos que el Gran Artista del Universo ha planteado para este propósito. Digo que se ha dejado á el hombre solo aprender el uso de sus órganos y ponerse en harmonía con el mundo que aparece á la ignorancia de sus condiciones primitivas, nada menos de un caos ininteligible, un misticismo tan poderoso que su imaginación fantástica predomina sobre sus pobres luces.

Esta misma excitación de su imaginación en presencia de tantos objetos y movimientos misteriosos para él, es el mayor estímulo á sus deseos instintivos á comprender; y tan natural é inherente es este deseo, que desde los tiempos más remotos de que tenemos conocimientos, ha tenido el hombre la costumbre de llenar los huecos de sus conocimientos con fantasmas de su imaginación para servirle de teoría hasta alcanzar mayor ilustración.

El instinto de la conservación de su vida también era como todavía es, fundamental, mientras que por todos lados se encontró rodeados por peligros que le amenazaban aquella. A cada rato enfermedades pestilenciales le visitaron, sembrando la muerte en sus caminos, fenómenos que su miedo interpretaba de castigos de los espíritus malévolos; y aterrorizado por tantos enemigos de su vida que le persiguieron, como son el hambre, epidemias,

(1) Hugh Miller. Testimonio de las Rocas.
(2) San Ambrosio ante el Concilio Imperial de Valentino II.

terremotos, volcanes, tempestades, ciclones, fieras, serpientes venenosas etc. etc., su superstición subía y creyó ver en estos, las iras de seres sobrenaturales que él había ofendido. En su ignorancia no pudo levantarse hasta alcanzar el concepto de un mundo gobernado por eternas é inmutables leyes naturales, y en esta caótica confusión de apariencias amenazantes, comprendemos su urgente necesidad de formular una filosofía ó religión que le sirviera de consuelo en la forzosa ausencia de su exacta inteligencia.

En dicha importante tarea primitiva carecía de modelos excepto los que le proporcionó su fantasía de un mundo en que, al parecer de entonces, los hombres eran tan infelices, como los seres sobrenaturales eran poderosos.

Su religión formada bajo tales influencias, pobló los cielos con dioses caprichosos, apasionados y vengativos como los hombres; los aires con horribles dragones volantes y los rios, valles y montañas con las deidades y espíritus que conocemos en la mitología.

Su condición psicológica en presencia de su apremiante necesidad de formular su concepto de lo que es el mundo y de su propia relación con éste y de lo que todo éste significa como guía á su actitud para mejorar su suerte, era precisamente aquella que pinta Shakespeare en el apóstrofe de Hamlet al espíritu de su padre en su primera aparición á él, implorándole explicar los misterios de ultratumba que nos «*hacen tan horriblemente temblar* con pensamientos fuera del alcance de nuestras almas.»

De que todos los pueblos primitivos han adoptado la creencia en espíritus ó seres sobrenaturales como primer etapa en el desenvolvimiento de su inteligencia, abundantes pruebas se han acumulado en las obras de todos los historiadores y pensadores tanto sagrados y profanos.

Entre los modernos notables, los de Buckle, «*Historia de la civilización en Inglaterra*» Draper, *Desenvolvimiento intelectual de Europa.*» Scheffle, «*Estructura y vida del Cuerpo Social.*» Renán, «*Los Orígenes del Cristianismo*» y de Spencer, *Universo Social*, han ocupado particularmente de estas investigaciones y para abreviar mi referencia á esta parte del asunto no puedo mejor que citar unos renglones de este último. Dice:

«En todas las razas, desde la más baja hasta la más elevada, se ha hecho uso de estas explicaciones.» «En lo último de la escala humana, el Veddhas, piensan en los espíritus de sus antepasados

y de sus hijos, creen que el aire está poblado de espíritus, que toda roca, todo árbol, todo bosque, toda colina, en una palabra, todos los objetos de la naturaleza tienen sus *genius loci.*

«Los australianos creen que seres sobrenaturales existen en todas partes, pululan en todo el país, en las espesuras, las corrientes de las aguas y las rocas. Los Tasmanianos imaginan un ejército de espíritus malévolos y de trasgos malhechores frecuentaban las cavernas, los bosques, las hendiduras de las rocas, las cumbres de las montañas. «Los askantes creen que los espíritus de sus padres muertos les protegen con su vigilancia, y que los de sus enemigos son los espíritus malignos que les llevan desdichas. En una raza superior, los héroes de Homero ejecutan las hazañas atribuídas á la existencia de seres sobrenaturales que toman parte en el combate. Un Dios permanece al lado de Héctor y aparte de él la muerte. Menelao vence con auxilio de Minerva. Diómedes está sano y salvo porque un inmortal ha cambiado la dirección de la flecha rápida que iba á alcanzarla. Paris agarrado por su casco, hubiera sucumbido si Venus no hubiese apercibido en seguida del inminente peligro que le amenazaba, y no hubiese cortado la correa que sostenía él mismo para salvarle. Ideus se libró gracias á haberle Vulcano arrebatado.»

«Ya sea el Araucano quien reporte sus triunfos á su hada protectora, ya sea el jefe africano que cita Livingston, quien creía tener segura la muerte del elefante que atacaba vaciando su tabaquera como en ofrenda á Barnó; ya sea el Griego cuya lanza se hunde en el costado de un Troyano porque la guía la mano de una divinidad favorita; ya sea el angel benéfico del Indio ó el santo patrono del Católico.

«No debemos descuidar la prueba de que la conducta del loco trae consigo la creencia de que los espíritus ó apariciones divagan en torno nuestro. Creyeron que en el loco se había entrado y posesionado de él un espíritu malévolo.

«Concíbese fácilmente que esta manera de comprender la locura se haya conservado desde la Edad Media hasta la época en la cual el Canon 72º de la Iglesia se la apropió tácitamente prohibiendo la persecución de los demonios sin licencia especial. Esto ocurrió solo después que el desenvolvimiento de las ciencias hubo familiarizado el espíritu con la idea de que el estado mental proviene de las funciones nerviosas, que las causas físicas pue-

den perturbarse, cuando fué posible ver en las ideas sorprendentes del alienado, lo mismo que en sus pasiones extravagantes, otra cosa que la presión de ideas y pasiones de otro ser extra del suyo.

«El salvaje ó el hombre semi-civilizado está completamente incapacitado para concebir como ilusiones subjectivas, las visiones de un maniático.

«Hállase á una inmensa distancia de ello; ni su inteligencia, ni su lengua, ni sus conocimientos se lo permiten. ¿Qué debe deducir, pues, cuando observa que un maniático habla con furor á una persona que no vé ó tira un proyectil á cualquiera otra también invisible, pero como si quisiera cazarle?

«Todo ello lo hace el loco con terrible seriedad. Por sus gestos frenéticos, por sus miradas furibundas, por su airada voz, no puede dudarse de la fuerza de su creencia. Es, pues, evidente, que el loco está rodeado de espíritus malévolos; él los vé, pero los asistentes no los perciben, pero si algunos dudaran todavía de las existencias de los espíritus que el maniático vea, estarían pocos.

«De aquí, para el hombre primativo, una nueva idea digna de mención. Durante sus ataques, los locos se hallan dotados de extrema fuerza, bastante para luchar con muchos hombres. ¿Qué se deduce de ello? Que el demonio que se halla en posesión del loco tiene una fuerza excepcional.» Ahora.

«En lugar de *espíritu* leemos *agente sobrenatural*, y desde luego aparece igual la teoría del salvaje á los hombres semi-civilizados. El primer héroe conocido en Babilonia, Jadubar, fué castigado con una grave enfermedad por la Diosa Ishtar á quien había ofendido. Los judíos creían que la mudez y ceguedad cesaban cuando desaparecían los diablos que las causaban.

«Más tarde los Padres de la Iglesia afirmaron que los demonios enviaban las enfermedades.

«Lo que nos demuestra hasta qué punto se mantuvo esta clase de interpretaciones es que las gentes que carecen de instrucción todavía hoy, afirman que los hechiceros proporcionan enfermedades haciendo obrar los demonios, y hasta algunas gentes instruídas, favorecen esta creencia diciendo que las enfermedades son obra del demonio.»

Casi todas las religiones primitivas tomaron la forma de polyteismo que predominaron hasta el tiempo de Abraham, 1500 años antes de Cristo, cuando la raza semítica alcanzó el concepto del

Monoteismo. Aún entonces no había librado á su Dios del Anthropomorfismo. La psicología, que depende por sus conceptos, de las acciones y reacciones con el mundo material, no había podido separarse de sus modelos naturales que habían influído en la formación de sus conceptos.

Su Dios resultó, por consiguiente, ser un hombre gigantesco.

Con una sociedad así constituída, era fácil preveer que los más osados y de menos conciencia gobernaron y los más tímidos y honrados eran las víctimas de aquellos, que adquirieron fama de grandes hombres en proporción que emprendieron grandes crímenes contra la humanidad despojándolo como conquistadores etc. Así atribuir, como solían hacer en aquellos tiempos, á cualquier hombre que se distinguía, tener parentezco con Dios ó ser hijo de Dios como decían de los Reyes egipcios, asyrios y persas y de Rómulus, Alejandro, César, Platón etc., era consecuente con su filosofía como también eran los Apoteosis y Canonizaciones después de muertos.

Respecto á los atributos de sus Dioses sabemos muy bien hoy dia el proceso de elaboración de sus ideas en este particular. Procedieron de la base ó dogma, supuesto que han de ser omnipotente y omnisciente, ergo, así son; y todas las grandezas sorprendentes de la naturaleza, interpretaron como milagros obrados por sus Dioses para imponer á los hombres la creencia en el dogma fundamental. Todas dichas creencias de las diferentes formas del polyteismo se sujetaban rigurosamente á esta base común, pero dentro de esta forzosa sujección, cada nación ó municipio del paganismo tenía su Dios y sus creencias sobre cuya legitimidad y la verdad de sus creencias, no toleraba ninguna investigación.

Ni Platón en su renombrada obra de idealismo su *República Modelo*, no proponía tolerar se estableciese en ella ningún libre pensador. De esta manera toda cultura era obligada á tomar la forma literaria ó artística dentro de los límites de los dogmas oficiales.

No hubo tolerancia de ideas progresivas; éstas eran suprimidas con la muerte violenta ó exorcismo, y de esta intolerancia Anaxágoras, Eschylus, Sócrates, Jesús, Nestorius, Huss, Savanarola, Servetus, Bruno, Galileo y Spinoza, fueron víctimas notables. No hago más que esta breve referencia á estas manchas de sangre en la historia de la humanidad porque no es mi propósito

de turbar el juicio sano de mis lectores con la indignación que una relación de sus detalles hoy dia excitan; pero sí me estará permitido presentar la perspectiva de concienzudo heroismo que derrama sobre todas sus víctimas, la contestación de Giordano Bruno á sus jueces al presenciar la aplicación á él la vengativa candela: «Vengo á este acto quizás con menos terror por las consecuencias que pueden tener S. S.» y también la admirable contestación de Copernico cuando querían confundirle con decir que si era verdad que el Sol es el centro de nuestro sistema solar y la tierra un planeta que gira á su rededor, entonces el planeta Venus debe exhibirnos fases como hace la luna. A lo cual el gran astrónomo, imitando, no la soberbia de sus interlocutores, sino la mansedumbre de la profunda convicción intelectual de quien no tiene dogmas irreformables para sostener, sino á buscar la verdad de Dios. «Lo que me dicen S. S. es verdad, y no sé lo que debo contestarles, si no es decirles que Dios es sabio y justo y sin duda en su buen tiempo os otorgará contestación.»

La deseada contestación ya la tenemos. Dios nos la comunicó por el telescopio de Galileo en el cual instrumento las fases de Venus eran visibles, y son mucho más en los mayores telescopios modernos.

Dentro de los breves límites de unos artículos populares es imposible abarcar aunque fuera en bosquejo, todas las transformaciones de la sociedad desde el nacimiento de la historia hasta el presente.

Solo pretendo apuntar algunas ideas que han hecho épocas en ésta y tratar de arrojar alguna luz adicional sobre las razones que las han dado tanta fuerza ó que han influído tanto en la formación de las sociedades. Debo decirles aquí que todos nuestros informes literarios sobre la historia previa al siglo X ante Cristo, dependen de tradiciones conservadas en las supersticiones y canciones del pueblo y escritos en diferentes períodos en siglos posteriores, incluídas en el pentateuco, ó sea los cinco primeros libros de la biblia: Genesis, Exodo, Levitico, Números y Deuteronomia. Con los libros de los Reyes, empieza la historia contemporánea que nos inspira mayor confianza y en el siglo V ante Cristo, el padre de la Historia, Heroditus, hizo conocer en Atenas, su gran historia que todavía goza de buen grado de confianza en su rectitud comparativa, respecto á los hechos contemporáneos, y esta,

con la biblia y Josephus, forman el fondo histórico original con el cual contamos para aquellos tiempos lejanos al rededor del mediterráneo.

Hoy dia contamos con otras luces más incontrovertibles en las ciencias de Filología y Arqueología.

El polyteismo era la forma primitiva que tomó la religión en todos los países y muy frecuentemente la Trinitaria.

Entronizaron en la India los Dioses *Agni*, *Indra* y *Sarya*, que nos cuentan los Vedas; y los de *Brama*, *Vishnu* y *Siva* de los Bramins; en Egipto, *Osiris*, *Isis* y *Horus*.

Durante generaciones innumerables el polyteismo se había arraigado en la psicología de las sociedades, ejerciendo sobre sus creencias una influencia dominante, tanto mayor cuanto las autoridades constituídas amenazaban con duras penas á todos los que se atrevían á dudar de sus doctrinas oficiales. Pero la soberbia de los gobernantes que no hallan sus atributos limitados por leyes fundamentales, siempre aumenta hasta encontrarse con la resistencia de sus víctimas y así sucedió con la población judía que José, hijo de Jacob, colonizó en el Egipto.

Después de la muerte de José, que durante su vida meritoria había adquirido la posición honrosa de Consejero de Faraón, sus paisanos se encontraron con un Rey que les explotaron reduciéndoles al estado de esclavitud.

Toda esta historia patética la relata la biblia en el libro del Exodo y que Dios ha salvado la vida de Moisés para rescatarles y conducirles al otro lado del mar rojo al pié del Monte Sinaí.

Dividió las aguas para abrirles paso y las volvió á cerrar así ahogando el ejército egipcio que les perseguían. Aunque eliminase los elementos místicos de este relato, la canción de Moisés en que ha celebrado este hecho del exodo de sus paisanos es una admirable poesía, rayando á grande altura de inspiración (Exodo XV).

Era producto legítimo de la reacción contra la opresión que habían sufrido.

«Las naciones como individuos, en su infancia y en sus apuros, tienen más altas inspiraciones, ambiciones más nobles. Del sufrimiento nace el pensamiento serio; de la salvación la verdadera gratitud.» (1) Llegado en su nuevo país el jefe ó profeta

(1) Ruskin.

Moisés le presentó para su gobierno las Tablas de la Ley ó Decálogo que según él, Dios en propia voz le había entregado, y en las cuales estaban grabados los fundamentales axiomas de la moral que se han predicado en todas las religiones después y aún las predican. Moisés había roto completamente con el polyteismo y adoptó sin reserva el monoteismo el, Dios de Abraham con quien dijo, habló repetidas veces en el monte Sinaí y renovó su pacto hecho antes con Abraham y ratificado con la circuncición, Dios prometiendo á Moisés asegurarle su herencia de todo el país de Canaan (Palestina) cuando su pueblo cumple con la ley (Decálogo) que le entregó.

La espada de Josué, ayudado por varios milagros según nos cuenta la biblia, logró conquistar esta herencia y dividirla entre los fieles de las diez tribus.

El pacto de Moisés con Dios estaba así realizado por la espada. Es curioso observar hasta qué grado los primitivos conceptos todavía dominaban en todo este relato del pacto de Dios con Moisés. Dios siempre hizo sus apariciones ó en llamas, truenos, relámpagos, nubes negruscas ó tempestades. (Exodo IX) No solo Dios sino Moisés obraba milagros. (Exodo X—13—14; XIV—20—22—27—28; y XVII—6).

También aprendemos en Exodo XI—2 que Dios dió á Moisés, consejos que no cuadran con nuestras modernas ideas de la moral ni la honradez: «Que cada uno demande á su vecino, y cada una á su vecina, joyas de plata y oro.»

La época de Moisés y del exodo á que hemos llegado en mi ojeada es el siglo X ante Cristo; los judíos egipcios han escapado de su condición de esclavitud y sufrimiento y están entrando en su herencia de la Palestina dirigidos por un jefe de una de las mejores educaciones egipcias adquirida en conjunto de un príncipe; que era profundamente impresionada por la degradación de su pueblo. Concentró todo su talento en elaborar de sus sentimientos purificados por el sufrimiento, un sistema de ética, superior á todo que le habían precedido.

Su pueblo estaba más que nunca convencido que era el favorecido de Dios; pero todavía no estaba contento. Le faltaba algo. En la elaboración de su culto, Moisés no había tomado suficientemente en cuenta, la fuerza de las costumbres adquiridas en su estado anterior.

No le había ocurrido que todo pueblo inculto se gobierna más por sus sentimientos que por su raciocinio. Su pueblo consistía de una masa de libertos ya acostumbrados á la vida de indiferencia; y en el culto de Moisés le faltaban el lujo y los símbolos visibles del egipcio; como también les faltaba la miserable alimentación con la cual sus paladares se habían acostumbrado.

Durante las frecuentes ausencias de Moisés al monte Sinaí para sus conferencias con Dios, este descontento del pueblo, llegó á tal fuerza que reunían todas sus joyas y las fundieron en la forma de un ternero de oro que erigían en un Dios visible para su adoración en imitación del *Apis* egipcio. Desde luego establecieron un culto de pompa con altares sobre las cuales ofrecieron sus sacrificios como habían aprendido de aquella raza turana.

Las costumbres de toda su vida pudo más con el pueblo que la inteligencia superior de Moisés y aunque él por lo pronto era defraudado de sus deseos, vivió para ver su sistema creciendo en los últimos años de su vida y aprender lo que hemos aprendido muchas veces después, á saber:—que la excelencia de un sistema, no determina su éxito en tanto grado, como el modo de su inculcación en las costumbres de la sociedad. La biblia nos explica sus peripecias en los libros Levitica y Deuteonomia. Al fin triunfó su ley moral que forma todo lo que es sólido en el fondo de las religiones modernas. «No hagas á otros lo que no desearía que les hiciese á vosotros, es la esencia; todo lo demás es comentario.»

«Amor fraternal, porque todos son hijos de Dios.» (Deuteronomia XIV—1).

«No robeis ni defraudeis su vecino, ni decirle mentiras, ni ser injusto con él en sus juicios, ni tenerle odio en su corazón etc.» Después de Moisés muchos grandes hombres ó profetas propagaron los preceptos de esta ley entre los cuales en períodos sucesivos aparecen *Ezra, Hillel, Gamaliel* etc. Cumplir con la ley porque era justo y porque su observación produce el mayor grado de felicidad en la sociedad y en el hombre, era todo el concepto del judaismo. (Levitico XIX) Este era un gran progreso ético. La idea de equidad, que es la base de la justicia, ya estaba adquiriendo prominencia. Llamó la atención especial sobre esto por que en la escuela de estas ideas, que Hillel era predicando con tanto éxito en su país poco antes de su tiempo, se formó el sistema de Jesucristo ó la era cristiana, de que vamos á fijar bien los

elementos esenciales y característicos; pues hace época interesantísima en nuestra reseña.

Antes de hacer esto, sinembargo, nos interesa en muy alto grado, referir también rápida y someramente á otra evolución que brote del sistema de Moisés.

El culto que propagó, excitó constantemente el raciocinio de sus fieles, para comprender filosóficamente los preceptos de la ley. Organizó perfectamente, un regular sacerdocio confiado á los hijos y descendientes de su hermano Aron, que se ocupó de popularizar su filosofía; así el derecho y deber de pensar recibió gran aliento entre los judíos, y las sociedades vecinas. Pausadamente ensancharon el campo de sus pensamientos para abarcar parte de la filosofía ariana el análisis de todos los fenómenos de la naturaleza. El concepto de un orden fijo ó inalterable en esta; que todos sus fenómenos suceden bajo el gobierno de leyes inmutables adquiría poderío en la confluencia de las tres razas, semítica, ariana y turana en la Grecia, primero enraigo estos conceptos en Europa; daba primordial importancia á los estudios físicos que desarrolló con sorprendente rapidez si se considera que faltaban casi todas las facilidades con que contamos hoy dia. Al lector ilustrado solo necesitó recordarle los grandes nombres de Tales, Anaxágoras, Heraclitus, Demócrates, Hipócrates y Aristóteles. Tampoco es apropósito de este artículo, relatar las medidas inútiles que para la supresión de estos grandes hombres, se tomaron por las clases conservadoras de aquel período aunque podía ser admisible recordar la contestación de Anaxágoras á sus jueces que lo condenaron á muerte:

«La naturaleza me ha impuesto la misma condena antes de nacer yo.»

Anaxágoras ya en el siglo VI ante Cristo, anunció claramente el concepto ariano de que, al lado y adentro del mundo material, existía una inteligencia omnipresente y toda poderosa, obrando libremente sobre un plano ó propósito bien definido é inalterable.

La filosofía de Anaxágoras ejercía mucha más influencia sobre Aristóteles, que no hizo sobre su maestro Platón, cuyo sistema era más especulativo y místico. También fué circunstancia muy feliz para nosotros, la de haber sido Aristóteles elegido para dirigir la educación de Alejandro, hijo de Felipe de Macedonia y conocido en la historia como *Alejandro el Grande*. Además de

asegurar su poderosa influencia en favor de progreso en las ciencias naturales, este permitía y protegía comisiones científicas que lo acompañaban en sus grandes campañas militares y después con los materiales acumulados fundó el brillante centro de cultura intelectual, Alejandría.

El corto pero brillantísimo período greciano que yo paso tan rápidamente, encierra la llamada Edad de Oro de la Grecia; la edad de Pericles ó de la República.

El relucimiento de la civilización greciana de aquel período ha llenado el mundo de admiración durante más de veinte siglos, y todavía nos ofrece modelos dignos de emulación en varios ramos de cultura. La luz central de aquella civilización fué Atenas, capital ciudad y provincia y después fué la Alejandría el gran centro de cultura griega.

Una de las anomalías en esta vida es que la guerra, una de las peripecias más brutalizadoras y destructoras del bienestar de las gentes, ofrece á veces en la historia excepciones locales de esta regla, amontonando en un capital las riquezas que han escapado su acción destructora y que ha arrebatado como botín de guerra en anchos territorios desvastados.

Así fué en Atenas; sus frecuentes guerras con sus vecinas y sus terribles defensas de su vida nacional contra las enormes huellas de la Persia terminadas al final por el extraordinario triunfo sobre sus invasores en los llanos de Maraton y á Salamis y Platea, hizo de Atenas la capital por excelencia é indubitable de toda la Grecia y lo que hubo de inteligencia, talento y riqueza afluyó hacia dicha capital tan naturalmente como el rio al mar.

«La historia, en ninguna otra parte, nos presenta una provincia tan pequeña en su origen y tan grande en su progreso; tan contraida en su territorio y tan gigantesco en su ejecución; tan limitada en población y tan inmortal en su talento. Su dominio sobre el continente no era mayor en territorio que un condado inglés, sus habitantes libres nunca llegaron á 30,000 almas, y aún estas poblaciones insignificantes en número, han llenado el mundo con su nombradía.

La Poesía, la Filosofía, la Arquitectura, la Escultura, la Tragedia, la Comedia, la Geometría, la Física, la Historia y la Política, nacieron allí y los monumentos de arte con que ha dotado al mundo sirven aún de modelos de buen gusto, en todas las na-

ciones modernas. (1) Pero con esta notable cultura no vaya á creer ningún lector que su influencia estaba muy esparcida en aquellas poblaciones como lo está hoy dia.

Esta cultura era limitada en su influencia en la sociedad en general y por los motivos también ya sugeridos. Ninguna innovación influye mucho sobre la sociedad, inmediatamente que se ha adoptado como opinión intelectual, sino después que ha pasado al grado de opinión intelectual y se ha arraigado en las costumbres dominadoras de las masas.

En medio de la ignorancia y de la superstición que caracterizaron aquellas masas de las poblaciones, las necesidades psíquicas fundamentales, estaban concentrándose en dos direcciones distintas;—dos sistemas basicos que han demostrado ser inherentes é inseparables de la evolución normal de la humanidad.

El militarismo que tanto papel ha representado en la historia de los hombres como poder oficial, descubre incompatibilidad con el desarrollo de las ciencias en asuntos de gobierno y así siempre ha impuesto por las armas represiones y límites á su evolución como no fué posible suprimirlas, pero el tiempo, que prueba todos los sistemas, nos ha demostrado que no pueden ser suprimidos sin incluir en la supresión, á Dios y la humanidad por completo, aunque durante largos siglos cerraron á la humanidad todos los caminos excepto el de la metafísica conduciéndola á infinitas polémicas ó controversias que ni el siglo XIX no las vé terminadas; y en las cuales los hombres consumen sus vidas en áridas dialécticas que dejan en completa oscuridad, los sublimes conceptos de Jesucristo.

Desde aquel período se ha sostenido una lucha persistente que el principio intelectual ó espiritual del hombre ha tenido que sostener para conquistar el camino obstruído por intereses egoistas, defendidos con vivo empeño como si fuera bienes propietarios.

«E pur se muove». Dios lo ha decretado en las leyes fundamentales del Universo, así que los hombres no pueden, Josué no obstante, suspender estas leyes para quedarse estacionarios. La evolución, el progreso son imprescindibles; el reprimirlos es, como reprimir á cualquiera otra ley de la naturaleza, castigado con desastres funestos y destructores. Como la pólvora de cañón, su

(1) Alison.

explosión es más violenta y destructiva en proporción á la fuerza de la compresión que se opone á su elasticidad expansiva.

No existe el supuesto conflicto entre la ciencia y la religión. Esta es natural é inseparable de la existencia del hombre como es también la ciencia; que las dos son hermanos harmoniosas en sus esencias; que sus conflictos originen en ideas equivocadas respecto de ellas, resultando de nuestros imperfectos conocimientos; y que dichos conflictos van desapareciendo conforme con nuestro progreso en el conocimiento de nuestras relaciones y deberes está demostrado; pues estos conocimientos corrigen y purifican nuestra filosofía fundamental ó sea nuestra religión, elemento inseparable de las sociedades humanas.

Y no puede resultar de otra manera; partiendo de la base de Dios Creador, Protector y Gobernador del mundo y de todos los seres y otros objetos que contiene, autor de todas las leyes físicas, psíquicas y morales que los rigen, entonces nuestros estudios y progresos en el conocimiento de este universo y estas leyes físicas psíquicas ó morales (la ciencia) por cierto no nos alejarán de Dios ni de sus verdades. Muy al contrario, recibiendo nuestra constante inspiración de estas, bien podemos estar tranquilos con respecto á denuncias y epítetos de ateos etc., aplicados á nosotros por los propagadores de dogmas primitivos que temen que las luces de la ciencia debiliten su influencia en la sociedad.

La ciencia que no reconoce fronteras geográficas ni políticas, es la doctrina más próxima á la fraternidad de predicada por Jesucristo.

ERASTUS WILSON.

(*Continuará*)

Los Estados Unidos y la Guerra de Cuba

Sr. D. Manuel de la Cruz.

Amigo muy querido:

De hoy más no me cabe duda, si alguna vez la tuve, de que quien se presenta en el campo de la polémica blandiendo las armas de la más exquisita cultura y del más sincero afecto personal hácia su adversario, como usted en su notable carta inserta en el número anterior de esta REVISTA, está llamado á impresionar en su favor á los lectores, por ende capaces de adjudicarle la razón, si halagados por la elegante forma, la correcta dicción y la riqueza de las citas históricas, llegan á rubricar su veredicto.

A mi mismo, con ser hoy su contrincante, en lo que vine á caer de mero «observador» sin darme cuenta, me ha impresionado su brillante carta al extremo de infundirme timidez; más haciendo un esfuerzo soberano, veré si alcanzo á explicar mi *atrevido pensámiento.*

Su benevolencia para conmigo exagerada, le lleva á suponer que tiendo á sustraerme á los arrebatos del lirismo, por lo cual planteo el problema fuera de su legítimo terreno. No, amigo mío, no es que su pobre contendor pueda permitirse—mediante su voluntad—el sustraerse á un lirismo que sabe admirar en los demás y en el que quisiera poder libar como en copa de placer; sino que árido y seco, vé las cosas conforme su capacidad visual se lo permite.

La conducta del gobierno norte-americano, que en mi concepto está justificada—no obstante que *me duele* por lo que personal-

mente me atañe—no podrá parecer equívoca y dudosa á los que disfruten de la lectura de su CARTA que parece convertirse en mi favor.

De tan valioso documento por manera clara se deduce que la Revolución cubana *en el exterior* (se entiende) existía como en el fondo de la bahía de la Habana la calavera de un indígena. Era preciso buscarla; era preciso, V. lo admite, que el *Herald* enviase á Henderson y á O'Kelly «como si se tratase de aquel excéntrico doctor escoces que el *osado* Stanley fué á encontrar en las temerosas soledades de Africa»..... Hasta *osadía*, pues, se necesitaba para dar con la Revolución. De ello dije que se deducía la potestad del gobierno americano de *crecr* ó nó en la potencia del conflicto, y V. á ello opone «el testimonio de los hechos.»

«Hacía pocos dias—le copio á V.—que Mr. Grant había pres-«tado juramento como Presidente de la República, cuando recibió «la visita de D. José Morales Lemus, *mero agente* de las juntas se-«cretas de la Habana. Mr. Grant oyó con benévolo interés al Sr. «Morales Lemus y cuando éste se retiraba, el Jefe del Ejecutivo «de la Gran República, le dijo estas inequívocas palabras:—*Soste-«neos un poco de tiempo y obtendreis aún más de lo que esperais.*» Pocos dias después el mismo Morales Lemus es nombrado *Enviado extraordinario* y *Ministro Plenipotenciario* en los Estados Unidos, y dice V.:—«El Sr. Morales Lemus celebró, *en su carácter de Enviado «Extraordinario* diversas conferencias con Mr. Rawlins, Secretario «de la Guerra, y con Mr. Hamilton Fish, Secretario de Estado. «Los ministros fueron no menos explícitos que el Presidente.»

El *mero agente* fué recibido por el presidente Grant, probablemente, como recibió en esa época al Sr. Ruiz y hubiera recibido á cualquier CUBANO en aquellas circunstancias, con tanta más razón cuanto que el carácter de *agente* constituía en esencia la recomendación de que era por el pronto un caballero que representaba valiosos intereses de sus comitentes y no un simple aventurero. Al decirle «Sosteneos».....etc., no cerraba las puertas, como no debía cerrarlas, á las esperanzas de un partido que con razón contaba con las simpatías del hombre público y privado. Otra cosa hubiera sido incomparable brusquedad. Era lo menos que podía decirle estimando al hombre correcto que *alguien* le había presentado, y lo más que le era posible anticiparle al agente de una causa justa siempre, pero legal cuando se impone por la fuer-

za. Eso pertenece á las nociones más elementales de la cortesía, así en el orden privado como en el público. No hay para qué otorgar una importancia extraordinaria á palabras no escritas, elásticas en su alcance, y pronunciadas, digámoslo de una vez, *casi á hurtadillas*. Esas palabras no han de constar oficialmente en cancillería ni en ningún archivo de los Estados Unidos.

Si los ministros—ó secretarios que es lo que ellos son—recibieron luego al *Enviado Extraordinario* no siendo «menos explícitos que el Presidente,» queda explicado que el criterio era uno, y que la calidad de ENVIADO no había alterado la del *mero agente*... La misma cortesía, la misma elasticidad, la misma reserva, las mismas esperanzas; pero no se había recibido al *Enviado oficialmente*.

Si la Cámara de Representantes de Washington ofreció al Presidente su apoyo constitucional para cuando *juzgase oportuno reconocer la independencia y soberanía del Gobierno republicano de Cuba*; no hay por qué tachar al Ejecutivo su conducta. Tal acuerdo echaba sobre los hombros de éste toda la responsabilidad del acto, como la tiene el delegado á quien se dan facultades para juzgar de la oportunidad de adoptar un procedimiento. No es lo mismo *mandar* una cosa que *facultar* para una cosa; y entre una responsabilidad *colectiva* y una responsabilidad *individual* media una distancia tan inmensa como entre la propia inculpación y la disculpa en la mancomunidad de un acto. La posición, pues, de GRANT, como Presidente y como americano, vino á hacerse más difícil en virtud del acuerdo de la Cámara.

«El general Mr. Sickles—dice V.—embajador de los Estados «Unidos en Madrid, puede ser tenido por un Enviado Extraordi«nario para dar una solución á la guerra de Cuba. Y yo pregun«to: ¿Si el gobierno americano *hubiese creído* que se trataba de un «movimiento sin importancia alguna decisiva, hubiera hecho las «declaraciones que hizo, hubiera dado oidos al Sr. Morales Lemus: «hubiera llevado á cabo las negociaciones que no vaciló en enta«blar con el gobierno de España?»..... «el gobierno americano, «sin conocer la guerra de Cuba por sus *efectos*, sin conocer *mani«festación* de la vida *cubana*, envía á España á un delegado para «que favorezca y trabaje en pró de los propósitos de los revolu«cionarios.»

Si el general Sickles pudo ser tenido como un agente especial

para dar solución á la guerra de Cuba, yo voy á preguntar ahora: ¿á dónde le mandaron, ante qué Gobierno fué ese ministro acreditado? No ante el Jefe del Estado de la República Cubana sino ante el gobierno de España que sostenía la guerra contra aquel; luego, oficialmente, la República cubana quedaba sujeta á un acuerdo en que no tomaba parte; y por lo mismo que el gobierno americano creyó que nuestro movimiento no tenía *importancia* alguna *decisiva*, después de las declaraciones que hizo y de dar oidos al Sr. Morales Lemus,—lo cual á nada le comprometía—«llevó á cabo las negociaciones que no vaciló en entablar con el gobierno de España.» Porque si hubiera creído en lo *decisivo* del movimiento cubano, dadas sus simpatías y sus intereses casi siempre y en todas partes generadores éstos de aquellas, ó se cruza de brazos á esperar el desarrollo de los acontecimientos, ó procede rápida y enérgicamente apoyado en los hechos que justificaran su creencia; al paso que mandar un ministro á España á trabajar en pró de los «propósitos de los revolucionarios» si alguna cosa demuestra es que no le era dable hacer más en obsequio de los que aquí se sacrificaban por la libertad.

A propósito de la *prolongación* y *ferocidad* de la guerra, no empece á mi argumentación que se les echara en cara al Gobierno Español por el de los Estados Unidos. En último caso ambas cosas indicaban entonces la impotencia actual de aquel para vencernos; pero sin mostrar en cambio que pudiéramos vencer á nuestra vez; y al insistir nosotros en el reconocimiento de beligerancia, el mismo argumento podía apoyar la negativa. Cabía en aquellas circunstancias en que no hacíamos más que sostenernos, que se nos venciera; pero no era lógico pensar que así, de aquella manera, expulsáramos al dueño y señor de todos los puestos ciudades, villas y fortificaciones. Paréceme que la prolongación y la ferocidad no favorecían á ninguno de los contendientes ante el juicio de los imparciales, que ante el propio, es de la humana condición traducir libremente como favorable todo lo que no sea decisivamente adverso. Creo, pues, que la *ferocidad* y la *prolongación* no influyeron en el ánimo—que V. dice—de los políticos americanos, sí que sirvieron para disimular la forma de la intervención.

Cuanto á la *tendencia*, válgame la cita que V. hace acerca del imperio de Maximiliano. Allí la intrusión europea colocó un

monarca en las fronteras de los Estados Unidos, siendo Méjico un país independiente, con un gobierno amistosa y comercialmente ligado á los Estados Unidos; caso diametralmente opuesto al de Cuba en donde nunca hubo otro gobierno que el de España, ligado amistosa y comercialmente con los Estados Unidos. ¿Para qué más consideraciones sobre un punto de la historia contemporánea que todos conocemos?

De agradecérsele es, amigo Cruz, el relato de la gestión del Sr. Morales Lemus, sacado del libro del Sr. Piñeyro que buena parte tomó en tan importante asunto y como *parte* es algo más que un *testigo* de las negociaciones tornasoladas de carácter oficial que mediaron entre la representación cubana y el Departamento de Estado.

No me llama la atención que repita V. que el Sr. Morales Lemus «en su carácter de Enviado Extraordinario» pusiera en manos de Mr. GRANT una exposición pidiendo el reconocimiento de la beligerancia, etc.; porque la verdad es que aquel señor procedió como Enviado; pero no como de tal Enviado debió recibirla el Presidente, cuando para ello no le autorizaban las leyes ni las costumbres diplomáticas, siendo así que quien le contestó,—no por escrito—fué el malogrado general Rawlins, Secretario de la Guerra, de cuya *boca oyó* el Enviado «las expresiones más enérgicas y decididas de simpatía en favor de los cubanos.» En todo eso hay algo de irregular por un lado y mucho de cortesía y de benevolencia por el otro sobre un fondo de vaguedad, al cual se le concedió y aún se le concede, según se observa, una inmerecida é inexplicable importancia.

Del importante relato que V. cita, cuajado de datos muy interesantes, lo que se vé bien claro es que Rawlins era un buen amigo de Cuba y que la Cámara, el Presidente de la República y otros más, sin exceptuar á nadie, quisieron serlo también, mas no pudieron; que el Gobierno norte-americano, á guisa de *diligencias sumarias* no omitió ninguna en averiguación de los hechos, y que hasta llegó al extremo de entablar negociaciones con España, excediéndose por mucho de lo que generalmente permite el decoro internacional en estos casos.

Si respecto del reconocimiento de beligerancia *la proclama llegó á estar redactada y á faltarle solo la firma*, necesario es indagar el motivo de esa transición, á ser cierto lo que dijo el *Herald*. En

aquella época los emigrados hicieron valiosísimos aprestos: allí en los Estados Unidos, residían nuestros hombres más distinguidos por su riqueza y su saber: allí se alardeaba de un patriotismo puro y elevado: allí el número de cubanos bastaba para formar una legión conquistadora; y sin embargo, dirigidos los asuntos por la flor y nata de nuestros compatriotas perseguidos, todas las grandes expediciones fracasaron; el barco de guerra «Hornet» que debió soltar á los vientos nuestro gallardete en alta mar para ostentarlo luego en puertos extranjeros, entró derrotado por sí mismo en Wimiltong; los emigrados más ricos sofrenaron las riendas de la dádiva para soltar las de la diatriba y el escándalo; y la impresión que esto produjera, sin que el poder español, á la vista de los cónsules y agentes de los Estados Unidos en las ciudades, sufriera por otro lado mengua alguna, quizá haya sido parte á detener en su cauce la corriente de simpatía que sin duda alguna se había establecido hacia nosotros.

No creo tampoco que la muerte de Rawlins decidiera el punto; porque no es creible, dada la organización del gobierno norteamericano, que el ánimo de un Secretario de la Guerra, marcara el curso de un asunto que no era directamente de su competencia. Era de la de Mr. Fish, que sexagenario y todo y novicio en diplomacia, como dicen, fué escogido por el Presidente para el puesto en donde abundan los hombres competentes.

El gobierno de los Estados Unidos en achaques de neutralidad tiene que marchar con mucho tiento. Su reclamación sobre los daños causados por el «Alabama,» barco que salió á la mar sin faltar á la legislación vigente en aquella época, ha reformado el derecho internacional, tan seriamente como que al fin obtuvo la razón, tras rudo litigar, por medio de un arbitraje inapelable, no sin exponerse antes á una guerra con la soberbia y poderosa Albión.

Donoso cuando menos se me ocurre que sería pensar en que creyéndose con razón el Gobierno americano, retrocediese amedrentado ante la actitud del gobierno y de la prensa de la nación española. Es tradicional en los Estados Unidos no cejar teniendo la razón. Ahí está su guerra con Trípoli; ahí está la segunda con Inglaterra; ahí está la de Méjico, digan lo que quieran los *razistas*; ahí está la cuestión de límites con la vieja metrópoli; ahí está la actitud contra Francia, franca y decidida; ahí está su gue-

rra civil; la cuestión del «Alabama;» la de las pesquerías de Alaska; y véase si no es discreto pensar que algún motivo poderoso hubo que coartara su acción en la cuestión de Cuba.

Cuanto á la parte de gloria que nos había tocado si nos ayudara el coloso, esa fué una interrogación que en malhora hubo de ocurrírseme, después de una oración condicional que dice así: *Y ahora, si le place á V. cernerse allá por las alturas de la gloria ¿dónde está la que alcanzado habríamos al auxiliarnos, etc., etc.,*—mas si como V. me ha convencido, no peca de *latino*, ni *de tropical* ni le place cernerse por *allá*, como yo creía, recojo semejante período muy gustosamente; porque, como V. dice y yo no lo advertí á tiempo, débese á mi «desordenado afán de justificar lo injustificable».....

Por lo que toca á la alusión del partido esclavista en los Estados Unidos y á los presidentes de su procedencia que tuvo la República, creo recordar que todos ellos dieron sus proclamas condenando á los *filibusteros* que vinieron á Cuba á pelear y sucumbir: así fueron fusilados 50 americanos en Atarés, sin lugar á reclamación alguna: habían sido prejuzgados por su Gobierno; pero la neutralidad de éste salvó su decoro y su prestigio. Parece un tanto seria esa República.

Yo no sé si el fin desastroso de la Revolución Cubana podrá ó no justificar la conducta del gobierno norte-americano; porque para determinarlo sería preciso hacer un largo estudio y formular una hipótesis sobre las legiones que nos hubiera proporcionado el reconocimiento de beligerancia con su neutralidad consiguiente, toda vez que las legiones se vencen con legiones y las escuadras con escuadras; pero si continúo creyendo que aquel gobierno trató de hacer cuanto le fué dable, situado en el medio de los «círculos concéntricos» de que le hablé en mi «Observación» que ha motivado su CARTA; y que de consiguiente, á pesar de mi carácter de interesado directo á favor de una actitud opuesta, hay que culpar á quienes nos pusieron en desfavorables circunstancias y no á un gobierno extranjero que por lo que V. mismo estampa no nos escatimó sus esfuerzos. Nos faltó el hecho, nos faltó el derecho.

¡Ah, la guerra ha de ser un *hecho*; el *Derecho* se llama Gibraltar!

En previsión de herir susceptibilidades he de aclarar un pun-

to: he hablado de la guerra de Cuba, tal como concibo que la haya visto desde el exterior un gobierno extraño á la hora de adoptar una medida de innegable trascendencia. Vista interiormente la Revolución—no obstante su fracaso que la historia explicará—fué de tan grande importancia en esta Isla, que solo un cataclismo que la hiciera desaparecer, podría borrar las consecuencias eternas de la porfiada lucha.

Agradeciéndole á V. profundamente el honor que le debo de ser su contendiente, gracias á la sinceridad de la estima en que me tiene, soy de V. cada vez más afecto é invariable amigo

ROMAN MORA.

El Congreso pedagógico de España en 1892 [1]

Señoras y Señores:

Considero perfectamente ocioso el hacer protesta ni salvedad de ninguna especie respecto de las dificultades con que lucho en este momento para realizar la siempre ardua tarea de resumir los debates y fijar el sentido de los trabajos de este Congreso, el primero de su clase que se ha celebrado en España. Agradezco aún más de lo que podeis suponer el caluroso aplauso con que habéis saludado mi presencia en este sitio. Doy á esta demostración una explicación superior á la de un acto de mera cortesía. Claro se está que no puedo atribuirla ni remotamente á ninguna circunstancia mía personal. La acepto como comprobación elocuente del éxito extraordinario de esta asamblea y como una excitación entusiasta á perseverar en el camino que hemos emprendido, trabajando, á despecho de todo lo que de cualquier manera pueda representar una sombra, una preocupación, un retroceso ó una pequeñez, por la fortificación del espíritu de nuestra patria y por una gran y sólida educación nacional dentro de las nuevas corrientes y del sentido universal de la pedagogía contemporánea.

Quizá vuestra inteligente adhesión representa algo más; sobre todo después de haber escuchado esta noche la ardorosa palabra de nuestros ilustres huéspedes que entre constantes manifestaciones de entusiasmo de todo este concurso nos han dado á conocer,

(1) Discurso pronunciado en la sesión de clausura, celebrada en el salón del Ateneo la noche del 27 de Octubre de 1892, por el presidente del Congreso D. Rafael María de Labra.

como en ninguna otra parte, la nota simpática del espíritu de familia que vibra con creciente energía en la encantadora desembocadura del Tajo y en las esplendorosas y mágicas florestas de América. Pero bien considerado, las profundas observaciones y las indicaciones discretísimas de los respetables señores Machado, Pinhero Chagas y Zorrilla de San Martín no alteran ni desvían la tendencia dominante, así en los promovedores de este Congreso como en cuantos han tomado parte en los trabajos científicos; porque, dado el movimiento internacional contemporáneo y bien estudiados el carácter y el alcance de todo empeño pedagógico, es racionalmente imposible pensar en la educación nacional de la España de nuestro tiempo, sin pensar en traer á ella con una nota expansiva y profundamente liberal otra de intimidad insuperable con el espíritu, las tendencias y el porvenir de todo el mundo ibero-americano.

Todo esto me alienta, me excita. Máxime considerando que yo soy un hombre que ha peleado mucho á quien nunca ha faltado la fe en la opinión pública debida y suficientemente solicitada y para quien en las empresas acometidas no ha importado grandemente el número de los compañeros y sí el temple de su ánimo y la verdad ó la grandeza del empeño aceptado. Ahora lo tenemos todo. Incluso el número desbordando el entusiasmo.

Pero en estos instantes no puedo sustraerme á la evidencia del contraste que necesariamente ha de ofrecer con el estado de vuestro ánimo y el eco de los brillantísimos discursos que acabamos de escuchar y os han electrizado, el tono y la manera que yo necesariamente tengo que emplear para el desempeño medianamente acertado de la tarea que me incumbe como presidente de este Congreso y en el momento de poner punto á sus sesiones. Mi discurso de esta noche tiene que guardar correspondencia con las modestas frases que pronuncié hace ya bastantes días al inagurarse el Congreso hispano-portugués-americano; frases entonces complementadas y abrillantadas por el señor ministro de Fomento, en nombre del Gobierno español; por el señor embajador de Méjico en nombre de los Gobiernos Sud-americanos y por el eminente doctor Machado en nombre de la pedagogía portuguesa, en términos tales que satisfaciendo por completo todas mis aspiraciones, han continuado constantemente resonando en mis oídos é influyendo en mi espíritu y que me impone en este instante, por

no haber tenido otra ocasión para ello el deber de rendirle el tributo de mi profunda gratitud con el testimonio de la correspondencia y el aplauso de todos y cada uno de los miembros de este Congreso, por su naturaleza desinteresado, educador y progresivo.

Voy, pues, á contraerme á un trabajo modestísimo en la apariencia: difícil por varios motivos. A nadie se le ocultará el obstáculo que implica el resumir en media hora los trabajos de un Congreso que á despecho de sus estatutos, ha durado nada menos que quince días, con varias sesiones de ocho horas. Agréguese á esto la extensión, la variedad y el alcance de un programa imponente, inspirado en los últimos adelantamientos de la pedagogía y en la conciencia de intereses urgentes de la enseñanca pública española. Y no se olvide que el puesto que ocupo al frente de esta Asamblea me obliga á excusar toda digresión teórica y aún la expresión de mi propio humildísimo criterio sobre las diferentes materias que se han controvertido durante toda esta quincena. Tenedlo todo en cuenta para acompañarme constantemente con vuestra incomparable benevolencia.

No me cansaré de repetir que el actual Congreso pedagógico ha superado todas las esperanzas de amigos y extraños. Quizá su mejor recomendación está en el señalamiento de las enormes dificultades con que tenía que luchar. Dificultades que á mí no se me ocultaron ni un solo momento y que el Congreso ha vencido por regla general y salvo pequeños incidentes que aprovecharán á los que después de nosotros continúen y ensanchen el círculo ó la eficacia de los trabajos ahora iniciados. De suerte que aún nuestras imperfecciones (que nunca creímos absolutamente excusables) vendrán á ser algo útil para los pedagogos y los patriotas españoles.

Pongo en primer término la originalidad y extraña complexión de este Congreso. Enseguida, y relacionándolo con esto, el interés extraordinario que han despertado sus trabajos coincidiendo con los brillantes de otros Congresos al parecer de mayores medios y con el ruido y los atractivos de las desorganizadas fiestas del cuarto centenario del descubrimiento de América.

La originalidad á que me refiero quedaría probada por dos circunstancias. Este Congreso es el primer Congreso de carácter internacional que se celebra en España. Este Congreso es la pri-

mera asamblea que en España se reune para discutir temas de todos los órdenes de la pedagogía y de todos los grados de la enseñanza. Pero hay más.

La comisión organizadora no puso condición alguna para la inscripción en el libro ó registros de los congresistas. Ni siquiera ha exigido el pago de ninguna cuota, y eso que ha logrado de las compañías ferroviarias y de las empresas de transportes trasatlánticos una reducción considerable de precios en obsequio de los congresistas de provincias, de Portugal y América. No soy llamado á apreciar en ningún sentido este hecho. Declaro, sí, que es único en la historia de los actuales y de los anteriores Congresos de todo género; y me explico que esta circunstancia haya entrado por no poco en la determinación de la cifra de 2.650 á que parece que llegan nuestros congresistas de todas edades, todos se-xos y todas representaciones. Como que para figurar en esta asamblea y hasta para tomar parte en sus debates y en sus votaciones ha bastado y basta sólo interesarse por la enseñanza en España, Portugal, las Repúblicas hispano-americanas y el Brasil.

Asamblea tan numerosa entraña dificultades inmensas para su manejo, sobre todo en relación con fines científicos que piden cierta reflexiva voluntad. No digamos nada de la complicación que trae aparejada á alguna cuestión como la del sostenimiento de maestros y escuelas por municipios y corporaciones provinciales; cuestión tratada con bastante pasión por los interesados de ambos lados y que no es para discutida con calma en reuniones de centenares de personas en su mayoría muy lastimados. De todos modos una Asamblea muy numerosa pide la nota tribunicia y propende más á la acción que al debate, más al afectismo que á la reflexión, más á las cuestiones de orden y á las protestas personales que al examen reposado de problemas teóricas. Por esto yo no tan sólo no he dado importancia á pequeñísimos incidentes dominados enseguida por la presidencia con el apoyo resuelto y nunca discutido de la totalidad de esta Asamblea, sino que he de confesar que esperaba por muchos motivos mayor agitación y mayores obstáculos. Nunca se ha celebrado sesión con menos de 700 personas de toda clase y de todas edades. Frecuentemente el aspecto de nuestra sala era el de un *meeting* político. En tal supuesto el orden, el sentido y los resultados de la Asamblea han sido verdaderamente admirables.

He hablado antes del interés provocado por nuestro Congreso y que evidencian ese mismo número extraordinario de congresistas y la atención que en los debates ha puesto la prensa y la opinión toda de Madrid, de provincias y de Portugal en el desarrollo del Congreso, no ya una tarde y por acaso sino por espacio de medio mes. Me parece que el hecho no es muy común en esta época de impresiones, negligencias y olvidos.

Ese interés no sólo honra á los congresistas, sino que consagra el éxito del Congreso en uno de sus principales propósitos, como es el de sacar la atención de las cuestiones pedagógicas del círculo exclusivo de los hombres técnicos y combatir la preocupación de que la pedagogía corresponde preferentemente á la esfera inferior de la enseñanza pública, ó sea á los maestros de instrucción primaria. Sin duda en estos negocios llevarán siempre la dirección, en punto á tendencias y soluciones teóricas ó prácticas, los hombres que de la enseñanza hacen objeto particular, cuando no exclusivo, de su vida. Pero constituye una dificultad social de primer orden y un obstáculo extraordinario á progresos de la enseñanza el apartamiento más ó menos reflexivo de la generalidad de los ciudadanos, que algunas veces llega al punto de creer que un padre de familia cumple con sus deberes entregando á su hijo al maestro sin cooperar á la obra de éste más que con el pago de la matrícula ó los honorarios.

Esto también produce cierta especie de exclusivismo que por otro lado determina oposición irracionales y prevenciones funestas en diversos círculos de la sociedad. El Congreso consideraba como uno de sus fines el popularizar la idea pedagógica, el demostrar á la generalidad de las gentes que en la obra de la educación é instrucción de los pueblos deben tomar parte todos los elementos sociales bien de diferente modo, en diverso grado y con distinta responsabilidad.

Esta òbra adquiere en estos últimos días mayor importancia, por efecto de dos hechos que, buenos ó malos, son ya irreductibles en el orden político.

El primero es el imperio de la democracia y el establecimiento del sufragio universal y el Jurado.

El otro la aparición del socialismo con críticas más extensas y pretensiones prácticas de mayor ó menor urgencia. En esta obra no puede ser indiferente á la sociedad la cultura del mayor nú-

mero, porque la influencia de este no es ya remota ni indirecta.

Es notorio que el movimiento que hoy advertimos nació en los albores de la revolución francesa caracterizada por su célebre declaración de los derechos del hombre y por un sentido quizá exageradamente individualista, sentido fortificado y extremado por los asombrosos problemas de la química, la mecánica y el aprovechamiento creciente de la electricidad y el vapor. Entonces al lado del movimiento político apareció una nueva tendencia pedagógica, mantenida en dos direcciones, no incompatibles pero en cierto orden distinta: la del Emilio, de Rouseau y la de los célebres pedagogos Pestalopzzi y Froebel, sobre todo, en sus experiencias de Iberdun y Burgdorf. Verifícase entonces en este orden de ideas y de intereses, algo análogo á lo que tres siglos antes pasa al aparecer otro hecho gravísimo de la historia: la reforma religiosa.

Pediría mucho espacio el explicar de qué suerte el movimiento educador expansivo de carácter casi individual de los principios de este siglo se ha impuesto más ó menos á la sociedad política contemporánea. Y determinado la acción de los gobiernos bastante desinteresados en la cuestión por algún tiempo. Habría que hablar de nuestra reforma pedagógica del 34 al 40, sobre todo del movimiento novísimo de carácter esencialmente político y social que caracteriza en Inglaterra el bill Fosterg de 1870 con los School board y los decretos discutidísimos de estos últimos doce años del Gobierno de la tercera República francesa ampliando y corrigiendo las tentativas y los organismos de Mr. Duruy.

Pero el hecho es que ya á esta hora en todos los Parlamentos europeos se discuten temas de política pedagógica y que no hay un solo periódico de importancia en Europa que no dedique con frecuencia y sistemáticamente sus columnas á estas cuestiones, consideradas en su totalidad y no como un puro detalle administrativo ó un interés de clase. Tal vez en nuestra España habría que lamentar después de 1860 una cierta paralización en las aficiones del público en general á estos asuntos. El movimiento del 34 se contuvo y la obra notabilísima y plausible del legislador de 1857, entregada casi exclusivamente á la burocracia, recibió tales tajos y mandobles, tales recortes y mudanzas, que hoy, por declaración de todos, la legislación de instrucción pública es un verdadero caos. Para su significación y su fijación se necesita el voto

de los doctos, pero ni éste será excitado ni la obra se realizará en las condiciones de relación y generalidad que impone la vida contemporánea sin el concurso de todo el público que debe meditar aquellas patrióticas frases con que el Presidente de los Estados Unidos, en el último mes de Julio, saludaba al Congreso de profesores celebrado en Saratoga, recordándole que el ejército organizado en la gran República, aún incluyendo á las milicias, era insignificante; que la gran fuerza de aquella poderosa nación estaba en la juventud instruída de sus campos, que acudían á su defensa en la hora del peligro, y que el ejército victorioso en la última tremenda guerra civil no se formó con los ignorantes, los ociosos y los frecuentadores en las tabernas ni se firmara con ello en cualquier gran contingencia futura contra los Estados Unidos.

Si la agitación producida por el actual Congreso pedagógico cunde, habrá obtenido otro éxito verdaderamente extraordinario.

Para esta obra quizá haya sido conveniente el número desacostumbrado de congresistas inscriptos, aún cuando tal circunstancia haya dado á veces á la Asamblea un tono muy movido, que recuerda algo las Asambleas públicas y que provoca en los oradores el tono tribunicio. Felizmente las cosas no han pasado de lo debido, y esa misma viveza, quizá única en los Congresos del día, es una nueva demostración del interés con que se ha asistido á esos debates y la esperanza que se pone en los efectos del Congreso.

Ha luchado éste también con otras dificultades. Por ejemplo, la novedad del procedimiento empleado. Es decir, la novedad de los trabajos de las secciones que piden público ó personal poco numeroso y muy preparado para esta labor. Además, es muy difícil relacionar el trabajo de las secciones con las discusiones de la Asamblea pública, muy en nuestro gusto latino y grandemente atractiva para los españoles notoriamente apasionados de la oratoria. No digo nada de la empresa de relacionar aquellos trabajos con los debates de la Asamblea y las votaciones definitivas del Congreso.

Creo que si no hemos vencido totalmente, hemos dominado y sorteado según los casos estas dificultades. Los debates y las votaciones de las secciones quedan representando la opinión del grupo especialmente dedicado á la cuestión que se debate, y su

voto ha de ser estimado en vista de su particular competencia y de las condiciones particulares de los inscriptos en las secciones. En este concepto sería posible prescindir, por ejemplo, del dato de que hayan sido catedráticos de Universidad la casi totalidad de los congresistas inscriptos en la sección cuarta, que se refiere á los estudios universitarios. Y en su inmensa mayoría maestros, de carácter oficial los pertenecientes á la sección primera donde se han discutido los problemas de la enseñanza primaria y de las Escuelas Normales. Después viene el voto general de la Asamblea que dan todos los congresistas sin consideración á su competencia particular y su especial posición, representando, por tanto, el sentido general y público dominante en la cuestión.

Importa mucho fijar este punto para prevenir argumentos que quieran hacerse utilizando ejemplos de otros Congresos y la consideración de que ciertos particulares, de valor técnico, no consienten una votación general. Nada de esto ha pasado desarpercido en el curso de los debates del actual Congreso. Antes de ellos había opiniones (como la mía, por ejemplo), poco favorables á estas votaciones generales. Pero hay que advertir que en los Congresos científicos y literarios ni se hacen investigaciones ni se acredita la verdad por votos. Menos se determinan soluciones para imponerlas como leyes.

En los Congresos se facilita, en primer término, el conocimiento y comercio de las gentes, se fomenta la tolerancia de las opiniones, se producen y detallan los pareceres diversos, y en fin, se señala el sentido general y término común de las opiniones marcándose así el estado público de los problemas en una hora determinada. Ni más ni menos. En el caso presente el juicio público se habrá de formar sobre varios datos armonizados. Sobre el voto de las secciones y los debates de la Asamblea y las conclusiones generales votadas por esta en su conjunto entre la representación particular y la calidad de los votantes, estimada fácilmente por el hecho de la votación nominal y escrita y la circunstancia de la publicidad de esta votación.

Otra dificultad también prevista era la amplitud del programa verdadero índice de un gran libro de pedagogía contemporánea. Ya en mi discurso inaugural expuse las consideraciones que obligaban á no dar recortes á este programa formulado al mismo tiempo que se realizaba en España, con admirable propósito y en-

tusiasta empuje, el primer Congreso pedagógico general. Seguramente no estamos tan sobrados de aliento que nos sea lícito desilusionar á los que se lanzan al camino de las obras. Debíamos, pues, resignarnos á la contingencia de que muchos puntos quedaran sin discutir y otros se discutieran de un modo insuficiente. Así ha sucedido. Pongo por caso el grave problema de las relaciones de la enseñanza pública y la privada, el de la libertad de enseñanza, el de la libertad profesional en relación con el magisterio público y la aptitud de la mujer, el de los exámenes y los grados académicos, el de las oposiciones como medio de ingreso el profesorado, la amplia reforma de los estudios necesarios para adquirir en condiciones de indiscutible suficiencia el título de maestro, la organización del cuerpo de inspectores en vista de las actuales circunstancias transitorias al mismo tiempo que en consideración á una solución definitiva, el modo y manera de las subvenciones y auxilios diversos del Estado á los establecimientos docentes ya oficiales, ya particulares y en fin la organización de la Asamblea ó el cuerpo consultivo y directivo de la instrucción pública con sus elementos ó instituciones auxiliares como las ilusorias juntas de padres de familia de España y los *boards schools* de Inglaterra.

Pero sobre que respecto de algunos de estos extremos ya se ha dicho algo que demuestra el sentido dominante, lo dicho y lo callado abonan la conveniencia de que en lo sucesivo se verifiquen Congresos particulares para discutir precisamente y de un modo completo todas esas cuestiones.

Esto mismo ha debido pasar en el ánimo de todos los congresistas y por eso sin duda la comisión encargada de proponer á la Asamblea las conclusiones del Congreso incluye en el grupo de *Conclusiones de carácter general* la 7ª, por la cual «el Congreso recomienda la celebración de Asambleas periódicas por los profesores de cada grado de enseñanza y las personas que se interesen por la reforma y el progreso de la misma, al intento de estudiar los problemas propios de ella y los medios más conducentes á sus mejoramientos.»

A última hora se presentó al Congreso una moción atribuyendo á la Mesa del mismo la ardua tarea de promover periódicamente esos Congresos particulares en España. Me bastó que un señor congresista expusiera la idea de que no había unanimidad

sobre este punto por razones de cierta consideración para que yo excusase la votación de la Asamblea. De ninguna suerte podía consentir la mera posibilidad de que apareciese por el voto del actual Congreso, vinculada en un grupo determinado de hombres de tales ó cuales tendencias, la futura dirección pedagógica de nuestro país. No me deslumbraba el éxito positivo del actual Congreso.

Pero después de vencido este obstáculo, manteniendo la Mesa el carácter absolutamente desinteresado de esta gran conferencia y reunión pedagógica, me ha de ser lícito recomendar á los señores congresistas que libremente por su cuenta, con independencia del actual Congreso y con el derecho que todos y cada uno tienen, provoquen y celebren esas reuniones á las cuales será un punto de partida lo que en la actual Asamblea se ha hecho.

En lo que quizá no hemos estado tan felices y lo que por lo mismo pide un nuevo y más poderoso empeño, con limitación de tema de debate, ha sido en el tono poco internacional de nuestras discusiones y acuerdos. Constantemente hemos discutido y resuelto sobre el profesorado, la enseñanza y las profesiones en España. Y no sólo hemos hecho esto, sino que la principal atención la hemos puesto en la enseñanza oficial. En el programa del Congreso figuraba un tema de grandísima importancia, como que trataba de la relación internacional de las Universidades y la validez de los estudios y grados académicos. Sobre él no ha habido ponencia ni discusión ni conclusiones.

Lo atribuyo á lo delicado del problema, pero sobre todo á la circunstancia de que por muchos motivos inesperados el concurso personal y directo de nuestros hermanos de América singularmente y hasta cierto punto de los portugueses, ha sido escaso por el número de los congresistas, aunque valiosísimo por la altura y devoción de los dignos compañeros que nos han ilustrado en las últimas discusiones, aparte del medio de los trabajos escritos que nos han remitido muchos pedagogos ilustres de Portugal y América. En cambio, el número de pedagogos españoles ha sido extraordinario, y, naturalmente, por este lado han ido todos los debates y todas las resoluciones.

Pero la cosa no ha llegado á un extremo insuperable y que constituya un irremediable defecto del Congreso. El docto representante de Costarrica, Sr. Ferraz, no sólo ha tenido la bondad

de expresar sobria y elocuentemente la orgrnización pedagógica de aquella simpática República que dedica la cuarta parte de su presupuesto á la instrucción consagrando por prácticas atinadas los mayores adelantamientos conocidos en la pedagogía, sino que se ha servido presentar las bases para que en España se constituya una Escuela normal para maestros hispano-americanos. Con esta idea se relaciona la del fervoroso delegado de los Ayuntamientos de Huelva y Palos el Sr. Hernández, para la creación de una gran escuela primaria hispano-americana. Las dos ideas relacionadas han sido aprobadas con entusiasmo por el Congreso. El meritísimo pedagogo portugués Sr. Simoes Rapozo nos ilustró también con una exposición acabada del sistema pedagógico imperante en Portugal. El jefe ó director de la Comisión superior de Instrucción pública de la República Argentina, doliéndose mucho de la imposibilidad de concurrir á este Congreso, ha remitido muchos documentos oficiales sobre el estado de la enseñanza en la Plata, y acabamos de oir al eminente doctor Machado de qué suerte concurre Portugal con libros, estudios y hasta ejemplares de gran valor que acreditan la importancia que en el vecino reino se da al empeño que ahora nos interesa. Ahora mismo acabamos de exponer en los salones del Ateneo de Madrid numerosas fotografías y material de enseñanza que de Lisboa ha llegado con algún retraso y la secretaría del Congreso pedagógico está autorizada en primer término para entregar todo lo expuesto, como un donativo de nuestros hermanos de Portugal al Museo pedagógico de Madrid y para repartir entre los congresistas que lo pidan un número considerable de Memorias escritas expresamente para este Congreso é impresas por orden y cuenta del Gobierno portugués sobre el estado y porvenir de los diferentes ramos de la instrucción pública en el vecino reino.

Deploro lo indecible que el programa de nuestro Congreso y las circunstancias en que éste se ha realizado no nos hayan permitido dedicar la atención debida á estas manifestaciones de la pedagogía lusitana. Una vez más proclamo desde aquí la inmensa gratitud que debemos á nuestros hermanos del Occidente peninsular, cuya cooperación en el particular pedagógico está muy por cima de la análoga prestada á los demás Congresos. Demuéstrase, no sólo por lo expuesto en el Ateneo de Madrid y por las Memorias manuscritas que formarán parte del libro impreso que

ya preparamos con los trabajos diversos de este Congreso y por los discursos de las dignas personas que han terciado en los debates de nuestra Asamblea, si que también por la atención constante y entusiasta que á nuestras deliberaciones han dedicado casi todos los periódicos de Portugal, á los cuales envío un saludo cariñosísimo en nombre de todos los comprometidos en esta trascendental empresa de la educación intelectual y de la intimidad de espíritu y tendencias del mundo ibero-americano.

No me extraña, señores, nada de esto, porque independientemente de la corriente de aproximación de Portugal y España, que cada vez logra mayor fuerza y amplitud; independientemente de esto yo sé muy bien que el vecino reino mantiene hoy (luchando con obstáculos increibles y muy propios de su inverosímil y espléndida historia) sus grandes tradicionales prestigios en el orden intelectual y señaladamente en las esferas del derecho y la pedagogía. En tal concepto, sin modestia exagerada ni propósito político, como algún diplomático portugués ha tenido el candor de decir (aludiendo á mi humilde persona) puedo aventurar la especie de que en estos particulares tenemos ahora los españoles bastante que aprender [illegible] ne imitar de los lusitanos.

De paso también diré que mi pena por no tener espacio para estimar suficientemente la cooperación portuguesa se entiende por la falta de condiciones para apreciar las novedades pedagógicas introducidas y desarrolladas con sorprendente éxito en algunas de las Repúblicas sudamericana.

Tal estudio pudiera haberse hecho con independencia del escaso material aportado á nuestro Congreso y teniendo muy en cuenta los varios trabajos que en Europa se han hecho, por ejemplo, sobre la República Argentina, á partir del conocido libro escrito por Mr. Aipeau y publicado hace ya ocho ó diez años.

Sin embargo, estas deficiencias perfectamente explicables sirven para autorizar una excitación que me permito hacer con tanta mayor libertad cuanto que respondiendo á un escrúpulo de delicadeza he excusado en una de las últimas sesiones en una votación de esta Asamblea sobre la moción del señor don Antonio Sendras Burín, representante del Ateneo de Sevilla, para que la Mesa de este Congreso procurara la celebración periódica y frecuente de Congresos pedagógicos de mayor ó menor alcance, en diferentes localidades de la Península.

Ahora declaro que la moción me pareció excelente y que complementaba alguna fórmula de la comisión de conclusiones á que me he referido antes. No quiero excusar ante el digno representante del Ateneo de Sevilla la confesión de que, á mi juicio, y por lo que si aquella noche la tal moción tenía el voto de la inmensa mayoría de los congresistas. Pero la Mesa se ha preocupado constantemente de la armonía de este Congreso tanto como de imparcialidad de su dirección y de la impersonalidad de sus debates y de sus resoluciones, por la cual quizá ha exagerado su deseo de evitar cualquiera votación que no tuviera carácter eminentemente científico.

Bastóme, pues, que alguien temía que el acuerdo favorable á á la nación aludida resultase una especie de ventaja, prestigio ó privilegio en favor de cualquier determinado grupo de personas ó de cualquiera escuela determinada para [illegible] yo, contando con la benevolencia de los proponentes y con el generoso propósito del representante de Sevilla me permitiera poner de lado este punto. Consigno aquí mis descargos. Tal vez acontecimientos posteriores autoricen á alguien á pensar que pequé de considerado á ciertos reparos. Yo no me arrepiento, porque de aquella conducta saco nuevas razones para la recomendación calurosísima que ahora por mi cuenta hago en favor de la celebración no sólo de esos Congresos de carácter más ó menos general, sino de empeño de mucho mayor alcance y seguramente de mayor dificultad y que siempre (lo mismo si se hubiera aprobado la moción que si se hubiera desechado) ha estado y está en el círculo de la acción libre de los aficionados á la cultura de nuestra patria, independientemente de todo compromiso religioso, todo espíritu de escuela y todo interés de partido. A saber: la constitución de una gran sociedad internacional de carácter orgánico y permanente, consagrada á fomentar con la educación popular de la península ibérica la intimidad moral é intelectual de todos los pueblos y las regiones de España, Portugal y del Centro y Sur de América.

De este modo y por la instauración de centros ó núcleos de propaganda é influencia en todas las comarcas peninsulares; por una discreta y frecuente correspondencia con América sobre la base de nuestras palpitantes Antillas, y en fin, por la celebración de Congresos en Lisboa, Madrid, Barcelona, Coimbra, Oporto y Zaragoza ó Bilbao, podíamos llevar á su último extremo, dentro

de las condiciones del tiempo que vivimos, el sentido generoso y trascendental que ha inspirado al actual Congreso pedagógico y que han expresado con frase felicísima, los eminentes oradores que esta noche han producido vuestro entusiasmo.

Aparte de esto y volviendo al fondo de la cuestión, he de sostener que sólo con una gran injusticia podría negarse el carácter general de algunas soluciones que aparecen como dominantes en la Asamblea, y respecto de las cuales no he advertido reserva ni diferencia en casi ninguno de los oradores que han tomado parte en estos largos debates. Pongo por ejemplo tres ideas. La primera se refiere al carácter educativo y práctico de la enseñanza en todos sus grados, desde la escuela de párvulos hasta la Universidad. La otra es la recomendación expresa é insistente de la educación física de los alumnos. La última es la afirmación que hacen, no ya los congresistas inscriptos en la sección primera, sí que los de la segunda y cuarta que se han ocupado de la segunda enseñanza y de la enseñanza superior sobre la necesidad de dedicar en todos estos órdenes una atención especialísima al «procedimiento docente»; es decir, á la materia propiamente pedagógica que hasta poco hace se consideraba en las normales como patrimonio exclusivo de los maestros primarios.

No necesito decir el progreso que las dos primeras afirmaciones entrañan. Aún por muchos doctos se ha creído por mucho tiempo no sólo que la «educación» y la «instrucción» son dos cosas distintas, si que en el aula del profesor (sobre todo del profesor universitario) todas las atenciones deben ser exclusivamente para la segunda. El error ha trascendido al punto de dar carácter puramente formalista á la enseñanza de la cátedra y tono eminentemente oratorio á las explicaciones del profesor, con lo cual se perjudica la claridad de la enseñanza y se hace casi imposible la relación afectuosa, íntima y eficaz del maestro y el discípulo. Es decir, aquella intimidad de espíritu, aquel trato cordial y constante, aquella delicada correspondencia en que se armonizan el respeto la devoción y el cariño que palpitan en el fondo de las expléndidas y fecundas escuelas helénicas y que sostuvieron y hasta caracterizaron, en su primer período, á las Universidades de la edad moderna. Quizá bien estudiadas las cosas, en este punto se verifica una verdadera restauración de ideas y tendencias casi perdidas ó perdidas del todo en los últimos doscientos años de

predominio del bárbaro lema de «la letra con sangre entra» y del «santo temor de la escuela y del dómine.»

Cierto que el progreso gederal de los tiempos y señaladamente los avances que se han realizado en el derecho político rectificaron más ó menos dentro del segundo tercio del siglo que vivimos estas últimas exageraciones; pero no menos verdad que en esta misma época y por diversos motivos y diferentes conductos se ha comprometido el valor propio y carácter definitivo de la enseñanza, sobre todo en algunas órdenes, dándose á la cátedra el aparato y el aire de la tribuna y convirtiendo al profesor en una especie de poseedor de un beneficio, de que se disfruta por los méritos de una oposición que proporciona un derecho tan perfecto como el de la propiedad de cualquier cosa, y que autoriza al que lo ha conseguido á dedicar casi toda su actividad á otros empeños que el pedagógico con tal de reservar hora y media diaria para, desde lo alto de la tarima, pronunciar su discurso á un centenar de jóvenes más ó menos distraídos y preocupados constantemente de inventar vacaciones y conseguir un «título». No tengo para qué discutir estos que no me atrevo á llamar *problemas*. Pero si me atrevo á decir, sin reservas de ninguna especie, que todo eso contradice fundamentalmente los supuestos de cualquier orden pedagógico; así como afirmo que el mal ha llegado al punto de reclamar enérgico y urgente correctivo. Por fortuna la opinión de los congresistas de ahora ha sido unánime.

La ha sido también respecto del particular de la educación física del alumno, en cuyo punto ya puede decirse que recomiendan positivas novedades, iniciadas en nuestro país de muy pocos años á esta parte. Porque seguramente nadie tendrá por compensaciones del carácter eminentemente especulativo ó literario de la vieja enseñanza universitaria, ni como rectificación del sentido exageradamente espiritualista entrañando en el famoso «desprecio de la carne» y la prórroga de la jurisdicción del diablo á todo lo que afectaba al aseo personal, las explosiones de los estudiantes de la tuna y los accidentes de la «pedrea» en las campas vecinas á la escuela.

La cuestión es muy otra y en su actual planteamiento han influído, no sólo el progreso de la pedagogía, si que el cambio operado en el modo general de considerar la vida y de relacionar los conceptos primordiales y las direcciones de la ciencia, de todo lo

cual son efectos, entro otros, el movimiento económico contemporáneo, el arte naturalista, el desarrollo de la industria en condiciones de libertad y aún de febril concurrencia; y, en fin, el vuelo prodigioso últimamente adquirido por las ciencias físico-químicas y el sentido de aplicación que ha determinado la creación y profusión de las escuelas de artes y oficios.

(*Continuará*)

LA RELIQUIA.

(CONTINUA)

Soporífera, fastidiosa, fué nuestra marcha por entre las colinas de Judá. Sucédense lívidas, redondas como cráneos, marchitas, agostadas por un viento de maldición; sólo á trechos, en alguna estribación, rastrea raquítico zarzal que en la inexorable vibración de la luz parece de lejos la roña de la vejez y el abandono. El suelo, color de cal, chispea; y el silencio radiante entristece como el que cae de la bóveda de una caverna. Lento y negro, rondando en torno nuestro, un buitre se destacaba en el intenso fulgor del cielo..... Al declinar el sol levantábamos nuestras tiendas en las ruinas de Jericó.

Entonces descansamos sabrosamente en los suaves tapices, en medio la dulzura de la tarde, bebiendo sorbos de limonada. La humedad de un riachuelo, que sollozaba cerca de nuestro campamento por entre arbustos silvestres, mezclábase al aroma de las flores que los cubrían, amarillas como las de la retama; más lejos corría un verde prado de altas hierbas, salpicado por la blancura de vanidosos y lánguidos lirios; y junto á las orillas, en parejas, se paseaban las pensativas cigüeñas. Del lado de Judá se erguía el monte de la Cuarentena, torvo, fosco en su tristeza de penitencia eterna; y del lado de Moab mis ojos se perdían en la vieja y sagrada tierra de Canaan, arenal ceniciento y desolado que se extiende, como la blanca mortaja de una raza fulminada, hasta las soledades del Mar Muerto.

Al amanecer, con las alforjas bien repletas, emprendimos la votiva romería. Estábamos en Diciembre: este invierno de Siria era transparente y suave: á mi lado, trotando por la fina arena, el erudito Topsius me contaba como esta planicie de Canaan estuvo en otro tiempo cubierta de ciudades numerosas, de blancos caminos orillados de viñedos y de aguas de regadío que refrescaban los muros de las eras: las mujeres, adornadas con anémonas, pisaban la uva cantando; el perfume de los jardines era más grato al cielo que el incienso; y las caravanas que entraban en el valle por el lado de Segor hallaban aquí la abundancia del rico Egipto, y decían que era este, en verdad, el vergel del Señor.

—Después, prosiguió Topsius sonriendo con sarcasmo infinito, un buen día el Altísimo se llenó de aborrecimiento y todo lo arrasó!

—Y por qué? Por qué?

—Por odio, por mal humor, por ferocidad.....

Los caballos relincharon al oler las aguas malditas, que luego aparecieron, extendidas hasta las montañas de Moab, inmóviles, mudas, espejeando solitarias bajo el cielo solitario. Se comprende que todavía pesa sobre ellas la cólera del Señor, cuando se piensa que allí yacen, ha tantos siglos, sin una villa como Cascaes, sin blancas barracas de lona alineadas á su orilla, sin regatas, sin pesquerías, sin que señoras, sencillas y de zuecos, recojan poéticamente las conchas de sus arenas, sin que las alegren, en las horas de las estrellas, los violones de una asamblea de fiesta entre luminares de gas. Y allí yacen, muertas, enterradas entre cadenas de montañas como entre las piedras de un sepulcro.

—Allí estaba la ciudadela de Makeros, dijo gravemente el erudito Topsius, alzado sobre los estribos, alargando el quitasol hacia la costa azulada del mar. Allí vivió uno de mis Herodes, Antipas, el tetrarca de Galilea, hijo de Herodes el Grande; allí, don Raposo, fué degollado el Bautista.

Y siguiendo al paso para el Jordán (mientras el festivo Potte nos torcía cigarros con buen tabaco de Aleppo), Topsius me refirió aquella lamentable historia. Makeros, la fortaleza más altiva del Asia, se alzaba sobre pavorosas rocas de basalto; sus murallas tenían ciento cincuenta codos de altura; apenas si las aguilas podían llegar hasta las cúpulas de sus torres. Vista por fuera aparecía soturna y negra, pero en lo interior resplandecían los marfiles, los jaspes, los alabastros; en sus techos de cedro el oro cente-

lleaba como las constelaciones de un cielo de verano. En el centro de la montaña, en un subterráneo, hallábanse las doscientas mulas de Herodes, las más bellas de la tierra, blancas como la leche, con crines negras como el ébano, que solo se alimentaban con bollos de miel, y que eran tan ligeras que podían correr, sin mancillar su pureza, por sobre un prado de azucenas. Mas en lo interior de la montaña, en un calabozo, yacía cautivo Iokanan, á quien la Iglesia llama el Bautista.

—Mi esclarecido amigo, ¿cómo murió el Bautista?

—Ahora lo sabrá, don Raposo...

Herodes había conocido en Roma á Herodiade, sobrina suya y esposa de su hermano Filipo, que vivía en Italia, indolente y olvidado de Judea, disfrutando del fausto latino. Herodiade era una belleza espléndida, sombría!... Antipas Herodes se la robó, á su hermano, huyendo con ella en una galera, con la que abordó á Siria: repudió á su mujer, una moabita noble, hija del rey Aretas, á quien obedecían el desierto y las caravanas; y vino á esa fortaleza de Makeros á ocultar sus incestuosos amores. Devota cólera estalló en Judea contra tamaño ultraje á la ley del Señor! Antipas Herodes, artero, mandó á buscar al Bautista, que predicaba en el valle del Jordán...

—¿Para qué lo llamaba, Topsius?

—Pues para ver si el rudo profeta, mimado, acariciado por la alabanza y el vino de Sichem, aprobaba sus criminales amores, por la influencia de su palabra, que dominaba en Judea y en Galilea, y los hacía aparecer á los ojos de los fieles cándidos como la nieve del Carmelo. Pero, desgraciadamente don Raposo, el Bautista carecía de originalidad. Era, sin duda, un santo muy respetable, pero sin ninguna originalidad... El Bautista imitaba en todo servilmente al gran profeta Elías; como Elías vivía en una cueva; se cubría con pieles de fieras como Elías; como Elías se alimentaba con langostas; repetía las imprecaciones clásicas de Elías; y como éste había clamado contra el incesto de Achab, así el Bautista tronó contra el incesto de Herodiade! Y esto, Don Raposo, por pura imitación.

—¿La mazmorra lo haría enmudecer?

—¡Quiá! Rugió más, de modo que ponía miedo! Y Herodiade escondía la cabeza para no oir el clamor de maldición que salía del fondo de la montaña.

Yo balbucié con lágrimas en los ojos:

—Y entonces Herodes mandó degollar á nuestro buen San Juan!

—Nó! Antipas Herodes era un carácter flaco, un hombre tibio, aunque era lúbrico, extraordinariamente lúbrico. ¡Cuantas indecisiones! Además, como todos los galileos, Herodes tenía su flaqueza secreta: una simpatía irresistible por los profetas; amen de que temía también la venganza de Elías, el protector, el amigo de Iokanan. Porque Elías no murió, don Raposo. Habita en el cielo, vivo, de carne y hueso, y anda cubierto de harapos, implacable, vociferando, espantoso...

—¡Alabado sea el Señor! murmuré horripilado.

—Pues así anda...Iokanan vivía sin dejar de rugir. ¡Cuan sutil y sinuoso es el odio de la mujer, don Raposo! Llega, en el mes de Schebat, el día del cumpleaños de Herodes, y con este motivo hubo un suntuoso festín en Makeros, al que asistió Vitelio, que á la sazón viajaba por Siria. Don Raposo recordará al gordo Vitelio, que más tarde llegó á ser señor del mundo...Pues á la hora en qué, por el ceremonial de las Provincias Tributarias, se bebía á la salud del César y de Roma, entra de súbito en la sala, al son de los tamboriles y danzando á usanza de Babilonia, una virgen maravillosa. Era Salomé, la hija de Herodiade y de Filipo, que ella había hecho educar secretamente en un bosque de Cesarea, cerca del Templo de Hércules. Salomé siguió danzando, desnuda, deslumbradora. Antipas Herodes, inflamado, aturdido por los deseos, le promete dar todo lo que ella le pidiese por solo los besos de sus labios...Salomé toma un plato de oro, mira á su madre, pide la cabeza del Bautista.

Antipas, aterrado, le ofrece la ciudad de Tiberiades, tesoros, las cien aldeas de Genesareth...Salomé sonríe, mira de nuevo à su madre, y otra vez, danzando levemente, pide la cabeza de Iokanan...Entonces todos los convidados, Saduceos, Escribas, ricos homes de Decapola, el mismo Vitelio y los otros romanos, gritaron alegremente: «Tu prometiste, tetrarca, tu haz jurado, tetrarca!» Momentos después, don Raposo, entró un negro de Idumea, mostrando un alfange en una de las manos, y en la otra, asida por los cabellos, la cabeza del profeta. Así acabó San Juan, por cuya memoria, en suave noche de Junio, se canta y se encienden hogueras...

Yendo al paso, embebidos en el relato de cosas tan antiguas, vimos á lo lejos, en la leonada arena, una faja de verdura triste y color de bronce. Potte gritó: «el Jordán! el Jordán!» Y en arrebatado galope partimos para el rio de la Escritura.

El festivo Potte conocía, en las orillas de la corriente bautismal, un sitio delicioso para una siesta cristiana; y en él pasamos las horas calientes del medio día, echados sobre un tapiz, lánguidos y bebiendo cerveza después de haber sido enfriada en las aguas del rio santo. El rio hace allí un suave y claro remanso, como para reposar de la lenta y fatigosa jornada que, desde el lago de Galilea, ha hecho á través del desierto; y antes de sumergirse para siempre en las aguas amargas del Mar Muerto, se duerme allí, se explaya sobre la fina arena, canta en voz queda, lleno de trasparencia, haciendo rodar los guijarros lustrosos de su lecho, y dormita en los sitios más frescos, inmóvil y verde, á la sombra de los tamarindos..... Por encima de nuestras cabezas oíase el rumor de las hojas de los elevados chopos de Persia; entre las hierbas se mecían flores desconocidas, con las que adornaban sus trenzas las vírgenes de Canaan en las mañanas de vendimia; y en la oscuridad de los ramajes, en donde ya no venía á asustarlas la voz espantosa de Jehovah, gorjeaban tranquilas las cucurrucas. Frente á nosotros se elevaban, azules y sin mancha, como si estuviesen hechas de un solo bloque de piedra preciosa, las montañas de Moab. El cielo, mudo, sereno, como lleno de recogimiento, parecía descansar del tumulto que lo agitara cuando allí vivía, entre preces y mortandades, el sombrío pueblo de Dios; y donde constantemente agitaban sus alas los Serafines y flotaban los ropages de los profetas arrebatados por el Altísimo,—era un consuelo ver ahora pasar una bandada de palomas silvestres, volando hacia los vergeles de Engaddí.

Obedeciendo la recomendación de tití, antes de marchar me dí un baño en las aguas del rio bautismal. Primero, sobrecogido de emoción beata, fuí pisando la arena con reverencia, como si fuese la alfombra de un altar mayor, y desnudo, con los brazos cruzados y el agua á la rodilla, puse el pensamiento en San Juan y murmuré un padre nuestro. Después me eché á reir, quise disfrutar de aquella bucólica bañera sombreada por árboles; Potte me arrojó la esponja y me cubrí de espuma de jabón en las sagradas aguas, tarareando el fado de Adela.

Cuando íbamos á partir en nuestros caballos, vimos una tribu de beduinos, descendiendo de las colinas de Galgalá, que guiaban sus rebaños de camellos para que abrevasen en el Jordán; las crías, lanudas y blancas, corrían y balaban; los pastores, altas las lanzas, lanzando gritos de guerra, galopaban, dejando flotar los holgados albornoces...Parecía que resurgía en todo el valle, en el esplendor de la tarde, una pastoral de la edad bíblica, del tiempo de las mocedades de Agar. Erguido en la silla, bien sujetas las riendas, sentí un impulso de heroismo; en aquel instante ambicioné una espada, una Ley, un Dios por quien combatir...Lentamente se fué extendiendo por la sacra planicie religioso silencio. La cumbre del elevado cerro de Moab se vistió de raro fulgor, color de rosa y oro, como si en ella nuevamente, fugitiva, al pasar, se reflejase la faz del Señor. Topsius alzó la sapiente mano:

—Aquella cumbre iluminada, don Raposo, es el Moriah, donde murió Moisés!

Me extremecí. Y saturado de las divinas emanaciones de aquellas aguas, de aquellos montes, me sentí fuerte, igual á los varones fuertes del Exodo. Me pareció que yo era uno de ellos, familiar de Jehovah, que estaba recien llegado del negro Egipto, habiendo traído mis sandalias en la mano...El manso suspiro de la brisa venía de las tribus de Israel, brotando del confin del desierto. Por las lejanas costas, seguida de una escolta de ángeles, el Arca dorada descendía balanceándose sobre los hombros de dos levitas vestido de lino y cantando salmos. Otra vez reverdecía en las secas arenas la tierra de Promisión. Jericó se divisaba por entre los trigos; á través de los apretados palmares se oían resonar, al compás de la marcha, los clarines de Josué!

No pude contenerme, me arranqué el casco y vociferé sobre Canaan este aullido piadoso:

—¡Viva Nuestro Señor Jesucristo!

¡Viva toda la Corte Celestial!

Al siguiente día, que era Domingo, el incansable Topsius partió, con su inseparable quitasol, para estudiar las ruinas de Jericó, la vieja ciudad de las Palmeras que Herodes cubriera de termas, de templos, de jardines, de estatuas, y en donde ocurrieron sus tortuosos amores con Cleopatra...Y yo, á la puerta de la tienda, á horcajadas sobre una caja, quedé saboreando café, contemplando el pacífico aspecto de nuestro campamento. El coci-

nero desplumaba un pollo; el beduino catarroso y triste, junto al agua, limpiaba con arena su inofensivo alfange; y nuestro lindo arriero se olvidaba de las raciones de las yeguas, para seguir en el cielo, que brillaba como el zafiro, la blanca mancha de las cigüeñas que volaban en parejas hacia Samaria.

Después me puse el casco de lienzo y con las manos hundidas en los bolsillos, eché à andar al acaso para gozar de la dulzura de la mañana, y canturreando un *fado* tiernísimo..... Pensaba en Adela y en el señor Adelino..... Revolcándose en la alcoba, besándose furiosamente, tal vez me llamaban *santurrón* en aquellos mismos momentos en que yo me paseaba por las tierras de la Escritura. A aquella hora tití estaría saliendo para oir misa en Santa Ana; los mozos de la Montaña, desgreñados y soñolientos, estarían sacudiendo el polvo á los paños de los billares; y el doctor Margaride, en la ventana que mira á la plaza de la Higuera, poniéndose los espejuelos, estaría disponiéndose á leer el *Diario de Noticias*. Oh! mi dulce Lisboa!..... Más acá, pero siempre lejos, á un lado del desierto de Gaza, en el verde Egipto, mi Maricoquiñas estaría llenando de magnolias y rosas el vaso de su balcón; el gato estaría durmiendo sobre la fofa silla de pana; ella suspirando por su «valiente portuguesito»..... Volví á suspirar y el *fado* que canturreaba fué más tierno y más triste..... Y de pronto, siempre vagando, me hallé como perdido en un sitio solitario y melancólico. Estaba distante del rio y de los aromáticos arbustos de flores amarillas; ya no divisaba nuestras blancas tiendas; ante mí se extendía en llano circular un terreno árido, lívido, todo de arena, rodeado de cantos lisos y erectos como los muros de un pozo, tan lúgubres que la rubia luz de aquella caliente mañana de Oriente, desmayaba en ellos, en agonía mortal, diluida y triste. El paisaje me hizo recordar esos grabados que representan desolados yermos, y en que un ermitaño de largas barbas medita sobre un in-folio, al lado de una caravela. Ningún solitario aniquilaba allí su carne en penitencia heróica. Solamente en medio del áspero recinto, aislado, orgulloso, con aspecto raro y un no se qué de reliquia, como si los cantos se hubiesen alineado en torno para formarle como una tapia de Sagrario,—erguíase un árbol tan repulsivo, que al verle espiró en mts labios la última frase del *fado*.

Era un tronco gueso, chato, hundido y sin asomos de raíces,

semejante á una mosca enorme bruscamente clavada en la arena; la corteza, lisa, tenía el lustre oleoso de la piel de una negra; de su cabeza, entumida, y de color de tizón apagado, salían, como largas piernas de araña, ocho gajos, que conté uno por uno, prietos, cerdosos, viscosos y erizados de espinos..... Después de mirar en silencio aquel monstruo, me quité poco á poco el casco y murmuré:

—¡Alabado sea el Señor!

Me había dado cuenta de que me hallaba en presencia de un árbol ilustre. Fué seguramente de un gajo igual (el noveno tal vez) que, arrancado y torcido en forma de corona por un centurión romano de guarnición en Jerusalén, se ornó sarcásticamente, en el dia del suplicio, la cabeza de un carpintero de Galilea, condenado..... Sí, condenado por andar, entre tranquilas aldeas y por los santos patios del Templo, diciéndose hijo de David, diciéndose hijo de Dios, por predicar contra la vieja Religión, contra las viejas Instituciones, contra el antiguo Orden, contra las viejas Formas! Y por haber tocado ese gajo los incultos cabellos del rebelde, tornóse divino, subió á los altares, y puesto en lo alto de los sacros tronos, hace que á su paso, en las procesiones, las muchedumbres se postren enternecidas.....

En el colegio de los Isidros, los miércoles y sábados, el seboso padre Soares decía, con su inolvidable boca sin dientes, «que hay, niño, en cierto sitio de la Judea»... Aquel cierto sitio era este en que yo estaba!... «un arbol que, según dicen los autores, es cosa que horripila»...¡Es este mismo! Yo tenía ante mis frívolos ojos de Bachiller el sacratísimo Arbol de los Espinos!

Una idea surcó mi espíritu con el brillo de una iluminación del Cielo. Llevar á tití uno de esos gajos, erizados de espinas, como la reliquia más fecunda en milagros, á la que ella podía consagrar sus ardores de devota y pedirle confiadamente celestiales mercedes! «Si entiendes que merezco alguna cosa por lo que he hecho por tí, tráeme entonces de esos santos lugares una santa reliquia...»Así me habló la señora doña Patrocinio de las Nieves, la víspera de mi piadosa jornada, embutida y como entronizada en sus bermejos damascos, en presencia de la Magistratura y de la Iglesia, dejando escapar una gota de llanto por debajo de sus austeros espejuelos oscuros. Que podría yo ofrecerle más sagrado, más enternecedor, más eficaz que un ramo del arbol de los Espi-

nos, cogido en el valle del Jordán, en una clara y rosada mañana, á la hora de la misa?

De repente me asaltó profunda inquietud... ¿Y si realmente circulaba una virtud trascendental por las fibras de aquel tronco? Y si tití empezaba á mejorar del hígado, á reverdecer, si yo colocase en su oratorio, entre luces y flores, uno de estos gajos erizados de espinos? ¡Oh codicia misérrima! Era yo quien iba á llevarle neciamente el principio milagroso de la Salud, para que se tornara rígida, indestructible, inenterrable, con los contos de G. Godinho apretados en la avara mano! Yo! Yo, que solo empezaría á vivir cuando ella empezase á morir!

Rondando en torno del arbol de los Espinos, ronco y sombrío, le dije: «Anda, monstruo, habla! ¿Eres reliquia divina con poderes sobrenaturales? ¿O eres á secas un arbusto grotesco con un nombre latino en las clasificaciones de Linneo? Habla! ¿Tienes, como el espino que coronó la cabeza de Jesús por escarnio, el don de sanar? Si te llevo conmigo para un Oratorio portugués muy lindo, librándote del tormento de la soledad y de las melancolías de lo oscuro, dándote allí los regalos del altar, el incienso vivo de las rosas, las llamas acariciadoras de las velas, el respeto de las manos piadosas, todas las caricias de la oración,—no ha de ser para que tu, prolongando indulgente una existencia que estorba, me prives de la rápida herencia y de los goces á que mi carne joven tiene derecho! Si por haber atravesado el Evangelio te haz embebido de ideas pueriles de Caridad y de Misericordia, y llevas la intención de curar á tití, entonces permanece aquí, entre estos cantos fustigado por el polvo del desierto, recibiendo el excremento de las aves de rapiña, condenado á aburrirte en el eterno silencio! ...Mas si prometes permanecer sordo á las preces de tití, comportarte como un pobre gajo seco y sin influencia y no interrumpieres la apetecida descomposición de sus tejidos,—entonces vas á tener en Lisboa el suave agasajo de una sala vestida de damasco, el calor de besos devotos, todas las satisfacciones de un ídolo, y yo habré de rodearte de tanta adoración que no habrás de envidiar al Dios que tus espinos hirieron...Habla, monstruo!»

El monstruo no habló. Pero enseguida sentí, como si me impregnase el alma, consoladora, con una frescura de brisa de estío, el presentimiento de que en breve moriría tití y se podriría en su hoyo. El arbol de los Espinos enviaba, por la comunicación que

se establece entre todos los seres de la naturaleza, de su savia á mi sangre, aquel nuncio de la muerte de la señora doña Patrocinio, como promesa cierta de que, transportados al oratorio, ninguno de sus gajos impediría que el hígado de la hedionda señora se hinchase y se deshiciese...Y esto vino á ser entre el arbol y yo, en aquel yermo, como un pacto de muerte, sombrío y profundo.

¿Era aquel, realmente, el Arbol de los Espinos? La rapidez de su condescendencia me hizo sospechar de la excelencia de su divinidad. Entonces resolví consultar al sólido y sapientísimo Topsius. Corrí á la fuente de Eliseo, donde él estaba rebuscando piedras, lascas, despojos, restos de la orgullosa Ciudad de las Palmeras. Hallé al luminoso historiógrafo acurrucado junto á una poza de agua, escarbando un trozo de pilastra negra, medio enterrada en el lodo. A su lado un burro, olvidando la tierna yerba, comtemplaba filosóficamente y con melancolía, el afán, la pasión de aquel sabio, que se arrastraba por el suelo en busca de las Termas de Herodes.

Conté á Topsius mi hallazgo, le referí mis incertidumbres..... Enseguida se puso en pié, servicial, celoso, presto siempre para las lides del saber.

—¿Un arbusto de espinos? murmuraba enjugándose el sudor. Tiene que ser el *Nabka*..... vulgarísimo en toda Siria! Hasselquist, el botánico, pretende que de él se hizo la Corona de Espinas..... Tiene unas hojitas verdes, muy punzantes, en forma de corazón, como las de la yedra..... Ah! ¡¿no las tiene? Perfectamente: pues entonces es el *Lycium Spinosum*, el que sirvió, según la tradición latina, para la Corona de la Injuria..... Creo que la tradición es futil y que Hasselquist es ignaro, infinitamente ignaro.....Yo he de poner eso en claro, Don Raposo, he de aclararlo para siempre, irrefutablemente!

Echamos á andar. En el yermo, ante el árbol horripilante, Topsius, alzando catedráticamente el pico, recorrió por un momento los depósitos interiores de su sapiencia—y luego declaró que yo no podía llevar á mi devotísima tía reliquia de más precio. Su argumentación fué deslumbradora. Todos los instrumentos de la Crucificación—dijo, haciendo girar el quitasol—los Clavos, la Esponja, la Caña verde, divinizados un momento como materiales de la Divina Tragedia, volvieron á entrar, poco á poco, por exigencias de la civilización, en los usos más groseros de

la vida.....Así el Clavo no quedó *per eterunm* en la ociosidad de los altares, recordando las Sacratísimas Llagas: la humanidad, católica y comerciante, llegó á tener que utilizar el clavo como instrumento precioso: habiendo traspasado las manos del Mesías, asegura hoy, laborioso y modesto, las tapas de impurísimos cajones..... Los más reverentes hermanos del Señor de los Pasos emplean la Caña para pescar; entra en la fulgente composición del cohete; y el Estado mismo (tan escrupuloso en materia religiosa) la usa en las noches alegres en que pone en vigor una nueva Constitución y en los festejos y delirios de las bodas de los Príncipes..... La Esponja, empapada en el vinagre del sarcasmo y ofrecida en una lanza, se emplea hoy en los irreligiosos ceremoniales de la limpieza, que siempre la Iglesia reprobó como cosa digna de odio..... Hasta la Cruz, la Forma suprema, ha perdido entre los hombres su divina significación. La cristiandad, después de usarla como lábaro, la ha relegado al papel de mero adorno. La cruz es broche, cuelga de los collares, campanea en las pulseras; la graban en los sellos para lacrar y la incrustan en los botones para los puños; y, en fin, en este soberbio siglo la Cruz más pertenece á la Orfebrería que á la Religión..... Pero la Corona de Espinas, Don Raposo, esa *no ha vuelto á servir para más nada!*

Sí, *para más nada!* La Iglesia la recibió de las manos de un procónsul romano,—y ha quedado sola y para toda la eternidad en la Iglesia, conmemorando el Gran Ultraje. En todo este vario Universo solo ella ha encontrado un lugar que le es congénere en la penumbra de las capillas; su único mérito es persuadir á la contrición. Jamás joyero alguno la imitó en oro, cubriéndola de rubíes, para una cabeza rubia; ella no es más que Instrumento de Martirio; con gotas de sangre, sobre las cabezas de las imágenes, provoca lágrimas de infinita compasión..... El más hábil industrial, después de retorcerse pensativamente las manos, la restituiría á los altares como cosa inútil en la Vida, en el Comercio, en la Civilización; ella es solo atributo de la Pasión, recurso de los tristes, enternecedora de los flacos. Solo ella, entre los accesorios de la Escritura, provoca sinceramente la oración. Quien, por dado que sea á la adoración de los atributos, se prosternaría y balbuciría Padre Nuestros delante de una esponja caida dentro de una tina, ó de una caña inclinada en la margen de un rio?.....

En cambio, para la Corona de Espinas siempre se alzan las manos de los creyentes; la sensación de su deshumanización se siente hastaen la melancolía de los Misereres!

¿Qué mayor maravilla podría yo llevarle á tití?

—Oh! Topsius! Tu palabra es de oro puro. Pero la otra, la verdadera, *la que sirvió*, sería arrancada de aquí, de este mismo tronco? ¿Eh, amigo?

El erudito Topsius desdobló lentamente su pañuelo de grandes cuadros, y declaró (contra la futil tradición latina y contra el ignaro Hasselquist) que la Corona de Espinas fué hecha de una zarza, fina y flexible, que abunda en los valles de Jerusalén, que se emplea para hacer lumbre y para erizar los vallados, y que dá una florecilla roja, mústia y sin olor.....

Yo murmuré, apesadumbrado:

—Qué dolor! A mi tía le agradaría tanto que hubiese sido hecha con espinas de este mismo arbusto! Topsius, mi tía es tan rica!.....

Entonces el sagaz filósofo comprendió que hay Razones de Familia como hay Razones de Estado, y estuvo sublime. Extendió la mano hácia el árbol, cubriéndolo corto momento con la garantía de su ciencia, y pronunció estas palabras memorables:

—Don Raposo, hemos sido buenos amigos...Puede usted asegurar á su señora tía de parte de un hombre que toda Alemania escucha en cuestiones de crítica arqueológica, que el gajo que usted le lleva, arrancado de este arbol, dispuesto en forma de corona, fué...

—Fué? repetí ansioso.

—Fué el mismo que ensangrentó la frente del rabino-Jeschoua Natzarieh, á quien llaman los latinos Jesús de Nazareth, y á quien otros llaman también el Cristo!...

Había hablado el alto saber germánico! Abrí la hoja de mi navaja sevillana y corté uno de los gajos. Y mientras Topsius volvía á buscar entre las húmedas yerbas la ciudadela de Cypron y otras piedras de los Herodes, yo me volví á las tiendas, con aire de triunfo, llevando el precioso hallazgo. El placentero Potte, sentado en una silla de montar, estaba moliendo café.

—Soberbio gajo! gritó al verlo. ¿Quiere que le haga una corona? Es cosa de mucha devoción!...

Y enseguida, con sus manos singularmente diestras, el jocoso

hombre entrelazó el rudo gajo en forma de corona santa. Cuan parecida, cuan conmovedora!...

—Solo le faltan las gotas sangre, murmuraba yo enternecido. Jesús, como se le va á caer la baba á tití cuando la vea!

Más, ¿cómo llevaríamos para Jerusalen, á través de los cerros de Judá, aquellos incómodos espinos, que, en la forma consagrada de la Pasión, ya parecían ávidos de rasgar carne inocente? Para el festivo Potte no había dificultades: sacó del fondo de sus próvidas alforjas una fofa nube de algodón en rama; con ella envolvió delicadamente la Corona del Agravio, cual si fuese fragil joya; después con una hoja de papel pardo y una cinta escarlata hizo un envoltorio redondo, sólido, ligero y nítido... Y yo, sonriendo, liando el cigarro, pensaba en el otro envoltorio de lazos de seda, oliendo á violeta y amor, que había quedado en Jerusalen, esperando por mí y por el favor de mis besos.

—Potte! Potte! grité radiante de contento. No sabes tú cuanto orova á proporcionarme ese gajo que acabas de empaquetar!

Apenas regresó Topsius de la sacra fuente de Eliseo, para celebrar el hallazgo providencial de la Gran Reliquia, hice que Potte destapara una de les garrafas de Champagne que venían en nuestras alforjas. Topsius bebió por la «Ciencia»! Yo bebí por la «Religión»! Y abundantemente la espuma del *Moet et Chandon*, brotando por los rotos cascos de oro, regó la tierra de Canaan.

En la noche, para completar la festividad, encendimos una hoguera, y las mujeres árabes de Jericó vinieron á bailar delante de nuestras tiendas. Nos recogimos avanzada la noche, cuando por sobre Moab, para los lados de Makeros, aparecía la luna, delgada y semi-circular, como el alfange de oro que cercenó la cabeza ardiente de Iokanan.

El envoltorio de la Corona de Espinas estaba al borde de mi catre. La lumbre se extinguió y nuestro campamento quedó sumergido en el silencio infinito del Valle de la Escritura... Tranquilo, regalado, también quedé dormido.

III.

Haría seguramente dos horas que así dormía, tieso é inerte en el catre, cuando me pareció que una trémula claridad, como de

una antorcha humeante, penetraba en la tienda, y que á través de ella me llamaba una voz quejumbrosa y doliente:

—¡Teodorico! ¡Teodorico! Levántate y parte para Jerusalén!

Asustado arrojé la manta y ví al doctísimo Topsius que, á la luz de una vela, rebuscaba sobre la mesa en que estaban las botellas del Champagne y se calzaba en el pié rápidamente una vieja espuela de hierro. Era él quien me había despertado, fervoroso, diligente:

—En pié, Teodorico, en pié! Las yeguas están ensilladas! Mañana es Páscua! Al amanecer debemos llegar á las puertas de Jerusalén!

Mesándome los cabellos, contemplé con pasmo al sesudo Doctor:

—Oh! Topsius! Vamos á partir así, bruscamente, sin nuestras alforjas, dejando las tiendas abandonadas, como si huyésemos despavoridos?

El erudito hombre alzó sus espejuelos de oro que resplandecían con desusada, irresistible intelectualidad. Una capa blanca, que antes no había usado, envolvía su docta delgadez en graves y puros pliegues de toga latina, y lento, perfilado, abriendo los brazos, dijo, con labios que me parecieron clásicos y de marmol:

—Don Raposo! Esta aurora que va á nacer y á poco asomará en las cimas del Hebrón, es la del quince del mes de Nizán; y no hubo en toda la historia de Israel, desde que las tribus volvieron de Babilonia, ni habrá, hasta que Tito venga á poner al Templo el último cerco, un día más interesante! Es preferible estar en Jerusalén para ver, viva y rumorosa, esta página del Evangelio! Vamos, pues, á celebrar la santa Páscua á casa de Gamaliel, que es amigo de Hilliel y amigo mío, un conocedor de las letras griegas, patriota fuerte y miembro del Sanhedrin. Fué él el que dijo: «para librarte del tormento de la duda, imponte una autoridad.» Por tanto, don Raposo, en pié!

Así murmuró mi amigo, erecto y lento. Y yo, sumisamente, como ante un mandato celeste, comencé á calzarme en silencio la bota de montar. Apenas me envolví en el albornoz, me empujó, impaciente, fuera de la tienda, sin darme tiempo para recojer el reloj y la faca sevillana que todas las noches, cauteloso, yo escondía debajo de mi almohada. La luz de la vela se extinguía, humosa y rojiza..... Debía de ser cerca de media noche. Oíase á

lo lejos el ladrido de dos perros, sordamente, como si partiesen de entre los muros de frondosas quintas. El aire silencioso y dormido olía á rosas de vergel y á flor de naranjo. El cielo de Israel brillaba con raro esplendor, y por encima del monte Nebo, un astro muy bello y muy blanco, de una refulgencia divina, parecía ojear para mí, palpitando ansioso, como si procurase, cautivo en su mudez, decirle un secreto á mi espíritu!

Las yeguas aguardaban, inmóviles bajo sus largas crines. Y mientras Topsius ajustaba laboriosamente los estribos, divisé del lado de la fuente de Eliseo una forma maravillosa que me llenó de inexplicable y profundo terror.

A la diamantina claridad de las estrellas de Siria veíase como la muralla recien blanqueada de una ciudad nueva. Frontones de Templos blanqueaban vagamente entre la espesura de los bosques sagrados; hácia las colinas distantes veíanse como en fuga constante los ligeros arcos de un acueducto. Una llama humeaba en lo alto de una torre; más abajo, moviéndose, relumbraban puntas de lanzas; un prolongado sonido de bocina se desvanecía en las sombras... Al abrigo de los bastidores, una aldea dormía bajo un grupo de palmeras.

Topsius, ya puesto en la silla; se envolvió en la mano las crines de la yegua.

—Aquello blanco que se ve allá, ¿qué es?

El respondió sencillamente:

—Jericó.

Partimos al galope. No sé cuanto tiempo seguí, sin decir palabra, al noble historiador de los Herodes. Ibamos por una calzada muy recta, pavimentada de losas negras de basalto. Ah! cuan diferente del áspero camino que habíamos seguido para llegar á Canaan, deslumbrante y color de cal, á través de colinas en que los raros zarzales semejaban, en la irradiación de la luz, un despojo de vejez y de abandono! Todo en torno mio me parecía diferente también, la forma de las rocas, el olor de la tierra caliente, hasta la palpitación de las estrellas..... ¿Qué mudanza se había operado en mí, qué mudanza se había operado en el Universo? A veces una chispa de furgo saltaba de las herraduras de las yeguas. Y Topsius seguía galopando, agarrado á las crines, batiendo el aire con las dos bandas de su capa blanca como los pliegues de una bandera que azota el viento.....

De súbito, Topsius se detuvo. Estábamos frente á una casa cuadrada, rodeada de árboles, muda y sin lumbre, y que mostraba un asta en que giraba de extraño modo, como recortada en una lámina de hierro, la figura de una cigüeña. A la entrada aún llameaba una hoguera; removí las ascuas y ví, á la luz que produjeron, que estábamos en una antigua posada, á la orilla de un camino más antiguo todavía. Por debajo de la cigüeña. encima de la puerta estrecha y erizada de clavos, brillaba en color negro sobre una lápida blanca, la tableta latina: *Ad Gruem Majorem*, y á su lado, llenando parte de la fachada, veíase otra inscripción, rudamente tallada en la piedra, que yo descifré con trabajo, y en que Apolo prometía la salud al huésped, y Septimanus, el hospedero, le garantizaba risueña acogida, baño reparador, vino fuerte de la Campania y frescos de Engaddi, y «toda clase de comodidades á usanza de Roma.»

EÇA DE QUEIROZ.

(*Continuará*)

SOBRE UN LIBRO DE BOTÁNICA

(Continúa)

III

El último capítulo de las NOCIONES es más extenso que los dos anteriores, se nombra *Fitografía*, está basado en la parte especial de los ÉLÉMENTS DE BOTANIQUE de Van Tieghem (1888), y á veces se basa en la del TRAITÉ (1884). A continuación enunciaremos las principales divergencias y afinidades que se notan entre estas obras y aquella.

***

1º En el libro que analizamos, se suprimen muchas descripciones consignadas en los ÉLÉMENTS y en el TRAITÉ. En lugar de ellas, el Dr. G.-Maza emplea con frecuencia una repetición de los caracteres utilizados por Van Tieghem para formar sus cuadros taxinómicos ó *resúmenes*; pero en otros casos, quedan los grupos de vegetales, huérfanos hasta de esa descripción *sui géneris*; ejemplos: El Dr. G.-Maza suprime los párrafos que Van Tieghem (ÉLÉMENTS, págs. 8 á 13 inclusives, y 67, 68 y 69) dedica al *Thalle*, *Mode de vie y Reproduction* de los *Hongos* y de las *Algas*; y procura suplir esta falta, repitiendo los caracteres que le han servido para dividir las *Talofitas* en dos clases (*). Por supresión total de

(*) «III. *Fitografía.—Tipo I.—Talofitas.—(Thallophytæ)*.—Plantas sin raices, ó no vasculares, y ordinariamente sin hojas. Reciben el nombre de Talofitas porque en estos vegetales el cuerpo está constituido simplemente por una expansión de forma variada llamada *talo* (*thallus*).—Este tipo, que abraza los organismos vegetales

los caracteres de seis familias de *Rodofíceas*—el Dr. G.-Maza admite diez en este orden; pero Van Tieghem, en 1891, reduce su número á cinco—se pasa directamente, en las NOCIONES, desde el nombre del grupo, á la indicación de las especies cubanas (*); de las cuatro familias restantes, no se nombran tres, y la última (*Gigartináceas*) se describe mediante la repetición de los caracteres inscriptos en el cuadro taxinómico. Van Tieghem divide el orden de las *Dialipétalas superovariadas* en cinco subórdenes: el Dr. G.-Maza no les asigna ninguna categoría, ni expone la significación de los nombres que llevan los cuatro *tipos* á que son referidos (**).

2º Los caracteres del orden *Oomicetos* son extractados, suprimiéndose detalles importantes. Si después de admitirse en las NOCIONES [pág. 16 (***] cuatro familias de *Mixomicetos*, se cambia de parecer en la pág. 22 (****), y es trasladado el género *Plasmo-*

más sencillos, comprende dos clases.

« { generalmente falta la clorofila. *Hongos.*
{ generalmente existe la clorofila. *Algas.*

«Además, hay que estudiar los *Líquenes* ó simbiosis fungo-álgicas.—*Clase I.*—*Hongos.*—(*Fungi*).—Talofitas generalmente desprovistas de clorofila.—Esta clase comprende 6 órdenes: Mixomicetos, Oomicetos, Ustilagíneos, Uredíneos, Basidiomicetos y Ascomicetos.» (Pág. 21 de las NOCIONES).

«*Clase II.—Algas.*—(*Algæ*).—Talofitas generalmente provistas de clorofila.—Esta clase comprende 4 órdenes, ó sean: Cianofíceas, Clorofíceas, Feofíceas y Floríideas.» (Pág. 26 de las NOCIONES).

(*) «*Gelídeas.*—(*Gelidieæ*).—Especie cubana: *Gelidium radicans*, Montagne.—*Criptonémicas.*—(*Cryptonemieæ*).—Especie cubana: *Grateloupia pennatula*, Kützing (Sporochnus pennatula, Pœppig).—*Coralináceas*—(*Corallinaceæ*).—Especie cubana: *Jania Cubensis*, Montagne.» (Ejemplos tomados de la pág. 31).

(**) «Étamines	en nombre indéfini, simples.	Type polystémone.	*Renonculacées.*
	en deux verticilles, ramifiées.	Type méristémone.	*Malvacées.*
	en deux verticilles, simples.	Type diplostémone.	*Géraniacées.*
	en un verticille, simples.	Type isostémone.	*Célastracées.*

(ÉLÉMENTS. II. 1888. Pág. 252).

«*Sub-orden I.—Dialipétalas Superovariadas.*—(*Dialypetalæ superovariatæ*).—Pétalos libres. Ovario superior. Realizan los 4 tipos siguientes: 1º, polistémono; 2º, meristémono; 3º, diplostémono; y 4º, isostémono.» (NOCIONES. Pág. 59).

(***) «Tipo I. *Talofitas.—Clase I.—Hongos.—Orden I. Mixomicetos.*—1. Endomíxeos.—2. Cerácieas.—3. Acrásieas.—4. Plasmodiofóreas.—*Orden II. Oomicetos.*—5. Quitridíneas.—6. Vampiréleas.—7. Ancilísteas.—8. Mucoríneas.—9. Entomoftóreas.—10. Peronospóreas.—11. Saprolégnieas.—12. Monoblefarídeas.»

(****) «El orden de los Mixomicetos comprende las tres familias siguientes: Endomíxeos, Cerácieas y Acrásieas. La familia de las Plasmodiofóreas, que Van Tieghem admitía en su *Traité de Botanique*, París, 1884, queda anulada por el mismo autor en sus *Eléments de Botanique*, II, París, 1888; y su único género, *Plasmo*

dióphora al orden *Oomicetos*, indispensable es una explicación de ese cambio, ó por lo menos, deben conservarse íntegramente las generalidades que, respecto del talo, inscribe Van Tieghem en sus ÉLÉMENTS (*). Dados los caracteres que admite el Dr. G.-Maza (**), no es posible concebir que las *Plasmodiofóreas* pertenezcan á los repetidos *Oomicetos*.

3º Las familias que se describen con prolijidad, no pertenecen á la *Criptogamia*. Podemos asegurar decisivamente, que el Dr. G.-Maza no ha dado tanta extensión á la *Criptogamia* como á la *Fanerogamia*: una afirmación contraria, es por completo errónea. Se observa, además, que las familias estudiadas en la *Fanerogamia* no siempre son las más importantes del orden á que corresponden; v. gr.: Las cinco familias de *Liliíneas* tienen representantes cu-

---

diophora, se coloca actualmente entre los que forman la tribu de las *Olpídicas*, en la familia de las *Quitridíneas*.—Resumiendo, el orden se divide como sigue:

«Plasmodio	fusionado. Esporas	internas.....	Endomíxeos.
		externas.....	Cerácieas.
	agregado		Acrásieas.»

(Pág. 22 de las NOCIONES).

(*) «En outre, leur thalle, qui prend d' ailleurs les formes les plus diverses, diffère de celui de tous les autres Champignons parce qu'il n'est pas cloisonné en cellules, et, de plus, se distingue de celui des Myxomycètes parce qu'il est enveloppé d'une membrane de cellulose. Quelquefois l'apparition de cette membrane est tardive, et jusque-là le thalle se montre animé de mouvements amiboïdes qui le font ressembler à un Myxomycète (certaines Chytridinées).» (Pág. 22).

(**) «*Orden II.—Oomicetos* —(*Oomyceti*).—Hongos cuyo talo, unicelular, está provisto de membrana celulósica, y que forman huevos.—Se distinguen los Oomicetos de todos los demás Hongos, en que son los únicos entre estos que producen huevos, y porque su talo carece de tabiques, estando provisto de membrana celulósica. —Van Tieghem, *Eléments de Botanique*, II, París, 1888, admite las siete familias que siguen:

«Huevo formado por	isogamia....	Zoosporas.	fusionándose.....	Vampiréleas.
			no fusionándose..	Quitridíneas.
		Esporas	endógenas	Mucoríneas.
			exógenas.....	Entomoftóreas.
	heterogamia.	sin anterozóides.....	Esporas exógenas	Peronospóreas.
			Zoosporas	Saprolégnieas.
		con anterozóides.....		Monoblefarídeas.

«La familia de las Ancilísteas, que admite Van Tieghem en su *Traité de Botanique*, París, 1884, es repudiada por su autor en sus elementos, donde distribuye los géneros que la constituían junto con los que forman la tribu de las *Olpídicas* en la familia de las *Quitridíneas*.—*Mucoríneas*.—*Mucorineæ*.—*Oomicetos cuyos huevos se forman por isogamia, y que tienen esporas endógenas*.—Las Mucoríneas forman la única familia del orden que tiene especies cubanas, las cuales son el *Mucor croceus*, Montagne; y el *Mucor Mucedo*, Linneo.» (Pág. 23 de las NOCIONES).

banos, y el Dr. G.-Maza elige la titulada *Xiridáceas*, por más que, en la página 52, manifiesta lo siguiente· «Propiedades. No ofrecen interés alguno.»

4º Para el Dr. G.-Maza, los *Líquenes son erróneamente considerados por algunos autores como constituyendo una familia* de *Ascomicetos*, y á pesar de lo que expresa en las NOCIONES (*), no describe una sola forma de *Liquen*.

5º El Dr. G.-Maza al hablar del aparato reproductor de los *Musgos*, admite algunas definiciones, que también se hallan impresas en los ÉLÉMENTS DE BOTANIQUE de Duchartre (**).

6º Los caracteres del cuadro de las *Liliíneas* se diferencian un tanto de los asignados por Van Tieghem.

7º El Dr. G.-Maza reune en un solo cuadro las familias del

(*) «Los Líquenes no son, pues, organismos, y como en las clasificaciones se entiende que los ordenes, familias, géneros y especies, están formados por organismos, resulta que los Líquenes no pueden constituir ninguno de esos grupos taxinómicos, que en los Líquenes no hay especies, que sus factores ó elementos deben estudiarse entre los Hongos y las Algas, y que, por último, si se dedica capítulo aparte al estudio de la totalidad formada por esos elementos es por que esa totalidad no puede estudiarse entre los Hongos y las Algas, sus factores, á causa de que ambos entran en su composición, y de que, por las condiciones explicadas de reproducir un Líquen la simbiosis ó asociación fungo-álgica dicha Líquen, así como ofrecer los Líquenes numerosas formas, conviene estudiarse especialmente, y admitir para estas formas designaciones que no son, por tanto, nombres de especies, y sí de las variantes que esas simbiosis fungo álgicas ofrecen.» (Págs. 32 y 33).

(**) «El invólucro de los anteridios se llama *perigonio*, el de los arquegonios *periginio*; el que envuelve á la vez anteridios y arquegonios (exclusivamente, como se deduce, en los casos de monoecia), se dice *perigamio*. La monoecia se manifiesta de dos maneras: 1ª, existen en una planta anteridios y arquegonios separados y con invólucros distintos, de modo que la planta cuenta con perigonio y periginio; 2ª, existen en una planta anteridios y arquegonios reunidos por el mismo invólucro, de modo que la planta solo cuenta con perigamio. Al desarrollarse el fruto, evoluciona un nuevo ciclo de hojas, que estaba rudimentario antes de la fecundación, y este invólucro recibe el nombre de *periquecio*. El profesor Van Tieghem difiere de estas definiciones: llama *periquecio* al invólucro que encierra solamente arquegonios ó á la vez anteridios y arquegonios, y *perigonio* al que solamente encierra anteridios.» (Pág. 35 de las NOCIONES).

«Ces organes reproducteurs sont entourés par un involucre de feuilles ordinaires, et que Schimper appelle: *Périgone* (*Perigonium*), quand il accompagne les anthéridies; *Périgyne* (*Perigynium*), quand il entoure seulement des archégones; *Périgame* (*Perigamium*), quand il embrasse les deux à la fois. Plus tard le fruit sortira du milieu d'un autre involucre formé postérieurement et qui a reçu le nom de *Périchèze* (*Perichætium*).» [Pág. 1042. Duchartre, ÉLÉMENTS DE BOTANIQUE, 3ª ed., 1885].

orden *Apétalas superovariadas.* Muchas especies del género *Lacistema*—único de *Lacistemáceas*, familia incluída por el Dr. G.-Maza entre las de *perigonio nulo*—tienen cáliz, y no todas las *Clorantáceas* ofrecen flores unisexuales. Las familias de *Apétalas inferovariadas*, así como las de *Gámopétalas inferovariadas*, se encuentran reunidas respectivamente en un cuadro.

8º En las NOCIONES, se deja de infringir el artículo 48 de las leyes de la Nomenclatura, cuando en la pág. 69 se dice, por medio de una nota, que *Dicapetáleas* (familia) corresponde á G.-Maza. Durand en la pág. 62 de su INDEX, dice «*Ordo* XLVI. *Dichapetaleæ.*» En la pág. 564, tomo sexto, del DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO-AMERICANO, se dan los caracteres de las *Dicapetáleas*, serie de *Euforbiáceas* biovuladas, y se dice que este grupo «comprende los tres géneros *Dichapetalum*, *Stephonopodium* y *Tapura.*»

9º El Dr. G.-Maza suprime numerosas tribus; ejemplo: no se encuentra en las NOCIONES ningún grupo de esa gerarquía que corresponda á los órdenes *Mixomicetos* y *Oomicetos*; y la falta es imperdonable en el segundo orden, puesto que en la misma obra, por dos veces, es aludida la tribu *Olpídieas* de la familia *Quitridíneas* (Véanse notas de las págs. 532 y 533). No obstante las dos expresadas alusiones, ni siquiera se repite el nombre *Quitridíneas*—Van Tieghen en 1891 escribe ya *Chytridiacées*—para poder copiar después la división en tribus que es sumamente sencilla (*).

10. En varias familias, el Dr. G.-Maza sólo menciona los nombres de las tribus; v. gr.: En la de los *Himenomicetos* (**).

11. En la página 27 de las NOCIONES, se dice lo que sigue: «La división taxinómica de la familia [*Bacteriáceas*] es aún bastante deficiente, pero puede señalarse otra clasificación que presta numerosos servicios á la Agricultura, á la Medicina y á otros ra-

(*) «*Chytridiées.*—Thalle extérieur.—*Rhizidiées.*—Thalle mixte.—*Olpidiées.*—Thalle intérieur.» (ÉLÉMENTS. II. 1888. Pág. 26).

(**) «*Orden V. Basidiomicetos.*—(*Basidiomyceti*).—Hongos cuyo talo está provisto de membrana celulósica y ofrece tabiques. Carecen de huevos y se reproducen mediante la formación de esporas, en número definido, en el ápice de células especiales llamadas *básides ó espoforos* y reunidas en un *himenio.*—Según la disposición del himenio, el orden se divide en tres familias, todas con representantes cubanos; son las que expresa el siguiente cuadro:

«Himenio.. ..	externo.....	gelatinoso.....	Tremelíneas.
		no gelatinoso.....	Himenomicetos.
	interno.....		Gasteromicetos.

«*Himenomicetos.*—(*Hymenomyceti*).—*Basidiomicetos de himenio externo, no gela-*

mos de los conocimientos humanos. Esta clasificación es la de Bacteriáceas cromógenas, zimógenas y patógenas.» Cierto es que la división de ese grupo en *Bactéricas*, *Merísteas* y *Sarcíneas*, adoptada por Van Tieghem en 1884 y 1888, es deficiente; pero antes que abandonar el campo de la Botánica, como lo hace el Dr. G.-Maza, debe admitirse la que el mismo Van Tieghem publica en 1891 (*). Puede comprobarse fácilmente que esta división en tribus no es nueva: basta revisar las clasificaciones de Zopf, Cohn, Rabenhorst, Cornil y Babes, etc. También en 1891, publica Trabut (PRÉCIS DE BOTANIQUE MÉDICALE, págs. 438 á 440 inclusives) una sencilla clasificación morfológica, que está basada en idénticos principios.

12. En distintas familias, el Dr. G.-Maza establece dos veces la división en tribus; ejemplo: En la de las *Sifonadas* (**).

---

tinoso.—Esta familia es una de las más numerosas que existen en los Hongos, y se divide en cinco tribus.

«TRIBUS.		GÉNEROS PRINCIPALES.
I.	*Clavárieas*	Clavaria.
II.	*Telefóreas*	Corticium, Telephora.
III.	*Hídneas*	Hydnum, Irpex.
IV.	*Polipóreas*	Polyporus, Boletus.
V.	*Agaricíneas*	Lentinus, Agaricus, Amanita.

«Entre las 51 especies cubanas de la familia, merecen citarse: *Irpex maximus*, Montagne. *Gloeoporus conchoides*, Montagne. *Trametes Sagræana*, Montagne. *Polyporus vulgaris*, Fries. *Polyporus adustus*, Fries. *Schizophyllon commune*, G. Maza (nombre). etc., etc.» (Pág. 25 de las NOCIONES).

(*) «*Micrococcées.*—Cellules sphériques, toujours immobiles.—*Bacillées.*—Cellules cylindriques, se dissociant en tronçons plus ou moins longs.—*Leptotrichées.*—Cellules cylindriques, associées en longs filaments.» (TRAITÉ DE BOTANIQUE, 2ª ed., pág. 1207).

(**) «*Sifóneas.*—(*Siphoneæ*).—*Clorofíceas con talo continuo, tubuloso, ordinariamente ramificado. Tienen zoosporas; y están provistas de huevos formados por isogametes móviles, ó por oosferá y anterozóide. Ofrecen estación variable* (*mar, aguas dulces, etc*).—Comprenden las siguientes tribus.

«TRIBUS		GÉNEROS PRINCIPALES
I.	*Esciádieas*	Protococcus (?), Sciadium.
II.	*Briopsídeas*	Bryopsis, Herpochæta.
III,	*Códieas*	Codium ... } No cubanas.
IV.	*Vauquérieas*	Vaucheria ... } No cubanas.

«Tribu I. *Esciádieas* (*Sciadieæ*) Talo simple.—En esta tribu se coloca el *Protococcus viridis*, cosmopolita, común en Cuba, y en el que se vé modernamente una forma ó faz del desarrollo de alguna otra planta inferior.—Tribu II. *Briopsídeas* (*Bryopsideæ*). Talo ramoso, no macizo, isógamo.—Son sus especies en Cuba: *Bryopsis ramulosa*, Montagne; y *Herpochæta fastigiata*, Montagne.—Tribu III. *Códieas* (*Codieæ*). Talo ramoso, macizo, isógamo. No cubana.—Tribu IV. *Vauquérieas*

13. Al rechazar el Dr. G.-Maza (Pág. 39 de las NOCIONES) los nombres *Asplénieas* ó *Aspleniesæ* y *Asplenium*, sustituyéndolos por *Aspléneas*, (*Aspleneæ*) y *Asplenum*, probablemente se inspiró en un artículo publicado por E. Fournier en el DICTIONNAIRE DE BOTANIQUE de Baillon, tomo 1º, año de 1876 (*). En varios DICCIONARIOS encontramos *Asplenium, ii*, y *Asplenum, i*; así como *Asplenus* y *Asplenius, a, um*. El nombre que nos ocupa, procede del griego, siendo ἀ priv. y σπλήν sus radicales: En la pág. 234 del DICTIONNAIRE GREC-FRANÇAIS de Alexandre (XII ed.), aparece Ἄσπληνον, ου (τὸ), *remède pour la rate, asplenium ou céterach, sorte de fougère*; en la pág. 1305 existe Σπλήνιον, ου (τὸ), *bandage, asplenium, sorte de fougère*: Mérat y De Lens afirman que Dioscórides denominó *Asplenion* al Céterach, *Asplenium Ceterach* L. Ahora bien, si el Dr. G.-Maza combate el uso de la desinencia *um* en los nombres de radicales griegas—al extremo de escribir SCHIZOPHYLLON COMMUNE, G.-Maza (nombre), por *Schizophyllum commune* Fr(ies)—¿cómo admite el término *Asplenum*, al propio tiempo que rechaza el *Asplenium*? Con tales precedentes no es posible considerar como erróneos los términos *Asplénieas* (*Aspleniesæ*) y *Asplenium*.

14. El Dr. G.-Maza divide las *Palmas* en siete tribus, adoptando, por única vez para grupos de esta naturaleza la forma de cuadro sinóptico (**). Se diferencia esta división en tribus de la que publica Van Tieghem, en que las *Coryphées* están reemplazadas por las dos subtribus que del mismo grupo acepta Endli-

(*Vaucherieæ*). Talo ramoso, no macizo, heterógamo. No cubana.» (Págs. 28 y 29 de las NOCIONES).

(*) «*Asplenum*. Désigne, dans les auteurs anciens, le *Ceterach officinarum* (*Asplenium Ceterach* L.). Ce nom, plus conforme à la véritable étymologie, est préféré aujourd'hui par les auteurs allemands au mot *Asplenium*, généralement usité et qui a pris droit de cité dans la science. La botanique ne nous paraît rien avoir à gagner à de tels changements dans la nomenclature. [E. F.]» (Pág. 296),

(**) «Clasificación.—Entre las diversas clasificaciones de las Palmas, la siguiente parece la más aceptable por su sencillez:

«Fruto	sin escamas. Carpelos.....	separados en la flor. Hojas.....	en abanico.....	*Sabalíneas.*
			pennadas.	*Fenicíneas.*
		soldados en la flor. Hojas.....	en abanico.....	*Borasíneas.*
			pennadas. Nuez: cerrada.....	*Arecíneas.*
			pennadas. Nuez: perforada...	*Cocoíneas.*
	cubierto de escamas.....	Hojas.	en abanico.....	*Lepidocárieas.*
			pennadas.....	*Calámeas.*»

(Pág. 50 de las NOCIONES).

cher, y las *Lépidocaryées* están subdivididas en dos tribus: *Lepidocárieas* y *Calámeas* (esta última es subtribu para Bentham y Hooker). Las desinencias *ées* de *Borassées*, *Cocosées* y *Arécées*, están reemplazadas por *íneas*: Endlicher escribe *Sabalineæ*, *Phænicineæ*, *Borassineæ*, *Cocoineæ* y *Arecineæ*. Los caracteres asignados por el Dr. G.-Máza á las tribus de Palmas, son los mismos que emplea Van Tieghem (*).

15. Al dividir el Dr. G.-Maza la penúltima familia de *Iridíneas*, en cinco tribus, suprime los caracteres que permiten distinguir, entre sí, las *Epidéndreas*, *Vándeas*, *Neótieas* y *Ofrídeas*; conservando, en cambio, los que separan la tribu *Cipripédieas* de las cuatro anteriores (**).

16. En la familia Euforbiáceas, se notan unas tribus descritas con arreglo al sistema empleado por Baillon, otras con sujeción al de Van Tieghem, y otras, en fin, sin caracteres (***).

(*) «1. *Coryphées*.—Carpelles libres.—2. *Lépidocaryées*.—Carpelles concrescents, écailleux.—3. *Borassées*.—Carpelles concrescents, nus. Feuilles palmées.—4. *Cocosées*.—Carpelles concrescents, nus. Feuilles pennées. Drupe à noyau perforé.—5. *Arécées*.--Carpelles concrescents, nus. Feuilles pennées. Drupe à noyau fermé.» (Pág. 1364. TRAITÈ. Año 1884).

(**) «Las Orquídeas forman las Monocotiledóneas Ginándreas de Endlicher, y se dividen de la siguiente manera:

«TRIBUS		GÈNEROS PRINCIPALES.
	I.	Una antera.
I.	*Epidéndreas*.....	Pleurothallis, Epidendrum, Masdevalia.
II.	*Vándeas*.....	Oncidium, Cyrtopodium.
III.	*Neótieas*.....	Vanilla, Neottia, Goodyera.
IV.	*Ofrídeas*.....	Orchis, Habenaria, Satyrium.
	II.	Dos ó tres anteras
V.	*Cipripédieas*.....	Cypripedium, Selenipedium, Apostasia.

«Entre las numerosas especies silvestres en Cuba, además de las nombradas *Vainilla*, tienen nombres nombres vulgares las siguientes: el *Pleurothallis univaginata*, Lindley: *Flor de Llantén*; el *Epidendrum fucatum*, Lindley: *Vainilla amarilla*: el *Epidendrum Bahamense*, Grisebach: *San Pedro*; el *Epidendrum Phœniceum*, Lindley: *San Pedro*; el *Epidendrum macrochilum*, Hooker: *Vainilla rosada*; el *Epidendrum cochleatum*, Linneo: *Cañuela*; la *Brassia caudata*, Lindley: *Girafa*; y el *Leochilus salvus*, Grisebach: *Mosquito*.» (Pág. 55 de las NOCIONES).

(***) «Tribu III. *Jatrófeas* (*Jatropheæ*). Carpelos 1-ovulados. Flores masculinas y femeninas separadas; con ó sin corola. Cáliz valvar ó imbricado, con ó sin disco glanduloso. Estambres en número definido ó indefinido, insertos en el centro de la flor ó al rededor de un cuerpo central. Filamentos estaminales rectilineos,

«Euphorbiacées uniovulées.—III Ja *trophées*.-Fleurs unisexuées, avec ou sans pétales. Calice valvaire ou imbriqué, avec ou sans disque glanduleux. Étamines en nombre défini ou indéfini, insérées au centre de la fleur ou autour d' un corps central. Filets staminaux rectilignes, dressés, ou peu incurvés, parfois plissés

17. El Dr. G.-Maza divide la familia que él titula *Genciáneas*, en dos tribus: «*Eugenciáneas* (*Eugentianeæ*, G.-Maza; *Gentianeæ* Grisebach, in de Candolle, *Prodromus*, pars IX)» y «*Meniánteas* (*Menyantheæ*; Grisebach, *loc. cit.*).» De modo que en las NOCIONES, por infringirse al nombrar la familia el art. 21 de las leyes de la Nomenclatura, se infringe también el art. 24 al denominar la tribu primera. Bentham y Hooker escriben «*Ordo* CIX. *Gentianeæ*; pero lo dividen en cuatro tribus: *Exaceæ*, *Chironieæ*, *Swertieæ* (á ésta pertenece el género *Gentiana*) y *Menyantheæ*. Baillon, en su HISTOIRE DES PLANTES (tomo X. Año 1891. Págs. 124 y 125), nombra *Gentianacées* al grupo, y lo divide en cuatro tribus: *Exacées*, *Chironiées*, *Gentianées* y *Ményanthées*.

El Dr. G.-Maza, después de la tabla de las tribus de *Lobélieas* (*), dice en la pág. 82: «Las tres primeras tribus corresponden en todo á las así llamadas por Alfonso de Candolle en el *Prodromus*, tomo VII; las Eulobélieas corresponden en todo, salvo en el nombre, propuesto por G.-Maza, á las Lobélieas de aquel autor; las Cífieas corresponden en todo, salvo en el nombre propuesto por G.-Maza, á las Cifiáceas de Alfonso de Candolle.»

Como hemos visto, la anteposición de la partícula *eu* contradice á lo que previene el art. 24, y es consecuencia de haber desatendido el 21: Por consiguiente la denominación *Eulobélieas* es errónea.

Bentham y Hooker dividen la familia *Campanulaceæ* (GÉN Pl.,

erguidos ó algo encorvados, á veces plegados en el botón.» (Pág. 64 de las NOCIONES).

«Tribu VII. *Calitríqueas* (*Callitricheæ*). Carpelos 2-ovulados, con falso tabique.» (Pág. 65).

«Tribu VIII? *Tetralíxeas* (*Tetralyxeæ*), G.-Maza, nombre. Sin importancia; formada solamente por el *Tetralyx brachypetalus*, Grisebach, endémico en Cuba.» (Pág. 65).

dans le bouton.» (HISTOIRE DES PLANTES. tomo V. Pág. 156).

«4. *Callitrichées*.—Carpelles biovulés. avec fausse cloison.» Van Tieghem. TRAITÉ. 1884. Pág. 1453).

(*) «Comprenden 24 géneros con 500 especies, repartidas en 5 tribus, cuyos géneros principales son de ver en la tabla siguiente:

«TRIBUS.		GÉNEROS PRINCIPALES.
I.	*Deliseáceas*.....	Delissea, Centropogon.
II.	*Clintónieas*.....	Clintonia, Grammatotheca.
III.	*Lisipómeas*.....	Lysipoma.
IV.	*Eulobélieas*.....	Lobelia, Isotoma, Siphocampylus, Tupa.
V.	*Cífieas*.....	Cyphia.»

t. II., pág. 541) en tres tribus: *Lobelieæ*, *Cyphieæ* y *Campanuleæ*. Baillon—HIST DES PL., t. VIII, 1886, págs. 347, 348 y 349—admite siete séries de *Campanulacées: Campanulées*, *Sphénoclées*, *Lobéliées*, *Cyphiées*, *Goodéniées Brunoniées* y *Phyllachnées*, y en una nota de la pág. 348, establece la correspondencia de *Cyphiées* con el *ordo Cyphiaceæ* de A. D. C. En el DICC. ENCICLOP. citado, se encuentran *Cifiáceas* y *Cifieas* (*). Antes que vieran la luz las NOCIONES, se había ya publicado este nombre de tribu en tres idiomas: latino, francés y castellano, si bien en el último no lleva acentuación como esdrújulo: ¿Cómo el Dr. G.-Maza, que en la pág. 45 no se apropia el nombre *Ciceas*, entiendo que ha propuesto el de *Cifieas*?

Advertimos que Alfonso de Candolle no escribió *Deliseáceas*; *Clintónieas*, *Lisipómeas*, *Lobélieas* ni *Cifiáceas*, sino *Delisseaceæ*, *Clintonieæ*, *Lobelieæ*, *Lysipomeæ* y *Cyphiaceæ*, siguiendo á Presl en las tres primeras denominaciones; y que *Deliseáceas* es nombre impropio de tribu, debiendo reemplazarse por *Deliseas*.

Van Tieghem (1884) incluye en las *Lobéliées*, los tres géneros que forman la tribu *Cyphieæ* (**): *Cyphia*, *Nemacladus* y *Cyphocarpus*; posteriormente (1888) refunde dichas *Lobéliées* en las *Campanulacées*. El Dr, G.-Maza mantiene la independencia de la primera familia, y expresa, en la página 82, lo que transcribimos: «Tribu V. *Cifieas* (*Cyphieæ*). Se diferencia de las demás tribus en tener sus anteras completamente libres. Comprende solamente el género *Cyphia*, con varias especies del Cabo de Buena Esperanza.»

19. Van Tieghem divide las *Rubiáceas* en tres grandes tribus. Bentham y Hooker distribuyen esa familia en series, subseries y veinticinco tribus. El Dr. G.-Maza, prescindiendo de esas clasificaciones, copia once de las tribus admitidas por Baillon; pero al formar sus dos cuadros de géneros cubanos, que examinaremos más adelante, establece divisiones anónimas, las cuales convienen (especialmente por los caracteres) con agrupaciones de Bentham y Hooker.

(*) «*Cifiáceas* (de *cifia*): f. pl. *Bot.* Orden que comprende el género *Cyphia*.—*Cifieas* (de *cifia*): f. pl. *Bot.* Tribu de Campanuláceas, caracterizado por tener una corola irregular, anteras libres y flores axilares, solitarias ó reunidas en racimos. Comprende los tres géneros *Cyphocarpus*, *Nemacladus* y *Cyphia*.» (Págs. 61 y 62 del tomo V).

(**) Bentham y Hooker; pues según Baillon, las *Cyphieæ* comprenden además el género *Parishella* A. Gray.

20. Van Tieghem (TRAITÉ, 1884, pág. 1346) divide las *Gramíneas* en *Panicacées* y *Poacées*, añadiendo después los nombres de trece tribus y de los principales géneros. El Dr. G.-Maza copia esa distribución, conserva los nombres *Panicáceas* y *Poáceas* [contrarios al art. 23 de las leyes de la Nom. Véase la nota (*) de la pág, 403, REVISTA CUBANA.], titula subfamilias á las *deux grandes subdivisions* y suprime sus caracteres. Desde 1888, Van Tieghem no transcribe la anterior división en tribus, y consigna en su lugar, dos grupos de esa gerarquía: *Phalaridées* y *Poées*. En las *Acantáceas* se admiten asímismo subfamilias; pero en este caso se anotan caracteres.

21. La tribu *Melastómeas*, de la familia *Melastomáceas*, y la de las *Anóneas*, de las *Anonáceas*, son divididas por el Dr. G.-Maza en subtribus, sin que se exprese otra cosa que los nombres de ellas. En algunas tribus de *Compuestas*, refiere dicho autor que sus géneros están «distribuídos en varias sub-tribus (sub-séries de Baillon)» sin indicar sus nombres.

A. BOSQUE.

(Continuará.)

ACLARACIONES.—Al referirnos á la 2ª ed. del TRAITÉ de Van Tieghem, en el número de la REVISTA CUBANA correspondiente al 31 de Mayo próximo pasado, escribimos 1892 por 1891; pero salvamos la errata en la pág. 472.

En el mismo artículo hubo dos omisiones, las cuales se corrigieron en la nueva tirada que, para satisfacer numerosos pedidos, fué preciso realizar. Las rectificaciones fueron: 1ª En la línea 21 de la página 401. «Endlicher, De Candolle y otros, escriben *Borragineæ*; B. de Jussieu y Bentham y Hooker, *Boragineæ*; Lindley, *Boraginaceæ*; y Baillon *Boraginacées.*» 2ª En la página 404, después de la línea 12: «Otro dato de gran importancia puede oponerse á la denominación *Cariofíleas*. En el DICTIONNAIRE GREC-FRANÇAIS de Alexandre, XII ed., pág. 733, se encuentra *Καρύα, ας* (ἡ),

noyer ou noisetier; en la pág. 734, *Κάρυον, ου (τὸ), noix, tout fruit semblable à une noix par sa forme ou sa dureté*; y en la pág. 1554, *Φύλλον, ου (τὸ), feuille.* Mérat y De Lens, Dict., II, 1830, pág. 119, manifiestan que Plinio conocía las hojas del Nogal, bajo el nombre de *Caryophyllon.* Por otra parte, el inciso 3º del art. 60, previene que debe rechazarse un nombre cuando *implica un carácter ó atributo positivamente falso en la totalidad del grupo en cuestión, ó solamente en la mayoría de los elementos constitutores de éste.* No encontrándose analogía entre las hojas del Nogal y las del Clavel, si no se admitiese la restauración del nombre genérico *Caryophyllus*, mucho menos podría aceptarse esa denominación como específica; y por tanto la de *Cariofíleas*, con la cual podría decirse que también se desobedece al art. 24 y aún al inciso 1º del art. 60.»

A. BOSQUE.

LIBROS NUEVOS

PEDRO PABLO FIGUEROA.—*Las Campanas.*—Tradiciones del Hogar. (1 vol., 125 pàgs.) Santiago de Chile—1893.

Poco á poco se va desvaneciendo la leyenda que desfiguraba la última revolución chilena, que el partido vencedor, la oligarquía aliada á la teocracia, representó al mundo entero como un motín de ambiciosos audillado por un tiranuelo de baja estofa, un Rosas letrado y cortesano. El tiranuelo era el Presidente constitucional de la República de Chile; el Congreso, adversario de los planes reformitas del primer magistrado, hizo caer, en cortísimo período, diez y siete ministerios; se negó, faltando á la ley, á formar presupuestos; vencido en la lucha legal por la energía y la resolución con que el Presidente aceptó el reto, sublevó la escuadra y el ejército, sobornó las masas, hizo causa común con el clero, corrió á torrentes la sangre chilena, en medio del incendio, el saqueo y el ultraje, mas duro que el del extranjero enemigo. El Congreso ganó la última batalla: el Presidente Balmaceda se refugió en una Legación, y el mismo día y á la misma hora en que, por la carta fundamental, cesaba en el ejercicio de su alta magistratura, se quitó la vida con la serena é íntima convicción de que cumplía el último de sus deberes como patriota chileno, y la primera de sus obligaciones como hombre de honor.

El nuevo libro del señor Figueroa es un índice de ciertos episodios de esa revolución, es la narración, comentada en tonos diversos, de las persecuciones, de las violencias, de las arbitrariedades, de los ultrajes, de los sacrificios cometidos por los vencedores.

El autor, que es un propagandista tenaz, vehemente y convencido, quiere que su libro vaya de hogar en hogar como una «enseñanza y un ejemplo, ya que en él se señala el mal y se indica el correctivo, se ensalza la virtud y se muestra la recompensa, se aplaude la lealtad, se celebra el heroismo, se compadece la desgracia, se estigmatiza el crimen y se reclama la justicia.» El señor Figueroa no desespera del triunfo de la causa que encarnó el Presidente Balmaceda. «Vencidos por la fuerza del crimen, dice, confiamos en la justicia, más ó menos temprana, de nuestro credo de libertad y democracia, que aunque tardía siempre se hará á tiempo para reconocer la soberanía del pueblo y para que expien sus culpas los delincuentes del martirio de la República.» «Una derrota suele ser muchas veces la precursora de un triunfo más duradero y fecundo. El desastre de Cancha Rayada, en la noche triste de la independencia, fué el nuncio sangriento de la victoria de Maipú, que pronosticó en las calles de Santiago el heróico tribuno y guerrillero Manuel Rodríguez al grito sublime de: «¡Aún tenemos pátria!»

La revolución que triunfó en el sangriento campo de batalla de la Placilla, en su furia destructora, se ha hecho reo del delito cometido por Morillo cuando justificó la ejecución de venerables y sabios patriotas neo-granadinos. Al grito de «¡Viva la Religión!», «¡Mueran los herejes!», lanzado por uno de los caudillos del clericalismo, «las turbas, idiotizadas por el alcohol y el fanatismo,» destruyeron los manuscritos de *la Cuestión Social en Chile,* producto de una consagración de muchos años, del eminente publicista don Jacinto Chacón; los manuscritos de las *Contradicciones de la Biblia,* comentarios críticos y filosóficos por don Juan Rafael Allende; unos estudios de investigación del origen de las lenguas, también inéditos y originales del citado señor Allende; *La Elocuencia de la Palabra,* manuscrito del periodista don Rafael León Lavín; dos volúmenes, inéditos, de una obra de economía política de don Malaquías Concha; las bibliotecas de los señores Ovalle, Balmaceda, Vicuña, Goddi; las colecciones mineralógicas y gabinetes de la *Escuela Práctica de Mineralogía*; «el gran gabinete de Física del Liceo, el de Bacteriología, que era un lujo; el de Meteorología, dotado de excelentes instrumentos; el laboratorio de Química, las salas de Historia natural, Cosmografía y Mineralogía, la Biblioteca, el Archivo y el Museo de Historia na-

tural y Etnografía.» El eminente literato chileno D. Eduardo de la Barra, una de las víctimas de la revolución, vió destruído por el vandalismo teocrático un estudio sobre el origen y formación de los versos castellanos y las coplas y estrofas; un estudio completo sobre el sáfico castellano; otro referente á las tentativas hechas para trasladar los metros latinos á los ritmos modernos; algunos capítulos que proyectaba añadir á sus magistrales estudios de versificación y métrica; y algunos artículos sobres *hiatos y sinalefas*, sobre versos montantes, versos compuestos y sobre la *escanción*. El señor de la Barra pudo salvar del desastre y concluirlo en el suelo hospitalario de la Argentina, los manuscritos de una obra que ha dado á luz recientemente, titulada *Nuevo Estudio sobre Versificación Castellana*, que contiene estudios originales sobre los *Ritmos Tetrasilábicos* y el *Eje* de *Simetría*. En el *Post Scriptum* que cierra esta obra, y que el señor Figueroa reproduce á guisa de epílogo de *Las Campanas*, dice el señor de la Barra: «Yo no tenía cargo alguno político ni administrativo que me diera injerencia en los lamentables sucesos que á la sazón se desarrollaban, cuando el Presidente Balmaceda, en defensa del orden público arteramente desquiciado, oponía el escudo de la dictadura á los puñales afilados de la revolución sin conciencia. Viendo de cerca las cosas, conocedor de los hombres y no ignorante de sus propósitos, sin interés personal en la contienda y consecuente con mis principios liberales, fuí partidario franco, sincero y convencido del orden legal, amenazado por una revolución sin principios y sin bandera, nacida de bastardas ambiciones, que jamás reparó en medios, por inmorales que fuesen (A. M. D. G.), y cuyo fin ha sido arrebatar el poder por la violencia, ya que en los comicios populares jamás lo hubieran alcanzado.» «Fuera de Chile nadie podrá comprender como un hombre consagrado á las letras y á la enseñanza, puede ser víctima de ensañadas persecuciones que no ha provocado ni merecido. Pero se lo explicaran si saben que la política de los actuales usurpadores del poder en Chile ha consistido principalmente en aplastar á los liberales vencidos por las malas artes del cohecho y la traición. Destruyen, saquean, difaman, aprisionan, asesinan, falsean los hechos y los principios, y por doquiera derraman el terror y el espanto, para gobernar sin contrapeso y poder encadenar á su antojo al pobre pueblo vilmente explotado y oprimido. Esa es la política clerical, siempre des-

pótica, que hoy predomina en Chile, donde ya se había ensayado bárbaramente después del triunfo sangriento de Lircay (1829). Yo tenía el pecado del liberalismo de buena ley y esto bastaba para ser perseguido.» «Hoy, desde las márgenes del Paraná, donde la munificencia argentina me ha dado un un asilo (1), como el náufrago que seca sus ropas en la arena y expone al sol benéfico sus miembros entumecidos, después de dar gracias al que lo salvó de las olas gigantescas, enfurecidas, así reparo mi casa, sereno mi espíritu, é invocando al Dios de las alturas, cierro estas páginas ingratas, escritas en medio de un diluvio de sangre, en noche tempestuosa, entre muchos sinsabores y sin ninguna esperanza.»

La voz doliente del ilustre proscripto, su quejido de patriota y su juicio de pensador sereno, añaden al libro del Sr. Figueroa un mérito más: el juicio del propagandista fervoroso, tenaz, que al día siguiente de la derrota arenga la dispersa hueste para el combate el porvenir, coincide, de todo en todo, con el juicio, más templado y excento de más hondas pasiones, del hombre de letras, del analista minucioso, del profesor que voluntariamente se sustrae á las influencias de la lucha política.

Hay en «Las Campanas» algunos capítulos que por su concisión, sencillez y conmovedora elocuencia, hacen presagiar que el señor Figueroa verá colmados los deseos en que se inspirara al componer su libro singular, doloroso y trágico—lograr que no se extinga en los corazones de los liberales chilenos el amor á los principios que encarnara el «Presidente Mártir», como llama el señor de la Barra al ilustre suicida (2). Entre todos esos capítulos sobresale uno, que contiene todas las notas del libro, acendradas por la emoción y la expresión, y realzado por su valor histórico. Es el titulado «Los Párias», en que el autor, con unos cuantos rasgos pinta, con mano de maestro, el patriciado y las plebes de Chile. Leyendo este capítulo se viene en conocimiento de la genealogía de algunos de los caudillos vencedores y del estado social y político del pueblo de Chile. Basten estas citas para poner de relieve la importancia del capítulo y la enormidad del conflic-

(1) D. Eduardo de la Barra es Rector de la Escuela Nacional del Rosario de Santa Fe.

(2) El calificativo nació en boca de mujer, en corazón de madre, la de Balmaceda, que al saber el fin de su hijo, exclamó:—«¡Generoso mártir, recibe el premio de Dios!»

to que describe. El señor Carlos Walker Martínez, descendiente de ingleses, católico, diputado, dijo del ejército chileno, pacificador de la Araucania y vencedor del Perú: «Es un ejército corrompido porque se compone de oficiales salidos del pueblo, del círculo de los anónimos!»

Don Lorenzo Claro, en vísperas de la revolución, dijo que «no sabía de donde sacaba títulos la democracia para pedir la proporcionalidad de los derechos de la cosa pública.»

La prensa clerical, después del triunfo de la revolución, ha proclamado que «educar al pueblo es quitar sus brazos á la agricultura y á la industria.»

Por su caracter y por su lenguaje, el libro del escritor chileno está llamado á ser popularísimo en la América que siguió con palpitante interés el tremendo drama que narra. Fué aquel drama el choque de elementos incubados en el seno del organismo chileno cuando la nación del Pacífico era colonia de España, feudo de los sucesores de Valdivia. Nuevos choques habrán de sobrevenir para que se establezca el equilibrio de los poderes fundamentales. El señor Figueroa así lo entiende, y se adelanta á decirlo, á preparar el brazo y fortificar el corazón del desheredado para que conquista los derechos que le niega la iglesia,—que la aristocracia le usurpa y arrebata, con oprobio de la civilización, para mengua de América y duelo y catástrofes de uno de los pueblos vástagos de la fecunda cepa española, vástago que por sus aptitudes y su ejecutoria en la cultura neo-latina, dá grima y causa asombro sufra aún el ascendiente de una teocracia semi feudal, y no haya todavía, inspirándose en las enseñanzas de sabios del país, preparado la vía para dar solución pacífica al grave problema social que la República dejó incólume al organizarse y que hubo de la organización colonial como un legado maldito, de sacudimientos, de lágrimas y sangre.

Mercedes Cabello de Carbonera.—La Religion de la Humanidad.—(Carta al Sr. D. Juan Enrique Lagarrigue).—Lima-1893.—(1 folleto de 62 págs).

En las columnas de *La Habana Literaria* (Año II. Nos. 18 y 20), en un estudio sobre la última y más inspirada novela de la Sra. Cabello de Carbonera, nos referimos á la *Carta sobre la Reli-*

gión de la Humanidad que el distinguido escritor chileno Sr. J. E. Lagarrigue dirigiera á la vehemente y varonil romancista peruana. La *Carta* en que contesta y replica la Sra. Cabello, confirma en muchos puntos lo que dijimos en el examen de *El Conspirador*, novela político-social, encaminada á pintar las monstruosidades que suele engendrar la sociabilidad del Perú, enumerando las causas del mal y señalando los remedios, según la terapéutica del sociologismo comtista. La *Carta-réplica* de la Sra. Cabello demuestra lo que digimos cuando nos referíamos á *El Conspirador*, á saber, que si el Sr. Lagarrigue era un perfecto sectario, la señora Cabello no abrazaba con tanto fervor los delirios y quimeras que el maestro (Augusto Comte) concibiera en la crísis mental que lo llevó á la conclusión teológica, á sumir su sistema en las exaltaciones de lo que él llamaba el primer estado del desenvolvimiento de la humanidad. La Sra. Cabello, por ejemplo, en franca oposición con el Sr. Lagarrigue, no desconoce todo lo que hay de utópico y soñador en el positivismo; cree que yerra el señor Lagarrigue cuando afirma que el positivismo ha de ser religión definitiva é imperecedera; y combate resueltamente el sistema de dictadura presidencial, con que el positivismo quiere suplantar el régimen parlamentario. No tienen gran interés las discrepancias de los dos comtistas ó positivistas neo-latinos para que continuemos enumerándolas: el verdadero interés de la Carta de la Sra. Cabello de Carbonera está, más que en las distinciones y reservas con que acoje la doctrina positivista, en las causas por que la ha abrazado, en lo que espera de su propaganda, en lo que la doctrina, en ella ó en sus correligionarios, ha podido influir en la dirección de su conducta. «Las grandes doctrinas morales, escribe la Sra. Cabello, han hallado siempre difusión entusiasta y aceptación decidida allí donde la corrupción y la inmoralidad han minado con mayor estrago las sociedades, y donde esas doctrinas llegan como la luz en medio de las tinieblas.» Bien se le alcanzan á la romancista peruana las dificultades de propagar «una doctrina en que se enseña que el interés personal debe estar subordinado al interés social, ya que el hombre no es más que el abnegado servidor de la Humanidad;» pero no desespera de que las «jóvenes y educables sociedades de América, con todos sus egoismos egolátricos, con todos sus fanatismos intransigentes, con todos sus odios nacionales,» se regeneren y perfeccionen por el

movimiento altruista que arranca de la propaganda del positivismo. «Años ha, dice en otra parte, que mis creencias más íntimas respecto al mejoramiento de estas sociedades, mis únicas previsiones consoladoras referentes á la solución de los grandes problemas sociales que hoy agitan el espíritu humano, han tenido por úniea base y preferente norma, las enseñanzas de Augusto Comte. Aquí, en la historia de mi propia patria, encuentro episodios recientes que confirman y aseguran estas creencias mias.» Y á renglén seguido cita el hecho de que cuando el Perú, «bajo la presión de la fuerza brutal de las armas, debía firmar el espantoso pacto de su propia desmembración, «en el mismo Chile, elocuente y generosa,» se levantó la voz del Sr. Lagarrigue para protestar del derecho de conquista, pidiendo el respeto á la autonomía de la nación peruana y á su integridad territorial.» Consecuente con su conducta, en dias más cercanos, en la celebración del centenario de Colón, como la mejor ofrenda á los manes del Descubridor, el Sr. Lagarrigue ha pedido á Chile, su patria, ó que devuelva al Perú los territorios que le usurpó con sus ejércitos, ó que le devuelva las naves de que se apoderara durante la contienda. En otra ocasión hemos dicho con que elevación de miras y sereno juicio el Sr. Lagarrigue juzgaba esa revolución chilena, de la que narra salientes episodios el Sr. Figueroa en *Las Campanas*, y que ha inspirado páginas tan elocuentes y amargas á la doctísima pluma de D. Eduardo de la Barra.

La *Carta* de la señora Cabello es una respuesta deferente y cortés á las exitaciones del convencido propagandista chileno, pero toda la *Carta*, con mas ó menos transparencia, es un vigoroso ataque, una acusación fiscal al catolicismo militante, al clero sudamericano, particularmente al clero peruano. Aunque la autora se cura en salud, temiendo, con sobrado fundamento, ser la víctima propiciatoria del fanatismo, y aunque, por lo mismo que guía su pluma con mucha cautela, para no irritar el avispero con una frase mal sonante á oídos beatos,—ello no obsta para que su crítica velada y todo, hiera en lo más vivo los intereses y las pasiones del clericalismo, frente al cual, moderados, convencidos, tenaces, se levantan partidarios de una nueva fe, de una nueva religión que propende á emancipar de hecho las conciencias que están emancipadas en el campo abstracto del derecho. Y en ningún pasaje de la *Carta* resalta tan elocuente la la condenación del ca-

tolicismo como en aquel en que la autora, poniendo reparos á una impugnación que D. Juan Valera endereza al Sr. Larrigue por su célebre *Circular Religiosa*, aborda el problema del «poder ó potencia edificante de las religiones», y para lo cual se prevale de dos personajes simbólicos, de dos apóstoles, el uno joven, el otro anciano. El primero, paladín del reformismo positivista, «tiene las manos limpias, no las ha manchado una gota de sangre; no mira al cielo, mira á los hombres; su corazón, henchido de amor, vive embriagado de ternura; quiere que todos los hombres se amen, que todas las naciones fraternicen bajo el juramento de una paz perpétua.» El anciano parece el vencido de diez y nueve siglos de combate; ha derramado torrentes de sangre y encendido hogueras para quemar incrédulos; se ha coaligado con los monarcas, dado su venia á todos los tiranos y bendecido crímenes como la espantosa matanza de San Bartolomé; se hizo comerciante, vendió sus dogmas, su fe, hasta su conciencia»... «Si ese anciano, dice la autora encarándose con el señor Valera, viniera á enseñarle que el amor al prójimo y la caridad deben ser el norte de todas las acciones de la vida, ¿no es cierto que usted, escéptico por temperamento y por genial idiosincracia, prorrumpiría en homérica risotada...? Esto, cuando no creyera usted que se le tomaba por uno de esos apagacandelas á quienes se dice: haz lo que yo te digo y no la que yo hago.» Todavía el ataque es más resuelto, más hondamente sentido, cuando la autora, que se coloca en el justo medio, si rechaza como una exageración la idealización, la casi divinización de la mujer que pretende el positivismo, recuerda toda la ignominia, toda la degradante humillación que la Iglesia ha lanzado sobre la mujer, para lo cual reproduce pasajes muy edificantes de textos de Tertuliano, San Gerónimo, San Crisóstomo, San Inocencio, San Gregorio de Niza, y otros tantos doctores y faros de la iglesia católica. La autora explica el hecho diciendo que «ser *misógino* era ser santo», y que era pues «natural y lógico que la mujer, con toda su belleza y seducción, se les apareciera como símbolo del pecado y la tentación.»

En el epílogo de su *Carta*, la señora Cabello dice en conclusión: «Creo que el cristianismo se muere por falta de dinamismo social y de vitalidad moral; creo que el positivismo ha de sucederle, llevando por égida de sus doctrinas el magnífico caudal de la ciencia moderna; creo que ha de inicirse una nueva era, llevando por fundamento las doctrinas filosóficas de Comte.»

A estas predicciones, á esas esperanzas, podrían oponerse algunas preguntas, á guisa de reparos, sugeridos por signos inequívocos de una dirección contraria, de un largo testimonio de los hechos, completamente distinto. ¿Es qué, en realidad, el cristianismo se muere? ¿Es qué en todos los pueblos cristianos se reproduce la misma crísis que en los pueblos de religión católica-apostólica-romana? ¿Por qué el movimiento ha de concluir precisamente en el positivismo y no ha de ramificarse aumentando los prosélitos del protestantismo y sus diversas sectas? ¿No parece más lógico que la expansión é intensidad de la cultura, limitando el campo del sentimiento y de la imaginación, conduzca al indiferentismo, á la irreligión, ó, cuando menos, á una resurrección, modificada, del sistema de los epicuros en unos, de los estóicos en otros? Estamos en el campo libre y fecundo de las concepciones metafísicas, en que cada cual, según su naturaleza y sus inclinaciones, construye su castillo de arena. No vamos más lejos. En este caso la solución es el signo interrogativo, la risa de la esfinge. Pero es innegable que en esa cruzada ardiente y generosa emprendida por el chileno señor Lagarrigue y á distancia y con ciertas atenuaciones secundada por la novelista peruana señora Mercedes Cabello de Carbonera, se condensan grandes y elevadas aspiraciones, ideales superiores, legítimos, dignos de nuestra época y de nuestra civilización, á la vez que, tácita ó expresamente, se condena el mundo de una tradición nefasta, el pasado de una civilización atrofiada, caduca, podrida, que está en pié, que habla, que se mueve, y que es como el enfermo de la horrible peste negra, que vivo tenía la apariencia de un cadaver y muerto era una masa informe y asquerosa. Se condena todo lo que el régimen colonial asoció en el que fué imperio fastuoso de los Incas, este magistralmente evocado por la pluma del ilustre W. Prescott, aquel, retratado con arte y gracia geniales por el peruano Ricardo Palma; se condena lo que, en la organización actual de la sociedad del Perú, supervive de la era del vice-reinato; se clama por la difusión de las luces, por la crítica al dogma y á la conducta de sus representantes y mantenedores, por el equilibrio de los poderes, por el reinado real de la verdadera democracia, por la constitución definitiva de la verdadera república.

Si en los límites de esta REVISTA quisiéramos anotar todo lo que nos sugiere la *Carta* de la Sra. Cabello, reproduciríamos, con

leves atenuaciones, nuestro juicio, ya citado, de la *Habana Literaria.* Nos contentamos con recordar aquí lo que entonces dijimos al concluir el examen de las vibrantes páginas de *El Conspirador*, á saber: que mientras surja, en medio del desastre, una voz como esa voz de mujer, encendida como una musa, que demanda é infunde abnegación, civismo, fortaleza, amor á un ideal elevado,—se piensa que esa voz de mujer es el grito, el verbo de la legión que avanza á la conquista del porvenir.

M. Remo.—(Manuel Moré.)—PROSA.—1 tomo, 208 páginas.—El Sr. Moré ha realizado el programa contenido en el fragmento de prólogo de su lindo libro. *Prosa* es un libro sencillo, una obra modesta, risueña á veces, más frecuentemente melancó lica, picaresca á ratos, á trechos bufa y, en lo general, abundante en rasgos de culto humorismo. Retrata fielmente una serie de estados diversos, todos ingenuos, todos expresados con naturalidad que á veces es infantil, pero que siempre halla su expresión adecuada.

Entre los artículos que forman el libro preferimos los titulados: *Noche de verano, La Primera Nevada, La Boda del Noy, Pintores en ciernes, Entre sombras* y, sobre todos, las *Fábulas en prosa*, porque en éstas se muestra en todo su vigor la observación ingeniosa del Sr. Moré, y el estilo, sin dejar de ser llano y limpio, es más fluído y más correcto. Si *Prosa* fuese un libro de *Fábulas en prosa*, del corte y sabor de las que en él figuran, el Sr. Moré hubiera inaugurado su carrera literaria con un verdadero triunfo. Las *Fábulas* exponen el refinamiento ó la expresión más pulida de una cualidad del Sr. Moré, cualidad que, cuando se manifiesta más espontánea, huyendo del apólogo y mirando de cerca los hombres y las cosas, produce cuadros de costumbres como *La Boda del Noy.* El temperamento del Sr. Moré lo lleva á figurar en la escuela de escritores que han ilustrado los nombres de José Victoriano y de Luis V. Betancourt, de Narciso Valerio, de José M. de Cárdenas y Rodríguez, escuela que ofrece campo vasto y fecundo, y en la que cada autor, pintando lo cómico á su manera, conserva su carácter propio y distinto. El Sr. Moré, por poco que se esfuerce, podrá continuar con lucimiento la obra de aquellos, sin que esto quiera decir que deba abandonar los géneros en que ha lucubrado artículos tan llenos de interés y gracia como *Noche de verano* y *Entre sombras.*

MANUEL DE LA CRUZ.

CRONICA POLITICA

Lo primero que importa consignar es que el Sr. D. Antonio Maura y Montaner, Ministro de Ultramar en el Gabinete que preside D. Práxedes Mateo Sagasta, no es un hombre desprovisto de imaginación. La manera cómo ha procedido para asegurarse en este país fama de reformista y de emprendedor, no deja de ser ingeniosa. Y bien vale la pena que con toda calma, pero con toda sinceridad, examinemos aquí lo que es esa obra complicada y artificiosa, que según algunos espíritus coloca al Sr. Maura entre los grandes benefactores de la Humanidad, y le asegura puesto envidiable en la gratitud del liberalismo cubano; en tanto que otros, con excepticismo que nada vence, se empeñan en disminuir su alcance y trascendencia, pretendiendo que el famoso proyecto de reforma de la administración de este país, cuyo porvenir verdadero son ya muchos los que lo vislumbran á través de las brumas del presente, no es más que una burda mistificación.

La imparcialidad exige que se reconozca que el tal proyecto no justifica ni los entusiasmos de segunda hora de los autonomistas, ni la fiera enemiga de los conservadores. No hay, en el fondo, motivo ninguno para asegurar que el señor Maura se ha propuesto dar un paso en el camino de la autonomía, como han dado en decirlo algunos autonomistas y todos los conservadores ortodoxos. La autonomía colonial es la descentralización administrativa, judicial y política, llevada al límite extremo que consienta el propósito de conservar la unidad suprema de la Nación. Para ello, lo primero que se necesita no es la constitución de or-

ganismos, pues no hay sistema de gobierno que no los tenga, sino el otorgamiento de facultades propias á esos organismos, ensanchando más ó menos el círculo de su acción, pero haciéndola efectiva y real allí donde se la encierre.

Ahora bien: el proyecto del señor Maura se caracteriza por la ausencia total de facultades en que quedan los organismos que crea. Los centros burocráticos, si acaso, son los únicos que de alguna atribución disfrutarían. El Intendente y el Director de Administración Civil quedan autorizados para resolver los expedientes que en las esferas subalternas se inicien. Y aunque el recurso de queja ante el Ministro de Ultramar, que, según el plan propuesto, puede reponer el expediente al estado primitivo, no hace definitiva la resolución de la Intendencia ó de la Dirección, es lo cierto que allí hay un vestigio de autoridad, que significa algún cambio, aunque mediano. No puede decirse otro tanto de la concedida al Consejo de Administración ó á la Diputación única. De esos Cuerpos, el primero, burocrático y consultivo, muy poco puede hacer. En cuanto al segundo, es necesario poseer una buena voluntad muy robusta y una fe muy candorosa para confiar en que ha de influir de manera saludable en los destinos de este país.

La Diputación única se llamará «Diputación Provincial;» pues ahora resulta que la Isla de Cuba, porque sí, no constituirá más que una *provincia*. En el tecnicismo político español esta palabra tiene una significación muy conocida. En España es provincia la región formada por varios Ayuntamientos limítrofes, regida por un delegado del Gobierno, que se titula Gobernador, y que ejerce sus funciones asesorado por una corporación electiva llamada Diputación. A semejanza de las 49 que existen en la Metrópoli, en Cuba hay actualmente 6 provincias. Según el Sr. Maura, éstas se refunden en una sóla, desapareciendo las Corporaciones electivas para constituir la Diputación única. Bien es verdad que en esto tan solo consiste la reforma: en la supresión de *cinco* Diputaciones; que por lo demás, ni las antiguas provincias desaparecen, pues continuarán con el nombre de *regiones*;—ni cesa el Gobernador provincial, que se titulará Delegado regional, con la misma categoría, sueldo y atribuciones que cuando se nombraba de otro modo;—ni la Diputación única tendrá más facultades que las seis existentes, dado que éstas forman y votan sus presupuestos, nombran sus empleados y además se encargan

de cumplimentar sus acuerdos, en tanto que la Corporación ideada por el Sr. Maura, una vez que ha votado el presupuesto, tiene que dejará un Centro burocrático, á la Dirección de Administración, el cuidado de cobrar, pagar, gestionar, administrar y ejecutar. De donde resulta que la Diputación única solo servirá para crear impuestos y recargos.

Sin embargo: en los momentos en que se escriben estas líneas, pasa en ciertos círculos por un enemigo de las libertades de Cuba, todo el que no aplaude con entusiasmo el proyecto del Sr. Maura. Una corriente de benevolencia y de admiración flota por encima de las cabezas liberales, y todo el que no orea en ellas la frente, es tildado de conservador, de reaccionario, ó de algo peor: de miserable vendido al oro de la reacción.—Sea.—Arrostremos los inconvenientes todos de esta situación, diciendo lo que realmente sentimos, aunque se nos atribuyan móviles mezquinos, contra los cuales protestan nuestro pasado y nuestras aspiraciones bien conocidas.—El proyecto Maura no responde á las necesidades reales de esta sociedad. No es verdad que sea descentralizador. No es verdad que sirva más que para distraer nuestra atención de lo que hiere y lastima, proporcionando así un respiro al Ministerio, que no está en situación de cumplir ninguna de sus promesas. Lo que desde hace dos años se viene discutiendo aquí es nuestra mala situación económica. No podemos soportar las enormes contribuciones que sobre nosotros pesan. El Estado no quiere disminuir los gastos que presupuesta para Cuba. Venimos reclamando, á la vez que la reducción de esos egresos, obras publicas, que favorezcan nuestro desarrollo industrial y una reforma arancelaria que abarate la vida facilitando la competencia de los productos peninsulares con los extranjeros. El Ministerio no ha podido, en los meses que lleva de Gobierno, confeccionar un plan económico que responda á esas necesidades nuestras, y para desarmar nuestra oposición, nos ha enviado, no las *reformas* mismas—cosa que podía hacer, aplicando el artículo 89 de la Constitución—sino un plan de reformas, que empiezan por no resolver en nada esencial el problema cubano, y que, para que la mistificación sea mas completa, probablemente no se discutirá en la sesión parlamentaria actual.—Aprovechando la agitación política que á la sombra del plan famoso se ha despertado en esa parte del pueblo que se distingue por lo impresionable y pronto al entusiasmo que es, el Ministro de Ultramar nos

envía, á la sordina, como la cosa màs natural del mundo, las Tarifas aquellas que el Sr. Romero Robledo confeccionó, y contra las cuales todo el mundo aquí protestó entonces, por estimarlas inícuas, y un presupuesto de 26 millones de pesos, que es una cifra que desde hace tiempo nadie cree que pueda pagar la Isla de Cuba.

Si eso es lo que se aplaude en el señor Maura, es decir: la destreza, la habilidad con que ha sabido adormecer la oposición que iban á resucitar sus medidas económicas, hay que unirse á los que elogian al Ministro español. El ha sabido desarmar la ironía con que los liberales hubieran, en otro tiempo, pulverizado su presupuesto. Este año, gracias á la presentación del célebre plan, la gente liberal no se ha escandalizado de que se aumente el capitulado de la Deuda y se haga pesar la totalidad sobre Cuba solamente. Tampoco ha chocado que los gastos de guerra sean mayores que en el presupuesto anterior: *¡Medio millón de pesos!*—¿Qué eso?—Nada. Una bagatela.—Por último las corrientes gubernamentales se han acentuado tanto en las filas del autonomismo, que no ha habido la más leve censura, por el hecho,—que en otra circunstancia, hubiera provocado indignadas manifestaciones, —de que á la vez que se aumenten las demás secciones del presupuesto de la Isla, se disminuye la ya raquítica é insuficiente sección de Fomento. Vienen más soldados; se llevan los millones para réditos de Deudas que no hemos contraídos, se merma la consignación para obras públicas, instrucción pública y demás atenciones que interesan primordialmente al país, y por primera vez en estos quince años, lejos de combatir á los que confeccionan un presupuesto semejante, el elemento liberal aplaude y victorea. Indudablemente, esto es un triunfo para el Ministro. Pero convengamos en que no constituye para las ideas de economías y de reformas, victoria de ningún género. El Sr. Maura puede estar satisfecho; pero la satisfacción del pueblo liberal cubano no vemos todavía en qué puede fundarse.

Verdad es que el entusiasmo de que alardea el liberalismo más parece deliberado que expontáneo. El sentimiento ingénuo que el plan Maura inspiró á la gente liberal, está vaciado en un artículo que publicó *El País*, cuando llegaron aquí las primeras noticias sobre la pretensa reforma. La historia de ese artículo da la clave de los estados de ánimo por que ha pasado sucesivamente

el autonomismo en ese asunto. Al conocerse aquí el proyecto ministerial, uno de los redactores de *El País*, el señor Govín, consideró que era una *desvergüenza* que al cabo de quince años de propaganda liberal, el Gobierno metropolitano, considerando llegada la hora de intentar la reorganización de nuestro régimen político-administrativo, se descolgase con un proyecto como el del señor Maura, mezquino, raquítico, mistificador. Inspirado en legítima y santa cólera, el señor Govín escribió el artículo *Descentralizar centralizando*, que envolvía una crítica fundada de los principios en que se inspiraba la reforma. Ese trabajo era el primero de una serie que habría de brotar de la pluma cáustica del Secretario de la Junta Central del Partido Autonomista. Pero el segundo artículo del señor Govín se malogró. A la hora actual aún no se ha publicado, ni es probable que se publique ya. Resultó, en efecto, que otro miembro importante de la agrupación autonomista, el señor Montoro, entendía que el plan Maura era descentralizador, que significaba un paso hacia la autonomía, y que lejos de combatirlo, era preciso apoyarlo. A este propósito, y para zanjar las diferencias de apreciación, reunióse la Junta Central, y después de dos sesiones consagradas al examen del proyecto, la tendencia favorable al Ministro acabó por triunfar. Los autonomistas aliáronse á los conservadores izquierdistas, y en el mismo periódico *El País*—órgano oficial de un partido serio—en que se publicó el artículo del señor Govín titulado *Descentralizar centralizando*, han visto la luz después sendos escritos destinados á la loa y alabanza del trabajo del señor Maura.

Los que presumen de bien enterados no se muestran sorprendidos por nada de esto. Aseguran que las cosas han pasado como se venían preparando; que el verbo oculto del izquierdismo, el reputado jurisconsulto Sr. Amblard, es el autor del proyecto Maura, por lo que se refiere á sus líneas generales; que antes de enviarlo á Madrid lo consultó con ciertos prohombres de la derecha autonomista, los cuales le ofrecieron la benevolencia de su partido si el Ministro aceptaba el plan; que contando con la oferta de la izquierda conservadora y de la derecha liberal, el Sr. Maura, al cabo, se decidió á presentar á las Cortes el proyecto, aunque introduciendo algunas variaciones respecto á lo que desde Cuba se le envió; que no todos los miembros de la Central y de la redacción de *El País* estaban en el secreto, y por eso, en el primer instante,

los no iniciados, con ingenuidad, manifestaron su enemiga al plan pseudo-reformador, en tanto que los que tenían relaciones é inteligencia con los autores del proyecto, le daban su decidida adhesión.—Así explican algunos lo que solo de ese modo se ha explicado hasta ahora; á saber: las causas del cambio de actitud que se ha operado en el Partido Autonomista, al juzgar las bases de una reforma que, en realidad, no se acerca siquiera á la descentralización de la Martinica, la Guadalupe y la Reunión, que no pasan como pueblos regidos autonómicamente, sino como paises que van cada día asimilándose más y más á su Metrópoli.

Dos cosas hay, sin embargo, de que nadie puede dudar. La primera es que el Ministro pasó un cuarto de hora muy desagradable cuando un malévolo telegrafió á Madrid la síntesis del artículo *Descentralizar centralizando.* El Sr. Maura, como si todo su plan de batalla descansara en el apoyo de los autonomistas, había sido dos días antes muy duro con la derecha de Unión Constitucional, á la que hay que hacerle la justicia de proclamar que ha tratado como hasta ahora no la había tratado ningún Ministro español. Al enterarse de que el órgano oficial del Partido liberal cubano se pronunciaba contra su proyecto, el Sr. Maura sintió visible desaliento, que se tradujo en una aproximación á los diputados de Unión Constitucional, con los cuales entró en negociaciones, y á los que pidió veinticuatro horas para resolver sobre ciertas demandas que habían formulado. Mas en ese tiempo, las cosas variaron. La Directiva Autonomista tomó el acuerdo de apoyar al Ministro, desautorizando virtualmente á su órgano oficial. El cable trasmitió á Madrid ese acuerdo; y cuando los diputados constitucionales se presentaron al Sr. Maura, terminado el plazo convenido, en busca de la respuesta favorable que esperaban, el joven Ministro mayorquín, fuerte con las adhesiones recibidas, les contestó, como en la comedia célebre: *tout est rompu, mon gendre.*—Y el gobierno fusionista, resuelto y decidido, se mantuvo inflexible.

El segundo de los hechos que precisa dejar sentado, es que el entusiasmo liberal ha ido extendiéndose. Partido muy disciplinado, el Autonomista obedece siempre al impulso que le imprime su Directiva, cosa que hay que celebrar, porque así deben ser los Partidos: mientras tengan confianza en sus Jefes, deben obedecerles. La consigna de la Central es que precisa apoyar al señor Mau-

ra, y los autonomistas en ciertos lugares no solo la acatan, sino que hasta la exageran. Por ejemplo, en Puerto Príncipe, distrito electoral del señor Montoro, partidario del plan Maura, era natural que las adhesiones fueran unánimes, entusiastas; pero á juzgar por telegramas que se han recibido hoy mismo, el entusiasmo ha llegado hasta el delirio. En la patria de Agramonte, centenares de ginetes han recorrido las calles, formando parte de una manifestación, en la que figuran todos los afectos á las reformas, con banderas y música. Los grupos llevaban estandartes con lemas que traducían sus sentimientos. *Pagaremos con gusto los impuestos que nosotros mismos votemos,*—leíase en un estandarte, sin caer en la cuenta que la Diputación única no puede hacer más que *recargar* los impuestos que las Córtes españolas voten. Otro grupo sintetizaba su admiración en este grito, estampado en su bandera: *¡Viva el Gladstone español!* grito imprudente, porque al comparar la obra del señor Maura con la que el *gran anciano* ha presentado al Parlamento de Westminster, y que consagra real y positivamente la autonomía de Irlanda, no hay espíritu sincero y desapasionado que no esté obligado á reconocer que el plan español es tan raquítico y engañador, como es grandioso y eficaz el proyecto inglés. Los autonomistas camagüeyanos han exagerado algo su entusiasmo, como se ve. Y es indudable que el propio señor Maura se sentirá herido en su modestia, oyéndose comparar al ilustre estadista de la Gran Bretaña.

¿Y con todo esto, cual será la suerte de la reforma?... El papel de profeta esté pasado de moda. No obstante, cabe formular cálculos y conjeturas cuando se observan con detenimiento y se siguen con constancia los asuntos públicos. Por lo que se vé y se puede deducir, el plan Maura corre serio peligro de no discutirse jamás, y no ser nunca, por consiguiente, ley. Es claro que el Consejo de Ministros está interesado en la aprobación del proyecto, puesto que se dice que el Ministro de Hacienda español ha basado un considerable empréstito, que ha de negociar, precisamente en el concurso financiero que el Tesoro de Cuba pueda prestar al Nacional, una vez reorganizada la Isla bajo las bases presentadas á las Cortes. Pero aunque esto fuese cierto, aunque también se relacionase, como otros lo han hecho, la reforma Maura con el famoso empréstito de los trescientos millones,—cosa que no está demostrada,—es indudable que, así y todo, no es probable

que se discuta y apruebe dicho plan en esta etapa parlamentaria.—No es plácida la vida que llevan las Cortes fusionistas. El gabinete liberal ha tenido la desgracia de no poder normalizar su situación con los partidos oposicionistas. Retirada la minoría republicana, casi abstenida la conservadora, no funciona con holgura la mayoría, que á cada instante se disgrega. Una vez más repítese la demostración de que mejor conviene á los gobiernos parlamentarios tener al frente oposiciones resueltas, que carecer de ellas, puesto que en el primer caso la mayoría, obligada á defenderse constantemente, mantiene su disciplina y cohesión, concentrándose al rededor del Ministerio que sostiene; en tanto que cuando á un Gabinete no le combaten sus enemigos naturales, siempre hay amigos díscolos dispuestos á hacerlo, sin ver que si los ataques de los adversarios suelen fortalecer, los de los amigos debilitan siempre.—Los Ministros actuales están bien persuadidos de que las Cortes no llevan marcha desahogada. No se han podido votar en tiempo útil ni los presupuestos nacionales, ni los de las colonias. Ha sido preciso prorogar los anteriores, si bien se ha hecho la innovación de no prorogarlos durante todo el año económico, sino por el tiempo en que tarden en aprobarse los que se han presentado al Congreso. Pero todo esto no significa más que una cosa, y es que el Sr. Sagasta quiere retrasar todo lo posible el planteamiento de la crisis, que ya estaría planteada, si oficialmente se hubiese renunciado á discutir los presupuestos generales del Estado: ya que el Sr. Ministro de Hacienda, Sr. Gamazo, ha declarado que en ese caso abandonaría en el acto su puesto en el Gabinete. Pero á pesar de que se gana tiempo con lo que se ha hecho, la crísis es inevitable en plazo breve, por que no solo el Sr. Gamazo encuentra dificultades en el seno de la mayoría; no solo el Sr Maura tropieza con ellas, sino también las han suscitado, y grandes, el Ministro de la Gobernación, el de Gracia y Justicia y el de la Guerra. No es posible que cada acto del Gobierno traiga aparejada una discusión violenta, ni es práctico gobernar empleando recursos extraordinarios para votar toda ley que se solicite del Parlamento. Puesto que el Ministerio hasta ahora no ha sido afortunado con las Cortes, que ya se van gastando, el Sr. Sagasta no tendrá más remedio que plantear pronto la crisis;—y si hay crisis, es seguro que el Sr. Maura no conservará la cartera de Ultramar;—y si esto sucede, los partidarios del proyecto tendrán que

ponerse luto. Verdad es que si el señor Maura continúa en el Ministerio, tampoco saldrá su proyecto, tal como se ha presentado. Para que pase en el Congreso, á juzgar como van las cosas, será necesario modificarlo tanto, que nadie reconocerá en lo que se vote la obra original del Consejero de la Corona que rige las colonias españolas.

Y esto será una demostración más de que pierden el tiempo, gastan inútilmente sus fuerzas y comprometen sin resultado la integridad de su caracter, los que se empeñan en sostener aquí una política que va contra la realidad de las cosas. Cuba necesita más, mucho más de lo que le ofrece el proyecto Maura, que no ofrece gran cosa, dígase lo que se diga.—«Se inspira en el principio autonómico»—insinúan los autonomistas de la derecha, para que absorvan la píldora sus correligionarios recelosos.—«No tiene nada de autonomía. Se inspira en el método asimilista,»—declaran, á su vez, los de la Izquierda conservadora, también para que los conservadores resistentes ablanden su oposición.—¿Quién engaña á quién?...¡Ah! nadie aquí se engaña realmente. El proyecto no es autonómico ni asimilista. Es una mistificación, un *trompe l'oeil*, como dicen los franceses y nada más. A pesar de eso, basta que se le haya dado cierto caracter liberal, para que ya no sea posible hacerlo ley. No vendrá el ensayo pseudo—reformista siquiera. Lo que quedará en pié, serán las tarifas altas, el arancel hecho en Madríd, dictado por los catalanes auténticos y los de pega; el impuesto de cédulas duplicado; los gastos de guerra aumentados, los de Fomento disminuídos; la Deuda creciendo, y el país cada día más imposibilitado de cumplir sus destinos de pueblo civilizado.

Ah! no: no es posible que no abramos los habitantes de esta tierra los ojos á la realidad. Nuestros negocios deben estar en nuestras manos. Nosotros mismos debemos regir nuestros destinos, gobernar nuestra fortuna. Se comprende que haya personas que quieran llegar á ese *desideratum* con España; pero con España ó sin ella, no debiéramos tener otro, en la seguridad que el dia que esto sucediera, no habrá Ministro que se atreva á agitar este pueblo con planes como los del señor Maura, que constituyen una burda habilidad, nada resuelven y todo lo comprometen y perturban. Cuando nos vieran en la Metrópoli unidos y resueltos, ó bien nos brindarían realidades provechosas, ó bien se arrepentirían de

no brindarlas, al notar que no necesitábamos de la voluntad agena para asegurar nuestra honra, nuestro bienestar y nuestro decoro. Ese día llegará. Está más cerca de lo que se imaginan los que no sienten palpitar el corazón cubano, y creen que todo él se ha dejado alucinar por el Gladstone (!) traducido al español, pero mal traducido y muy empequeñecido, que ayer victoreaban en Puerto Príncipe. Mas cuando ese dia llegue, no daremos *viva* á tímidas reformas, sino á la verdadera libertad.

JUAN GUALBERTO GOMEZ.

Junio 30 de 1893.

INDICE DEL TOMO XVII

MES DE ENERO

		Páginas.
Felix Ramos y Duarte	Orígenes del lenguaje cubano...	5
José de J. Marqués	Gran Legión del Aguila Negra.	15
Juan M. Gutiérrez	Un forastero en su patria.....	29
Gastón A. Cuadrado	Recuerdos de los E. Unidos.....	41
Manuel de la Cruz	Apéndice á los Cromitos Cubanos.....	57
Eça de Queiroz	La Reliquia.....	71
Juan G. Gómez	Crónica Política.....	81
	Libros recibidos.....	91

MES DE FEBRERO

Gonzalo Aróstegui	Primer Centenario de la Sociedad Económica.....	95
J. de J. Marqués	Gran Legión del Aguila Negra.	101
Manuel V. Rodríguez	Manual de enseñanza y educación.....	114
Enrique José Varona	Ante el cuadro de Menocal.....	129
J. M. Gutiérrez	Un forastero en su patria.....	132
A. C. Vázquez	El ferrocarril de Tehuantepec..	154
Nicolás Domínguez Cowan	Becerrillo.....	161
Eça de Queiroz	La Reliquia.....	165
Juan G. Gómez	Crónica Política.....	173
	Miscelánea.....	182

Páginas.

MES DE MARZO

Erastus Wilson.....Las razas de los hombres..... 183
Augusto de Armas.....Memorias de Ultratumba..... 200
Manuel V. Rodríguez.....Manual de enseñanza y educación..... 205
J. de J. Marquez.....Siempre fiel..... 218
Gastón A. Cuadrado.....Psicología de Aristóteles según Grote..... 225
Manuel de la Cruz.....Desde Yara hasta el Zanjón.... 241
Enrique José Varona.....Taine..... 256
Eça de Queiroz.....La Reliquia..... 260
Juan G. Gómez.....Crónica Política..... 263
Miscelánea..... 270

MES DE ABRIL

Erastus Wilson.....Las razas de los hombres..... 271
Román Mora.....Los Estados Unidos y la guerra de Cuba..... 295
Manuel V. Rodríguez.....Manual de enseñanza y educación..... 300
Gastón A. Cuadrado.....Recuerdo de los E. Unidos..... 311
Nicolás Heredia.....Castelar y su obra..... 332
Andres C. Vázquez.....El ferrocarril de Tehuantepec. 343
F. A. de Rucavado.....Cartas..... 348
Eça de Queiroz.....La Reliquia..... 351
G. A. Curdrado.....Psicología de Aristóteles segun Grote..... 358
Juan G. Gómez.....Crónica Política..... 365
Miscelánea..... 371

MES DE MAYO

Erastus Wilson.....Las razas de los hombres..... 375
A. Bosque.....Sobre un libro de Botánica... 398
Manuel de la Cruz.....Los Estados Unidos y la guerra de Cuba..... 407
Eça de Queiroz.....La Reliquia..... 421

Páginas.

Dr. D. Tamayo.....Causas de la mortalidad en la Habana..... 438
M. V. Rodríguez.....Manual de enseñanza y educación..... 452
Juan G. Gómez.....Crónica Política..... 463
Miscelánea..... 470

MES DE JUNIO

Erastus Wilson.....Las evoluciones sociales..... 473
Román Mora.....Los Estados Unidos y la guerra de Cuba..... 491
Rafael M. de Labra.....El Congreso Pedagógico de España en 1892..... 499
Eça de Queiroz.....La Reliquia..... 515
A. Bosque.....Sobre un libro de Botánica..... 532
Manuel de la Cruz.....Libros Nuevos..... 543
J. G. Gómez.....Revista Política..... 553

FE DE ERRATAS

En la pág. 538, linea 2ª, léase: *Calámeas* [*Flabellifrondes y Pinnatifrondes.* Endl(icher].

En línea 4ª, léase: *Sabalinae, Phoenicinae, Borassinae, Cocainae y Arecinae.*

En la pág. 540, línea 28, léase: copia once de las series admitidas.

3 2044 025 673 260

CANCELLED